

NOVANDEN
BIBLIOTECA

1872

TEMAS PADRES

CREACION
Y
REDENCION

TOMO I

PQ2225
C74
S6
v. 1



1020026263



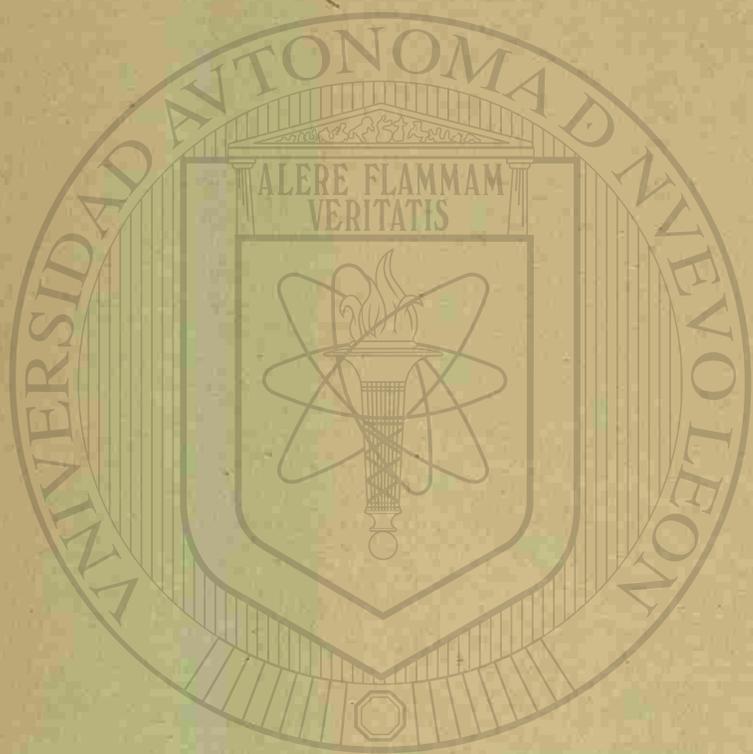
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



CREACION Y REDENCION.

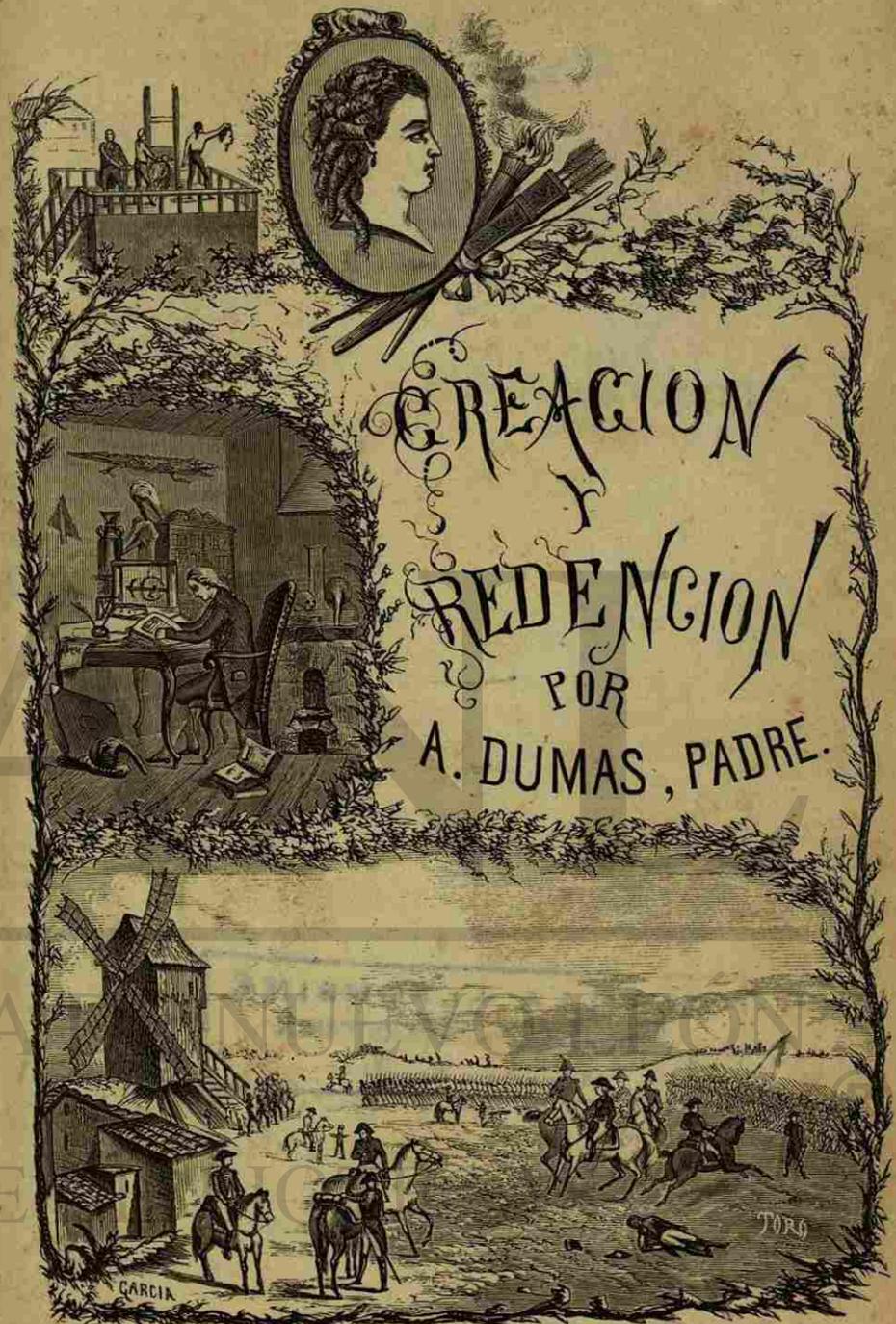
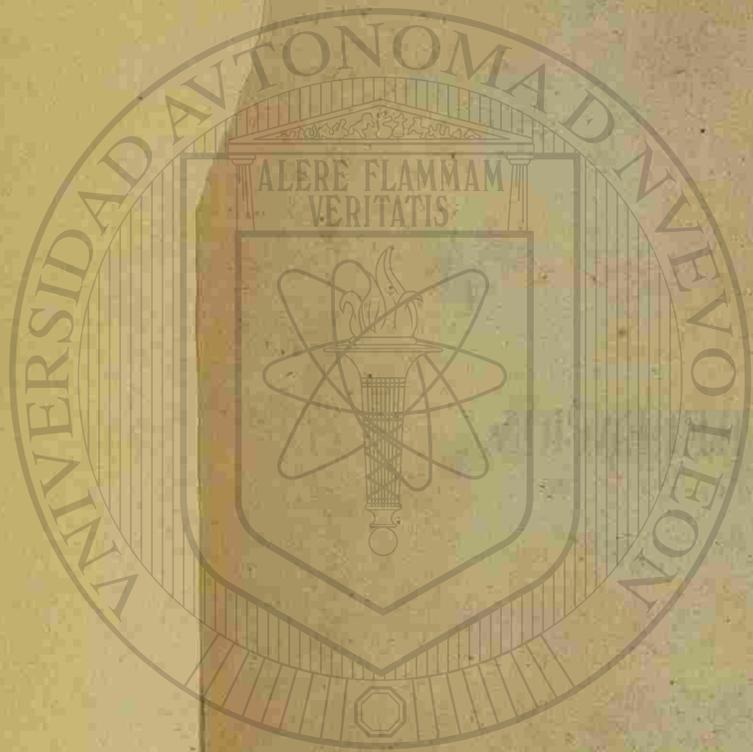
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



2170
BIBLIOTECA 0014311



30097

098792

PQ 2225

C 74

S 6

v. 1



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Num. Clas.	_____
Núm. Autor	D88618e
Núm. Adg.	30007
Procedencia	- 8 -
Precio	_____
Fecha	_____
Clasificac.	_____
Catálogo	_____

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

J. CASTRO Y COMPAÑIA, EDITORES.

CREACION Y REDENCION

(SUCESOS DE LA REPUBLICA FRANCESA)

NOVELA HISTORICA

ALEJANDRO DUMAS (PADRE).

TOMO PRIMERO.

ADMINISTRACION:

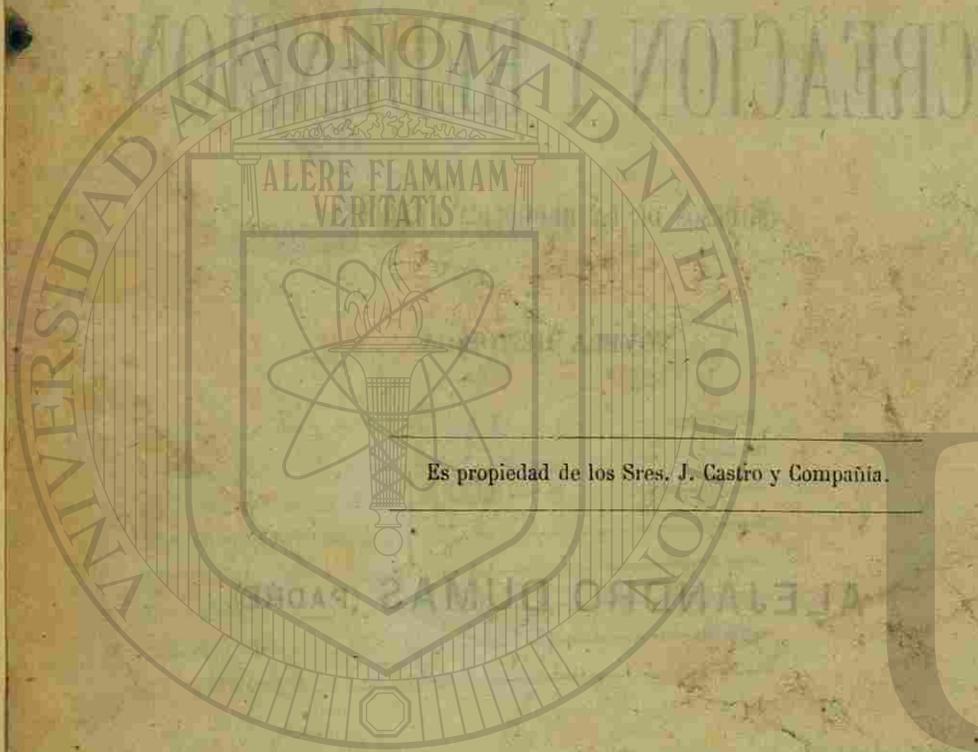
PLAZA DE LA CEBADA, NÚMERO 11.--MADRID.

1870.

30007

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

843
2.



Es propiedad de los Sres. J. Castro y Compañía.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid, 1870.—Imprenta de R. LABAJOS, calle de la Cabeza, núm. 27.

PRIMERA PARTE.

I.

Una ciudad del Berri.

El día 17 de Julio de 1785, una tempestad de verano había empañado el azul del cielo y enturbiado las caudalosas ondas del río Creuse, el que serpenteaba por entre dos hileras de casas alineadas en sus orillas, y cuyos piés de madera se bañaban en el agua.

Todas eran viejas y estaban medio arruinadas, pero no por esto aparecían ménos alegres, inundadas por el sol, cuyos ardientes rayos salían por entre las nubes extendiéndose por los campos aun empapados por la lluvia.

Aquellas casas se parecían á una vieja coja, tuerta y desdentada, pero tenían la pretension de formar una ciudad llamada Argenton.

Es inútil añadir que está situada en el Berri, y que hoy que la civilizacion ha borrado los tipos especiales de cada provincia, Argenton, con sus tejados cubiertos de musgo y de alelíes, visto desde las eminencias, presenta un espectáculo que hace palpitar de júbilo el corazón del artista.

Emprended en un día sereno la subida á las rocas, en donde se enroscan las raíces cual si fueran culebras; buscad un camino á través de los peñascos, cubiertos por una vegetacion de liquen amarillento, de helecho y de espinos rojos; apoyaos en estos pedrus-

cos, que se confunden con las rocas, tanto por su color como por la solidez de su mole, tan extensa y firme que han sido necesarias las terribles guerras de la Liga y los poderosos hombres de Richelieu para derribar esas obras maestras que, soldadas con la naturaleza, parecían tan imperecederas como sus bases de granito. Y sin embargo, las guerras de exterminio no han podido desarraigar los cimientos, que permanecen indestructibles é inmóviles, aun cuando hayan sido heridos por el cañon, destrozados por la sierra, mellados por el huracan, deshechos y desconchados por la herradura de los caballos y hollados por los pastores.

Sentaos en la cumbre de las ruinas que han causado, no el tiempo, sino las guerras civiles, y mirad á vuestros piés, como hundidas por una catástrofe geológica, á una multitud de casas, pintorescas y agrestes, con sus salientes vigas, las exteriores y toscas escaleras de madera que conducen al primer piso, los tejados de empolvado rastrojo y de tejas negras y cubiertas por una capa de yerba.

Desde donde os encontrais, la poblacion aparece como dividida en dos por el rio oscuro y encajonado, cuyo nombre significativo *Creuse* (1) indica cuán profundo es el cauce por donde corre.

Las largas pértigas, suspendidas de las casas, reflejan en las aguas, como banderas de mil colores, la ropa puesta á secar y que flota á merced del viento.

Aquel grupo de albergues, cuyos cimientos desnudos, el maderaje descubiertó y las molduras macizas de las vigas atestiguan la infancia del arte, está rodeado por un paisaje encantador, fresco y natural.

La naturaleza no ha estudiado el efecto. El Berri es la provincia más sencilla de Francia, y Argenton la ciudad más inocente del Berri.

Los *carneros*, arma de la provincia, si así puede decirse, y los gansos que se bañan en el agua del rio, aparecen tal y como son.

Tal es hoy Argenton, y tal seria en 1785, porque es una de las

(1) Creo, nombre de uno de los titanes.

pocas ciudades francesas que no ha sido invadida por el sople revolucionario ni por el espíritu de general trastorno.

Estas casas, á pesar de haber pasado un siglo desde la época citada, eran tan viejas entonces como ahora, porque habian llegado á un término del que no podian pasar.

Si hay algo que admire al viajero, pintor, arquitecto ó poeta, es la solidez de estas casuchas, parecidas á las rocas y á los restos de fortificaciones que las dominan.

Podria creerse que su misma antigüedad las hace durar y que la ancianidad les presta vida.

Hace tan largo tiempo que se inclinan ya á un lado ya á otro, que mantienen el equilibrio sin caer.

Seria imposible describir la tranquilidad, la indolencia y el sosiego de los habitantes de Argenton en el dia 17 de Julio de 1785.

Las campanas de la iglesia acababan de tocar á mediodia, y en las tranquilas moradas de las orillas del Creuse cada cual ofrecia á Dios su plácida miseria como una expiacion de sus pecados y como un mérito para ganar el cielo: de todos modos, estas sencillas costumbres están en armonía con el paisaje y con los habitantes, á quienes no preocupa ni la política, ni el comercio, ni la industria.

Los moradores de Argenton, lo mismo que las casas y que la perspectiva que los rodeaba, veian pasar el tiempo, y como la golondrina, que vuelve todos los años á buscar su nido, así la alegre primavera y el sol de Abril renovaba en sus corazones el ánimo y la resignacion para soportar la ociosidad dolorosa del invierno y los rudos trabajos del verano.

En una de las calles más desiertas, aisladas y cubiertas de yerba, se elevaba una casa, que solo se diferenciaba de las demás en que una frondosa hiedra la ocultaba casi por completo, y entre sus ramas se refugiaban por la noche todos los gorriones de la ciudad y los alrededores.

A pesar de la confianza que les inspiraba aquella casa, á cuyo abrigo dormian tranquilos, á pesar de sus gorgoros ruidosos y ale-

gres, que saludaban la llegada de la aurora, aquella morada tenia mala fama.

Allí vivía un joven médico que contaría veintiocho años de edad, y que hacia tres habia llegado de Paris.

¿Por qué se habia adelantado á la moda del cabello corto y sin polvos, que cinco años más tarde debia inaugurar Talma en su papel de Tito?

En aquella época la innovacion era perjudicial para un médico, porque segun el volumen del peinado se consideraban el mérito y la ciencia de los discípulos de Hipócrates.

El peluquero más diestro no hubiera podido ondear sus cabellos con más perfeccion que lo habia hecho la naturaleza, y nadie se fijó en que aquella cabellera, negra como el azabache, acompañaba admirablemente á un rostro pálido, y cuyos rasgos severos y reflexivos indicaban la aplicacion al estudio.

¿Cuál podia ser la causa de haberse retirado á vivir aquel forastero á una poblacion como Argenton, tan escasa en recursos, para ejercer la medicina?

Tal vez amaba la soledad y deseaba no ser interrumpido en sus asiduos trabajos.

En la ciudad era conocido con el nombre del doctor misterioso, y no solo no se trataba con nadie, sino que, cosa escandalosa en una poblacion de provincia, jamás se le veia entrar ni en una iglesia ni en un café.

Sucedía, pues, que se hacian mil suposiciones malévolas y supersticiosas, acusándole de estar en comunicacion con los espíritus malignos, y como ignoraban el por qué no gastaba polvos ni peluca, consideraban que la etiqueta de su sociedad nocturna era distinta de la nuestra.

Estas sospechas de hechicería tenían por base las maravillosas curas que el joven médico habia efectuado, empleando los medios más sencillos.

¡Cuántos enfermos habia salvado, condenados y abandonados por sus compañeros!

Al ver la rapidez con que devolvía la salud perdida, los bené-

volos lo creían un milagro y los ingratos y curiosos un sortilegio.

Por consecuencia, como generalmente hay más envidiosos que imparciales, el doctor contaba como enemigos, no solo á sus compatriotas, sino á los mismos á quienes habia socorrido, curado, consolado.

Las mujeres ancianas y bondadosas, que no pasarían de seis ó siete en Argenton, decían que tenia *buen ojo*, porque en el Berri hay una creencia popular, y es la de que ciertos individuos nacen, no solo para el mal ó el bien de sus semejantes, sino que ese influjo se extiende á los animales y vegetales.

En cuanto al doctor, generalmente se atribuía aquel don de hacer milagros á un soplo de vida que lanzaba sobre la frente de sus enfermos, ó á los *pases* y palabras que en voz baja pronunciaba, y algunos, por último, creían era efecto del profundo conocimiento que tenia de la naturaleza y de sus arcanos más ignorados.

De todos modos, si bien no estaban acordes en las causas, nadie negaba la evidencia de aquellos fenómenos públicos y notorios.

Por ejemplo, un dia se habia dormido un carretero, sentado en el pescante de su carro.

Despedido de su asiento cayó, y continuando los caballos su carrera fué cogido por una rueda, la cual le fracturó una pierna.

Reunidos en consulta los tres médicos de Argenton, opinaron que, como no habia otro remedio sino hacer la desarticulacion del hueso *fémur*, y siendo una operacion dolorosa y difícilísima, y ante la cual retroceden los más hábiles, seria mejor abandonar el paciente á la robustez de la naturaleza, es decir, á la gangrena y á la muerte, que no tardaria en sobrevenir.

Entonces el infeliz, comprendiendo el estado grave en que se encontraba, llamó al doctor misterioso á su socorro, y este declaró que, si bien la operacion era difícil, era inevitable, y que no se podia retardar un momento.

Los tres médicos trataron de hacerle comprender, como advertencia caritativa, que además de la gravedad de la operacion era preciso pensar en el dolor físico y el terror moral del paciente cuando viera desprender por el cortante bisturí parte de sí mism

á lo cual, una sonrisa se dibujó en los lábios del jóven, y acercándose al enfermo, extendió una mano sobre él y con voz imperiosa le ordenó dormir.

Los tres doctores cambiaron una mirada y se sonrieron. Aunque lejos de Paris, habian llegado á su noticia los prodigios del mesmerismo, pero no habian visto ningun ensayo.

Con gran admiracion suya, el enfermo, dócil á la voz del médico, se habia dormido inmediatamente. El jóven misterioso le tomó la mano y le preguntó con voz dulce, pero como aquel que manda:

—¿Dormís?

Y al recibir la afirmacion, sacó su estuche, escogió los instrumentos de cirujía y practicó la terrible operacion con la misma sangre fria y tranquilidad que si hubiera operado en un cadáver.

Habia pedido diez minutos, pero á los nueve estaba puesto el aparato, el miembro separado y fuera de la vista del paciente, y éste mudado á otra cama, en donde no habia la menor señal de lo sucedido; el infeliz carretero se despertó, obedeciendo al médico y sonriéndose.

Cuando despues de una larga convalecencia se levantó, encontró un aparato preparado por el doctor, y con el cual podia moverse sin dificultad.

—Pero ¿qué será ahora de ese desgraciado? se preguntaban no solo los tres médicos, que habian pensado abandonarle y condenarle á la muerte, sino multitud de personas de esas que siempre encuentran algo que decir de todo.

—¿No valia más dejar morir al pobre hombre, que no haber prolongado su vida diez, quince ó veinte años, privado de una pierna?

Pero de repente el recaudador de la poblacion dijo que le avisaba el de la provincia que se le señalaba una renta de 300 libras, sin que se pudiera averiguar por quién.

El carretero tal vez lo ignoraba tambien; pero cuando se hablaba del médico, decia siempre:

—¡Ah! Lo que es á él le pertenece mi vida: si me la pidiera se la daria con todo mi corazon.

Pues bien; cosa extraña para quien no conozca lo que son las ciudades de provincia: aquella curacion maravillosa fué la que más daño hizo al doctor.

Los tres médicos habian declarado que del mismo modo hubieran podido ellos salvar al carretero, pero que preferian ver morir á un hombre que salvarle la vida á tal precio, porque miraban la salvacion del alma de un enfermo primero que la del cuerpo.

Sin duda era la primera vez que aquellos honrados ciudadanos hablaban del alma.

En otra ocasion, un toro furioso habia sembrado el desorden en el mercado, pues era dia de feria, y el doctor, desde su laboratorio, habia escuchado los gritos de las mujeres y los niños, que buscaban en la huida su salvacion.

El médico se asomó á la ventana y presenció un espectáculo horroroso.

El animal, furioso, acababa de destrozar á un carnicero, que le habia aguardado con una maza en la mano.

Sin aguardar ni aun á tomar el sombrero, bajó precipitadamente á la plaza.

Con sus hermosos cabellos desordenados, la boca plegada por la fuerza de su voluntad de hierro, que era una de las principales cualidades del doctor ó uno de sus mayores defectos, se adelantó hasta colocarse enfrente del toro, el que, apenas le vió, bajó la cabeza y se lanzó sobre él, de modo que no habiendo podido encontrar el *ojo*, se hizo á un lado para evitar el choque.

El toro, con la rapidez de la carrera, habia ido diez pasos más allá; despues, volviéndose, levantó la cabeza y su mirada sombría y profunda se fijó en el audaz lidiador que se atrevia á desafiarle.

Pero apenas encontró los ojos del doctor fijos y dominantes, se detuvo, y escarbando con los piés la tierra, mugió y permaneció inmóvil.

Entonces el bizarro jóven adelantó hácia él, viéndole temblar y replegarse sobre sí mismo, y extendiendo el brazo tocó al animal entre las astas, y como un nuevo Achelus ante el moderno Hércules, el toro se acostó á sus piés.

Por último, se le presentó otra ocasión para demostrar el maravilloso influjo que ejercía sobre los animales.

Se trataba de herrar por primera vez un caballo de tres años, indómito aun, que había roto las bridas que le sujetaban, derribando al herrador y volviendo furioso á la cuadra, en donde nadie se atrevió á penetrar, porque no conservaba tirante ni arreo ninguno para conducirlo.

El doctor pasaba por casualidad, y enterado del suceso, había socorrido primero al herrador, y despues, viendo que si bien el choque había sido fuerte la cabeza no había recibido golpe ni contusion, le rogó le aguardara, pues volvería con el caballo obediente y sumiso.

Efectivamente: se dirigió á la casa del correo mayor acompañado por una multitud inmensa; entró en la cuadra silbando, con las manos en los bolsillos y se acercó al caballo, el que retrocedía á medida que el doctor se aproximaba, hasta encontrarse arrinconado.

Entonces, casi sin esfuerzo, le sujetó por las ventanas de la nariz, á pesar de que los sangrientos ojos del animal manifestaban que obedecía contra su voluntad á la influencia superior.

Fascinándole le condujo hasta la casa del herrador, y sin que fuera preciso atarlo, le pusieron las cuatro herraduras, sin que el caballo hiciera el menor movimiento; solo se notaba en su piel ese estremecimiento que en los cuadrúpedos es la manifestacion de su derrota.

Puede comprenderse, con tales prodigios efectuados á la faz de todos á fines del siglo pasado y en una ciudad de las ménos ilustradas de Francia, cómo seria juzgado el doctor Jacobo Merrey.

II.

El doctor Jacobo Merrey.

Entre los detractores del misterioso forastero, los más encarnizados eran los médicos, tratándole unos de charlatan, otros de empí-

rico, y acusando de crédulos á los que hablaban de sus prodigios.

Pero cuando vieron que su crítica se estrellaba ante el instinto de lo maravilloso, tan vivo en las masas populares, determinaron aprovecharse de las preocupaciones religiosas, calificando de diabólica su ciencia, porque se atrevía á curar sin cuidarse de las fórmulas establecidas por la medicina.

Lo que daba pábulo á tales acusaciones era que el doctor no se presentaba en la iglesia ni en el presbiterio: sus doctrinas eran socorrer al prójimo, pero se creía que no profesaba religion ninguna.

Jamás le veían de rodillas ni con las manos juntas; pero en cambio con frecuencia contemplaba con recogimiento y meditacion las bellezas de la naturaleza.

Sin embargo de las hablaturías de los médicos y del cura, no había enfermo ni impedido que no anhelaran ser curados por el *malévolo* doctor, aun cuando más tarde se arrepintieran de su curacion, y mandaran encender un cirio para acallar los remordimientos que les causaba deber la salud á la intervencion del diablo, segun decían.

Lo que más contribuía á que se considerase á Jacobo Merrey como un sér extraordinario, popularizando sus beneficios, era que no los prodigaba, excluyendo, sobre todo, á los ricos, á pesar de que varios habían reclamado su asistencia á peso de oro; pero él contestaba que pertenecía exclusivamente á los pobres, y que en Argenton había otros médicos que deseaban adquirir riquezas y honores; que además, sus medicinas, preparadas por él, eran propias para el temperamento rústico á quienes se administraba.

En una época en que la oposicion popular empezaba á desarrollarse, aquella resistencia dió margen á la crítica y á los comentarios.

Con más ahinco que nunca procuraron que se dudase de aquellos prodigios curativos que solo se ejercían democráticamente, sin que la alta clase participase de ellos, cuya única recompensa era la gratitud de los pobres.

Jacobo Merrey no se ocupó de las hablillas, y continuó su obra solitaria y silenciosa.

Su vida era excesivamente aislada y su casa impenetrable; y como todas las noches veían brillar en su ventana la luz del quinqué, estrella del trabajo, pensaban los imparciales y desinteresados que el joven se había retirado al Berri en busca de la soledad, tan inviolable como la que encontraban en la Tebaida los antiguos anacoretas.

Los pobres y los aldeanos, que no estaban dominados ni por la superstición ni por la malevolencia, exclamaban:

—El doctor Merrey es como Dios, que solo se hace visible por sus beneficios.

Excesivo era el calor en el día 17 de Julio de 1785.

Jacobo Merrey se encontraba en su laboratorio vigilando el resultado de una operación química, la que más de una vez había visto frustrada.

Era buen químico y alquimista; porque nacido en una de esas épocas en que la duda, tanto científica como política y social, desarrollan el malestar en las naciones, precursor de las grandes revoluciones, y que impulsa á los individuos al descubrimiento de lo desconocido, de lo imposible y de lo maravilloso, habían despertado en él un amor profundo por la ciencia: había visto á Franklin descubrir la electricidad y dominar al trueno; vió á Montgolfier elevar los primeros globos y dominar, más bien en pensamiento que en realidad, el dominio del aire.

A Mesmer ejerciendo el magnetismo animal, por el que sentía verdadero entusiasmo, y á quien muy pronto adelantó en conocimientos; porque Mesmer, deslumbrado con los primeros resultados de aquella influencia que había soñado, que reconocía, pero que no perfeccionó, se detuvo ante las primeras maravillas sin continuar sus investigaciones hasta llegar al somnambulismo, pareciéndose á Cristóbal Colon, que, feliz con el descubrimiento de un nuevo mundo, dejó á otro la gloria de poner la planta en el continente americano y darle su nombre.

Así, pues, el Sr. de Puysegur había sido el Américo Vespucio de Mesmer, y Jacobo Merrey era discípulo de Puysegur, y aplicó á la medicina los pensamientos vagos del profesor alemán.

Jacobo Merrey se había internado en la *Foret-noire* (1) de las ciencias ocultas.

Su ingenioso talento había explorado todas las vías ignoradas y tenebrosas, los insondables antros, los pozos subterráneos, en los que había penetrado hasta el fondo para iniciarse en sus arcanos; las titánicas batallas que emprendió con la naturaleza para que le revelara el secreto sublime que oculta en su seno; las interminables horas que pasó mudo y anhelante consultando al implacable esfinge de los conocimientos humanos.

Estas luchas eran una verdadera epopeya científica, y se hubiera podido escribir un poema como el de Jason buscando el vellocino de oro, no habiendo encontrado Merrey ni lo uno ni lo otro, cosa á la verdad de la cual no se ocupaba, aun cuando se decía en Argenton que era muy rico.

Los desvaríos de los alquimistas, de los astrólogos, de los nigrománticos, de los inspirados, todo lo había estudiado, recorrido, analizado, sondeado, resultando una variedad de ideas en su imaginación y en su conciencia, una religión tan original, que carecía de nombre.

No era ni judío, ni cristiano, ni turco, ni cismático, ni hugonote; no era ni deísta, ni animista, tal vez era panteísta; creía en el fluido universal esparcido por el globo, y el que liga los mundos entre sí por medio de la atmósfera viviente, y creía, ó más bien esperaba, que este fluido conservador y creador podría dirigirse por la poderosa voluntad del hombre y recibir de manos de la ciencia su aplicación.

Tal era la base de su sistema curativo, cuyo atrevimiento hubiera causado la oposición de todas las corporaciones de sábios; pero el doctor era uno de esos hombres que cuando se fijan en una idea no se preocupan de la aprobación ni del vituperio de los demás.

Su amor á la ciencia era inmenso, sobre todo por el placer que le resultaba de poder practicar el bien y aliviar los males del género humano.

(1) Selva negra.

Con qué entusiasmo tan ardiente elevaba su pensamiento y veía, ó creía ver, los átomos, los simples y los compuestos, los infinitamente pequeños y los inmensamente grandes, moverse impulsados por su voluntad magnética; ¡oh! entonces el amor, la admiración y la gratitud por las grandezas de la naturaleza, hacían desbordar de júbilo todo su sér, y los aplausos del universo entero le hubieran parecido poco en comparación del imperceptible ruido producido por el ala de un mosquito.

Estudiando á Moisés y á Aristóteles aprendió la quiromancia; en Porta y Lavater la fisonomía, y su imaginación investigadora le hizo adivinar á Gall y á Spurcheim, adelantándose á todos los descubrimientos fisiológicos modernos.

Sus aspiraciones iban aun más allá que los límites artificiales de la ciencia.

Prometeo fué clavado con clavos de bronce y encadenado á una roca con cadenas de diamantes, por haber soñado lo que no impidió que los cabalistas de la Edad media, desde Alberto el Grande, á quien la Iglesia venera como santo, hasta Cornelio Agrippa, considerado como un diablo, hayan pretendido llevar á cabo tan audaz quimera; crear y dar vida á un hombre.

El objeto que de siglo en siglo pretendían conseguir los inspirados ó los locos, era hacer un hombre sin emplear las reglas generales, y si obtenían ese resultado, el árbol de la ciencia se confundiría con el de la vida, y el hombre sábio se igualaría con Dios, y la serpiente podría levantar la cabeza y decir á los descendientes de Adán:

—¿Y ahora, creéis que os engañaba?

Jacobo Merey, que podía discutir sobre todo lo conocido y aun sobre lo desconocido, como el Pic de la Mirandola, estudió todos los medios empleados por los sábios de la Edad media para crear un sér á imagen suya, pero los procedimientos le parecieron ridículos, desde aquel que incubaba al niño en una calabaza, hasta el otro que construyó uno de bronce.

Todos se equivocaban, pues no habían buscado el origen, la causa, el manantial de la vida.

El doctor, á pesar de los ensayos infructuosos que habían hecho, no perdía la esperanza de descubrir el medio para robar el fuego sagrado; ¡ladron sublime!

Toda afección había sido ahogada por esta preocupación: su corazón frío desempeñaba su papel puramente material de víscera, limitándose á hacer circular la sangre por el cuerpo y á volver á recibirla.

El doctor tenía la naturaleza de un dios y no podía amar á un sér que no fuera creado por él, por lo cual vagaba solo y triste entre la multitud sin dirigirla una sola mirada que no fuera indiferente, y pagando con este aislamiento su ambición.

Lo mismo que el Señor antes de la creación, así él se aburría.

En el día en que empieza nuestro recito se encontraba Jacobo más satisfecho, porque veía la útil disolución de una sal que poseía maravillosas virtudes curativas, las que el doctor estudiaba con afán, cuando oyó tres precipitados golpes en la puerta de la calle, los que despertaron á un magnífico gato negro, génio familiar del médico, según decían las malas lenguas.

Marta, criada vieja y jorobada, que participaba de la mala opinión de su amo, subió las escaleras precipitadamente, y entró medio sofocada en el laboratorio, sin llamar antes, como era costumbre establecida por Jacobo, para que no le molestaran cuando estaba ocupado en los ensayos químicos.

—Marta, ¿qué sucede? preguntó; ¿por qué estais tan trastornada?

—Señor, algunos criados del castillo vienen á buscaros.

—¿No os he dicho que he rehusado varias veces ir al castillo? dijo Merey frunciendo el entrecejo: soy el médico de los pobres y de los ignorantes: que avisen á mi vecino el doctor Reinald.

—No ha querido ir, porque dice que es para una cosa que no le concierne.

—¿Pues de qué se trata?

—De un perro rabioso que muerde á todos, y nadie, ni aun los mozos de cuadra más arriesgados, se atreven á acercársele. El desgraciado perro se ha refugiado en el patio del castillo, sembrando el espanto y la consternación en casa del señor de Charelay.

—Os repito, Marta, que no quiero ocuparme de los asuntos de ese señor.

—Sí, pero los pobres á quienes ha mordido el perro, y á los que puede morder, os interesarán. Si no se acude á tiempo rabiarán...

—Bien, sin duda teneis razon y yo no. Ya voy.

El doctor se levantó, recomendando á Marta que dejara hervir á fuego lento la vasija hasta que se extinguiera, y bajó al encuentro de dos hombres pálidos y consternados, quienes le repitieron el siniestro relato.

Merey escuchó, y despues dijo:

—Vamos.

Y montando en un caballo ya ensillado, salió á galope con direccion á Charelay.

Los dos criados le siguieron montados en sus caballos, humeando aun por la carrera que habian llevado al ir en busca del doctor.

III.

El castillo de Charelay.

Dos ó tres leguas más allá de Argenton la campiña cambia por completo.

Pedazos de tierra incultos, llamados por los naturales del país los *matorrales*, campos cubiertos de una raquítica vegetacion, caminos pedregosos encajonados entre los barrancos y orillados con setos silvestres.

En las faldas de los montecillos se veia el ocre, en donde toma el agua de los riachuelos su color rojizo.

Tal era, pues, la perspectiva que presentaban aquellos campos que la cabalgata recorria á escape.

En aquel tiempo, y para el país de que tratamos, eran un lujo inmoderado tres caballos, pues en esta bienaventurada provincia, marcada todavia en el mapa del baron Dupin con color de plomo, no se conocian otra clase de acémilas que las que usaban los reyes *perezosos*.

En uno de los caminos hondos encontraron una castellana de los alrededores en una carroza tirada por bueyes, los que en cerca de un día que llevaba de camino habian andado cinco leguas.

Por fin nuestros viajeros distinguieron un conjunto de torrecillas que se destacaban en medio de aquel paisaje seco y estéril, bañado por los rayos del sol.

A medida que se acercaban revelaba aquella masa sombría la belleza salvaje de los edificios guerreros de la Edad media, y su construccion parecia remontarse al siglo XIII.

El arte poderoso, aunque tosco, habia trazado el plano de aque-

lla morada feudal que cubria con su sombra el pueblecito, si puede darse ese nombre á unas cuantas casas esparcidas entre los árboles frutales.

Era Charelay.

Antiguamente el castillo habia estado unido por líneas defensivas con los de Luzrac y Chassin Grimont, porque los señores feudales se apoyaban unos en otros para defenderse de los altos y poderosos huitres de la feudalidad.

Pero en la época en que pasa nuestra historia habian concluido ya las guerras civiles.

Los nobles, despues de haber sido *condottieri*, se habian hecho cazadores.

La lectura de los enciclopedistas habia sembrado la duda en algunos, y no solamente no tomaban la comunión en las cuatro fiestas principales del año, sino que leían el *Diccionario filosófico* de Voltaire, se burlaban del párroco, ridiculizaban á una sobrina ilegítima, lo cual no les impedía asistir el domingo á misa, sentarse en el banco de honor y recibir el incienso.

Descontentos en las pesadas y envejecidas murallas de piedra, maldecían la mayor parte de los nobles la táctica de guerra de la Edad media, y desde luego hubieran hecho derribar sus castillos si el respeto debido á sus abuelos y los privilegios que disfrutaban aquellos antiguos muros, y por último, los recuerdos de dominio y terror que mantenían en el pueblo aquellos edificios, no lo hubieran impedido.

Procuraron, sin embargo, dulcificar y humanizar su aspecto de aves de rapiña, restaurándoles la fachada, abriendo ventanas ó claraboyas en el sitio de las troneras, suprimiendo los puentes levadizos, las poternas y los fosos henchidos de agua, en donde las ranas cantaban desde hacía más de diez años, porque los aldeanos rehusaban atacarlas.

Pero en el castillo de Charelay no se habia hecho ninguna variación. Conservaba la poesía sombría y taciturna en todo su esplendor.

Las torrecillas laterales dominaban la puerta principal, adornada con dibujos y clavos de cabeza redonda.

Astas de ciervo, piés de corza y restos de jabalí anunciaban que el señor de Charelay usaba extensamente de sus derechos de caza.

Además, se completaba esta exposición con cinco ó seis pájaros nocturnos, desde el mochuelo hasta la osifraga.

Esta sociedad estaba presidida por un gran duque con las alas desplegadas, y cuyas plumas arrancadas por el viento, los ojos redondos y huecos, las garras crispadas mostraban la imágen de la fuerza vencida y de la muerte violenta.

Es preciso añadir que el castillo inspiraba supersticioso terror, porque existía en el país una antigua tradición, la cual hacia creer que un espíritu maligno habitaba la feudal morada, y corroboraba esto mismo el que la mayor parte de los señores de Charelay habian muerto asesinados, y que se contaban en la familia varias lúgubres y sangrientas catástrofes.

El señor de Charelay, que le habitaba cuando empieza nuestra historia, era un vivo ejemplo de la fatalidad que pesaba sobre el castillo, segun afirmaban los aldeanos.

A los dos años de casado habia perdido á su encantadora y joven esposa de una manera trágica.

Una noche se encontraba apoyada en la inmensa chimenea del salon, vestida para un baile. Su *tontillo* ensanchaba considerablemente las faldas del traje, segun la moda entonces, y por una imprudencia peligrosa en extremo se acercó demasiado, inflamándose súbitamente.

Loca de terror, se precipitó, huyó de habitacion en habitacion, alimentando con el aire las funestas llamas, que la envolvían como una lengua de fuego.

Sus doncellas, consternadas con aquella aparicion, no pensaron en prestarla prontos socorros, y la infeliz criatura murió en medio de las torturas más horrosas; de modo que al regresar su marido de una expedición encontró un cadáver calcinado, desfigurado, informe.

El señor de Charelay refundió sus esperanzas y su cariño en su hija única, niña de tres á cuatro años, á quien habian visto nacer en el pueblo y conducir á la pila bautismal por las marquesas y

condesas de los alrededores, interin resonaban gozosas las campanas saludando su entrada en el mundo.

Pero aquella criatura empezó á ocultarse poco á poco, hasta que desapareció por completo: el rumor público anunció su muerte, y se decia que habia sido enterrada secretamente en el panteon del castillo.

Desde aquel día el castillo, de triste se convirtió en fúnebre, y una nube de cuervos le anidó en los cinco torreones, cuya techumbre puntiaguda y circular, rematada con una alcachofa de plomo, dominaba el edificio y los patios.

El canto del mochuelo interrumpia el silencio de la noche, y aquel quejido exhalado desde la torre más alta hacia estremecer á los aldeanos, sobrecogidos por el terror supersticioso, y se alejaban de aquel fantasma de piedra, responsable de un gran crimen.

¿Cuál era? ¿Qué señor de Charelay era el culpable? ¿Por qué lazo moral extendia su influjo hasta sus sucesores? Se ignoraba.

Por la puerta de entrada, defendida por las torrecillas de que hemos hablado, se penetraba en un patio, á un lado del cual se veia la casa del portero, las cuadras, los establos, los graneros, los trojes y demás dependencias destinadas á la labor.

Era el cortijo.

¿Era ilusion, ó era efectivamente una realidad que los animales sienten el influjo moral de los sitios que habitan? Lo cierto es que los perros, aterrados con la llegada de un congénico furioso, sacudian su cadena melancólicamente, y que al ver á un extraño aullaron de ese modo lastimero que anuncia á los supersticiosos la inmediata muerte del dueño ó de otra persona de la familia, creencia tan arraigada, sobre todo entre el pueblo.

Los bueyes, al desatarlos para conducirlos á beber agua, inclinaban las astas y fijaban sus ojos claros en la tierra, y los caballos, como los altivos corceles de Hipólito, parecian participar de la preocupacion de los demás.

Desde aquel patio se veian los fosos de la que hubiera podido llamarse fortaleza.

Un puente levadizo conducia al segundo patio pasando por un

pasadizo bajo y sombrío abierto en la pared maestra de un torreón, en la que estaban marcadas algunas manchas, de sangre tal vez.

Despues estaban las cocinas y otras habitaciones para completar la comparticion de aquel cuerpo de edificio. Del castillo todavia no se veia nada más que aquella mole imponente, cuyo aspecto caia como un peso de plomo sobre los hombres y los animales.

En el primer patio crecia la yerba entre las piedras.

Esparcidos aquí y allá se veian los utensilios de la labranza, y algunos patos nadaban en el agua estancada y aceitosa del foso.

Tal era, pues, la perspectiva del castillo de Charelay; pero cuando Jacobo Merey penetró en el patio exterior, un terror y un desorden indescriptible reemplazaban á la tristeza que diariamente se notaba en los semblantes.

Dos criados armados con palos, horquillas y palancas habian perseguido á un perro que habia sembrado la consternacion en el pueblo mordiendo á varias personas. Hostigado y herido, no se limitó con acometer á los animales, sino que mordió á dos que le perseguian, y como una flecha habia entrado en el cortijo señorial, escondiéndose en un hueco que formaba la piedra en uno de los ángulos del patio.

Todos los espectadores de esta escena se habian detenido en el puente levadizo, y el señor de Charelay, en lugar de armarse con su escopeta de caza y acometer al animal, se habia encerrado en el castillo.

Parecia que nadie se atreveria á penetrar en aquella morada fatal, que causaba tal terror y habia causado siempre.

El perro era sin duda el enemigo maligno que tenia tan infausta predileccion por aquellos sitios.

Los caballos, atados en las cuadras, los bueyes y vacas en sus establos y los perros en la perrera, lanzaban aullidos, relinchos y mugidos aterradores.

El ruido del infierno debe parecerse á los gemidos de angustia que resonaban en aquel maldecido castillo.

A través de aquella tempestad se escuchaban las voces de algu-

nas mujeres, criadas ó camareras, que pedían socorro desde el sitio en donde se habían refugiado al verse sorprendidas en sus quehaceres por el furioso animal.

El doctor echó una rápida ojeada en derredor suyo; primero vió dos hombres que lavaban en una fuente sus heridas, una en la mejilla y otra en la mano.

Jacobo había previsto el caso y llevaba consigo un ácido corrosivo como primera precaución.

Así pues, se bajó del caballo, corrió á ellos, sacó su bisturí, abrió la carne, y en el hueco hecho por el acero inyectó el ácido para contener los efectos de la mordedura.

Hecho esto les vendó, y sabiendo que el perro estaba en el segundo patio, se adelantó solo, resuelto y desarmado.

Los aldeanos lanzaron un grito de espanto cuando le vieron acercarse al hueco en donde estaba agazapado el animal.

El doctor fijó la vista en él con la sonrisa en los labios, y cuando todos temían que el perro se precipitase sobre Merey, le vieron caer lanzando un gemido; después, como atraído por una fuerza irresistible, salió del hueco arrastrándose: su ojo, sangriento é irritado, había depuesto el furor, cerrando la boca, que poco antes la tenía abierta y cubierta de hedionda espuma.

Arrastrándose llegó hasta los pies del doctor, como un culpable que implora perdón, ó mejor dicho, como un enfermo que pide auxilio. Humilde, sin enojo, vencido por una oculta influencia, parecía buscar el sosiego en aquella superioridad, deponiendo su cólera á los pies de aquel hombre invulnerable que le contemplaba con dulzura y tranquilidad.

El doctor hizo un gesto; el perro se sentó levantando sus ojos tímidos y suplicantes hácia él, quien colocó su mano sobre la erizada y temblorosa cabeza del animal.

La admiración de los aldeanos ante aquel espectáculo no tuvo límites; nunca habían leído las narraciones que nos han hecho los poetas de Orfeo durmiendo al perro Cerbero, quien ahogó en su garganta el doble aullido del mónstruo.

Precisamente por esta falta fué mayor su emoción al presenciar

aquel prodigio, preguntándose unos á otros qué había podido echar en la boca del perro rabioso para tornarle tan humilde.

Animados los hombres por la actitud sumisa del perro, delante del que temblaban y retrocedían minutos antes, se acercaron con las horquillas y los trillos para matarle; pero el doctor se volvió hácia ellos y les dijo imperiosamente:

—Atrás; prohíbo que nadie toque á este perro, y el que le haga daño será un cobarde; además, es mio.

Confundidos los aldeanos, le ofrecieron cuerdas para amarrarle las patas.

—No, replicó Jacobo sacudiendo su hermosa cabeza; no las necesita, creedme; me seguirá voluntariamente sin obligarle á ello.

—Pero á lo ménos, gritaron varios, ponle un bozal.

—Es inútil; poseo un bozal mejor que todos los que podáis ponerle.

—¡Pero cuál es!

—Mi voluntad.

Y diciendo estas palabras hizo una seña al perro, el que se levantó fijando en su nuevo amo su ojo obediente y cansado, y dando tres aullidos lastimeros, siguió humilde y gozoso á Jacobo Merey, como si hiciera largo tiempo que le pertenecía.

IV.

De cómo el perro no es solo amigo del hombre, sino también de la mujer.

A la mañana siguiente recibió el doctor un mensaje del castillo.

El señor de Charelay, que se había encerrado el día anterior en su palacio; el señor de Charelay, que se vanagloriaba de ser un verdadero sábio, manifestaba en una carta, cortés sí, pero solo hasta el punto de no herir el amor propio, que dudaba del milagro de la víspera, por más que le hubiera presenciado.

El perro que había entrado en su casa, llevando el espanto y el trastorno, ¿estaba rabioso?

Esta era la duda: que creyeran las gentes ignorantes en la fuerza de voluntad y la fascinación de su mirada, nada más natural; pero era imposible que personas instruidas y de alta clase admitiesen tales consejas.

Sin embargo, como había dado el doctor pruebas de energía y resolución, esponiéndose á ser mordido por un perro, al parecer rabioso, creía de su deber enviarle dos monedas de oro, rogándole las aceptase como honorarios.

Jacobo Merey rasgó la carta y rehusó las monedas.

La ciencia no le preocupaba moralmente, porque la amaba solo con un objeto, y hacía el que se inclinaban todos los esfuerzos de su ingenio, los impulsos de su corazón: la filosofía del siglo XVIII y la felicidad del género humano.

Lo mismo que Condorcet, esperaba y adivinaba el momento lejano aun (pero que importaba), el tiempo en el que la razón del hombre perfeccionada descubriese las causas de los acontecimien-

tos, en que las naciones no se hicieran la guerra, y en el cual los hombres, libres de los males que enjendran la miseria y la ignorancia, cumpliesen su indefinida existencia en la tierra.

El ideal de la ciencia es crear, porque quiere ser rival de Dios; si el hombre conociera todos los misterios del Universo y pudiera presentar al Sér Supremo sus incontestables teorías, Dios le diría:

—Aun cuando crees saber todo, no estás sino á la mitad de tu camino: para ser igual á mí te sería preciso crear una estrella y un gusano.

Abstraído con estos ensueños de lejana felicidad, con esta esperanza de soberanía indefinida, con esa edad de oro de la humanidad, que los poetas colocaron en las primeras épocas del mundo, porque los poetas son los hijos sublimes de la naturaleza, Jacobo Merey miraba con un estremecimiento de impaciencia los obstáculos morales y las vallas materiales que oponían los privilegiados para que se cumplieran los destinos del hombre en la tierra.

Dulce por naturaleza, y sensible, había llegado al ódio por la senda del amor.

Amaba á los oprimidos y aborrecía á los opresores.

Dos ó tres veces había encontrado al señor de Charelay, de manera que ninguna consideración le debía, porque le era casi desconocido.

Verdad es que Jacobo Merey, génio superior y sin preocupaciones, no aborrecía á los hombres, sino á los abusos é ilegalidades sociales, de los que los nobles eran el modelo de lo viviente.

Rehusó el oro del castillo con el mismo desden que si hubiera sido la dádiva de un enemigo.

Aquella aparición sombría de la Edad media feudal agitaba en su sangre plebeya recuerdos de ira; en aquellos antiguos muros veía las muestras de una dominación que, si bien había disminuido, duraba todavía, y se preguntaba qué poder sería capaz de desarraigar los titánicos restos de la raza conquistadora.

Desanimado entonces por los obstáculos que se oponen á las libertades de los pueblos y por la lentitud con que se caminaba hacia el progreso, se sumergía con desesperación en los estudios de

la naturaleza, único asilo que la sociedad habia dejado á la ciencia.

Con frecuencia se internaba solo en lo más inaccesible de los bosques, y allí, grave, pensativo, como Edipo delante del esfinge, parecia interrogar al universo.

Su amigo más leal, más decidido, era el perro que habia salvado, y el que acompañaba en todas sus excursiones al doctor, cariñoso, paciente y obediente, cual si fuera la sombra de su pensamiento.

Esto daba lugar á que dijeran se habian visto hechiceros en la historia que tenian un génio familiar bajo la forma de un animal doméstico.

Un dia, en el que Jacobo habia salido muy temprano para herborizar, se encontró sin saber cómo, pues distraido habia llegado hasta allí, en el lindero de un bosque frondoso, impenetrable, como se ven aun en esa parte del Berri, verdadera selva de América, aunque en pequeño, en donde no se encuentra sendero alguno ni huella de pié humano.

Ya hemos dicho que al doctor le agradaba la soledad, y que anhelaba mancomunarse con la naturaleza; pero la profunda oscuridad que reinaba en aquel bosque salvaje, el aspecto amenazador de las yerbas y de las zarzas, cubiertas de culebras, la masa compacta de las rocas, cuyo verde musgo formaba notable contraste con el verde sombrío de los robles, todo aquel conjunto le sobrecogia, vacilando penetrar en el bosque, como los iniciados en los misterios de Eleusis acercarse y entrar en el templo, en donde les aguardaban las pruebas formidables y las tinieblas.

Pero en aquel instante se acercó el perro con movimientos extraños.

Lamía las manos del doctor y le tiraba suavemente por el frac como si le invitara á seguirle.

Jacobo Merrey estaba de acuerdo con los cabalistas, los iluminados y hasta con los historiadores en un solo concepto, en que los animales están dotados algunas veces del instinto de adivinacion.

Para Jacobo Merrey, los presagios, los augurios, esa ciencia tan antigua como el mundo, y en la que creian todos los sábios desde Homero hasta Ciceron, no era una quimera.

Creia que los animales, las plantas, los objetos inanimados tienen un lenguaje, y que ese lenguaje, intérprete de los elementos de la naturaleza, puede hacer advertencias saludables al hombre.

Y efectivamente, la fábula y la historia están conformes en esto.

Baco, moribundo de sed, ¿no le debió á un carnero el descubrimiento de los manantiales del desierto, en rededor de los cuales florecen hoy los oasis de Ammon? ¿No fueron dos palomas las que condujeron á Eneas desde el cabo Misena hasta el ramo de oro oculto en las orillas del lago Averno? ¿No fué una cierva blanca quien á través de Palas Meotidas abrió el camino á Attila?

Por consiguiente Jacobo Merrey siguió al perro, persuadido de que le guiaba algun objeto.

Efectivamente, el animal se internó en el bosque, y detrás caminaba el doctor trabajosamente, pues las ramas le azotaban el rostro, los piés desaparecian entre la yerba, no veia más que la cola del perro, brújula viviente, y solo oia el roce de las plantas y el roce de los reptiles que huían á su paso.

Después de caminar como un cuarto de hora, llegaron á un claro, en medio del cual, y apoyada en un añoso roble, se veia una choza.

El perro movió la cola gozosamente.

La choza debia de estar habitada por un leñador ó un cazador furtivo, ó tal vez las dos cosas.

Estaba situada en el centro de una selva que pertenecia al señor de Charelay; y ¿cómo el castellano, tan apasionado á la caza, permitia que un cazador furtivo viviera en una propiedad suya? Esto no podia ignorarlo.

Jacobo se hizo estas preguntas; pero la costumbre de sacrificar lo importante á lo secundario, hizo que prescindiera de la causa para ocuparse de sus efectos.

El perro empujó la puerta poniéndose de manos; pero como la presion no era suficiente, las dejó caer y con el hocico trató de abrirla, consiguiendo fuese lo suficiente para que el doctor pudiera echar una ojeada en el interior, en el que se notaba bastante aseo y bienestar.

Sentada en un escabel estaba una anciana hilando, y cerca de ella un hombre como de treinta años, y que debía de ser su hijo, limpiaba las piezas desmontadas de un fusil.

En la chimenea ardian algunos troncos, y delante se asaba un cuarto de corzo, esparciendo ese aroma apetitoso propio de la carne de venado.

Cuando entró el perro, la anciana dió un grito de alegría y el hombre dió un salto de júbilo: las caricias, los abrazos, los transportes fueron repetidos y conmovedores.

El perro contestaba á las interpelaciones con aullidos gozosos y como si comprendiera las quejas y se disculpara.

—¿De dónde vienes, pícaro, malvado? ¿De dónde vienes, vagabundo? le preguntaba el hombre.

—¿Qué has hecho durante estos quince días, teniéndonos con la mayor inquietud? decia la anciana.

—Te creíamos muerto ó rabioso, lo cual es lo mismo.

—Gracias á Dios, estás bien: pobre Escipion, tiene los ojos más serenos que una gota de agua y más vivos que una luciérnaga.

—Debes tener hambre, bribon; toma, muerde.

Y ofrecieron á la oveja descarriada el resto de la cena de la víspera, festejado y acariciado como el niño pródigo al volver á su casa.

Pero Escipion, cuyo verdadero nombre acababa de saber el doctor, nombre que sin duda debía á un padrino más ilustrado que el leñador; Escipion, que al salir de casa de Jacobo habia almorzado bien, rehusó lo que le ofrecian, y entouces el leñador, al levantar la cabeza, vió á Merrey.

La presencia de un extraño parecia serle desagradable y frunció las cejas.

En cuanto á la anciana, sin lo tostado de su cútis se la hubiera visto palidecer.

Viendo la impresion extraña que causaba su aparicion, se apresuró á referir la historia del perro y el cómo lo habia salvado de las manos de los criados del señor de Charelay.

Una lágrima silenciosa se deslizó por la mejilla de la anciana y fué á caer sobre el lino de su rueca.

El leñador manifestó tambien su viva gratitud por el hombre que habia salvado á su perro, pero, sin embargo, conservó su expresion sombría.

El doctor, creyendo estar en la cabaña de un cazador furtivo, atribuyó su turbacion al temor de verse descubiertos, por lo que, sonriéndose con benevolencia, les dijo:

—Tranquilizaos, amigos míos, no soy espía del castillo. Aquel que es superior á todos los nobles de la tierra creó los animales para la subsistencia del hombre, no estableciendo diferencia entre el señor y el pechero; las leyes sociales han marcado las distancias, dando derecho de caza á unos y despojando de él á otros, sin respetar la promesa que hizo Jehová á Noé.

«Todo aquello que se agita en la tierra y en las aguas, os pertenece, dice el Señor.»

Pero en el momento en que Jacobo Merrey concluía su demostracion sobre los derechos de caza, universales é indestructibles, basados en las Escrituras sagradas, un espectáculo inesperado llamó su atencion.

En el extremo de la choza habia una alcoba, cuya entrada estaba cubierta con cortinas de sarga.

El perro las levantó y separó con su cabeza, y Jacobo vió en el fondo una forma inerte, miembros humanos que seguramente pertenecian á un niño.

—¿Qué es eso? dijo lanzándose hácia las cortinas.

El leñador se adelantó y replicó solemnemente:

—Caballero: si otro hubiera visto lo que vos, no saldria vivo de aquí; pero mi perro os quiere y os debe la vida, pues no solo le habeis curado, sino que sin vos le hubieran matado á palos, y como es mi único amigo, os dispenso; pero juradme que nadie sabrá nada.

—Olvidais sin duda que soy médico, dijo Jacobo Merrey soltando las cortinas, pero con el acento decidido de un hombre que desea saberlo todo, y que los médicos son como el confesor; por consiguiente, quiero saber quién es ese niño.

Los ojos del leñador perdieron su expresion amenazadora y se dulcificaron.

—¡Sois médico! es verdad, añadió pensativo; vos habeis devuelto la salud á mi perro y la vida, que estaba á punto de perder.

Despues añadió:

—¡Quién sabe! Tal vez lo que habeis hecho por un animal lo haríais por... Pero no, es imposible; repuso con abatimiento.

—Nada hay imposible, amigo mio, contestó el doctor; Jesucristo ha dicho: «Si tienes fé, aunque sea solo como un grano de arena, le dirás á la montaña: «Despréndete y arrójate en el mar,» y la montaña se desprenderá y se arrojará en el mar.» ¡Oh! la fé es el primer paso para la ciencia; el segundo es la voluntad. Querer es poder. Jesús añadió tambien: «El que tenga fé hará lo que yo hago.»

Sois cristiano, pues que veo á la cabecera de vuestra cama un crucifijo; por consiguiente, creyendo en los milagros, como católico, tal vez podré yo hacer uno apelando á la soberanía de la inteligencia sobre la materia.

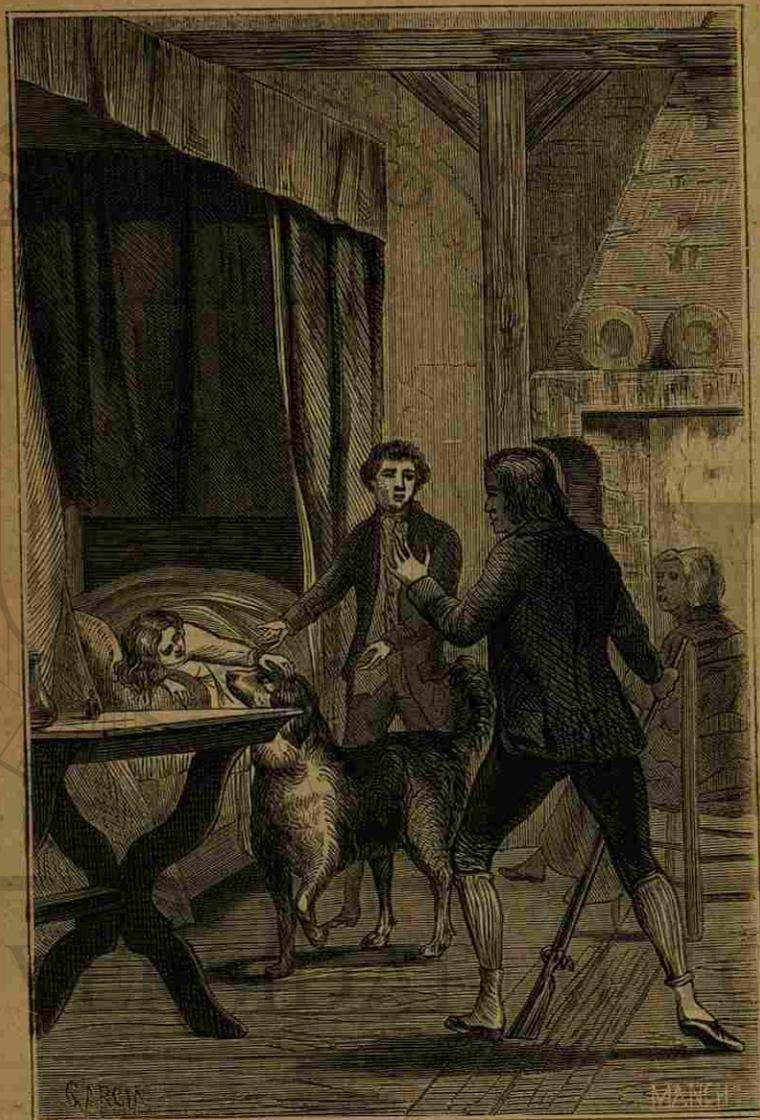
Estas palabras eran incomprensibles para el cazador, pero despues de reflexionar un momento respondió:

—No comprendo vuestros racionios; pero, caballero, no puedo ménos de pensar que la Providencia os habria conducido hasta aqui si...

Se detuvo y tosió como si temiera dejar escapar sus palabras.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



—¿Quién es esta desgraciada?

V.
En que el doctor encuentra lo que buscaba.

Jacobo aguardó á que el cazador concluyera la frase empezada; pero como continuaba guardando silencio, le interrumpió diciendo:

—Esta es la Providencia que me ha conducido aquí.

Y señaló á Escipion.

—Verdad es que este animal ha sido siempre el defensor, el gé-
nio protector y hasta el proveedor de nuestra choza, y además...

—¿Y además, qué? preguntó el doctor.

—¡La quiere tanto!... Demasiado conozco que es una tontería decirlo, pero los animales...

—¿Pero á quién ama Escipion? repuso Jacobo, dudando aun si se trataba de la infeliz idiota.

—Sí; á ella, á la pobre criatura que está allí, contestó el cazador dulcificándose y señalando con la mano las cortinas, detrás de las cuales se agitaba aquella imperfecta forma humana.

—¿Pero quién es esa desgraciada?

—Una *inocente*.

Ya se sabe que lo que entienden los aldeanos por inocente son los idiotas ó locos.

—¿Cómo, exclamó Merey, teneis en vuestra casa una pobre niña en ese estado y no habeis consultado á los médicos?

—Antes de venir aquí se les consultó y la llevaron á Paris, pero dijeron que no se podia conseguir nada.

—Pero eso no bastaba; y cuando os fué devuelta ó entregada (no quiero mezclarme en vuestros secretos), era preciso que hubié-
rais hecho algo: no solo en Paris es en donde se encuentran médi-
cos entendidos y amantes de la ciencia.

—¿Y cómo podría buscarlos un pobre diablo como yo? Ni sé en dónde encontrarlos, pues jamás he podido vivir en las ciudades: esas casas alineadas simétricamente y unidas unas á las otras me ahogan: allí no se puede respirar; necesito el aire libre, el movimiento, el techado de las selvas, la casa de Dios, por último, que es la soledad del campo: cazador furtivo sí, esa vida es la mía; tocar mi escopeta, aspirar el olor de la pólvora, disfrutar del viento, del rocío y de la nieve: la lucha, la libertad, en fin, esto es ser feliz como un rey.

—Pues bien, ahora que sin buscarme me habeis encontrado, y que por vuestras palabras creo adivinar que la Providencia lo ha dispuesto así, ¿me dejareis ver á la infeliz niña?

—¡Oh, Dios mío! sin duda alguna.

—¿Es una niña?

—Si lo he dicho, me he equivocado: es un animal inundo, que nos cuesta mucho hacer que esté limpio; pero entrad si gustais, ahí está; miradla.

Y levantando la cortina de sarga mostró con la mano una criatura inerte, encogida y que rodaba sobre un mal jergon.

Jacobo contempló tristemente aquel sér y se estremeció de lástima.

Era una de esas naturalezas privilegiadas que se conmueven ante toda clase de infortunios y en presencia de los séres envilecidos, pues cuanto más humillada veía á la persona, más se sentía inclinado hácia ella por el magnetismo del corazón.

La idiota ni aun se fijó en la presencia del doctor: con su mano indolente y floja, como si no tuviera articulaciones, acariciaba al perro: parecía que los dos se entendían, si no por el pensamiento, á lo ménos por el instinto, y que se inclinaban uno á otro por la sublime ley de atracción; solo que el perro gozaba de todas sus facultades y la niña no.

El doctor reflexionó largo tiempo; se sentía atraído hácia aquel sér que apenas tenía conciencia de que existía.

La niña lanzó un gemido.

—Sufre, murmuró; la falta de sentimiento, sería un dolor; sí, porque todo aspira á la vida; es decir, á la inteligencia.

El cazador entonces sacudió dolorosamente la cabeza, mostrándole á la idiota.

—Ya lo veis, señor, poco hay que esperar de una niña que ni siente, ni entiende. Ni mi madre ni yo hemos podido hacer que sostenga una rueca, á pesar de que tiene ya siete años.

—Se ocupa del perro, se dijo el doctor.

Y aquel impulso de simpatía que demostraba la niña por el animal, fué para Jacobo Merey la base de un plan curativo.

—Verdad es que se ocupa del perro, pero nada más; repuso el cazador.

—Esto basta, replicó Merey pensativo; ya encontré la palanca de Arquímedes.

—No sé lo que quereis decir, y mejor quiero mi escopeta que la palanca de nadie; pero si llegarais á despertar el entendimiento de esta niña, tanto mi madre como yo os consagrariamos eterna gratitud; porque aun cuando nada nos toque la queremos, añadió el cazador dándose golpecitos en el muslo. La costumbre, continuó, viéndola diariamente, hemos concluido por tenerle afición, por más que sea tan repugnante; ¿no es verdad, pequeña? Ya lo veis, ni aun se fija en mi voz.

—No, pero ha oído y reconocido al perro; es suficiente para mí.

Jacobo Merey ofreció volver, y llamó al perro, porque sin él dudaba encontrar el camino de su casa.

Pero el inteligente animal llegó hasta la puerta, y sacudiendo la cabeza volvió al lado de la niña, fiel más bien á la antigua amistad que á la moderna.

El doctor se detuvo y reflexionó.

La persistencia del perro para con la niña eran indicios preciosos para el médico.

Reflexionó que si se dedicaba á la curación de la pobre idiota serian necesarios grandes y continuos cuidados, invenciones cotidianas, recursos de imaginación, y además sentía piedad profunda por aquel sér que no tenía en la naturaleza valor ninguno, que representaba la *nada* de la inteligencia y de la materia en el centro de los séres animados que *pensaban* y se *movían*.

Jacobo Merey no habia creado nada, á pesar de haber hecho tentativas, pero aspiraba á formar un sér á semejanza suya.

La vista de aquella niña idiota, en la cual no se encerraba nada de humano más que la materia, renovó sus ensueños.

Se enamoró, como Pigmalion, de una estatua, no de mármol, pero inanimada, y quiso animarla como el estatuario.

Habiéndose encontrado en circunstancias particulares, el doctor habia podido estudiar, no solo las costumbres de los hombres, sino tambien los instintos é inclinaciones de los animales.

Voluntariamente habia abandonado la sociedad para dedicarse á la naturaleza y acercarse á los inferiores que la pueblan, persuadido de que los animales encierran bajo una cubierta grosera un átomo de divino flúido, aunque relativo y diferente al que nos anima.

Consideraba la creacion como una familia inmensa, en la que el hombre no era el rey, pero sí el padre, y en la cual habia mayores y menores, estos bajo la tutela de aquellos.

Habia observado con frecuencia, con ese interés que se alberga en los talentos profundos, que todo incidente, por insignificante que parezca, es la base muchas veces de grandes acontecimientos en el porvenir.

¡Cuántas veces habia sorprendido los juegos de un niño y de un perro!

Los sonidos inarticulados que lanzaban mezclados con sus juegos y caricias, le hacian creer que la criatura procuraba entender el idioma del animal y este á su vez el del niño.

De todos modos, se comprendian, se entendian y se comunicaban sus primitivas ideas, que encierran más filosofía y más verdad que todo lo escrito por Platon y Bossuet.

Contemplando á los humildes de la creacion, viendo la inteligencia y dulzura de unos y la mansedumbre de los otros, comprendia que existia entre ellos y el Todopoderoso un lazo.

¿No fué para que participaran de la bendicion universal, que desciende de los cielos en la santa noche de la Natividad, para lo que Jesucristo, tipo de humildad, quiso nacer en un pesebre? El Oriente, del que Jesús estaba tan próximo, ¿no tiene la creencia de que el

irracional es una alma dormida, que más tarde se despertará hecha hombre, para despues tal vez tornarse Dios?

En un momento, tan múltiples pensamientos, resumen de la historia y de las cavilaciones de Jacobo Merey, se presentaron á su imaginacion, comprendiendo que si el perro no queria separarse de la niña, era porque no debian alejarse uno de otro.

Además, aunque sus visitas fueran fijas, no podrian ser sino de dos en dos dias, y como, segun su opinion, era preciso un cuidado asiduo, una vigilancia continua, para sacar aquel sér de las tinieblas en las cuales yacia, el doctor tomó su resolucion, volvió á entrar en la choza, y dirigiéndose al cazador y á su madre, les dijo:

—Buenas gentes, por segunda vez os repito que no quiero saber el secreto concerniente á esa niña; sin ninguna duda habreis hecho todo lo que era posible hacer por ella, y no habeis engañado á los que os hayan hecho ese depósito: ahora me toca á mí.

Dadme, ó más bien, prestadme esta criatura: aquí es una carga inútil: la cuidaré y procuraré devolveros una niña inteligente, en lugar de esa masa muda é inerte, y podrá ayudaros y tomar parte en vuestros trabajos, en vuestras penas ó alegrías.

La madre y el hijo cambiaron una mirada y se retiraron al fondo de la choza, haciéndose en voz baja algunas reflexiones y poniéndose de acuerdo: despues el cazador se adelantó al doctor y le dijo:

—Es indudable que os encontrais aquí por intervencion divina, puesto que ha sido el perro á quien creiamos muerto el que os ha conducido. Llevaos á la niña, y si el perro desea seguiros, dejad que la acompañe; la mano de Dios está palpable, y seria una imprudencia oponerse á su santa voluntad.

El doctor sacó su bolsillo y lo puso encima de la mesa con lo que contenia: envolvió á la niña, y salió seguido por el perro, quien en tonces, no solo no retrocedió, sino que caminaba delante yendo y viniendo, loco de alegría, olfateando y dando golpes con la cabeza en el cuerpo de la niña, despues de lo cual salia corriendo, ladrando, como un heraldo que anuncia gozosamente la victoria de su general.

Entre perro y gato.

La alegría del perro, la expresion inteligente de su ojos y sus gozosos aullidos confirmaban al doctor en su idea de que aquel animal, á quien habia salvado, seria el intermediario, el lazo entre su voluntad varonil y la *nada* de la pobre idiota.

Era el medio de introducirse en la plaza por sorpresa.

Dominado por los mitos cabalísticos de la antigüedad, se preguntaba el doctor si los poetas no lo habian adivinado cuando nos presentan á Orfeo entrando en los infiernos en busca de Eurídice á pesar de los aullidos de Cerbero.

La empresa que meditaba Merey tenia algun parecido con la tentativa del gran poeta primitivo.

Se trataba de penetrar en el infierno de la imbecilidad para sacar de las tinieblas de la muerte á la inteligencia, y como Orfeo hizo con Eurídice, volverla á la luz del dia.

Verdad es que habia fracasado su pensamiento, pero fué por falta de fé. ¿Por qué dudó de la palabra del dios de los infiernos? ¿Por qué volvió la cabeza para ver si le seguía Eurídice?

Abrumado con estas ideas, volvió el doctor á su casa y entró en el laboratorio.

La anciana Marta, que habia tenido que vencerse mucho para acostumbrarse á Escipion, porque este asustaba á su gato, creyendo que el paquete que su amo tenia en los brazos serían yerbas medicinales, le siguió, porque era ella la encargada de colocarlas.

El gato penetró á su vez.

Presidente, nombre que le habia puesto Marta á causa de su blancura, que le recordaba la del traje del presidente de Bourges, á

quien vió una vez, habia tenido un gran susto el dia en que Escipion se presentó en casa del doctor.

El perro se habia arrojado sobre él, y de silla en mesa le persiguió hasta que, encontrando una ventana abierta, el gato pudo librarse de él buscando refugio en los tejados.

Celoso porque otro le usurpaba su lugar en la casa y en el corazon de sus amos, ó aterrado por aquel malaventurado encuentro, el *Presidente*, que era moro de paz y que, gracias á los cuidados de Marta, ni aun se ocupaba de hacer la guerra á los ratones, mirándolos como un manjar indigno de él, permaneció tres dias sin volver á casa.

A pesar de que Marta no se quejaba, porque segun ella el doctor tenia derecho de vida ó muerte sobre todo lo que le rodeaba, sin embargo, su fisonomía cambió, y cuando servia á su amo el café por la mañana lanzaba un profundo suspiro, y cuando hacia la sopa para Escipion era de muy mala gana.

El doctor adoraba la buena armonía, así como odiaba la guerra por los resultados.

Vió que uno de los resortes que impulsaban á los habitantes de su casa se habia detenido, y se informó del motivo de la tristeza que agobiaba á Marta.

La fiel criada rompió á llorar, y mostrando el sillón en que solia descansar el gato, murmuró:

—Señor doctor, el *Presidente*.

Merey ordenó á Marta que preparase la comida del perro y del gato, y que se la llevase.

La pobre mujer se encogió de hombros, como diciendo:

—Eso es inútil.

Pero como estaba acostumbrada á obedecer, hizo lo que su amo mandaba.

El doctor se asomó al balcon buscando al gato, y como la casa dominaba á la otra y el laboratorio estaba aun más elevado, pudo interrogar con la vista hasta el fondo cavernoso del Creusse; pero no tuvo necesidad de detenerse en sus sombrías aguas, porque á alguna distancia, encima de un tejado de rastrojo, dormía *Presi-*

dente, replegado entre su lustrosa piel, un poco desaseada por las excursiones nocturnas que habia hecho desde su fuga.

El doctor le llamó con un silbido particular.

El gato se estremeció, abrió sus ojos verdosos, miró en derredor suyo, se estiró y hostezó, pero entonces se fijó en su amo.

Fuera que la llamada del doctor le pareciera bastante, fuera que, como los demás animales, sintiese la irresistible influencia del magnetismo, lo cierto es que se levantó, encaminándose hácia el balcon.

El doctor llamó á Escipion, el que contaba entre sus cualidades la de hacer el muerto, para dejar pasar la infantería y la caballería ligera, hasta que pasara la artillería.

El doctor le mostró la alfombra y le ordenó que hiciera el muerto: el perro se tendió y cerró los ojos.

Casi en aquel momento asomaba en el balcon la cabeza inteligente é inquieta del gato.

Jacobo Merey le tomó en brazos, le besó en la frente, lo que jamás habia hecho, y le pasó la mano desde el occipucio hasta el extremo de la espina dorsal; caricia á la cual fué tan sensible el gato, que el doctor le sintió estremecerse, y al estremecimiento sucedió ese rum rum particular en la raza felina, y que expresa la satisfaccion.

Entonces le acostó entre las patas de Escipion, colocándole la cabeza sobre un brazo del perro, y con el otro hizo le abrazara.

Los dos animales, que tres dias antes habian querido devorarse (porque ni á Escipion le faltaba la fuerza ni al *Presidente* la voluntad), se encontraron frente á frente sin saber cómo, maravillados de sus intenciones pacíficas y benévolas del uno para el otro.

Estaban embelesados con aquella reconciliacion, cuando entró Marta, llevando la sopa del perro y la comida para el gato.

La admiracion de la pobre mujer fué tan grande que, dejando uno de los platos sobre la mesa, hizo la señal de la cruz.

No tenia absoluta confianza en las creencias de su amo, y cada vez que le veia llevar á efecto un acto extraordinario y que traspasaba los límites del humano poder, se ponía en guardia y se persignaba para conjurar al enemigo.

—Señor, exclamó mirando á los dos animales; esta es otra de vuestras hazañas.

—Dad su almuerzo á los dos y esperad, dijo el doctor, quien deseaba ver por sí mismo el efecto que producian en las naturalezas vulgares lo que el pueblo llamaba milagros.

Marta obedeció; pero su turbacion era tan grande, que cambió los platos, y cuando quiso deshacer el error, le dijo su amo:

—Dejadlos, ya lo buscarán ellos; y silbando lo mismo que al llamar á *Presidente*, despertó á ambos.

Escipion se dirigió á la izquierda en busca de su sopa, y el *Presidente* pasó por entre sus patas para alcanzar la comida.

Desde aquel dia reinaba la más perfecta armonía entre los dos, con lo que Marta recobró la satisfaccion y la alegría.

Este acontecimiento habia acrecentado la confianza de Marta para con su amo, y deseosa de complacerle le siguió al laboratorio para aguardar sus órdenes.

Inmensa fué su admiracion cuando vió que desenvolvía con el mayor cuidado lo que ella creía eran yerbas, y se encontró con una niña de seis á siete años, la que permanecía inmóvil en el sitio en que la habia dejado Jacobo Merey.

El perro corrió hácia ella y la lamió en la cara, y entonces hizo un movimiento.

—Dios mio, ¿qué es esto? exclamó Marta alargando la cabeza y extendiendo los brazos.

—Esto, replicó el doctor sonriendo melancólicamente, esto es una masa de carne sin alma, sin voluntad, sin movimiento, olvidada por el Creador entre esos seres deformes é incompletos, á los que tiene que dar la ciencia lo que ha olvidado concederles la naturaleza.

—Jesús, Dios mio, señor doctor, exclamó Marta; supongo que no pensais en ocupar la casa con ese muñeco, que solo sirve para figurar en la redoma de un boticario.

—Al contrario: se queda conmigo, y tú te encargarás de velar por ella: para empezar, añadió Jacobo Merey, vas á ir á comprar un medio baño para jabonar esta niña de piés á cabeza.

La anciana obedeció como siempre; una hora despues, en el baño, lleno de agua tibia, estaba sumergida la idiota, y Marta lavaba su cuerpo con jabon, ínterin Jacobo contemplaba aquel acto con la mayor atencion.

Imposible era conocer el color de sus cabellos ni de su cútis, pues el desaseo y el contacto con las cosas más inmundas la tenían completamente desfigurada.

Poco á poco la mano de Marta, ayudada por la espuma del jabon, iba descubriendo un cútis blanco mate y enfermizo, propio de los niños cuando han vivido encerrados.

Existen en el aire y en los rayos del sol unos átomos que prestan vida y calor, y por eso vemos que las plantas pálidas y raquílicas son las que carecen de esos elementos regeneradores, mientras que sus hermanas brillan con los más vivos colores y se ostentan frescas y vigorosas con el contacto de la brisa y del astro-rey.

Aun despues de lavada y peinada era difícil conocer si sería bonita ó fea, porque ninguno de sus rasgos estaba bien marcado.

Los ojos, que apenas se entreabrian, y los cuales no se podia saber si eran rasgados, eran azules como el cielo; la boca, imperfectamente dibujada, mostraba hermosos dientes, pero atenuaba su belleza la palidez de los lábios.

Las cejas se distinguian por el color oscuro del cútis, pero no por ese sedoso arco del que la mujer saca tanto partido, sea más ó menos poblado.

Su cabeza carecia de cabello casi por completo, y solo en el cebebo se veian algunos rizos, rubio claro, indicando que si aquel sér llegaba á ser mujer pertenecería á la bondadosa raza germánica.

Pero, sin embargo, y á pesar de la hinchazon que se notaba en el cuello, en las ingles y en las rodillas, el estado de la pobre niña no desagradó al doctor.

Uno de los síntomas que caracteriza el idiotismo es el entorpecimiento.

El hombre ha sido dotado por la naturaleza con tres dones esenciales: la sensacion, la voluntad y el movimiento.

El hombre siente, desea, obra, y estos impulsos se enlazan unos con los otros, sin que sea posible desunirlos.

Si el hombre no siente no puede desear, ni tampoco obrar.

El idiota no siente, y tal es la causa principal de la imbecilidad.

En la choza del cazador furtivo la infeliz criatura jamás salia del miserable lecho, y durante horas y horas rodaba como una bola, ó se movia como esos muñecos chinos que no tienen movimiento sino en la cabeza; era el único punto de contacto que tenia con la vida.

Aborrecia el aire libre, la luz, el movimiento, y tenia la tendencia natural en los irracionales á la tranquilidad.

El doctor Merey la dejó desnuda y confiada á la vigilancia del perro, y bajó al jardin, el que era bastante grande, como sucede en las casas de las ciudades de provincia, en donde el terreno no tiene el mayor valor.

Altos y frondosos árboles le sombreaban, en el centro de los cuales, en la cima de una colina, se elevaba un magnífico manzano. Un manantial claro, cristalino, bullicioso nacia al pié del otero, y formando lindas cascadas corria por el cauce de un arroyuelo, atravesando un patio enlosado, regaba el jardin de un extremo al otro y se perdia en el rio Creusse.

Toda la frescura y verdor que formaban del jardin un verdadero oasis era debido al humilde manantial.

Tres ó cuatro frondosos sauces, colocados de distancia en distancia, mezclaban su dorado follaje con los diferentes matices que presentaba la variada paleta del jardin.

Jacobo Merey comprendió á la primera ojeada el inmenso partido que podia sacar de aquel jardin para su enferma, pues la sombra de los árboles atenuaba los ardores del sol.

Con un lápiz en la mano se convirtió en jardinero y arquitecto de aquel Trianon en miniatura.

En una superficie extensa y llana dispuso una alfombra de césped para que la niña rodase á su placer; un estanque, cuya profundidad no pasara de treinta centímetros, debia reemplazar á una

verja, y este depósito de agua sería más tarde el baño de la niña sin nombre que yacía en su laboratorio.

Jacobo Merey entrelazó las ramas de tilo para formar un pabellon que fuera impenetrable á los rayos del ardiente sol de la canícula, tan peligrosos por su excesiva fuerza.

Jacobo Merey se propuso apurar todos los recursos de la naturaleza, para lo cual marcó dos ó tres sitios para formar cuadros de flores.

Desde el siguiente dia se ocuparon cuatro jardineros en la reforma del jardin, habiéndoles ofrecido paga doble si ejecutaban en una semana los planes del doctor.

VII.

Un alma en su infancia

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cpdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Ocho dias despues empezaba á despuntar el césped; el estanque mostraba en el fondo el cascajo recogido en el rio, y estaba rodeado de una verja que impediria que la niña pudiera caerse, y dispuesto á propósito para que, vigilada por Marta, pudiera tomar un baño general, en el cual nada molestase sus originales movimientos.

Varias macetas habian sido trasportadas sin trasplantar, y formaban tres alfombras matizadas con variados colores.

El eden en miniatura estaba preparado para recibir á su Eva.

La niña no tenia nombre, porque nunca habian pensado en nombrarla; ¿para qué, si no contestaba?

Sin ninguna duda, cuando nació la habrian bautizado con el nombre de alguna santa ó santo, pero visto lo mal que habian velado por su ahijada, era imposible buscarlo en el Almanaque ni en la memoria de nadie.

Pero Marta la *jorobada*, que además de su nombre tenia el sobrenombre, no se contentaba con esto, y tanto mortificó á su amo, que éste, deseando tambien acostumbrar á la niña á contestar á una interpelacion, la dijo que se llamaba Eva.

No sin razon le dió Jacobo Merey á la huerfanita este nombre; ¿pues no era sacar de la nada aquel sér, como Dios á la primera mujer?

Aquella creacion material que emprendia, ¿no daria, si no fracasaba, el resultado de formar una criatura que el Señor pudiera reconocer como suya entre las demás mujeres, lo mismo que conoce una flor entre las otras flores?

¿Qué nombre podía dársele más significativo y más encantador que el de Eva?

Pero solo fué el doctor quien persistió en esto, pues Marta, encontrando el de Rosalía más bonito, pidió permiso á su amo para sustituir al que el doctor deseaba, porque además, decia, no se encontraba en el Almanaque.

Jacobo Merey consintió porque empezaba á sentir un afecto extraño hácia la niña, y tal vez se alegraba nombrarla de un modo particular y que solo á él le respondiese por aquel nombre.

Por consiguiente, fué llamada Eva por el doctor, Rosalía por todos los demás.

El día que la niña penetró por primera vez en el jardín hacia un calor insoportable.

En el pabellon, formado con las ramas de los tilos, se extendió una alfombra, y Escipion tuvo el privilegio de participar, despues de bien lavado, aquel fresco albergue.

El doctor contaba con el perro como con un poderoso auxiliar para su obra.

Día llegaría en que llevase á Eva sobre sus lomos, y más tarde tiraría del cochecito de la niña; entre tanto con admirable habilidad jugaba con ella, haciéndola casi á pesar suyo tomar movimiento, el que si bien la era antipático, sin embargo lo consentia porque provenia del perro.

Durante todo el día permaneció el doctor cerca de aquellos dos séres observando sus juegos.

La niña estaba desnuda porque el calor lo permitia y Jacobo deseaba dejar en completa libertad sus movimientos; varias veces trató de ponerla de pié, pero sus piernas se doblaban aunque apoyara las manos en un banco, por lo que comprendió el doctor que no debía ocuparse por entonces más que del organismo para ponerla en estado de aprovechar más tarde los cuidados morales.

Los primeros días y meses se pasaron combatiendo con energía el humor linfático.

Primero la hizo tomar baños frios en el estanque del manantial, los que hicieron á la niña lanzar gritos de dolor.

En la pobre naturaleza humana siempre sucede lo mismo: los gritos de pesar preceden á los gritos de alegría.

Poco á poco se acostumbró Eva á los baños, soportándolos sin congoja, y por último sintiendo un verdadero placer.

Cuando pasó el calor les llegó el turno á los baños salinos y alcalinos, á los que ayudaba un alimento nutritivo y sano.

En casa del leñador nunca habia comido Eva sino sopas de leche y sustancia de pan.

El caldo de vaca era poco frecuente, y tal vez no lo habria tomado dos ó tres veces.

Con respecto al alimento, no manifestaba ninguna preferencia y tomaba lo que la presentaban, y lo mismo que todos sus movimientos, movia las mandíbulas indistintamente.

El doctor, en lugar de las sopas de leche y la sustancia, la daba buen caldo, y cuando conoció que ya el estómago soportaria un alimento más fuerte, ordenó la gelatina de ave, despues la de carne, y por último la de caza, por ser la más nutritiva.

Durante el invierno continuaron aquellos asíduos cuidados, sin que se se notara progreso alguno ni en la inteligencia ni en el organismo moral de Eva.

Pero si era obstinada aquella naturaleza, más lo era aun la paciencia del doctor para combatirla, á pesar de que con frecuencia se encontraba á punto de desesperarse; pero un hecho que obtuvo buen éxito segun sus deseos, y que habia sido provocado por él, le devolvió la esperanza.

Un día encargó á Marta que encerrase el perro en una perrera situada en un extremo del jardín, desde la cual no podian oirse sus lamentos.

Pero el perro no quiso seguir á Marta, y fué preciso que le condujera Jacobo y le ordenase que entrara.

El inteligente animal comprendia á lo que le condenaban, y no hubiera obedecido á nadie sino al doctor, quien le amarró y le encerró.

Escipion se quejó dolorosamente de aquella injusticia; pero nada más.

Su amo se encargó de llevarle la comida, dejándole entre tanto una escudilla llena de sopa que Marta había hecho por encargo particular de Merrey.

Era la primera vez que Eva, desde hacia cerca de un año, se encontraba privada de su compañero; lo había visto salir con el doctor, siguiéndole con la vista, y cuando le vió volver solo, sus ojos manifestaron una ligera expresion de asombro y permanecieron fijos.

Aquella rápida impresion no pasó desapercibida para el doctor Merrey.

Pero todavía faltaba algo. Pasó el día, y la niña, inquieta, miraba á derecha é izquierda haciendo movimientos que jamás había hecho para mirar detrás de ella, y por la tarde se escaparon de sus lábios algunos quejidos.

Pero era más aun lo que deseaba el doctor Merrey, pues con bastante frecuencia la había oido quejarse, pero nunca la había visto sonreír.

Los rasgos de su rostro se habían acentuado, los ojos estaban más rasgados, aunque, si bien no manifestaban atonía, era vaga su mirada; la nariz se había formado, los lábios se delineaban perfectamente y habían tomado un sonrosado, y su cabeza estaba cubierta de cabellos rubios.

El doctor pasó la noche cerca de ella, y los quejidos continuaban durante su sueño: dos ó tres veces hizo algunos movimientos bruscos que no hacia estando despierta, y agitó los brazos con ménos debilidad que de costumbre.

¿Soñaba? ¿Se cernía en su cerebro algun pensamiento? ¿O solo eran estremecimientos nerviosos que la sacudían?

Al día siguiente lo sabría.

Cuando Eva despertó por la mañana encontró el gato á su lado, por el que no había manifestado nunca ni simpatía ni antipatía: Jacobo deseaba ver cómo lo acogeria.

Eva, medio despierta, sintiendo bajo su mano una piel sedosa y fina, acarició al animal, pero poco á poco abrió los ojos, y con el cansancio de aquel que acaba de hacer un esfuerzo, los fijó en el

Presidente, á quien ya no confundía con Escipion, y reconociendo su error, rechazó al gato con tal despecho, que, irritado el animal, saltó de la cama al suelo.

En aquel momento se oyó un gran ruido de cadenas y como si un caballo subiera á galope las escaleras del laboratorio.

La puerta, mal cerrada, se abrió con violencia, y Escipion entró corriendo y se subió á la cama de Eva.

Había roto la cadena y roído la puerta.

Al verlo Eva se sonrió por primera vez, y lanzó un grito de gozo.

Era el desenlace que esperaba el doctor, aunque lo hubiera preparado de otro modo, y que no contara con el vigor y la impaciencia de Escipion.

Quitó de su cuello el collar y la cadena, cuyos anillos podían lastimar á la niña, y contempló gozoso aquella alegría que se manifestaba con caricias.

Era, pues, indudable que la víspera Eva extrañaba la ausencia de Escipion, que había soñado, y que á pesar de haber pasado veinticuatro horas no lo había olvidado.

Por consiguiente, si no existía la memoria en la imaginacion de la niña, existía el germen.

Jacobo Merrey murmuró la divisa de Descartes.

Cogito, ergo sum.

«Yo pienso; luego soy.»

La niña *pensaba*; luego *era*.

Llegaron los primeros días de primavera, y cuando el arroyuelo empezaba de nuevo su plácido murmullo; cuando Abril hacia brotar los primeros y algodonados capullos de las hayas y de los tilos; cuando la yerba reapareció en la superficie de la tierra, en una mañana espléndida y alumbrada por el sol claro y radiante, volvió la pobre niña acompañada por el perro á tomar posesion de su paraíso.

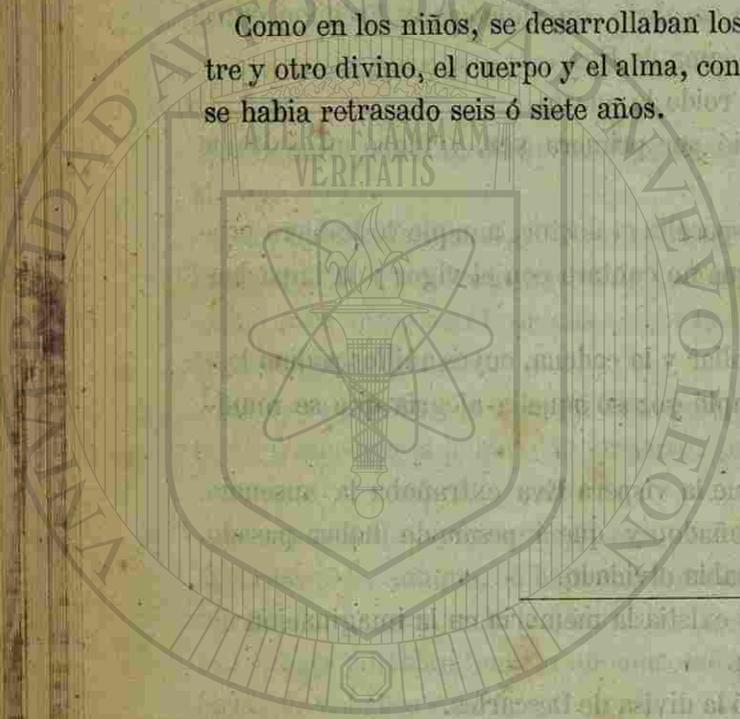
La alfombra la aguardaba bajo los tilos, y Jacobo tuvo una grata sorpresa, recompensa de sus afanes.

Apoyándose en el ángulo de un bancode piedra, se levantó la ni-

ña, y ayudada por el doctor permaneció de pié, gozosa y lanzando una exclamacion de júbilo, que para Jacobo era la señal de triunfo.

De aquel modo se revelaba al mismo tiempo el progreso del pensamiento en el cerebro y de la fuerza en los músculos.

Como en los niños, se desarrollaban los dos gemelos, uno terrestre y otro divino, el cuerpo y el alma, con la diferencia de que Eva se habia retrasado seis ó siete años.



VIII.

Prima ché spunti l'aura.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 2625 MONTERREY, MEXICO

Era un adelanto suficiente para colmar de júbilo á Merey, pero era un progreso relativo.

Eva empezaba á distinguir lo que se encontraba al alcance de su vista, pero parecia insensible al ruido, puesto que por grande que fuera no volvia la cabeza.

Una idea acudió á la imaginacion de Merey, la cual varias veces le habia ocurrido, pero que, temiendo adivinar la verdad, no habia querido profundizar, y era que la pobre niña estaba sorda.

Un dia en que jugaba con Escipion sobre el césped y que demasiado débil aun para sostenerse sobre sus piernas se apoyaba en el suelo con piés y manos, el doctor, quien por ella habia descuidado por completo crisol y retortas, subió á su laboratorio, tomó una pistola, la cargó, y llegando casi hasta tocar á Eva, la disparó.

Escipion dió un salto, ladró, se lanzó entre los bosquecillos y los registró para averiguar qué pieza de caza habia matado su amo.

Pero la niña ni aun se estremeció. Siguió con la vista al perro y parecia que sus vueltas la divertian, haciéndole señas con la mano para que volviera, pero era indudable que se ocupaba del efecto sin saber la causa.

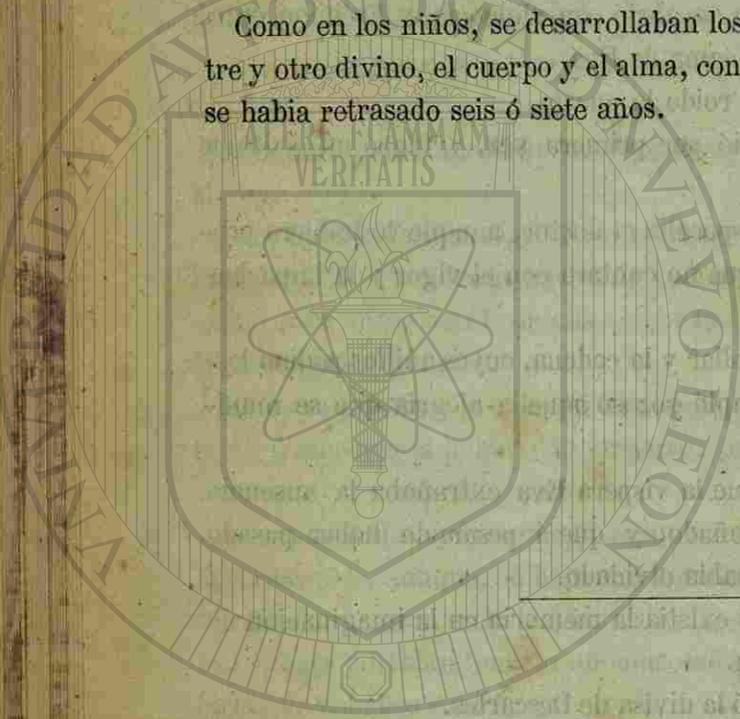
Entonces determinó el doctor emplear la electricidad como auxiliar del plan curativo.

Dos ó tres veces por mes caia la niña por espacio de veinticuatro, treinta ó cuarenta horas en un estado total de entorpecimiento, y entonces Jacobo Merey la friccionaba con un cepillo eléctrico, la hacia tomar baños preparados del mismo modo y aplicaba un conducto eléctrico al oido durante media hora ó una.

ña, y ayudada por el doctor permaneció de pié, gozosa y lanzando una exclamacion de júbilo, que para Jacobo era la señal de triunfo.

De aquel modo se revelaba al mismo tiempo el progreso del pensamiento en el cerebro y de la fuerza en los músculos.

Como en los niños, se desarrollaban los dos gemelos, uno terrestre y otro divino, el cuerpo y el alma, con la diferencia de que Eva se habia retrasado seis ó siete años.



VIII.

Prima ché spunti l'aura.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 2625 MONTERREY, MEXICO

Era un adelanto suficiente para colmar de júbilo á Merey, pero era un progreso relativo.

Eva empezaba á distinguir lo que se encontraba al alcance de su vista, pero parecia insensible al ruido, puesto que por grande que fuera no volvia la cabeza.

Una idea acudió á la imaginacion de Merey, la cual varias veces le habia ocurrido, pero que, temiendo adivinar la verdad, no habia querido profundizar, y era que la pobre niña estaba sorda.

Un dia en que jugaba con Escipion sobre el césped y que demasiado débil aun para sostenerse sobre sus piernas se apoyaba en el suelo con piés y manos, el doctor, quien por ella habia descuidado por completo crisol y retortas, subió á su laboratorio, tomó una pistola, la cargó, y llegando casi hasta tocar á Eva, la disparó.

Escipion dió un salto, ladró, se lanzó entre los bosquecillos y los registró para averiguar qué pieza de caza habia matado su amo.

Pero la niña ni aun se estremeció. Siguió con la vista al perro y parecia que sus vueltas la divertian, haciéndole señas con la mano para que volviera, pero era indudable que se ocupaba del efecto sin saber la causa.

Entonces determinó el doctor emplear la electricidad como auxiliar del plan curativo.

Dos ó tres veces por mes caia la niña por espacio de veinticuatro, treinta ó cuarenta horas en un estado total de entorpecimiento, y entonces Jacobo Merey la friccionaba con un cepillo eléctrico, la hacia tomar baños preparados del mismo modo y aplicaba un conducto eléctrico al oido durante media hora ó una.

Tres meses despues renovó el doctor la experiencia de la pistola.

La niña se estremeció y volvió la cabeza; Meroy comprendió que Eva era muda porque no oía, pero que desarrollando el órgano del oído hablaría sin duda ninguna.

Todavía faltaba mucho para obtener este resultado, de modo que el doctor continuó con la electricidad.

La niña físicamente estaba bien, y cada día adquiría fuerzas y robustez, así es que Meroy inventó otra tentativa.

El infeliz carretero á quien habia hecho la operacion de la pierna, además de los trescientos francos de renta, habia obtenido el ser pregonero del Ayuntamiento, y su trompeta era popular en Argenton.

Apenas oían su sonata acostumbrada, y la única que sabia, la poblacion entera corria hácia la plaza con ese afán que tienen las ciudades pequeñas por saber noticias, por lo mismo que no son frecuentes.

Un día que pasaba por delante de la puerta del médico, este le llamó, y Basilio, con toda la ligereza que le permitia su pierna de palo, subió las escaleras.

Basilio miraba al doctor como á un Dios, y habiendo visto la lluvia de beneficios con que le habia colmado la Providencia, no sentia su desgracia, comprendiendo que jamás hubiera obtenido con las dos piernas sanas, lo que con una sola.

Jacobo le dijo que deseaba tocarse la sonata más aguda, á lo que contestó el ex-carretero que no sabia más que una, pero que podría, si no era para oídos muy delicados, subirla un tono; á lo que el doctor le contestó que nada importaba, aun cuando desafinase.

Era en los primeros días del invierno y ambos subieron al laboratorio, en donde una estufa mantenía el calor á 18 ó 20 grados, por lo que Eva estaba ligeramente vestida, tendida sobre el lomo de Escipion y con el gato en brazos.

El *Presidente*, á pesar de su lustrosa y blanca piel y de estar destinado á los juegos de la niña, no por eso la queria tanto como Escipion, porque siempre hay algo de tigre en el gato, y Marta, que

lo cuidaba y lo mimaba, no se libraba por esto de un arañazo.

Pero jamás *Presidente* se habia propasado con la niña, y nunca sus uñas habian surcado el blanco cutis de Eva, ni habian salido de su estuche aterciopelado.

El doctor encargó á Basilio que entrara poco á poco, no por la niña, que no le oiria, sino para no asustar al perro y al gato; de modo que á pesar del ruido que hacia la pierna de palo que Basilio debia á la generosidad del doctor, llegaron, gracias á la alfombra, sin ser sentidos hasta una vara de distancia del pintoresco grupo que formaban la niña y los dos animales.

Escipion y el *Presidente* tenían el oído demasiado diestro para no aperebirse de la llegada de dos personas; pero como una era el amo y sabian sus buenas intenciones, no se movieron; además, Basilio no les era completamente extraño, pues varias veces le habian visto hablar con el doctor estando Escipion acostado en la puerta al sol y el gato encima del tejado.

En cuanto á la trompeta, no tenían tanta inteligencia para comprender su uso, y con los ojos medio cerrados siguieron el movimiento de la mano que la conducia á la boca.

De repente resonó la tocata con tal estrépito, que el gato de un salto rompió un cristal y huyó al tejado y Escipion lanzó un aullido lúgubre, mientras que Eva rompía á llorar.

La tentativa tenia buen resultado, pero era preciso saber si la niña lloraba por la fuga del gato y el susto de Escipion, ó porque los sonidos llegaban hasta ella.

Meroy hizo seña á Basilio para que callara ínterin Eva continuaba llorando.

Cuando cesaron sus lágrimas, el doctor cogió al perro por el collar para que no se moviera y le dijo á Basilio que volviera á empezar.

Triunfante el carretero con el éxito, acercó la trompeta y la hizo resonar de un modo tan agudo y amenazador, que Eva renovó su llanto é hizo un movimiento para huir.

No habia duda: Eva no lloraba por el susto de sus dos fieles compañeros, sino porque habia oído el instrumento.

El doctor, satisfecho con el resultado, dió al músico un escudo de seis libras, que no sin mucha dificultad aceptó el pobre hombre, ofreciendo al doctor volver cuando este quisiera, de cuya oferta no se aprovechó Merey.

Escipion, benévolo, manso y bueno, volvió á ocupar su puesto en cuanto salió Basilio; pero más rencoroso y desconfiado el *Presidente*, no volvió hasta la hora de la comida.

A pesar de la lentitud con que caminaba la curacion de la niña, pues ya hacia cerca de dos años que estaba en casa del doctor, este se sentia henchido de júbilo, porque ya no dudaba del éxito.

Pasaron tres meses más y la niña continuó con el plan curativo auxiliado por la electricidad, aunque en escala descendente, pues el doctor temia cansarla demasiado, y al cabo de ese tiempo encargó á Paris un órgano, pues aun cuando en la iglesia habia uno, como el párroco y los otros sacerdotes dudaban mucho de la religion de Jacobo Merey, no le hubieran permitido hacer la experiencia que deseaba.

Como al tratarse de Eva estaba dispuesto á todo, y fundaba grandes esperanzas en la influencia de la música, habia hecho con placer el gasto de uno de esos órganos de salon que costaban entonces ciento cincuenta ó doscientos doblones, porque Alejandro no existia, y era preciso encargarlo á Alemania.

Cuando Basilio tocó la trompeta, adquirió el doctor la certeza de que Eva, no solo oia, sino que llegaria á tener buen oido musical, porque sus lágrimas eran efecto sin duda del dasafinamiento del instrumento y de la poca armonía que encerraba.

La instalacion del órgano, sobre el que tanto contaba Merey, fué un verdadero acontecimiento, porque no consistia solo en colocarlo con el aplomo que necesitan esa clase de instrumentos, sino que Jacobo Merey deseaba que ningun sonido se escapase antes del dia en que sus melodiosos acordes produjeran el efecto deseado, no solo en el oido, sino tambien en el corazon de Eva.

Empezaban los dias de primavera, esa maravillosa estacion en la cual se esparce por toda la naturaleza un flúido mágico, como una cadena de amor que hace crear nuevos séres y une con un lazo

más ardiente á los que ya han gozado de su poética influencia.

Era la tercera vez que brotaban los capullos de los árboles con las primeras hojas de Abril desde que Eva, encerrada como un boton de invierno, esperaba en casa del doctor los rayos de aquel sol vivificador: tenia ya diez años.

En una de aquellas mañanas que llenaban todas las condiciones primaverales y en las que hasta las cosas más insignificantes é inanimadas sienten su influjo, Jacobo Merey aguardó á que se levantara la niña; despues abrió la ventana para que inundaran los rayos del sol el laboratorio, atrajo las ramas de hiedra que pendian del tejado y formó con ellas un velo que disminuyera su fuerza; acostó á Eva en aquella corriente bienhechora; y mientras que la veia sonreirse y extender sus delicados miembros con ese bienestar que siente la criatura al encontrarse bajo la mirada del Creador, se dirigió al órgano, abierto de antemano, y preludió los primeros compases de Cimarosa, *Prima che spunti l'aura*.

Jacobo no era un profesor, pero sí un aficionado que reunia todas las cualidades intelectuales, musicales y poéticas que están de acuerdo con un corazon noble y un alma elevada.

Hubiera sido poeta, pintor, y sobre todo músico, si el anhelo de hacer bien no le hubiera impulsado por la senda de los Cabanis y Condorcet.

Así pues, el órgano vibró con una melodía original, con sonidos prolongados y melancólicos, y como el doctor se habia colocado de manera que pudiera observar el efecto, vió que al primer torrente de armonía Eva se estremeció, levantó la cabeza, sonrió, y llegó hasta él ayudándose apenas con las manos, y sosteniéndose en el sillón, se puso derecha y aspiró con delicia aquel raudal melodioso que se escapaba de las manos del doctor.

Lleno de júbilo el doctor, la tomó en sus brazos; pero Eva le separó suavemente y dejó caer su mano sobre las teclas de marfil, escuchando con satisfaccion aquel extraño y largo gemido.

Pero no trató de renovar el ensayo: su mano cayó inerte, como si comprendiese que le era imposible obtener los sonidos que acabó de escuchar.

Entonces, con palabras inarticuladas, trató de hacer comprender la doctor lo que deseaba, y Merey, que no vivía sino para ella, comprendió aquel incomprensible lenguaje y continuó la pieza de música que había empezado.

En el jardín hacía todos los años su nido una familia de ruiseñores, y el doctor había prohibido que se asustase ni al macho en las ramas, ni á la hembra en el nido, ni á los polluelos, así es que volvían al mismo sitio y reedificaban su albergue en una espesura cercana al pabellon que formaban las ramas entrelazadas de los tilos.

Las órdenes de Jacobo Merey se cumplían religiosamente, y todos los años, del 5 al 8 de Mayo, empezaban á escucharse los maravillosos trinos del nocturno huésped.

Jacobo, pues, aguardaba su vuelta con impaciencia; quería ver el efecto que causaba en Eva el instrumento más bello de la creación, el canto del pájaro.

Serían como las once de la noche del 7 de Mayo, cuando se oyeron en el laboratorio del doctor los primeros gorgoros.

Jacobo Merey había observado que cuando despertaba Eva por sí misma estaba más contenta que cuando la despertaban; pero demasiado interesado en aquella prueba, no podía aguardar á que cantara el ruiseñor á una hora en que estuviera la niña despierta, así es que la condujo á pesar de su mal humor al pabellon del jardín, quejándose y suspirando.

Pero á medida que oía más cerca á la canora ave, la serenidad se reflejaba en su rostro: abría los ojos cual si anhelara ver mejor de noche que de día, y su anhelosa respiración se calmaba por momentos escuchando con sus cinco sentidos.

Cuando el doctor la colocó bajo el emparrado, se puso de pié sin apoyo ninguno, y formando el equilibrio con sus brazos, se dirigió hácia el sitio en donde cantaba el ruiseñor.

Era la primera vez que andaba; ya no se podía dudar; oía, y todos los sentidos se desarrollarian impulsados por los sonidos, y muy pronto la vida intelectual no sería ya un misterio para la niña, gracias á la ciencia, de la cual había dicho el Señor esta palabra del Evangelio:—*Ephata.*—Abrete.

IX.

La niña se contempla, el perro bebe.

Cuando la inteligencia penetra por esa puerta, ya no se cierra.

Había en Argenton un infeliz loco, quien, como Basilio, debía su curación al doctor y cuya gratitud era inmensa; se llamaba Antonio.

Tal vez tendría otro nombre, pero ni él ni los demás se habían ocupado de esto; su locura consistía en creerse la *justicia eterna y el centro de verdad.*

¿Cómo ideas tan profundas hallaban cabida en el cerebro de un aldeano?

Verdad es que por esa razón le volvían loco: el doctor había logrado tranquilizar su locura, pero siempre se creía *la justicia eterna y el centro de la verdad.* Según él, estaba en comunicación con Dios.

En todo lo demás tenía juicio, y se observó que la locura le había prestado ideas elevadas desconocidas para él anteriormente.

Antes de su enfermedad era aguador, é interrumpido su oficio ínterin se curaba, volvió á emprenderlo en cuanto estuvo mejor porque no podía hacer otra cosa para ganar su subsistencia.

Recorría la ciudad tirando de su carreta, en la cual llevaba el tonel y el cubo que le servía para acarrear el agua á las casas; pero su mano derecha siempre la llevaba colocada detrás de la oreja, como una concha, para escuchar la voz de Dios y no perder una sola de las palabras piadosas que el Señor le dirigía.

Antes de entrar en la habitación de cada casa donde desocupaba el cubo de agua, hería la tierra tres veces con el pié, y decía con voz de trueno:

—*¡Esfera de justicia! ¡Centro de verdad!*

El doctor era uno de sus mejores parroquianos, y fuera en la cocina ó en el laboratorio, siempre echaba tres ó cuatro cubos de agua.

De ocho á nueve de la mañana era cuando se presentaba.

Algunos dias despues del concierto nocturno dado por el ruiseñor, y que accediendo á los deseos de Eva se repetia todas las noches, la niña se encontraba levantada por primera vez á la hora en que Antonio llamaba en casa del doctor.

Como de costumbre, abrió la puerta, dió tres golpes con el pié, y gritó:

—*¡Esfera de justicia! ¡Centro de verdad!*

La niña se volvió asustada y lanzó un grito, que tenia la expresion de llamada.

Jacobo Merey, que se encontraba en la pieza contigua, acudió gozoso y satisfecho porque era la primera vez que la voz de Eva tenia entonacion.

El doctor la tomó en sus brazos y la acercó á Antonio: la niña hizo un movimiento de terror.

Era bastante para aquel dia; Antonio se alejó á una seña de Jacobo, pero encargándole Merey que volviera diariamente para que Eva se acostumbrara á él, como sucedió, pues al cabo de algunos dias le aguardaba con impaciencia y se reia al oír su voz.

Una mañana, advertido por el doctor, no fué: Eva manifestó impaciencia, se levantó y llegó hasta la puerta, delante de la cual permanecía de pié, porque ignoraba el modo de abrirla.

Entonces volvió hácia el doctor; pero al ver un pañuelo de seda encarnado que tenia rodeado al cuello se olvidó de Antonio y empezó á tirar de la bufanda.

El doctor se la desató y la puso en sus manos.

La niña la enarboló como una bandera, y riendo á carcajadas trató de ponérsela: esto fué un rayo de luz para Merey.

Preguntóse á sí mismo si la coquetería no seria un móvil poderoso para despertar nuevas sensaciones y pensamientos en su creacion. Algunas veces habia notado que las miradas de la niña se fija-

ban en las flores de colores fuertes y vivos, y como era la hora de bajar al jardin, la condujo á su sitio acostumbrado.

El ruiseñor tenia su nido, sus hijuelos, familia, en fin, por lo que no cantaba, porque ya se sabe que los cuidados de la paternidad le conducen hasta el extremo de imponerse el silencio más absoluto mientras que la hembra saca las tres nidadas.

Jacobo Merey se sentó sobre un banco reflexionando, ínterin Eva jugaba con Escipion en el césped que regaba el estanque, y que estaba rodeado por la verja y á orillas del arroyuelo, cuya profundidad no podia causar temores; además de que, si se hubiera caido, el perro la hubiera sacado inmediatamente.

El doctor, sin ocuparse más que de su pensamiento, miraba distraido á la niña y al perro, los que de repente llamaron su atencion por su inmovilidad.

La niña y el animal estaban tendidos al márgen del arroyo: el perro bebia; Eva se habia puesto el pañuelo de Merey en la cabeza, y se miraba en el raudal cristalino: despues se puso de rodillas y continuó contemplándose.

Ya hemos visto que el doctor se ocupaba ménos hacia algun tiempo del cuidado físico que del moral y de la inteligencia, y como en aquella época estaban en boga las ciencias ocultas, no des-cuidaba aplicar sus secretos más ignorados para el plan curativo de su pupila.

Hasta los siete años, la pobre niña no habia tenido más que trajes groseros que, cómo decia la madre del leñador, costaba mucho tener limpios.

La anciana no pensaba en adornar á una niña á quien nadie veía, y que ni ella misma comprendia si estaba bien ó mal.

El doctor, al dejarla casi desnuda, habia sido con el objeto de desarrollar con el aire y el sol los movimientos de su cuerpo, que, como en todos los temperamentos linfáticos y escrofulosos, carecian de fuerza y de vigor.

Cuando Eva se despertó al dia siguiente, encontró sobre una silla cerca de su cama un vestido grana bordado de oro, y del cual no separó los ojos hasta que entró Marta y la ayudó á bajar de la cama.

Entonces, como ya andaba sin apoyo, se dirigió hacia el vestido, y creyendo que se lo querían quitar, lo asió con todas sus fuerzas, y Marta, por más que quiso hacerla entender que aquel vestido era para ella, no pudo conseguirlo.

Pero cuando Eva vió que hacia el movimiento de ponérselo, juntó las manos, se dejó vestir, y más aun, peinar sus cabellos rubios, cosa que jamás se hacia sin lágrimas.

Su cabellera empezaba á crecer y á ondear sobre sus hombros.

El tocador duró largo tiempo y fué minucioso y conforme á las instrucciones del doctor.

Jacobo se presentó una hora despues de estar vestida, llevando un espejo en la mano, mueble desconocido en la cabaña del cazador furtivo y colocado demasiado alto en el laboratorio del doctor para que hasta entonces Eva hubiera podido conocer su utilidad.

Era uno de esos espejos magnéticos cuyo origen se remonta hasta los tiempos fabulosos del Oriente; un espejo como aquellos en que se miraban las reinas de Saba y de Babilonia, las Nikaulis y las Semíramis, y con los cuales pretenden trasmitir los cabalistas á sus iniciados el privilegio de segunda vista.

Jacobo Merey le habia comunicado por señas su voluntad, su objeto, sus intenciones, animándole, en fin, si aquellos de nuestros lectores que no están iniciados en las ciencias ocultas nos permiten usar esta palabra.

Humanizar la materia, encargarla que trasmita el flúido eléctrico de un pensamiento, actos calificados como quimeras por la ciencia, los explicaba Jacobo por medio de la simpatía universal.

Los académicos de ciencias en general, y los de medicina en particular, nos dispensarán, pero nuestro doctor pertenecía á la escuela de los filósofos peripatéticos.

Creia, como ellos, en la existencia de un alma divina, universal, que da vida y pone en movimiento todo lo sensible, pero de la extincion de la cual se ocupa el Todopoderoso como de la encantada mariposa que pliega sus alas y deja de existir.

Pensaba que todo en la creacion se ligaba entre sí: las plantas, los metales, los seres vivientes, y que los bosques se agitaban y

ejercian esa influencia mútua, esa accion y reaccion de la cual todavía buscan los espiritistas el secreto y desarrollan las teorías.

¿Por qué han de ser el hierro y el iman los únicos elementos que se unan el uno con el otro, y qué sábio daria una definicion más determinante de esto que de un espíritu viviente atrayendo hacia sí el alma de un muerto?

La base de esta influencia constituia el mecanismo de la fisica ignorada, á la cual han atribuido Cornelio Agrippa, Cardan, Porta, Zirkker, Bayle y otros los efectos maravillosos de la varita adivinatoria, y en general todos los numerosos fenómenos de atraccion.

Para Jacobo Merey la naturaleza se resumia en estas dos palabras:

Hacer y sufrir.

Si se le creyera, todo lo viviente exhala torbellinos de materia sutil, y el aire, ese inmenso Océano de flúidos respiratorios, es el conductor de esos átomos suspendidos en la atmósfera.

Esos corpúsculos preservan la naturaleza y producen en ciertas personas los mismos resultados que el completo de la sustancia de donde emanan.

Ahora bien; tal es la fuerza de la voluntad humana, que traza un inevitable camino á través y á pesar de los movimientos materiales á esas emanaciones de átomos y los hace pasar de un cuerpo á otro, auxiliada por multitud de desconocidos agentes que gobierna.

A los que no querian creer que en la naturaleza hubiera misterios desconocidos y fuera del círculo limitado de los conocimientos, Jacobo Merey los hacia comprender que todavía el mundo era un enigma, y que es absurdo marcar el límite de nuestros sentidos y de nuestra razon al movimiento universal de la existencia.

Sin conceder al espejo mágico la confianza y la credulidad que le concedian los sábios de la Edad media, Jacobo Merey creia haber observado que depositados en el espejo los átomos de un pensamiento del mismo modo que se fijan los del mercurio á pesar de ser tan movibles y poco duraderos, esos átomos, esas moléculas, ese

polvo inteligente, destinado para otra persona, solo ella lo absorbe y lo recoge.

Esto era el magnetismo, que despues han practido Puysegur y sus iniciados.

Uno de esos espejos imantado y animado por la voluntad de Jacobo, fué el que llevó á su laboratorio.

Lo mismo que el cielo, en cuya superficie se evaporan las nubes y que poco á poco va apareciendo en todo su esplendor y pureza, así se empezaba á conocer que la idiota era hermosa.

Pero todavía no era más que una estatua que la naturaleza modelaba para hacer ver á los estatuarios que su arte es falso y ridiculo cuando solo se aplica á demostrar la belleza plástica, y que carece de animacion y vida, la que se busca en vano en aquellos ojos inmóviles.

Considerada detenidamente aquella criatura, dejaba no solo de ser hermosa, sino viviente.

Aquel rostro inmóvil, á sus correctos y frios rasgos, á las líneas admirables pero inanimadas, las faltaba la principal belleza, la expresion.

Era al contrario del cuento árabe, en el que el bruto, bajo la capa de la fealdad, ocultaba el talento.

En la pupila del doctor, la hermosura cubria la *nada*, es decir, la falta total del pensamiento.

El perro, viendo á su ama tan embellecida, la contemplaba con admiracion: despues, como al pasar delante del espejo se habia visto á sí mismo, empezó á tirar de la niña para que se mirara tambien.

Así fué: una sonrisa indefinible se dibujó en su frio y soñoliento rostro, el que hasta entonces habia expresado el dolor, algunas veces la tristeza, pero rara vez el júbilo.

Sentia sin duda esa vaga tentacion de felicidad y de satisfaccion que sintió el Creador cuando vió la belleza de la creacion, sensacion que las criaturas han gozado tambien al creerse dignas de su sublime autor.

Entonces, en aquella garganta que jamás habia modulado más que sonidos roncós é inarticulados, se formó una palabra completa,

aunque balbuciente, y se oyeron dos sonidos que más bien parecian el balido de una oveja, que no una palabra humana:

—Be... ella, bella.

Es decir, soy hermosa.

Era la flor que se tornaba mujer.

Las metamórfosis de Ovidio no eran fábulas; se podia cambiar la naturaleza de un sér y darle la conciencia de sí mismo, impulsarle hácia ideas y sensaciones nuevas.

Estos resultados aparecieron súbitamente á la imaginacion del doctor y ya no dudó de su obra.

Eva contaba doce años cuando aquel conjunto de letras hizo pronunciar á sus lábios la primera palabra.

X.

Buena y hermosa.

En otro tiempo habia buscado el doctor la piedra filosofal.

En vano habia intentado la trasmutacion de los metales, y la resistencia invencible de los simples concluyó por desanimarle y abatirle.

Inútil era que se repitiera á sí mismo que las palabras simples y elementales son frases relativas, ante las que se detiene la ciencia, pero que sin ninguna duda se podrian salvar las barreras impuestas por la naturaleza.

Hasta los grandiosos descubrimientos de Priestley y de Lavoisier se habian considerado el agua y el aire como elementos, cuyo nombre hoy tambien se aplica al oro.

A pesar de las probabilidades que presentia para el porvenir, no quiso continuar en aquel terrenó ruinoso, en el cual, en lugar de sembrar plomo para recoger oro, sembraba oro y recogia plomo.

Maravillado por el éxito difícil que habia obtenido con la idiota, persistió más y más, aun cuando viera que eran años y no meses los que tendria que consagrar para perfeccionar su obra.

Pero no sin terror se preguntaba cuál seria el resultado: ¿encontraria plomo en lugar de oro? ¿No era ejercer la química viviente? La empresa era árdua puesto que se trataba de dar alma al cuerpo, pensamiento á la materia.

La piedra filosofal, se decia, el elixir de vida de los antiguos sábios, desde Hérmes hasta Raimundo Lulio, ¿no eran un símbolo de trasformacion impuesto por la voluntad á la materia? Efectivamente, Jacobo Merey no miraba sin verdadero orgullo los progresos de

Eva, lentos pero no interrumpidos, y la conciencia que de sí misma adquiria.

Escipion tambien estaba loco de júbilo; hasta entonces se habia considerado como el protector, como el maestro de aquella niña; pero ya empezaba á mirarla como su ama y señora, la cual, si anteriormente se dejaba guiar por el cuadrúpedo, con una sola palabra humana se habia colocado á la altura que concede el Señor á sus criaturas.

En cuanto á Marta, á pesar de la terquedad propia de los jorobados y de los ancianos, se extasiaba ante la prodigiosa obra de su dueño, la que miraba aun incompleta, interin no adquiriera Eva el don de la palabra.

Aun cuando veia desarrollarse vigorosamente la juventud, la belleza, la vida, el moral y el físico con su fuerza, con ese ímpetu propio de la inaccion en que antes yacia, solia exclamar:

—No es mujer interin no hable. Pero cuando llegó el dia en que la niña pronunció la palabra «hermosa,» cuando empezó á balbucear, *Dios, pan, dia, sed,* ¡oh! entonces Marta no dudó que su amo era un sér sobrenatural, y la pobre mujer cayó de rodillas adorando al sér del que habia dicho: «Es un muñeco á propósito solo para la redoma de un boticario.»

Solo *Presidente* habia permanecido impassible, fuera por egoismo ó por indiferencia.

Eva no le hacia daño, y cuando le pasaba por el lomo su blanca mano no manifestaba su cariño como Escipion saltando y ladrando de alegría, sino que disfrutaba de un modo puramente *sensual* é impulsado por la electricidad.

Solo dos afectos se habian desarrollado en Eva con intensidad.

Uno en favor de Escipion, otro en favor del doctor.

Marta le era indiferente y la seguia sin dificultad. Antonio la causaba risa y miedo Basilio.

La escala de sus sensaciones simpáticas ó antipáticas comprendia seis notas.

Hemos colocado en primer lugar á Escipion, porque fué el primero á quien amó Eva, aun cuando despues su imaginacion y más

tarde el corazon se inclinase hacia el doctor y empezase á comprender el valor de sus cuidados y de su abnegacion.

Era aun demasiado ignorante para interpretar los sentimientos que se agitaban en su mente; pero su gratitud se reveló por un afecto tan vivo, que, más que impulso natural del alma, se parecia al amor más acendrado.

Desde que supo pronunciar la palabra hermosa, era el doctor su constante preocupacion.

Pero cuando su vista le buscaba en torno suyo, cuando le llamaba con sonidos inarticulados, era más bien el movimiento del terror y el grito de angustia de un sér que se encuentra abandonado, que el impulso de un corazon que responde á otro sentimiento.

Aquel grito se dirigia al protector del débil y del abandonado que tiene la conciencia de su impotencia y de su aislamiento, pero no llamaba el amigo al amigo.

Existia por último algo de respetuoso y tímido, más bien que apasionado y tierno, en los abrazos que Eva prodigaba al doctor.

Era el perro que acaricia á su amo, ó más bien el ciego que implora el apoyo del lazarillo.

Durante los siete primeros años de la vida de Eva, el físico permanecia como el moral sin adelantar un paso; pero de repente adquirió un desarrollo extraordinario, y si intelectualmente aparentaba la niña seis años, físicamente tenia doce.

Era preciso restablecer el equilibrio, y la palabra debía de ser el poderoso auxiliar.

¿Cuál seria el sentido que se despertaria con más intensidad?

¿Se desarrollaria el corazon ó la vista?

Acostumbrada á escuchar la palabra Eva, habia comprendido que era su nombre, solo que la impresion era diferente, segun quien la pronunciaba.

Si era el doctor, aun cuando la niña estuviera gravemente ocupada abandonaba todo y corria hacia él.

Si Marta la llamaba, se levantaba lentamente y se adelantaba hasta un sitio en el cual la anciana criada pudiera verla, y solo llegaba hasta ella si veia una seña que indicara debía acercarse.

Y si Antonio entraba despues de haber dado los tres golpes con el pié, añadiendo como de costumbre: *Circulo de justicia, Centro de verdad*, y con voz dulce decia:

—Buenos dias, señorita Eva, esta se volvia, y con un movimiento de cabeza y una ligera sonrisa contestaba á su saludo.

Jacobo Merey veia con reconcentrada alegría el efecto que causaban en Eva las diferentes sensaciones, en las cuales se manifestaban el vivo cariño que sentia por él, la obediencia pasiva por Marta y la bondadosa indiferencia por Antonio.

Pero lo que anhelaba era ver qué expresion daria la niña á los tres nombres.

La curiosidad del corazon fué la primera que se despertó.

Así como habia comprendido que su nombre era Eva, deseó saber tambien cómo se llamada el doctor.

Un dia estuvo largo rato reflexiva y meditabunda; despues fijó en Jacobo una mirada más tierna que de costumbre, y haciendo un poderoso esfuerzo para ordenar sus ideas, dijo poniendo una mano sobre el corazon:

—Yo, Eva; pero ¿y tú? añadió señalando al pecho del doctor, el que lanzó una exclamacion de júbilo.

Eva habia unido dos pensamientos, por consiguiente la inteligencia empezaba á despertarse.

—Yo, contesto trémulo de placer, yo, Jacobo.

—Jacobo, repitió la niña sin acentuar la frase ni darle sentido alguno.

El doctor la miró tristemente y su corazon se oprimió.

Pero el corazon de Eva empezaba á funcionar; descontenta de sí misma, sacudió la cabeza y dijo.

—No; no.

Y repitió el nombre del doctor, tratando de darle la expresion que deseaba. Pero tampoco quedó satisfecha, y estrechando la mano del doctor exclamó:

—Espera.

Su fisonomía se animó y su rostro adquirió la expresion de la ternura más viva.

—Jacobó, repitió con acento tan apasionado y dulce, que aquel á quien se dirigia la tomó en sus brazos exclamando:

—¡Eva; querida Eva!

Peró la impresion fué demasiado fuerte, y la adolescente palideció y cerró los ojos, cayendo inerte y medio desmayada.

El doctor comprendió que aquella naturaleza débil necesitaba los mayores cuidados.

Su vigor la anonadaba, un beso la hubiera matado.

Era preciso apelar á las sensaciones suaves, á las sensaciones morales. Jacobo no habia visto jamás llorar á Eva; debia pues despertar su piedad.

Hemos dicho que Escipion, con el instinto de los perros, habia seguido á su ama en los diferentes períodos de su desarrollo, elevándose á medida que adelantaba Eva en el camino de la inteligencia.

Todo lo que le mandaba hacer á Escipion lo ejecutaba el inteligente animal; buscar los objetos perdidos ó escondidos, dar saltos por el rey, por la reina, por el delfin de Francia; fingirse muerto para que pasara la caballería, la infantería, y despertarse al llegar la artillería; fumar la pipa, hacer centinela; todo, en fin, lo que divertia á Eva estaba dispuesto á hacer.

No solo distraia á la niña, sino que habia llegado hasta el punto de jugar con ella, leer en sus miradas lo que deseaba, hacer la gallina ciega y esconderse entre las zarzas.

Un día corrió en busca de un objeto que su ama le ordenaba que encontrase, cuando lanzó un aullido doloroso, volvió con una mano en el aire, y depositando á los piés de Eva el objeto pedido, se tendió quejándose y lamiendo su mano, como si quisiera extraerse algun cuerpo extraño.

Eva le contempló con admiracion, despues con inquietud y por primera vez sintió la impresion del dolor.

El instinto la hizo pronunciar el nombre de Escipion con cariñoso acento y buscar la causa de su pena.

Era una espina que se le habia clavado; la niña trató de sacársela primero con los dedos, despues con los dientes, pero no pudo conseguirlo.

Su sufrimiento aumentó oyendo al perro lanzar aullidos lastimeros.

Eva reconoció que era impotente, y en su imaginacion surgió la idea de que el doctor podria hacer lo que ella encontraba tan difícil.

Era un paso más en la senda de la inteligencia.

—¡Jacobó; Jacobó! exclamó con doloroso acento.

El doctor se asomó á la ventana de su laboratorio y comprendió el motivo que causaba la angustia de su pupila, porque esta le mostraba el perro tendido á su lado; bajó rápidamente y se tendió al lado del animal.

Eva le mostró la espina, Jacobo tomó unas pinzas de su cartera y extrajo de la carne la acerada punta; el animal se levantó y empezó á brincar, participando Eva de su gozo como habia participado de su dolor.

Pocos dias despues rodó Marta por las escaleras, precisamente cuando Eva se encontraba sola con ella.

Al ruido acudió la niña y bajó precipitadamente, queriendo ayudar á la anciana para que se levantara, pero su poca fuerza hizo inútiles sus esfuerzos.

Buscó la herida, pero no la habia, y tuvieron que aguardar al doctor, el que llegó poco despues.

En la manera de abrir la puerta le reconoció Eva, y le llamó más conmovida y asustada que cuando Escipion se lastimó con la espina.

El doctor subió, y viendo á Marta sentada en la escalera, temió se hubiera fracturado una pierna, pero al reconocerla vió que solo tenia un poco dislocada la rodilla, y tomándola en sus brazos la llevó á su habitacion, á donde le siguieron Eva y Escipion.

Presidente tambien habia oido la caída, pero, asustado, saltó por una ventana al tejado, abandonando á su suerte á la que le cuidaba y le mimaba.

Aquel dia no jugó Eva ni salió del cuarto de Marta, pero al siguiente, viéndola mejor, volvió á sus costumbres.

Algunos dias despues se encontraba en el laboratorio cuando

vió entrar á Antonio, despues de haber dicho las palabras sacramentales, y como el calor era excesivo, creyendo que el idiotismo de la niña le permitia no guardar ciertos miramientos, exclamó limpiándose el sudor que corria por su frente:

—¡Diablo, qué calor hace! De buena gana beberia un trago.

Eva le miró, le vió rojo por el calor y le dijo:

—Espera.

Esta palabra la usaba para hacerse escuchar, y despues de pronunciarla se lanzó fuera del laboratorio.

Antonio, admirado, aguardó. Pocos momentos despues volvió con una copa de agua en la mano y se la presentó sonriendo.

—¡Ah! señorita, cuán buena sois; pero no es agua lo que deseo.

La voz de Jacobo se dejó oír desde la habitacion inmediata.

—Vino, Eva.

La niña sabia lo que era, pues aun cuando jamás habia querido beberlo, lo habia visto beber; así es que bajó, y creyendo que, puesto que Antonio tenia sed y calor seria preciso darle mucho y bueno, le subió una copa llena de vino de Burdeos.

Al verlo sonrió Antonio satisfactoriamente, y tomando la copa de manos de Eva, bebió de un trago el excelente líquido, como si fuera vino de Surenne ó de Argenteuil. Eva le miraba gozosa.

—¿Bueno? le preguntó.

—Como terciopelo; contestó Antonio, alejándose despues de haber vaciado su cubo de agua.

—¿Terciopelo? dijo Eva mirando al doctor, que entraba en el laboratorio.

Jacobo habia escuchado todo, pues si no tal vez no hubiera comprendido; así es que sacó una levita de terciopelo y le hizo pasar la mano por encima, y señalando al estómago añadió:

—Terciopelo.

Entonces comprendió Eva que Antonio habia encontrado el vino tan suave como aquella tela y sonrió gozosamente. Jacobo no estaba ménos contento, pues recordando la espina de Escipion, la caida de Marta y lo sucedido con Antonio, se decia á sí mismo:

—No solo será hermosa, sino buena.

XI.

Eva y la manzana.

Poco á poco, pero más rápidamente que un niño, aprendió la protegida de Jacobo á expresar todos sus pensamientos por medio de la palabra; pero como los pueblos primitivos, tardó mucho en acostumbrarse á poner en su lugar los tiempos de los verbos, obstinándose en usar el infinitivo, pero aun más difícil fué enseñarla á leer.

Eva, que admiraba la naturaleza y que no veia un objeto sin preguntar el nombre y grabarlo en su memoria, no sentia ninguna inclinacion hácia la ciencia.

Despreciaba profundamente los libros y lo que encerraban, interesándole únicamente los que tenian grabados, y aun esto no en alto grado; pues si Jacobo se negaba para excitar su curiosidad á explicarle el significado, pasaba sin quejarse y sin insistir en la explicacion.

El doctor buscaba el medio de vencer aquella indiferencia, hasta que le pareció tener una idea luminosa.

Un dia hizo una preparacion con un fósforo, tomó á Eva por la mano y la condujo á la bodega.

Cerró el respiradero para evitar que la luz penetrase, y despues con un punzon grabó la primera letra del alfabeto en la pared; la letra apareció como iluminada.

Eva lanzó un grito, pero se tranquilizó cuando vió que la inicial desaparecia poco á poco.

Una *b*, una *c*, una *d* y una *e* siguieron á la primera; entonces se detuvo el doctor.

—Otra; exclamó Eva.

vió entrar á Antonio, despues de haber dicho las palabras sacramentales, y como el calor era excesivo, creyendo que el idiotismo de la niña le permitia no guardar ciertos miramientos, exclamó limpiándose el sudor que corria por su frente:

—¡Diablo, qué calor hace! De buena gana beberia un trago.

Eva le miró, le vió rojo por el calor y le dijo:

—Espera.

Esta palabra la usaba para hacerse escuchar, y despues de pronunciarla se lanzó fuera del laboratorio.

Antonio, admirado, aguardó. Pocos momentos despues volvió con una copa de agua en la mano y se la presentó sonriendo.

—¡Ah! señorita, cuán buena sois; pero no es agua lo que deseo.

La voz de Jacobo se dejó oír desde la habitacion inmediata.

—Vino, Eva.

La niña sabia lo que era, pues aun cuando jamás habia querido beberlo, lo habia visto beber; así es que bajó, y creyendo que, puesto que Antonio tenia sed y calor seria preciso darle mucho y bueno, le subió una copa llena de vino de Burdeos.

Al verlo sonrió Antonio satisfactoriamente, y tomando la copa de manos de Eva, bebió de un trago el excelente líquido, como si fuera vino de Surenne ó de Argenteuil. Eva le miraba gozosa.

—¿Bueno? le preguntó.

—Como terciopelo; contestó Antonio, alejándose despues de haber vaciado su cubo de agua.

—¿Terciopelo? dijo Eva mirando al doctor, que entraba en el laboratorio.

Jacobo habia escuchado todo, pues si no tal vez no hubiera comprendido; así es que sacó una levita de terciopelo y le hizo pasar la mano por encima, y señalando al estómago añadió:

—Terciopelo.

Entonces comprendió Eva que Antonio habia encontrado el vino tan suave como aquella tela y sonrió gozosamente. Jacobo no estaba ménos contento, pues recordando la espina de Escipion, la caida de Marta y lo sucedido con Antonio, se decia á sí mismo:

—No solo será hermosa, sino buena.

XI.

Eva y la manzana.

Poco á poco, pero más rápidamente que un niño, aprendió la protegida de Jacobo á expresar todos sus pensamientos por medio de la palabra; pero como los pueblos primitivos, tardó mucho en acostumbrarse á poner en su lugar los tiempos de los verbos, obstinándose en usar el infinitivo, pero aun más difícil fué enseñarla á leer.

Eva, que admiraba la naturaleza y que no veia un objeto sin preguntar el nombre y grabarlo en su memoria, no sentia ninguna inclinacion hácia la ciencia.

Despreciaba profundamente los libros y lo que encerraban, interesándole únicamente los que tenian grabados, y aun esto no en alto grado; pues si Jacobo se negaba para excitar su curiosidad á explicarle el significado, pasaba sin quejarse y sin insistir en la explicacion.

El doctor buscaba el medio de vencer aquella indiferencia, hasta que le pareció tener una idea luminosa.

Un dia hizo una preparacion con un fósforo, tomó á Eva por la mano y la condujo á la bodega.

Cerró el respiradero para evitar que la luz penetrase, y despues con un punzon grabó la primera letra del alfabeto en la pared; la letra apareció como iluminada.

Eva lanzó un grito, pero se tranquilizó cuando vió que la inicial desaparecia poco á poco.

Una *b*, una *c*, una *d* y una *e* siguieron á la primera; entonces se detuvo el doctor.

—Otra; exclamó Eva.

—Cuando sepas estas de memoria.

Y trazó la *a* de nuevo.

—¿Cómo se llama esta?

Eva hizo un esfuerzo, y viendo que la letra se borraba, exclamó:

—Es una *a*.

Jacobo sonrió; había encontrado el modo de interesar á la niña para que aprendiera á leer, cuestion tan difícil para las niñas.

Un mes despues Eva sabia leer.

Con la música no sucedia lo mismo, pues deliraba por ella; sus horas de alegría eran cuando el doctor, sentado al piano con las manos sobre las teclas, los ojos elevados al cielo y el alma enajenada ejecutaba alguna fantasía sublime de Pórpora, Haydn ó Pergoleso; y si deseaba ver brillar una lágrima en los ojos de Eva, ó la sonrisa en sus labios, tocaba *prima ché spunti l'aura*, lo primero que habia conmovido el corazón de la niña.

Con frecuencia se acercaba al piano y procuraba arrancar algunos sonidos, pero carecia de fuerzas para ello, y su profesor, con su acostumbrada lógica, no queria aprendiera nada por rutina.

Esperó á que supiera leer las letras para que aprendiera las notas como la recompensa de su aplicacion, así es que ni aun cuando estaba sola se atrevia á poner las manos en el teclado.

Pero un fenómeno fisiológico, el cual nunca el doctor habia presenciado, fué para él un verdadero y providencial auxiliar, y como una recompensa que la naturaleza acordaba á su ferviente admirador.

Era en una calurosa tarde del mes de Agosto: una terrible tempestad se desencadenó en Argenton; los relámpagos iluminaban el espacio y los truenos parecian la trompeta del juicio final.

Antes de que Jacobo Merey sometiera á Eva á la electricidad, cada vez que estallaba la tormenta sufría la niña estremecimientos nerviosos, terrores involuntarios, siendo esto precisamente lo que habia dado al doctor la idea de su plan curativo.

Durante los dos ó tres años que la electricidad habia sido la base de sus cuidados, Eva se acostumbró á no temer la tempestad, llegando hasta el extremo de que los relámpagos y los truenos no le

causaran terror ni miedo, pero tampoco una impresion placentera.

Así es que Jacobo Merey se admiró, no de que la tormenta estallara con ruda violencia, sino de que la jóven manifestara un bienestar extraño.

Las puertas y ventanas estaban cerradas, segun costumbre, para evitar las corrientes de aire, pero la niña se adelantó hácia una ventana y la abrió, en el mismo instante en que resonaba un terrible trueno y que un relámpago iluminaba la casa.

El doctor se lanzó hácia Eva y trató de retirarla de aquel foco de luz, temiendo que un rayo la anonadara; pero la niña se evadió de sus brazos, exclamando:

—No, no; déjame ver los relámpagos: déjame escuchar el trueno, eso me agrada.

Y aspiró con infinito placer aquel aire cargado de electricidad, manifestando en su rostro y sus movimientos la embriaguez que sentia.

Sus facciones se iluminaron cual si estuviera en comunicacion con el fuego divino, y parecia que la tempestad se reconcentraba en aquella débil criatura y multiplicaba sus fuerzas.

Dueña de sus movimientos, se dirigió al órgano, lo abrió, y si bien de un modo imperfecto, tocó *prima ché spunti l'aura*, que era su melodía favorita.

El doctor escuchaba admirado y confuso: ignoraba lo que despues reconoció, la facilidad extraña que tienen para la música ciertos individuos, y particularmente los locos.

Efectivamente, Gall nos ha hecho comprender el primero que hay personas que nacen músicos, pintores ó grabadores.

Giotto y Corregio son un ejemplo, y más tarde otros han sido la prueba.

Uno de los hombres que han estudiado la locura, y sobre todo el idiotismo, Morel de Rouen, me referia habia conocido imbéciles idiotas que ejecutaban á primera vista las piezas más difíciles, pero las que jamás tocaban con más perfeccion, con más sentimiento ó con más energía que la primera vez.

La causa de su habilidad era el instinto, la disposicion natural,

la capacidad artística del cerebro, y la prueba que no adelantaban, ni inventaban, ni perfeccionaban.

Entre los hombres existen las mismas cualidades que entre los animales, y es consecuencia de la lógica de la naturaleza.

La abeja y el castor son los animales que tienen más instinto, pero no son tan inteligentes como el perro, que es capaz de aprender más, y cuya inteligencia es bien conocida.

En los individuos, algunos poseen ciertas facultades adquiridas y desarrolladas en una enfermedad; por ejemplo, Monalheux, el célebre calculador, era epiléctico, y á pesar de su gran habilidad, no hubiera podido resolver un problema de aritmética.

He estudiado mucho el libro de Morel y escuchado su opinion cuando formé el plan de escribir esta obra sencilla, pero difícil al mismo tiempo, y me refirió cuando le consulté sobre la posibilidad de que una tempestad desarrollase las disposiciones naturales hácia la música, que él había asistido á un adolescente, el que tocaba á primera vista las piezas más difíciles, pero sin que pudiera ni perfeccionarlas, ni aprenderlas por las notas.

—Pero el idiota más admirable que he conocido, añadió, y el que presenté á los médicos como curiosidad, es el llamado Perrin; era sordo y mudo, y solo lanzaba algun grito ronco; guardaba las vacas, y un dia que el pregonero del pueblo tocaba el tambor, se arrojó sobre él, le arrancó los palillos de las manos y tocó una marcha enérgica y á compás: desde entonces solicité traerlo al hospital, y efectivamente, dirige el paso con su tambor cuando salen los enfermos á pasear.

Jacobo ignoraba estos hechos, así es que le asombró el efecto producido por la tormenta, y el que le hubiera parecido inverosímil si uno de sus compañeros lo hubiera referido, ó citado algun libro en el cual se encontrara.

Así pues que trató de emplear, para que la niña aprendiera el solfeo, las mismas precauciones que había usado para la lectura; pero Eva no le dió tiempo; abrió el método, y con dulce acento dijo:

—Enseñar á mí, querido Jacobo.

Y Merey le dió la primera leccion, y ocho dias despues sabia las notas, y un mes más tarde tocaba por música todas las piezas que le presentaban.

Ya hemos visto que Jacobo Merey había empleado todos los medios posibles para despertar aquella naturaleza dormida, aquella hermosa del bosque durmiente, que había esperado tanto tiempo á que rompieran el encanto que la rodeaba desde la cuna.

Le hemos seguido en sus experimentos de las ciencias ocultas, la ciencia real, las misteriosas revelaciones de la naturaleza; le hemos visto estudiar á Alberto el grande, á Hermés, á Raimundo Lulio, á Cornelio Agrippa y la Biblia.

Un dia leyó en el libro del Señor un párrafo que expresa la accion de un sér sobre otro sér, la omnipotencia de la voluntad, la fuerza magnética de la mirada, el irresistible mandato del fuerte al débil.

Jehová envia á Moisés á Faraon y le dice: «Tú serás el Dios de este hombre.»

La ciencia colocó á Jacobo al lado de una idiota empeñada en conservar cautivos los recursos de su inteligencia, y siguiendo el precepto del Creador, Merey se hizo Dios de aquella niña.

Sus agentes exteriores eran los auxiliares que ejecutaban sus órdenes, y *Presidente*, Escipion, la anciana Marta, Antonio, Basilio, las telas, las flores, el césped que servía de alfombra á Eva, el agua del manantial, todo lo que se agitaba en la sábia naturaleza era una inmensa máquina eléctrica cargada con el poderoso flúido de su voluntad.

Eva empezaba moral y físicamente á ser mujer; pero aun le faltaba algo para completar su sexo.

En su infancia, pasada al lado del cazador y de su madre, nadie se había ocupado en ocultar su desnudez.

Trasladada despues á casa del doctor, bautizada con el nombre de Eva y reina de aquel Eden en miniatura, corria por el jardin cubierta solo con una camisa encarnada ó azul, cerrada en el cuello, y su inocencia jamás se alarmó.

Quando el doctor determinó dejar libres los movimientos de la

niña, vistiéndola con el traje más sencillo y holgado que pudo encontrar, fué porque sabia que ningun extraño penetraria hasta allí sin su beneplácito, y que el follaje del jardin hacia impenetrables las miradas profanas.

Además, Eva era muy obediente y jamás salia de los límites que le habia marcado el doctor.

Habia llegado el otoño de 1791: hacia seis años que el doctor tenia á su lado á Eva y trabajaba con energía en su obra.

La niña tenia catorce años.

Habia en el centro del jardin, en el terraplen al pié del cual nacia el manantial, un magnifico manzano, cubierto en Abril de flores y en Setiembre de frutos.

Eva adoraba las manzanas sin duda como consecuencia del nombre y á imitacion de la mujer de Adan.

Jacobo hizo con el árbol lo que con el espejo mágico; impregnó sus hojas de fluido magnético con toda la fuerza de su voluntad.

Los árboles han representado un papel importante en los anales de la ciencia mesmeriana, pues conocida es la celebridad que adquirió en el siglo pasado el centenario olmillo, á la sombra del cual observaba Puysegur las maravillas del somnambulismo.

Buscando siempre los medios para facilitar el efecto que deseaba producir, acudia Jacobo Merey á la física ignorada.

Creia que los árboles eran los grandes aparatos destinados á recibir y trasmitir la sutil materia del hombre, y por esto se habia fijado en el manzano.

Eva bajó al jardin á la hora acostumbrada, es decir, á eso de las ocho de la mañana, y como atraida por el árbol magnético se dirigió hácia él, tal vez llevada solo por el deseo de comer las hermosas manzanas oro y púrpura que se destacaban entre el verde sombrío del follaje.

Estaba casi desnuda, y jamás formas más hermosas se desarrollaron con más libertad.

Parecia una de las tres Gracias de German Pilon, cuyos ropajes, castos y voluptuosos á la par, dejan ver mucho, pero velan lo suficiente para que el todo se desee.

Pero aquellos espléndidos tesoros de la naturaleza y de la hermosura física estaban velados á los ojos de Jacobo Merey con el velo más tupido y casto: el de la ciencia.

¿No vemos en los estudios de los escultores y pintores, que ante un modelo perfecto dejan de ser hombres?

Porque entonces solo son artistas.

En aquella bellísima criatura no veia Jacobo á la mujer, sino al sér que necesitaba sus ciudadanos.

Era médico.

Cuando Eva se puso sobre las puntas de los piés para llegar hasta una manzana, la alcanzó y la comió, entonces salió el doctor de entre un zarzal, en donde se habia escondido.

El primer movimiento de Eva fué el miedo; lanzó un grito de sorpresa, pero al reconocer al doctor corrió hacia él: Jacobo fijaba sobre ella una mirada atrevida, profunda; la jóven bajó los ojos, y al ver su seno desnudo cruzó los brazos y se formó con ellos un gracioso y casto ropaje.

La antigua estatua del Pudor no era más bella.

El doctor, que habia formado su plan, se adelantó hácia ella y la tomó una mano.

Eva levantó los ojos, los inclinó de nuevo, y la blanca estatua se cubrió con el más vivo carmin.

Se habia ruborizado: ya era mujer.

El doctor habia superado á Pygmalion: Galatea no llegó á ruborizarse.

Luego no era sino diosa.

La varita mágica.

Ya no le faltaba á Eva más que una cosa para ser, como lo deseaba Merey, una criatura perfecta, tanto por su inteligencia como por su hermosura.

Amar.

La agudeza é ingenio de la mujer reside más que en la cabeza en el corazon.

Antes de los acontecimientos que acabamos de referir y cuando la vida material sobrepujaba á la intelectual, el estado de Eva era la indiferencia. La misma expresion animaba su fisonomía para las personas que para los objetos inanimados, y no solo no entendia, sino que no amaba nada, no siendo á Escipion.

Pero desde que su sér habia sentido emociones profundas, desde que cayó medio desmayada en los brazos del doctor, y que habiendo probado el fruto del árbol del bien y del mal se ruborizó como Eva delante del Señor, no amaba, pero sentia la turbacion del amor.

Sin embargo, todavía entre el pálido reflejo de los sentimientos naturales en todos los séres y las emanaciones luminosas del corazon, que hacen de la mujer el sér más amante y más amado de la creacion, hay un abismo.

Para animar aquella flor y darle el perfume de la mujer, como ya la habia dado el calor, contaba Jacobo con la influencia de la mirada.

Los antiguos colocaban la residencia del poder y de la influencia fisiológica de un sér para otro, en la vista.

Horacio no ha sido más que el eco de las tradiciones orientales

cuando nos presenta á Júpiter el magnetizador del universo conmoviendo al Olimpo solo con fruncir las cejas, *cuncta supercilio moventis*.

La idea de la influencia de la mirada, de la que vemos grandes y frecuentes ejemplos, aun con respecto á los animales, estaba tan generalizada entre los judíos, que Jesucristo alude á ella muchas veces cuando dice:

«Tu ojo es la linterna de tu cuerpo: si es franco y leal, tu cuerpo estará limpio y puro: si es torbo y malo, tu cuerpo será tenebroso.»

Los ojos del doctor eran nobles y serenos, porque Jacobo habia sido enviado á la tierra para hacer bien á sus semejantes.

Amaba: suprema prueba de bondad, pues era para multiplicarse como Dios, para buscar y aliviar los males.

Al posar la vista sobre los objetos que rodeaban á Eva, era para ponerse fisiológicamente en comunicacion con ella por medio de aquel hilo conductor.

Buscaba el alma de la jóven, y puro como el cielo que implora Hipólito cual testigo de su honestidad, no anhelaba el cuerpo, sino solo la posesion del alma.

Lo que rodeaba á Eva la hablaba de Jacobo, y le encontraba invisible pero palpable en todo lo que tocaba, porque Merey habia tenido cuidado de imponer su voluntad á los muebles, á los árboles, á las flores, á las bagatelas de su tocador, hasta á los alimentos y al aire que respiraba.

Si pedia una copa de agua, él la magnetizaba con un soplo y era lo mismo que si absorbiera la niña su alma.

Aquellos objetos vivificados por él eran otros tantos lazos con los que se unia con aquella por quien deseaba sacrificar su vida, y en cuya felicidad estribaba la suya propia, pensamientos llenos de abnegacion y sacrificios.

Algunas veces se ausentaba Jacobo un dia ó dos para conocer su poder y se servia de la naturaleza como de un intermediario para inspirar á Eva el sentimiento que anhelaba.

Dotaba con el poder de la revelacion á la colina de césped en donde acostumbraba sentarse, al arroyo en el que bebía el perro y en

donde ella se contemplaba y á las hojas de los arbustos: encargaba al viento, al rumor de los árboles, al canto de los pájaros, al murmullo de las cascadas, á los múltiples ruidos del jardín que murmurasen al oído de Eva la palabra que aun no comprendía su corazón.

Un día en que la joven se había acercado á un rosal silvestre que crecía en un bosquecillo, Eva se fijó en una flor que parecía pedir la cortasen.

Extendió el brazo y la cortó.

Pero apenas la llevó maquinalmente á su boca y aspiró la suave fragancia del agabanzo, cuando se apoderó de ella un sueño delicioso y en él volvió á ver á Jacobo como el día en que le vió junto al manzano, aquel día en que por primera vez sintió abrasarse su rostro con la llama del pudor.

Era Jacobo, impregnado en aquella rosa para que Eva la cogiera y aspirara el perfume de su amor.

Ya sabemos que el doctor prestaba gran importancia á los signos usados en la antigua magia para imponer la voluntad, y no hacia mucho tiempo se había hablado largamente entre los físicos de la varita adivinatoria, que tenia la virtud de moverse por sí sola y revelar con este movimiento la existencia de los manantiales subterráneos, de los metales y hasta de los cadáveres.

La varita no se movía en manos de todos, sino según la susceptibilidad nerviosa del individuo.

Además se daba una explicación más ó menos satisfactoria á este fenómeno.

Según la ciencia oculta, las emanaciones de los átomos influían en los movimientos de la varita de avellano, y esta atracción había hecho que se descubrieran tesoros y crímenes ignorados.

Jacobo Merey pensó aprovechar la varita mágica para descubrir en el corazón de Eva el manantial, aun oculto, de aquel virginal amor.

La filosofía de la varita, como se decía entonces, explicaba todos los mitos y fábulas de la antigüedad.

Eneas, conducido hasta la puerta de los infiernos por el ramo de

oro, no era sino una poética imagen del misterioso arcano que dirige en la atmósfera el movimiento de los átomos.

La vara de Moisés, que hizo brotar agua de una roca: la de Jepté, que reverdeció: la de Circe, que trasformó á los compañeros de Ulises en cerdos, y todos estos ejemplos guiaban y prestaban preponderancia á la ciencia de Cagliostro, de Mesmer y de San German, lanzados en busca de lo desconocido.

Jacobo Merey fué á pasear con Escipion, y cortó una varita de avellano, la magnetizó para que comunicara su voluntad á Eva, y se la entregó á Escipion para que la llevara, ínterin él volvía á Argenton por otro camino y entraba en el jardín por una puerta que caía al campo, y de la cual tenia la llave.

En el extremo del jardín había una gruta cubierta de musgo, y en ella un pequeño estanque, cuya agua límpida y cristalina provenía del manantial que nacía á los pies del manzano.

El doctor la llamaba la gruta de las meditaciones.

Allí era donde aislado y lejos del ruido de la sociedad, exento de preocupaciones, se entregaba á los sueños que nos parecen irrealizables.

Antes de conocer á Eva iba á ella con frecuencia, y después más aun.

La entrada de la gruta estaba cubierta con hiedras y enredaderas de tal modo, que era difícil encontrarla.

Una abertura practicada encima del estanque dejaba penetrar una luz suave y misteriosa.

Al tomar de la boca de Escipion la varita, no se efectuó en Eva ningún cambio; pero al cabo de un instante sintió como una inquietud vaga, como necesidad de movimiento, como deseo de aspirar el aire libre, deseo que nos hace abrir los balcones de nuestra habitación ó salir al campo.

Por consiguiente, la joven bajó al jardín, su paseo acostumbrado, ó mejor dicho el único, y en el que el doctor la tenía marcado un círculo del que jamás había salido.

Pero entonces sin pensar, sin encontrar obstáculo ni material ni ideal, pasó los límites impuestos, y con la varita en la mano,

guiada sin duda por ella, llegó á la gruta, separó las hiedras y las enredaderas y se presentó como una hada, con su varita en la mano.

Vestia un traje largo de cachemir blanco, sujeto al talle con una cinta azul: sus largos cabellos rubios cubrían sus hombros y descendían hasta las rodillas.

La presencia de Jacobo no la causó sorpresa ninguna: sabía que estaba allí; lo había adivinado.

Pronunció dulcemente el nombre del doctor y le tendió los brazos. Jacobo la estrechó contra su corazón.

Entre aquellos dos seres, que impulsados el uno hácia el otro se buscaban y no formaban más que uno, existía una silenciosa é inefable simpatía.

Se sentaron uno al lado del otro sobre el musgo.

Eva tomó las manos de Jacobo entre las suyas, fijó en él sus rasgados ojos, y con voz lenta, profunda, reflexiva, cual si saborease las palabras, le dijo.

—¡Yo te amo!

Y en el mismo momento dejó caer su cabeza sobre los hombros de Jacobo, sus cabellos se extendieron como un velo por el rostro del jóven médico, el corazón dejó de latir, y el aliento se detuvo entre los labios de la jóven.

Los magnetizadores del siglo pasado han dado varios nombres á este estado de insensibilidad y de sopor, que se parece al somnambulismo, pero que no lo es.

Parecía que el alma había roto todos los lazos con el cuerpo.

Psyché extiende su vuelo; ¿hasta dónde?

Santa Teresa sube al cielo y se arrodilla ante Dios.

Aquella palabra divina, eterna, que la naturaleza murmuraba al oído de Eva; aquella palabra que la influencia magnética había hecho brotar de su alma; aquel *te amo*, había elevado á Eva hasta el éxtasis.

El éxtasis se diferencia del magnetismo en que separa á la persona del magnetizador, cual si hubiera encontrado un protector más poderoso.

Jacobo Merey habia encontrado en Eva hasta entonces una docilidad de esclava; la pobre niña obedecía al magnetismo.

Ignorándolo, tenia encadenada su voluntad á otra poderosa, irresistible.

Pero habia pasado los límites del magnetismo, y aquella voluntad era impotente, pues el alma fugitiva no respondia á sus mandatos más que con la insensibilidad.

En vano apeló Jacobo á su energía, ordenando á Eva que despertara; el sueño continuaba con síntomas de catalepsia y tomaba poco á poco el cuerpo la rigidez de la muerte.

Aquel sueño helaba de espanto á Jacobo Merey.

Estenuado de cansancio, cayó de rodillas delante de Eva y apoyó en sus manos los labios.

A su contacto le pareció que la mano se estremecía, pero de un modo tan débil, que el doctor sintió correr un sudor frio por su frente; aquellas manos parecian las de una muerta; se puso de pié y contempló á la jóven con la vista extraviada.

Entonces vió los labios entreabiertos y como temblorosos, efecto de la respiracion apenas perceptible.

Una idea cruzó por su cerebro.

El beso que habia dado á la mano podria depositarlo en la boca...

Jacobo era delicado hasta el último extremo: ¿tenia derecho, se preguntó, para posar sus labios sobre los de Eva dormida?

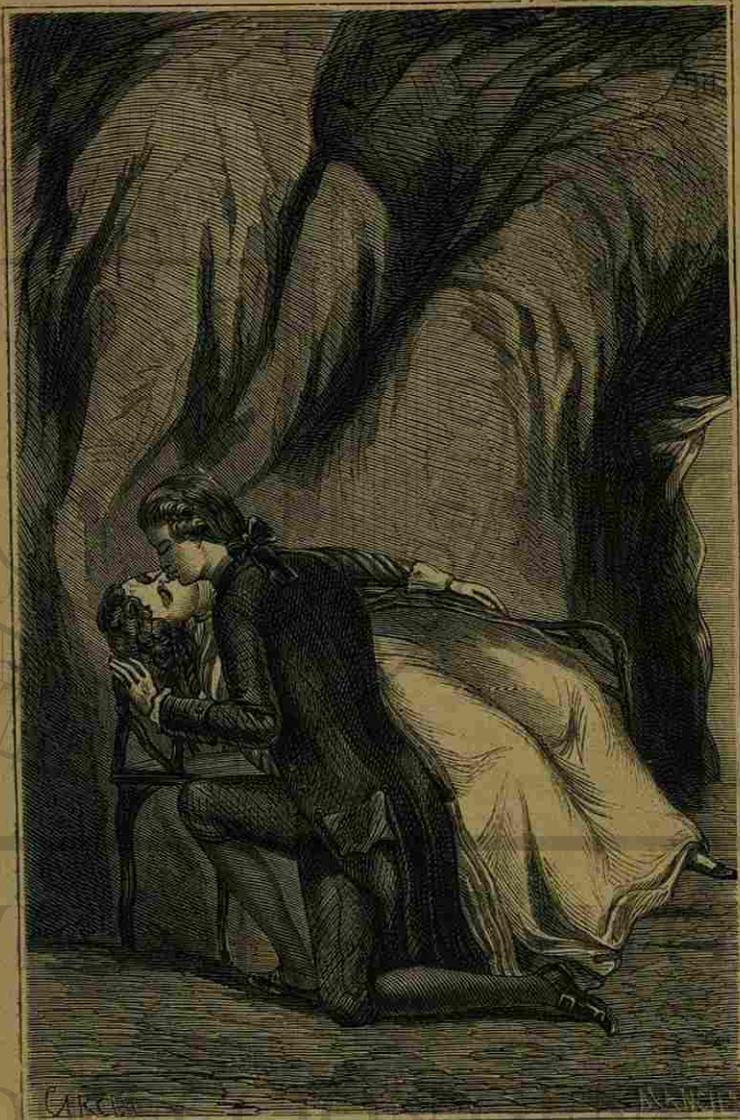
¿No era un ataque al pudor? ¿Una mancha en aquella paloma inmaculada? ¿Pero y si de aquel modo la salvaba?

Jacobo Merey levantó los ojos al cielo como para tomarlo por testigo de la pureza de sus pensamientos, pidió perdon á la castidad, simbolizada en la madre de Jesús, se inclinó sobre Eva y tocó, más bien rozó con sus labios la boca de la jóven.

En aquel momento, como si la cadena que ligaba á la niña con otro mundo se hubiera roto al contacto terrenal, dió un grito, y estremeciéndose de piés á cabeza, exclamó:

—¿Quién me ha despertado? ¡Era tan feliz!

Despues, volviendo ó más bien levantando los ojos hácia el doctor pareció admirarse de ver á un hombre delante de ella; pero al mis-

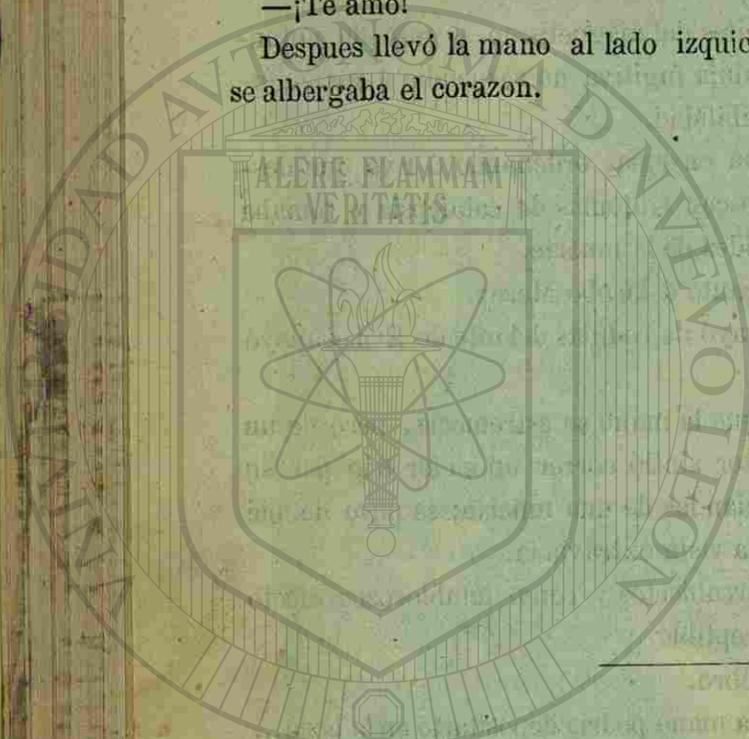


Se inclinó sobre Eva, y tocó con sus labios la boca de la jóven.

mo tiempo un vivo carmin cubrió sus mejillas, y tomando la mano de Jacobo, despierta le repitió sonriéndose lo que habia dicho dormida.

—¡Te amo!

Despues llevó la mano al lado izquierdo: la jóven sabia que allí se albergaba el corazon.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIII.

El amillo simpatico.

Lo que Eva vió en su éxtasis fué como la revelacion de la naturaleza; el cielo, Dios, los ángeles se grabaron en su memoria, en su alma: tal vez esas tres palabras no expresaban más que una sola; hé aquí por qué citamos las tres.

Pero el milagro no se limitó á la perspectiva exterior.

Por la primera vez vió los pájaros, las flores, el cielo y la tierra bajo su verdadero punto de vista. Hasta entonces, sumida en la indiferencia, no habia podido apreciar Eva aquellas maravillas, porque para ver y admirar la creacion se necesita otra cosa más; amar.

A medida que se ensanchaba el círculo de objetos invisibles y materiales, aprendia Eva á discutir sobre cosas desconocidas para ella hasta entonces, porque las ideas nuevas hacen brotar palabras concernientes á ellas.

Esta educacion es la que llaman los fisiológicos una *trasfusion*.

Eva recibia todo de Jacobo; el doctor le enseñó el nombre de las plantas, de los animales, de las estrellas.

La refirió el poema de la creacion, y la jóven le escuchaba ávidamente, y adivinaba la ciencia de Jacobo porque la explicacion estaba impregnada de amor y simpatía.

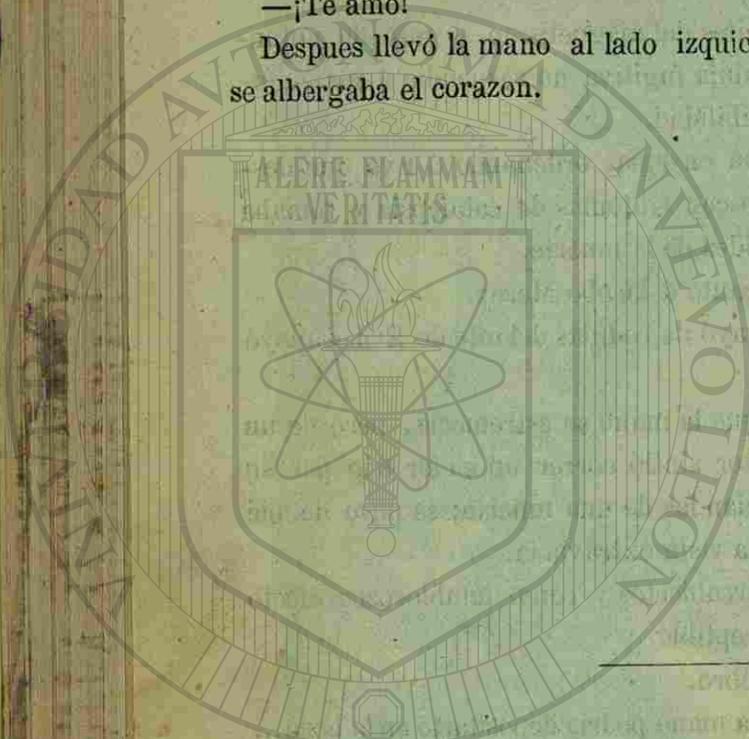
En él estudiaba la naturaleza; en el pensamiento del maestro leia su propio pensamiento y las causas y efectos perceptibles ó imperceptibles, visibles ó invisibles.

La grandeza del universo y el espectáculo de la vida descrito por Jacobo la hacian comprender y amar á Dios, del que solo hasta entonces le habian hablado el canto de los pájaros, el perfume de las flores y los rayos vivificadores del sol de Mayo.

mo tiempo un vivo carmin cubrió sus mejillas, y tomando la mano de Jacobo, despierta le repitió sonriéndose lo que habia dicho dormida.

—¡Te amo!

Despues llevó la mano al lado izquierdo: la jóven sabia que allí se albergaba el corazon.



XIII.

El amillo simpatico.

Lo que Eva vió en su éxtasis fué como la revelacion de la naturaleza; el cielo, Dios, los ángeles se grabaron en su memoria, en su alma: tal vez esas tres palabras no expresaban más que una sola; hé aquí por qué citamos las tres.

Pero el milagro no se limitó á la perspectiva exterior.

Por la primera vez vió los pájaros, las flores, el cielo y la tierra bajo su verdadero punto de vista. Hasta entonces, sumida en la indiferencia, no habia podido apreciar Eva aquellas maravillas, porque para ver y admirar la creacion se necesita otra cosa más; amar.

A medida que se ensanchaba el círculo de objetos invisibles y materiales, aprendia Eva á discutir sobre cosas desconocidas para ella hasta entonces, porque las ideas nuevas hacen brotar palabras concernientes á ellas.

Esta educacion es la que llaman los fisiológicos una *trasfusion*.

Eva recibia todo de Jacobo; el doctor le enseñó el nombre de las plantas, de los animales, de las estrellas.

La refirió el poema de la creacion, y la jóven le escuchaba ávidamente, y adivinaba la ciencia de Jacobo porque la explicacion estaba impregnada de amor y simpatía.

En él estudiaba la naturaleza; en el pensamiento del maestro leia su propio pensamiento y las causas y efectos perceptibles ó imperceptibles, visibles ó invisibles.

La grandeza del universo y el espectáculo de la vida descrito por Jacobo la hacian comprender y amar á Dios, del que solo hasta entonces le habian hablado el canto de los pájaros, el perfume de las flores y los rayos vivificadores del sol de Mayo.

Además el doctor dió á Eva las obras de los poetas alemanes é ingleses para que en ellas estudiara á la naturaleza.

El idioma inglés le era tan familiar á Jacobo como el natal, y al cabo de dos ó tres meses sabia Eva pronunciar la palabra *te amo* en tres idiomas diferentes.

La imaginacion de la niña era como esas tierras vírgenes de América, que nada habian producido desde la creacion, y las que, hoy cultivadas, dan tres cosechas al año.

No solo Eva aprendia á ser sábia al lado de Jacobo, sino que cada dia se hacia más hermosa.

Anteriormente sus rasgados ojos, sus correctas facciones y las admirables formas de su cuerpo no producian otro efecto en los extraños que una impresion penosa y desagradable, porque carecian de expresion.

Pero el doctor la prestó una belleza más acabada; la del alma, la vida, el pensamiento.

Su fisonomía impasible y triste cambió por completo.

Esa sensacion á la cual dan los alemanes el nombre de *gamüth* y los ingleses el de *feeling*, ese sentimiento de afecto, de emocion, poetizó la forma al animarla.

No se veian ya aquellos rasgos frios é inmóviles que anunciaban la *nada* del pensamiento, sino varias individualidades, segun las impresiones que sentia, sobre todo al leer en el rostro de Jacobo la tristeza ó la alegría.

Con el amor se desarrolló la coquetería, que es la flor perfumada del cariño.

Eva, tan indiferente hasta entonces, empezó á cuidar de su adorno, y ella misma peinaba sus largos cabellos y estudiaba el modo de colocarlos con más gracia.

La intimidad en que vivia con Jacobo aumentaba aquella simpatía, haciéndola exclusiva y sin límites.

Estaban dominados por esa ley poderosa y universal que los sábios hacen extensiva á todo y los poetas solo á los individuos, llamada por los primeros *atraccion* y por los segundos *amor*.

Ni aun esa divina palabra, tan delicada y enérgica á la vez, pue-

de expresar bien la vida creada para aquellos dos séres por el lazo magnético; esa union misteriosa que se observa en los hermanos gemelos, todo lo que refieren los poetas de las simpatías del heliotropo por el sol, todo lo que los sábios han hablado de los vínculos de la luna con el Océano, seria pálido y daría una idea bastante débil de la casta identificacion de Eva y Jacobo.

Se adivinaban, se buscaban, se hablaban y se comprendian con el murmullo de las fuentes, con la melancolía de los bosques, con la armonía de la naturaleza.

Aspiraban á todo lo que se eleva y llega hasta el cielo; si uno estaba enfermo, el otro perdía la salud; si Jacobo sentía el rubor en su frente, el rostro de Eva se cubría de carmin.

La sonrisa de la felicidad aparecía al mismo tiempo en los lábios de los dos; se conmovian ambos en los mismos párrafos de un libro, y lo que pensaba el doctor, lo habia adivinado ya la jóven.

Formaban un sér y una sola existencia, y el lazo que los unía era un doble egoismo.

Podríamos decir que en una misma fuente absorbían la vida.

Jacobo, no sabiendo cómo expresar aquella igualdad de pensamientos, llamaba á Eva hermana y ella le apellidaba dulcemente hermano; pero aquellos nombres eran impotentes para caracterizar lo que no tiene nombre en la lengua humana.

Era una afeccion tan ideal, que algunas veces Jacobo no se atrevia por pudor á dirigir á Eva frases demasiado tiernas, y las comunicaba á los árboles y plantas, al lado de los cuales buscaba la jóven descanso y solaz.

Los árboles agitaban el follaje, y sus hojas y sus ramas murmuraban al oído de Eva los secretos confiados por Jacobo.

El magnetismo tiene señales y medios ocultos, como la antigua magia, para trastornar el orden natural de las cosas, la perspectiva y los efectos; así pues, Jacobo empleaba para Eva aquel poder misterioso.

Daba á las rosas el perfume de las violetas, cambiaba el agua en vino, multiplicaba el pan en la mesa, hacia reverdecer los árboles, y todos estos milagros no existían sino en la imaginacion alucina-

da de su esclava, dando el resultado que anhelaba Jacobo, crear una atmósfera alrededor de Eva en la que solo dominara él, sirviéndose de esta influencia para la felicidad de su discípula.

Si se hacia el dios de Eva, era para concluir la obra del Criador, aun imperfecta.

Un dia en que Jacobo habia ido á una legua de Argenton á visitar á una pobre enferma, á la que era preciso hacer una operacion que duraria como dos horas, quiso probar hasta dónde llegaría la trasmision del pensamiento, y tomando una hoja de papel, cortó una pluma y escribió sin tinta, de modo que solo Eva pudiera leer lo siguiente:

«Me retrasaré dos horas: no estés inquieta, hermana querida, y espérame á las cinco al pié del árbol del bien y del mal.

»Tú hermano, JACOBO.»

Desde el dia en que la jóven se ruborizó por primera vez, el doctor bautizó al manzano con el nombre del árbol del paraíso.

La carta fué encomendada á Escipion, y el leal animal encontró á Eva á orillas del arroyo; la jóven desató la carta pendiente del cuello del perro, y á pesar de no ver señal ninguna de lo escrito, la leyó.

Eva no tenia reloj, pero sin interrogar ni al cielo ni al sol fué á sentarse en la loma al pié del árbol á las cinco ménos cinco minutos, y en el mismo instante entraba Jacobo por la puerta del jardin.

Al encontrar á Eva lanzó un grito de júbilo; su amada tenia el don de segunda vista.

Era una hermosa tarde de otoño. Los dos amantes eran muy felices viéndose y comunicándose las impresiones del alma; respiraban satisfechos y como si aspirasen las delicias celestes.

Eva comprendió, al ver el rostro de Jacobo solemne y grave, que sin duda pensaba decirle algo muy importante.

Efectivamente, mirándola con apasionada dulzura, la dijo:

—Eva, hasta hoy he ejercido un influjo sobre tí que era necesario para el desarrollo moral y físico de tus facultades; ahora debo renunciar á él, y desde este momento cesa el lazo magnético que te

liga á mí, devolviéndote la libertad de alma, de corazon y de pensamiento en toda su extension, tu libre albedrío, y por consiguiente no me obedecerás á mí, sino á tí misma.

Nunca hemos hablado de ese compromiso que el hombre contrae con la mujer y que se llama matrimonio; más tarde te explicaré los deberes de ese estado, pues ahora todavía estamos en los sponsales. Hasta hoy has vivido en la soledad, pero ya es tiempo de presentarte en sociedad para que allí puedas elegir el hombre que deba hacerte feliz.

—Jacobo, sabéis que es inútil, contestó Eva; mi prometido sois vos.

El doctor apoyó la mano de su amada sobre su corazon y sacó un anillo de oro de uno de sus dedos.

—Si esa es tu voluntad, Eva, tambien lo es mia; recibe, segun es costumbre, esta sortija, testigo de nuestro juramento; es el anillo de los sponsales.

Y colocó en el delicado dedo de la jóven un anillo magnetizado, para que cuando Eva pensara en Jacobo le viera aun cuando estuviera ausente; si no con los ojos del cuerpo, con los del alma.

Después sería preciso culpar á Jacobo, porque su corazón hizo callar á su conciencia.

Cuando Eva empezó á adelantar rápidamente en su curacion, no esperaba á que se presentaran José ni su madre, sino que él iba hasta la cabaña del cazador y les daba noticias de Eva.

Para hacerse amigo del cazador furtivo le regalaba ya una caja de pólvora, ya plomo menudo; y como eran cosas que no se atrevia José á comprar en la ciudad, las agradecía doblemente.

Cuando le preguntaban por la niña, el doctor contestaba evasivamente.

—Está un poco mejor; no pierdo la esperanza; la naturaleza puede mucho.

Y como el cazador miraba siempre á Eva como una masa de carne, se encogía de hombros y decía:

—¡Qué quereis, doctor, Dios dirá!

Y salían los dos á caza, no sin que el doctor dejara á la madre un bolsillo.

Volvia á su casa con dos ó tres liebres, tres ó cuatro conejos, y no hablaba á nadie de los habitantes del bosque.

Largo tiempo estuvo Eva sin ocuparse de su nacimiento, indiferente para esto como para todo; pero cuando su razón salió del limbo en que estaba sumergida, empezó á preocuparse de su origen.

Conservaba como un recuerdo vago de haber visto al cazador y á su madre en una de las últimas visitas que la habían hecho, pero aquel recuerdo no tenía nada de filial ni tierno, y si bien al saber por Jacobo Merey que había estado al lado de ellos dos años se lo agradeció, no sentía una voz interior que la dijera:

—Ese hombre es tu padre, esa mujer es tu madre.

Además, siempre que se trataba de este asunto, Jacobo cambiaba de conversacion, y su semblante adquiría cierta expresion de disgusto, por lo que Eva no hizo más preguntas ni volvió á ocuparse de su familia.

En un carácter como el de Eva, tan impresionable, aquel silencio era extraño. Muchas veces la encontró Jacobo Merey silenciosa é inquieta; su corazón escuchaba una voz misteriosa que la decía:

XIV.

¿Unde ortus?

Ya prometidos el uno al otro, debía surgir en su imaginacion una idea gravísima, si no como un obstáculo, á lo ménos como manantial de inquietudes y dudas.

—¿De quién sería hija la pobre Eva?

Ya sabemos cómo había obtenido Jacobo del cazador y de su madre el depósito de la niña, y para lo cual habían tenido dos motivos poderosos: el primero y principal, el desentenderse de una carga inútil.

El segundo, más laudable, la esperanza de que Merey pudiera mejorar su estado.

Al encargarse de la idiota había ofrecido el doctor devolverla el día en que sus legítimos padres la reclamaran: estaba seguro de que ni el cazador ni su madre eran parientes de la niña, sino que calculando que jamás aquella naturaleza, aquel ser informe sería una mujer bella é instruida, su familia la había entregado á la anciana y á su hijo, y esto le hacía esperar que no la reclamarían.

Esta fué la causa de encerrar á Eva en aquel paraíso terrestre que el doctor había formado, y de no permitir que la vieran sino muy pocas personas.

Durante los dos primeros años, José y Magdalena se presentaron algunas veces en casa del doctor para informarse y ver á la niña; pero como entonces adelantaba de un modo casi imperceptible, perdieron la esperanza de que aquella masa inerte, sin voz y sin pensamientos, llegara á ser una criatura digna de figurar en la sociedad y dejaron de ocuparse de ella.

—¿Quién eres?

El sér humano es tan débil, tan limitado, que para no asustarse de sí mismo tiene precision de buscar un punto de apoyo y raíces en aquellos que le han precedido en la tierra.

Necesita saber de dónde sale y por qué puerta ha entrado en la vida, y cuáles fueron los brazos que le sostuvieron al dar los primeros pasos.

Necesita el pasado, porque es suspicaz y de ahí nace el culto á los antepasados, lo mismo entre los indios que en todos los pueblos primitivos.

El hombre se considera ligado al árbol genealógico, y por esto de ese árbol cree que depende su suerte. El hijo es responsable del alma de su padre y de la suerte que le espera en el otro mundo; si cumple fielmente sus deberes hácia su raza es en favor de sí mismo.

Este es el motivo de que cada cual se interese en saber cuál es su origen y se afane por descubrir los blasones de sus abuelos.

Una de las cosas que debe preguntarse el hombre cuando reflexiona y está á solas consigo mismo, segun indica el sábio Linneo, es la siguiente:

—¿Undé ortus? ¿De dónde vengo?

Para contestar recurren los pueblos á la genealogía.

Todas las religiones antiguas son génesis; por medio de mitos más ó menos transparentes refieren el origen del mundo, el nacimiento del hombre, la sucesion de las familias, representadas de generacion en generacion por un jefe.

Anudan, en una palabra, el hilo conductor que conduce al hombre hasta la eternidad.

Jacobo podia explicar á Eva los misterios de la naturaleza; la creacion del mundo, el origen de la tierra, la sucesion de los séres orgánicos é inorgánicos, desde los pólipos hasta los mamíferos.

Ayudado por la fisica, explicaba por el movimiento de los átomos la organizacion de las plantas y los estudios de los animales.

Si estas explicaciones no siempre eran exactas, por lo ménos estaban conformes con la ciencia, de la cual Jacobo no solo habia tocado, sino pasado los límites.

Pero cuando Eva le dirigia una pregunta mucho más sencilla, cuando su mirada ó sus lábios decian:

—¿Quién soy? ¿Quiénes son mis padres?

El sábio se callaba y confesaba su impotencia.

Cuentan que Pico de la Mirandola sostuvo una tésis durante tres dias. Habian recorrido el círculo de los conocimientos humanos, y la Mirandola habia desafiado á todos á que le hicieran caer en falta.

La envidia palidecia y se mordía los lábios á falta de otra cosa.

Los teólogos tomaron parte en la discusion.

La teología era una selva llena de emboscadas, en donde el más diestro podia caer.

Un pozo tenebroso en el que los mineros más diestros se resbalan; un zarzal en el cual el médico más hábil deja los girones de su levita. Pero él, tranquilo y grave, habia desafiado á los sofistas, desviado las redes, escapado á los dilemas y rechazado los artificios.

Entonces una cortesana, que habia asistido más por ser vista que por escuchar y ver, cansada de los exámenes, se levantó y dió á entender por señas que ella deseaba dirigir una pregunta al invulnerable sábio.

Un murmullo de sorpresa recorrió la asamblea.

Pico de la Mirandola, satisfecho con haber derrotado á sus adversarios en aquella célebre tésis, *De omni re scivili et de quibusdam aliis*, contempló con admiracion á la mujer que se atrevia á interrogarle, y una sonrisa desdeñosa se dibujó en sus lábios.

—¿Os serviriais decirme qué hora es? preguntó la cortesana.

Y la Mirandola tuvo que confesar que no lo sabia.

Pues lo mismo le sucedia á Jacobo Merey; sus estudios eran sólidos y universales, y parecia que habia asistido al consejo del Dios-Creador porque el origen y objeto de los séres, los elementos y la naturaleza en general le eran familiares, y pocas veces dudaba en sus explicaciones. Pero ignoraba el medio que debia emplear para averiguar el origen de su amada.

Estaba seguro que ni el leñador ni la leñadora pertenecian á su familia.

En 1792, á cuya época hemos llegado y que nos arrastrará en sus

alas de fuego, las razas no se habian mezclado aun en Francia como ha sucedido despues á consecuencia de la revolucion francesa.

Entonces existía lo que se llama tipo aristocrático, y si la nobleza se ha sostenido tan largo tiempo en ese país cuyas costumbres ligeras inclinan á la igualdad, ha sido precisamente por el orgullo de raza.

Sobre todo, las mujeres manifestaban su rango y nacimiento en su aire distinguido, y el cadalso de 93 lo hubiera confirmado así si esa herencia fisiológica necesitara confirmarse.

No se dest. uye lo que no se puede borrar

No quiero decir que fuesen superiores las familias nobles á las plebeyas; las primeras llevaban en sí el gérmen de la decadencia, mientras que las segundas, más puras, más vigorosas, aspiraban á la vida social.

Pero justo es decir que las antiguas familias de la nobleza tenían un tipo de belleza especial, efecto tanto de la educacion, como de la naturaleza.

La revolucion vió que la delicada belleza del tipo aristocrático ofendia al tipo popular, y no pudiendo modificarlo inmediatamente con alianzas de la clase media ó menestrala, lo segó.

Jacobo Merey, demócrata, socialista por excelencia, miraba en Eva la personificacion de este tipo.

San Bernardo acostumbraba dirigir como galantería religiosa los nombres y epítetos más dulces á la Virgen madre, y no encontrando uno más á propósito, dijo: *Vas electionis*.

Pues bien, esa perfeccion que hace de algunas mujeres los preciosos floreros de la naturaleza, tanto por la pureza de las formas cuanto por la delicadeza de los detalles, el doctor la encontraba desgraciadamente en su amada.

Las manos son rosadas, finas, transparentes; los dedos largos, afilados; el pié pequeño; el cuello de alabastro, esbelto como el del cisne, todo en fin acusaba en ella una raza superior, todo desmentia el origen plebeyo en que las circunstancias habian colocado á Eva.

Las opiniones políticas de Jacobo padecian con la confesion que se hacia á sí mismo, y sentia encontrar en la jóven rasgos de una

raza que detestaba, reprochándose el tener que admirar la belleza de aquel tipo opresor.

Hubiera dado diez años de su vida por negar el testimonio de sus propios ojos, desmentir á la ciencia y decirle á la naturaleza: mientes; pero se consolaba pensando que aquellas familias tan orgullosas con su nacimiento empezaban á declinar, y que la hermosura de sus facciones y la blancura de su cutis no impedian los humores linfáticos y las tristes enfermedades consecuencia de ellos.

Sabia por experiencia que si esas razas privilegiadas no se renovaban por las alianzas degeneraban y se extinguian.

Sabia que los hijos de la aristocracia naciaen viejos, la mayor parte enfermos y con los huesos careados, y que los idiotas y las idiotas abundaban en los palacios, y despues de llegar á la decrepitud por los abusos, empezaba la nobleza á chochea.

Las señales de esta decadencia las veia impresas en el rey, en el linfático Luis XVI, cuya bondad negativa ha sido caracterizada por Tácito hace mil setecientos años.

—Su virtud consistia en no tener vicios,

Idénticas señales de imbecilidad y languidez encontraba en la nobleza, la que impulsada por una mano superior é invisible, se empeñaba hacia cien años en destruir su salud y su fortuna.

Eva manifestaba francamente sus dudas.

—Ese hombre y esa mujer, decia aludiendo al leñador y su madre, me han cuidado como si fueran padres; pero nada me dice este, añadió poniendo la mano sobre su corazon; al contrario, permanece tranquilo; pues bien, la impaciencia me devora: Jacobo, me habeis dado la vida del cuerpo y del alma; antes de conoceros no vivia, vejetaba; habeis formado una criatura á imágen vuestra, pero loado sea Dios, no sois mi padre.

Y ruborizándose ligeramente, continuó:

—Vos que todo lo sabeis, mi bien amado Jacobo; vos, cuyas miradas penetran en lo más íntimo de la naturaleza; vos, que os elevais hasta los astros, que veis más allá que los demás hombres, decidme quién es mi padre.

Y Jacobo Merey se callaba porque no se atrevia á contestar.

En donde se ve que Eva no es hija del cazador furtivo, pero no se sabe quién es su padre.

A la mañana siguiente de un día en que Eva había estado más apremiante que de costumbre, decidió el doctor hacer alguna diligencia.

Mandó á Escipion en casa de José con una carta pendiente del cuello, y que decía:

«Mañana de madrugada iré con mi fusil: necesito caza.»

A la mañana siguiente, á las seis, se encontraba Jacobo en casa de José.

Salieron, dispararon algunos tiros, mataron una liebre, dos faisanes y tres ó cuatro conejos, los que fueron encomendados á Escipion, orgulloso con su nuevo oficio.

Llegó la hora del almuerzo: tomaron asiento sobre la yerba y Jacobo Merey abrió su saco, y pan, jamon, frutas y una bota con vino salieron de él.

Cuando José, gracias á algunos tragos del benéfico licor, del cual no hebía con frecuencia, se puso de buen humor, Jacobo llevó la conversacion al terreno que deseaba.

—Mucho tiempo hace que no vienes á ver á la niña.

—Qué quereis, me causa mucha pena.

—Ha crecido bastante en cuatro años y se ha embellecido, añadió Jacobo.

—Qué importa, replicó José, si no habla.

—Eva habla muy bien y hasta es una sábia, mi buen José.

—Pero está todo el dia en una butaca sin poderse mover, como Samuel Simon.

—No lo creas, corre como un gamo.

—Qué placer tan grande me causa lo que me decis, Sr. de Merey; porque os aseguro que, aunque idiota, la amaba como si fuera su padre.

—Lo que quiere decir que no lo sois.

El leñador palideció; á pesar suyo habia dejado escapar su secreto.

—He dicho una tontería.

—¿Porque has confesado que no eras su padre? Eso demasiado lo sabia yo.

—¿Cómo? preguntó el cazador sencillamente.

Jacobo se encogió de hombros.

—¿Contabas con ocultármelo á mí? ¿No has oido decir que yo hacia milagros, y que yo sabia todo como Dios? ¿Cómo quieres que el que anima á los idiotas y les da ingenio carezca de él para descorrer el velo de una intriga y descubrir un secreto? José, aquí para nosotros, me parece que ese secreto es un crimen, ó cuando ménos una mala accion.

—¿Por qué?

La familia de la pobre Eva ha querido desentenderse de un sér inerte é inútil, en lugar de procurar que la ciencia hiciera lo que ha hecho, modelar como el escultor con el mármol. Primero pensarían arrojarla á un estanque, ó ahogarla entre dos colchones; pero el miedo les ha detenido, se sabia sin duda que existia esa niña; de todos modos, ¡Dios lo sabe! si no temieron la justicia humana temieron la de Dios.

Sin contradecir ni aprobar, hizo José un movimiento cual si dijera:

—Tal vez teneis razon.

—Sin duda tú habrás pensado en esto, ¿no es cierto?

—Sí señor; y confieso que no sin zozobra.

—Pues bien; para tranquilizarte, cuéntame todo lo que sepas con respecto á Eva.

—No tendria inconveniente, Sr. Jacobo, porque tanto á ella como á nosotros nos habeis hecho un gran beneficio; pero...

—¿Pero qué?

—Si lo que os refero puede comprometerme ó perjudicar á la niña...

—Te ofrezco que solo ella sabrá lo que me confies.

—Sobre todo, hace ya algun tiempo, repuso José con resolucion, que me pesa ese secreto, y tengo necesidad de participarlo.

—Habla; te escucho.

—Era el 29 de Diciembre de 1782: es decir, que hará diez años á fin del actual: el hielo y la nieve cubrian el campo, y yo, la verdad, dije: José, buen tiempo para disparar algun tiro; y llamé á mi perro.

—¿Escipion?

—No; su antecesor, el cual no tenia un nombre tan retumbante; se llamaba Carzarel; salimos, y empecé á cazar; cayeron dos liebres, y entre tanto mi madre hilaba esperándome, cuando la puerta de nuestra cabaña se abrió y entraron dos hombres enmascarados. La pobre anciana se asustó; creia que iban á prenderme, porque los señores de Charelay han sido siempre muy severos para los cazadores en vedado. Decian que habian hecho ahorcar á uno en el parque del castillo bajo pretexto que tienen derecho sobre vida y haciendas: aquellos hombres tranquilizaron á mi madre, la dieron los buenos dias y uno de ellos se adelantó hácia ella, dejando un poco más atrás á su compañero, quien tenia un bulto bajo la capa.

—Mujer, la dijo: sé que habeis sido buen ama de cria y buena madre, aunque vuestro hijo sea hoy un bandido.

—Caballero, exclamó mi madre, ¿cómo decís eso de mi pobre José?...

—Ahora no se trata de él, sino de vos: ¿podeis encargaros de una niña?

—Ciertamente, señor.

—¿La amareis?

—Como si fuera mia; ¡pobre ángel!

—Sois más anciana de lo que creia yo.

—Los niños y las ancianas se entienden bien.

—Pero debo advertiros una cosa.

—¿Cuál?

—Que es una niña tonta.

—Entonces con más motivo necesita que la cuiden.

—Pues vos la cuidareis.

—Sí; pero somos pobres: seria preciso para que esa niña no carezca de nada, que nos ayudasen los padres.

—¿Cuánto quereis por año para cuidarla con esmero?

—Cien francos, dijo mi madre despues de calcular un momento; ¿os parece mucho?

—Se darán trescientos francos al año ínterin este aquí la niña, y quinientos ahora.

—¡Oh! caballero, lo que es así podrá estar como un princesa.

—Pues bien, aquí teneis quinientos francos y el primer mes adelantado: hacedme un recibo del dinero y de la niña.

—¡Ah! caballero, no sé escribir; ¡qué desgracia!

—¡Diablo! exclamó aquel hombre volviéndose hácia su compañero, esto es lo peor.

Yo habia escuchado casi toda la conversacion, porque al ver entrar á dos hombres, me apresuré á volver; me adelanté pues hácia ellos.

—Yo sé escribir, dije, y os daré el recibo que pedís.

—¿Quién es este hombre? preguntó el enmascarado.

—Es mi hijo, caballero; el que habeis llamado bandido.

—Ahora no se trata de eso, madre mia; que me llamen como gusten; yo estoy convencido de ser un hombre honrado y me basta.

Saqué pluma, papel y tintero, porque me parecia un buen negocio y no queria perderle.

—Dictad, dije sentándome delante de la mesa y disponiéndome á escribir.

El enmascarado se apoyó en el respaldo de mi silla para ver si escribia lo que me decian, y dictó:

«Hoy 29 de Diciembre de 1782, he recibido de manos de un desconocido una niña de cinco años, reconocida como idiota incurable y me comprometo, en nombre de mi madre y mio, á tenerla con nosotros en este ó en otro domicilio que ocupemos hasta que me

sea reclamada por la persona que presente este recibo y la mitad del luis de oro que me entregan en este momento.»

El desconocido sacó un luis cortado de un modo extraño, pero cuyas dos mitades se unian perfectamente; me dió una y guardó la otra, continuando el dictado.

«El que deposita á la niña en manos de José Blagny y de su madre, además de la cantidad de ochocientos francos que ha entregado, se compromete á pagar trescientos francos al año, siempre adelantados, y si muriesen la madre ó el hijo, el que sobreviva percibirá la dicha cantidad.

»Cuando cumpliere la niña quince años, como es fácil necesite hacer otros gastos, se harán nuevas condiciones.

»Segun sea el cuidado, así será la recompensa.»

—Firmad, me dijo, por vos y por vuestra madre.

«Acepto y me conformo con las condiciones indicadas en este recibo, y las que mi madre acepta tambien y reconoce.

»JOSÉ BLAGNY.»

—Y ahora, le pregunté al enmascarado, ¿teneis algo más que encargarme?

—Sí.

—¿Qué?

—Que guardéis silencio.

—Fácil es, contesté; porque solo nos agrada la compañía de los árboles, de los animales y de las flores, y esas no hablan. En esta cabaña no vemos á nadie, y aun entre nosotros apenas nos damos los buenos dias: el labrador más grande es Canard, y ese no charla, ladra.

El enmascarado que habia tomado parte activa en esta escena, tomó el recibo, lo leyó, lo guardó en el bolsillo y le dijo á mi madre:

—Vamos, venid y extended el delantal.

Mi madre se acercó y recibió en el delantal á la pobre idiota tal y como la visteis.

—¿Cómo se llama? preguntó mi madre.

Sin duda temió el desconocido que consultáramos las partidas de bautismo, porque contestó:

—Inútil será que lo sepais puesto que no contesta á nada: sabed solo que es católica.

Y volviéndose hácia mí añadió:

—¿Has oido? Solo te recomiendo el silencio.

—Los dos hombres salieron, pero uno de ellos le dijo al otro.

—¡Que se queda Escipion!

Entonces me fijé en un perro negro que se habia acostado delante del hogar con la misma franqueza que si estuviera en su casa.

—Escipion, dije yo, ¿no oyes que te llaman?

El perro no se movió.

Me preparaba á echarle, cuando dijo uno de ellos:

—Dejadlo; quiere mucho á la niña y ella no conoce á nadie más que á él: para reembolsarte de lo que gastes en su manutencion, te doy palabra de que jamás el señor de Charelay te perseguirá por cazar en vedado.

Y salió diciendo:

—Quédate, Escipion, quédate.

Permiso que no necesitaba el perro, pues parecia estar resuelto á quedarse.

—Y ahora Sr. de Merey, continuó el leñador, ya sabeis todo.

—¿Y la renta os la han pagado puntual?

—Escudo sobre escudo.

—¿Quién?

—El que traia á la niña envuelta bajo su capa.

—¿Y no habeis podido saber nada cuando ha venido?

—Nada. Creo que es sordo y mudo; cuando hablaba con su compañero era por señas, y el otro le contestaba lo mismo.

—¿Y absolutamente sabeis nada más?

—Nada.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor.

—Volved á casa y enseñadme la mitad del luis de oro, porque lo conservareis, supongo.

—Ya lo creo: está en el relicario de mi madre con un hueso del dedo de Santa Solange.

El doctor se levantó y tomó el camino de la cabaña.

Diez minutos despues llegaron, y José sacó y entregó al doctor la media pieza de oro.

Era la mitad de un luis con la efigie de Luis XV del año de 1769.

No tenia nada de particular más que la habian cortado formando ángulos para que fuera imposible cometer error ó engaño.

El doctor no estaba muy adelantado en sus investigaciones, solo que habia adquirido la certeza de que Eva no era hija del cazador.

XVI.

En donde nos es preciso abandonar la vida privada de nuestros personajes, para ocuparnos de los asuntos públicos.

Al entrar en Argenton se admiró Jacobo de la efervescencia que reinaba en aquella poblacion tan tranquila y sosegada.

Pero lo que más aun le sorprendió fué que, apenas le vieron los habitantes, cuando le rodearon pidiéndole consejos sobre lo que en circunstancias tan críticas debian hacer.

—En primer lugar, dijo Jacobo Merrey, será preciso saber de qué se trata antes de daros mi opinion.

—¡Cómo! ¿no lo sabeis? exclamaron veinte voces á un tiempo.

—Imposible; gritaron otras veinte.

Jacobo se encogió de hombros, como aquel que ignora lo que ocurre.

—¿Asuntos políticos? preguntó.

—Pues ya lo creo; asuntos políticos.

—¿Pero qué sucede?

—Vamos, gritó un individuo, os hæeis el desentendido, cuando sabeis más que nosotros.

—Amigos míos, dijo con dulzura Jacobo Merrey, ya sabeis cómo vivo, y que no siendo para visitar á algun enfermo pobre, no salgo de mi casa: trabajo é ignoro por completo lo que sucede más allá de las cuatro paredes que me rodean; me ocupo de la ciencia para que esta pueda seros útil, y más tarde á la humanidad en general.

—¡Ah! ya sabemos que sois un hombre honrado; os conocemos, os respetamos, y esperamos daros pronto una prueba. Precisamen-

te por ese cariño y por ese respeto os preguntamos qué debemos hacer en el caso á que hemos llegado.

—Pero, mis buenos amigos, ¿cuál es ese caso en que nos encontramos? preguntó el doctor.

—En París se están batiendo; dijo uno de los hombres que rodeaban á Jacobo.

—¿Cómo que se están batiendo?

—Es decir, se han batido, pues ya creo que todo se acabó; dijo otro.

—¿Y qué es lo que se acabó, hijos míos?

—Pues bien, escuchad: el pueblo ha querido entrar en las Tullerías como el 20 de Junio, ya lo sabeis, aquel dia en que Capeto se puso el gorro tricolor.

—No sé nada, pero continuad.

—El rey se ha opuesto, y los suizos han hecho fuego sobre el pueblo.

—¿Contra el pueblo? ¿Los suizos han tirado sobre los parisienses?

—Había marseleses y guardias franceses, y parece que son los que más se han ensañado; se han batido en el patio de las Tullerías, en el vestibulo, en los salones, en los jardines. Parece que se encuentran 700 suizos muertos y 1.000 ciudadanos.

—Sí, dijo otro: creo que ha sido horroroso; como que al arrabal San Antonio y al de San Marcelo han llevado los muertos á carretadas, porque casi todos eran de allí. El reguero de sangre servia de guía, y despues los tendian á los dos lados de la calle, y cada cual en medio de gritos y sollozos buscaba sus parientes.

—¿Y el rey? preguntó Jacobo Merey.

El rey se ha retirado á la Asamblea nacional con toda su familia, poniéndose bajo la proteccion de la nacion. Pero el pueblo ha invadido la Asamblea pidiendo el destronamiento, á lo cual la Asamblea ha contestado que no está en sus atribuciones resolver en caso tan grave, que le tocaba á la Convencion, y han decidido que el rey viva en el Luxemburgo.

—Allí á lo ménos, dijo Jacobo Merey sonriéndose, si quiere evadirse puede hacerlo fácilmente por las Catacumbas.

—Justamente; eso fué lo que dijo el ciudadano Manuel, secretario del Ayuntamiento, y entonces decidieron que el rey seria conducido al Temple, y allí está preso.

—¿Y cómo sabeis esos detalles?

—Primero, por *El Amigo del Pueblo*, el periódico del ciudadano Marat; despues, el segundo alcalde ha vuelto de París, y él estuvo en la Asamblea todo el dia 10 de Agosto.

—¿Y se sabe qué es lo que piensa hacer la Asamblea nacional? interrogó Jacobo Merey.

—Nada con respecto al rey; pues primero piensa dar la cara al enemigo.

—Verdad es, repuso Merey con profunda tristeza; el enemigo está en Francia; ¿y qué ha decretado la Asamblea con respecto á eso, porque es el peligro real?

—Ha decretado que *la patria está en peligro* y que se harian en las plazas públicas los alistamientos voluntarios.

—¿Y qué noticias hay de los enemigos?

—Que están en Longwy, y que marchan hácia Verdun.

Jacobo Merey lanzó un suspiro.

—Amigos míos, repuso; en circunstancias como las que atravesamos, cada cual debe sondear su conciencia é interrogarla para saber lo que debe de hacer; todo aquel que es jóven, todo el que puede manejar un fusil, todo el que no pueda servir á la Francia sino con las armas en la mano, debe tomarlas.

Pero tenemos una Asamblea nacional, valiente y leal, y debemos ante todo tener confianza en ella. Lo que puedo deciros de antemano es que la Francia no caerá; la Francia es la nacion preferida por el Señor, puesto que en ella ha prodigado el sentimiento más noble del corazon del hombre; el amor á la libertal. La Francia es el faro que alumbra al mundo, y ese faro ha sido encendido por los hombres más grandes del siglo XVIII. Por Voltaire, por Diderot, por Grimm, Alembert, Rousseau, Montesquieu y Helvetius.

Dios no ha creado tan sublimes génius para que su paso por la tierra sea inútil y borradas sus huellas. El cañon de la Prusia destruirá nuestras murallas, pero no puede derribar la enciclopedia:

sed franceses fieles y dejad al cuidado de la Providencia la marcha de los acontecimientos.

—Pero, sin embargo, es preciso que alguno nos dirija; os pedimos un consejo y esto no se rehusa.

—Amigos míos, contestó Merey, si yo hubiera vivido últimamente en París, si perteneciera á la Asamblea nacional, si hubiera seguido con la vista y con el pensamiento lo sucedido en Francia y en el extranjero durante estos cuatro ó cinco años, tal vez podría dirigiros y aconsejaros en las terribles circunstancias á que nos han conducido la mala fé, la desidia y la traicion real. Pero no soy más que un pobre médico, que no tiene ninguna pretension á figurar en los acontecimientos públicos, y que ruega á la Providencia, que me deje continuar mi camino y vivir en medio de vosotros para hacer todo el bien que me sea posible.

—Pero ahora, doctor, ¿qué vais á hacer? preguntaron mil voces.

—Lo que hasta hoy: continuar ayudándoos en vuestras enfermedades ó vuestras desgracias. Deslumbrado en mi juventud por los ensueños y locas ilusiones de esa edad, creí haber nacido para algo grandioso y que tenía un sitio en los cataclismos que las revoluciones debían imponer á la sociedad; me equivocaba. Como Jacob, he luchado con el ángel y estoy cansado de esta lucha. Creí por un momento que era el hombre rival de Dios, y que como él podía crear. Dios ha tenido lástima de mi pequeñez, y considerándome como el aprendiz del escultor sublime, me ha dado una obra bosquejada ya para que la concluyera, y ha pagado mi trabajo, no con el orgullo, sino con la felicidad. ¡Gracias á Dios!

Estas palabras parecían que causaban en la multitud, no solo asombro, sino profunda tristeza: algunos de los que aparecían como jefes de aquella reunion cambiaron algunas palabras entre ellos y despues hicieron seña para dejar el paso franco al doctor.

Pero uno de ellos se colocó en medio de su camino como un obstáculo, y le dijo:

—Si vos ignorais lo que valeis, nosotros lo sabemos y no permitiremos que un hombre tan científico y tan buen patriota permanezca olvidado en una poblacion como esta, cuando se preparan

acontecimientos tan graves y sin ejemplo en los anales de los pueblos. El enemigo está en Francia, sobre todo en París; la Francia necesita de sus hijos, y no se dirá que el mejor de ellos la rechaza: pasad, Sr. Jacobo Merey; mañana tendreis noticias mías.

Y dejó libre el paso al doctor, quien entró en su casa sin que nadie volviera á detenerle.

Jacobo anhelaba ver á Eva. Desde el dia anterior por la tarde carecia de su presencia, pues como habia salido muy temprano, no habia querido despertarla.

Eva le esperaba en la puerta del jardin.

—¿Salias á mi encuentro, amor mio? preguntó Merey.

—Sentia que os acercábais y despues os habeis detenido; ¿no es cierto?

—¡Oh! Yo no me detuve; fué la poblacion entera quien me pedia consejos sobre lo que debian hacer, y yo les he dicho que me dejaran volver lo más pronto al lado de mi Eva.

—Casualidad; tambien yo me detuve en donde estaba, despues de haber andado un trecho para encontraros, y cuando me dejaron libre para venir, me parecia que tenia alas y corrí hasta aquí.

—Ven, querida Eva, la dijo rodeando con su brazo el talle flexible de la jóven; ven, tengo que hablar contigo de cosas serias.

Y la condujo al pabellon de los tilos. Interin que el doctor hablaba con Eva de asuntos graves, es decir, se aseguraba de que era amado y afirmaba que él la adoraba, crecía la alarma en la poblacion, la que se aumentaba con las elecciones para la Convencion nacional.

Estas elecciones se hacian en Chateauroux. Lo mismo en Argenton que en otros puntos, dos partidos se encontraban frente á frente. El del rey y el del pueblo.

Los que se dirigian á Jacobo Merey y le preguntaban qué debian hacer, eran los populares, que le miraban, no solo como á un médico sábio, sino como al amigo de los pobres, como un hombre desinteresado, y pensaban que aquellas cualidades eran suficientes para que fuera un gran ciudadano, y estaban prontos á seguir en todo sus consejos.

Pero Jacobo Merey tenia ante todo conciencia, y absorto en su obra durante cinco ó seis años, se habia alejado por completo de toda cuestion política y no estaba bastante al corriente del estado de la Francia para dar consejos de los que no estuviera muy seguro.

Además, Jacobo Merey habia llegado á esa edad en que el hombre ama con toda su alma, tanto más cuanto que en la época en que el hombre prodiga su amor á todas las mujeres, él no se habia ocupado sino de la ciencia.

Habia conservado reconcentrada en sí mismo esa ilusion que se desarrolla en la adolescencia y que brilla en todo su esplendor en la primavera de la vida, á los límites de la cual llegaba el doctor cuando, como una flor que se abre, como un fruto que se sazona y madura, apareció Eva, rosa y fruto á la vez que se abria y se sazonzaba delante de sus ojos, y que absorbió sus miradas en un principio y despues se hizo dueña de sus pensamientos.

Jacobo creyó trabajar y crear para la ciencia, y creó para el amor.

Por eso cuando José le habló de aquella familia desconocida que podria reclamar algun dia á Eva, cuando le enseñó y le entregó aquel luis de oro, del que la mitad ausente amenazaba siempre su felicidad, pensó qué seria de su vida sin Eva, y desesperado de su perspectiva, de su soledad árida, desierta, tomó su cabeza entre las manos y murmuró estas dos palabras, que se escapan en los momentos de dolor hasta de los labios más ateos:

—¡Dios mio! ¡Dios mio!

Y en el momento en que, tembloroso aun por esta emocion tan poderosa, volvia á su casa, era cuando le proponian que relegase aquel amor, que era su vida, para ocuparse de ese indescifrable problema que se llama progreso, de esa fugitiva diosa llamada libertad.

Tal vez hubiera vacilado antes de ver á Eva; pero despues, imposible.

Aquella mujer apenas formada todavía, ¿no era á la vez su hija y su amante?

Se sabe hay corazones que sienten de un modo tan poderoso la necesidad de amar, que se apasionan en la soledad de un pájaro, un insecto ó una flor; con más razon amaba el doctor á la que pensaba y existia por él.

Habia encontrado un estuche vacío, y en él colocó un tesoro de inteligencia, de juventud y de hermosura.

El estuche era suyo y podia sin temor ni remordimientos guardarlo en su corazon.

Y esto era lo que hacia Jacobo Merey, pues le juraba á Eva que jamás se separaria de ella.

En el instante en que pronunciaba aquel solemne juramento, se dejaron oir los sonidos aquellos de la trompeta de Bautista, y despues la voz de éste anunciando al pueblo la toma de las Tullerías, la caída del rey y su encarcelamiento en el Temple.

El estado de la Francia.

Los habitantes de Argenton que no habían penetrado en el jardín del doctor y que ignoraban los misterios del árbol de la ciencia, del emparrado de los tilos y de la gruta de las meditaciones, no comprendían por qué era tan indiferente para los asuntos políticos.

Mucho más cuando había pocas personas que hubieran dado más pruebas de odio hacia la nobleza y de abnegación por la democracia.

Constantemente rehusaba asistir á los ricos y recibir nada de los pobres, siendo de notar que, de día ó de noche, estaba siempre dispuesto cuando llamaban á su puerta para que acudiera á la cabecera de la cama de un plebeyo.

Y por la primera vez, precisamente cuando se trataba de la madre patria, de ese nombre sagrado; cuando se apelaba á sus servicios como ciudadano, el hombre se ocultaba detrás del sábio y desaparecía el filántropo.

Sin embargo, la Francia necesitaba de todos sus hijos, así como el universo también necesitaba de ella.

La Francia en 91 apareció á los ojos del mundo regenerada, purificada, podía decirse que había arrojado en los sumideros de Marly su traje, manchado por Luis XV y que solo remontaba al advenimiento de Luis XVI al trono.

El nuevo mundo la bendecía porque le había ayudado en la difícil tarea de su redención, y la caduca Europa la contemplaba con amor.

La tiranía reinaba en todas partes en 91, y todos los Estados tiranizados la imploraban con voces y gemidos.

A donde quiera que hubiera extendido su brazo, los pueblos indiferentes ó desencantados la estrecharían la mano, y donde hubiera puesto el pié la recibirían de rodillas.

Era la sublime trinidad de la justicia, de la razón y del derecho.

Era porque entonces, no habiendo entrado la Francia en el terreno de la violencia, la Europa no había entrado en el del odio.

Efectivamente, ¿qué deseaba la Francia en 1791?

Interiormente, la paz y la libertad para sí misma; exteriormente, la paz y la libertad para las demás naciones.

La Alemania se regocijaba á cada paso que adelantaba la Francia, y decía: ¡Oh! ¡si tuviéramos la Francia! ¡Qué mano la que en Suecia escribía en la mesa del sucesor de Gustavo el Grande: ¡No queremos guerra con Francia!

En aquella época todos sabían que ayudándola trabajaban para el mundo entero.

Toda su ambición se limitaba á recobrar Lieja y Saboya, dos provincias suyas, puesto que hablaban el mismo idioma.

Nada quería tomar ni aceptar de las demás naciones.

Por eso en 1791 levantaba la cabeza con orgullo, porque tenía confianza en su poder y en su fecunda virginidad.

Sabía que por el amor de los pueblos llamaba sobre ella el odio de los reyes. La Rusia, la Inglaterra y el Austria la odiaban.

Catalina, apellidada por Diderot Catalina la Grande, y que Voltaire nombraba la Semíramis del Norte, aquella estrella polar cuya luz sustituía al sol de Luis XIV; Catalina, la Mesalina rusa que aventajaba á la Mesalina romana en haber asesinado á su Claudio; Catalina, que había llevado á cabo por medio del scita Souwarow los asesinatos de Ismael y de Raya, que había devorado parte de la Polonia y se preparaba á devorar el resto; Catalina, que sobrepujando á Pasiphaé tenía *un ejército por amante*, expresión terrible empleada por Michelet; Catalina, abismo insaciable, que jamás decía *basta*; Catalina, pues, recibió un bofetón en el rostro el día de la toma de la Bastilla.

La tiranía encontraba un dique, una barrera.
Por eso le escribía á Leopoldo preguntándole por qué no vengaba los insultos inferidos diariamente á su hermana María Antonieta.

Y por esto tambien habia devuelto á Luis XVI, sin abrirla, la carta en que anunciaba que aceptaba la Constitucion.

La Inglaterra, personificada en su ministro Pitt (el rey estaba loco y el príncipe de Gales embriagado), gozaba infinitamente con los acontecimientos que tenian lugar en Francia.

Pitt odiaba á los franceses con todas las potencias de su alma, con motivo de la parte que habia tenido la Francia en la independencia de América.

Con un ojo fijo en el mapa de la India y otro en Paris, veia las pérdidas que sufríamos en las colonias y los progresos de nuestra revolucion.

La reina le temia de tal modo, que pocos dias antes del 10 de Agosto habia enviado á la princesa de Lamballe para pedirle gracia. «No hablo, decia, sin morir de susto.»

El Austria estaba tan enferma como nosotros; más aun, si suponemos que los países despóticos se resumen en sus soberanos.

Estaba gobernada por el anciano príncipe de Kaunitz, quien tenia ochenta y dos años, y el emperador Leopoldo cuarenta y cuatro. Hacia un año habia sido llamado al imperio, trasportando de Florencia á Viena su harem italiano.

Extenuado por los excesos, comprendia que apenas podria vivir algunos meses más, los que cambió en dias por el método que usaba; además, su enfermedad era la de todos los reyes, buscar en los placeres el alivio de los disgustos y cuidados que proporciona el trono.

Mad. de Pompadour, Mad. Dubarry y el Parque de los Ciervos resultaron de esas inquietudes, así como los 300 religiosos de Portugal, los caprichos del gomorreio Federico y los favoritos de Gustavo.

De eso mismo resultaron los 354 bastardos de Augusto de Sajonia, de los que la historia por gazmoñería no hace mencion, pero

que uno por uno cita la crónica, vieja bachillera, que espia á través de las cerraduras de Trasko-Selo, de Windsor, Schandruun ó de Versalles.

Al lado de Kaunitz y de Leopoldo está el jóven Metternich, el gran génio de su época, que era contrario á la guerra con Francia, y que reducía su política á estas palabras puramente realistas: *Dejad hervir á la revolucion francesa en su marmita.*

A los enemigos exteriores que todavía no habian dado el programa, es preciso añadir los interiores.

Primero, el Rey.

Antes de continuar, haremos una digresion.

¿Por qué los reyes en lugar de acceder sencilla y prudentemente á los deseos de los pueblos, resisten á ellos, y acometidos en las últimas trincheras llaman entonces en auxilio suyo al extranjero?

Porque para ellos el pueblo es un extraño, y los extranjeros son su familia.

Por ejemplo; Luis XVI era hijo de una princesa de Sajonia, de la que heredó la obesidad y la gravedad y lentitud; por consiguiente, ya no tenia sino una cuarta parte de sangre francesa; puesto que tambien descendía de un príncipe que se habia enlazado con una extranjera.

Se casó con Maria Antonieta, de la casa de Austria y de Lorena; ya tenemos sobre el trono dos sextas partes de sangre francesa, dos de Sajonia, una de Austria y otra de Lorena.

¿Cómo se quiere que pueda más la sangre francesa? Imposible.

¿A quién acudió Luis XVI en su lucha política contra la Francia?

A su cuñado de Austria, á su cuñado de Nápoles, á su sobrino de España, á su primo de Prusia; es decir, á su familia.

Tanto los historiadores quanto los cronistas han sido injustos para Luis XVI; los segundos, porque pertenecian á su servidumbre; los primeros, porque pertenecian al partido republicano.

El derecho del novelista es pertenecer al partido de la posteridad.

El duque de Vangullon habia dado al rey una educacion jesuítica, la que modificó en mal sentido la rectitud de ideas, que era un legado de su padre y de su madre: lo que le quedaba de aquella

primitiva lealtad no fué bastante para que pudiera comprender el plan de la reina y de Kaunitz, que consistia en destruir con la revolucion á la revolucion.

Realmente el rey no amaba á nadie; ni á sus hijos, porque dudaba de su paternidad, ni á la reina, porque dudaba de su amor; y sin embargo, María Antonieta era la única que tenia influencia sobre él; la única de la familia, se entiende.

En cambio pertenecia al clero; debemos atribuir á este influjo los juramentos que prestó y revocó, la falsedad en la comedia constitucional y sus mentiras en política.

Fué siempre el rey de 1788: la toma de la Bastilla no le sirvió de leccion: 89 era para él una sublevacion y 92 una intriga del duque de Orleans.

Nunca quiso reconocer en el pueblo una majestad igual á la suya y el derecho divino era para él primero que el derecho popular, mirando como la ofensa más grave el que en Setiembre de 1791 el presidente Thouret, que se presentaba para que aceptase la Constitucion, tomara asiento viéndole sentado.

Aquella noche el Sr. de Goguelat salió para Viena con una carta del rey para el emperador.

Desde aquel momento, los franceses no solo eran extraños, sino enemigos, y contra ellos llamaba á su familia.

Tal fué el error en que hizo caer á Luis XVI su educacion jesuítica y de príncipe; anunciar á la Europa entera que aceptaba la Constitucion, y al Austria que la rechazaba.

Se podia escribir una historia en extremo curiosa, la del confesorio de Luis XVI, es decir, la de un corazon bueno y la de un alma honrada en la esencia en lucha con la obstinacion clerical.

Decia Richelieu que le costaba más gobernar los doce piés cuadrados del dormitorio de Ana de Austria que la Europa entera.

El rey podia decir que sufría su conciencia más asaltos que la ciudad de Lila sólo que esta resistió con la mayor lealtad y Luis XVI se entregó como Verdun.

Desgraciadamente, casi al mismo tiempo que el rey declaraba á la córte de Viena que el pueblo francés era enemigo del rey, se

convencia el pueblo de que su soberano era su enemigo. Pero á quien miraba como á enemigo hacia largo tiempo era á la reina.

Los siete años de esterilidad, que no sabian á qué atribuir, puesto que no conocian la enfermedad del rey, sus preferencias exageradas por la princesa de Polignac, de Palastron y de Lamballe, la que á lo ménos le fué fiel hasta la muerte; sus imprudencias con Arturo Dillon y con Coigny, sus desordenadas madrugadas, sus locas noches en el pequeño Trianon, su generosidad para sus favoritas, que le valió el nombre de *madame Déficit*; su oposicion á la Asamblea, por lo que la nombraron *madame Veto*, aquella preferencia continua hácia el Austria en contra de la Francia, el orgullo de los Césares alemanes, que se complacia en sostener, aquella continua expectativa del enemigo habian hecho que la aborrecieran los franceses.

Ya llegaban los prusianos, tan deseados y esperados; llegaban precedidos del terror para el pueblo y de la esperanza para los realistas.

Llegaban con el manifiesto en la mano del duque de Brunswick, empezando á ponerle en ejecucion desde la frontera. La caballería austriaca estaba ya en los alrededores de Sarreluis y se apoderaba de los alcaldes patriotas y de los republicanos conocidos como tales, y los hulanos, para distraerse, les cortaban las orejas y se las clavaban en la frente.

Terrible fué esta noticia para los parisienses cuando la leyeron en los boletines oficiales, pero el terror creció de punto al forzar el armario de hierro y encontrar una carta dirigida á la reina, en la cual se la anunciaba alegremente que llegarían los jueces detrás de los ejércitos, y que los emigrados que ingresaban en los batallones del rey de Prusia, ya posesionados de Longwy, instruían la causa de la revolucion y preparaban los patibulos para los revolucionarios; todo esto exagerando, como sucede siempre cuando se trata de grandes catástrofes.

A quien detestan, decían, es á los parisienses, y todos los que hayan tomado parte perecerán.

Si los austriacos habian encerrado á Lafayette en Olmutz, á pe-

sar de haber querido salvar al rey y á la reina (sabemos que la encantadora habia querido seducir sucesivamente á Mirabeau, á Lafayette y á Barnave), con mayor motivo detestarian á las treinta mil personas que habian ido en busca del rey á Versalles, á las veinte mil que le habian escoltado desde Varennes, á las quince mil que invadieron el palacio el 20 de Junio, y las diez mil que le tomaron el 10 de Agosto y las exterminarian desde la primera hasta la última: hasta fijaban el sitio.

En una llanura desierta, no las hay en Francia, pero como los reyes habian dicho: «vale más un desierto que los pueblos sublevados,» calculaban que incendiarían las casas, árboles y prados en la de San Dionisio y que allí colocarían un trono con cuatro frentes: uno para Leopoldo, otro para el rey de Prusia, el de la emperatriz de Rusia y el de Pitt, y que delante de cada uno se levantaría un cadalso.

La poblacion de Paris, como un miserable rebaño, sería arrojada á los piés de los reyes aliados, y como en el dia del juicio final separarian los buenos de los malos, estos eran los revolucionarios, que serían guillotínados.

Pero exceptuando algunos, los revolucionarios eran todo Paris, los cien mil hombres que habian tomado la Bastilla, los trescientos mil que se juraron fraternidad en el Campo de Marte y todos los que ostentaban la escarapela tricolor.

Los que miraban más allá, decían:

—¡Ah! no solo perecerá Francia, sino el pensamiento de la Francia; la libertad del mundo que ahogarán en la cuna, el derecho, la justicia.

Y aquellas amenazas, que espantaban al pueblo, regocijaban á la reina.

Cuenta Mad. Campan, á la que no se puede tachar de jacobita, que pocos dias antes del 10 de Agosto velaba la reina una noche, y á través de las persianas, entreabiertas segun costumbre suya, contemplaba la noche cuando llamó por dos veces á madame Campan, la que dormía en la misma habitacion.

La dama la contestó.

La reina á la luz de la luna procuraba leer una carta; era la que noticiaba la toma de Longwy y la rápida marcha de los prusianos sobre Paris.

La reina calculó los dias, las leguas, y dijo lanzando un suspiro de satisfaccion:

—Necesitan ocho dias: dentro de una semana nos habremos salvado.

Ocho dias despues, los prusianos aun permanecian en Longwy y la reina estaba en el Temple.

Estos eran los acontecimientos que habian conmovido á Argenton, y por los que el partido popular se decidió á pedir consejos á Jacobo Merey.

El hombre propone.

A las nueve de la mañana del día siguiente se encontraba Jacobo en su laboratorio y Eva tocando el órgano, cuando les sorprendió un rumor que aumentaba y se acercaba por momentos.

Nada tenía de aterrador, pues se escuchaban gritos de júbilo.

Jacobo abrió la ventana y vió una multitud inmensa con banderas, música, y á la cabeza Bautista con su trompeta.

El doctor cerró la ventana y volvió á su hornillo.

Pocos minutos despues le pareció que aquella multitud se detenía delante de su casa.

La puerta del laboratorio se abrió, y apareció Eva pálida y conmovida.

—¿Qué tienes, querida mia? preguntó el doctor dirigiéndose hácia ella.

—Esa gente, esa turba, esa multitud os buscan, amigo mio.

—¿A mí? exclamó Jacobo Merey.

—Sí; se ha detenido á la puerta: la trompeta de Bautista nos va á anunciar algo.

Y maquinalmente llevó las manos á sus oídos.

Efectivamente; Bautista tocó su acostumbrada sonata, la única que sabia.

Despues, con voz clara, solemne y acentuada, dijo:

«Se hace saber á los ciudadanos de Argenton que ha sido nombrado diputado de la Convencion el ciudadano Jacobo Merey.»

—¡Viva el ciudadano Jacobo Merey!

—¡Viva! repitieron mil voces.

En la escalera se oyeron pasos, y Antonio, hiriendo tres veces el suelo con el pié y pronunciando las palabras sacramentales: *Centro de verdad; círculo de justicia*, añadió:

—Todas las personas que se encuentran abajo preguntan por Jacobo Merey.

El doctor miró á Eva.

—Es preciso que os presentéis.

Jacobo bajó, y Eva le siguió temblando.

La puerta de la calle tenía cinco ó seis escalones, de modo que, deteniéndose en el primero, dominaba el doctor á la multitud.

Cuando apareció, entonó la música la cancion popular:

«¡Dónde se puede estar mejor!...»

Bautista, que no queria estar ocioso, empezó á tocar su sonata.

Aquella zambra cesó y se repitieron los vivas á Jacobo Merey, diputado de la Convencion.

Jacobo comprendió lo que el patriota de la vispera habia querido decir con las palabras:

—Mañana tendreis noticias mías.

Pero no habia cambiado de opinion; las sencillas y cándidas protestas de Eva le habian afirmado aun más en su resolucion.

Hizo una seña indicando que queria hablar, y todos guardaron silencio.

—Amigos mios, dijo: tengo un profundo disgusto porque no habeis dado crédito á mis palabras de ayer; mi determinacion no ha variado. Os doy gracias por el honor que me dispensais, pero no siendo digno de él, lo rehuso.

—No tienes derecho, ciudadano Merey, gritó una voz.

—Cómo, exclamó Jacobo; ¿no tengo derecho para disponer de mí mismo?

—El hombre no se pertenece; pertenece á la nacion; replicó el que habia hablado adelantándose, y aquel que diga lo contrario será mirado como mal ciudadano.

—Soy un filósofo y no un político; un médico y no un legislador.

—Sea; como filósofo has meditado sobre la grandeza y decadencia de los imperios; como médico has estudiado las enfermedades;

por consiguiente, habrás visto que la libertad es tan necesaria para vivir como el aire para purificar la sangre en los pulmones y respirar.

—¿Cuándo empezó la decadencia del imperio romano? Y ya sabes que la decadencia moral presagia la física. Cuando los Césares se convirtieron en tiranos. Eres médico y debes creer que el pueblo es un todo inmenso sometido á las leyes del individuo, solo que los pueblos viven siglos y el individuo años; pues bien, durante esos siglos, el cuerpo social, como el cuerpo humano, padece enfermedades que es preciso cuidar y curar; los legisladores no necesitan ser médicos, pero los médicos pueden ser legisladores.

Ha dicho Ciceron que si un miembro se gangrena es preciso cortarlo para salvar el resto del cuerpo. Acepta el poder que te ofrecen, Jacobo Merrey: toma la lanceta, el bisturí y la sierra, que en la córte hay trabajo para los médicos y los cirujanos.

—Como cirujano, está tomada la plaza; contestó Jacobo contrariado; teneis allí un sangrador terrible, que se llama Marat; con él hay bastante, lo aseguro.

—Ni con la lanceta, ni con el bisturí, ni con la sierra quiere sacar sangre Marat, sino con el hacha; he hablado de un cirujano, no de un verdugo.

—Cuando necesiteis mi presencia allá, iré; replicó Jacobo con la tristeza de aquel que contesta á justas razones con evasivas. ¿No teneis allí á Sieyes, que es la lógica; á Vergniaud, que es la elocuencia; á Robespierre, que es la integridad; Condorcet, la ciencia; Danton, la fuerza; Petion, la lealtad, y Roland, el honor? ¿Qué haría yo, infeliz luciérnaga, entre tantas antorchas?

—Harás tu deber, al que hoy estás faltando. Jacobo Merrey, no te ha concedido Dios la inteligencia despejada y el saber profundo para que lo escondas en el centro de una provincia, cuando Paris, la cabeza de Francia, trabaja por su libertad; todas las capacidades están llamadas á ayudarle en su empresa; ¿no ves que la voluntad divina impulsa y centraliza en Paris todos los ingenios que vejetaban en las provincias? La Asamblea nacional ha proclamado los derechos del hombre; la Constituyente, la soberanía del pueblo.

A la Convencion le queda algo grande que proclamar; tú puedes ser de aquellos que griten á la faz del mundo: «Francia es libre» ¿y rehusas? Jacobo Merrey, escucha; pasas rozando con una gloria inmortal como el ciego al lado de un tesoro. Jacobo Merrey, la Francia, que te honraria, te despreciará; podia bendecirte y te maldecirá.

—¿Y tú quién eres, que te obstinas en doblegar mi voluntad?

—Soy tu colega Hardonin, electo al mismo tiempo que tú en Chateauroux, y que contaba sentarme al lado tuyo en los bancos de la Convencion, apoyarte ó combatirte tal vez.

—Pues bien, Hardonin, perdóname tú é implora mi perdon de aquellos que nos escuchan: un motivo secreto, una causa que debo ocultar, más importante todavía que las que has mencionado, me encadena á este sitio.

Hardonin subió los escalones que le separaban de Jacobo.

—Esa causa, le contestó en voz baja, sé cuál es; amas, corazón cobarde, y sacrificas á un amor insensato tu país, tu honor y tus compatriotas. Cuidado, Jacobo, ese amor es una falta, y Dios te castigará por tu pasión.

Merrey no le escuchaba; tenia la vista fija en una callejuela que unia el centro de la poblacion con su casa.

Por ella venia un grupo de tres ó cuatro personas, si grupo puede llamarse los que caminan de dos en dos y á cierta distancia.

Los que se veian delante eran el Sr. de Charelet, á quien empezaban á llamar ex-señor; y el subdelegado con su banda, señal de autoridad.

Las otras dos personas eran José el leñador y su madre, los que manifestaban en su rostro la falta de voluntad con que caminaban.

Era la fuerza la que les conducia.

Sin duda se dirigian á casa de Jacobo, porque el comisario se la mostraba al Sr. de Charelet.

El doctor los veia acercarse con inquietud devoradora: sentia que la tempestad se cernia sobre su cabeza, que el aire estaba cargado de electricidad y que retumbaban los truenos.

La multitud abrió paso al comisario, pero acogió con murmullos al Sr. de Charelet.

El comisario se dirigió en línea recta hacia el doctor, y le dijo con voz grave:

—Ciudadano Jacobo Merrey; te intimo en nombre de la ley, bajo las penas que marca el Código para los culpables de secuestro de menor, que entregues en el acto al ciudadano Félix Adriano Prospero de Charelet la niña que hace seis años te confiaron José Blangy y su madre para que, como médico, atendieras á su curacion, y de la cual eran depositarios, y que se llama Elena de Charelet.

Un grito desgarrador se oyó detrás del doctor.

Era Eva, quien había escuchado la notificación hecha á Jacobo, el que la sostuvo en sus brazos para que no cayera desmayada al suelo.

—¿Es esa la niña que habeis entregado hace seis años ó siete al doctor Jacobo Merrey? preguntó el comisario dirigiéndose á José.

—Si señor, contestó el leñador; aunque á la verdad hay gran diferencia entre la idiota sin forma ni inteligencia, y la señorita Eva.

—No se llama Eva, sino Elena; dijo el Sr. de Charelet.

—¡Ah! exclamó el doctor; nada conservará de mí, ni aun el nombre que la había dado.

—Vamos, valor, sed hombre; dijo Hardonin, estrechándole la mano.

—¡Ah! tú has traído esta desgracia; gritó Jacobo desesperado.

—Te ayudaré á soportarla; contestó Hardonin.

La multitud murmuraba viendo al doctor como herido por un rayo y á Eva suspendida á su cuello y sollozando.

—Conozco, dijo el Sr. de Charelet, que los cuidados que habeis tenido por mi hija merecen recompensa, y estoy dispuesto á entregaros la cantidad que fijeis por una curacion que os hace mucho honor.

—¡Oh desgraciado! exclamó Jacobo Merrey; ¡me ofrece dinero en cambio de la hermosura, de la inteligencia, del talento! ¿No habeis comprendido que no se hace por todo el oro del mundo lo que yo he hecho, y que solo ella puede recompensarme?

—¿Recompensaros, cómo?

—Le amo, caballero, contestó Eva.

Y toda su alma, toda su pasion, el corazon, en fin, se manifestó en aquella palabra suprema.

—Señor comisario, dijo el Sr. Charelet, esto corta la discusion. Ya comprendeis que la única y última heredera de un nombre ilustre no puede casarse con un cualquiera.

A este nuevo insulto, Jacobo se estremeció de piés á cabeza, y levantó su frente contraída por la ira.

—¡Oh! amado mio, amigo mio, murmuró Eva, perdónale: no conoce sino la nobleza terrestre; no sabe lo que es la nobleza de Dios.

—Caballero, dijo Jacobo reponiéndose, aquí teneis á la señorita Elena de Charelet, que os entrego en presencia de todos. Hermosa, pura y casta, digna no de ser la esposa de un rey, ni de un príncipe, ni de un noble, sino de un hombre honrado.

—¡Oh! Jacobo, Jacobo, ¡me abandonais! exclamó Eva.

—No os abandono: cedo á la fuerza; obedezco á la ley; me inclino ante la majestad de la familia; os devuelvo á vuestro padre.

—Ya sabeis, Sr. de Merrey, lo que os he dicho con respecto á los honorarios.

—¡Basta, caballero! Argenton se ha encargado de pagar vuestra deuda nombrándome diputado de la Convencion.

—Que adelante el carruaje, Blangy.

Blangy hizo una seña, y un carruaje se adelantó; los cocheros vestían una lujosa librea, y un lacayo empolvado abrió la portezuela.

Jacobo sostuvo á Eva para bajar los escalones hasta la calle, despues la dió un beso en la frente en presencia de todos, y la entregó medio desmayada en brazos de su padre.

El Sr. de Charelet la colocó en el carruaje, se sentó á su lado y partieron al galope de los caballos.

Escipion lanzó una triste mirada sobre el doctor y siguió al carruaje.

—¡Tambien él! murmuró Jacobo.

—Ahora aceptais, ¿no es cierto? preguntó Hardonin. "ALFONSO REYES"

La llama del talento y de la cólera brilló en los ojos de Merey.

—¡Oh! sí, dijo, acepto; ¡desdichados de los reyes que juran y faltan á sus juramentos! ¡Desgraciados de los príncipes que vuelven acompañando al extranjero contra su madre patria! ¡Desdichados los nobles á cuyos hijos dedicamos nuestra ciencia, nuestra vida, nuestro amor, que sacamos del limbo para formar criaturas dignas de arrodillarse ante Dios con una azucena en la mano, símbolo de pureza, y que por recompensa nos llaman *un cualquiera!* ¡Desgraciados de ellos! Hasta la vista, Hardonin. Gracias, ciudadanos electores; oireis hablar de mí; os lo prometo, os lo juro.

Y con un movimiento de supremo orgullo, tomando al cielo por testigo del juramento que acababa de pronunciar, entró en su casa, y allí, lejos de todos, sin testigos de su debilidad, cayó sobre la alfombra sollozando, mesándose los cabellos y exclamando:

—¡Solo, solo, solo!

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

I.

Una ejecucion en la plaza del Carrousel.

El sábado 26 de Agosto de 1792 llegaba á la calle de Bouloí, en Paris, la diligencia de Burdeos, la que contaba en el número de los pasajeros á Jacobo Merey, diputado de la Convencion.

La tristeza más profunda se cernia sobre Paris.

Longwy habia sido tomado á traicion, y cuando ya no hubo duda de esto, decretó la Asamblea nacional que todo ciudadano que en una plaza sitiada hablase de rendirse, consultados los testigos que hubieran oido la infame propuesta y hecha la informacion, sin más diligencias judiciales, fuese condenado á muerte.

El 24 de Agosto tomaron posesion de Longwy, en nombre del rey de Francia, los soberanos aliados.

El municipio de Paris, completamente dominado por la idea republicana, habia exigido de la Asamblea se formase un tribunal extraordinario, lo que fué aprobado, á pesar de la resistencia de Chondieu, quien habia dicho: «*Se desea organizar una inquisicion y yo resistiré hasta la muerte,*» y sin tomar en cuenta las siguientes palabras de Thuriot: «*La responsabilidad de la revolucion no es solo para Francia, sino para la humanidad entera.*»

Preciso es confesar que, durante los dias que habian trascurrido, el estado del país no habia mejorado. El velo fúnebre que le cubria cada dia era más espeso.

Los prusianos habian salido de Coblenza el 30 de Julio y con ellos

La llama del talento y de la cólera brilló en los ojos de Merey.

—¡Oh! sí, dijo, acepto; ¡desdichados de los reyes que juran y faltan á sus juramentos! ¡Desgraciados de los príncipes que vuelven acompañando al extranjero contra su madre patria! ¡Desdichados los nobles á cuyos hijos dedicamos nuestra ciencia, nuestra vida, nuestro amor, que sacamos del limbo para formar criaturas dignas de arrodillarse ante Dios con una azucena en la mano, símbolo de pureza, y que por recompensa nos llaman *un cualquiera!* ¡Desgraciados de ellos! Hasta la vista, Hardonin. Gracias, ciudadanos electores; oireis hablar de mí; os lo prometo, os lo juro.

Y con un movimiento de supremo orgullo, tomando al cielo por testigo del juramento que acababa de pronunciar, entró en su casa, y allí, lejos de todos, sin testigos de su debilidad, cayó sobre la alfombra sollozando, mesándose los cabellos y exclamando:

—¡Solo, solo, solo!

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

I.

Una ejecucion en la plaza del Carrousel.

El sábado 26 de Agosto de 1792 llegaba á la calle de Bouloí, en Paris, la diligencia de Burdeos, la que contaba en el número de los pasajeros á Jacobo Merey, diputado de la Convencion.

La tristeza más profunda se cernia sobre Paris.

Longwy habia sido tomado á traicion, y cuando ya no hubo duda de esto, decretó la Asamblea nacional que todo ciudadano que en una plaza sitiada hablase de rendirse, consultados los testigos que hubieran oido la infame propuesta y hecha la informacion, sin más diligencias judiciales, fuese condenado á muerte.

El 24 de Agosto tomaron posesion de Longwy, en nombre del rey de Francia, los soberanos aliados.

El municipio de Paris, completamente dominado por la idea republicana, habia exigido de la Asamblea se formase un tribunal extraordinario, lo que fué aprobado, á pesar de la resistencia de Chondieu, quien habia dicho: «*Se desea organizar una inquisicion y yo resistiré hasta la muerte,*» y sin tomar en cuenta las siguientes palabras de Thuriot: «*La responsabilidad de la revolucion no es solo para Francia, sino para la humanidad entera.*»

Preciso es confesar que, durante los dias que habian trascurrido, el estado del país no habia mejorado. El velo fúnebre que le cubria cada dia era más espeso.

Los prusianos habian salido de Coblenza el 30 de Julio y con ellos

un ejército de caballería de los emigrados, pues eran demasiado orgullosos para servir en la infantería: querían salvar al rey, pero á caballo: esta caballería contaba noventa escuadrones.

El 18 de Agosto se reunieron con el austriaco, y los dos ejércitos, contando ya cien mil hombres, sitiaron y tomaron á Longwy.

Desde allí el enemigo se dirigió á Verdun.

Entre tanto Lafayette, republicano en América, constitucional en Francia, que desde el 83, época de la independencia americana, no había dado un paso hasta el 10 de Agosto, día en que la monarquía francesa fué derrocada, y que en 1830 debíamos encontrar tal y como en 1792, Lafayette había ordenado á su ejército que marchara sobre Paris para hacer infructuoso el 10 de Agosto.

Pero el ejército no se movió, y fué Lafayette quien tuvo que huir como despues huyó Dumuriez, del cual hubiera sido el compañero en la historia si los austriacos, al hacerle prisionero, no hubieran dado motivo para que Beranger dijera:

De los hierros de Olmut borramos las señales.

Dumuriez le reemplazó en el ejército del Este y al mismo tiempo Kellermann reemplazaba en el Norte á Lukner.

Por entonces se recibió la noticia de la sublevacion de la Vendée: al Este la guerra noble, la guerra con el extranjero; al Oeste la guerra tenebrosa, la guerra civil.

Una saliendo al encuentro de la otra, y Paris entre las dos.

Esto sin contar dos poderosos enemigos.

El sacerdote y la mujer.

El sacerdote, inviolable en la sombría fortaleza de encina, llamada confesonario: la mujer aleccionada por él, y que encuentra bajo de su almohada los suspiros y las lágrimas.

—¿Qué tienes? pregunta el marido.

—Nuestro pobre rey está en el Temple; quieren obligar á nuestro pobre confesor á que jure; la Santísima Virgen se cubre el rostro y el niño Jesús llora.

Y el lecho conyugal era el aliado del confesonario.

Felizmente la retaguardia del Norte adelantaba, y un cuerpo de treinta mil rusos estaba en camino.

El municipio de Paris, más en contacto con el pueblo que la Asamblea, adivinaba la conspiracion reaccionaria, que se extendia desde el palacio á las bohardillas, desde las encrucijadas á las cárceles, y bramaba de cólera.

La Asamblea se creia impotente para rechazar al enemigo exterior y al interior, y tenia miedo.

En lugar de dar un gran golpe, como pensaba el municipio, decretó una demostracion.

—¿Qué piden los republicanos? decian los constitucionales llorosos y abatidos; los suizos han muerto, las Tullerías están arruinadas, el trono derribado, el rey preso en el Temple y los realistas encarcelados. Mañana se celebra la fiesta expiatoria del 10 de Agosto, y esta tarde enfrente de las Tullerías ejecutan al infeliz Laporte, el fiel servidor del rey, el que anunció á la Asamblea en nombre de su augusto amo que había jurado la Constitucion á la fuerza, y que preferia salir de Francia á cumplir su juramento.

Verdad es; los cien suizos habían muerto, pero la mayoría de los realistas tomaba las armas y se disponia á la lucha; el rey había perdido el trono, el palacio y la libertad; pero al perder el sólio, Tullerías y libertad, conservaba la Europa.

Rompia con la Francia, pero tenia como amigos á los sacerdotes y como aliados á todos los soberanos.

Se celebraba la apoteosis de las víctimas del 10 de Agosto, pero aquel dia se supo la traicion de Longwy y los realistas habían acudido al Temple para entenderse por señas con el rey.

Ejecutaban á Laporte, pero al castigar al inocente criado dejaban al amo que conspirase á mansalva.

«La historia, dice Michelet, no ha consignado en sus anales que ningun pueblo haya llegado tan allá.»

Cuando Holanda vió á Luis XIV en su territorio, no tuvo otro recurso que apelar á las inundaciones; pero tenía en su favor á la Europa, y el peligro no era tan grave.

Cuando Atenas vió sobre la roca de Salamina el trono de Xerges abandonó la tierra, se lanzó en la mar y no tuvo más patria que las olas; pero el peligro era menor, porque se convirtió en una es-

cuadra poderosa organizada por el ilustre Temístocles y sin contar traidores en su seno.

La Francia se encontraba desorganizada, casi disuelta, vendida y entregada.

En aquellos momentos, el día 26 de Agosto, fué cuando Jacobo Merrey llegó á Paris y se hizo conducir á la fonda de Nantes, cuyos cinco pisos se elevaban en la plaza del Carrousel.

Lo primero que hizo fué corregir el desórden de su traje, que un día y dos noches de diligencia habian puesto en muy mal estado.

Visitar á sus amigos Danton y Camilo Desmoulins era su primer pensamiento.

Cuando Danton era abogado del Consejo habia obtenido la pension vitalicia para Bautista, la que tanta admiracion causó en Argenton.

Jacobo Merrey habia concluido de vestirse; maquinalmente se acercó á la ventana y vió que una carreta pintada de encarnado, y que llevaba dentro una máquina del mismo color, se detenia á poca distancia de la fonda.

Dos hombres con gorros frigos y escarapelas estaban sentados delante de la carreta.

Detrás se detuvo un cabriolé, del que bajó un hombre vestido de negro. Su traje no habia cambiado á pesar de la revolucion; medias de seda, corbata blanca y el cabello empolvado; podria tener de sesenta á sesenta y cinco años.

Era el señor de Paris, por otro nombre, el verdugo.

Los dos hombres con escarapelas y gorros frigos eran sus ayudantes.

El cabriolé se alejó y el señor de Paris permaneció allí para hacer colocar la guillotina.

Jacobo Merrey continuaba inmóvil. Habia oído hablar mucho de la invencion nueva del Sr. Guillotin, y aun habia sostenido una discusion con Cabanis sobre el dolor más ó ménos grande que puede causar la seccion de las vértebras y la persistencia de la vida en un decapitado.

Su opinion no estaba de acuerdo con la de Guillotin, quien aseguraba que su máquina no causaba otra impresion que sentir la víctima como frio en el cuello.

Afirmaba además que, siendo la muerte de la guillotina tan suave, temia se aumentase el número de suicidios, y que no sabrian cómo librarse de los ancianos que, cansados de la vida, desearan perderla por medio de la nueva invencion.

Jacobo Merrey no podia bajar para examinar más de cerca el terrible instrumento, que tomaba á sus ojos proporciones gigantescas, pero le era fácil hacer la oferta al verdugo de que subiese á su casa, y por medio de aquel entendido profesor obtener todas las noticias necesarias sobre la invencion y perfeccionamiento de la obra filantrópica, la cual hacia iguales ante la muerte á todos los franceses.

Empezaba á caer una lluvia menuda, lo que le servia para su pensamiento.

—Caballero, le dijo al señor de Paris, no hay necesidad de que permanezcais en la calle, expuesto á mojaros, para que veais colocar esa máquina; subid, y desde aquí lo vereis perfectamente. Además, como me consta que sois instruido y algo versado en medicina, hablaremos sériamente de ese asunto, pues yo soy médico.

El verdugo comprendió que Jacobo era un hombre formal y distinguido, por lo cual dió sus órdenes á los ayudantes y subió, encontrando á Jacobo en el dintel de su puerta.

El verdugo entró.

El ejecutor de la justicia era un hombre bien educado; así es que le recibió como debia.

Despues de cumplir con las reglas de educacion, le dijo el doctor:

—He conocido en otra ocasion un inteligente práctico que se habia ocupado mucho del mismo objeto que ha llevado á efecto el Sr. Guillotin.

—¡Ah! efectivamente, contestó Sanson; os referis al Sr. Luis, ¿no es cierto? el médico.

—Ciertamente; he estudiado á su lado y he sido su discípulo.

—Pues bien; puedo daros todas las noticias que gustéis, tanto

del doctor Luis, cuanto de sus experimentos. Un día nos citó á las cuatro de la madrugada en el patio de Bicetre; una máquina parecida á esa estaba colocada en el centro, y tres cadáveres aguardaban la prueba. Era la primera vez que veía yo que usaba la hacheta, porque ya sabéis que son mis ayudantes los que hacen todo: yo únicamente suelto la argolla del clavo y la dejo caer en el sitio á propósito, como vereis si asistís á la ejecución del infeliz Laporte.

—Sí, desde luego lo veré, contestó Merey, no porque mis instintos sean sanguinarios, sino por los estudios y por la ciencia; pero volvamos á la máquina del doctor Luis, que, según creo recordar, se llamó la Luisilla. Me parece que la prueba que hizo no salió bien.

—Os diré: las dos ejecuciones primeras dieron buen resultado; la cabeza se desprendió de los cadáveres como la de un hombre vivo, pero la tercera fracasó.

—¿Se descompuso la máquina, ó fué porque no estaba construida á propósito?

—Esto último; pero no era precisamente la máquina la que no servía, sino el hacha, que caía de plano y no tenía, como la de Guillotin, un gran plomo encima.

—¡Ah! Comprendo, dijo Jacobo: el doctor Guillotin inventó el corte, y como Amerigo Vesputio destronó á Cristóbal Colon, él destronó al doctor Luis.

—No, no, caballero: no ha sido así; el rey—dispensad, es una costumbre antigua—el ciudadano Capeto, que es muy aficionado á la mecánica, no quiso ver el instrumento inventado por el doctor Luis, pero si deseó se lo explicaran, y con ese objeto sacaron un dibujo que examinó con el mayor cuidado, y tomando una pluma: «Aquí está el defecto,» y trazó en el hierro esta línea, que de cuadrado le hace triangular. El doctor Guillotin fué en busca del doctor Luis y le enseñó la corrección que había hecho el rey—dispensad; el ciudadano Capeto.—Pero como el doctor estaba disgustado con que su invención llevara el nombre de *Luisilla*, autorizó á Guillotin para que hiciera las reformas que quisiera y hasta cambiarla el nombre si le parecía. Por esto ha tomado el nombre del

reformador de la máquina, la que rebaja nuestra profesión hasta lo más ínfimo, porque ahora para cortar la cabeza no se trata más que de sacar la traba del clavo, y no se necesita, como antes cuando se degollaba, tener fuerza ni destreza.

—¿Y vos echais de menos aquellos tiempos? preguntó Jacobo Merey.

—Sí señor; con la espada en la mano éramos justicieros; con el cordel solo somos verdugos. Vos sois joven y os fijais en el porvenir; yo soy viejo y siento lo pasado: mi hijo, que tiene cuarenta y dos años y es mi primer ayudante, se acostumbró al momento; mi nieto tiene doce, y estoy seguro que no pensará si hubo ó no otro método.

—Pero dispensadme: me parece que mirais con tristeza los preparativos de esta ejecución.

—Sí señor, es cierto; os ruego me dispenseis si no os llamo ciudadano ni os tuteo; pero como vereis y os acabo de decir, soy viejo y no puedo perder las costumbres antiguas. Sí señor, me aflige profundamente esta ejecución, os lo confieso, porque me parece que sois filósofo. Toda mi familia ha servido al rey, y ahora siento á mi edad cambiar de amo y servir al pueblo.

—¿Pero entonces por qué asistís pudiendo encargarse á vuestro hijo?

—Porque si bien Laporte no es gran señor ni noble, es un hombre que vale y que ha servido fielmente á su rey, pareciéndome que faltaría á mi deber si no asistía á sus últimos momentos. Tal vez tenga que confiarme algún secreto ó darme un encargo supremo, y no quiero faltar en el patíbulo, aunque me siento tan débil y desanimado, que tal vez baje de él medio muerto. Hace cuarenta y cuatro años que bailábamos gozosamente la noche de mis bodas, cuando varios señores, que volvían sin duda de alguna expedición alegre, viendo iluminado el primer piso, en donde yo vivía, como para una fiesta, subieron y preguntaron por el dueño de la casa. Me acerqué y me incliné respetuosamente, aguardando la explicación de su visita.

—Caballero, me dijo uno de ellos, somos, como estais viendo, se-

ñores de la corte y nos parece demasiado temprano para volver á casa: creemos que aquí se festeja ó un bautizo, ó una boda, y os ofrecemos que, por nosotros, nada desagradable sobrevendrá ni al niño ni á la novia.

—Caballero, le contesté, sería para nosotros un honor muy grande, pero dudo que permanezcáis en mi boda cuando sepáis quién soy.

—¿Quién sois? preguntaron.

—Soy el señor de Paris.

—¿Cómo, exclamó uno que no habia hablado aun, sois vos quien decapita, ahorca, arrastra y mutila brazos y piernas?

—Es decir, que todo eso lo hacen mis ayudantes cuando se trata de gente vulgar y plebeya; pero cuando el paciente es un gran señor como vos, entonces tengo á mucho honor llenar esa mision.

Veinte años despues nos hemos encontrado sobre el cadalso aquel jóven y yo, y le cumplí mi palabra; le ejecuté yo mismo: era el baron de Lallytollénda.

Jacobo Merey hizo un movimiento: admiraba aquella conciencia tanto más, cuanto que Sanson estaba muy pálido y parecia próximo á desmayarse al ver las primeras bayonetas que entraban por el Carrousel.

Jacobo le ofreció una copa de vino.

—La tomaré si me haceis el honor de brindar conmigo.

—Desde luego, contestó el doctor; pero es con la condicion que contestareis á mi brindis, sea el que quiera.

—Muy bien; tanto más, cuanto que os debo esto por el honor que me haceis.

Jacobo Merey llamó y pidió dos copas y una botella de vino de Madera.

Las llenó, y presentando una al verdugo y chocándola con la suya, dijo:

—Brindo por la abolicion de la pena de muerte.

—¡Oh, caballero, con toda mi alma! contestó Sanson; porque entonces Dios me evitaria los dias terribles que preveo.

Y de nuevo tocaron una copa con la otra.

—Y ahora, caballero, sin que os parezca indiscreto, ¿podré saber el nombre del que no se ha desdeñado de chocar su copa con la mia?

—Me llamo Jacobo Merey y soy diputado de la Convencion.

—¡Ah, caballero! dejadme besaros la mano, porque despues de vuestros brindis no podeis votar la muerte del rey.

—No; porque creo que nadie tiene derecho de quitar lo que no ha dado y lo que no puede devolver, la vida; pero lo que haya más cruel, y que no sea la pena de muerte, lo pediré para él; porque el baron de Lally, de quien hace un momento hablábais, estaba sin mancha, como la nieve, al lado del que ha querido entregar al extranjero la Francia.

Id á desempeñar vuestro terrible oficio, y no olvidéis cuando paseis por este sitio que vive aquí un filósofo, en la fonda de Nantes, que os está agradecido, porque os compadeceis de las víctimas que vos ejecutais; porque llamais rey á Luis XVI y no Capeto, y caballero en lugar de ciudadano, y que estrechará vuestra mano cada vez que le tendais la vuestra.

Sanson se inclinó con la dignidad propia del hombre á quien se ha enaltecido, y salió.

Las tropas que debian asistir á la ejecucion empezaban á invadir la plaza del Carrousel, formando un cuadro alrededor del cadalso, separando á todos los espectadores y dejando un espacio vacío entre ellos y el terrible patíbulo.

Grande era la curiosidad, porque solo cuatro ó cinco veces se habia visto funcionar la nueva máquina, y además Sanson *asistia* al paciente por primera vez.

Cuando se formó el cuadro, ya estaba sobre la plataforma, despues de haber visto si los escalones estaban seguros y si las tablas se habian colocado bien.

Vió si la báscula funcionaba sin obstáculo y si la hacheta se deslizaba bien, lo mismo que el maquinista del teatro vigila con el telon caido si las decoraciones bajan y suben, si corren y descorren con facilidad.

A las nueve debia tener lugar la ejecucion, y se hacia alumbrada con antorchas para que causara más efecto.

A las nueve ménos cuarto se empezaron á oír los redobles de tambor, con ese ruido sordo y fúnebre que es propio de los entierros.

Un momento despues aparecieron por la entrada del Carrousel, que cae frente al Sena, las primeras antorchas.

El condenado al suplicio estaba en la Conserjería, y debia de ser ejecutado, como aumento de castigo, enfrente de aquel palacio, en donde habia vivido por espacio de algunos años con el dueño, por quien perdía la vida.

La carreta que le conducia iba rodeada por escuadrones de caballería, y delante caminaban con antorchas en la mano unos ochenta *descamisados*.

El cuadro de soldados abrió paso á la carreta y al conductor, sentado en el pescante.

El reo estaba solo; habia rehusado aceptar los consuelos de un sacerdote juramentado, y los que no lo eran no habian querido arriesgar su cabeza acompañándolo á la guillotina.

Llevaba calzon corto, medias de seda negra y en mangas de camisa, de la que estaba cortado el cuello y sus cabellos tambien.

Miró al cadalso con tristeza pero sin miedo, y preguntó en voz alta:

—¿Es tiempo ya de bajar?

—Esperad que os ayude; exclamó uno de los criados.

—Es inútil, contestó Laporte; y con tal que me pongan un banquillo, bajaré solo.

Despues, mirando á las dobles filas de infantería y caballería que rodeaban el cadalso, añadió sonriendo:

—¿Teneis miedo que me escape?

Quitada la tabla que cerraba la carreta por detrás, y puesto un banquillo, bajó Laporte solo y sin apoyarse en nadie; al llegar á la escalera en donde le esperaba Sanson, encontró al alguacil, quien le leyó la sentencia de muerte por traidor al pueblo.

—¿No podeis añadir y por fiel á su rey? preguntó.

—Lo que consta por escrito, consta; contestó el alguacil. ¿No teneis nada que revelar?

—No; sino que espero que la mayoría de los franceses sean culpables del mismo crimen que yo, y que se conducirían lo mismo si estuvieran en mi lugar.

El alguacil se retiró, dejando libre la escalera de la guillotina.

Sanson le ofreció el brazo para subir, pero Laporte, deseando hacer ver que no le asustaba la muerte, rehusó.

Subió lentamente, y el ejecutor más lentamente aun, y hablando en voz baja, cual si el sentenciado le encargara cumplierse su última voluntad.

Todavía en la plataforma cambiaron algunas palabras, y despues dijo Sanson:

—¿Estais dispuesto?

—¿Puedo rezar mis oraciones? preguntó Laporte.

Sanson hizo con la cabeza un movimiento afirmativo.

El paciente se arrodilló, indicando que las ligaduras de las manos le impedian rezar.

Sanson las desató, pero con la condicion de que, una vez su plegaria concluida, las sujetaria de nuevo á la espalda.

Laporte juntó las manos, y pronunció en alta voz su plegaria en medio del más solemne silencio.

—¡Dios mio, perdonadme mis pecados y mirad como una expiacion de ellos la dolorosa muerte que me espera por haber sido fiel á mi rey, el que deseo sepa que en la hora de mi muerte mi alma era de Dios, pero mi corazon suyo!

Despues añadió en latin:

—*In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.*

—*Amen*; contestó en voz alta el ejecutor.

Prolongados murmullos acogieron las palabras de Laporte, pero la multitud se conmovió y se calló ante la resignacion del sentenciado, quien, volviéndose hácia Tullerías, hizo la señal de la cruz y entregó sus manos sin resistencia para que las ataran.

El resto fué rápido como el relámpago.

El reo fué impulsado sobre la báscula, su cabeza pasó por la lumbrera y el hacha cayó.

—¡La cabeza, la cabeza! gritó la multitud.

El verdugo, con paso firme, se acercó á la cesta, y sacando por los cabellos blancos la cabeza manchada de sangre, se la mostró al pueblo, y éste palmoteó.

Pero en aquel momento el verdugo vaciló, sus dedos se aflojaron y soltaron la cabeza, que rodó desde el cadalso al suelo, y Sanson cayó muerto sobre la plataforma.

—¡Un médico, un médico! gritaron los ayudantes.

—Ya voy, contestó Jacobo Merrey desliziándose de su balcon á la calle.

No solo la tropa, sino tambien la multitud, le abrió paso viéndole atravesar rápidamente, subir de dos en dos la escalera del patíbulo, y exclamar:

—Quítadle ropa.

Al llegar se arrodilló delante del verdugo, le apoyó la cabeza sobre su rodilla, y rasgando la manga de la camisa, le picó rápidamente una vena con su lanceta.

Pero á pesar de que no habrían pasado diez minutos entre la caída del ejecutor y la llegada del doctor, no salió sangre.

El verdugo habia muerto al lado de la víctima, fiel á su deber, como aquella fiel á su rey.

II.

La señora de Jorge Danton y la señora de Camilo Desmoulins.

Nuestros lectores recordarán que, apenas Jacobo Merrey sacudió el polvo del viaje, se dispuso á ir en casa de sus dos amigos Danton y Desmoulins; pero que al acercarse á la ventana, la guillotina, el verdugo y la ejecucion habian sido causa de que no se llevara á efecto su pensamiento.

Aquella noche la pasó Jacobo bastante agitada, viendo en sueños la ensangrentada cabeza de Laporte pendiente de la mano del verdugo por sus cabellos blancos, y despues, perseguido aun por la pesadilla, sudoroso y conmovido, buscó con temblorosa mano la lanceta que debia devolver la vida al infeliz ejecutor.

A la mañana siguiente se levantó cansado é impresionado por los acontecimientos de la víspera, y tal vez los hubiera creido un sueño si no viera enfrente de sus ventanas el palacio de Tullerías acribillado por las balas populares y manchado con la matanza de los suizos.

Además, la guillotina se elevaba imponente, y alrededor de ella los curiosos referian los detalles de la ejecucion y los comentaban con la mayor sangre fria.

A las nueve de la mañana le anunciaron que un caballero vestido á la antigua usanza deseaba hablarle.

El doctor insistió porque dijera su nombre, pero rehusó diciendo que era el hijo de aquel á quien Merrey habia procurado la víspera devolver la vida.

Jacobo comprendió que seria el hijo de Sanson, al que la muerte de su padre habia heredero del título de *señor de Paris*.

Efectivamente, no se equivocó.

—Caballero, le dijo Sanson, conozco que, aun cuando sea para daros las gracias, no debia presentarme en vuestra casa, pero mi ayudante Legros me ha dicho con cuánto interés prodigásteis vuestros cuidados á mi padre. Por lo mismo que hay una barrera entre nosotros y los extraños, es más grande el cariño hácia la familia, y yo adoraba al autor de mis dias.

Al decir estas palabras, algunas silenciosas lágrimas se deslizaron por las mejillas de aquel hombre, y añadió:

—Pero dispensadme; he preferido ser inoportuno y poder decir: «Caballero, jamás olvidaré vuestra abnegacion por la humanidad, y hubiera sido un ingrato é indiferente á mi padre si así no os lo manifestara; si en algo puedo seros útil, disponed de mí, porque mi vida es vuestra.»

—Caballero, dijo Jacobo; tengo el mayor gusto en veros; ayer brindé con vuestro padre por la abolicion de la pena de muerte; le hice la oferta de subir, en primer lugar, para que se guareciera de la lluvia, y además para hacerle una pregunta interesante que despues olvidé.

—Decid, caballero, replicó Sanson; y si yo puedo satisfaceros lo haré con verdadero placer.

—Hubiera deseado preguntar á vuestro padre cuál era su opinion sobre la persistencia de la vida en los decapitados, y ahora os hago á vos la misma pregunta.

—Difícil me seria contestar, dijo Sanson; pues nosotros solo soltamos el hacheta, pero nuestros ayudantes estarán perfectamente enterados. Si gustais, llamaré al que está encargado de los detalles postreros, y él os dará las noticias necesarias.

El doctor hizo una seña afirmativa, y Sanson se acercó á la ventana y llamó á un jóven robusto, colorado y de buen humor que estaba almorzando un pedazo de pan con salchicha, sentado en la báscula de la guillotina.

El muchacho levantó la cabeza, y cuando vió quién le llamaba saltó de la plataforma y subió al primer piso de la fonda de Nantes, en donde le aguardaban Jacobo Merey y el hijo de Sanson.

—Legros, dijo el ejecutor, ¿conoces á este caballero?

—Ya lo creo que le conozco; fué quien saltó ayer por esa ventana y acudió al socorro de tu padre, lo mismo que yo he saltado de la plataforma y he acudido para saber lo que deseas.

—¿Gustais dirigir á este muchacho la pregunta que deseais?

—Ciudadano Legros, dijo Jacobo Merey con la fórmula usada en aquella época; quisiera me dijeras si crees en la duracion de la vida en los decapitados.

Legros le miró fijamente como si no hubiera comprendido.

—¿La continuacion de la vida?

—Sí, deseo saber si despues de separada la cabeza del tronco sufre aun.

—Calla, ¡qué casualidad! esa misma pregunta me ha hecho el ciudadano Marat. ¿Conoces á Marat?

—De nombre; hace diez años salí de Paris y he vuelto ayer.

—¡Ah! el ciudadano Marat es de los republicanos puros, y si hubiera diez como él, se llevaria á cabo en tres meses la revolucion.

—Ya lo creo, contestó Sanson; ayer pedia 293.000 cabezas.

—¿Y qué le has contestado al ciudadano Marat cuando te ha hecho la misma pregunta que yo?

—Le he contestado que, con respecto al cuerpo, no puedo decir si conserva vida, pero que la cabeza sí.

—¿Crees que despues de separada del cuerpo padece y siente?

—Vaya, ¿crees que los aristócratas mueren porque se les guillotina? Pues hoy se ha concluido con tres, y la cesta era nueva; estoy seguro que mañana enconstraré destrozado el fondo con sus dientes.

—Tal vez pueda ser efecto de una contraccion nerviosa, dijo el doctor como hablándose á sí mismo, pero estremeciéndose al oír las palabras de Legros.

—Caballero, añadió dirigiéndose á Sanson; hay un modo más seguro para averiguarlo, y si os repugna emplearlo, este muchacho lo hará, porque me parece que su sensibilidad no se alarmará. Despues de cortar una cabeza la suspenderá por los cabellos y le gri-

tará al oído su nombre, y los ojos del decapitado manifestarán si lo ha oído.

—¡Oh! No hay cosa más fácil, contestó Legros.

—Yo mismo haré la prueba, replicó Sanson, tanto para complaceros, cuanto para manifestaros mi gratitud y esta noche os enviaré dos renglones á la fonda.

Tal vez se hubiera prolongado la conversación, pero un cañonazo les recordó que empezaba el aniversario de las víctimas del 27 de Agosto.

El que organizaba aquella solemnidad era uno de los del consejo, llamado Sergent.

Era un verdadero artista, es decir, su oficio era grabador y dibujante, pero para fiestas revolucionarias no había otro; su exagerado patriotismo era el inagotable manantial en donde buscaba la inspiración sombría, lúgubre, espléndida y en relación con las fiestas que se celebraban.

El fué quien, al recibir las desastrosas noticias del ejército, proclamó el 22 de Julio de 1792 *la patria en peligro*.

El también quien organizaba un mes después de aquella proclamación la fiestas de los muertos.

En el centro del estanque grande de las Tullerías se levantaba, cubierta con sarga negra, una pirámide gigantesca.

En ella, con letras rojas, se habían puesto las inscripciones que recordaban las matanzas de Nancy, de Nimes, de Montauban y del campo de Marte, atribuidas á los realistas.

Como para guardar simetría, se había dejado puesta la guillotina.

Para aquel día se habían acordado tres ejecuciones, porque formaban parte del programa.

A las once de la mañana salieron de la casa del Ayuntamiento las viudas y los huérfanos del 10 de Agosto, entre una nube de incienso y perfumes, con trajes blancos y cinturón negro, y llevando en una arca parecida á la de la Alianza la célebre petición del 17 de Julio 1791, en la cual prematuramente se pedía la república, y que aparecía de nuevo como lo que ha de ser y como las cosas que deben cumplirse porque están decretadas.

De vez en cuando se adelantaba sola una mujer vestida de negro y con una bandera negra, en la que se leían estas tres palabras: *Muerte por muerte*.

Después de esta amenazadora y lúgubre procesion se adelantaba, ó más bien rodaba, una estatua colosal de la ley como si acudiera á su llamamiento, sentada en un sillón y empuñando la cuchilla, signo de su soberanía.

Detrás iba el terrible tribunal revolucionario, instituido el 17 de Agosto, y el proveedor de la guillotina.

Entre los miembros del tribunal se veía á los del Ayuntamiento conduciendo á la estatua de la libertad.

Ultimamente, los jueces y tribunales encargados de vengar y defender aquella libertad, aun en la infancia.

Las dos estatuas se detuvieron delante de la guillotina, vieron caer la cabeza de un sentenciado y continuaron su camino.

Es difícilísimo describir la impresión que causaba al pasar por una población melancólica y triste, ó ebria de venganza, aquella comitiva, acompañada por los cantos de María José Chénier y por la música de Gossec.

Jacobo Merey la vió desfilarse, y después, despertándose ante el dolor público su dolor privado, sonrió tristemente y se encaminó en casa de Danton.

Danton y Camilo Desmoulins, los dos amigos que ni la muerte pudo separar, vivían próximos. El primero ocupaba en el Pasaje del Comercio el primer piso de una casa pequeña, triste y sombría, que formaba, y tal vez forma todavía, el arco entre el Pasaje y la calle de la Escuela de Medicina.

Camilo Desmoulins habitaba el piso segundo de una casa de la calle de la Comedia Antigua.

Jacobo Merey fué primero á ver á Danton.

El diputado había salido; pero estaba su esposa, y el rostro de Jacobo Merey le era completamente desconocido; pero apenas dijo su nombre, cuando la señora de Danton le hizo sentar tratándole como á un amigo, porque con frecuencia había oído hablar de él y elogiar su inteligencia.

Hacia tres dias que habian nombrado á Danton ministro de Justicia y tomaba posesion en aquel momento.

Esto lo ignoraba Jacobo.

La esposa del ministro vacilaba y temia dejar su modesta casa por el palacio del ministerio. «No quiero habitar esa morada—le decia á su marido—porque temo sea para nuestra desgracia.»

Como debemos ocuparnos largo tiempo de los nuevos personajes de nuestra obra, los describiremos á medida que se presenten á nuestros lectores.

Danton, á quien encontraremos perseguido como Orfeo por las vacantes, era de Arcis-Sur-Aube.

Abogado sin pleitos y pobre, se casó con la hija de un cafetero del Puente Nuevo.

En aquella union fué la mujer la que llevó por dote la confianza en el porvenir, porque, no solo soñó, sino que adivinó en su marido al atleta revolucionario, al poderoso combatiente del trono, al que debia derribarlo.

¿Seria por esto por lo que Danton la adoraba? ¿Seria porque su belleza era noble y severa, como la de la antigua Niabe? No; la amaba porque fué la primera que creyó en él.

En Oriente dicen: «la mujer es la fortuna.»

A su primera esposa debió Danton la suya; y más adelante presentaremos otro ejemplo de suerte basado en la mujer.

Napoleon, mientras fué esposo de Josefina, era invulnerable.

Durante los primeros años de matrimonio les faltaba con frecuencia á los recién casados hasta lo más preciso, y el dinero escaseaba, viéndose precisados á pedir hospitalidad al cafetero, y si este se veia tambien algo apurado, entonces emigraban á Fontenay-au-Bois, cerca de Vincennes.

Nombrado miembro del Consejo de Paris, era tan violento en sus ideas, que llegaba á la altura de sus colegas los más exagerados.

Gracias á aquella impetuosidad y á las palabras que pronunció en la tribuna, debió el terrible, y puede decirse el mortal favor de ser nombrado ministro de Justicia.

«¿Qué es preciso hacer—habia dicho—para derrotar á los ene-

migos exteriores y derribar á los interiores? Audacia, audacia, y solo audacia.»

Otra mision no ménos espantosa le fué encomendada.

La traicion de Longwy y el temor de la de Verdun habian hecho que votase la Asamblea una leva de 30.000 voluntarios de Paris y sus cercanías, y era Danton quien estaba encargado de aquel saqueo en las familias, y su esposa esperaba á cada momento verlo entrar perseguido por las madres y los huérfanos, á los que habia arrebatado los hijos ó los padres.

La víspera habia hecho publicar el decreto de alistamientos voluntarios, y en todas las plazas y encrucijadas se colocaban tableros para que los magistrados recogiesen las firmas de los que supieran escribir, ó el consentimiento de aquellos que no supieran, y cada alistamiento se anunciara con un redoble de tambor.

Al dia siguiente Danton pensaba pedir á la Asamblea otra cosa tambien siniestra y terrible, sobre todo conociendo el carácter francés: las visitas domiciliarias.

Danton tenia madre, la cual vivia en la misma casa y cuidaba los dos nietos á la par que la esposa del ministro; el uno habia nacido cuando la toma de la Bastilla, el otro en la época de la muerte de Mirabeau.

Aquella esposa interesó á Jacobo Merey extraordinariamente porque veia en ella síntomas de muerte próxima; sus ojos estaban ojerosos, efecto del insomnio y las lágrimas; sus mejillas abrasadas por la calentura, y el resto del semblante pálido por los sustos y temores incesantes. Habia criado á sus hijos y todo le hacia adivinar al médico que era una víctima marcada con el sello de la muerte.

Aquel interés del corazon, aquella dulzura de Jacobo, que se revelaba en su voz, habia cautivado á la infeliz y la habia hecho ser expansiva.

Le refirió cuántas veces le habia detenido en sus arrebatos de cólera, que hacian estremecer de terror á la Asamblea; le habló del rey, á quien amaba y al que no creia culpable; de la piadosa madame Isabel, á quien admiraba, y de la reina, á la cual disculpaba; le dijo tambien que al derribar el trono el 10 de Agosto la habia jurado

Danton que desde aquel momento le era sagrado y que trataría de salvarle la vida.

Jacobo Merrey, conociendo que sería imposible que el ministro cumpliera las promesas del esposo, escuchaba aquel relato con profunda tristeza, porque comprendía que cada una de aquellas sacudidas harían caminar más rápidamente hacia la muerte á aquella pobre mujer, cuyos días estaban contados.

Ofreció encontrar á Danton, lo que no era difícil, pues cada paso que daba lo dejaba impreso, y en donde hablaba dejaba el eco de su poderosa voz.

Si lo encontraba lo acompañaría á su casa, y allí trataría con su dulzura y calma de dulcificar y tranquilizar á Danton.

¡Pobre esposa! no podía adivinar el fuego que ardía en el corazón de Merrey, que ella creía tan tranquilo, ni sabía las palabras de venganza que aquella boca tan dulce y consoladora había pronunciado.

Jacobo Merrey, desde el pasaje del Comercio se dirigió á la calle de la Comedia Antigua.

Subió al segundo piso, llamó, y preguntó por Camilo Desmoulins.

Había salido también. En aquellos terribles momentos no se ocupaban de la vida doméstica los hombres revolucionarios.

Las mujeres guardaban la casa como las antiguas romanas; los hombres obraban, las mujeres lloraban.

La que abrió la puerta á Jacobo salía enjugándose los ojos, y no estaba, como la esposa de Danton, señalada por la muerte.

Era joven y estaba rebosando vida; tenía los labios sonrosados, las mejillas frescas, la mirada animada, pero sin embargo, las noches sin sueño y las lágrimas habían dejado su huella impresa.

Pero hay una edad en que el llanto se parece á las gotas de rocío, que embellece á las flores, y una salud tan privilegiada en que el sueño presta á la mirada mayor brillo.

—¡Ah! caballero, exclamó; me había parecido la manera de llamar de Camilo, y sin embargo, me olvidaba de que tiene una llave para poder entrar de noche ó de día; pero cuando se espera

con ansiedad se olvida todo. ¿Venís de parte suya, caballero?

—No, señora, contestó Jacobo Merrey; ayer llegué á Paris, en donde no tengo más que dos amigos, Jorge Danton y vuestro Camilo, porque sin duda estoy hablando con su amada Lucila; por lo que decís veo que no está en casa.

—No, señor; salió con Danton, y me dijo volvería antes de las doce, y son las dos. Pero pasad, caballero; decís que sois su amigo, pasad. ¡Ah! estamos en circunstancias en las que tendrá necesidad de todos los que le amen. Decidme vuestro nombre, bien sea para saber con quién tengo el gusto de hablar, bien para poder decirle quién ha venido.

Jacobo se nombró.

—¡Cómo, sois vos! exclamó Lucila; cuántas veces le he oído pronunciar vuestro nombre. Dice que sois un sábio, y que si lo deseárais, podríais hacer gran papel en nuestra santa revolucion. Más de veinte veces ha dicho en los momentos de peligro:

—¡Ah! si Jacobo estuviera aquí, podría darnos un buen consejo; entrad, caballero, entrad, añadió Lucila con afectuosa expresión y con juvenil familiaridad.

Y tirando de Merrey por las solapas del frac, le hizo entrar en la antesala, y cerrando la puerta le condujo hasta una sala pequeña, tomó asiento en un camapé y le invitó á sentarse.

—Precisamente en la célebre noche del 10 de Agosto, recuerdo que preguntó Camilo á Danton que en dónde os encontrábais, y que le contestó: en una ciudad de provincia, en Argenton; ¿no es cierto?

—Sí, señora.

—Preciso será escribirle, añadió; es preciso.

—¿Y qué contestó Danton?

—Se encogió de hombros, diciendo: «Es feliz allí; no turbemos su felicidad;» y como era en la mesa en donde tenía lugar esta conversación, Danton llenó su copa y la chocó con la de Camilo, diciéndole algunas palabras en latin que no comprendí, pero que conservo en la memoria, y de las cuales no me he atrevido á preguntar á Camilo lo que en francés significaban.

—¿Las recordareis para repetírmelas sin equivocaros? dijo Jacobo Merey.

—¡Oh! ciertamente; «*Edamus et bibamus cras enim moriemur.*»

—Hoy que ha pasado el peligro, no hay inconveniente en que os traduzca esas palabras, señora: «Bebamos y comamos, le decía Danton á vuestro esposo, porque mañana moriremos.»

—¡Ah! si lo hubiera entendido, me muero del susto.

Jacobo se sonrió.

—Os conocia de nombre, y al ver vuestro rostro encantador é irritado, tempestuoso y original, me parecia que érais valiente.

—Lo soy cuando estoy al lado suyo; si muero con él, vereis si sé morir con valor; pero si muero separada de él, no os respondo de nada. ¿No os encontrábais en Paris en la noche y el dia 10 de Agosto?

—No, señora, puesto que he tenido el honor de deciros que llegué ayer.

—¡Ah! es verdad; pero os repito que cuando él no está á mi lado soy una loca. Si le hubiérais visto aquella noche, vos, que sois hombre, hubiérais tenido miedo.

En aquel momento se oyó rechinar una llave en la cerradura.

—¡Ah! exclamó; es él, es Camilo.

Y de un salto salió de la sala á la antesala, dejando solo á Jacobo Merey, quien admiraba á la graciosa criatura privilegiada, dispuesta á las lágrimas y á la risa, impresionable é incapáz de ocultar sus impresiones.

Cuando entró fué abrazada con Camilo y besándole.

Jacobo Merey lanzó un profundo suspiro; pensaba en Eva.

Camilo le tendió las manos.

Desmoulins era de poca estatura y no muy hermoso, y al hablar tartamudeaba. ¿Cómo había podido enamorar á la graciosa y bonita Lucila?

Por los atractivos del corazon, por el encanto de su talento.

Acogió á su amigo con la mayor alegría; hacia diez años que no le veía.

Las preguntas y respuestas se cruzaban, y Lucila, sentada sobre las rodillas de su esposo, miraba á Jacobo con indecible ternura.

Camilo instó á Jacobo para que se quedara á comer con ellos; Lucila unió sus instancias á las de su marido, y viendo que no aceptaba hizo un gesto adorable de desagrado.

Pero Jacobo dijo que habia ofrecido á la esposa de Danton buscar á su marido y acompañarlo á su casa.

Entonces no insistieron más ni uno ni otro, y solo ofrecieron ir aquella noche en casa de Danton para reunirse allí con Jacobo Merey, si este habia encontrado á Jorge.

III.

Los alistamientos voluntarios.

Entre tanto que Jacobo Merey estaba en casa de Danton y de Camilo, París había cambiado completamente de aspecto; parecía una plaza amenazada por el enemigo.

Por todas partes se veían oficinas de alistamiento, es decir, tablados levantados con tanta rapidez que podía creerse que una hada, al tocar con su varita mágica, había hecho que salieran de la tierra en todas las calles de París.

En cada esquina se encontraba un centinela, los que repetían las palabras de la consigna: «*La patria está en peligro,*» ó «*Recordad las víctimas del 10 de Agosto.*»

Danton había fijado el mismo día para la fiesta fúnebre y para los alistamientos; de este modo el luto reclamaba la venganza.

No se había equivocado. El llamamiento de los centinelas, la comitiva de viudas y huérfanos que recorrian las calles de la capital, la santa y terrible bandera del peligro de la patria, bandera negra que flotaba en la casa del Ayuntamiento y en todos los edificios públicos, inspiraban un profundo sentimiento de union en todas las clases de la sociedad.

Todos estaban dispuestos á servir á la patria, y ofrecían además uniformes y armas, que recogían de casa en casa.

Los voluntarios, adornados con cintas, recorrian las calles gritando: ¡Viva la nacion! ¡Muerte al extranjero!

Los abrazos, los gritos, las lágrimas, los cantos populares formaban alrededor de los tablados un verdadero laberinto, sobresa-

liendo las enérgicas estrofas de *la Marsellesa*, apenas conocida entonces.

Además, de hora en hora resonaba un cañonazo, que encontraba eco en todos los corazones, recordándoles, por si lo habian olvidado, que el enemigo estaba á sesenta leguas de París.

Jacobo Merey se dirigió directamente al Ayuntamiento. Danton acababa de salir, y segun le dijeron se dirigia á la Asamblea.

Una multitud inmensa acudia para alistarse, y la siniestra bandera ondeaba en el balcon del centro, como si en sus anchos pliegues quisiera envolver á la capital.

El Ayuntamiento estaba en sesion permanente.

Era el foco de la revolucion, el corazon; el aire estaba impregnado de amor á la patria, de entusiasmo por la libertad.

Aquel era el espejo de la situacion; el oropel; allí se encontraban los jóvenes hermosos y entusiastas que se embriagaban con los gritos de ¡Viva la patria! ¡Muerte á los traidores!

Pero para comprender el doloroso reverso de la medalla, para formar idea del lúgubre sacrificio, hubiera sido preciso entrar en las casas, subir á las bohardillas, penetrar en las chozas de donde salian los voluntarios, y ver al anciano padre entregar el mohoso fusil á su hijo y caer anonadado en un sillón, desgarrado el corazon por la soledad y abandono que le aguardaban.

En otra parte á la infeliz madre pudiendo apenas contener el llanto y preparando el saco de viaje, en el cual encerraba los ahorros conservados con mucho trabajo y los alimentos que tal vez la hacian falta á sí propia, pensando que cada paso de aquel viaje acercaba el hijo de sus entrañas al cañon del enemigo.

¡Ay! nuestras madres, matronas de la república, mujeres del imperio, fueron dos veces madres; la primera, alegre y gozosa al darnos á luz; la segunda, terrible al enviarnos á la muerte.

Verdad es que todos no morian, algunos regresaban imposibilitados, inválidos; pero orgullosos con su charretera; pero muchos, la mayor parte, eran esperados inútilmente dias, meses, años, y no se volvia á tener noticias suyas.

La Siberia, triste es decirlo, era entonces una esperanza.

—Los rusos le habrán hecho prisionero enviándole á la Siberia, y de allí se tarda mucho en volver á Francia.

Y las madres añadian estremeciéndose:

—Dicen que en la Siberia hace mucho frio; ¡pobre hijo de mi alma! Despues, de vez en cuando, se oia referir que uno de los prisioneros se habia escapado de aquel infierno de hielo y que habia llegado á tal pueblecillo, ó á la aldea inmediata.

Y aunque se encontrara distante cinco, diez ó veinte leguas, se apresuraban á visitarlo en carreta, en asnos ó á pié, y entraban alegres en la casa paterna, diciendo:

—¿En dónde está? ¿En dónde?

Y su júbilo se trocaba en compasion al ver un espectro lívido con los ojos hundidos y sin fuerzas.

—¿Quedaban allí algunos compañeros? preguntaba con inquietud la pobre madre.

—Sí, señora; todavía, segun me dijeron, habia prisioneros en Tobolsk, Thomsk y en Iskurtsk; tal vez entre ellos estará vuestro hijo. Yo he vuelto, ¿por qué no ha de volver tambien?

Y la madre se retiraba ménos triste, y al regresar á su casa referia á los vecinos las palabras que habia escuchado, y todos se regocijaban con la esperanza.

—Ese ha vuelto, mi hijo tal vez volverá; se repetia la pobre madre.

Y cada dia daba un paso hácia la tumba, y en su lecho de agonía, al escuchar el más ligero ruido, decia la infeliz anciana:

—¿Es él?

No era él, y la enferma espiraba lanzando un profundo suspiro.

Muchas se resignaban á ceder sus hijos para la guerra implacable que el mundo entero declaraba á la Francia, para aquel abismo insaciable de Curtius, en donde perecian millares de víctimas; pero otras no podian soportar aquel pensamiento y se entregaban á accesos de rabia y de maldiciones.

Danton, que iba desde el Ayuntamiento á la Asamblea nacional y tenia que atravesar el mercado central, se encontró en medio

de uno de aquellos grupos de mujeres furiosas y fué reconocido.

Danton era la revolucion en persona.

Su rostro trastornado, surcado y fatigado por las pasiones, demostraba sus estragos y sus bellezas.

En aquel semblante arrugado y escabroso como los bordes de un volcan, los ojos se veian apenas y solo cuando lanzaban rayos de cólera.

La nariz, picada de viruelas, estaba desfigurada, y la boca demostraba al hombre enérgico y terrible en la lucha.

En aquel temperamento sensual habia algo de dogo, de leon y de toro, y bajo una fealdad sublime, un gran corazon. «Un corazon generoso,» ha dicho Beranger; «un corazon magnánimo,» dijo Royer-Collard.

—¡Ah! aquí está, gritaron las mujeres: tú, que hiciste el 20 de Junio insultar al rey; tú, que has hecho ametrallar el palacio el 10 de Agosto, hoy nos robas nuestros hijos, y desde luego se ve que eres ciego cuando te atreves á pasar por el mercado: has caido en nuestras manos y no te escaparás.

Hay que advertir que las mujeres de los mercados eran realistas la generalidad.

Dos extendieron los brazos para coger á Danton; pero las rechazó con un movimiento.

—Bullangueras de los arroyos, exclamó lanzando una carcajada terrible y que se parecia á un rugido; ¿no sabeis que á Danton no se le toca sin morir? Si vuestro rey hubiera sido realmente un rey, hubiera muerto mil veces antes que haberse puesto el 20 de Junio el gorro frigio. Yo, gracias á Dios, no soy rey; pero probad si contra mi voluntad podeis ponerme el gorro frigio; el 10 de Agosto acaso, si vuestro rey hubiera sido hombre, ¿no se hubiera hecho matar antes que hubiéramos entrado en su palacio? ¡Vuestro rey! ¿Soy yo quien os quita á vuestros hijos? No; es él.

—¿Qué dices? exclamaron las mujeres.

—¡Él! ¿Contra quién se batirán vuestros hijos? Contra el enemigo. ¿Y quién ha llamado á los extranjeros? Vuestro rey. ¿Por qué salia de Francia cuando algunos valientes patriotas le detuvieron

en Varennes? Salia á buscar á los enemigos: pues bien; vinieron; ¿y los acogeremos como lo han hecho en Longwy? ¿Quereis que se le abran las puertas de Paris? ¿Debemos volvernos prusianos, austriacos ó cosacos? ¡Oh! estais locas; tal vez les aguardais con impaciencia á esos asesinos é incendiarios, que no saben sino deshonrar á las mujeres, y tal vez deseais que vengan más por esto último que por traicion; ¿es cierto?

—¿Qué te atreves á decir? gritaron las mujeres.

—Lo que he dicho, replicó Danton subiéndose en un guarda-canton; que si creéis que son vuestros esos hijos porque les habeis llevado en el vientre, porque son una parte de vuestro sér, porque les habeis alimentado en vuestro seno, os equivocais, os engañais miserablemente. Vuestros hijos pertenecen á la patria: el amor, la procreacion, el alumbramiento, todo es por la patria y para la patria. La maternidad individual es el medio para proporcionar defensor á la madre de todos, á la patria. ¡Ah! Renegadas, miserables; la Francia grita por un lado: «¡Á mí! ¡Socorro, ayuda!» ¿Y á este grito se lanzan vuestros hijos y los deteneis? No solo sois madres cobardes, sino hijas impías; ¡oh! tambien yo tengo dos hijos que han nacido en dias sagrados, y si la Francia los pide, diré: «¡Madre, ahí los tienes! Tengo una esposa á quien adoro: si Francia me la pide, ¡madre, tómala! Y si despues de mis hijos y de mi mujer me grita: Ahora tú, me lanzaré en el abismo gritando: ¡Madre, aquí me tienes!»

Las mujeres se miraban mudas de admiracion.

—¡Oh libertad santa! exclamó Danton; ¡cuando creia que habia llegado el dia del sacrificio, la aurora de la fraternidad, me engañaba! ¡Naturalezas depravadas, á vosotras le estaba reservado desgarrarme el corazon! ¡Habeis conseguido una cosa más difícil aun que herirme y hacer brotar mi sangre, y es arrancar lágrimas de mis ojos! ¡Desgraciados los que han hecho llorar á Danton, porque hacen llorar á la libertad!

Y un torrente de lágrimas, lágrimas de dolor por la Francia, inundaron las mejillas de Danton.

Su voz era la voz fatídica y sublime de la patria, y no sin razon habia dicho: *El que hace llorar á Danton, hace llorar á la libertad.*

El dicho en él era el hecho; habia dicho con voz enérgica y poderosa: que se haga la revolucion, y la revolucion se hizo.

Hija suya, murió con él.

Trastornadas las mujeres al ver las lágrimas que corrian por el rostro de Danton, se conmovieron.

Algunas le hicieron bajar del guarda-canton y le estrecharon en sus brazos; otras huyeron ocultando el rostro con su delantal.

Jacobo Meroy habia presenciado la escena desde el principio hasta el fin.

Al principio habia permanecido en expectativa, dispuesto si era preciso á socorrer á su amigo, y despues habia admirado aquella elocuencia prodigiosa que se adaptaba á todas las circunstancias; parlamentario en la tribuna, popular en el guarda-canton.

Habia oido sus primeras palabras burlonas, atrevidas, impetuosas; habia visto embellecerse, animarse con el furor verdadero ó fingido aquella máscara; habia sentido penetrar hasta su corazon aquellos agudos y bruscos dardos, y cuando vió llorar á Danton dejó tambien correr sus lágrimas.

Danton, libre de aquella multitud, se limpió el sudor, reconoció á Meroy y se arrojó en sus brazos.

Danton, como hemos dicho, se dirigia á la Asamblea nacional, y las primeras palabras, la primera muestra de cariño que dió á su amigo, fué decirle:

—No hay tiempo que perder; voy á proponer en la Asamblea una medida de la más alta importancia; ven conmigo.

En la Asamblea reinaba la mayor agitacion.

Acababan de recibir noticias de Verdun; el enemigo estaba á sus puertas, y el comandante Beaurepaire habia jurado saltarse la tapa de los sesos antes que rendirse.

Pero no ignoraban que en la poblacion habia un círculo realista, el que procuraria detener á Beaurepaire.

Al ver á Danton se oyó un prolongado murmullo.

Danton no se fijó en él.

Subió á la tribuna, y sin turbacion, sin vacilar, pidió la inspeccion domiciliaria.

Una discusion vivisima estalló; se habló de la libertad comprometida, del domicilio violado, de los secretos del hogar doméstico vendidos; pero Danton, imperturbable, aguardó tranquilo á que la tempestad cediera, y con voz de trueno dijo:

—Cuando se encuentra el ejército extranjero á sesenta leguas de Paris; cuando en el centro, en el corazon de la capital hay otro ejército realista, es preciso que los que se encuentran al frente del gobierno hagan pesar su justicia sobre Francia. ¿Sois de opinion que perezcamos sin la revolucion, y que ella solo puede salvarnos? Pues bien, si como ministro de Justicia personifico la revolucion, necesito saber los obstáculos que se presentan y los recursos que nos quedan. ¿Qué hablais de libertad comprometida, de domicilio violado, de secretos vendidos? Cuando la patria está en peligro, los hombres y las cosas le pertenecen. En nombre de la patria pido, exijo la inspeccion domiciliaria.

Y Danton triunfó. No solo se decretó lo que deseaba, sino que, para no dar tiempo á que ocultaran nada importante, decidieron que empezarian aquella noche á ponerse en ejecucion.

Jacobo Merey se encargó de tranquilizar á la esposa de Danton, y este se dirigió al instante al ministerio para dar órdenes y tomar las medidas necesarias.

Danton previno á su esposa que si abrigaba temores fuese á su lado, y la pobre mujer, que era tan tímida, inmediatamente se decidió, y haciendo llevar lo más preciso en una carreta, fué á instalarse con su marido en el sombrío palacio del ministerio.

Jacobo Merey la condujo; pero no accedió á sus repetidas instancias para que habitase con ellos.

Creia que estaria más tranquila agrupando alrededor de Danton á todos sus amigos fieles.

Eran las cuatro de la tarde: se oia tocar generala en todas las calles, y los vecinos sabian que á las seis debia estar cada cual en su casa.

La multitud desapareció como por encanto, oyéndose cerrar puertas y ventanas, cuyo ruido aterra en esas circunstancias y siembra la consternacion en las familias.

Los centinelas guardaban las puertas de Paris y el Sena, y aun cuando las pesquisas á domicilio no empezaban sino á la una de la madrugada, todas las calles estaban vigiladas por patrullas de sesenta hombres.

Jacobo Merey no quiso el mismo dia de su llegada á Paris desobedecer la ley, y en medio de la más profunda soledad volvió á la fonda de Nantes, y como estaba muerto de hambre, hizo que le sirvieran la comida.

Sobre una bandeja le presentaron una carta sellada con lacre negro.

El sello representaba una campana hendida con esta divisa: *Sansons* (sin sonido).

El lacre negro y aquellas fúnebres palabras indicaban que la carta era del verdugo; de modo que Jacobo adivinó el contenido.

Era la respuesta para saber si los decapitados conservaban algo de vida despues de separar la cabeza del cuerpo.

No se equivocó; la carta contenia la siguiente explicacion:

«Ciudadano:

»Yo mismo he hecho la prueba al cortar la cabeza á un sentenciado llamado Leclére; la he cogido por los cabellos al arrojarla en la cesta, he acercado mi boca á su oido y le he dicho su nombre.

»Los ojos estaban cerrados y se abrieron con la expresion del terror, volviéndolos á cerrar en seguida.

»La prueba ha sido decisiva; la vida, segun mi opinion, persiste.

»El que no se atreve á llamarse servidor vuestro,

SANSON.»

Aquella certeza lisonjeó á Jacobo Merey porque confirmaba su opinion, pero le quitó un poco el apetito.

Le parecia ver en el fondo de su habitacion aquella sangrienta cabeza en manos del verdugo, con los ojos desmesuradamente abiertos, reflejando el terror y la inquietud.

La obra de destrucción.

No habia concluido todavía de comer Jacobo Merrey, cuando se abrió la puerta y se presentó Danton.

El doctor, admirado, se levantó de la silla.

—Sí, yo soy; dijo Jorge notando el efecto que causaba su llegada imprevista; desde que te encontré he reflexionado mucho; ¿ves el estado en que se encuentra París?

—Es indudable que el terror es profundo, contestó Merrey.

—Y eso que no ves el fondo de la situación; voy á contártelo, y entonces comprenderás si debes darme gracias porque he encontrado modo de alejarte de París.

—¿No puedo seros útil aquí?

—No; porque tu misión no empieza hasta el 20 de Setiembre, y hasta entonces debes permanecer como espectador de los acontecimientos. Varios perderán la vida.

Jacobo hizo un movimiento de indiferencia.

—Ya sé que al aceptar el cargo de diputado de la Convención has hecho de antemano el sacrificio de la tuya, pero se expone también el honor y la reputación. Tú debes presentarte en la Convención sin ser hombre de partido, sin estar ligado con promesas, y entonces eres libre para decidirte en favor de los jacobinos ó de los franciscanos, para sentarte en la llanura ó en la montaña.

—Segun tu opinión, ¿qué es lo que sucederá?

—Tengo una idea vaga del porvenir por más que esté cercano, pero olfateo mucha sangre. Es preciso que cese la lucha del Ayuntamiento con la Asamblea, porque hasta hoy ha sido el primero

quien ha dominado, y cada vez que la Asamblea procura sacudir el yugo, el Ayuntamiento le enseña los dientes y la hace retroceder; y sin embargo, la Asamblea, querido Jacobo, es el gobierno ante la ley y por la ley; pero el Ayuntamiento es el gobierno popular sin límites ni trabas.

En uno de los retrocesos votó la Asamblea un millon mensual para el Ayuntamiento, y fácil es comprender su repugnancia para perder ese sueldo.

Ha entregado la dictadura en manos espantosas, no en las del pueblo, porque eso no sería temible, sino en las de hombres como Hebert, que ha sido vendedor de contra-señas en los teatros, letrado de taberna como Chaumette, zapatero sin tienda, pero demagogo consumado, y este es el que está autorizado para abrir y cerrar las prisiones, para dar libertad ó prender, y todos han decidido poner en las puertas de las cárceles las listas con los nombres de los presos.

El pueblo sueña con la matanza y la sangre al leer esos nombres, y los presos la provocan; los de la Abadía insultan á través de sus rejas á los habitantes del barrio, cantan canciones reaccionarias y beben á la salud del rey, á la de los prusianos y á su próximo rescate; sus queridas van á verlos y á comer y beber con ellos, y los carceleros son los ayudas de cámara de los nobles, los mozos de los ricos.

El oro se prodiga en la Abadía, y el pueblo, que carece hasta de pan, mira con reconcentrado furor ese rio dorado que riega las cárceles.

El papel-moneda falso inunda París; ¿y dónde se dice que se fabrica? En las cárceles; y aun cuando no sea cierto ese rumor, exaspera al pueblo. Añade á esto un Marat que pide todas las mañanas cincuenta, ciento, doscientas mil cabezas. No contenta esa terrible dictadura, de la que provengo y que en vano trato de contener, con hollar las libertades individuales, insulta la libertad de la prensa, libertad peligrosa, y en lugar de perseguir á Marat, se ensaña contra un jóven lleno de abnegación y de inteligencia, y le persigue hasta en el ministerio de la Guerra, en donde se ha refu-

giado. La Asamblea se ha visto obligada á llamar al presidente del Ayuntamiento al banco de los acusados; pero Huguenin no se ha presentado, y hace una hora ha disuelto la Asamblea al municipio, declarando nombrara nuevos concejales en el término de veinticuatro horas, y sin embargo, tal es la anarquía, que ha declarado beneméritos de la patria á los mismos que castiga.

—*Ornandum y tollendum*, ha dicho Ciceron.

—Sí, pero el consejo no quiere ni ser despedido, ni ser coronado; quiere permanecer y reinar por el terror; permanecerá y reinará.

—¿Y crees que se atrevá á dar orden para la matanza?

—No tiene necesidad de mandarlo; dejará á la poblacion en el estado de furor en que se encuentra, dejará que los estómagos vacíos y las bocas hambrientas lleguen hasta la desesperacion, y si una voz grita: «¡Basta con las estatuas rotas! ¡Basta de mármoles hechos pedazos! ¡Basta de bustos destrozados! En lugar de enseñarnos con cosas inofensivas, ataquemos á los aristócratas que brindan por los extranjeros y por el rey que les llama. A la Abadía primero, al Temple despues y luego á las fronteras;» dicho esto, se hará; para derramar la gota primera de sangre se vacilará, pero despues correrá á torrentes.

—¿Pero no hay un hombre entre vosotros capaz de dominar la situacion y contener al pueblo? preguntó Jacobo Merey.

—Solo pueden contarse tres hombres populares. Marat, que desea é impulsa á la naturaleza; Robespierre, que tendria autoridad, y yo, que tengo energía.

—Bien.

—No podemos contar con Marat para que desista de lo que desea, ni con Robespierre para que se oponga al pueblo, y seria preciso ser un César ó Gustavo Adolfo para desterrar al génio del mal de los corazones, para hacer ruborizar á la muerte en persona y obligarla á volver á la nada.

—No es necesario más que ser Danton, replicó Jacobo Merey; toma una bandera y habla á los hombres como hablaste á las mujeres del mercado, que al principio querian destrozarte. Muchos

aprobarán los asesinatos, pero los asesinos no serán numerosos.

Coloca los dos mil voluntarios de hoy á las puertas de las cárceles, diles que los presos son sagrados interin no se pronuncia la sentencia, que están bajo la salvaguardia de la nacion y que la cárcel es un asilo tan inviolable como un santuario. Te escucharán, y si preciso es, darán su vida con entusiasmo por la noble causa que defienden.

—¡Ah, cómo ha de ser! dijo Danton con indiferencia; se han alistado para combatir al enemigo, y no quiero engañarlos; no impulsaré á la matanza, pero no me opondré; correria riesgo mi vida.

—¿Y desde cuándo cuida de sí mismo Danton? repuso Jacobo sonriendo.

—Desde que he visto que no podria hacer nadie lo que hay que hacer. Establecer la república. Marat, ese loco furioso, no puede ser el Bruto moderno, ni el hipócrita Robespierre, el Washington; se ha opuesto á la guerra que todos deseaban, y necesita un año ó dos para recóbrar la popularidad; solo quedo yo. Te confieso, para entre nosotros y en voz baja temiendo espantarte, que no me parece prudente marchar al encuentro del enemigo dejando detrás casi otro más terrible.

El pueblo tiene á veces en los grandes cataclismos revolucionarios repentinas y fulminantes inspiraciones. Sí, el enemigo que debemos temer, el verdadero, el que si le dejamos perderá á la Francia, el que conspira y se comunica desde el Temple con Federico Guillermo, es el rey y los realistas, los aristócratas.

—Cómo, ¿dejarás que la venganza popular llegue hasta el rey?

—No; porque la muerte de los realistas y de los nobles le intimidará, le espantará y sospechará sus manejos culpables. Además, el rey no debe morir en una tempestad popular, sino juzgado públicamente, sentenciado por la nacion á la muerte de los traidores, de los tráfugas, de los perjuros.

—Creí que habias ofrecido á tu esposa que jamás tomarias parte en la muerte del rey y que le defenderias.

—Amigo mio, es una locura hacer juramentos en dias de revolucion, y todavia más locura el creer en ellos. Hice esa promesa an-

tes de la huida á Varennes; hace tiempo ya y casi lo recuerdo; de modo que dentro de dos ó tres meses lo habré olvidado por completo; y sobre todo, ¿es pura la sangre que correrá en las cárceles? La de malos franceses, peores ciudadanos, traidores y parricidas. Cubrámonos el rostro, y puesto que hay hombres que ejecuten la *obra siniestra*, como dicen los rusos, dejémosles. Bueno es que París se comprometa á los ojos del mundo para que sepa que si deja entrar á los enemigos no tendrán misericordia.

Jacobo Meroy miró á Danton, y en la tranquilidad de su rostro comprendió que su resolución era inquebrantable; no haría nada, pero tampoco impediría que hicieran.

—Tienes razón, contestó Jacobo Meroy; todavía no soy tan estóico que calcule si esta sangre es pura ó impura. Como médico, miro la sangre cual el elemento más precioso del sér humano; carne líquida, licor compuesto que debo introducir en el hombre, en lugar de contribuir á privarle de él. Mándeme á donde pueda ejercer el bien sin hacer mal, no viéndome obligado á presenciar el mal para llegar al bien.

—Precisamente es eso lo que me ha hecho venir ahora. Escucha, en dos palabras te diré lo que sucede. El 19 de Agosto de 1792 han entrado en Francia los prusianos y los emigrados. Una espantosa lluvia acompañó su entrada; esto fué mal presagio.

—¿Crees en los presagios?

—¿No somos romanos? Los romanos creían, hagamos lo mismo. El día 20 se presentaron delante de Longwy, es decir, que de Coblenza á Longwy tardaron veinte días; al octavo cañonazo se rindió la plaza y dejó entrar al rey Federico Guillermo, y en lugar de salir en seguida para Verdun, estuvieron ocho días acampados en las cercanías de su conquista, y todavía están allí. Durante este tiempo ha permanecido Francia á la defensiva, pero esto no la conviene. Francia no es un broquel, es una espada; su fuerza estriba en atacar. Los ocho días que ha vacilado el enemigo han salvado á Francia; cada día salían de París dos mil hombres, y si crees que los alistamientos voluntarios han empezado hoy, te equivocas. Hace tres días que la Asamblea tuvo que dar un decreto para obligar á

los tipógrafos á que se quedaran, y el decreto era extensivo á los cerrajeros, porque sin eso no se encontraría quien hiciera un fusil, puesto que todos querían llevarlo. Desiertas las iglesias, desde la desaparición de un culto inútil, se han convertido en talleres, en los que un millon de mujeres trabajan y preparan tiendas, equipos militares y trajes para sus hijos, que van á combatir al enemigo.

En aquellas iglesias tenía lugar al mismo tiempo un acto misterioso y útil. Propuse á la Asamblea que se registrasen las tumbas y se emplease en defensa del país el cobre y plomo que encubre los féretros.

Jacobo Meroy fijó en Danton sus ojos con más admiración que sorpresa.

—¿Y la Asamblea lo decretó de resultas de tu proposición?

—Sí, contestó Danton; ¿no tenía derecho la Francia de los vivos para exigir á la Francia de los muertos la socorriera y ayudara? ¿Crees que esos cadáveres no hubieran dado su ataúd por salvar á sus hijos y á los hijos de sus hijos? Con respecto á mí, te aseguro que al abrir el primer ataúd creí escuchar una voz que salía de las regiones de la muerte, y que decía: «Tomad, no solo los féretros, sino también los huesos, si con ellos podeis forjar armas contra el enemigo.»

—Danton, exclamó Jacobo Meroy, eres grande, más grande todavía de lo que yo me figuraba.

—No, amigo mío; contestó sencillamente Danton; la Francia es grande, pero nosotros no. No, jamás llegaremos á la altura de aquella mujer, de aquella madre, que llevó á la Asamblea su cruz de oro, su corazón de oro, su dedal de plata, mientras que su hija, niña de doce años, entregaba un sonajero de plata y una moneda de quince sueldos. ¡Oh! cuando ví esto grité: ¡Francia triunfa! Con tu dedal de plata, tu cruz de oro y tu corazón de oro; con el sonajero y los quince sueldos de tu hija se levantarán ejércitos. ¿Pero sabes cuándo fuimos verdaderamente sublimes? Cuando jacobinos, franciscanos y girondinos se unieron para encargarse á un hombre la salvación de la patria.

—¿A Dumuriez?

—A Dumuriez. Los girondinos le odiaban, y no sin razon, pues habiéndole hecho llegar al ministerio, los habia expulsado. Los jacobinos no le querian porque no ignoraban que tenia dos máscaras y jugaba con dos barajas, pero sabian que ambicionaba la gloria y que haria todo por vencer.

—¿Y tú qué hiciste?

—He hecho más que todos. Le mandé á Fabre de Eglantine, mi pensamiento; á Westermann, mi brazo; Westermann, el 10 de Agosto en persona. Los antiguos soldados Luckner y Kellermann se han puesto á sus órdenes; Dillon, jefe suyo, es subalterno, y todo el ejército francés está bajo su mando.

—¿Y no dudas, no tiembles ser vendido?

—Justamente; por eso te envío. Saldrás para Verdun y te pondrás de acuerdo con Beaurepaire para organizar el mejor medio de defensa, y si toman á Verdun, irás al momento á reunirte con Dumuriez. Te daré cartas para él; le estudiarás profundamente; si camina franca y lealmente por el camino de la república, le animarás con tu ejemplo y con tus elogios; si vacila, si adviertes en él perplegidad ó alguna maniobra sospechosa, le das un pistoletazo y entregas el mando á Kellermann. Aquí tienes mis poderes.

—¿Hasta dónde alcanzan?

—Si el enemigo es derrotado, no acosarlo demasiado para no ponerle en el caso de emplear mayores recursos. Yo creo que Federico Guillermo no está muy interesado en la coalicion. Una buena batalla y una brillante victoria que obligue á los prusianos á abandonar el suelo francés, es lo que necesitamos. Yo me encargo de conducirlos; que me esperen.

—Ten cuidado, Danton; si despues de permitir que Paris hiera tan cruelmente perdonas al ejército prusiano, dirán que el rey Federico Guillermo te ha comprado.

—¡Bah! otras cosas dirán, no tengas cuidado. Nosotros los hombres de accion y de lucha que hacemos y deshacemos las revoluciones, somos como aquellos jefes de los bárbaros, á los que sus soldados encerraban en un ataúd de oro, despues en otro de plomo y por último en uno de encina. El primer historiador que nos saca

á luz no ve sino el de madera, el segundo le rompe y encuentra el de plomo y el último halla el de oro; en ese me sepultarán.

—Jacobó Merey tendió la mano al hombre que habia engrandecido un palmo á sus ojos.

—¿Y cuándo marchó? preguntó.

—Esta noche; no tienes un momento que perder. Verdun está sesenta leguas de Paris; necesitas para llegar veinticinco horas. Toma diez mil francos; es preciso que tengas bastante.

—Será demasiado.

—A tu vuelta me rendirás cuentas. Piensa que vas en comision del gobierno, y que ningun obstáculo debe detener al hombre que tiene un sable al costado, dos pistolas en el cinto y diez mil francos en el bolsillo.

—Nada seria capaz de detenerme.

—Adios, y buena suerte; vas á ocuparte de una obra santa, poética y gloriosa; nosotros nos vamos á ocupar de la *obra siniestra*, de la de destruccion. Adios.

Dos horas despues salia de Paris Jacobo Merey.

Beaurepaire.

A la madrugada llegó Jacobo Merey á Chateam-Thierry.

Al encontrarse solo con sus recuerdos, se olvidó el doctor de todo. Danton, Dumuriez, Beaurepaire, Paris, Verdun desaparecieron por completo, y se trasladó á Argenton, viendo el corazon de su propio corazon, como dice Hamlet, á Eva.

¡Qué noche tan triste y tan dulce fué aquella, consagrada á la ausente! ¡Cuántos suspiros, cuántas exclamaciones ahogadas! ¡Cuántas veces repitió el dulce nombre de Eva extendiendo los brazos para estrechar el vacío!

Paris y su sangriento panorama rechazaban aquel ensueño dorado; pero cuando desaparecia el cadalso, el verdugo con las cabezas en la mano, los aullidos de las mujeres, los gritos que salian de las cárceles, la marcha acompasada de las patrullas nocturnas, todo volvía á presentarse para el infeliz amante dorado y halagüeño.

Pero al aparecer la aurora, la vida real, como una mujer celosa, se apoderó del viajero. Los voluntarios, cantando la Marsellesa, cubrian los caminos; en las colinas blanqueaban las tiendas de campaña de los nacionales, y el anciano labriego armado defendia los campos labrados.

—¿A dónde están tus hijos, anciano?

—Marchan contra el enemigo.

—¿Y cuando mueran á manos del extranjero?

—Entonces nos tocará el turno.

Un país defendido de ese modo es invencible.

La razon de no haber insistido el enemigo, de no haber peleado, de no haber aprovechado el tiempo fué porque vió la Francia erizada de picas y de bayonetas.

Además, preciso es confesar que el jefe de aquella amenazadora y poderosa coalicion carecia de la energía necesaria. En su juventud habia obtenido en el reinado de Federico el Grande grandes triunfos militares, y era valiente, experimentado é inteligente; pero el abuso de los placeres en edad ya avanzada habian paralizado su viveza. El águila se habia vuelto miope.

Cuanto más adelantaba Jacobo Merey más numerosos eran los voluntarios.

Un poco más allá de Santa Menehould encontró un vivac, y haciendo detener el carruaje, preguntó si podria hablar con el que mandaba el destacamento.

El coronel Galbeau era el jefe, y conducia á Verdun el 17 de infantería, un batallon de voluntarios y cuatro cañones.

Jacobo Merey se dió á conocer, y supo que Galbeau, por orden de Dumuriez, se encamidaba á Verdun, para tomar el mando y defender la poblacion hasta el último extremo, pues en aquellos momentos era la llave de Francia: caminaba á marchas forzadas, y temia llegar tarde.

Encargó á Jacobo Merey que anunciara su proximidad á Beaurepaire, y le ordenase que, en caso de necesidad, si Verdun estaba cercado por tropas enemigas, que hiciera una salida para proteger su llegada.

Comprendiendo Merey que no habia tiempo que perder, ordenó á los postillones que aumentasen la velocidad, y obedeciéndole salieron á escape.

A la madrugada vió la poblacion y oyó cañonazos, y apercibió la cuesta de San Miguel coronada de tropas.

Eran los prusianos que atacaban la ciudad.

Felizmente el camino que recorria Jacobo Merey estaba libre todavía, y lo que necesitaba era llegar antes que los enemigos.

—Cinco luises de oro por entrar en Verdun; gritó Jacobo al postillon.

El carruaje partió como una bomba, pasó delante de la vanguardia prusiana como á trescientos pasos, y llegó á las puertas de Verdun en medio de una lluvia de balas.

Las puertas se abrieron y volvieron á cerrarse detrás de Jacobo.

—¿A dónde encontraré al coronel Beaurepaire? preguntó.

Pero el espanto era general, y la llegada de los prusianos hacia cerrar puertas y ventanas; los habitantes volvian á sus casas apresuradamente, y Jacobo pudo con mucho trabajo obtener contestacion.

El coronel Beaurepaire estaba en consejo en la casa del Ayuntamiento.

Jacobo se hizo conducir, bajó precipitadamente de la silla de posta, y cuando empezaba á subir la escalera bajaba el comandante de plaza.

Le reconoció y se dió á conocer, y ambos subieron en el carruaje y se dirigieron á casa del comandante.

Un jóven oficial aguardaba con visible impaciencia.

—¿Qué hay? preguntó.

—Ha sido acordado defenderse á todo trance.

—¡Loado sea Dios! exclamó el jóven levantando al cielo sus hermosos ojos azules. Concededme un puesto en el que pueda morir con gloria; os lo suplico, comandante.

—No tengas cuidado, contestó Beaurepaire; no se olvidan fácilmente hombres como tú.

—Entonces aguardo aquí, ¿no es cierto?

—Aguarda.

Jacobo Merey y el comandante entraron en una habitacion aislada, y cuyas paredes estaban cubiertas con planos de Verdun.

—¿Quién es ese jóven? preguntó Jacobo Merey sonriendo.

—Ese jóven, como dices, es uno de nuestros más valientes oficiales. Se llama Marceau: es jefe del batallon Euxe y Loir. Ya verás cómo se bate.

Jacobo presentó á Beaurepaire sus poderes, y le preguntó cuáles eran los medios de defensa con que contaba.

—¡Pardiez! podriamos decir como los espartanos: *tenemos nues-*

tros pechos. Contamos con tres mil hombres de guarnicion, doce piezas de grueso calibre, ó sea morteros, dos inservibles; treinta y dos cañones, dos desmontados; noventa y nueve mil balas de cañon de á veinticuatro y de veintidos, y quinientas once de diferentes calibres. Añadid ciento cuarenta y tres fusiles para los voluntarios, trescientos sesenta y ocho para dragones y setenta y una pistolas.

—¿Salias del consejo cuando llegué?

—Sí; antes habia puesto la ciudad en estado de sitio, habia mandado desempedrar las calles y prohibido los grupos, bajo pena de muerte.

—¿Serás obedecido?

—Mira hácia la calle.

—Efectivamente, empiezan á desempedrar; bien, ahora hablemos de otra cosa.

Y Jacobo Merey refirió á Beaurepaire su encuentro con Galbeau, el que por orden de Dumuriez llevaba refuerzos á Verdun.

—¡Cáspita! Nada podia serme más agradable que esa noticia; me quita la responsabilidad y me da la vida. Como comandante de plaza, habia jurado perecer entre sus ruinas; como segundo, seguiré la suerte de los demás. Mi mujer y mis hijos te deben un cirio, buen Galbeau.

—Pero ¿sabes que la ciudad está cercada?

—Sí; precisamente por esto es necesario hacer una salida para proteger la llegada de Galbeau. Justamente tengo un hombre á propósito para eso. Marceau.

Llamó y se presentó un ordenanza.

—Avisad al jefe Marceau que lo espero.

Parecia que el jóven oficial habia sido avisado magnéticamente, porque se presentó al instante.

—Marceau, le dijo Beaurepaire, tomad trescientos hombres de infantería, toda la caballería, tres compañías de granaderos de la Milicia nacional y los paisanos que deseen acompañarte.

—Yo me encargo de eso, dijo Jacobo Merey.

—¿Vienes con nosotros? preguntó Marceau.

—Sí; y creo no seré inútil, aunque no sea más que como cirujano.

—Este ciudadano es enviado del Poder ejecutivo, dijo Beaurepaire á Marceau.

—Y como tal vez tenga que dar órdenes terminantes y que tomar rigurosas medidas, no estará de más que ponga manos á la obra para que sepan á quién obedecen; vamos á examinar el terreno.

Merey salió con Marceau, tomó un fusil de dragon, llenó los bolsillos de cartuchos, interin el jóven oficial hacia tocar llamada, sonar bota-sillas y reunir á los notables de buena voluntad.

Cinco ó seis se presentaron.

Marceau y Merey subieron con un anteojo á una de las torres más elevadas de la poblacion, y vieron á lo lejos la vanguardia de Galbeau por el camino de Santa Menehould: un cordon de prusianos les cerraba el paso.

Al bajar del campanario les entregaron un impreso de parte del duque de Brunswick.

Muchos habitantes de Verdun leían tambien la intimacion.

¿Cómo habian entrado en la ciudad? Nadie lo sabia.

Esto hacia ver que existian ocultas comunicaciones con Verdun.

Era una intimacion para rendirse.

Inútilmente he buscado en *Thiers* y en *Michelet* el célebre manifiesto del duque de Brunswick, y sin duda no conocian sino los fragmentos.

Más feliz que ellos, cuando fui á Verdun para buscar las huellas de mis héroes lo encontré completo, y como en él se manifiesta el carácter orgulloso de los prusianos y sus feroces amenazas, reducidas despues con gran asombro de todos á una inconcebible tranquilidad, cuya verdadera causa fué el suicidio de la voluntad por los placeres excesivos, lo copio íntegro.

«Los sentimientos de equidad y justicia que animan á sus majestades el emperador y el rey de Prusia, han hecho se suspendan los ataques que, para tomar la ciudad, hubieran ordenado. Desean evitar todo lo posible la efusion de sangre, y por consiguiente intimo

á la guarnicion que abra á las tropas prusianas las puertas de la ciudad y de la ciudadela, y que salgan en el término de veinticuatro horas con armas y bagajes, exceptuando la artillería.

»En ese caso, tanto la tropa como los habitantes estarán bajo la proteccion de SS. MM. imperiales y reales. Pero si rechazan esta generosa oferta, no tardarán en sufrir las consecuencias y desgracias de su negativa; serán sometidos al consejo de guerra y los habitantes entregados al furor de los soldados.—BRUNSWICK.»

Marceau reunió su tropa. Jacobo se puso á la cabeza de los notables entre los milicianos nacionales, y se reunieron detrás de la puerta de Francia con el objeto que, llegado el momento, no hubiera más que abrirla. Un centinela colocado sobre la muralla avisaria cuando atacara Galbeau.

Al primer tiro de los cazadores de Galbeau, se abrió la puerta; la caballería avanzó de frente y la infantería de la guarnicion y de la Guardia nacional por los lados; por Jardin-Fontaine y Thierville.

En la cuesta de Varennes encontraron al enemigo.

Desgraciadamente habia tenido tiempo de hacer cubrir aquel punto por considerables refuerzos, en particular por la caballería de los emigrados.

El combate fué encarnizado por ambas partes. Varias veces los dos ejércitos patriotas procuraron encontrarse, y Jacobo Merey vió relucir las bayonetas de Galbeau, pero no hubo esfuerzo capaz de romper aquel viviente vallado colocado entre los dos ejércitos para impedir se reunieran.

Hubo un momento en el cual creyó ver Jacobo Merey á través del fuego de mosquetería pasar un ginete, que le pareció en su rostro y apostura el marqués de Charelet. Le llamó y le desafió, pero el fantasma no le contestó y desapareció entre el humo de donde habia salido.

Los prusianos hicieron un violento esfuerzo, y los patriotas fueron rechazados; llegaron nuevos refuerzos y las filas enemigas se engrosaron.

La esperanza de unirse con Galbeau era ilusoria; y Marceau,

estenuado, cubierto de sangre de sus contrarios, luchando uno contra diez, se vió en la precision de tocar retirada.

El pequeño ejército volvió á la ciudad y Galbeau se retiró perdiendo la esperanza de entrar en Verdun.

El 31 de Agosto empezó el bombardeo, y duró desde las once de la noche hasta la una de la madrugada.

El daño no fué grande, aunque los habitantes de la parte alta de la poblacion, barrio aristocrático y del clero habian iluminado las casas para hacer más certeros los tiros del enemigo.

A las tres de la mañana del dia 1.º de Setiembre se presentó el rey de Prusia en la batería de San Miguel, y el fuego volvió á empezar hasta las cinco.

Algunas casas ardieron.

La artillería de la plaza no llegaba á las alturas que ocupaban los prusianos, y por consiguiente ningun daño les causó.

De los sitiados no hubo más que un muerto, un tan Gillion, ex-constituyente, y que se habia refugiado en Verdun, á la cabeza de los voluntarios de San Miguel; un casco de granada le hirió en el muelle de la carnicería.

Sin embargo, multitud de mujeres ocupaban la plaza del Ayuntamiento, en donde estaba reunido el consejo defensivo permanente, y en el que tenia Beaurepaire habitaciones separadas de las de su mujer y sus hijos.

Aquellas mujeres gritaban pidiendo al Consejo que tuviera piedad de ellas y de sus hijos, y que no contribuyese á la ruina del país y de las propiedades particulares.

Varias diputaciones de diferentes puntos de la poblacion se presentaron al consejo defensivo, rogándole aceptara las condiciones del rey de Prusia que habian leído en el manifiesto del dia anterior, introducido en Verdun sin saber cómo.

Al mismo tiempo se oia la corneta de parlamento.

La mayoría, despues de una corta discusion, y por votacion de diez contra dos, determinó recibirlo.

Fué introducido con los ojos vendados, y preguntó si en vista del bombardeo habia cambiado la opinion de los defensores de Verdun.

Hecha la pregunta, volvió á salir sin quitarse la venda de los ojos.

Beaurepaire obtuvo la palabra, y dijo:

—He ofrecido enterrarme entre las ruinas de Verdun; el enemigo no entrará sino pasando sobre mi cadáver.

Todas las miradas se dirigieron hácia Jacobo Merey, el que sabian era enviado con órdenes particulares.

—Ciudadanos, dijo; ya sabeis que Verdun es la llave de la Francia. El valiente coronel Beaurepaire os ha dicho lo que piensa; me habeis visto hoy entre las balas sin que tuviera obligacion ninguna, y habiendo expuesto mi vida por vosotros, me parece que tengo algun derecho á deciros lo que la Francia espera de los hijos de Verdun.

La Francia aguarda un acto de heroismo: resistid ocho dias y dareis tiempo á que se ponga Paris en estado de defensa, salvareis á la patria y tendreis derecho de añadir en vuestras armas estas palabras:

«A Verdun, la Francia agradecida.»

Defendeos. Yo correré los mismos riesgos, y si es preciso, moriré con vosotros.

Alentado por aquella doble alocucion, pidió el consejo una tregua de veinticuatro horas para contestar definitivamente á su majestad Federico Guillermo.

De nuevo introdujeron al parlamentario y le hicieron saber la contestacion.

—Señores, dijo; he venido á buscar un *sí* ó un *no*, nada más. Su majestad el rey de Prusia tiene prisa.

—No tenemos más que decir, dijo Beaurepaire; si tiene prisa, pue de hacer lo que guste.

—Entonces, caballeros, preparaos al asalto; contestó el parlamentario.

—Decidle á vuestro amo, replicó Beaurepaire, que si nos vemos

obligados á ceder al gran número de sitiadores, sabemos en dónde están los almacenes de pólvora y abriremos las tumbas de los vencedores en el campo de su victoria.

Esta altanera contestacion obtuvo resultados.

Las veinticuatro horas de tregua fueron concedidas.

Como Jacobo Merrey sabia que en aquellas circunstancias las horas valian por dias, pensaba hacer lo posible para que el sitio se prolongase con pretexto de conferenciar.

Pero los cuerpos administrativos y judiciales enviaron una diputacion de veintitres individuos, portadores de una súplica, en la que pedian que, deseando evitar la completa ruina de la poblacion, se aceptasen las ofertas que hacia el duque de Brunswick, en nombre del rey de Prusia, puesto que la guarnicion y las armas quedaban en poder de la nacion, y que de otro modo las ruinas de Verdun de nada servirian á la patria.

Aquella carta se leyó delante de Marceau, quien se encontraba allí por casualidad.

Al escuchar su contenido se levantó del asiento, diciendo:

—Yo, en nombre del ejército, en nombre de mi regimiento, en mi nombre, pido que aproveche la ciudad las veinticuatro horas de tregua en ponerse en estado de resistir el sitio.

Pero como si la respuesta se hubiera oido en la calle, los gemidos y las lágrimas penetraron en la sala del consejo. Era un coro de niños, de mujeres y de ancianos agrupados en los escalones del Ayuntamiento para unir sus súplicas á los votos secretos de aquellos que deseaban la rendicion de la ciudad.

No tardaron en manifestarse, y el consejo, dejando para el dia siguiente el redactar las bases de la capitulacion, trató de suspender la sesion.

Jacobo Merrey vió palidecer á Beaurepaire, sobre el que tenia la vista fija.

—Dispensad, ciudadanos, dijo. ¿Estais decididos, si no en vuestros corazones, á lo ménos mentalmente, que á pesar de lo que os he dicho de que la salvacion de la Francia dependia de la resistencia de Verdun, debe entregarse al enemigo?

—Reconocemos que es imposible defenderla; contestaron á una voz los miembros del consejo.

—¿Y si yo, no siendo de vuestra opinion, rechazo la capitulacion? insistió Beaurepaire.

Abriremos las puertas al rey de Prusia y confiaremos en su generosidad.

Beaurepaire lanzó sobre aquellos hombres una terrible y despreciativa mirada.

—Pues bien, dijo; he hecho el juramento de morir antes que rendirme; sobrevivid á vuestra vergüenza y deshonor; en cuanto á mí, seré fiel á lo jurado. Estas son mis últimas palabras: Muero libre; ciudadano Jacobo Merey, darás fé de ellas.

Y sacando de su bolsillo una pistola, antes de que pudieran contenerle, ni aun conocieran su intencion, se saltó el cráneo.

Jacobo Merey recibió en sus brazos á aquel mártir del honor.

Al dia siguiente, las jóvenes de Verdun, cubiertas con blancos velos, sembraban de flores la carrera por donde debia pasar el rey de Prusia, para dirigirse desde la puerta de Thronville á la casa del Ayuntamiento, y llevaban canastillas de confites y grajea.

La guarnicion salia á la misma hora por la puerta de Santa Menahould con todos los honores de guerra, y escoltando un furgon, arrastrado por caballos negros, y en el cual iba el cadáver Beaurepaire envuelto en una bandera tricolor.

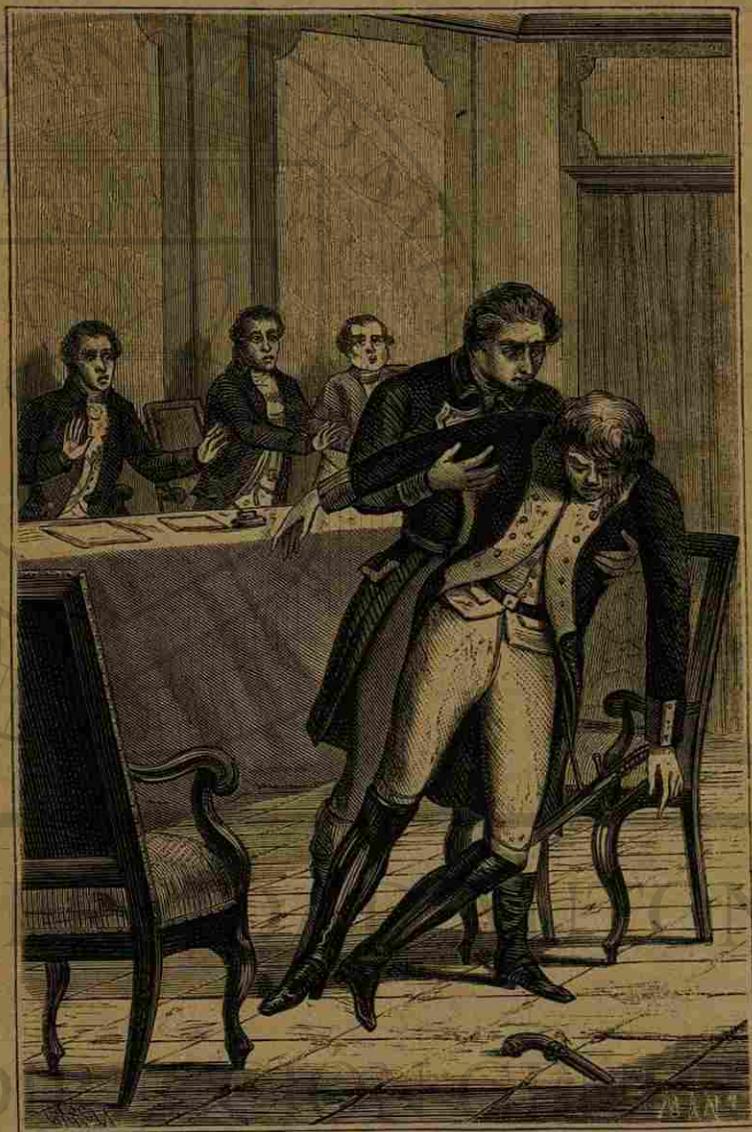
No habian querido dejar en poder de los prusianos el cadáver de su héroe.

El batallon de Euxe y Loir formaba la vanguardia, y Marceau, su comandante, iba el ultimo.

La vanguardia prusiana siguió al ejército francés hasta Livry-la-Perche, y allí se detuvo.

Entonces Marceau, levantándose sobre los estribos, les envió en su nombre y en el de Francia esta amenazadora despedida:

—Hasta la vista en las llanuras de Champaña.



Jacobo Merey recibió en sus brazos aquel mártir del honor.

Dumuriez.

Si nos hemos detenido tanto en el sitio de Verdun y en la heroica muerte de Beaurepaire, es porque, según nuestra opinión, ningún historiador le ha dado la importancia que merecía, ni le ha tributado la admiración que es un deber en el historiador, apóstol de la posteridad.

Hé aquí con qué motivo me fijé en esta singular é incomprendible falta.

Aun en tiempo de la restauración me indignaban los altares poéticos que se levantaban á las vírgenes de Verdun, que habían abierto las puertas de su ciudad natal, de la llave de la Francia, al enemigo, llevando canastillos de grajea en una mano y ramos de flores en la otra.

Esta traición á la patria no se disculpa sino con la ignorancia de las mujeres, las que cedían á las órdenes de sus padres é ignoraban el crimen que cometían.

El clero influyó mucho también.

Hará siete á ocho años que, deseando contestar á los versos de Delille y de Víctor Hugo con un libro, busqué los documentos de la rendición de Verdun, que influyó tanto en el 2 y 3 de Setiembre.

Naturalmente, interrogué al más voluminoso de nuestros historiadores, al señor de Thiers.

Pero Thiers, preocupado con la batalla de Valmy, que desea describir, se contenta con decir en la página 198 de la edición de Furne: «*Los prusianos adelantan hácia Verdun.*»

Después, en la página 342: «*La rendición de Verdun excitó la vanidad de Federico.*»

Más adelante, en la página 347, dice: «*Enviado Galbeau para reforzar á Verdun, llegó demasiado tarde.*»

Ni una palabra de Beaurepaire, y sin embargo, no es muy común el hecho.

Una ciudad que se rinde contra la voluntad del comandante de la plaza, y este se tira un pistoletazo.

Veintitres ciudadanos convictos de haber abierto las puertas al enemigo y ejecutados en 1794.

Diez mujeres, la mayor de cincuenta y cinco años, la menor de diez y siete, les acompañaron en el patíbulo por haber ofrecido flores y dulces á los prusianos. Todo esto merecía la pena de que se hiciera mención, aunque hubiera sido en una nota.

Dumuriez no consagra en sus Memorias sino algunas palabras á Verdun, y nombra Beauregard á Beaurepaire.

Solo por ese error merecía Dumuriez el dictado de traidor.

Michelet, el historiador admirable, el hombre á quien le son tan caras las glorias de Francia, porque él es una de ellas, no pasa al lado del túmulo de Beaurepaire sin detenerse.

Se arrodilla y reza.

«El mismo sentimiento, dice, vibró profundamente en Francia, cuando un túmulo, conducido desde la frontera, la atravesó, el del inmortal Beaurepaire, el que, no con palabras, sino con un solo hecho, la dice lo que debe hacer en tales circunstancias.»

«Beaurepaire, antiguo oficial de carabineros, había formado y mandado desde el 83 el intrépido batallón de voluntarios de Maine y Loire. Cuando la invasión temieron aquellos valientes no ser de los primeros, y sin detenerse un momento atravesaron la Francia á paso de carga y entraron en Verdun.»

«Tenían el presentimiento de que estando rodeados de traidores debían perecer, y de antemano encargaron á un diputado patriota que les despidiera de su familia, la consolara y dijera que habían muerto. Beaurepaire era recién casado, pero no por eso fué menos firme. Reunido el consejo de guerra, Beaurepaire resistió á todos

los argumentos cobardes, y viendo que nada adelantaba con aquellos oficiales nobles, cuyo corazon realista estaba en el campo enemigo,

—Señores, les dijo, he jurado no rendirme sino muerto; sobrevivid á vuestra vergüenza. Yo soy fiel á mi juramento; hé aquí mis últimas palabras: muero.

»Y se tiró un pistoletazo.

«La Francia se reconoció en él, se estremeció de admiracion y poniendo la mano en el corazon tuvo fé. La patria no vaciló; se vió animada y real. No se duda de los dioses á quienes se sacrifica de ese modo.»

De las *virgenes* de Verdun no habla Michelet; sin duda al lado de una mancha de sangre no ha querido poner una de lodo.

Ningun historiador, ningun cronista, ningun contemporáneo habla de la esposa de Beaurepaire. Creó haber encontrado lo único que se ha escrito de ella, en un folleto titulado *Reminiscencias del rey de Prusia*.

Efectivamente, aquel folleto contiene la siguiente anécdota, que probablemente se relaciona con la esposa del comandante de la plaza:

«El duque de Weimar, que habia oido elogiar los dulces y licores de Verdun, se informó cuál era la tienda en donde se fabricaban los mejores. Nos condujeron á la tienda de un tal Roux, que hacia esquina á una plaza pequeña.

»Aquel hombre nos recibió con la mayor amabilidad y nos sirvió perfectamente.

»Cuando empezaba á nochecer, un incidente triste nubló la alegría del festin. La casa de enfrente estaba habitada *por una señora joven, parienta* del difunto comandante de plaza.

»Hasta aquel momento habia ignorado el acontecimiento, pero entonces fué preciso decírselo.

»El efecto fué tan grande que cayó al suelo, presa de convulsiones violentas y de terribles ataques nerviosos. Con mucho trabajo se logró llevarla.»

Probablemente no querrian decir á las princesas que aquella

jóven era la esposa de Beaurepaire, y solo dijeron que era parienta del comandante.

La rendicion de Verdun resonó en toda la Francia.

Paris, aterrado, creyó ver al enemigo á sus puertas, y efectivamente fué así, pues solo le faltaban para llegar cinco etapas.

Se tocó generala en toda la poblacion y somaten, tirándose un cañonazo de hora en hora.

Entonces fué cuando Danton, el único que permanecia sereno, comprendiendo el partido que se podia sacar de la muerte de Beaurepaire, se precipitó en medio de la trastornada Asamblea y subió á la tribuna, dió cuenta de las medidas que se habian adoptado para salvar la patria, y dijo aquellas palabras memorables consignadas en la historia:

—El cañon que estais escuchando no es el cañon de alarma, es la señal de cargar al enemigo; para vencerlo, para aterrarlo, ¿qué se necesita? Audacia, más audacia, siempre audacia.

Y entonces la heroica abnegacion de Beaurepaire fué descrita como solo Danton sabia describir.

Se nombró al momento una comision que propuso el siguiente decreto:

«Art. 1.º La Asamblea nacional ha decretado que sea depositado en el panteon francés el cuerpo de Beaurepaire, comandante del primer batallon de Maine y Loire.

Art. 2.º Sobre su tumba se colocará esta inscripcion:

Quiso mejor darse la muerte, que capitular con los tiranos:

Art. 3.º El presidente se encarga de escribir á la viuda é hijos de Beaurepaire.»

Una calle tomó el nombre de Beaurepaire, y creemos ha conservado hasta hoy este nombre glorioso.

Mientras que la Asamblea nacional hace á Beaurepaire los últimos honores; interin Marceau, sin armas ni caballos, los que ha perdido en Verdun, le contesta á un representante del pueblo que le pregunta:—¿Qué quereis que os devuelvan?—Un sable para vengar nuestra derrota;—mientras que el rey de Prusia se ocupa durante

una semana en dar bailes en Verdun, en comer confites, en asegurar que el único motivo de su viaje era devolver el país á sus reyes, las iglesias á los sacerdotes; la propiedad á los propietarios, mientras que los aldeanos comprenden que es la contrarrevolucion que entra en Francia, y que el que tiene un fusil lo toma, y el que una horquilla, empuña una horquilla ó una guadaña, en Sedan, en la sala del Ayuntamiento, están reunidos en consejo cinco generales presididos por Dumuriez.

No: somos de los que creen que un error, una debilidad ó una mala accion hacen perder al hombre todos los méritos de su vida. No: las acciones deben pesarse una á una, y el historiador elogiarlas ó censurarlas imparcialmente.

Fácilmente adivinarán nuestros lectores que estas palabras son las que nos sirven de base para ocuparnos del personaje más extraño de nuestra época, de un hombre que, si bien era en el fondo realista, salvó á la república, que hizo por la Francia más que Lafayette, y ménos que este contra ella, pero que, sin embargo, se le degradó, se le desterró y murió en Inglaterra, sin despertar el más leve pesar, mientras que Lafayette volvió bajo arcos de triunfo, fué el apóstol de la revolucion de 1830 y murió lleno de gloria y colmado de honores entre su gloriosa y considerada familia.

En aquella época tendria Dumuriez cincuenta y seis años; vivo, ágil, enérgico, apenas aparentaba cuarenta y cinco.

Aunque de origen provenzal, habia nacido en Picardía y unia al carácter meridional la voluntad firme del hombre del centro.

Su expresivo rostro y sus ojos tenían algunas veces una expresion ardiente, y dotado de inteligencia y talento despejado, era bueno para todo. Tenia la astucia del diplomático y el obstinado valor del soldado. Siendo húsar, habia preferido que seis de caballería le hicieran pedazos á rendirse.

Pero á los treinta años se dejó arrastrar á la diplomacia secreta de Luis XV, no muy honrosa, y que era casi el espionaje.

Pero todo esto se borró en el reinado de Luis XVI con la construccion del puerto de Cherburgo, de la que fué el principal promovedor.

Era un hombre casi universal, cuyos vastos conocimientos pueden ser útiles para todo, pero que es preciso encuentren la ocasion.

Hasta entonces no se le habia presentado. ¿Podria ser hábil diplomático ó general victorioso? No se sabia, y tal vez ni él mismo se apreciaba en su justo valor.

En 1792 fué elevado al ministerio por los girondinos, es decir, por los enemigos del rey; pero al salir de Tullerías, despues de una escena con María Antonieta, era ya un aliado del rey. Dumuriez tenia buen corazon y era impresionable para con las mujeres.

Las señoritas de Fernig, sus ayudantes, y que, vestidas de húsares, ni aun en el campo de batalla se separaban de él sino para ejecutar sus órdenes, son una prueba de lo dicho.

No era, pues, extraño que Danton desconfiase de él y que, conociendo la lealtad y la franqueza de Jacobo Merrey, le enviase para vigilarle.

La sesion empezaba en el momento en que conducimos al lector á la sala del consejo.

—Ciudadanos, dijo Dumuriez dirigiéndose á sus cinco compañeros; os he reunido para ponerlos al corriente de la grave situacion en que nos encontramos.

Haré el resumen de los hechos en pocas palabras.

Hace quince dias, el 19 de Agosto de 1792, han entrado en Francia los prusianos y los emigrados.

Si fuéramos romanos, os diria que entraron en dia nefasto, en medio de los truenos y granizo, pero no fué así; á las dos llegaron á Brehain y allí se detuvieron á pasar la noche, ínterin saqueaban sus destacamentos los alrededores.

Para llegar hasta aquel punto hizo cuarenta leguas en veinte dias desde Coblenza á Longwy el héroe de Rosback, Brunswick.

Esta invasion, que, segun dice el rey de Prusia, no es más que un paseo militar desde la frontera hasta Paris, preciso es confesar que no se presenta con una actividad temible.

Pero, ciudadanos, es mi opinion que cuando un enemigo tan experimentado comete una falta, es porque tendrá sus razones para cometerla; pero que se debe aprovechar de ella.

Sesenta mil prusianos, herederos de la gloria y tradiciones del gran Federico, adelantaron formando solo una columna hasta el centro, entraron en Longwy y ayer hemos oido cañonazos hácia Verdun.

Por consiguiente cercan á Verdun, si no están ya en la poblacion.

Veintiseis mil austriacos, á las órdenes del general Clairfayt, los apoyaban por la derecha, marchando hácia Stenay.

Diez y seis mil austriacos, mandados por el príncipe Hohenlohe-Kirchberg, y 10.000 soldados de Hesse flanquean la izquierda de los prusianos.

El duque de Sajonia-Teschen, ocupa los Países Bajos y amenaza as plazas fuertes.

El príncipe de Condé, con 6.000 emigrados, ha caido sobre Phylsburgo (1).

Nuestros ejércitos, al contrario, están colocados de la manera más desventajosa para resistir á una fuerza de 60.000 hombres.

Beurnonville, Moreton y Duval, reunen 20.000 hombres en los tres campamentos de Maulde, de Maubeuge y de Lila.

El ejército de 33.000 hombres que mandamos nosotros está desorganizado completamente con la huida de *Lafayette*, que era muy querido; esto no me importa mucho, porque, si no me hago querer, haré que me teman.

En Metz hay 20.000 hombres al mando de Kellermann

En Laudan, 15.000 á las órdenes de Custine, y Biron está en Alsacia con 30.000, y es inútil, no solo ocuparnos de él, sino pensar en él.

Por consiguiente, para oponernos á los 60.000 prusianos no tenemos más que 23.000 hombres y los 20.000 de Kellermann, y eso suponiendo que quiera obedecerme y unirse conmigo.

Tal es la situacion clara, neta y real. ¿Cuál es vuestra opinion?

Se levantó el más jóven de los generales: le tocaba hablar.

(1) Thiers, revolucion francesa.

Era el hermoso Dillon, del que se decia habia sido amante de la reina.

Despues de lo ocurrido en Quiebrain, los soldados asesinaron á su hermano creyendo era él, y alegando que el amante de la reina no podia ser otra cosa que un traidor.

Con respecto á él citaban dos hechos como prueba de su intimidad con María Antonieta.

Le habian visto una magnífica piocha de diamantes que dos ó tres dias antes lucia la reina en su peinado, y era en el patio de Tullerías en una revista en donde Dillon ostentaba la joya.

Además, referian que, walsando en un baile con la reina, quien amaba el wals con locura, se detuvo aturdida para tomar aliento, y sin notar que el rey estaba detrás de ella, se inclinó indolentemente sobre el hombro del bello oficial, y le dijo;

—Apoyad la mano sobre mi corazon, vereis cómo late.

—Señora, dijo el rey deteniendo la mano de Dillon; el coronel tendrá la galantería de creerlo bajo palabra.

Arturo Dillon, no solo era notable por su hermosura, sino tambien por su valor á toda prueba, y si algo se le podia reprochar era el ser demasiado temerario en la guerra.

—Ciudadanos, dijo, os daré mi opinion con la timidez de un jóven que se atreve á expresarse delante de hombres distinguidos y experimentados; pero creo, por lo que acaba de decirnos el general, en jefe, que nuestro plan de defensa es imposible; me parece debemos entrar en Flándes y atacar los Países Bajos austriacos; de este modo llamariamos la atencion del enemigo y le obligariamos á volver á Bruselas, en donde la presencia de los franceses estoy seguro que hace estallar una revolucion.

Saludó y se sentó: el general Monet se levantó.

—Me parece, dijo, despues de hacer justicia á nuestro jóven compañero, que si nos retirásemos á Flándes, seria abandonar el puesto que la Francia nos ha dado. Somos el único obstáculo entre la invasion y Paris. Propongo retirarnos hácia Chalons y defender la línea del Marne.

En aquel momento entró un ordenanza anunciando que un caba-

llero cubierto de polvo, y que llegaba de Verdun, deseaba hablar al general en jefe sin demora.

Dumuriez consultó con la vista á los miembros del consejo. Vió en todas las miradas el anhelo con que recibirían noticias, y dijo:

—Que pase.

Pocos momentos despues apareció Jacobo Merey con su traje medio de paisano, medio de militar, como representante del pueblo.

Levita azul con anchas solapas, cinturon con dos pistolas y un sable, sombrero con plumas tricolor, calzon ajustado y botas de campana.

—Ciudadanos, dijo, soy portador de malas noticias; pero las malas noticias no admiten retraso, y por eso he insistido por ser recibido. Verdun está en poder del enemigo y Beaurepaire se ha disparado un pistoletazo. El general Galbeau efectúa su retirada sobre Paris por Clermont y Santa Menehould, y yo vengo en nombre de Danton á deciros que en vuestras manos está la salvacion de la Francia.

Y adelantándose á Dumuriez, le presentó la carta de la cual era portador. El general en jefe la tomó y saludó sin leerla.

—Ciudadanos, dijo, ¿cuál es la opinion de la mayoría?

Los tres generales que aun no habian hablado se levantaron, y uno de ellos, en nombre suyo y de sus compañeros, dijo:

—General, participamos de la opinion del general Monet.

—¿Es decir que creéis debemos retirarnos hasta Chalons y defender la línea del Marne?

—Sí, ciudadano general, contestaron á una los tres.

—Está muy bien, ciudadanos; yo determinaré; y levantándose, suspendió la sesion saludando y despidiendo á los tres jefes.

Despues se volvió hácia Jacobo Merey.

—Ciudadano representante, le dijo, te hará falta un baño, un buen almuerzo y una buena cama; todo esto lo encontrarás en mi casa, si me haces el honor de aceptar la hospitalidad que te ofrezco.

—Con mucho gusto, contestó Jacobo Merey; tanto más cuanto que las noticias de Paris, que debo comunicaros ó dejaros adivinarson más terribles que las de Verdun.

Dumuriez, con la cortesía propia de un verdadero hidalgo, sonrió, saludó y pasó para mostrar á su huésped el camino del comedor.

Allí le aguardaban Westermann y Fabre de Eglantine.

—Ciudadanos, les dijo, vais á almorzar á la mayor brevedad; despues, teniendo que hacer frente á las noticias que acabo de recibir, vos, Westermann, marchareis á Metz y dareis la órden á Kellermann de venir á reunirse conmigo en Valmy, y vos, Fabre, tomareis un caballo y saldreis á escape para Chalons, en donde detendreis la retirada de Galbeau, á quien acompañareis con sus dos ó tres mil hombres hasta Revigny-aux-Vaches, en donde hasta nueva órden vigilarán las orillas del Aisne y del Marne.

Ambos hicieron un movimiento.

—Aquí teneis á este caballero, añadió Dumuriez, que es enviado tambien de Danton, y con las mismas instrucciones que habeis traído. El permanecerá á mi lado, y creo es suficiente para matarme si llegara el caso.

—Nuestra mision es estar á tu lado, ciudadano general, y no debemos ir á donde nos envias.

—Nuestra mision es servir á la patria, y os ordeno como general en jefe del ejército del Este, que vos, Westermann, marcheis inmediatamente á Metz y hagais venir á Kellermann, y si no á sus veinte mil hombres. En vuestro bolsillo llevareis vuestro nombramiento y su destitucion. A vos, Fabre, os mando vayais á Clermont y trateis de impedir la retirada, y si Galbeau se resiste, lo arrestareis en medio de sus tropas y lo mandareis al comité de salud pública atado de piés y manos.

Interin almorzais, escribiré las cartas y tomará un baño el ciudadano Jacobo Merey; despues le pondré al corriente de mis intenciones. Almorzad, amigos mios; y á tí, ciudadano, te conduciré mi ayuda de cámara al baño; ya sabes en dónde está el comedor; en él te aguardo despues.

Fabre y Westermann se sentaron á la mesa; Dumuriez entró en su despacho, el cual comunicaba con el comedor, y Jacobo Merey se dejó conducir al baño por el ayuda de cámara del general.

Las Termópilas de Francia.

Cuando Jacobo Merrey concluyó de asearse y se puso la ropa sacudida y cepillada por el asistente del general, se dirigió al comedor, en donde le aguardaba Dumuriez.

Estaba solo, y apenas le vió, le dijo:

—Ciudadano, no me admira que Danton sospeche de mí y multiplique sus agentes en derredor mio, pero con una palabra le tranquilizaré y á vos tambien.

Jacobo Merrey se inclinó.

—La situacion es mala, continuó Dumuriez; pero es como podia desearla un hombre de mi temple. La batalla que pienso dar salvará ó perderá á la Francia. Soy ambicioso y quiero agregar á mi nombre una victoria. Quiero que digan: los prusianos estaban cinco jornadas de Paris, y un hombre casi desconocido, Dumuriez, salvó la nacion; notad que digo la nacion.

Villars, en Denain; el mariscal de Sajonia, en Fontenoy, y otros, salvaron el reino; Dumuriez salvará en Argonne la nacion. La selva de Argonne es las Termópilas de Francia: yo la defenderé y seré más afortunado que Leónidas. ¡Almorcemos!

Y sentándose, tocó un timbre y señaló asiento á Jacobo.

—Llama á Thevenot, dijo al ordenanza, y á mis dos ayudantes.

Minutos despues se presentó un jóven que vestia uniforme de jefe de brigada.

Podia tener de treinta á treinta y dos años: sus ojos eran vivos inteligentes, y era de alta estatura.

Saludó á Dumuriez, quien le tendió familiarmente la mano.

—El jefe de brigada Thevenot, dijo el general, mi primer ayudante y algunas veces mi consejero.

Despues, señalando al doctor:

—El ciudadano Jacobo Merrey, doctor en medicina, y por ahora representante del pueblo y agregado á mi persona, añadió sonriendo de un modo particular.

Dos jóvenes vestidos con el uniforme de oficiales de húsares, y que podrian tener quince ó diez y seis años, entraron en aquel momento.

—Los señores de Fernig, que empiezan á mi lado la carrera militar, y á los que amo como á mis hijos.

Y efectivamente, los ojos de Dumuriez, expresivos y algo severos al fijarse en ambos jóvenes, se tornaron dulces y afectuosos.

Se acercaron á él, pusieron sus cuatro manos entre las del general, quien les sonrió paternalmente.

Ambos le besaron en la frente.

Jacobo Merrey, que medio se habia levantado para saludar á Thevenot, se levantó por completo al entrar los dos hermanos, mejor dicho, las dos hermanas, de las que reconoció el sexo sin vacilar.

—Segun todas las probabilidades, vamos á batirnos rudamente, y si algo les sucediera á uno de estos niños, os los recomiendo, doctor, dijo Dumuriez.

Y casi, á pesar suyo, lanzó un suspiro.

—El ciudadano Merrey, que ha sido enviado á Verdun, por nuestro amigo Danton, continuó el general, acentuando con su palabra y con su sonrisa la palabra amigo; ha llegado hoy anunciándonos que la ciudad se ha entregado, lo mismo que Longwy.

—¿No era Beaurepaire el que mandaba? preguntó Thevenot.

—Obligado Beaurepaire por la municipalidad á capitular, ha preferido suicidarse á entregarse, dijo Jacobo Merrey.

Hay más aun, replicó Dumuriez; cree el doctor que en Paris, de donde ha salido hace dos ó tres dias, van á tener lugar terribles acontecimientos.

—¿De qué género? preguntó Thevenot.

Los dos jóvenes húsares guardaban silencio, pero sus ojos hablaban.

—He creído traslucir en algunas palabras que me dijo Danton, que es importante comprometer hasta lo último á los habitantes de Paris, con el objeto de que, no aguardando perdon de los prusianos, perezcan entre las ruinas de la capital.

—¿Y qué piensa hacer Danton?

—Se habla de asesinar en las cárceles, y segun dicen, no se puede enviar á las fronteras á los voluntarios dejando á su espalda un enemigo más peligroso que el que van á combatir.

—Efectivamente, tal vez es un medio, contestó Dumuriez, sin admirarse ni alterarse.

Los dos jóvenes cambiaron una mirada con Thevenot, y este se encogió de hombros.

La mirada decia *piedad*, el movimiento de Thevenot *necesidad*.

En aquel momento se oyó la carrera de un caballo que entraba á galope en el patio.

Los dos jóvenes se levantaron, pero Dumuriez los detuvo con una mirada.

—Ved qué es eso, le dijo á Thevenot.

El ayudante fué á la ventana, la abrió, y se encontró tocando casi al correo.

—¿De quién? preguntó.

—El general lo verá; contestó entregando un pliego al jefe de brigada.

—Un despacho particular para vos solo; y entregó el pliego al general, diciendo á los ordenanzas que ayudaban á bajar del caballo al correo cansado y extenuado por el viaje.

—Cuidad que á ese hombre no le falte nada.

—Reservado y solo para mí, querido Thevenot; ya sabeis que no tengo secretos para vos ni para nadie, añadió Dumuriez volviéndose hácia el doctor y rompiendo el sobre.

—¡Ah! es del príncipe; dispensad, jamás me acostumbraré á llamarle *Igualdad*; qué quereis, mi buen Thevenot, ya se sabe que soy aristócrata.

Despues añadió dirigiéndose al doctor y leyendo:

—Teneis razon, doctor; anteayer ha empezado por los carruajes de presos que conducian á la Abadía. La mitad han sido muertos dentro de los carruajes, y los demás en el patio de la iglesia á donde les habian hecho entrar; los asesinatos han continuado en la cárcel de la Abadía y probablemente en las otras cárceles. Robespierre y Marat han dado el golpe. Danton no se ha presentado; estaba pasando revista á los voluntarios en el Campo de Marte.

—A fé mia, está muy lejos, y además ese asunto concierne en particular al *vecindario*, y nada tenemos que ver en él los militares. Leed, doctor, leed.

Y lanzó la carta del duque de Orleans al otro extremo de la mesa con tan soberano desprecio, que indicaba lo feliz que se creia siendo general en jefe en el teatro de la guerra más bien que ministro.

Jacobo Merrey la tomó con gravedad, demostrando le era indiferente el desden de Dumuriez, y la leyó desde un extremo á otro.

—¡Ah! exclamó; la Asamblea ha reclamado al padre Sicar y le ha salvado.

—¿La bondadosa Asamblea, exclamó Dumuriez, se ha atrevido á tanto? Pues el Ayuntamiento la dará de correazos.

—Manuel ha salvado á Beaumarchais, continuó Jacobo.

—¡Pardiez! Más valia que escogiera mejor, repuso Dumuriez.

—El duque añade que os enviará un correo diario, y os pregunta si deseais tener por ayudantes á sus dos hijos mayores.

Jacobo Merrey puso la carta sobre la mesa porque habia concluido.

—¡Diablo! esa es una pregunta cuya respuesta merece pensarse, replicó Dumuriez; monseñor dispone á su antojo. ¡Dos príncipes en mi ejército! Veremos.

Cada cual permanecia pensativo durante el resto del almuerzo. Solo los dos hermanos cambiaron en voz baja algunas palabras. El general en jefe se levantó y les dijo á Thevenot y á Jacobo:

—Ciudadanos, hacedme el obsequio de acompañarme á mi despacho.

Ambos se levantaron y siguieron á Dumuriez.

—Vamos á ver, ¿qué ha decidido el consejo? pregunto Thevenot.

—Nada de bueno. Dillon ha propuesto que se invadiera la Flándes, y eso hace quince dias hubiera sido oportuno, porque el enemigo entraria en Paris antes que llegáramos á Bruselas. Los demás opinan por la retirada hacia el Marne. Seria vergonzoso permitir que diera el enemigo un paso más en Francia; demasiado adelantado está. He contestado que reflexionaria, continuó Dumuriez, pero mi plan estaba ya formado. Hace un momento le dije á nuestro querido huésped que la selva de Argonne se convertiria en las Termópilas francesas. Cumpliré mi palabra. Aquí está en grande escala el plano del bosque de Argonne, que se extiende desde Semuy hasta Triancourt. Però tendremos necesidad de un hombre práctico, de un guarda del bosque; estamos á seis ó siete leguas; ordenad que monte un húsar á caballo, que lleve otro del diestro y conduzca aquí al primer guarda que encuentre.

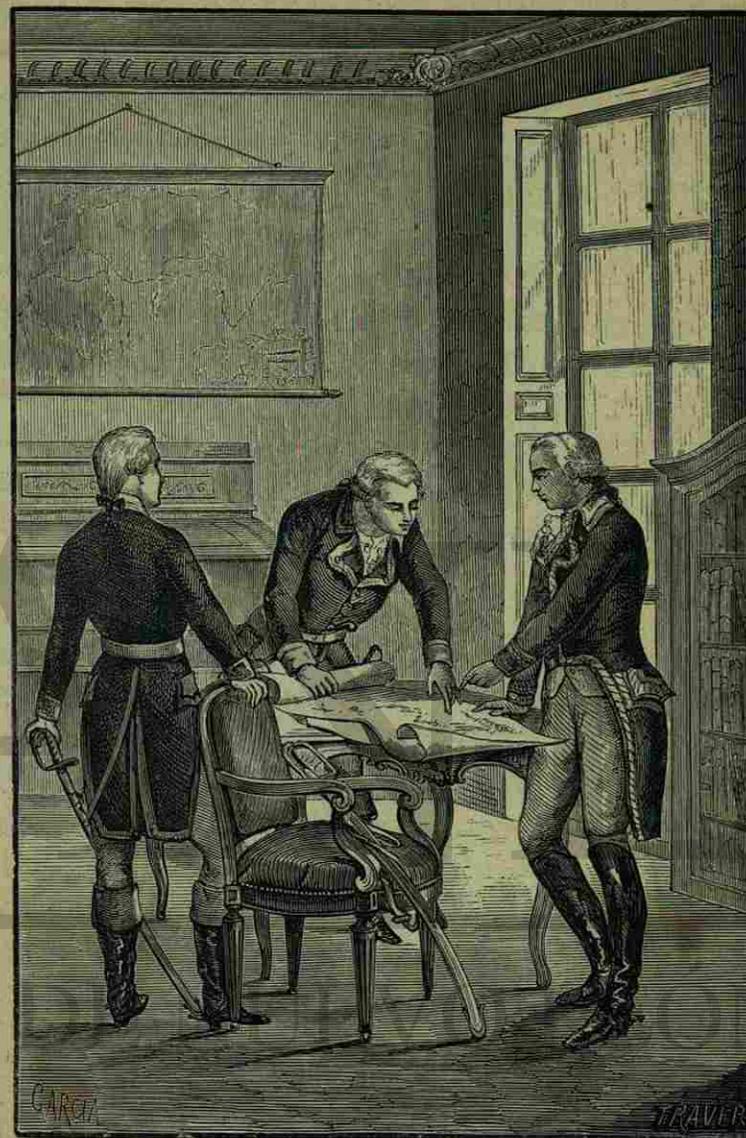
—Es inútil, ciudadano general, dijo Jacobo Merrey.

—¿Por qué? preguntó Dumuriez.

—Porque he nacido en Stenay; durante diez años he cazado, herborizado y hasta me he ocupado en la pesca en el bosque de Argonne, el que está encerrado, puede decirse, entre los dos rios el Aisne y el Oise; ningún guarda conoce el bosque mejor que yo.

—Entonces el ciudadano Danton nos ha dispensado un doble servicio; mira, Thevenot, continuó Dumuriez, escucha las ventajas que resultan de mi plan. Primero, no retrocedemos ni nos reducimos al Marne como último recurso para la defensa; despues hacemos perder un tiempo precioso al enemigo, y le obligamos á permanecer en la Champaña, en un país triste, árido, fangoso y que carece de lo necesario para la manutencion de un ejército; nó se le concede un país rico y fértil en donde pudiera invernar.

Si el enemigo, despues de haber perdido algunos dias, quiere buscar sitio mejor, se encontrará con Sedan y con todas las plazas fuertes de los países bajos; si se dirige al lado opuesto, se encontrará á Metz con Kellermann y su ejército. Galbeau, Kellermann y yo reunimos cincuenta mil hombres, y en último extremo pode-



—«No hay un instante que perder: indicadnos los desfiladeros del Argonne.»

mos dar la batalla. Además, ¿no veis que el cielo nos ayuda? Una lluvia constante cae sobre los prusianos y los empapa.

Han encontrado el lodo de la Lorena; hacia Metz y Verdun la tierra empieza á empaparse también, según me han dicho; Champaña será para ellos una verdadera frontera; los aldeanos emigran, los granos desaparecen como si los impulsara el huracán, y solo se quedan al enemigo tres cosas: la uva en agraz, la enfermedad y la muerte.

—Bravo, mi general, exclamó Thevenot; ahora os reconozco.

Jacobo Merrey le tendió la mano; el entusiasmo brillaba en sus ojos.

—General, le dijo, disponed de mí como guarda, como guía, como soldado; pero asociadme de un modo ó de otro á esa sublime empresa, salvación de la Francia. Seamos primero vencedores y me encargo de ser el griego de Maraton.

—Pues bien, pronto, decidnos los caminos que atraviesan el bosque. No hay un instante que perder; las herraduras de nuestros caballos están bien templadas.

Jacobo Merrey se inclinó sobre el plano.

—Thevenot, escuchad, dijo Dumuriez, y no perdais una sola palabra suya.

—Descuidad, general.

En aquellos tres hombres, inclinados sobre un plano y conspirando para realzar el honor de la Francia y salvar treinta y cinco millones de habitantes, había algo de solemne, de sagrado.

—En el bosque de Argonne, dijo Jacobo Merrey, hay cinco desfiladeros. Vedlos aquí; el primero hacia Semuy, en el extremo del bosque, y se llama el *Chêne-populeux* (1); el segundo cerca de Sagny, llamado la *Croix aux bois* (2); el tercero frente á Brécy, nombrado el *Grand Pré* (3); el cuarto, frente de Viennenla-Ville, titulado la *Chalade*, y por último, el quinto, que es el camino de Cler-

(1) El roble frondoso.

(2) La cruz de los bosques.

(3) Prado grande.

mont á Santa Menehould, llamado las *Isletas*. Los principales son *Grand Pré* y las *Isletas*.

—Desgraciadamente son los que están más lejanos de nosotros: por consiguiente, allí iré yo con todos los míos.

—Ahora bien; para llevar á cabo ese pensamiento teneis dos caminos, uno que pasa por detrás del bosque y que os oculta á la vista del enemigo, y otro que pasa por delante y os pone de manifiesto.

Dumuriez reflexionó.

—Pasaré por delante, dijo; conozco á Clerfayt, y al verme creerá que he recibido refuerzos y que ataco á los austriacos y á los prusianos separadamente, y se retirará á su atrincherado campamento de Brouenne, detrás de Stenay. Sentaos allí, Thevenot.

El ayudante se sentó, y febril, tomó pluma y papel y esperó.

El general tambien tenia fiebre, la cual luchaba con su inteligencia privilegiada.

—Escribid, dijo Dumuriez; ordenad á Dubouquet que abandone el departamento del Norte y que ocupe el *Chêne-populeux*: á Dillon, para que marche entre el rio Meuse y el Argonne hasta las *Isletas*, cuyo camino ocupará, así como el de la Chalade, arrollando todo á su paso; me habeis rogado que os ocupe, doctor, y no sé negar tales pretensiones á los leales patriotas. Os concedo un puesto peligroso: sereis su guía.

—Gracias, dijo Jacobo tendiendo su mano al general.

—Yo me encargo de la *Cruz de los bosques* y del *Prado Grande*; ¿habeis concluido?

—Sí, contestó Thenevot, quien escribia tan rápidamente como el general dictaba.

—Ahora, orden á Bournoville para que abandone la frontera de los Países Bajos, en donde nada hay que hacer, y se encuentre el 13 en Rethel con diez mil hombres, y ahora que toquen á marchar y bota-sillas.—Esta orden fué dada á las dos hermanas Fernig, quienes salieron á galope por la poblacion.

Un cuarto de hora despues estaban ejecutadas las órdenes de Dumuriez, y en medio del ruido se oian las agudas sonatas de las cornetas y los sordos redobles de tambor.

VIII.

La cruz de los bosques.

Dos horas despues, todo el ejército estaba en marcha y acampaba á cuatro horas de Sedan.

Al dia siguiente tenia noticia Dillon de que las avanzadas de Cherfayt ocupaban las dos orillas del Meuse.

Una hora más tarde, el general Miakiuski, guiado por Jacobo Merey, atacaba con quinientos hombres los veinticuatro mil austriacos que mandaba Cherfayt, el que, segun lo previsto por Dumuriez, se retiraba encerrándose en su campamento de Brouenes.

Dillon pasó por el *Chêne-populeux*, ocupado ya y defendido por el general Dubouquet, continuando entre el Meuse y el Argonne, seguido por Dumuriez y sus quince mil hombres.

Al dia siguiente llegó á Baffu el general en jefe, deteniéndose allí para ocupar los desfiladeros de la *Croix aux bois* y del *Grand Pré*.

Dillon continuó intrépidamente su camino y dejando al pasar por la Chalade dos mil hombres para defenderla, llegó á las *Isletas* en donde encontró á Galbeau con cuatro mil hombres.

El coronel sin orden ninguna habia llegado hasta allí y no habia visto á Fabre de Eglantine, quien corria por el camino de Chalons para buscarlo,

En las *Isletas* fué en donde Jacobo Merey, de gran utilidad para Dillon, conocia perfectamente las colinas y barrancos del país; así es que le indicó un sitio en la cima de una montaña que domina las

mont á Santa Menehould, llamado las *Isletas*. Los principales son *Grand Pré* y las *Isletas*.

—Desgraciadamente son los que están más lejanos de nosotros: por consiguiente, allí iré yo con todos los míos.

—Ahora bien; para llevar á cabo ese pensamiento teneis dos caminos, uno que pasa por detrás del bosque y que os oculta á la vista del enemigo, y otro que pasa por delante y os pone de manifiesto.

Dumuriez reflexionó.

—Pasaré por delante, dijo; conozco á Clerfayt, y al verme creerá que he recibido refuerzos y que ataco á los austriacos y á los prusianos separadamente, y se retirará á su atrincherado campamento de Brouenne, detrás de Stenay. Sentaos allí, Thevenot.

El ayudante se sentó, y febril, tomó pluma y papel y esperó.

El general tambien tenia fiebre, la cual luchaba con su inteligencia privilegiada.

—Escribid, dijo Dumuriez; ordenad á Dubouquet que abandone el departamento del Norte y que ocupe el *Chêne-populeux*: á Dillon, para que marche entre el rio Meuse y el Argonne hasta las *Isletas*, cuyo camino ocupará, así como el de la Chalade, arrollando todo á su paso; me habeis rogado que os ocupe, doctor, y no sé negar tales pretensiones á los leales patriotas. Os concedo un puesto peligroso: sereis su guía.

—Gracias, dijo Jacobo tendiendo su mano al general.

—Yo me encargo de la *Cruz de los bosques* y del *Prado Grande*; ¿habeis concluido?

—Sí, contestó Thenevot, quien escribia tan rápidamente como el general dictaba.

—Ahora, orden á Bournoville para que abandone la frontera de los Países Bajos, en donde nada hay que hacer, y se encuentre el 13 en Retheo con diez mil hombres, y ahora que toquen á marchar y bota-sillas.—Esta orden fué dada á las dos hermanas Fernig, quienes salieron á galope por la poblacion.

Un cuarto de hora despues estaban ejecutadas las órdenes de Dumuriez, y en medio del ruido se oian las agudas sonatas de las cornetas y los sordos redobles de tambor.

VIII.

La cruz de los bosques.

Dos horas despues, todo el ejército estaba en marcha y acampaba á cuatro horas de Sedan.

Al dia siguiente tenia noticia Dillon de que las avanzadas de Cherfayt ocupaban las dos orillas del Meuse.

Una hora más tarde, el general Miakiuski, guiado por Jacobo Merey, atacaba con quinientos hombres los veinticuatro mil austriacos que mandaba Cherfayt, el que, segun lo previsto por Dumuriez, se retiraba encerrándose en su campamento de Brouenes.

Dillon pasó por el *Chêne-populeux*, ocupado ya y defendido por el general Dubouquet, continuando entre el Meuse y el Argonne, seguido por Dumuriez y sus quince mil hombres.

Al dia siguiente llegó á Baffu el general en jefe, deteniéndose allí para ocupar los desfiladeros de la *Croix aux bois* y del *Grand Pré*.

Dillon continuó intrépidamente su camino y dejando al pasar por la Chalade dos mil hombres para defenderla, llegó á las *Isletas* en donde encontró á Galbeau con cuatro mil hombres.

El coronel sin orden ninguna habia llegado hasta allí y no habia visto á Fabre de Eglantine, quien corria por el camino de Chalons para buscarlo,

En las *Isletas* fué en donde Jacobo Merey, de gran utilidad para Dillon, conocia perfectamente las colinas y barrancos del país; así es que le indicó un sitio en la cima de una montaña que domina las

Isletas y que era á propósito para colocar una batería, con lo que era imposible ocupar aquel punto.

□ Han pasado setenta y seis años y todavía se ve el sitio en donde estuvo colocada.

Además de aquella batería, levantó Dillon excelentes trincheras, mandó derribar árboles, formando barricadas con ellos, y se posesionó completamente de los dos caminos que conducen á Santa Menehould y de allí á Chalons.

No eran ménos formidables los trabajos que hacia ejecutar Dumuriez en el *Prado Grande*. El ejército ocupaba las alturas que se elevan formando anfiteatro, y al pié se extendian vastísimos prados, en donde el enemigo tenia que presentarse al descubierto.

Sobre el rio Aisne habian echado dos puentes, y la vanguardia los defendia con orden de que si se veian atacados se retirasen, incendiando los puentes.

En un caso que el general en jefe fuese arrojado de sus posiciones, bajaria por el lado opuesto, pondria el rio entre él y los enemigos y haria saltar los dos puentes.

Pero era casi seguro de que se frustrarian los ataques de los prusianos y que Dumuriez desde aquellas alturas podria dominar la situacion con toda tranquilidad.

El 8 llegó la noticia de que Dubouquet habia ocupado la vispera con sus seis mil hombres *el roble frondoso*. Solo quedaba la *Cruz de los bosques* situado entre el *Prado Grande*, y *el roble frondoso*; pero Dumuriez se personó, hizo cortar el camino, mandó derribar los árboles y dejó dos escuadrones y dos batallones para defenderlo.

Su promesa estaba realizada: el bosque estaba defendido como las Termópilas, y Paris tenia delante de sí una trinchera que miraba como inexpugnable el que la habia formado.

El duque de Orleans cumplia lo ofrecido; Dumuriez habia sabido dia por dia los asesinatos de las cárceles. Aquellos repugnantes espectáculos, la muerte de la princesa de Lamballe en la Abadía, la de los niños en Bicetre y la de las mujeres en la Salpetriere, le indignaban á pesar de su aparente indiferencia.

El mismo duque de Orleans no habia permanecido impasible an-

te los asesinatos. Con el pretexto de que la princesa de Lamballe era amiga de la reina, habian llevado en una pica su cabeza hasta debajo de sus balcones y habian obligado al duque y á la señora de Buffon á que la saludaran.

La señora de Buffon estaba sentada á la mesa, y pálida, lívida y medio muerta se presentó en el balcon.

El duque de Orleans pagaba viudedad á la princesa de Lamballe, y le escribió á Dumuriez diciendo:

«Mi fortuna ha tenido un aumento con esa muerte de 300.000 francos, pero mi cabeza está pendiente de un hilo.

»Os envio mis dos hijos mayores; *salvadlos.*»

Ya no fué posible vacilar, sino hacerse cargo de ellos. El dia 10 llegó de la Flándes francesa el duque de Chartres con su regimiento, en el cual su hermano, el duque de Montpensier, servia como teniente.

Era entonces un valiente y hermoso jóven de veinte años, educado á lo Juan Jacobo Rousseau, por Mme. de Genlis, muy instruido, aun cuando su instruccion era más bien extensa que profunda.

En los combates habia dado muestras de mucho valor y serenidad.

Su hermano era todavía un niño, pero encantador, como el que yo he conocido del mismo nombre.

Dumuriez los recibió perfectamente, y desde aquel dia una idea germinó en su cerebro.

Luis XVI era ya imposible; muchas faltas y hasta perjuicios le habian hecho odioso á la nacion; la república era inevitable; ¿pero seria duradera?

No lo creia Dumuriez. Al emigrar el duque de Provenza y el de Artois habian renunciado al trono de Francia.

Se necesitaban dos ó tres victorias, en las que tomara parte el duque de Chartres, para popularizarlo, y cuando fuera oportuno presentarlo á la Francia como un término medio entre la república y la soberanía.

Este ensueño desde aquel momento lo acarició Dumuriez.

El cuerpo de ejército que Dumuriez habia tenido bajo sus órde-

nes en Flándes se presentó también con los príncipes. Se componía de hombres valientes, aguerridos y decididos. Lo que refirieron de sus generales acabó de decidir á Dumuriez.

Con su clara inteligencia comprendía era preciso que el soldado continuase con tan buenas disposiciones: ordenó que tocara tres veces por día la banda de música: dió bailes al aire libre, iluminando los árboles y convidando á todas las lindas jóvenes de Cerney, Melzicourt, Vienne-le-Chateau, de la Chalade, de Santo Tomás, de Vienne-la-Ville y de las Isletas.

El estudio de popularidad lo empezaron los dos príncipes bailando con las aldeanas, y los dos húsares les ayudaban lo mejor que podían.

Dos ó tres veces convidó Dumuriez á la oficialidad prusiana y austriaca de Stenay, de Dunsur, Meuse, de Charny y de Verdun, y si hubieran aceptado les hubiera enseñado sus trincheras; pero no fué así, y tuvo que privarse del placer que pudiera causarle aquella gasconada.

Sin embargo, lo mismo sufrían los soldados enemigos que los nuestros: la continua lluvia que obligaba á cubrir con arena del río el sitio en donde se bailaba, el mal vino y la mala cerveza.

Pero el aspecto y la palabra del general en jefe era como el sol del medio día; si le veían contento, el soldado cantaba; si al comer su pan moreno se sonreía, el soldado comía el suyo gritando: ¡Viva la nación!

Un día tuvo lugar un hecho grave, y que demostró los sentimientos que dominaban á aquel ejército, sobre el cual estribaba la salvación de la Francia.

Diariamente se presentaban destacamentos de voluntarios, los que se incorporaban á los regimientos. Como todas las poblaciones envió Chalons su contingente, aprovechándose de la revolución para librarse de lo más perdido.

Era una turba de bribones, entre los que había unos cincuenta que, obedeciendo á la circular de Marat, habían cometido los mayores excesos.

Un día empezaron á gritar: ¡Viva Marat! ¡La cabeza de Dumu-

riez, la cabeza del aristócrata, la cabeza del traidor! Pero creyeron verse secundados por las tres cuartas partes del ejército, y se encontraron solos.

Mientras procuraban sembrar la discordia entre los patriotas, montó Dumuriez á caballo con sus húsares.

Los alborotadores vieron montar cuatro cañones en batería y al otro lado un escuadrón dispuesto á cargar, ordenando Dumuriez á los artilleros que tuvieran encendidas las mechas y á los húsares que empuñaran el sable desnudo; haciendo él lo mismo y acercándose á ellos, dijo con voz sonora y grave:

—El ejército de Dumuriez no admite en sus filas sino patriotas verdaderos y hombres honrados. Desprecia á los maratistas y odia á los asesinos. Entre vosotros hay miserables que os aconsejan un crimen; arrojadlos de vuestras filas, porque si no, ordeno á mis artilleros que hagan fuego y á mis húsares que den de sablazos á los que queden vivos. Fuera los maratistas, ¿me entendéis? fuera los asesinos; en nuestras filas no queremos verdugos. Arrojadlos de ellas y volved á ser buenos, valientes y heroicos, como aquellos con quienes teneis el honor de alternar.

Cincuenta ó sesenta hombres fueron echados del ejército, y desaparecieron como si les hubiera tragado la tierra. Los demás volvieron á las filas, participando de los sentimientos del ejército, ajeno completamente los excesos del interior.

El rey de Prusia permaneció en Verdun hasta el 10 de Setiembre, repitiendo á todo el que quería escucharle que había entrado en Francia para devolver *al rey la soberanía, á los sacerdotes las iglesias y á los propietarios sus propiedades.*

Aquellas palabras habían llamado la atención de los aldeanos. Estando en Francia muy arraigado el sentimiento religioso, se hubieran prestado ellos mismos á entregar las iglesias á los sacerdotes, si de eso solo se hubiera tratado; pero al entregar las iglesias devolvían los bienes al clero, lo cual era más difícil.

Habían confiscado cuatro mil millones en bienes conventuales y otras diferentes órdenes religiosas, los que, vendidos desde el mes de Enero, habían dejado de ser propiedad muerta para con-

vertirse en útil, y de manos holgazanas habían pasado á las trabajadoras, de los abades libertinos, canónigos, obreros y obispos fastuosos, á los honrados labradores (1).

El 10 de Setiembre se decidieron los prusianos á ponerse en movimiento; sondearon nuestras avanzadas y tuvieron escaramuzas con los destacamentos.

En algunos puntos estaban los soldados tan deseosos de empeñar una accion decisiva, que escalaron las trincheras y cargaron á la bayoneta.

Aquella misma noche se dió el parte al general, y Jacobo Merey, que no tenia puesto fijo, y al que se le encargó visitase los puestos de guardia, volvió diciendo que la Cruz de los Bosques no le parecia bien defendida.

Desgraciadamente el coronel que mandaba no estuvo de acuerdo con él, y como aquel camino era el único que los prusianos no habían procurado tomar, dijo que creia les era desconocido, y que no solo tenia fuerzas suficientes para defenderlo, sino que podia enviar á Prado Grande doscientos ó trescientos hombres.

Jacobo Merey insistió con Dumuriez; pero deseando el coronel hacer ver que llevaba la razon, mandó á la Chalade un batallon y un escuadron, quedándose por consiguiente con algunas centenas de hombres.

Atormentado Jacobo Merey por sus presentimientos, montó á caballo á la noche siguiente y se dirigió á la Cruz de los Bosques.

Poco á poco se borraron de su imaginacion las ideas que habían sido causa de su paseo, y empezó á soñar como soñaba cuando estaba solo.

Con Eva, con la existencia árida y vacía que arrastraba, por más que pareciese y fuese realmente agitada.

Jacobo era un buen patriota; sí, la Francia ocupaba en su corazon el lugar que debia ocupar, pero no por eso era ménos poderoso el recuerdo de Eva.

¿En dónde estaba? ¿qué la sucedia? Le habia sido arrebatada tal

(1) Michelet, tomo IV, pág. 216.

vez antes que se hubiera perfeccionado la creacion, no del cuerpo, pero sí de la inteligencia.

Se conservaria hermosa y aun habria embellecido más, á no dudarlo; ¿pero estaria su imaginacion bastante desarrollada por la educacion para discernir el bien del mal? ¿Tendria la memoria sólida y firme para encerrar y conservar en su corazon el recuerdo de aquel que la habia hecho, despues de Dios, lo que era?

—¡Oh! murmuraba Jacobo Merey; su ingenio se habia despejado, pero su alma todavía estaba desordenada y confusa.

Y poco á poco veia borrarse su imágen de aquella alma incompleta y confundirse en esa oscura noche del pasado, en la que flotan los sueños, se evaporan y desaparecen por la puerta de marfil.

Jacobo Merey habia dejado caer las riendas sobre el cuello de su caballo.

Ya no estaba en los límites del bosque de Argonne, ni caminaba á orillas del Aisne, ni pensaba en vigilar la Cruz de los Bosques.

Se encontraba en Argenton, en aquella casa misteriosa y al pié del árbol de la ciencia. Conducia á Eva á la gruta de las meditaciones, en donde por primera vez le habia dicho que le amaba, y cuya frase repetia. Volvia á gozar aquella vida feliz, cuando le pareció oír ruido de fusilería y el grito de ¡Alarma!

Se enderezó sobre los estribos, y su caballo relinchó.

Como por mágia desapareció aquella fantástica ilusion. Lo mismo que el que se encuentra dormido y se cree trasportado á deliciosos jardines bajo un sol luminoso y ardiente, y que de repente se despierta en un desierto en medio de precipicios y envuelto en la oscuridad de la noche, así Jacobo se despertó en un camino cenagoso, en un bosque sômbrio, empapado por lluvia menuda y helada, en medio de los resplandores de la artillería y del tiroteo, los que iluminaban la frondosidad del bosque.

Jacobo Merey puso el caballo á galope, pero al llegar á la pequeña llanura de Longrée se encontró con los fugitivos.

Todo lo adivinó: habían atacado la Cruz de los Bosques, como lo habia previsto, y la posicion habia sido forzada por los austriacos y los emigrados mandados por el príncipe de Ligne.

A la entrada de la llanura se había formado una especie de cuadro, y Jacobo Merey corrió al sitio en donde todavía se defendían. Pero trescientos ó cuatrocientos hombres de caballería atacaban al coronel francés, que procuraba, rodeado por sus soldados, efectuar la retirada.

Jacobo Merey se lanzó en medio de la pelea.

El coronel luchaba cuerpo á cuerpo con dos ginetes, que habían cargado al grito de ¡Viva el rey! rompiendo el cuadro.

Jacobo tiró dos pistoletazos y los lanzó del caballo; pero casi al mismo tiempo se encontró cercado; tomó el sable, y en la oscuridad de la noche dió y paró los golpes: de cuando en cuando los fogonazos de las pistolas esparcían una claridad efímera; pero en uno de aquellos momentos creyó reconocer Jacobo al señor de Charelet con el uniforme verde y gris de los emigrados.

Lanzó un grito de rabia y picó espuelas al caballo para alcanzarlo; pero el animal recibió un tiro en la cabeza al encabritarse y cayó, arrastrando tras de sí á Jacobo, al que iba destinado aquel balazo.

Guarecido por el cadáver de su caballo, permaneció inmóvil algunos minutos entre los pies de los caballos, pero despues se levantó, y desliziéndose por un claro se encontró bajo la cúpula del bosque, es decir, en la más profunda oscuridad.

Nada podía hacer en aquella terrible acometida que entregaba á lo nemigos uno de los caminos, pero podía mucho si con tiempo daba parte á Dumuriez de aquella catástrofe. Se apoyó contra el tronco de un árbol, y viendo que no estaba herido reflexionó, empezando por orientarse y recordando había un sendero que conducía de Longwée á Prado Grande por las orillas del Aisne.

Jacobo Merey escuchó, oyó el rumor del agua, y bajando un ribazo, encontró el manantial; esto le tranquilizó; buscó el sendero y emprendió su camino á Prado Grande, distante legua y media, y á donde llegó tres cuartos de hora despues.

Eran las dos y media, cuando empapado por la lluvia y cubierto de lodo y de sangre, llamaba á la puerta del general.

IX.

El príncipe de Ligne.

Jacobo Merey tenía bastante inteligencia y conocía demasiado la guerra para que otro que no fuera el general en jefe recibiera aquellas noticias.

En esos casos, las resoluciones prontas, la sangre fría y la reserva del general salvan á un ejército.

Sabía cuál era la habitación de Dumuriez, y pensaba que el ordenanza que velaba en la antecámara le despertara cuando vió luz por entre las junturas de la puerta.

Llamó; la voz firme y grave del general le contestó:

—Adelante.

El general no estaba acostado. Escribía en sus Memorias, en donde consignaba dia por dia todo lo que le sucedía.

Se había retrasado algunos dias y procuraba ponerse al corriente.

—¡Ah! ¡ah! exclamó al ver á Jacobo Merey cubierto de sangre; apuesto que me traeis alguna noticia mala.

—Verdad es, general. El paso de la Cruz de los Bosques ha sido forzado por los austriacos.

—Tenía ese presentimiento; ¿y el coronel?

—Muerto.

—Es lo mejor que podía haber hecho.

Dumuriez descolgó de la pared un gran plano del bosque de Argonne.

—¡Ah! dijo filosóficamente; cada hombre es preciso que tenga sus defectos y sus cualidades.

A la entrada de la llanura se había formado una especie de cuadro, y Jacobo Merey corrió al sitio en donde todavía se defendían. Pero trescientos ó cuatrocientos hombres de caballería atacaban al coronel francés, que procuraba, rodeado por sus soldados, efectuar la retirada.

Jacobo Merey se lanzó en medio de la pelea.

El coronel luchaba cuerpo á cuerpo con dos ginetes, que habían cargado al grito de ¡Viva el rey! rompiendo el cuadro.

Jacobo tiró dos pistoletazos y los lanzó del caballo; pero casi al mismo tiempo se encontró cercado; tomó el sable, y en la oscuridad de la noche dió y paró los golpes: de cuando en cuando los fogonazos de las pistolas esparcían una claridad efímera; pero en uno de aquellos momentos creyó reconocer Jacobo al señor de Charelet con el uniforme verde y gris de los emigrados.

Lanzó un grito de rabia y picó espuelas al caballo para alcanzarlo; pero el animal recibió un tiro en la cabeza al encabritarse y cayó, arrastrando tras de sí á Jacobo, al que iba destinado aquel balazo.

Guarecido por el cadáver de su caballo, permaneció inmóvil algunos minutos entre los pies de los caballos, pero despues se levantó, y deslizándose por un claro se encontró bajo la cúpula del bosque, es decir, en la más profunda oscuridad.

Nada podía hacer en aquella terrible acometida que entregaba á lo nemigos uno de los caminos, pero podía mucho si con tiempo daba parte á Dumuriez de aquella catástrofe. Se apoyó contra el tronco de un árbol, y viendo que no estaba herido reflexionó, empezando por orientarse y recordando había un sendero que conducía de Longwée á Prado Grande por las orillas del Aisne.

Jacobo Merey escuchó, oyó el rumor del agua, y bajando un ribazo, encontró el manantial; esto le tranquilizó; buscó el sendero y emprendió su camino á Prado Grande, distante legua y media, y á donde llegó tres cuartos de hora despues.

Eran las dos y media, cuando empapado por la lluvia y cubierto de lodo y de sangre, llamaba á la puerta del general.

IX.

El príncipe de Ligne.

Jacobo Merey tenía bastante inteligencia y conocía demasiado la guerra para que otro que no fuera el general en jefe recibiera aquellas noticias.

En esos casos, las resoluciones prontas, la sangre fría y la reserva del general salvan á un ejército.

Sabía cuál era la habitación de Dumuriez, y pensaba que el ordenanza que velaba en la antecámara le despertara cuando vio luz por entre las junturas de la puerta.

Llamó; la voz firme y grave del general le contestó:

—Adelante.

El general no estaba acostado. Escribía en sus Memorias, en donde consignaba dia por dia todo lo que le sucedía.

Se había retrasado algunos dias y procuraba ponerse al corriente.

—¡Ah! ¡ah! exclamó al ver á Jacobo Merey cubierto de sangre; apuesto que me traeis alguna noticia mala.

—Verdad es, general. El paso de la Cruz de los Bosques ha sido forzado por los austriacos.

—Tenía ese presentimiento; ¿y el coronel?

—Muerto.

—Es lo mejor que podía haber hecho.

Dumuriez descolgó de la pared un gran plano del bosque de Argonne.

—¡Ah! dijo filosóficamente; cada hombre es preciso que tenga sus defectos y sus cualidades.

Impetuoso para concebir un pensamiento, con frecuencia me falta la paciencia para ejecutarlo.

Debia haber recorrido y estudiado yo mismo todos esos caminos; no lo he hecho así, y he escrito á la Asamblea que Argonne era el Termópilas de la Francia, y mis Termópilas han sido forzadas y Leónidas no ha muerto.

—Felizmente, dijo Jacobo Merrey, puede haber, despues de las Termópilas, Salamina.

—Eso se dice fácilmente, contestó con calma Dumuriez; pero si Clerfayt, segun costumbre, no pierde el tiempo, cerca á Prado Grande y con sus treinta mil austriacos ocupa las orillas del Aisne, ínterin me atacan de frente los prusianos, encerrado aquí por setenta y cinco mil hombres, con mis veinticinco mil, dos corrientes de agua y el bosque, no me queda más recurso que rendirme ó hacer matar mis soldados desde el primero hasta el último, y el ejército con el cual contaba la Francia está aniquilado, dejando libre el camino de la capital para los aliados.

—Es preciso, sin perder un instante, arrojarlos de ahí, general.

—Eso es lo que pienso hacer. Despertad á Thevenot, que está en el cuarto inmediato.

Jacobo Merrey abrió la puerta, llamó al ayudante, el que jamás dormia sino á medias, por lo que saltó de la cama, se puso un pantalon y corrió al despacho.

—La Cruz de los Bosques ha sido invadida, dijo Dumuriez; despertad á Charot, que tome seis mil hombres, y que vuelva á ocupar aquel punto, cueste lo que cueste.

Thevenot apenas empleó el tiempo preciso en vestirse, y rápidamente fué en busca del general Charot, le despertó y le transmitió la órden del general.

Entre tanto Jacobo Merrey le explicaba á Dumuriez todo lo sucedido en la Cruz de los Bosques.

Quando supo Dumuriez que habia vuelto al campamento de Prado Grande por senderos de travesía, le preguntó si por el mismo camino podria él conducir una columna para atacar por el flanco al enemigo, mientras que Charot atacaria de frente.

Jacobo Merrey ofreció conducirla, dero siendo solo de infantería, porque miraba como imposible que pudiera pasar la caballería por aquellos caminos.

A pesar de la rapidez con que se preparó todo, era ya muy de dia cuando la columna se encontró dispuesta á marchar; pero Dumuriez reflexionó en que un ataque á la luz del sol podia tener sus desventajas, mientras que de noche, sorprendiendo al enemigo, atacado por un lado y de frente, podia esperarse mejor éxito.

Charot necesitaba tres horas para andar las tres leguas por la calzada de Argonne, en la que se daba un doble rodeo.

Con hora y media tenia bastante Jacobo Merrey para conducir la columna hasta Longwée; por consiguiente, se convino en que Charot, marcharia á las cinco para llegar completamente de noche á la entrada del desfiladero, y Jacobo y los suyos llegarían á las diez y media.

Charot llevaba dos piezas de campaña, y los primeros cañonazos serian la señal para que atacara la columna.

Merrey tuvo tiempo de mudar de traje, de tomar un baño, y á las seis y media de la tarde, con un fusil al hombro y su uniforme de representante, se puso á la cabeza de la columna.

El duque de Chartres habia pedido tomar parte en la expedicion, pero Dumuriez le contestó riendo:

—Paciencia, paciencia, monseñor; esperad una batalla digna de vos, á la luz del sol, porque á los príncipes reales no les convienen los combates nocturnos.

Y añadió en voz baja:

—Sobre todo cuando son aptos para la sucesion.

A las ocho veian Jacobo Merrey y sus quinientos hombres, como á un cuarto de legua y á través de los árboles, las hogueras de los vivacs, que se extendian á lo largo del desfiladero, pero que eran más numerosos hácia la aldea de Longwée, en donde estaba el cuartel general del príncipe de Ligne.

Cada soldado puso su mochila en el suelo, se sentó sobre ella, comió un pedazo de pan, bebió un trago de aguardiente y esperó con impaciencia.

Cerca de las diez se oyeron los primeros tiros disparados por la vanguardia francesa contra las avanzadas austriacas.

Diez minutos después los estampidos del cañon anunciaron que la artillería empezaba á tomar parte.

La columna de Jacobo Merey vió desde los primeros disparos el desórden que causaban en la línea enemiga; á la luz de las hogueras distinguían á los soldados armándose y corriendo al lugar del combate.

Mucho trabajo le costaba á Jacobo contener á sus soldados; pero sus órdenes eran terminantes: no mezclarse en nada ínterin no se escuchara el primer cañonazo.

La tan deseada señal se oyó. Los soldados cogieron sus fusiles y se lanzaron con Jacobo Merey á la cabeza.

—¡A la bayoneta! gritó Jacobo; no hagais fuego hasta el último extremo.

Y cargaron al grito de ¡Viva la nacion! el que, repetido por el eco del bosque, pudo hacer creer á los austriacos y á los emigrados que lo repetian diez mil voces.

Para combatir contra la Francia no eran ménos valientes los emigrados. Al grito de ¡Viva la nacion! contestaron con el de ¡Viva el rey! y una carga de caballería bajó como un torbellino desde la colina en donde estaba situada la aldea, mandada por un hombre de treinta á treinta y cinco años, que vestia el uniforme de coronel austriaco, casaca blanca, pantalon grana y cinturon de oro.

—¡Fuego á veinte pasos, y á los que sobrevivan recibidlos á la bayoneta! gritó Jacobo.

Después, con voz de trueno, añadió:

—Me encargó del jefe.

Y poniéndose en medio del camino á la cabeza de la columna, aguardó que los primeros ginetes estuvieran á veinte pasos, y entonces apuntó al jefe é hizo fuego.

Quinientos tiros acompañaron al suyo.

Cada cual se habia colocado lo mejor que le era posible para tirar: cada uno habia hecho la puntería á la luz de las hogueras. Lo estrecho del desfiladero no permitia que la caballería cargase sino

á ocho hombres de frente; pero las balas, al cruzarse, habian caido en las filas, causando doscientas bajas en los combatientes y ciento en los caballos.

El jefe, á quien habia apuntado Jacobo, llevado por el galope de su caballo, fué á caer á sus piés. La bala le habia dado en medio del pecho: estaba muerto.

El desfiladero estaba obstruido por los cadáveres de hombres y caballos de tal modo, que los últimos ginetes no pudieron salvar aquella sangrienta barricada que se habia levantado entre ellos y los patriotas.

Algunos de los que sobrevivian se arrojaron sobre las bayonetas, y, ó fueron muertos, ó hechos prisioneros.

—¡Volved á cargar y tirad como podais! gritó Jacobo Merey.

Los patriotas cargaron sus fusiles, y lanzándose por cada lado del camino en el bosque, lo que era imposible para los ginetes, los persiguieron fusilándolos.

La bayoneta era para los desmontados. Se defendian con encarnizamiento; primero, porque eran valientes; segundo, porque no ignoraban que los prisioneros emigrados eran fusilados.

A consecuencia de esto, preferian morir en el campo de batalla, que en los fosos de una ciudadela.

Además, se oia más cerca el cañon de Charot, prueba de que los austriacos se batian en retirada. Habia cometido el mismo error. Después de tomar la Cruz de los Bosques, no habia dejado en ella bastantes defensores.

Los fugitivos llevaron á las columnas austriacas la noticia de que el ejército estaba cortado, que el cuerpo de emigrados habia sido exterminado casi por completo, y que el príncipe de Ligne, su jefe, yacia muerto por el primer tiro disparado por los patriotas.

Algunos fueron llevados á la tienda de Dumuriez, después de haberse defendido hasta la desesperacion.

Con respecto á Jacobo Merey, apenas cesó el combate se ocupó de los heridos, y como en aquella época los hospitales ambulantes estaban mal organizados, y puede decirse no habia todavía, hizo reunir todos los caballos sin dueño que se encontraron, incluso el del

príncipe de Ligne, que fué reconocido por la silla y las pistoleras, bordadas de oro, y temiendo tomara el enemigo la ofensiva los empleó en trasportar heridos hasta Vonziers, en donde estableció su cuartel general, dejando el cuidado de anunciar la victoria al general en jefe, á otro más ambicioso que él.

Jacobo Merey ordenó que se les guardasen á los austriacos las mismas consideraciones que á los franceses, y colocados bajo el mismo techo, recibieron todos su eficaz asistencia y sus cuidados.

Pero apenas estaban instalados y hechas las primeras curas, oyeron de nuevo el cañon, cada vez más próximo á Vonziers, lo que indicaba que Charot se batía á su vez en retirada.

Efectivamente, dos horas despues llegaron á Vonziers algunos de esos hombres que parece tienen alas en los piés para ser los primeros en anunciar una catástrofe, diciendo que en pos de ellos llegaba el cuerpo de ejército de Charot, el que tocaba retirada.

Comprendiendo Clerfayt la importancia de la Cruz de los Bosques, al escuchar el estampido del cañon, habia volado con sus treinta mil hombres, arrollando lo que se oponia á su paso.

Informaron á Jacobo Merey de que uno de los soldados que habia combatido á sus órdenes deseaba entregarle varios y preciosos objetos, los que no queria poner en manos de otra persona.

Dió orden para que le dejaran entrar: era un cabo.

Habia registrado al jefe de los emigrados, y le habia encontrado un bolsillo que contenia ciento veinte luises, una cartera, en donde habia una carta empezada para su esposa; varios anillos de gran valor y un reloj sembrado de diamantes. Todo se lo presentó al doctor, diciendo que, puesto que era él quien habia dado muerte al príncipe, nada más justo que fuese su heredero.

—Amigo mio, le dijo Jacobo Merey, no me creo con ningun derecho á esos objetos; pero como están en mis manos, te diré lo que es preciso hacer. Se avisa á los médicos de Mezieres, de Sedan, de Rethel, de Reims y de Santa Menchould; se acepta la abnegacion de los que sean ricos, y con los ciento veinte luises del príncipe de Ligne se pagan los servicios de los que sean pobres. ¿No piensas lo mismo?

—Ya lo creo, ciudadano representante.

—Como el príncipe de Ligne no era un emigrado, sino un príncipe de Hainaut, y sus bienes no están confiscados, me parece que estas alhajas se deben entregar al general Dumuriez, el que las hará llegar á manos de la princesa, la que tiene más derecho á esta herencia que yo, digas tú lo que quieras.

—Tienes razon, ciudadano, contestó el cabo.

—Por último, como no quiero quitarte el mérito por tu accion, tú mismo llevarás estos objetos al general en jefe con una carta mia, y lo más pronto posible me traerás la contestacion, para lo cual montarás en el caballo del príncipe, que miro como propiedad mia, y le dirás al general que le acepte en nombre mio.

Cuatro horas despues regresaba el cabo sobre un caballo que Dumuriez enviaba á Jacobo Merey en cambio del que habia pertenecido al príncipe.

El general, además, le escribia lo siguiente:

—«Venid; os necesito.—DUMURIEZ.»

—Vamos, me parece que estás satisfecho, valiente; le dijo al soldado.

—Ya lo creo; el general me ha hecho sargento y me ha regalado un reloj.

Y le mostró á Jacobo el regalo.

—Bueno, dijo riendo; es de plata.

—Sí señor; pero los galones son de oro.

X.

Kellermann.

Jacobo Merey encontró tranquilo á Dumuriez, á pesar de que la situación era desesperada.

En lugar de retirarse Charot hacía el Prado Grande, tuvo que hacerlo á Vonziers, y Dumuriez se encontraba separado por los treinta mil hombres de Clerfayt, de Dubouquet, que estaba en Roble Frondoso, y de Charot, que acampaba en Vonziers.

El general en jefe escribió á Beurnonville dándole orden de apresurar su marcha hácia Rethel, adonde no había llegado aun, debiendo estar allí desde el 13.

A Charot y Dubouquet les expresó se reunieran, y que marcharan sobre Santa Menehould.

Y por último, dirigió una carta á Kellermann, en la cual le rogaba que, á pesar de las noticias que tuviera del ejército y por más desastrosas que fueran, marchase sin detenerse á Santa Menehould.

Las dos cartas primeras se las encargó á sus ayudantes las señoritas de Fernig, quienes conocían perfectamente el país, y que podían haciendo un rodeo llegar en cuatro ó cinco horas hasta Alligory: les ordenó llevaran dos caballos de repuesto para que, si uno caía en el camino, supliera el otro.

Después que salieron le dijo á Jacobo Merey:

—Ciudadano Merey, desde hace dos días nos habeis dado tantas pruebas de valor y de patriotismo, y me habeis visto obrar tan lealmente, que no puede existir entre nosotros la sombra de una sospecha.

Jacobo Merey le tendió la mano.

—¿A quién quereis que responda de vos, como de mí mismo? le dijo.

—No se trata de eso. Vais á tomar mi mejor caballo y á salir al encuentro de Kellermann. No le habléis en mi nombre, porque el anciano alsaciano tiene herido su amor propio al verse puesto á las órdenes de un general más joven que él: esa es la razón por la cual no obedece más rápidamente; pero os ruego le habléis en nombre de la Francia, nuestra madre patria; de la Francia, que le suplica se reuna conmigo, y que si lo desea, una vez unidos, le cederé el mando y serviré á sus órdenes como general, como ayudante, como soldado. Kellermann es valiente, pero prudente hasta pecar en irresoluto; debe estar á pocas leguas de aquí.

Con sus veinte mil hombres pasará por todas partes; encontradlo y traedlo. En mi plan le he reservado las alturas de Gizancourt; pero que se coloque en donde quiera, con tal que estemos próximos. Escuchad mi plan. Dentro de una hora levanto el campo. Dejo á Dillon en las Isletas, me uno con Beurnonville y mis aguerridos soldados de Maulde, que forman veinticinco mil hombres, los que, unidos á los seis mil de Charot y cuatro mil de Dubouquet, hacen treinta y cinco mil, y los veinte mil de Kellermann son cincuenta y cinco mil, con los que soy capaz de hacer frente á ochenta mil hombres.

Pero es preciso encontrar á Kellermann; sin él, estoy perdido y la Francia también. Partid, y que el génio protector de la patria os conduzca.

Una hora más tarde recibía Dumuriez á un parlamentario prusiano, y le hacía pasear por todo el campamento del Prado Grande; pero apenas el parlamentario partió para Chevières, cuando hizo levantar el campo y marchar silenciosamente, ordenando dejasen las hogueras encendidas.

El ejército ignoraba lo sucedido en la Cruz de los Bosques, y no sabiendo el motivo de la marcha, creía era solo un cambio de posiciones. A las ocho de la mañana del día siguiente atravesaron el Aisne y se detuvieron en las alturas de Autry.

El 17 de Setiembre, después de haber sufrido dos de esos inexpli-

cables terrores pánicos que en un momento deshacen un ejército lo mismo que el huracán arrastra las hojas secas, mientras que algunos fugitivos corrian á Paris anunciando que el ejército estaba vendido y que su general en jefe se habia pasado al enemigo, entraba Dumuriez en Santa Menehould con su ejército en buen estado y acompañado de Charot, Dubouquet y Beurnonville.

Pocos momentos despues dirigia estas líneas á la Asamblea nacional:

«Me he visto precisado á abandonar Prado Grande, y sin conocer la causa ha sufrido el ejército tal terror pánico, que diez mil hombres han huido al verse atacados por mil quinientos húsares prusianos; pero no llega la pérdida á cincuenta hombres y á varios bagajes.

»Sin embargo, nada hay que temer; respondo de todo.»

Entre tanto corria Jacobo Merrey al encuentro de Kellermann.

Hasta el 17 á las cinco de la mañana no le encontró. Estaba en San Dizier, porque, al saber que habian evacuado los desfiladeros, habia tocado retirada.

Si Dumuriez no envia á Jacobo Merrey, hubiera sucedido lo que habia previsto.

Jacobo Merrey le explicó todo á Kellermann como el mejor extratético lo hubiera hecho. Le refirió lo que habia sucedido; le hizo comprender los recursos con que contaba un hombre como Dumuriez; le dijo cuánta no seria su gloria si tomaba parte en la salvacion de la Francia, y todo esto expresado en alemán, en ese idioma rudo que ejerce tanta influencia en los que le han balbuceado en la cuna.

Kellermann se convenció y dió la orden para marchar á Gizancourt.

En la noche del 19 entraba á galope en Santa Menehould Jacobo Merrey, y llegando á casa de Dumuriez, gritó:

—¡Kellermann!

Dumuriez elevó los ojos al cielo y respiró.

Todo el dia habia estado viendo á los prusianos adelantar por el desfiladero de Prado Grande, ocupar las colinas que están más allá

de Santa Menehould, y que son los puestos más culminantes del camino.

En una mala posada, llamada *Posada de la Luna*, se habia alojado el rey de Prusia, por lo cual el campamento, ó mejor dicho, el vivac, tomó el nombre de *Campo de la Luna*, que aun hoy conserva.

¡Cosa extraña; el ejército prusiano estaba más cerca de Paris que el ejército francés, y este á su vez más cerca de Alemania que el ejército alemán!

Dumuriez salió el 20 por la mañana para ir á tomar sus posiciones para la batalla; pero su sorpresa no tuvo límites cuando vió las alturas de Gizancourt solitarias y desguarnecidas, y las de Valmy ocupadas.

Era una equivocacion, ó Kellermann, al verse obligado á obedecer, habia deseado á lo ménos elegir su campamento.

Desgraciadamente su posicion era malísima para una retirada, pero excelente para el combate.

Pero era preciso vencer.

Si vencian á Kellermann, tendria que hacer pasar su ejército por un solo puente, á la derecha é izquierda del cual habia pantanos, en donde se hundirian hasta el cuello si tenian necesidad de replegarse.

Pero repetimos que, para combatir, la posicion era muy buena, y hasta atrevida.

Desde la ventana de la posada vió aquella mañana el rey de Prusia por medio de su anteojo las disposiciones que tomaban los dos generales.

Despues le pasó el anteojo á Brunswick, el que á su vez examinó las posiciones.

—¿Qué pensais de esto? preguntó el rey.

—A fé mia, señor, contestó Brunswick moviendo la cabeza, creo que esas gentes desean vencer ó morir.

—Efectivamente, repuso el rey señalando á Valmy; me parece que ese no es un ejército de *vagabundos*, de *sastres* y de *zapateros*, como nos habia dicho el señor de Calonné.

—Verdaderamente, dijo Brunswick; empiezo á creer que es una cosa seria la revolucion francesa.

En aquel momento la niebla, bastante espesa, empezó á flotar en el aire cubriendo la llanura y ocultando los tres ejércitos uno á otro.

Pero aquel instante despejado habia bastado á Dumuriez para formar idea de la situacion de Kellermann.

Si se apoderaban Clerfayt y sus austriacos del monte Iron, situado detrás de Valmy, podrian cañonear al general alsaciano, á quien no podria socorrer, porque se encontraba de frente con los prusianos y con los austriacos á la espalda.

Dumuriez mandó al general Steingel con cuatro mil hombres para que tomase el monte, que solo estaba ocupado por algunos centenares de hombres que no podrian hacer mucha resistencia.

Tambien ordenó á Beurnonville apoyase á Steingel con diez y seis batallones.

Y por último, mandó á Charot ocupase las alturas de Gizancourt con nueve batallones y ocho escuadrones, los que extraviados por la niebla fueron á tropezar con Kellermann, á quien pidieron órdenes; pero teniendo demasiado con sus veinte mil hombres en el promontorio de Valmy, los volvió á enviar á Dumuriez.

El general en jefe les reiteró la orden de ocupar á Gizancourt; pero habiendo conocido Brunswick la falta que habia cometido, no ocupando desde luego la aldea, cuya posicion era tan ventajosa como la colina de la Luna, se adelantó á los soldados de Dumuriez y se apoderó de aquel punto.

La niebla levantó á eso de las once. Dumuriez atravesó, acompañado por su elegante y lucido estado mayor, la llanura de Dammartin-la Planchette, y subió á Valmy para estrechar la mano de Kellermann, homenaje tributado á su ancianidad.

Con el pretexto de poderse comunicar más fácilmente, le dejó como ayudante al jóven duque de Chartres, á quien dijo en voz baja:

—Aquí estará el peligro, aquí debeis quedaros. Haced de modo que llameis la atencion.

El príncipe se sonrió y estrechó la mano de Dumuriez: no necesitaba aquella recomendacion.

Antes que desapareciera la niebla habian colocado los prusianos una bateria, compuesta de sesenta cañones, apuntando á Valmy, y sabiendo que los franceses no podian moverse de allí, rompieron el fuego. De repente oyeron nuestros jóvenes soldados como el estallido de un trueno, y casi al mismo tiempo cayó sobre ellos un torrente de fuego.

Empezaban su educacion militar por lo más difícil; recibir la metralla del enemigo sin moverse.

Verdad es que contestaron; ¿pero llegaban sus balas? Pronto lo sabrian, pues la niebla iba desapareciendo poco á poco, y cuando la atmósfera se despejó por completo, vieron los prusianos al ejército francés firme en su puesto; ni un solo hombre se habia movido.

En el momento en que aparecia la luz del sol, cual si desease iluminar y presenciar aquella gran lucha, de la que dependia la suerte de la Francia, los prusianos dirigieron mejor los obuses, y una descarga hizo estallar dos cajones de pólvora, lo que causó un ligero desorden. Kellermann lanzó su caballo á galope para enterarse de lo ocurrido. Una bala hirió al caballo en medio del pecho, á veinticinco centímetros de la rodilla del general, y el jinete y el animal rodaron por el suelo, y por un instante se creyeron muertos á los dos.

Felizmente Kellermann no estaba herido, y levantándose con rapidez y ardor juvenil, rehusó el caballo que le ofrecia el duque de Chartres y montó otro que le presentaban; pero cuando llegó al sitio de la catástrofe se habia restablecido ya la tranquilidad.

Viendo Brunswick que, contra todo lo que esperaba, aquel ejército que suponian se componia de *vagabundos*, de *sastres* y de *zapateros*, recibia la metralla con la impassibilidad propia de soldados avezados á las balas, se determinó á cargar, y entre once y doce de la mañana formó tres columnas y les dió la orden de tomar las lomas de Valmy.

Cuando Kellermann vió el movimiento de las columnas, dió la orden de formar, pero añadió:

—No disparar ni un solo tiro. Aguardar á los prusianos y á la bayoneta.

Desde el campo de la Luna hasta Valmy hay como dos kilómetros, y el terreno durante algun tiempo desciende suavemente; despues se atraviesa un vallecito y se llega al pié de la colina de Valmy, cuya cuesta es bastante escabrosa y cortada.

Durante un momento no se oyó más que los redobles de los tambores prusianos; las trompetas de la caballería que acompañaba á las columnas para apoyarlas guardaban silencio.

Apoyados contra la tapia de la posada, y con un anteojo en la mano, no perdian el rey de Prusia y Brunswick ningun detalle.

Las columnas prusianas habian bajado la cuesta y empezaban á atravesar el espacio que mediaba.

El rey de Prusia y Brunswick no separaban la vista de la meseta de Valmy. Vieron á los veinte mil hombres de Kellermann, á los seis mil de Steingel y á los treinta mil de Dumuriez poner sus gorras y sombreros en las puntas de las bayonetas y lanzar el grito de ¡Viva la nacion!

Despues empezó á retumbar el cañon. Diez y seis piezas de grueso calibre de Kellermann, y treinta de Dumuriez.

Kellermann estrechaba de frente á los prusianos y Dumuriez los destrozaba por el flanco, y á cada intérvalo de cañonazos los soldados agitaban sus sombreros en la punta de las bayonetas y repetian el grito de ¡Viva la nacion!

Ciego de cólera Brunswick, bajó el anteojo.

—¿Qué hay? preguntó el rey de Prusia.

—No se puede hacer nada contra esos hombres; son unos fanáticos, contestó Brunswick.

Los prusianos, firmes y graves, continuaban avanzando. Cada descarga de Kellermann abria profundos surcos en las filas; los cañones de Dumuriez cortaban las compañías por los huecos que dejaban.

Las filas se desordenaban por un momento; despues volvian á cubrirse y continuaban avanzando.

Pero al llegar al saledizo que formaba el terreno, es decir, como á un tercio de distancia del alcance de los cañones de Valmy, se levantó una barrera de fuego y de hierro que era imposible sal-

var; los soldados veteranos de Federico se amontonaban unos sobre otros; pero, como Dios, lo mismo que á las aguas, exclamaba:

—¡De aquí no pasareis!

Y no pasaron; no tuvieron el honor de medirse con nuestros jóvenes soldados.

Brunswick, estremeciéndose, dió orden para que se suspendiera aquella carnicería inútil. A las cuatro tocó retirada.

Habiamos ganado la batalla. El enemigo retrocedia un paso; la Francia se habia salvado.

El jóven duque de Chartres no habia podido hacer nada notable, pero constantemente estuvo en medio del fuego.

Era lo que podia desear Dumuriez, y bastaba para que figurase su nombre en la órden del dia.

Tal vez se admirará el lector porque el que escribe estas líneas se ha detenido demasiado y con profunda veneracion en describir los detalles de nuestra grande, de nuestra santa, de nuestra inmortal revolucion.

Obligado á escoger entre la antigua Francia, á la que pertenecian sus abuelos, ó la Francia moderna, á la que se habia consagrado su padre, optó por la segunda lleno de confianza y de fé.

He visitado la línea que se extiende desde el campo de la Luna hasta el saledizo que no pudieron salvar los prusianos. He subido la colina de Valmy, verdadera *scala santa* de la revolucion, y la que todo buen patriota debia subir de hinojos, y he besado aquella tierra, sobre la cual, en uno de esos dias que deciden de los destinos de los pueblos, latieron tantos nobles corazones, y en donde el anciano Kellermann, uno de los dos salvadores de la patria, quiso que enterrasen el suyo.

Despues me levanté, diciendo con orgullo:

—Tambien mi padre estuvo aquí; habia venido del campo de Maulde con Beurnonville, como brigadier.

Un año despues era general de brigada.

Un año más tarde general en jefe.

Los hombres de la Convencion.

Al día siguiente de la gran jornada que acabamos de describir se abrió la sala del teatro de las Tullerías para recibir á los miembros de la Convencion.

Es bien conocido ese teatro de la corte, que podria contener quinientas personas, y que se destinaba para recibir setecientos cuarenta y cinco convencionales.

Generalmente cuanto más pequeña es la palestra más encarnizado es el combate. La proximidad hace que la amistad sea más sólida, pero tambien aumenta el odio.

Cuando están cerca dos enemigos no se amenazan, se golpean.

¿Qué debia ser la Convencion?

Un concilio político, en el que la Francia aseguraria su unidad y escribiria su dogma nuevo.

Desgraciadamente estaba dividida desde antes de formarse.

¿Y dónde se encontraba el centro de la unidad vital? ¿En dónde estaba en la Convencion el espíritu de la Francia?

Era enérgica y podia luchar con el mundo entero; ¿pero podria luchar consigo misma?

Esa era la cuestion.

¿Triunfaria teniendo en su seno el cisma de la Gironda y de la Montaña?

¿Triunfaria con la guerra civil en la Vendia?

Francia, como hemos visto, no temia la invasion, no temia la soberanía: el día en que mintió el rey habia presentado la dimision.

—Un rey no miente.

Temia la guerra civil en el Oeste, á los sacerdotes que armaban al pueblo contra el pueblo.

Y lo que temia sucedió.

A medida que se presentaban aquellos hombres, hijos todos del 10 de Agosto, todos inspirados por el génio que presidió en aquel gran día, tomaban los nombres de realistas ó setembrinos.

Aquellos hombres que se presentaban para luchar por la Francia, y que en lugar de esto luchaban unos contra otros, se desconocian á sí mismos.

Se maltrataron sin conocerse.

Los girondinos no eran realistas, y sin embargo se les daba ese nombre.

Un discurso de Vergniaud causó el 10 de Agosto.

—Hemos visto, dijo, señalando á Tullerías; hemos visto veinte veces salir de ese palacio el terror; que vuelva á entrar de una vez, y asunto concluido.

Los montañeses no tenían nada que ver con *Setiembre*. El mismo Danton, que habia cargado con la responsabilidad para que la sangre derramada no manchara á la Francia, el mismo Danton no habia tomado parte. Se sabia que los que habian hecho todo eran Robespierre y Marat, ayudados por Panis, su agente subalterno.

Por consiguiente, eran falsas ambas suposiciones.

Casi todos los girondinos, á quienes acusaban de *realismo*, votaron la muerte del rey.

Casi todos los montañeses desaprobaron *Setiembre*. Pero como no era momento á propósito para juzgar, castigar, ni purificar á los verdaderos patriotas, porque la patria necesitaba á sus hijos, no permitieron se castigase á los *setembrinos*.

Se ha calculado además que de setecientos cuarenta y cinco miembros que se sentaron en la Convencion el día de su apertura, habia quinientos que no eran ni girondinos ni montañeses.

Los recién llegados de provincia, los negociantes, los abogados, los periodistas, profesores y vecinos, se presentaban llevados de su amor á la patria: todos querian la prosperidad de la nacion; pero repetimos que no eran ni girondinos ni montañeses.

A la Montaña tocaba atraerlos por el terror.
A los girondinos unirlos á su partido por la elocuencia.
Sin embargo, en el nombramiento de presidente y de secretarios se vió que el horror hácia *Setiembre* superaba á la *envidia* que inspiraba la Gironda.

Fué nombrado Petion presidente.

Los seis secretarios eran Camus y Rabaud Saint-Etienne, dos constituyentes, Brissot, Vergiaud y Lasource, girondinos, y Condorcet, aquel partidario de la Gironda, que debia morir por ella y justificarla en la historia con su vida y con su muerte, porque era un justo.

No habia uno solo de la Montaña.

Todos eran de la izquierda; por consiguiente, allí estaba la mayoría.

De modo que el público, víctima siempre del error, estaba equivocado desde el principio.

Sus vulgares instintos, sus temores personales, la bajeza de las miras de algunos, no permitian se fijasen en la enérgica legión de la Montaña, en la que estribaba la salvación de la patria.

Verdad es que en la cima de aquella Montaña escarpada descollaba el rostro impávido y pálido de Robespierre, cuyo apergaminado cutis parecia estar pegado al cráneo de un inquisidor, extraño esfinge, á cuyos frecuentes enigmas no daba solución.

Danton, máscara terrible del malvado, con la boca torcida, el rostro surcado por la viruela, la voz de dictador y la actitud de tirano.

Marat, el rey del populacho, y que, como Felipe Igualdad, parecia que habia renunciado á la soberanía de los reptiles para no llevar más nombre que el suyo.

Marat, sardo por su padre, suizo por su madre, y que no abria la boca sino para pedir *cabezas*, no despegaba sus amarillentos labios más que para pedir *sangre*.

Danton le despreciaba, le odiaba Robespierre, y sin embargo, le toleraban ambos.

Marat causaba miedo moral y físicamente.

Como formando contraste con aquel conjunto de feroces republicanos, compuesto con los miembros de los clubs de jacobinos y franciscanos, se veian los veintinueve girondinos rodeados por el partido de la Gironda, hombres honrados todos y con los que ni la calumnia podia ensañarse, pues solo podria reprochárseles algunos defectos de que adolecia en aquella época de costumbres algo relajadas la generalidad.

Muchos jóvenes y bellos, todos de talento despejado, como Brissot, Roland, Condorcet, Vergiaud, Louvet, Geusonne, Duperret, Lasource, Fonfrede, Ducos, Garat, Fanchet, Petion, Barbaroux, Guadet, Buzot, Salles y Sillery.

Era evidente que aquel era el centro de las simpatías.

Cada cual se colocó ruidosamente.

Después se procedió á pasar la lista.

Al llegar al nombre de Jacobo Merey, contestó Danton:

—Enviado en comision á Dumuriez.

Cuando concluyó la lista, nombrados el presidente y secretarios y completamente constituida la Convencion, el primero que tomó la palabra fué el parálitico Couttron, el apóstol de Robespierre.

Se incorporó y pronunció desde su banco algunas palabras que tenian inmensa trascendencia.

—Propongo se inaugure la sesion jurando ódio á la soberanía real, ódio á la dictadura, ódio á todo poder individual.

A pesar de que aquellas palabras salian de la Montaña, fueron acogidas con unánimes aplausos, y después se dió el grito de ¡Viva la nacion!

Parecia un eco del que habian lanzado la víspera en el campo de batalla de Valmy.

Se levantó Danton, y todos callaron.

—Antes que exprese mi opinion, dijo, sobre el primer acto de la Asamblea, séame permitido hacer en su seno la renuncia del cargo que me fué conferido por la Asamblea legislativa. Lo recibí en medio de los cañonazos.

Ayer se ha llevado á efecto la union de los dos ejércitos; hoy la de los representantes. No soy sino un mandatario del pueblo, y en

su nombre tomo la palabra. No puede existir otra Constitucion que la que sea aprobada textual y nominalmente por las Asambleas. Disipemos esos fantasmas de dictadura con los que asustan al pueblo: que no haya más Constitucion que la que sea aceptada por el pueblo.

Hasta hoy se le ha inquietado, pero era necesario despertarle contra los tiranos.

Ahora que las leyes son terribles para los que faltan á ellas, y que el pueblo ha sido no ménos terrible para derrocar á la tiranía, que la ley castigue á los culpables. Abjuremos toda exageracion y declaremos que la *propiedad territorial é industrial será respetada siempre.*

Una tempestad de aplausos acogió aquella manifestacion, que contestaba perfectamente á las palabras pronunciadas en Verdun por el rey de Prusia y á los temores de la Francia, por más que hubiera sido hecha por el que miraban como jefe de los setembrinos.

Efectivamente, no eran los asesinatos lo que más temia la generalidad, porque en ese caso seria fácil organizar la defensa; pero el temor principal era que volviesen á recobrar los bienes de los emigrados y que declarasen nulas las compras y ventas.

El pueblo francés habia comprendido admirablemente la palabra *revolucion*: sabia su significado.

Facilidad para la propiedad, baratura en relacion con todas las fortunas, un techado para el pobre, un hogar para el anciano, un nido para la familia.

Dos voces se elevaron para protestar en medio de la ovacion hecha al Adamastor de la Cámara.

—Hubiera deseado más bien, dijo Cambon, que se hubiera limitado Danton á la primera proposicion, es decir, á establecer los derechos del pueblo para votar la Constitucion. Danton se hace oposicion á sí mismo. Ha dicho: cuando la patria está en peligro todo pertenece á la patria; ¿qué importa, pues, que se conserve la propiedad si sucumbe el individuo?

Otra voz salió del grupo de los girondinos: era la de Lasource.

—Al pedir Danton que la propiedad sea inviolable la compromete. Tocar á ella, aun cuando sea para asegurarla, es hacerla vacilar. ¡La propiedad está antes que la ley!

La Convencion procedió á la votacion, y las dos proposiciones de Danton se votaron del modo siguiente:

1.º No puede existir Constitucion mientras no sea aceptada por el pueblo.

2.º La seguridad personal y la de la propiedad están bajo la salvaguardia de la nacion.

Entonces se levantó Manuel, y extendiendo la mano como ordenando atencion y silencio, dijo:

—Ciudadanos: ¡aun no es bastante! Habeis consagrado la soberanía verdadera, la soberanía del *pueblo*; es preciso librarle de su soberano falso, el rey.

Una voz de la derecha contestó á estas palabras, exclamando:

—El pueblo solo es quien debe juzgar.

Pero el obispo de Blois, Gregorio, se levantó.

Gregorio habia tenido gran influencia en la primera Asamblea, de la que era miembro. Era el jefe del clero popular. Cuando se hizo la fusion de las órdenes, fué elegido secretario casi por unanimidad, con Monnier, Sieyés, Lally-Tallendal, Clermont Tonnerre y Chapelier.

En la declaracion de los derechos del hombre hizo inscribir: «de sus deberes y del nombre de Dios.» Era el primero que habia aprobado la constitucion civil para el clero.

Los miembros de las Constituyentes no podian ser reelegidos en la legislativa. Entonces Gregorio se estableció en su diócesis, y habia publicado sus Cartas pastorales, y por último, casi por unanimidad habia sido nombrado diputado de la Convencion.

Eran esperadas con impaciencia las palabras que en tan grave cuestion salieran de su boca.

—Es inútil esperar, dijo; nadie podrá proponer jamás que se conserve en Francia esa funesta raza real. Demasiado sabemos que las dinastías no han sido nunca más que razas voraces, alimentadas con carne humana; pero deben tranquilizarse los amigos de la

libertad. Es preciso destruir ese talisman, cuya fuerza mágica es suficiente todavía para aturdir á muchos individuos. Pido que se haga una ley solemne para abolir la dignidad real.

Entre los gritos frenéticos y los brávos de toda la Asamblea, quien en el fondo estaba de acuerdo con la proposicion, se levantó el montañés Basele.

—Pido que no se obre con precipitacion, dijo, y que se espere el voto del pueblo.

Pero Gregorio, que se habia sentado, se levantó de nuevo, y sacando de lo más profundo de su corazon una frase terrible, la arrojó á la faz de su adversario.

—El rey es en el orden moral lo que el mónstruo en el orden fisico.

Y en el momento, con unánime entusiasmo, gritaron todos:

—¡Está abolida la dignidad real!

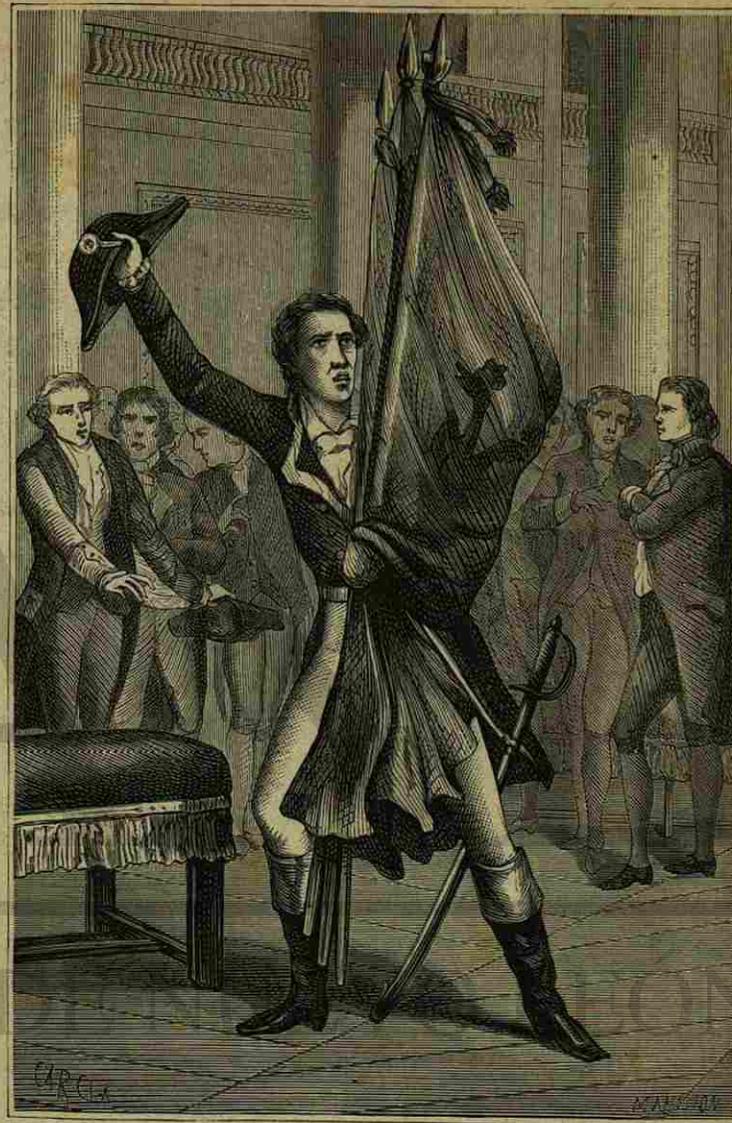
En aquel instante un hombre, cuya palidez demostraba el cansancio, su traje un largo viaje, y el uniforme un representante del pueblo en el ejército, entró en la sala precipitadamente, llevando entre sus brazos tres banderas, dos austriacas y una prusiana.

—¡Ciudadanos! exclamó radiante de alegría; el enemigo ha sido derrotado; la Francia está salvada. Dumuriez y Kellermann, vencedores, os envian estas banderas, tomadas á los vencidos. Llego á tiempo para escuchar la voz de la Convención, que proclama la abolicion de la dignidad real. Dadme asiento entre vosotros, porque soy de los vuestros.

Y sin contestar á las señas de Danton, que le llamaba á su lado en la Montaña, fué á sentarse en el banco de los girondinos; pero antes, agitando su sombrero con plumas tricolor y aun impregnadas en el humo de la batalla, exclamó:

—¡Viva la república! Y que sea la fecha de su nacimiento la del día que la ha consolidado, 20 de Setiembre de 1792.

Y al propio tiempo se escuchó el estampido del cañon. Creian dispararlo por la victoria de Valmy, y retumbaba tambien por la abolicion de la soberanía real y por la proclamacion de la república.



—«Ciudadanos: El enemigo está derrotado y la Francia se ha salvado.»

libertad. Es preciso destruir ese talisman, cuya fuerza mágica es suficiente todavía para aturdir á muchos individuos. Pido que se haga una ley solemne para abolir la dignidad real.

Entre los gritos frenéticos y los brávos de toda la Asamblea, quien en el fondo estaba de acuerdo con la proposicion, se levantó el montañés Basele.

—Pido que no se obre con precipitacion, dijo, y que se espere el voto del pueblo.

Pero Gregorio, que se habia sentado, se levantó de nuevo, y sacando de lo más profundo de su corazon una frase terrible, la arrojó á la faz de su adversario.

—El rey es en el orden moral lo que el mónstruo en el orden fisico.

Y en el momento, con unánime entusiasmo, gritaron todos:

—¡Está abolida la dignidad real!

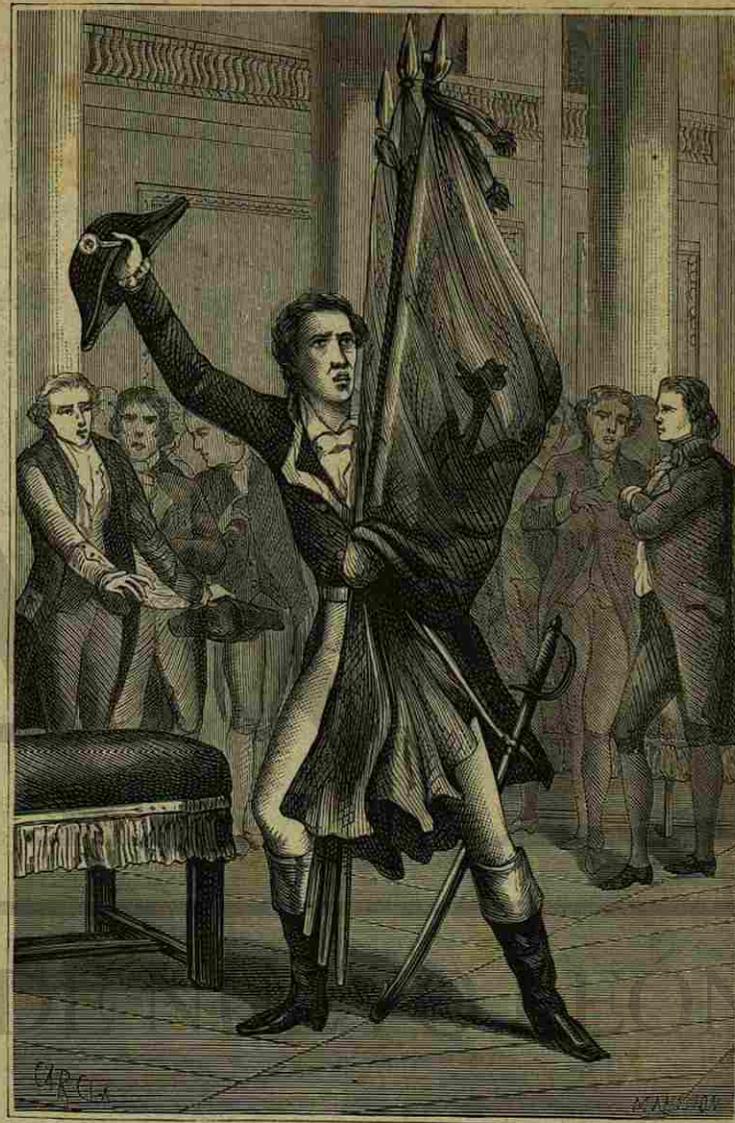
En aquel instante un hombre, cuya palidez demostraba el cansancio, su traje un largo viaje, y el uniforme un representante del pueblo en el ejército, entró en la sala precipitadamente, llevando entre sus brazos tres banderas, dos austriacas y una prusiana.

—¡Ciudadanos! exclamó radiante de alegría; el enemigo ha sido derrotado; la Francia está salvada. Dumuriez y Kellermann, vencedores, os envian estas banderas, tomadas á los vencidos. Llego á tiempo para escuchar la voz de la Convención, que proclama la abolicion de la dignidad real. Dadme asiento entre vosotros, porque soy de los vuestros.

Y sin contestar á las señas de Danton, que le llamaba á su lado en la Montaña, fué á sentarse en el banco de los girondinos; pero antes, agitando su sombrero con plumas tricolor y aun impregnadas en el humo de la batalla, exclamó:

—¡Viva la república! Y que sea la fecha de su nacimiento la del día que la ha consolidado, 20 de Setiembre de 1792.

Y al propio tiempo se escuchó el estampido del cañon. Creian dispararlo por la victoria de Valmy, y retumbaba tambien por la abolicion de la soberanía real y por la proclamacion de la república.



—«Ciudadanos: El enemigo está derrotado y la Francia se ha salvado.»

Lo mismo que nos hemos inclinado al concluir el último capítulo delante de los hombres que militarmente habian salvado la Francia, inclinémonos ante aquellos cuya mision era peligrosa en otros conceptos y que fué mortal.

Una vez solamente he asistido al teatro de Tullerías, en donde tuvo lugar la terrible sesion que acabamos de relatar, y otras consecuencia y continuacion de aquella.

Representaban el *Misántropo* y *Pourceaugnac*, obra maestra de Moliere, que presenta bajo doble faz el carácter de su autor, la risa y las lágrimas.

Sobre un estrado estaban dos reyes y dos reinas y varios príncipes aplaudiendo sin cesar.

Me pregunté á mí mismo cómo se atrevian los reyes á entrar en aquella sala, en la que habia sido abolida la dignidad real, proclamada la república, y en donde tantos espectros sangrientos agitaban los sudarios. No temian que aquella cúpula que habia oido los aplausos del 21 de Setiembre de 1792 se hundiera sobre ellos.

Sí, es cierto que debemos mucho á Moliere, á Racine, á Corneille, que tanto hicieron para gloria de su país, al que consagraron su ingenio; ¿pero no debemos más aun á los hombres que prodigaron su sangre por la libertad?

A los primeros se deben los principios del arte.

Los segundos consagraron los del derecho.

Sin los primeros tal vez seríamos todavía unos ignorantes; pero sin los últimos, aun, y sin ninguna duda, seríamos esclavos.

Lo que más se admira en los hombres del 92, es que todos lavaron sus errores y sus crímenes con su propia sangre.

Exceptúo á Marat, quien no pertenecía á ningun partido, y á quien el puñal de Carlota Corday hizo justicia.

Los girondinos, que causaron la muerte del rey, fueron castigados por los franciscanos, y éstos á su vez pagaron la muerte de los girondinos y fueron juzgados por los montañeses, y los hombres del Termidor castigaron á los de la Montaña y se destruyeron despues á sí mismos. El mal que hicieron lo llevaron á sus ensangrentadas tumbas; el bien fué fructífero para la Francia.

Y todos, á pesar de sus faltas, de sus errores, de sus crímenes, eran ciudadanos sublimes, apasionados amigos de la patria.

Su amor por la Francia les cegó, y de aquel amor frenético resultaron los Orosmanes y los Otelos políticos. Odiaban y mataban porque amaban demasiado.

Entre aquellos setecientos cuarenta y cinco hombres no hubo un traidor, ni uno solo que vacilara, ni un cobarde. Fundadores de la república, conservaban en su corazón su amor y su fé en ella; la república era su diosa, su esperanza; con ellos subía en la carreta y les sostenía en el doloroso camino que conducía de la Conserjería á la plaza de la Revolución. Ella les hacía sonreír bajo el fatal cuchillo.

No quiso bajar del cadalso el 10 termidor, y fué guillotinado con San Justo y Robespierre.

En esto pensaba, esto veía como á través de una nube en aquella sala de Tullerías, en donde los reyes y las reinas, ignorantes del pasado é indiferentes para el porvenir, aplaudían á las célebres actrices la Monrose y la señorita Mars.

Sería incompleto nuestro relato si no siguiéramos á Jacobo Me-rey á la mañana siguiente de aquel gran día que hemos evocado de nuestra historia brillante y espléndida.

Jacobo volvió al lado de Dumuriez portador de las secretas instrucciones de Danton.

En los tres días que había estado ausente nada había cambiado en Santa Menehould.

Los franceses, haciendo frente á la Francia, parecían invadirla, y los prusianos, volviéndola la espalda, parecían defenderla.

Las instrucciones de Danton eran terminantes.

Hacer todo para que los prusianos abandonasen el territorio francés, porque al abandonar la Francia materialmente, abandonaban moralmente al rey.

La batalla de Valmy no era, al fin, más que un descalabro; no era una batalla, sino un cañoneo: los prusianos habían perdido mil ó mil quinientos hombres, los franceses de setecientos á ochocientos.

Los prusianos no estaban materialmente derrotados, pero sí desmoralizados.

Ambos ejércitos contaban casi igual número de combatientes, de setenta á setenta y cinco mil hombres, pero el de los aliados estaba en muy mal estado.

Las escaramuzas no daban resultado ninguno y habían acordado mutuamente evitarlas; pero Dumuriez había mandado destacamentos de caballería á las cercanías, y había lanzado los ginetes á caza de víveres, en la cual gozaban nuestros soldados y llevaban la abundancia al campo francés ínterin el hambre se aposentaba en el prusiano.

Había día en que el ejército aliado perdía trescientos hombres, bajas causadas por la disentería.

Sin embargo, durante doce días permaneció firme S. M. Federico Guillermo.

Pero nadie en aquel ejército, compuesto de tan diversos elementos, estaba más confuso que el rey de Prusia. El cisma existía en su campamento, la guerra civil en su tienda y el combate en su corazón.

El rey tenía una querida á quien adoraba, la condesa de Lichtenan, que estaba á la cabeza del partido pacífico: se había adelantado hasta Spa y no había querido ir más lejos. La guerra no es del agrado de las mujeres.

Si temía por la vida de su real amante, no temía ménos por su corazón.

Las fiestas que le prodigaron en Verdun las vírgenes cubiertas con velos que habían salido á su encuentro para ofrecerle flores y dulces la intranquilizaban. Con frecuencia se ocultan los rostros feos, pero más aun los hermosos; así es que la condesa escribía al rey cartas desesperadas.

En cambio la noticia del descalabro de Valmy había sido recibida con júbilo por el partido de la paz, así como la traición de Verdun había causado terror.

Brunswick tenía cerca de sesenta y ocho años, y viendo que la campaña no era, como se había figurado, un paseo militar, aspira-

ba á la tranquilidad y á vivir en su ducado, cosas ambas que estaba muy lejos de esperar perderia por el famoso manifiesto. El rey era de la opinion de Brunswick y de los pacíficos, y solo le contenia *el qué dirán*, y contestaba á las observaciones de su querida y de unos y otros con estas palabras:

—¡Pero y la causa de los reyes! ¡Y la libertad de Luis XVI! Es asunto de honor que no debe abandonar un rey, porque seria vergonzoso.

Preciso es confesar que las noticias eran desastrosas para la coalicion.

El 21 de Setiembre se abolió la dignidad real y se proclamó la república, el 24 abrió Chambéry sus puertas y el 29 Niza, y la república, como el Nilo, desbordaba por el universo para fertilizarlo.

El malestar se hizo intolerable en el ejército prusiano hácia fin de Setiembre, y Federico Guillermo, á quien aguardaban el emperador de Austria y la emperatriz Catalina de Rusia para que participara de la espléndida mesa en donde devoraban la Polonia, no tenia en su campo lo necesario para comer.

Dumuriez le envió doce libras de café, lo único que le quedaba á él.

Aquellas doce libras de café sirvieron de pretexto para acusar á Dumuriez, y es justicia añadir que fué la única prueba.

A las primeras proposiciones que le hicieron los parlamentarios contestó Dumuriez en nombre de la Asamblea:

—Los franceses no podrán negociar con el enemigo interin este permanezca en Francia.

Las instrucciones secretas que Jacobo Merey llevaba estaban muy lejos de ostentar aquella aspereza romana.

Obtener una victoria menos gloriosa, pero más importante que Valmy, y sin batirse.

No exasperar al enemigo para que no se repitiera un Crecy ni un Poitiers.

Acompañar al ejército prusiano con todos los honores de guerra hasta la frontera.

Hacer constar que al abandonar Federico Guillermo la causa de

Luis XVI, abandonaba la de los reyes, y en lugar de poner obstáculos á la retirada de los prusianos, facilitarles todos los medios para ejecutarla.

No pudiendo resistir á la epidemia y al hambre, empezaron á decampar el 1.º de Octubre.

Ese dia anduvieron una legua, y otra legua el dia siguiente; pero ya eran dos de retroceso.

El 30 de Setiembre habia tenido lugar una entrevista entre Kellermann y Brunswick.

Brunswick adivinó el plan de Dumuriez, pero Kellermann, ménos hábil, no lo habia comprendido.

Kellermann insistia en asentar las bases de un convenio, y Brunswick lo evitaba considerando que bastante habia escrito, tal vez demasiado.

—Pero al fin, ¿cómo arreglamos este negocio? insistió Kellermann.

—Muy sencillamente; volviéndose cada cual á su casa como los convidados á una boda; contestó Brunswick.

—Convenido; pero ¿quién pagará los gastos de la boda? Me parece que siendo el emperador quien ha roto las hostilidades, debe darnos los Países Bajos para indemnizar á la Francia; repuso Kellermann.

—En cuanto á eso, nada podemos hacer; es asunto que concierne á los plenipotenciarios.

Y, como hemos indicado, empezó la retirada al dia siguiente.

De una parte y de otra fué el comportamiento inmejorable durante la retirada, y solo Dillon, que no aprobaba aquel modo de guerrear, se expuso dos ó tres veces á que le reprendieran por acercarse demasiado al enemigo, al cual mimaban y contemplaban dándole pan y vino para que adquiriera fuerzas y pasara lo más pronto la frontera.

El 14 evacuaron á Verdun, y el 22 á Longwy.

Por fin el 26 de Octubre pasó la frontera el último prusiano vivo.

El ejército aliado dejaba en las llanuras de Champaña treinta y cinco mil muertos para fertilizarlas.

Una velada en casa de Talma.

El 15 de Octubre habia una gran solemnidad en el teatro de Variedades del palacio real, en donde Monvel habia contratado los mejores actores, un poco asustados por la revolucion.

La señorita Amalia Julia Candeille, que era la querida de Vergniaud, daba la primera representacion de *La hermosa rentera*, y además el vencedor de Valmy, Dumuriez, debia asistir.

Despues de la representacion, artistas, actrices, actores y hombres políticos debian dirigirse á casa de Talma, calle de Chante-reine: la acababa de comprar y obsequiaba á sus amigos con un sarao, dedicado al baile y al ingenio, en donde se bailaba y se leian versos.

Hacia cuatro dias que habia llegado Dumuriez, acompañado de Jacobo Merey, el que en todos conceptos simpatizaba con el general.

La mirada del doctor, leal y profunda, le preocupaba algunas veces, porque penetraba hasta el fondo de su corazon, como si no estuviera convencido de la abnegacion de Dumuriez por la república; pero era hábil, y además los hechos desmentian las sospechas.

Se acusaba al general de haber sido demasiado atento para con los prusianos en la retirada; pero demasiado sabia Jacobo Merey de quién era la orden, puesto que habia sido el portador de ella.

Dumuriez habia pretextado tener que presentar al ministerio su plan favorito de la invasion belga para ir á Paris y estudiar por sí mismo la situacion. Abolida la soberanía real y proclamada la república, eran dos grandes obstáculos para sus ideas, es decir, para colocar en el trono al duque de Chartres; pero no ignoraba cuán

fácilmente cambia el pueblo sus ódios y su entusiasmo, y esperaba que el tiempo influyera en los acontecimientos.

En la primera entrevista que anteriormente habia tenido con Mad. Roland, como no habia cambiado aun su calzado de Versailles por las botas de Valmy, trató algo ligeramente á aquella severa matrona, que decia hablando de sí misma:

—Nadie ha conocido la voluptuosidad ménos que yo.

Mad. Roland, que era el verdadero ministro, que comprendia su superioridad, y que temia ver caer á su marido en ridículo, le guardó más rencor á Dumuriez por sus galanterías y maneras libres, que por la caída del ministerio.

El ministerio girondino habia sido para Dumuriez en extremo atento; le habia sostenido físicamente con su poder, y moralmente con su popularidad; debia, pues, ser agradecido para con aquellos enemigos leales que tanta parte habian tomado en su victoria, y, si era posible, procurar la reconciliacion entre la Montaña y la Gironda.

Esto era tanto más fácil cuanto que Danton y Dumuriez se habian reconciliado.

La representacion de *La hermosa rentera* debia de afianzar más aun la reconciliacion.

Cuando el vencedor de Valmy llegó á Paris se presentó en el ministerio del Interior, y del gabinete del ministro pasó al salon de Mad. Roland, á quien ofreció un magnífico ramo de flores.

Mad. Roland recibió aquel emblema de lo efímero y lo frívolo sonriéndose.

—¿Qué pensais de mí? la preguntó Dumuriez.

—Que sois un poco realista.

Y la inteligente criatura habló de los planes políticos de sus amigos y de su marido. Reconocia la privilegiada inteligencia del general; pero cuanto más talento le concedia, más desconfiaba.

—Por lo mismo que teneis talento, sois más peligroso, le dijo; y la república de hoy en adelante se guardará bien de poner á vuestras órdenes á los demás generales.

Dumuriez se encogió de hombros.

—El defecto de las repúblicas es la desconfianza, contestó, y con ella matan el génio. La desconfianza crea esos terrores pánicos, esos gritos de traicion que, lanzados por casualidad, quitan al hombre toda fuerza moral y le llevan impotente y desarmado al encuentro del enemigo.

Si no hubieran sido los otros generales subordinados míos, me hubiera sido imposible unir las tropas de Beurnonville con las mías, ni tampoco Kellermann hubiese salido de Metz para llegar á tiempo á Valmy, y á esta hora estarían los prusianos en Paris y yo prisionero en Berlin.

Dumuriez se despidió de Mad. Roland para dirigirse á la Convencion, en donde le aguardaban.

Habia cambio de gobierno, y por consiguiente, tenia que prestar juramento.

Pero Dumuriez escuchó las enhorabuenas de Petion, se dirigió á la barra, y dijo:

—No prestaré nuevos juramentos. Seré digno de mandar á los hijos de la libertad, y haré observar las leyes que se otorgue el pueblo soberano.

Por la noche se presentó en los jacobinos. La última vez, antes de salir para el ejército, se habia puesto el gorro frigio; pero despues de Valmy se presentó con su sombrero de general, el mismo que cubria su cabeza el dia de la batalla, lo cual no impidió se le recibiera muy friamente.

El cómico Collot de Herbois subió á la tribuna y dió las gracias al general por el eminente servicio que habia prestado á la patria; pero le reprochó su demasiada cortesía con los prusianos.

Danton subió despues y explicó los motivos de aquellos miramientos, añadiendo:

—Dadnos algunas victorias en Austria para consolararnos de no haber visto en Paris al déspota de Prusia.

Y en la copa en que Dumuriez creia haber bebido el néctar embriagador de la gloria, encontraba la hiel de la ingrátitud democrática.

Aquella copa amarga debian beberla dos de los más valientes ge-

nerales de la revolucion, y á los cuales debia la república sus primeras y gloriosas victorias.

Dumuriez la apuró hasta las heces, y se volvió á llenar para Pichegrú.

Hemos dicho que en aquella noche debia ratificarse la reconciliacion y darse el beso de paz en la representacion de *La hermosa rentera*.

Roland habia ofrecido el palco á Dumuriez, su esposa debia asistir y el ministro ofrecia ir tan luego como concluyera el despacho.

El palco próximo lo habia tomado Danton para su madre y su esposa.

Pero fuera equivocacion, fuera hecho á propósito, entró con su mujer y Dumuriez en el palco de Roland.

La señora de Danton y la de Roland no se conocian; la primera era un gran corazon, la segunda un talento sublime; debian simpatizar, y por su amistad unir tambien á sus esposos.

Además, para el público seria un efecto admirable ver en el mismo palco á Dumuriez, madama Roland, Danton y Vergniaud, porque este tambien habia ofrecido presentarse.

La torpeza de una acomodadora desbarató aquel bellissimo plan.

Cuando se presentó Mad. Roland del brazo de Vergniaud y se disponia á entrar en su palco, le dijo:

—Señora, dispensad, está ocupado.

La esposa de Roland quiso saber quién se atrevia á ocupar un palco que su marido habia tomado.

—Abrid, dijo.

La acomodadora abrió.

Mad. Roland lanzó una rápida ojeada, reconoció á Dumuriez y vió á Danton con una mujer, la que ocupaba el sitio que ella debia ocupar.

Sabia que Danton no era escrupuloso con respecto á las mujeres, que acompañaba en público, y tomó á su esposa por una cualquiera, con quien ella no podria alternar.

—Muy bien, dijo impulsando la puerta, la cual se cerró sola.

Y antes que Danton hubiese tratado de saber quién había abierto, bajaba la escalera.

Danton adoraba á su esposa, mucho más cuando en aquellos momentos sabia que tenia el corazon desgarrado por las jornadas de Setiembre; así es que miró aquella negativa como un insulto, y más aun cuando vió á su mujer atacada por una palpitacion violenta, á consecuencia de la cual se desmayó.

Padecía una anemia que la condujo al sepulcro. Parecia que la sangre derramada el 2 de Setiembre era parte de la suya.

Todavía conservaban la esperanza de ver en casa de Talma á Roland, pues seguramente no asistiría Mad. Roland.

Danton permaneció al lado de Dumuriez durante la representacion, y el público aplaudió al vencedor de Valmy, pero no tanto como si se hubiera presentado con Mad. Roland y Vergniaud.

Solo Dios sabe cuántas cabezas costó la ligereza con que cerró la puerta del palco Mad. Roland.

La comedia de la señorita Candelle, aunque pertenecia á la literatura fria y lánguida de aquella época, tuvo un éxito completo y formó parte del repertorio.

Cuarenta años despues vi presentarse al público por primera vez á la señorita Mante en *La hermosa rentera*.

Cuando concluyó la representacion, fué llamado el autor en medio de un torrente de aplausos.

Danton buscó inútilmente á su amigo Jacobo Merey, á quien deseaba confiar su esposa, cuya salud le tenia cuidadoso; pero Jacobo, á pesar de haber ofrecido ir, no se había presentado en el teatro.

Por consiguiente, Danton y Dumuriez la acompañaron hasta su casa, travesía del Comercio, y desde allí se encaminaron á la calle Chantereine, en casa de Talma.

La reunion era brillante. En aquella época había llegado ya Talma al apogeo de su reputacion.

Aunque era partidario y miembro del club de los jacobinos, aun cuando era íntimo amigo de David, amigo á su vez de Marat, pertenecia por el talento, por el arte y por la literatura á la Gironda, el partido más distinguido; por consiguiente, entre la concurrencia

se veian hombres de Estado, poetas, artistas, pintores y generales pertenecientes á todas las opiniones y partidos.

Cuando llegaron Danton y Dumuriez recibia la señorita Candelle las felicitaciones de sus amigos, que eran tanto más sinceras, cuanto que su talento como actriz y como poeta no inspiraba celos á nadie.

Los recién llegados unieron sus felicitaciones á las que los demás la prodigaban, y como en aquel momento acababan de entregarla una corona de laurel, ella insistió para que la aceptara Dumuriez.

El general la tomó y la colocó sobre un busto de Talma, en donde permaneció.

El dueño de la casa presentó á Dumuriez todos aquellos hombres, que eran célebres ó debian serlo.

Todos le eran conocidos á Dumuriez, el general más instruido, pero que, alejado de la sociedad parisiense, no los había tratado.

Allí se encontraban Legouvé, Chénier, Arnaud, Lemerciér, Ducis, David, Girodet, Prud'hon, Le-Thieret, Gros, Louvet de Coupvray, Pigault, Lebrun, Camilo Desmoulins, Lucila, la señorita de Keralio, la de Cabarrús, Cabanis, Condorcet, Vergniaud, Guadet, Gensonné, Garat, la señorita Rancourt, Rouget de l'Isle, Méhul, los dos Bautistas, Dazincourt, Fleury, Armando, Dugazon, San-Prix, Larive, Monvel, es decir, todo lo más notable en artes y en política.

Allí, aplaudido y festejado por todos, se entregaba Dumuriez á esa pura alegría del vencedor, á cuyo triunfo no se mezcla la voz del esclavo.

Creia que nada alteraria aquella plácida noche.

Pero de repente se extendió por los salones un rumor sordo.

Parecia que los concurrentes estaban poseidos de una inquietud vaga, y el nombre de Marat, repetido por veinte voces, cayó sobre los convidados, no como una lengua de fuego, sino como un torrente de aceite hirviendo.

—¡Marat! exclamó Talma. ¿Qué busca aquí? Que llamen dos criados para que le arrojen á la calle.

Pero David se opuso.

—Déjame antes antes ver lo que quiere, y despues decidirás, dijo.

Talma consintió.

David salió hasta el vestíbulo.

—¿Qué deseas? le preguntó á Marat.

—Quiero hablar al ciudadano Dumuriez, contestó.

—¿Y no podías escoger otro momento que este, en el que le están festejando?

—¿Y por qué festejan á un traidor?

—¿Un traidor, y acaba de salvar á la patria?

—¡Un traidor, un traidor, un traidor! repito.

—Pero, por último, ¿qué pides?

—Pido su cabeza.

—¿Y acompañada de cuántos más? preguntó Danton, apareciendo en la puerta.

—Con la tuya y las de aquellos que han pactado con el rey de Prusia. Sí, añadió amenazando con el puño, se sabe que habeis recibido dos millones cada uno.

—Dejad entrar á ese loco para que lo sangre, dijo Cabanis; tiene un ataque á la cabeza.

Marat entró, pero mucha gente habia abandonado el salon y hablaban y comentaban en las demás habitaciones.

Dugazon habia puesto una badila al fuego para hacerla áscua.

Marat estaba escoltado por dos jacobinos altos y secos.

Quería pedir cuentas á Dumuriez de haber expulsado á los maratistas voluntarios de Chalons, que pedian sangre.

Henchido de hiel y de veneno, creía espantar al general vencedor lo mismo que aterraba á los papanatas de Paris.

Dumuriez, apoyado en su sable, le aguardaba tranquilo.

—¿Quién sois? le preguntó.

—Soy Marat, contestó torciendo su repugnante boca.

—Nada tengo que ver ni con vos, ni con los vuestros.

Y le volvió la espalda con profundo desprecio.

Los que rodeaban al general, particularmente los militares, lanzaron una carcajada.

—¡Ah! Os causo risa esta noche, pero mañana os haré llorar. Y salió amenazando á todos.

Apenas desapareció, tomó la badila roja Dugazon y un puñado de azúcar en polvo, y sin pronunciar una palabra zahumó los sitios por donde habia pasado Marat.

Este episodio hizo volver el júbilo que habia desaparecido.

Pero el plan de la reconciliacion de la Gironda y de la Montaña no pudo llevarse á efecto ni en el teatro de Variedades ni en el salon de la calle Chantereine.

Cuando Danton volvió á su casa encontró á Jacobo Merey, que le esperaba con impaciencia.

El doctor salió á su encuentro y le dijo, sin darle tiempo para interrogarle:

—Amigo, no quiero pedir una licencia á los pocos dias de haber entrado en la Convencion; pero desearia una comision que me dejara quince dias de libertad para un asunto de la mayor importancia.

—¡Diablo! á quién quieres que se la pida, exclamó Danton; estoy mal con Servan y con Clavier, y lo sucedido esta noche me habrá puesto peor con Roland. La señorita Manon Philippon le habrá referido á su modo lo ocurrido, añadió con acento despreciativo: no me queda más que Garat, el ministro de Justicia.

—¿Y con ese estás bien?

—¡Oh! Lo que es Garat no me rehusará nada!

—Justamente es él quien presentó el 9 de Octubre un proyecto de ley condenando á la pena de muerte á los emigrados cogidos con las armas en la mano y á ser fusilados inmediatamente.

—Verdad es.

—Pues bien, que me encargue de identificar la persona del señor de Charelet, preso el dia 21 y fusilado el 22 en Mayenza. La comision es honoraria, porque yo haré los gastos de las investigaciones.

—¿Ese asunto tiene verdadera importancia?

—Se trata de mi felicidad.

—Mañana tendrás la orden.

Aquella misma noche habia leido Jacobo Merey en el *Monitor*: «El jefe de una partida de emigrados que habia combatido en Champaña, viendo que nada podia hacer en aquel sitio se encerró en principios de Octubre en la ciudad de Mayenza.

»Mayenza se rindió el 21, y no habiendo hecho el gobernador ninguna condicion en favor de los emigrados, ha sido cogido el señor de Charelet con las armas en la mano y fusilado á las veinticuatro horas, en virtud de la ley de 9 de Octubre.

»Se dice que dicho señor de Charelet poseia cuantiosos bienes en el departamento de Creuse, en las cercanías de la ciudad de Argenton.

»Otra buena herencia para la república.»

Al dia siguiente tenia Jacobo Merey la orden de Garat para viajar en comision desde el 26 de Octubre hasta el 10 de Noviembre inclusive.

Inmediatamente salió para Mayenza con una carta del general Dumuriez para el general Custine.

La víspera de su marcha, Garnier de Saintes habia propuesto un decreto, el que fué aceptado por la Convencion, desterrando á los emigrados á perpetuidad, y castigando con la pena de muerte, sin distincion de edad ni sexo, á los que volvieran á Francia.

XIII.

Una carta de Eva

Jacobo Merey no perdió un momento. A las diez de la mañana estaba enganchada una carretela para camino, y él aguardaba la orden vestido con el traje de viaje.

A las once se la presentó Danton. Los dos amigos se abrazaron, y despues de recomendarle la salud de su esposa, salió Jacobo Merey gritando al postillon:

—Camino de Alemania.

Era el mismo por donde habia regresado con Dumuriez.

Volvió á ver á Chateau, Thiers y Chalons, y saludó al pasar el campo de batalla de Valmy, en donde se veian las eminencias de las tumbas.

En Verdun se encontró con que, despues de haber tenido poco valor, querian hacerlo olvidar á fuerza de rigor. Las desgraciadas jóvenes que sin comprender que era un crimen habian salido á recibir al rey de Prusia, estaban presas y se les seguia causa; ya se sabe que fueron ejecutadas.

Entró en el Palatinado por Kaiserslautern, y tres dias despues de su salida de Paris llegó á Mayenza; habia andado doscientas ocho leguas en sesenta horas.

Pero el general Custine habia continuado su camino, y se hallaba ya en Francfort, sobre el Main.

Jacobo Merey pidió informes á los oficiales que habian quedado de guarnicion en Mayenza, y les preguntó si tenian noticia del fusilamiento de emigrados.

Era cierto, y el hecho habia causado profunda sensacion en la

Aquella misma noche habia leido Jacobo Merey en el *Monitor*: «El jefe de una partida de emigrados que habia combatido en Champaña, viendo que nada podia hacer en aquel sitio se encerró en principios de Octubre en la ciudad de Mayenza.

»Mayenza se rindió el 21, y no habiendo hecho el gobernador ninguna condicion en favor de los emigrados, ha sido cogido el señor de Charelet con las armas en la mano y fusilado á las veinticuatro horas, en virtud de la ley de 9 de Octubre.

»Se dice que dicho señor de Charelet poseia cuantiosos bienes en el departamento de Creuse, en las cercanías de la ciudad de Argenton.

»Otra buena herencia para la república.»

Al dia siguiente tenia Jacobo Merey la orden de Garat para viajar en comision desde el 26 de Octubre hasta el 10 de Noviembre inclusive.

Inmediatamente salió para Mayenza con una carta del general Dumuriez para el general Custine.

La víspera de su marcha, Garnier de Saintes habia propuesto un decreto, el que fué aceptado por la Convencion, desterrando á los emigrados á perpetuidad, y castigando con la pena de muerte, sin distincion de edad ni sexo, á los que volvieran á Francia.

XIII.

Una carta de Eva

Jacobo Merey no perdió un momento. A las diez de la mañana estaba enganchada una carretela para camino, y él aguardaba la orden vestido con el traje de viaje.

A las once se la presentó Danton. Los dos amigos se abrazaron, y despues de recomendarle la salud de su esposa, salió Jacobo Merey gritando al postillon:

—Camino de Alemania.

Era el mismo por donde habia regresado con Dumuriez.

Volvió á ver á Chateau, Thiers y Chalons, y saludó al pasar el campo de batalla de Valmy, en donde se veian las eminencias de las tumbas.

En Verdun se encontró con que, despues de haber tenido poco valor, querian hacerlo olvidar á fuerza de rigor. Las desgraciadas jóvenes que sin comprender que era un crimen habian salido á recibir al rey de Prusia, estaban presas y se les seguia causa; ya se sabe que fueron ejecutadas.

Entró en el Palatinado por Kaiserslautern, y tres dias despues de su salida de Paris llegó á Mayenza; habia andado doscientas ocho leguas en sesenta horas.

Pero el general Custine habia continuado su camino, y se hallaba ya en Francfort, sobre el Main.

Jacobo Merey pidió informes á los oficiales que habian quedado de guarnicion en Mayenza, y les preguntó si tenian noticia del fusilamiento de emigrados.

Era cierto, y el hecho habia causado profunda sensacion en la

poblacion, porque el decreto era del 9 y se ejecutaba por primera vez.

Se habia cumplido literalmente; ninguno de los siete acusados se salvó.

Preguntó el nombre de aquellos desgraciados; los habian olvidado.

Le dijeron que uno de los oficiales que habia formado parte del consejo de guerra estaba en Mayenza, y le indicaron su nombre y sus señas.

Jacobo Merey se presentó á él.

Era un capitán, y recordaba perfectamente que el jefe de los seis caballeros habia declarado se llamaba Luis Carlos Fernando de Charelet; pero de todos modos, el relator tendria el legajo y era ayudante del general Custine y el miembro más joven del consejo.

Ya hemos dicho que el general estaba en Francfort.

Jacobo Merey volvió á salir el mismo dia, y por la tarde se apeaba en la fonda de Inglaterra.

El nombre del joven relator era el de *Cárlos Andrés*, y Jacobo Merey lo llevaba en su cartera.

A la madrugada se presentó en casa del general; ya estaba levantado y disponiéndose á pasar revista á sus soldados.

Su título de representante del pueblo asustó algo á Custine, porque pertenecia por sus antecedentes al partido realista, como Dumuriez, y si bien su brazo habia combatido fielmente, su conciencia no estaba de acuerdo.

La carta de Dumuriez le tranquilizó, y con verdadero placer hizo llamar á *Cárlos Andrés*, su ayudante, dándole orden para que pusiera á disposicion de Jacobo Merey todos los documentos concernientes al ex-señor de Charelet.

El joven oficial ofreció presentarse en la fonda de Inglaterra, media hora despues, con el legajo y los papeles encontrados en poder del difunto, y que probaban su identidad.

Cumplió su palabra.

El legajo y los papeles consistian en el interrogatorio, el juicio verbal y tres cartas de su hermana, canonesa en Burges.

El interrogatorio estaba concebido en estos términos:

«*Pregunta.* Vuestro nombre, apellidos y ocupacion.

»*Respuesta.* *Cárlos Luis Fernando*, señor de Charelet.

»*P.* ¿Vuestra edad?

»*R.* Cuarenta y cinco años.

»*P.* ¿Lugar de nacimiento?

»*R.* El castillo de Charelet, cerca de Argenton.

»*P.* ¿Por qué habeis salido de Francia?

»*R.* Por no ser cómplice de los crímenes que se cometian.

»*P.* ¿A dónde habeis ido al salir de Francia?

»*R.* A reunirme con el cuerpo de emigrados que se batia en Champaña á las órdenes del príncipe de Ligne.

»*P.* ¿Y cuándo habeis salido de Champaña?

»*R.* Ocho dias despues de la batalla de Valmy, al saber por el señor de Calonne que la retirada estaba decidida.

»*P.* ¿Por qué dejábais la Champaña?

»*R.* Porque nada podia hacer.

»*P.* ¿Y habeis venido á Mayenza para servir contra la Francia?

»*R.* Contra la Francia, no; contra el gobierno que la deshonor.

»*P.* ¿No debeis ignorar el decreto de la Convencion del 9 de Octubre, por el cual se castiga con la pena de muerte á todo emigrado preso con las armas en la mano?

»*R.* No lo ignoro; pero tampoco le doy ningun valor.

»*P.* ¿No teneis nada que decir para vuestra defensa?

»*R.* Nada. He nacido realista y católico, muerdo católico y realista; es decir, como mis antepasados.»

Despues de alejar al acusado deliberó el consejo; pero como *Cárlos Luis Fernando*, ex-señor de Charelet, nada habia dicho para su defensa, sino al contrario, habia provocado el castigo, fué condeñado á muerte por unanimidad.

El sentenciado, introducido de nuevo en la sala del consejo, escuchó impasible la lectura de la sentencia; contestó por un ¡Viva el rey! á la pregunta que se le hizo, si no tenia nada que reclamar.

»Al amanecer del dia siguiente habia sido fusilado y enterrado en los fosos de la ciudadela.»

Esta lectura absorbió por algun tiempo á Jacobo Merey.

El comportamiento del señor de Charelet, para con el tribunal que le juzgaba, habia sido el de un mal patriota, pero el de un verdadero caballero, valiente y leal, que habia sostenido hasta lo último el juramento de fidelidad hecho al rey.

¿Cómo un hombre que para con él habia faltado á todas las reglas de delicadeza y educacion, conservaba aquella consecuencia y aquella fé hácia su partido político?

Es porque generalmente en el hombre está subordinada la conciencia á la educacion, y esta imponia sus deberes á la nobleza con respecto á lo superior á ella; pero la dejaba en libertad tratándose de lo inferior.

En la imaginacion del señor de Charelet, un médico de un pueblo no significaba nada, y él, que arrostraba tan animosamente la muerte por un principio político, no creia faltar violando el sublime principio moral.

El derecho divino no se limitaba solo á los reyes, sino que era extensivo á la nobleza, y así como el rey reinaba por derecho divino sobre la nobleza, esta reinaba por derecho divino tambien sobre el pueblo.

—Teniente, dispensadme, dijo Jacobo Merey despues de haber reflexionado un momento y haber deducido lo que llevamos indicado; ¿no me habeis dicho que unidas al legajo habia tres cartas del señor de Charelet?

—Efectivamente, aquí están; contestó el jóven oficial.

—¿Será una indiscrecion rogaros me permitais leerlas?

—De ningun modo. Tengo orden para comunicaros todos los documentos, y hasta para daros copia si lo deseais.

—¿Decís que esas cartas son de la señorita de Charelet, ex-canonesa de las angustias de Burges?

—¿Quereis que os las presente por orden de fechas?

Jacobo Merey hizo un signo afirmativo.

La primera era del 16 de Agosto, y decia lo siguiente:

«Mi muy querido y estimado hermano: He vuelto á Burges con el precioso depósito que me habeis confiado.

»Pero puedo aseguraros que hasta hoy solo he podido considerarlo físicamente, pues moralmente me habeis entregado una hermosa criatura sin iniciativa y sin voluntad, que ni aun contesta al nombre de Elena, y solo parece prestar atencion cuando se le da el de Eva.

»Entonces brillan sus ojos y se fijan en la persona que la nombra; pero como sin duda no es la que desea ver, vuelven á cerrarse y recae en esa acostumbrada somnolencia.

»En vista de esto, os ruego me permitais llamarla Eva, puesto que solo responde por ese nombre.

»En vuestra última carta, que he recibido esta mañana, me decís pensais salir de Francia y preguntais cuál es la opinion de una humilde sierva del Señor antes de tomar una resolucion tan trascendental.

»Pues bien, mi parecer es que un Charelet, cuyos antepasados tomaron parte en las Cruzadas y que ostentan en su escudo la cruz con cantoneras de plata y flor de lis de oro, no deben autorizar con su presencia ni contemporizar con lo que hoy sucede.

»Partid, y cuando creais que debemos ir á reunirnos con vos, escribidme, y vuestras órdenes serán ejecutadas.

»Vuestra obediente y amante hermana.—MARÍA DE CHARELET.—SOR ROSALÍA, en religion.»

Esta carta era de la mayor importancia para Jacobo Merey.

Por ella sabia el dolor profundo que habia sentido Eva con la separacion, y como el amor es egoista hasta la crueldad, el de Eva era un bálsamo para el suyo.

El jóven oficial le entregó la segunda carta, concebida en estos términos:

«Muy querido y estimado hermano: He sabido con gran placer que habeis llegado á Verdun, en donde á lo ménos os creo seguro.

»Mucho he celebrado la buena acogida que os ha dispensado el rey de Prusia, y aplaudo vuestra resolucion de entrar á formar parte de los voluntarios del príncipe de Ligne, verdadero príncipe del imperio y caballero de antigua y noble raza.

»Por la edad y el retrato que me haceis de él, debe de ser hijo

de Carlos José y nieto de Cláudio del Amoral. Su padre era uno de los hidalgos más valientes é ingeniosos que pueden conocerse.

»Un Charelet sin rebajarse, puede servir á las órdenes de un Amoral.

»Elena está mejor, aunque continúa obstinándose en no contestar por ese nombre, como si no fuera el suyo.

»Además, desde el día en que salimos de Charelet no ha pronunciado una palabra.

»Ha empezado á tomar algunas cucharadas de sopa, que con una ó dos copas de jarabe es suficiente para sostenerla.

»Ayer, en lugar de sentarla á la ventana que cae al patio, la hice sentarse á la que da al jardín: al ver el follaje y el arroyuelo que le riega, lanzó un grito, se incorporó en el sillón y volvió á caer en él, exclamando con desesperacion. «¡No, no, no!» No sé lo que quería decir, pero al fin habló.

»Como me he figurado que el silencio de vuestra hija es por mala voluntad y que su postracion es efecto de terquedad, habiendo escuchado ruido en su habitacion, despues que Juana, la doncella, la habia acostado, miré por un agujero practicado en el tabique.

»Apoyándose en los muebles, se habia levantado y dirigido á su reclinatorio, á los piés del crucifijo que está entre las dos ventanas. Una vez allí, fuera con los lábios, fuera solo mental, dirigió al cielo sus oraciones durante largo rato.

»Parece que ese hombre, al lado del cual ha permanecido desgraciadamente largo tiempo, no carecia de sentimientos religiosos, puesto que la pobre niña busca un refugio en Dios.

»Por hoy, no tengo más que comunicaros, y espero que esta carta, dirigida á Verdun, llegará á vuestras manos.

»Vuestra afectuosa hermana.—MARÍA DE CHARELET.—SOR ROSALÍA, *en religion.*»

Jacobo Merey se apoderó apresuradamente de la tercera carta. Su contenido era el siguiente:

«Muy querido y estimado hermano:

»Despues de la victoria que, segun me decís, han ganado los prusianos en el Prado Grande, y la derrota de los franceses, espero



La pobre niña busca un refugio en Dios.

que no seremos nosotras quienes vayamos á buscaros á Alemania, sino vos el que dentro de pocos dias estareis en Paris.

»¡Ay! Desgraciadamente llegareis demasiado tarde para impedir los horrorosos crímenes que se han cometido, pero á tiempo aun para vengarlos.

»Nuestro pobre rey y la familia real están, como no ignorareis, presos en el Temple, y se dice piensan juzgar al elegido del Señor.

»Dios os conducirá lo más pronto para evitar ese crimen espantoso, el más terrible de todos.

»Nada tendria de extraño sea cierto que á los resplandores de la fusilería hayais visto á ese hombre en las filas republicanas. Ya sabeis lo habian nombrado miembro de la Convencion, y lei en un periódico habia salido para el Este con una comision para Dumuriez.

»Elena ha querido enviar una carta por el correo, pero como tiene tan poco discernimiento, no reflexionó que Juana me la entregaria en lugar de obedecerla.

»Juana efectivamente me la presentó; es la expresion de un verdadero delirio.

»Os la envio para que juzgueis hasta dónde llega la loca pasion de esta niña, y cuán preciso es que cuanto antes salga de Francia si salen fallidas mis esperanzas y no vais á Paris dentro de pocos dias.

»Es inútil añadir que he recomendado á Juana me entregue todas las cartas que escriba Elena, y asegure á esta las lleva al correo.»

Jacobo Merey dió un grito: entre las dos páginas de la señorita de Charelet acababa de reconocer la letra de Eva, y devoró, mas bien que leyó, las siguientes líneas:

«Amigo mio, maestro mio, rey mio, y diria mi Dios, si no fuera porque tengo que rogar á Dios me reuna contigo.

»Cuando me dijeron que estaba separada de tí para siempre, quise morir.

»Mi padre, ó se cansó de mis quejas, ó tuvo miedo de mi resolución. A todo lo que me preguntaba le contestaba:—*Le amo.*

»Ha hecho venir á mi tia la canonesa de Burges, y me ha puesto bajo su vigilancia.

»Green que estoy loca; poco me falta, porque mis ideas se trastornan.

»Si no fuera porque continuamente tu imagen me acompaña y que estoy segura vives, me creeria muerta y en el pais de las sombras, pues todo lo encuentro sombrío, impalpable, oscuro.

»Así debe de ser cuando deje de latir el corazon y lo encierren en la tumba.

»Para mí ha sido un nuevo dolor abandonar el castillo de Charelet, porque á lo ménos no estaba separada de tí más que cuatro leguas, amado mio, y siempre cuando escuchaba el ruido de una puerta me parecia que eras tú.

»Al subir al carruaje, ó más bien al conducirme á él, me desmayé, y desde entonces no he recobrado por completo los sentidos.

»Dos dias hacia que estaba en Burges, cuando me sentaron delante de una ventana que daba al jardin: un grito de alegría se escapó de mi pecho y me pareció que me inundaba un rayo de luz y que me encontraba de nuevo en nuestro eden.

»Veia una pradera como la nuestra, un estanque como el nuestro, tu casita; pero ni gruta, ni emparrado de tilos, ni árbol de la ciencia, y sobre todo, no veia á Jacobo Merey.

»¡Oh amado mio! Solo tengo un pensamiento, una esperanza, y constantemente le pido á Dios en mis oraciones solo una cosa.

»Volver á verte.

»Si así no sucede, me moriré; pero tranquilízate, antes haré todo lo posible por reunirme contigo.

»De tí procedo, en busca tuya voy; sin tí no existe—EVA.»

—¡Oh! caballero, exclamó Jacobo Merey; ¿me permitireis que copie algunos documentos?

—Más aun, contestó el jóven oficial comprendiendo el deseo del doctor; dejadme copia de esa carta certificando es conforme con el original, y guardadla.

Jacobo Merey estrechó en sus brazos á Carlos Andrés, quiso darle las gracias, pero las lágrimas ahogaron su voz.

Veinte veces besó la carta de Eva, y con temblorosa mano empezó á copiarla.

Despues la escondió en su seno, como un tesoro.

—Caballero, jamás olvidaré lo que habeis hecho por mí.

Carlos Andrés manifestaba que todavía tenia algo más que decir: vacilaba.

Jacobo comprendió su vacilacion.

—Caballero, le dijo, creo que es inútil deciros que amo á la señorita de Charelet y que soy correspondido. Esta carta, que la muerte del padre de Eva hace llegar á mis manos por tan dolorosos medios, estaba dirigida á mí, y en ella, como prueba de lo dicho, se encuentra mi nombre. Vuelvo á Francia para buscar á la pobre niña, que sin mí está perdida. ¿Sabeis algo más de lo que me habeis dicho?

—Me comprometo, caballero, á deciros lo que sé, pero estoy seguro guardareis el secreto. Yo mandé hacer fuego en la ejecucion, y en el mismo sitio en que debia tener lugar me entregó el señor de Charelet una carta para su hermana, rogándome se la enviara como su última voluntad. Le ofrecí ponerla en el correo y lo cumplí.

—¿Y nada dijo al escuchar vuestra promesa?

—Sí, murmuró estas palabras: «Tal vez llegue á tiempo.»

Jacobo Merey llamó, besó otra vez la carta de Eva, la guardó en su pecho, abrazó al jóven oficial, mandó poner caballos á la silla de posta, fué á dar las gracias al general Custine y estrechó su mano, y despues, con el mismo laconismo que habia dicho tres dias antes *camino de Alemania*, dijo *camino de Francia*, y la silla de posta salió á escape.

XIV.

Investigaciones inútiles.

Jacobo Merey atravesó la Francia con la misma velocidad que anteriormente, pero al llegar á Kaiserslautern, en lugar de seguir por el camino de Champaña, por Santa Menehould, tomó el de Lorena, por Nancy.

Se dirigió directamente á Burges.

Al apearse en la fonda de la Posta se informó si conocían á una señorita de Charelet, ex-canonesa.

El administrador de Correos se acercó y le dijo:

—Ciudadano, conocemos mucho á la persona que decís, pero ya no esta en Burges.

El 10 de Octubre se habia dado un decreto para que el nombre de *ciudadano* y *ciudadana* sustituyera al de *señora* y *señor*.

—¿Desde cuándo no está aquí la señorita de Charelet? preguntó angustiado Jacobo Merey.

—¿Deseais saberlo positivamente?

—Sí, ciudadano; solo por verla he salvado cuatrocientas leguas.

—Pues consultaré mi libro.

El administrador entró en la oficina, abrió el registro y gritó:

—Salió el 23 á las cuatro de la tarde.

—¿Sola ó acompañada?

—Con su sobrina, muy enferma, segun decian, y una doncella.

—¿Estais seguro que eran tres?

—Ciertamente; tanto, que les hice la observacion que podian poner solo dos caballos al carruaje y dar la mitad por el otro, es decir, pagarlo, como se dice entre nosotros, en el aire, á lo cual me contestó la canonesa: «Poned tres ó cuatro, los que se necesiten,

porque tenemos prisa.» Les puse entonces tres caballos y partieron.

—¿Para dónde?

—No sé nada más.

—Debeis saberlo.

—¿Cómo?

—Me figuro que sin ver el pasaporte no les habreis dado caballos.

—Sí, llevaban su pasaporte: pero para qué punto, eso es lo que no recuerdo.

—Seria peligroso para vos el no saberlo, dijo gravemente Jacobo Merey.

—Si tanto os interesa saberlo, podeis dirigiros al Gobierno civil, que es á donde lo han expedido.

—Es verdad, contestó Jacobo Merey: y como no tenia tiempo que perder, gritó:

—Al Gobierno civil.

El postillon salió á galope y á galope entró en el patio de la prefectura.

El doctor saltó de la silla de postas al suelo calculando que con el gobernador necesitaba tener más etiqueta que con el administrador del Correo.

Tomó la carta del ministro Garat, en la cual le comisionaba para identificar la persona del señor de Charelet, y entró en el gabinete del gobernador.

—Ciudadano prefecto, le dijo; el ministro de Justicia me ha encargado, como vereis por esta orden, que haga constar la identidad del ex-señor de Charelet, fusilado en Mayenza el 20 del actual. Acabo de llegar de Mayenza, y he cumplido mi encargo; pero no se limitaba solo á esto, sino que era extensivo á los demás individuos de la familia, su hermana y su hija, que vivian en Burges.

—Pero que ya no viven, puesto que salieron de aquí el 24 de este mes.

—¿Y á dónde han ido?

—No podré indicaros un punto fijo; el pasaporte fué pedido para Alemania.

—¿Sin designar la poblacion?

—Sin designarla. Expedí el pasaporte en virtud de un certificado del médico, en el que manifestaba que la joven señorita de Charelet necesitaba tomar las aguas de Alemania.

—¿Y quién es el médico de esa señora?

—Uno excelente y buen patriota; el ciudadano Dupin.

—¿Tendreis la bondad de indicarme en dónde vive?

—Cerca de aquí; en la calle del Arzobispado.

Jacobo Merey saludó y se hizo conducir en casa del médico.

Allí se renovó el mismo interrogatorio, y dió el idéntico resultado; pero instado por Jacobo, dijo creia recordar que habia indicado las aguas de Baden ó Wiesbaden.

Jacobo tenia todavía que asegurarse de una cosa, si en la casa habia quedado alguna persona que pudiera darle la noticia que deseaba.

El postillon le indicó á Jacobo que si continuaban de aquel modo tendrian tiempo doble, cosa prohibida por el reglamento.

Conociendo lo razonable de esta observacion, se dirigió á la fonda de la Posta.

Allí se informó de las señas de la casa que habia ocupado Eva. Era en la calle del Priorato, número 23.

Acompañado por un pilluelo mandadero de la fonda, se encaminó á la casa, la cual estaba herméticamente cerrada.

Llamaron á las puertas y ventanas, pero permanecieron cerradas.

Una vecina se asomó y repitió á Jacobo lo que este sabia, que el 24 á las cuatro de la tarde, habian marchado aquellas señoras.

Todo habia quedado cerrado, y todas las llaves se las habia llevado la canonesa; y cuando la preguntaron si pensaba volver pronto, contestó que iba á Alemania á reunirse con su hermano y que ignoraba si marchaba para siempre.

Por la fecha de su salida de Burges comprendió Jacobo que nada sabian de la muerte del señor de Charelet.

¿Qué habria sido de la carta escrita en la hora suprema de su ejecucion?

En aquel instante pasaba el cartero.

Jacobo Merey le llamó.

—Decidme, amigo, le dijo; ¿la señorita de Charelet os ha dicho á dónde se la debian enviar las cartas?

—No señor; contestó el cartero.

—¿Y despues de su marcha no han recibido una?

—No la han recibido, puesto que no estaban aquí.

—Gracias por haberme hecho comprender que decia una tontería; ¿pero qué has hecho de la carta?

—Como venia franca, la he deslizado por debajo de la puerta: cuando vuelvan ahí la encontrarán.

Jacobo hizo un movimiento de impaciencia, que no pasó desapercibido para el cartero.

—¿Por qué franquean las cartas? Estando franqueadas no se ocupa el Correo de ellas.

Y el cartero continuó su camino, envanecido de haber elogiado de aquel modo á la Administracion de Correos.

El pilluelo se tendió en el suelo y miró por debajo de la puerta.

—Calla, veo la carta, y nada seria tan fácil como sacarla.

—Esa carta, dijo Jacobo Merey despues de haber reflexionado un momento, no es para mí; por consiguiente, no tengo derecho para leerla.

Y volviéndose á la fonda dió seis francos al muchacho y pidió la comida.

Una idea surgió en su cerebro mientras comia.

El juvenil mandadero, al recibir los seis francos, creyó deber suyo permanecer todo el dia al servicio del viajero; así es que le aguardó gorra en mano á la puerta del comedor.

—¿Cómo te llamas? le preguntó Jacobo.

—Francisco, para serviros, señor.

—Vete á buscar al postillon que condujo el 24 á las señoras de Charelet.

—Yo le conozco; es Pierrot.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo; y la prueba es que me dió un latigazo porque me

puse á comer una ciruela que se habia caido de la cesta de Juana, la doncella.

Jacobo recordó que en una de las cartas de la canonesa esta daba el nombre de Juana á la doncella de Eva.

—Pues bien; vete á buscar á Pierrot.

El postillon se presentó al momento, demostrando con su actividad que Francisco le habia hablado de la generosidad del viajero.

El postillon tenia el semblante risueño.

—¿Eres tú quien condujo el 24 de Octubre último, á las cuatro de la tarde, la silla de posta de las señoras de Charelet?

—Las señoras de Charelet... esperad, dijo Pierrot: una vieja con aire de religiosa, una camarera y una jóven que parecia estar enferma, ¿es eso?

—Sí, eso es.

—Recuerda que me diste un latigazo, dijo Francisco.

—No me acuerdo.

—¡Ah! pues á mí no se me olvida tan fácil.

—Sí, debo ser yo, debo ser yo; repuso Pierrot pasando por su boca la manga de su chaqueta, movimiento familiar en los naturales del Berri.

—¿Entonces recordarás tomaron el camino de Dijon?

—¡Oh! no, de ningun modo.

—Pues entonces, el de Auxerre.

—Tampoco, replicó Pierrot moviendo la cabeza; ¡ah! no lo sabeis.

—¿Cómo que no lo sé?

—No; por más que no sea mi intencion desmentiros; pero como me preguntais la verdad, preciso es que la diga.

—No me contrariais; al contrario, me hareis un gran servicio indicándome el verdadero camino que han tomado. Me es preciso encontrarlas para un asunto de la mayor importancia.

—¡Ah! pues entonces no será por el camino ni de Dijon ni de Auxerre por el que debeis ir.

—¿Por cuál entonces?

—Por el opuesto completamente; por Chateauroux.

Una ideal uminosa pasó por la imaginacion de Jacobo.

—¡Ah! exclamó; han ido al castillo de Charelet. Que enganchen, que enganchen al momento.

—Bueno, ahora me toca á mí; contestó el postillon.

Y corrió al patio. Francisco salió en pos de él. Un cuarto de hora despues los caballos estaban dispuestos y Pierrot esperaba sentado en el pescante.

Jacobo Merey pagó el gasto y buscó, aunque inútilmente, al muchacho para darle la vuelta que le habia entregado el fondista.

El coche partió á galope; otra prueba más de que Francisco no habia guardado el secreto de la liberalidad de Jacobo.

Pero al salir de la poblacion vió el doctor al mandadero aguardándole en medio del camino, con una carta en la mano.

A las repetidas señas que hacia, detuvo Pierrot la silla.

El muchacho saltó al estribo.

—¿Qué hay? preguntó Jacobo.

—Sucede que, puesto que vais en busca de la señorita de Charelet, vale más que la lleveis su carta que no dejarla debajo de la puerta; de ese modo la recibirá más pronto.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Que es esta; añadió dando la carta á Jacobo y saltando al suelo, gritándole á Pierrot:

—¡Arrea, postillon!

Jacobo reflexionó en que lo dicho por el muchacho era lógico, y que, segun toda probabilidad, la carta que le habia entregado Francisco contenia la última voluntad del padre de Eva, y que dejándola en donde estaba, el viento y la lluvia la pondrian en un estado incapaz para leerla; que más valia fuese él su depositario fiel, y que la conservaria intacta hasta que pudiera entregársela á una de las dos personas que tenian derecho de abrirla; á Eva, ó á la canonesa.

El resultado de estas reflexiones fué guardarla en un secreto de su cartera.

La casa vacía.

Jacobo Merrey no se había engañado. La hermana del señor de Charelet había ido á Argenton, y como era imposible ir hasta el castillo en silla de posta, había alquilado tres caballos en la única posada que en la villa existía, y después tres hombres habían conducido al paso las tres cabalgaduras.

Las dos señoras y la doncella pasaron una noche en el castillo, y volvieron á la ciudad al día siguiente.

Hicieron enganchar de nuevo la silla de posta y partieron por el camino de la Châtre, San Amand, Autun, Borgoña, etc., etc.

De modo que como la canonesa llevaba cinco días de adelanto y que no habiendo recibido la postrera carta de su hermano, en la que le anunciaba iba á ser ejecutado, obedecía á la penúltima orden de que fuera á reunirse con él, como las aguas de Baden y Wiesbaden no eran más que un pretexto para que las tres fugitivas pasaran la frontera alemana, Jacobo Merrey, comprendiendo que no podría alcanzarla, estenuado por un viaje de seiscientas leguas, se decidió á descansar en su casa, conocida largo tiempo hacia con el nombre de la *la casa misteriosa* y que para él era *la casa vacía*.

Hacia más de dos meses que había salido de ella.

Al ruido del carruaje, que se detenía delante de la puerta, se presentó la anciana Marta, quien lanzó un grito de júbilo.

Creía que jamás volvería á ver á su amo.

Cuando Jacobo Merrey oyó cerrarse la puerta, y se encontró al pié de la escalera, no supo á dónde dirigirse, porque sus recuerdos le llamaban hácia diferentes sitios de la casa.

En su memoria se representaron con todos sus detalles aquellos siete años, y le parecía que habían pasado con la rapidez de un día.

Veía á Eva desde el momento en que, como una masa informe, como un sér imperfecto, se presentó rodando sobre la alfombra á los atónitos ojos de Marta, hasta el doloroso instante en que tan cruelmente la arrancó de sus brazos aquel hombre á quien algun tiempo después habían arrebatado la vida de una manera también tan cruel é inhumana.

Eva no habitaba la casa, pero vagaba en ella como una sombra invisible, sí, pero perceptible sin embargo en aquellos sitios en que había vivido.

Todo se encontraba en el mismo estado que lo había dejado Jacobo Merrey.

Primero subió á la habitacion de Eva, y vió la cuna en donde había permanecido desde los siete hasta los diez años, es decir, aquella época vegetativa de su vida, durante la cual, crisálida de amor, lucharon la belleza y la inteligencia contra la fealdad y la nada. Después entró en el cuarto que más tarde habitó la jóven, en donde delante del espejo mágico había empezado á recoger y extender sus hermosos cabellos, á cimbrar su talle de junco, modelado como esos hermosos bustos de Juan Goujon, los que sostienen con sus brazos lindas canastillas y que el cuerpo se vela y diviniza entre el ropaje.

Desde allí se dirigió á su laboratorio. El órgano permanecía abierto y mudo. Recordó el día en que á consecuencia de una conmocion eléctrica que la envolvió con su vivificante flúido, había ido Eva hasta el piano, y con asombro suyo tocó los compases de una música escuchada el día anterior, no con maestría, pero con bastante expresion.

Allí estaban los libros que habían recorrido sus ojos, y cuando se acercó al armario, el gato, poco domesticado, saltó por la ventana por donde tenía costumbre de huir.

Sobre las sillas se veían mezclados y confundidos los libros en que Eva aprendió la química, la astronomía y la botánica; el último que ella había tocado permanecía abierto.

No creo haya un sitio bajo la inmensa bóveda del cielo en donde se encuentre una melancolía más dulce, reminiscencia del pasado, que en el aposento habitado, animado, vivificado por una jóven de quince años y abandonado por la ausencia ó por la muerte.

Su esencia juvenil se ha trasmitido á todo; su aliento, las emanaciones de su persona crean una atmósfera que enamora antes de que se conozca el amor.

¡Qué será cuando se comprenda!

Con los brazos extendidos, porque un velo cubría sus ojos, no viéndola á través de aquel vapor, que parecia ocultar á una diosa como la nube de Virgilio, Jacobo Merrey se dirigió al órgano y maquinalmente dejó caer sus manos sobre el teclado.

Una sonora vibracion se escapó del divino instrumento, y durante diez minutos Jacobo Merrey solo pudo obtener algunas armonías, porque enmedio de ellas, un lamento, un gemido hacia brotar una lágrima que caía en el corazon, despertando la misma sensacion que en una sombría cueva el ruido de una gota de agua cayendo en un pilon de cristal.

Al cabo de algunos segundos, aquella melodiosa queja tomó el nombre de Eva, y apenas Jacobo Merrey le pronunció tres veces, no pudo soportar aquel dolor, siempre en aumento, y rompió en sollozos.

El doctor se lanzó fuera del laboratorio sin haber mirado sus aparatos de química.

Cristales con polvo de mercurio, retortas inútiles y olvidadas, pesos y medidas cubiertas de cardenillo, tarros en donde el carbono puro empezaba á trasformarse en diamante, todo quedó olvidado.

El nombre de Eva era el toque fúnebre que hundía en la tumba todos los ensueños que en la ciencia habia acariciado, y como Ixion, la nube de la cual brotó el fabuloso pueblo de los centauros.

En tres saltos salvó la escalera y se encontró en el jardin.

No eran ménos vivos allí los recuerdos, ménos tiernos ni en menor número, y por consiguiente, tambien dolorosos.

El arroyo, en el cual bebiendo se miró Eva por primera vez; el emparrado bajo del que oía cantar al ruiseñor hasta la madrugada;

el árbol de la ciencia, en donde al coger una manzana se apercibió de su desnudez y se ruborizó de vergüenza.

Jacobo Merrey andaba del arroyo al emparrado, del emparrado de los tilos al árbol de la ciencia, repitiéndose que su esperanza era insensata, pero esperando sin embargo que por entre algun zarzal ó por una calle de árboles apareciese la jóven.

Pero sobre todo creció de pronto su emocion al acercarse á la gruta. Allí, arrullado por el murmullo del manantial, el que con el arroyo que brotaba al pié del árbol de la ciencia alimentaba el riachuelo del jardin, apoyado en la roca cubierta de musgo, habia escuchado por primera vez un *te amo*, de la boca de Eva.

Aquella voz querida, aquel melodioso acento que penetraba hasta lo profundo del alma, aquella palabra para la cual han escogido todos los idiomas las vocales más dulces, los consonantes más eufónicos, ¿estaria ya vedada para él?

¿Sólo para él no existiria ya la primavera, el sol, el amor?

¡Qué error tan grande habia padecido al creer que lanzado en los solemnes debates de la tribuna que levantaban y derrocaban las monarquías, en aquellas luchas de la guerra que desterraban el terror de un campo para arrojarlo en el otro y que hacian estallar en Alemania la tempestad que rugia sobre la Francia, ¡qué error tan grande era, repetimos, creer que tuviera bastante con aquel pasto su corazon en lugar del amor!

¡Oh! Su amor desde su salida de Argenton habia vivido oculto, pero sin que un dia, una hora ni un instante hubiera dejado de pensar en él, y ¡cosa extraña! desde que habia vuelto Jacobo á su casa, ni un segundo habia pensado en aquellas catástrofes, en medio de las que habia vivido y en las que habia representado y representaria un papel tan importante.

Como si no hubieran existido, se olvidó de Danton, Dumuriez Kellermann, Valmy, el rey de Prusia, Brunswick, la Montaña, la Gironda, del elocuente Vergniaud, la de santa Mad. Roland, de la esposa de Danton, la mártir; del repugnante Marat, que dejó en casa de Talma su inmunda huella; del rey, débil y prisionero en el Temple con su culpable esposa, sus dos inocentes hijos y su angelical her-

mana. ¿A dónde podría encontrar á Eva? Permanecer toda su vida en aquel jardin sin volver á oír hablar de reyes ni de príncipes, sin ver brillar las charreteras con los rayos del sol, ni la hoja de un sable; sin saber si existia otro mundo fuera de aquella casa, tal era la única felicidad que hubiera pedido á Dios si no hubiera colocado al Sér Supremo en sitio tan elevado que nuestros punzantes dolores y nuestras sublimes alegrías no pueden llegar hasta él.

Hemos descrito los sueños de aquel dia, no trataremos de describir los de aquella noche.

El primer ruido que oyó en la casa Jacobo Merrey fué el de Antonio al abrir la puerta, dar en el suelo con el pié y decir:

—¡Círculo de justicia! ¡Centro de verdad!

Jacobo sintió verdadero placer al volver á ver al sér á quien habia devuelto un rayo de razon, ya que no hubiera podido devolvérsela por completo.

Después subió Bautista, al que reconoció por el ruido que hacia su pierna de palo al chocar contra los escalones.

Si Antonio le debía parte de su razon, el otro le era deudor de una parte de su cuerpo.

Eran dos hombres á los que si Jacobo Merrey hubiera dicho: «Morid por mí,» morirían sin preguntar por qué perdían la vida.

Además, todos los habitantes de Argenton estaban reunidos delante de la casa misteriosa; pero como sabían que el doctor volvía triste, habían desterrado la alegría que debía presidir el recibimiento.

Los electores deseaban dar las gracias á su representante porque habia cumplido dignamente.

En Argenton sabían cómo se condujo en Verdun, y tampoco ignoraban que en Prado Grande se habia batido valerosamente, y que tres banderas tomadas al enemigo las habia presentado en la Convencion.

También habian leído en los periódicos la muerte del señor de Charelet; fué poco sentida, porque sabían lo mal que se habia portado con Jacobo Merrey; pero, sin embargo, como no era un secreto el amor inmenso que sentía el doctor por Eva, aquella multitud,

aun cuando era vulgar, tuvo la delicadeza de no hablar ni del padre ni de la hija, limitándose á darle gracias y á rogarle que continuara en el porvenir ocupando su puesto tan fielmente como lo habia hecho hasta aquel dia.

Pero todos anhelaban hablarle, escuchar una palabra suya, estrechar su mano y desearle toda felicidad. Si se hubieran atrevido, hubieran sembrado con flores y follaje la calle hasta el sitio en donde aguardaba la silla de posta.

Llegaron los caballos: cada cual abrió paso al escuchar el sonido de los cascabeles.

Al subir en el carruaje, Jacobo Merrey hizo una seña demostrando que tenia algo que decir.

Todos callaron.

—Amigos míos, dijo; vamos á entrar en un período de terribles luchas. Tal vez perderé la vida, pero jamás el honor; y no solo estareis satisfechos de haberme elegido, sino también orgullosos.

Si sucumbo, os recomiendo á mi anciana Marta y á mis dos amigos Antonio y Bautista, los únicos seres que se interesan por mí.

Después, al sentir que el carruaje se ponía en movimiento, dejó escapar el grito de su corazón:

—Si ella vuelve me avisareis, ¿no es verdad?

Y todas aquellas bocas, que esperaban aquella confidencia, todos aquellos corazones que se conmovían, exclamaron unánimemente:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

Nadie habia nombrado á Eva; sin embargo, cada cual sabia que se trataba de la jóven.

Jacobo Merrey pierde la pista.

Al salir de Argenton tomó el carruaje el camino de San Amand, llevando el mismo postillon que habia conducido á Jacobo Merrey.

En el primer relevo en la Châtre pudo Jacobo adquirir nuevas noticias, y de postillon en postillon fueron siendo más seguras.

Al llegar á San Amand empezaron á ser más confusas, siendo preciso consultar los libros, muy exactos en aquella época á causa de las leyes contra los emigrados.

En Autun perdió las huellas. Sin duda habian pernoctado durante la noche, y el encargado no se habia querido molestar en levantarse para apuntar los nombres.

En Dijon volvieron á encontrarlas, y desde allí hasta Strasburgo las noticias fueron más ó ménos seguras.

La incertidumbre creció en Strasburgo. Las tres viajeras habian parado en la fonda del Corbeau. El nombre de la señorita de Charelet estaba apuntado en el libro, y el dueño de la fonda habia hecho visar el pasaporte.

El comité habia enviado uno de sus miembros, acompañado por un médico, para asegurarse que una de las dos señoras estaba enferma y que necesitaba tomar las aguas.

Efectivamente; el médico certificó, al ver tan palida y delicada á la más jóven, que le precisaban los baños, y las dejaron continuar su viaje.

Las señoritas de Charelet habian pasado el Rhin por Kell, y se habian detenido en Baden, en la fonda de las Ruinas.

Allí la canonesa habia dicho que estaria un mes, ínterin tomaba

las aguas su sobrina, y el precio diario fué arreglado con el dueño de la fonda.

Pero al leer un periódico habia tenido un terrible ataque de nervios la más anciana de las viajeras, manifestando su deseo de partir al instante para Maguncia.

Pero el médico de los baños declaró que la jóven estaba tan delicada, que no podria soportar el viaje en carruaje.

Entonces mandaron flotar una barca, como acostumbraban entonces los viajeros, y emprendieron el camino por el Rhin.

No habia duda. Jacobo Merrey comprendió que habian estado en Bade-Baden, y que la canonesa habria leído en un periódico la ejecucion de su hermano.

Esta fué la causa de su ataque de nervios y de su determinacion de marchar á Maguncia.

Pero Jacobo sabia que la señorita de Charelet no adquiriria sino noticias vagas, como le hubiera sucedido á él sin la orden del ministro.

Las viajeras tendrian que ir á Francfort, y allí no les enseñarian el legajo, sino todo lo más les darian copia del interrogatorio y de la ejecucion para que sirviera como fé de defuncion.

¿Custine continuaria en Francfort? En aquella época era difícil asegurar en dónde estarian los generales.

Preguntaria al pasar por Maguncia.

La casualidad ayudó á Jacobo Merrey. El general Custine habia fijado en Maguncia su cuartel general desde el dia anterior, y habia dejado en Francfort una guarnicion, pues todavía la poblacion en aquella época estaba fortificada.

Por consiguiente, el doctor ganaba un dia, pues recordarán nuestros lectores que su licencia era solo por quince dias.

El dia 2 de Noviembre llegó á Maguncia.

Se presentó al general para estrecharle la mano, encontrándole muy triste; se trataba de formar causa á Luis XVI.

La Convencion le juzgaria, y juzgado por ella, era seguro que le condenaria á muerte.

El general Custine pertenecia á la raza antigua; ¿cómo, pues, po-

dria continuar sirviendo á un gobierno que guillotina á su rey?

Todo aquello no fué dicho, sino adivinado por Jacobo Merey, despues de lo cual preguntó si podria ver á su amigo Cárlos Andrés.

El general llamó.

—Ved si está en las oficinas el ciudadano Cárlos Andrés, dijo; y volviéndose al doctor, añadió:

—No olvideis pedirle una carta que llegó para vos al dia siguiente ó á los dos dias de vuestra salida de esta. Cárlos Andrés, no sabiendo á dónde dirigirla, la habrá guardado.

Se separaron amistosamente pero sin sentimiento; aquellas dos naturalezas eran opuestas, y no marchaban de acuerdo una con la otra.

¡Qué diferencia con Cárlos Andrés! Los dos jóvenes con una mirada se habian comprendido, y al volverse á ver se tendieron los brazos.

Jacobo le explicó en dos palabras el motivo de su regreso.

—Las he visto, contestó el jóven oficial; se dirigieron á mí.

—¿Estaba Eva muy delicada? preguntó el doctor.

—Bastante; pero muy hermosa.

Jacobo vaciló un momento; sentia la timidez del primer amor.

—¿La habeis hablado?

—He tenido la dicha de estar solo con ella; parecia muda ó demasiado débil para hablar. Me acerqué á ella y la dije:

—Señorita, le he visto.

—¿Que habeis visto á Jacobo Merey? exclamó.

Habia adivinado que la hablaba de vos.

—He visto á Jacobo Merey; he visto al hombre que os ama más que á su vida.

Lanzó un grito, y me echó los brazos al cuello.

—Sois mi amigo para siempre, me dijo. ¡Oh! ¡Tambien yo le amo, le amo, le amo!

Y cerró los ojos como si la vida la abandonase.

—De un momento á otro puede volver vuestra tia; escuchadme.

—Sí; hablad, hablad.

—Una carta que vos le habeis escrito estaba entre los papeles de vuestro padre.

—¿Cómo?

—Lo ignoro; pero al recorrerlos reconoció vuestra letra, quiso copiarla y yo le entregué el original.

—¿Habeis hecho eso? gritó loca de alegría.

—Sí; ¿hice mal?

—¿Cómo os llamis, caballero?

—Cárlos Andrés.

—Vuestro nombre queda grabado aquí; repuso poniendo la mano sobre el corazon.

—¡Ah! señorita, la dije; es demasiada gratitud.

—No sabeis todo lo que le debo á ese hombre, á ese génio, á ese ángel del cielo. Yo era una infeliz criatura, abandonada, inútil y sin conocer á los siete años á nadie, más que á mi perro Escipion: era mi único amigo. No hablaba, no veia, no pensaba: me dotó con la palabra, con la vista, y durante siete años cuidó el físico y el moral, desarrollando mi pensamiento, infatigable como el escultor florentino, inclinado sobre las puertas del baptisterio de Nuestra Señora de las Flores. Ha cincelado mi cuerpo, mi corazon y mi inteligencia; todo lo que sé se lo debo á él. Le pertenezco por completo. Direis que me es casi indiferente la muerte de mi padre, pero es porque debí á su reconocimiento la separacion de Jacobo. Jamás habia llorado, no sabia lo que eran las lágrimas; apareció mi padre, y creí morir de dolor.

En aquel momento volvió su tia.

—Si algun dia le volveis á ver, decidle que le amo.

La hermana del señor de Charelet oyó estas palabras.

—¿A quién amais tanto? preguntó.

—A Jacobo Merey, señora; contestó la jóven.

—¿Estais loca? repuso la canonesa.

—Tal vez lo estaré algun dia; ¿pero quién tendrá la culpa? Ya lo sabeis.

—De todos modos, podeis despediros de él para siempre, porque jamás volveremos á Francia. Vamos, venid.

La señorita de Charelet salió con su tia, y no las he vuelto á ver.

—Gracias, amigo mio, gracias, exclamó Jacobo Merey loco de júbilo; sé todo lo que podia desear. Sin duda han ido á Viena ó á Berlin: emigran.

Un suspiro se escapó de su pecho.

—No puedo seguir las al extranjero. El general me ha dicho que teneis una carta para mí.

—¡Ah! verdad es; dijo Carlos Andrés.

Y le entregó un pliego con el sello de la república y el timbre del ministerio del Interior.

Jacobo Merey lo abrió y lo leyó.

Cuando concluyó la lectura tendió la mano al joven oficial.

—Andrés, le dijo; parto.

—¿Partís al momento?

—¿Qué fecha tenemos hoy? Desde hace ocho ó diez dias no hago otra cosa que correr en posta, y he olvidado las fechas.

—Hoy es el 2 de Noviembre.

Jacobo movió la cabeza.

—Estaré el 5 al lado de Dumuriez.

—¿Con Dumuriez? preguntó estupefacto Carlos Andrés.

—La Convencion me agrega á él en la campaña de Bélgica, como me agregó en la campaña de Champaña.

—¿Teneis confianza en ese hombre?

—En su génio, sí; en su moralidad, no. Sean los que quieran sus proyectos, necesito una gloriosa victoria.

—Esperad un segundo Valmy: ¿qué camino tomáis?

—Ya está trazado. Hamburgo, Treves, Mezieres, y allí sabré á dónde se encuentra Dumuriez.

Los dos jóvenes se despidieron, y como ya Jacobo había hecho mudar los caballos ínterin había estado en casa del general, no tuvo que aguardar. Subió al carruaje, y gritó al postillon:

—Carretera de Francia, por Hamburgo y Mezieres.

XVII.

La vispera de Jemmapes.

Hemos dicho que Dumuriez había ido á Paris para someter al gobierno su plan de invasion en Bélgica.

El general había procurado tener en cada partido importante un amigo poderoso.

En el municipio tenia á Santerre.

Danton en la Montaña.

En los girondinos á Gensonné.

El primero á quien hizo maniobrar fué á Santerre, el jefe de los arrabales.

Por medio de Santerre obtuvo se desistiese de la idea del campamento cerca de Paris, y que todas las fuerzas que habían reunido, todos los víveres y municiones servirían para su ejército en Flándes, que carecia de todo. Que á esto añadirían capotes, zapatos y seis millones acuñados en plata para pagar á los soldados hasta su llegada á los Países Bajos, porque despues la guerra sostendría á la guerra.

Dumuriez era extratéjico. Aun cuando fué el primero que dió el ejemplo de ganar victorias formando la tropa en masa, método que despues imitó con tanto éxito Napoleon, era un calculador de primer órden: preparaba una batalla con la misma inteligencia que prepara su jaque á rey y reina un jugador de ajedrez.

Su plan abrazaba toda la frontera, desde el Mediterráneo hasta el Moselle.

Montesquieu permaneceria en los Alpes sin descuidar la conquista de Niza, y conservando la neutralidad suiza.

Biron, al que enviarían refuerzos, vigilaría el Rin, desde Bale hasta Landau. Doce mil hombres, mandados por Meunier, apoyarían á Custine, que, como un loco, se había adelantado hasta Francfort-sus-mein.

Kellermann abandonaría sus posiciones, pasaría entre Luxemburgo y Treves y haría lo que debía haber hecho Custine, marchar sobre Coblenza.

Con respecto á él, tomaría la ofensiva con ochenta mil hombres, y haciendo la guerra en Bélgica uniría este territorio al territorio francés.

Atacaría por la frontera, sin defensa, en donde, como decía el atrevido aventurero, no podría defenderse sino ganando batallas.

Al salir de París había dicho Dumuriez á la Convencion:

—El 15 estaré en Bruselas; el 30 en Lieja.

Se equivocó, dice Michelet: el 14 entró en Bruselas, y en Lieja el 28.

Todo su ejército se componía de voluntarios, salvo algunas excepciones; pues en alguna fila se encontraban soldados veteranos, lo mismo que en los bosques se ven después de la corta encinas corpulentas que han quedado como muestra.

Un revés fué el primer ensayo, y esto hubiera desanimado al ejército más antiguo, y que hubiera caminado bajo la más estricta disciplina; pero al de Dumuriez le guiaba el entusiasmo, pareciéndole que la mano de la Francia le impulsaba, de modo que no se fijó en aquella desgracia.

En la vanguardia había muchos refugiados belgas. La guerra tenía por objeto devolverles una patria, nada más justo que fueran los primeros que pisaran su suelo.

Cuando llegaron á la frontera no pudieron contenerse; se lanzaron sobre el país natal y atacaron las avanzadas; estas retrocedieron. Los belgas se creyeron vencedores, y persiguiendo á los austriacos, bajaron desde las eminencias á la llanura.

Dumuriez, comprendiendo el error que cometían, envió algunas centenas de húsares al mando de los hermanos Fernig para apoyarlos.

Esa fué su suerte. La caballería imperial les cargó, y hubieran sido envueltos sin la llegada de los húsares y de los dos valientes jóvenes que los mandaban.

Beurnonville y Dumuriez con el anteojo observaban la escaramuza.

Beurnonville quería replegarse y formar la tropa, tan desordenada y dispersa; pero Dumuriez gritó: ¡Adelante!

Beurnonville le miró asombrado.

—Es preciso permanecer á la ofensiva; el día en que á la vista de los imperiales demos un paso hácia atrás, estamos perdidos.

No carecían de fundamento los temores de Beurnonville.

Los imperiales cedían con tanta facilidad, abandonaban sus posiciones con tal cortesía, que desde luego se comprendía deseaban conducirnos á un terreno en donde pudieran maniobrar con libertad.

—Quieren tenernos á merced suya; dijo Beurnonville á Dumuriez.

—Ya lo sé; contestó.

—Han preparado su campo de batalla.

—Me es conocido de antemano; replicó Dumuriez.

—De modo que, según vuestra opinión, desean una gran batalla.

—Sí; ¿no es la vuestra también?

—Sí.

—Pues bien, la obtendrán, y se llamará la batalla de Jemmapes.

Efectivamente, los austriacos consideraban como inexpugnable á Jemmapes. El general Clerfayt, uno de los hombres más notables del ejército imperial, participaba de aquella opinión.

Beaulieu, que más tarde adquirió en Italia tanta celebridad, quería tomar veintiocho ó treinta mil veteranos para caer por sorpresa durante la noche sobre nuestro ejército, compuesto de reclutas, derrotarlos y dispersarlos.

Pero aquellos golpes de mano no entraban en la antigua estrategia austriaca, y el duque de Sajonia Teschen, que era el general

en jefe, prefirió esperar en Jemmapes al ejército francés y batirse defendidos por sus trincheras.

La Europa tenía la vista fija en Francia. Miraba con admiración aquellos ejércitos que salían de la tierra, no solo para defender sus amenazadas fronteras, sino para invadir las fronteras enemigas.

Se esperaba por parte del ejército aliado una gran victoria, pero habían escuchado el cañon de Valmy, siguiendo á los prusianos en su retirada, y habían visto á Custine invadir el Palatinado y arrojarse temerariamente hasta Francfort-sur-mein.

Pero hé aquí que Dumuriez arrollaba delante de sí al ejército imperial, á los granaderos de Federico, los que jamás habían vuelto la espalda al enemigo y que no tenían rival, y que por primera vez, en una retirada de once días, habían enseñado las cartucheras.

Dumuriez deseaba una gran batalla, lo mismo que los prusianos. Hacia cincuenta años que los franceses eran considerados como los soldados mejores del mundo, pero solo para sorpresas.

Hacia cincuenta años que no habían ganado una sola batalla campal.

Valmy inauguraba una época nueva; pero Valmy, decían, no era más que un cañoneo, una batalla ganada con las armas al hombro.

El 5 por la noche llegó Dumuriez á Valenciennes, pero nada de lo que esperaba había sucedido.

Servan, ministro de la Guerra, agobiado por el trabajo, había caído enfermo y se había ido á reponer en el campo de los Pirineos, dejando en su lugar á Pache, hombre laborioso, inteligente y sencillo como un espartano.

Salía de su casa por la mañana llevando un pedazo de pan en su bolsillo, trabajando días enteros sin salir del ministerio ni aun para comer.

El 2 de Noviembre le escribió Dumuriez, diciéndole necesitaba indispensablemente treinta mil pares de zapatos, veinticinco mil mantas y otros efectos para un campamento de cuarenta mil hombres; y sobre todo, dos millones acuñados para pagar á los soldados, porque en aquel país no se conocía el papel-moneda y cada cual tenía que pagar el gasto que hiciera.

Pache dió las órdenes para que no faltase nada de lo que le hacía falta á Dumuriez; pero entre tanto llegó el día 5, víspera de la batalla, y los soldados no tenían ni zapatos, ni trajes de invierno, ni pan, ni aguardiente.

Su descontento se tradujo por murmullos cuando Dumuriez recorrió las filas á las tres de la tarde.

Pero á las primeras palabras apoyó el general un dedo en la boca para imponer silencio, y dijo señalando hácia la montaña de Jemmapes, en donde acampaba el enemigo:

—Silencio, hijos, el enemigo podría oiros; y para consolarlos llamó á los oficiales á la orden y les leyó la carta del ministro de la Guerra, en la que le anunciaba que pronto recibiría lo que necesitaba.

Los soldados aplaudieron y ofrecieron que esperarían. Desde el sitio en que se encontraban veían el conjunto formidable de las posiciones del enemigo, las cuales debían tomar al día siguiente.

Cuando se llega de Francia se ve desde el molino de Boussu un anfiteatro de colinas en el centro del que pasa el camino de Mons, entre Jemmapes y Cuesmes. Este anfiteatro empieza en la población y concluye en la aldea que hemos citado. Jemmapes está á la izquierda, Cuesmes á la derecha: el primero situado en el costado del ribazo y cubriéndole casi, y el segundo al pié de la montaña.

Las dos montañas estaban erizadas de reductos, y el camino que las divide pasa á través de una selva empalizada y cubierta por estacadas de árboles; detrás de las últimas y de los reductos que era preciso desalojar, se encontraba un ejército, diez y nueve mil austriacos, y si bien el de Dumuriez era superior en número, no por esto se aseguraba el triunfo, pues no podía desplegarse y sí solo atacar por columnas.

Por consiguiente, todo dependía de la cabeza de las columnas. ¿Tomarian las casas almenadas? ¿Escalarían las trincheras? ¿Llegarian hasta las baterías para tomar los cañones? ¿Sostendrían ventajosamente aquellos soldados, que no habían visto el fuego, el combate cuerpo á cuerpo, en que vacilaban con frecuencia hasta los ejércitos veteranos?

Dumuriez habia establecido en la aldea de Vasme el cuartel general, defendida al frente por el riachuelo que lleva su nombre, á la derecha por un bosque y á la izquierda por las trincheras del Boussu, formadas por los austriacos, y que habian caido en poder nuestro.

Acababa de sentarse á la mesa y comia con buen apetito una sopa con repollo que le habia hecho la posadera, siguiendo con la vista á un pollo que daba vueltas delante del fuego, cuando oyó el ruido de un carruaje que se detenia delante de la puerta, y pocos momentos despues entró un hombre diciendo:

—¡Un sitio esta noche en la mesa! ¡Un sitio mañana en la batalla!

Era Jacobo Merey, quien, segun habia dicho, llegaba el 5.

Dumuriez lanzó un grito de alegría y le tendió los brazos.

—¡Pardiez! exclamó; nada me faltaba sino vos para estar seguro de la victoria; me traéis la fortuna: os encargareis de presentar en la Convencion las banderas de Jemmapes, como las de Valmy.

Jacobo Merey se sentó á la mesa: todo el Estado mayor comió sopa con repollo, asado y queso, despues de lo cual se envolvieron en sus capotes esperando el alba.

Dumuriez estaba preparado una hora antes de salir el sol, porque no ignoraba la noche que habian pasado sus soldados y que tendrian necesidad de que se les animase.

Efectivamente, el ejército habia pasado toda la noche con las armas al hombro en una llanura húmeda, en donde habia sido imposible encender hogueras.

Beaulieu propuso por segunda vez caer aquella noche sobre los franceses, y abatidos y mojados como estaban, destruirlos.

El general en jefe rehusó.

Para un ejército acostumbrado y envejecido en los campos de batalla, al aire libre y bajo la celeste bóveda, hubiera sido una noche terrible.

Cuando vió Dumuriez aquellos pantanos y entre la niebla moverse las tropas sobre un suelo que se hundia bajo sus piés, se aterró pensando en el estado de aniquilamiento en que estarian.

Su asombro no tuvo límites cuando escuchó risas y cantares.

Levantó los ojos al cielo: Jacobo Merey le puso la mano sobre el hombro.

—La fuerza de la conciencia y la seguridad del derecho han hecho el milagro, le dijo; y cuando pasaron por entre los soldados, vieron que tiritaban cantando y que el frio de la mañana hacia castañetear los dientes de los más vigorosos, y lo que les impresionaba aun más, era ver escalonados en la montaña á los húsares imperiales envueltos en buenos ropones forrados con pieles, á los granaderos húngaros lo mismo y á los dragones austriacos en sus blancos capotes.

—Todo eso es vuestro, dijo Dumuriez; solo falta tomarlo.

—¡Ah! contestó un voluntario hijo de Paris, no seria difícil si se hubiera almorzado.

—Bueno, repuso Dumuriez; almorzareis despues de la batalla; tendreis mejor apetito: ínterin os darán á cada uno un poco de aguardiente.

—¡Vaya por el aguardiente! contestaron los voluntarios.

Bienaventurados tiempos en que los ejércitos estaban animados por el entusiasmo, acorazados por el fanatismo y vestidos por la fé.

Jamás olvidará la historia que en el primer año de la república fueron los soldados franceses á conquistar el universo con los piés desnudos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

XVIII.

Jemmapes.

Del mismo modo que era sumamente fácil, echando una ojeada sobre el mapa, formarse idea de la batalla de Valmy, lo era también de la de Jemmapes.

Hemos dicho que el ejército austriaco estaba alineado sobre las colinas que se extienden en anfiteatro desde Jemmapes hasta Cuesmes.

Dumuriez adoptó el mismo método para la batalla.

El general Darville, que ocupaba el extremo de la línea á la derecha hácia Frameries, fué encargado de ocupar las alturas, por donde podían los austriacos efectuar la retirada detrás de la ciudad de Mons.

Beurnonville, colocado después de Darville en el orden de batalla, debía marchar sobre Cuesmes y atacarlo de frente.

Al duque de Chartres, á quien Dumuriez, fiel á sus planes, destinaba los honores de la jornada, le fué conferido el mando del centro y al mismo tiempo el grado de general.

Debía atacar Jemmapes de frente y procurar que parte de sus tropas entrasen en el boquete que forma el camino de Mons á Cuesmes.

El general Ferrand, que mandaba el ala izquierda, debía atravesar la aldea de Quarégnon y flanquear Jemmapes para sostener el ataque del príncipe.

La caballería debía sostener siempre á la infantería, y la artillería atacar los reductos por el flanco y apagar los fuegos.

Una numerosa reserva de infantería y caballería estaba situada detrás del arroyuelo de Vasme preparada para marchar.

Los cañones fueron los primeros que por ambos ejércitos empezaron el ataque; después Ferrand y Beurnonville, según las órdenes que tenían, se dirigieron uno por la derecha para atacar Jemmapes, otro por la izquierda para caer de frente sobre Cuesmes.

Ninguno de estos ataques tuvo buen éxito.

Eran las once; hacia tres horas que se batían en medio de la niebla, la cual al levantarse permitió ver que se habían hecho muy pocos progresos.

Para tomar Jemmapes era preciso tener uno de esos hombres á los que se dice:

—¡Marchad y morid!

Dumuriez podía disponer de un hombre de ese temple; era Thevenot.

Thevenot atravesó Quarégnon, hizo cesar el cañoneo, arrastró en pos de él las tropas de Ferrand y acometió con la música al frente y á la bayoneta á los austriacos.

A causa de la niebla no se podía distinguir á los soldados, ni si adelantaban; pero se adivinaba por la música, majestuosa armonía que parecía la precursora de la Francia.

De vez en cuando los cañonazos cubrían aquel ruido, pero en los intervalos de la detonación se escuchaban las terribles y marciales notas de la *Marsellesa*, ante las que debían abrirse las puertas de todas las capitales de Europa.

Por aquella música que se iba alejando comprendió Dumuriez que había llegado el momento de hacer aparecer al duque de Chartres. El príncipe se puso á la cabeza de una columna y encontró una brigada, que al ver desembocar por el camino de Mons á la caballería austriaca, manifestaba cierta vacilación.

Pero en aquel momento, un criado de Dumuriez, viendo que el general que la mandaba retrocedía con sus soldados, se lanza en medio del fuego, le amenaza con ponerse á la cabeza de la tropa con su librea, y le avergüenza. El duque de Chartres, llegaba entonces, recogiendo en sus filas á los fugitivos, y formando un batallón, al que dió el nombre de *batallón de Jemmapes*; el príncipe se bajó del caballo para subir la escarpada pendiente, y á la ca-

beza de aquellos héroes improvisados penetra en medio del fuego de la artillería, que convertía la montaña en un horno inmenso, se adelanta hasta Jemmapes, arroja del pueblo á los austriacos y se reune con Thevenot.

Inquieto Dumuriez con lo que sucedía á su izquierda, toma unos cien ginetes y se lanza á su cabeza por el camino de Jemmapes; pero no bien habia llegado como á la mitad de la montaña, cuando se encontró con el duque de Montpensier, el que le anunció en nombre de su hermano que el pueblo estaba ya en poder de los franceses.

Desde el sitio en que se encontraba vió la vacilacion de las tropas que atacaban Cuesmes.

Dobles reductos detenian la marcha de Beurnonville, pero sin embargo, Dampierre, al llegar Dumuriez, se habia lanzado solo seguido por un regimiento: despues en pos se precipitaron los voluntarios y tomaron las primeras líneas, pero recibian el fuego de otras dos. Los voluntarios parisienses creyeron por un instante que les habian amontonado bajo el fuego enemigo para destruirlos. Dumuriez llegó y los encontró conmovidos, sombríos y pronunciando en voz baja la palabra traicion.

Los dos batallones jacobinos aparentaron, sin embargo, estar ménos desanimados, porque los veteranos de Dumuriez contemplaban cómo se conducirían aquellos bisoños soldados.

Dumuriez, tranquilo con respecto á su ala izquierda, determinó hacer en la derecha un esfuerzo supremo, y se arrojó en medio de los voluntarios.

Las masas compactas de dragones imperiales se movieron en aquel momento para cargar á la infantería parisiense; pero Dumuriez, espada en mano, se puso á la cabeza, exclamando:

—¡Fuego á veinte pasos; el que haga fuego antes es porque tendrá miedo!

Todos oyeron la órden: todos la ejecutaron.

Dejaron aproximar hasta la distancia de veinte pasos aquella caballería que hacia temblar la tierra, y entonces hicieron fuego los tres batallones.

Doscientos caballos y trescientos ginetes muertos formaron una muralla: despues, antes de dar tiempo á la caballería para que se rehiciera, Dumuriez hizo caer sobre ella su caballería ligera, la cual persiguió á los dragones hasta Mons.

Entonces el general Dumuriez se puso á la cabeza de los batallones entonando la Marsellesa.

El entusiasmo fué general: todos cantando el himno de la libertad avanzaron á la bayoneta.

Todos comprendian que el universo fijaba en ellos su vista en aquel momento, y cada cual se convirtió en héroe.

Pocos minutos bastaron para tomar los fuertes y reductos, en donde los artilleros fueron degollados al pié de los cañones y los granaderos húngaros muertos en sus filas.

Solo al llegar á las alturas de Cuesmes fué cuando hizo alto Dumuriez, lo mismo que el duque de Chartres y Thevenot en las de Jemmapes.

Desgraciadamente Darville no comprendió bien la orden en que se le mandaba vigilar las colinas, por las cuales debian retirarse los austriacos, y pasó el tiempo cañoneando los reductos sin ningun resultado.

Jacobo Merey no habia tenido puesto fijo: solo se encontró en todas partes: con Thevenot, cuando atacó á Jemmapes por la izquierda; con el duque de Chartres, al acometer el centro del enemigo; con Dumuriez, al apoderarse de los reductos.

Al dia siguiente figuraba su nombre en el informe de los tres jefes.

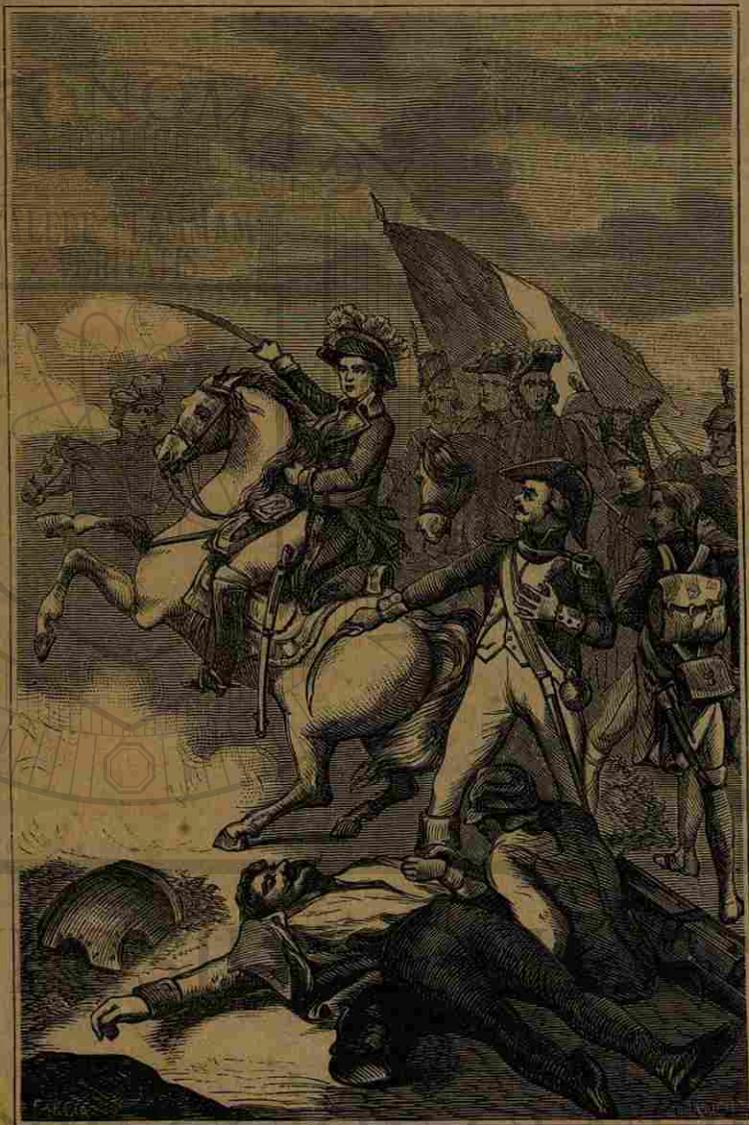
Las pérdidas fueron las mismas de una parte y de otra; cuatro ó cinco mil muertos.

Pero el resultado de la batalla de Jemmapes era más importante que un cálculo aritmético.

La batalla de Jemmapes era la causa del mundo entero, ganada en Valmy en primera instancia y en Jemmapes la apelacion.

No era como la de Valmy; la victoria de un ejército era la de un pueblo.

La infantería francesa adquirió en Jemmapes su reputacion.



El general Dumouriez se puso á la cabeza de los batallones, entonando la Marsellesa, y cargaron á los austriacos á la bayoneta.

En tiempo de Carlos V, la infantería española era la primera del mundo.

La infantería prusiana lo fué en tiempo de Federico el Grande, y desde Jemmapes lo es la francesa.

Desde aquel día, dos cantos patrióticos reemplazaron para los soldados franceses al vino y al aguardiente que se reparte en otros países.

Con la *Marsellesa* ganaron en las llanuras las batallas.

Con el *Ca ira* tomaron los reductos.

En lugar de almorzar, los soldados desnudos, en ayunas, después de haber pasado en los pantanos una noche de Noviembre, vencieron cantando.

A las dos se había ganado la batalla; entonces se callaron y se apercibieron de que tenían hambre y estaban cansados.

Se sentaron y pidieron pan, lo suficiente para no morir de necesidad.

Pero veían hacia el horizonte las hermosas llanuras de Bélgica, y más allá el mundo.

He visitado el campo de batalla de Jemmapes como visité el de Valmy.

En Valmy no había otro monumento que el del corazón de Kellermann, que quiso tener su victoria por tumba.

¡En Jemmapes, nada!

Nada más sencillo que la ingratitud de la Francia para con sus hijos; estos tienen dos madres: la que les ha creado como hombres, y la que les ha creado como pueblos.

A la que les dió el ser como hombres, deben prodigar su amor.

A la que les ha hecho pueblos, deben darla más que su amor, su sangre.

Pero Bélgica, á la cual nada debían y á la que daban la libertad, ¿no debía haber consagrado una piedra, una lápida, á los soldados franceses?

En esa piedra hizo esculpir un león y le colocó en el campo de batalla de Waterloo; ese león amenaza la Francia.

¡Orgullo de pigmeo! ¡Ingratitud de gigante!

XIX.

Juicio de Luis XVI.

Jacobo Merey fué encargado por Dumuriez de presentar á la Convencion al jóven Bautista Renard, aquel que había reanimado á una brigada cuando esta empezaba á retroceder.

Partió el 6 á las tres de la tarde, caminó toda la noche en posta, y el 7 llegó á tiempo todavía de presentarse en la sesión y anunciar aquella victoria inesperada.

—Ciudadanos representantes, dijo; mensajero de Valmy, hoy lo soy también para anunciar la victoria de Jemmapes; en el espacio de cuatro horas han tomado nuestros valientes soldados las posiciones tenidas por inexpugnables.

—¿Cómo? exclamaron cien voces.

—Cantando; contestó Jacobo Merey.

—¿Y qué pide para sus bravos soldados el general?

—Pan y zapatos.

Fué un momento de loco entusiasmo: los cañones de los Inválidos parecían disparar por sí solos: la noticia salió por todas las puertas y se esparció por París.

La gran población, tranquila á medias con la victoria de Valmy, se estremeció de júbilo.

Las casas se iluminaron y los habitantes salieron en tropel: las calles se invadieron por completo, las campanas tocaron á vuelo y la multitud se dirigió á Tullerías.

José María Chénier, que pertenecía á la Convencion, hizo en la misma sesión las primeras estrofas de su himno

La victoria, cantando, nos abre la barrera.....

Méhul compuso la música.

Jacobo Merrey llamó la atención sobre el joven Bautista Renard.

Refirió lo que había hecho, como él sabía contar: mostró el alma de un soldado bajo la librea de un criado, haciendo ver que todo se engrandecía en Francia, hasta los corazones de los mercenarios.

La Convención comprendió que debía elevar más al que por sí mismo se engrandecía.

Allí mismo votaron y le dieron las charreteras de capitán.

Después continuaron su interrumpida sesión.

Cuando se tuvo noticia de la batalla de Valmy, fué proclamada la república: el día en que se supo la batalla de Jemmapes, se empezó á juzgar al rey.

Después todo caminó á pasos agigantados.

Dumuriez ocupó Bruselas.

La Convención dió un decreto ofreciendo socorro y ayuda á los pueblos que desearan derribar su gobierno.

Aquellos que hayan leído lo que llevamos escrito con atención, habrán podido observar que hemos procurado en todas nuestras obras introducir la historia francesa y que la popularidad que hemos adquirido la hemos empleado en la educación pública.

Michelet, mi maestro, el hombre á quien admiro como historiador y también como poeta, me decía un día:

—Habeis enseñado al pueblo más historia que todos los historiadores reunidos.

Ese día me estremecí de alegría hasta lo más profundo del alma: ese día me enorgullecí de mi obra.

Enseñar al pueblo su historia es darle los títulos de nobleza, cartas de nobleza que son inatacables y para las cuales no habrá la noche del 4 de Agosto.

Es decir, que aun cuando haya estado arraigado en la nación, aunque haya existido como municipio, como Parlamento, como árbitro, en realidad no se remonta sino al día de la toma de la Bastilla.

Para subir en las carrozas del rey era preciso haber hecho las informaciones de 1399.

La nobleza del pueblo data del 14 de Julio.

El pueblo no existe sin la libertad.

Algunas veces olvidamos esta máxima santa, pero luego la recordamos, y preciso es fijarse en que, á pesar de nuestras flaquezas, hemos infiltrado en Europa los principios revolucionarios, y relativamente comparando la duración de la vida humana con la de los pueblos, se ha esparcido rápidamente.

Hemos dicho que el 19 de Noviembre, trece días después de la batalla de Jemmapes, la Convención, comprendiendo su poder y su derecho, había ofrecido protección y socorro á todos los pueblos que anhelaran cambiar su sistema de gobierno.

¿Por qué no hemos de dedicar algunas líneas para indicar quiénes eran los reyes que representaban aquellos gobiernos?

Inglaterra: Jorge III, un idiota. Rusia: Catalina, una ambiciosa. Austria: Francisco II, un Tiberio. España: Carlos IV, un palafrenero. Prusia: Federico Guillermo, un maniquí, que se dejaba manejar por sus queridas.

Pero los pueblos no caminan sino unos después de los otros, y es preciso que pasen años de tiranía para que caiga el velo de sus ojos.

El decreto de 1792, haciendo una llamada á los pueblos, fué publicado. Solo un país contestó: el Brabante; pero la revolución del Brabante fué sofocada.

Vino la revolución de 1830: el gobierno provisional incitó á los pueblos en favor de la libertad. Tres contestaron.

La Italia, la Polonia, la Bélgica.

Dos nadaron en sangre: Italia y Polonia.

Bélgica obtuvo la libertad y una Constitución.

Después se efectuó la revolución de 1848, la que hizo una llamada general en favor de la república.

Y entonces ya no fueron solo tres naciones las que reclamaron la libertad y pidieron una Constitución.

Austria, Prusia, Venecia, Florencia, Roma, Sicilia y las provincias danubianas, todo lo que está iluminado por el sol de la civilización proclamó la república.

Italia ganó la unidad, y el Austria, Prusia y las provincias del Danubio, Constituciones.

¡Et nunc intelligete, reges!

Pero continuemos la narracion de los acontecimientos.

El 27 se dió un decreto anexionando la Saboya á Francia.

El 30 tomó la ciudadela de Amberes el general La Bourdonnaye.

Detengámonos un momento y demos una rápida ojeada por la Inglaterra; la Inglaterra, á la que llamamos nuestra hermana mayor y nuestra amiga.

La Inglaterra, el país más adelantado en ciencias mecánicas, el más importante en fuerza naval y el que desde 1789 nos habia contemplado sin ocuparse ni cuidarse de nosotros.

Se habia encogido de hombros al ver nuestro entusiasmo y se habia burlado de nuestros voluntarios creyendo que al primer cañonazo austriaco ó prusiano se escaparían hacia Paris como una bandada de pájaros.

Pitt, el gran político, que nunca ha sido sino un dependiente vengativo, Pitt veía la Francia invadida y formando una segunda Prusia.

De repente vió iluminarse la frontera belga. ¿Qué sucedía?

Francia estaba en el Rhin, la Francia estaba en los Alpes. Amberes habia sido tomado.

La bayoneta de Francia amenazaba á la Inglaterra.

Entonces se sintió acometida la isla de los cuatro mares por uno de esos terrores pánicos que son proverbiales en ella, lo mismo que el que la acometió en 1805 cuando supo que Napoleon estaba en Boloña con un pié en los buques, y como el que sufrió en 1852 cuando cercaron el Parlamento tres millones de cartistas ó constitucionales.

Una comision inglesa se presentó para felicitar á la Convencion, pero su presidente, Gregorio, les espantó con estas palabras:

—Estimados *republicanos*. La dignidad real cae sobre los escombros feudales. Un fuego devorador los hará desaparecer; ese fuego es *la declaracion de los derechos del hombre*.

Pueden figurarse nuestros lectores el efecto que causaría la decla-

cion de los derechos del hombre en un país en el cual un aldeano no tiene el derecho de matar al zorro que come sus gallinas, ni al cuervo que arranca sus nueces.

La causa del rey continuaba, y la necesidad de hacer desaparecer los obstáculos para la revolucion era cada dia más imperiosa.

Conquistar al mundo para la Francia no era urgente; pero conquistarse á sí misma era necesario.

Tenia contra ella tres principios.

La Iglesia.

La nobleza.

El trono.

Ya hemos visto que la guerra de la Vendia fué apoyada por el clero.

Seis mil emigrados combatieron contra la Francia.

El trono, el rey era culpable, y la prueba es que los mismos realistas reclamaron en 1815 una recompensa por sus servicios, los que no eran otra cosa sino traiciones.

Y sin embargo, aquel rey, por su errada educacion, por invencible ignorancia, por creerse con derecho divino, se consideraba inocente.

La Francia se habia librado de la Iglesia poniendo en venta los bienes de los conventos.

La nobleza habia emigrado.

No quedaba más que el rey.

Era el último obstáculo, y por eso el odio fué mayor y la animosidad.

La máxima favorita de Luis XVI, repetida por el mismo Malesherbes, su defensor, y derivada de las célebres palabras de Luis XIV, *el Estado soy yo*, era:

—*La ley suprema es la salvacion del Estado.*

Pero esa es la dificultad.

¿El Estado comprende el trono ó la nacion?

Hoy la cuestion está resuelta, y los mismos reyes al subir al sólio dicen que no son sino los representantes del pueblo.

Verdad es que, una vez sentados en el trono, lo olvidan inmediatamente.

Pero no por olvidarse de un principio se destruye, sino al contrario, se obliga á los demás á que lo recuerden.

El error decía: «La ley suprema es la salvacion del Estado.»

La verdad dice: «La ley suprema es la salvacion pública.»

De modo que el rey habia conspirado contra ese bienestar general:

Tratando de salir del reino.

Continuando en comunicacion con sus hermanos.

Protestando contra la revolucion en su manifiesto al rey de Prusia.

Y pidiendo á su cuñado, por medio de la reina, tropas austriacas para apoyarle y socorrerle.

La Convencion ignoraba todo esto, puesto que nada se supo hasta la restauracion; pero comprendia por instinto que era indispensable la muerte del rey.

Si vivia, ¿qué harian de él?

Preso, siempre estaria conspirando para obtener la libertad.

Desterrado, conspiraria para volver á Francia.

La vida del rey, dirán, era inviolable.

Pero la vida y la paz de la Francia, ¿eran ménos inviolables que la vida del rey?

Matar á un hombre es un crimen.

Matar á una nacion es una infamia y una maldad.

A pesar de esto, todos los convencionales vacilaban al poner sus manos, no sobre el rey, sino sobre el hombre.

La mayor parte de ellos, fuera en sus discursos, fuera en sus escritos, habian rechazado la pena de muerte.

Aquellos hombres que cometieron tantas muertes tenian por principio esta ley de la humanidad:

«La vida humana es lo más sagrado que existe.»

Duport habia dicho: «Hagamos al hombre respetar al hombre.»

Robespierre dijo: «Es preciso por lo ménos, para condenar, que haya unanimidad de votos.»

Pero para dar el último golpe á Luis XVI escogieron un hombre cuya entrada en la Cámara era una violacion de la justicia.

No tenia más que veinticuatro años: se llamaba San Justo.

¡Precaucion de la Providencia!

Subió á la tribuna.

— Todos tenemos noticias de San Justo.

Lo hemos visto en sus retratos, grave, severo, delgado, rígido, con el cuello casi oculto en su corbata de batista, el rostro pálido mate, sus ojos azules, cuya mirada tenia la dureza eslava, coronados por las cejas, que formaban como una línea recta: la frente estrecha y los cabellos caidos casi hasta las cejas.

— Para juzgar á César no se necesitan más que veintidos puñaladas, dijo; es preciso matarlo; ya no hay ley para juzgarlo, puesto que él mismo la ha destruido. Es preciso matarlo como enemigo: solo se juzga á un ciudadano; para juzgar al tirano seria preciso hacerlo ciudadano.

Mátese como á un culpable cogido *infraganti* con las manos empapadas en sangre.

Además, la dignidad real es un crimen eterno; un rey es un sér aparte.

No existe ningun lazo entre el rey y el pueblo.

Preciso seria leer esta página, que tomamos de Michelet, para formar una idea exacta del efecto que produjo el discurso de San Justo.

La crueldad que encerraba el discurso causó profunda admiracion; á pesar de las reminiscencias clásicas (Luis es un Catilina), nadie sentia deseos de reir. El *decir* no era vulgar; demostraba un verdadero fanatismo.

Sus palabras lentas, comedidas, caian como el plomo y producian un sacudimiento semejante al pesado cuchillo de la guillotina.

Como para que el contraste fuera mayor, aquellas palabras inenarrables brotaban de unos lábios casi femeninos. Sin aquellos ojos azules, severos, fijos, y sin aquellas cejas espesas y rectas, hubiera podido pasar San Justo por una mujer.

¿Era la Virgen de Táurida?

No; ni los ojos ni el cutis, á pesar de su blancura y suavidad, revelaban pureza.

Aquella tez, demasiado aristocrática, trasparente y con un singular brillo, parecia tan hermosa que hacia dudar fuese efecto de salud.

La enorme corbata ajustada que él solo usaba entonces, hizo dijieran sus enemigos, tal vez sin motivo, que ocultaba tumores frios.

Puede decirse que el cuello parecia haberse suprimido, y hacia un efecto más extraño aun, porque el talle largo no indicaba lo corto del cuello.

Tenia la frente estrecha y la cabeza como un poco aplastada, de modo que sin tener muy largos los cabellos le tocaban casi en los ojos.

Pero lo más extraño era aquel aire automático que solo tenia él. Robespierre, comparado con San Justo, no era nada, y sin embargo, el aspecto de Robespierre, que le hacia asemejarse á un autó-mata, es proverbial.

¿Era efecto de una singularidad física, de un orgullo desmedido ó de una dignidad estudiada?

Lo cierto es que intimidaba más bien que le ponía en ridículo.

Se comprendía que un sér tan inflexible en sus movimientos debia serlo tambien en su corazon.

Por eso al pasar en su discurso de la Gironda al rey Luis XVI, se volvió rígido hácia la derecha y le dirigió con su palabra, su dura y mortífera mirada, que á todos causó un frio parecido al del acero.

Luis XVI fué condenado á muerte, sin apelacion, por una mayoría de treinta y cuatro votos.

Jacobo Meréy dió el suyo del modo siguiente:

—No puedo desconocer la culpabilidad de Luis XVI; pero enemigo, como médico, de la muerte, voto por la prision perpétua.

Acababa de pronunciar dos sentencias: la suya y la de Luis XVI.

XX.

La ejecucion.

El resultado de todo lo que acabamos de escribir es que Luis XVI fué condenado porque *era un peligro nacional*.

La Francia, que debia vivir y prosperar con su muerte y deramar sobre otras naciones el gérmen de la revolucion, murió con él y por él.

Lo que particularmente querian hacer desaparecer con el rey era *la usurpacion de un pueblo por un hombre*.

El breton Lanjuinais ha dicho: *Hay conspiraciones santas*.

Las conspiraciones santas son *las que devuelven el derecho, la expulsion de los intrusos y el regreso del verdadero dueño á su casa*.

Los verdaderos regicidas no son Traseas, y los cómplices que asesinaron á Calígula fueron los aduladores, que le persuadieron que era un Dios.

El rey escuchó con tranquilidad la lectura que de su sentencia le hizo en el Temple el ministro de Justicia.

Una extraña coincidencia casi providencial le habia puesto frente á frente con su muerte.

Richelieu, el cortesano por excelencia, habia adquirido á peso de oro, para obsequiar á Juana Du-Barry, el retrato de Carlos I, hecho por Van-Dick.

¿Qué relacion existia entre Mad. Du-Barry, el rey de Inglaterra y el pintor flamenco?

Preciso era ser un cortesano muy astuto para encontrarla.

El jóven paje que tiene las bridas del caballo era otro retrato: el del paje favorito de Carlos I, y se llamaba Bary.

Se trataba de hacer creer á Mad. Du-Barry que era un antepasado de su marido.

No hubo dificultad: la infeliz criatura creía todo lo que se quería. Sus habitaciones estaban situadas en las bohardillas de Versalles: olocó el cuadro contra la pared y justamente llegaba al techo.

El Sr. de Richelieu la habia instruido con respecto á Cárlos I.

Cuando Luis XV subia á verla, le hacia sentar en el sofá colocado enfrente del retrato, y le decia:

—Mira, Francia, á ese rey le cortaron la cabeza por no haberse atrevido á luchar con el Parlamento.

Murió Luis XV. Juana Du-Barry salió desterrada, y la obra maestra de Van-Dick permaneció en las bohardillas de Versalles.

Llegaron las jornadas del 5 y 6 de Octubre, y Luis XVI y su familia fueron conducidos á París.

Las Tullerías, deshabitadas hacia largo tiempo, estaban casi desamuebladas, y se llevaron muebles y cuadros de Versalles.

Las habitaciones de los favoritos dieron su contingente.

Al entrar Luis XVI en su dormitorio, se encontró con el retrato de Cárlos I.

El rey miró en aquella casualidad un aviso de la Providencia, y desde aquel dia pensó en la muerte.

La víspera de la ejecucion durmió profundamente, despertándose al amanecer: oyó misa de rodillas y rehusó ver á la reina, á quien habia ofrecido la víspera dar un último adiós, temiendo enternecerse demasiado.

A las ocho salió de su gabinete y entró en el dormitorio en donde le aguardaba la tropa.

Todos tenían puesto el sombrero.

—Mi sombrero; dijo Luis XVI.

Clery se lo presentó y se cubrió, añadiendo:

—Clery, aquí está mi anillo de boda: se lo entregareis á mi esposa, diciéndola que me separo de ella con mucha pena.

Después, sacando su sello del bolsillo, repuso:

—Esto, para mi hijo.

En el sello estaban grabadas las armas de Francia.

Segun las tradiciones reales, le trasmitia el trono.

Se acercó á un hombre del Ayuntamiento, llamado Jacobo Roux.

—¿Quereis recibir mi testamento? preguntó.

El hombre retrocedió.

—No he venido aquí sino para conducirlos al cadalso.

—Dádmelo, dijo otro; yo me encargaré de él.

—Señor, tomad el paletot; dijo Clery.

Hizo seña que no.

Tenia frac de color oscuro, calzon negro, media blanca y chaleco de moleton blanco.

En el fondo del carruaje le esperaba su confesor, el abad Edgeworth, irlandés, discípulo de los jesuitas de Tolosa, sacerdote no juramentado.

Subió y se sentó á su lado. Dos gendarmes subieron detrás y tomaron asiento enfrente.

El rey llevaba en la mano un libro de misa y se puso á leer los salmos.

El carruaje era uno de los suyos.

Las calles estaban casi desiertas y cerradas las puertas y ventanas; nadie aparecia ni aun detrás de los cristales.

Parecia un necrópolo.

Solo en la Plaza de la Revolucion se agitaba París.

Eran las diez y diez minutos cuando se detuvo el carruaje enfrente del puente Tournant.

Los comisionados del Ayuntamiento estaban bajo las columnas del guarda-mueble.

Estaban encargados de asistir á la ejecucion y sacar el acta de ejecucion.

Una doble fila de cañones, situados en rededor de la guillotina, amenazaba á los espectadores por los tres costados, dejando entre los afustes y la plataforma un gran espacio vacío.

Por todas partes se veian soldados, porque se habia tratado de formar una conspiracion para salvar al prisionero.

Gracias á la doble fila de tropas que rodeaban el cadalso y que se abrieron para dejar pasar al sentenciado, los espectadores más

cercanos quedaban á treinta pasos de distancia. Aquellos soldados eran federales y se habian escogido los mas exaltados.

Enfrente de la guillotina, volviendo la espalda por consiguiente al puente de Luis XV, se veian veinte tambores y cajas.

El carruaje se detuvo á algunos pasos de las escaleras que conducian á la plataforma.

El rey recomendó imperiosamente su confesor á los dos gendarmes que le acompañaban en el carruaje.

Despues bajó con firmeza, y su confesor le siguió.

Cuando los ayudantes del verdugo se presentaron para desnudarle dió un paso atrás y arrojó al suelo el frac, el chaleco y la corbata.

Entonces, al pié de las escaleras, tuvo lugar una corta lucha.

Querian atarle con cuerdas las manos.

Pero Sanson se adelantó: como le habia dicho á Jacobo Merey, era un antiguo servidor del trono.

Viendo que el rey no consentia que le ligaran las manos con cuerdas, sacó de su bolsillo un pañuelo de fina batista, y con la humildad de un ayuda de cámara, le dijo:

—Señor, con un pañuelo.

Aquella palabra *señor*, que hacia tan largo tiempo que Luis XVI no escuchaba sino en boca de su defensor Malesherbes, que aun en la Convencion jamás le dió otro nombre, le conmovió profundamente. Tendió las dos manos y se las dejó atar con el pañuelo.

El padre Edgeworth se acercó á él y le dijo:

—Sufrid este ultraje como última semejanza con ese Dios que va á ser vuestra recompensa.

Pero ya el rey habia tendido sus dos manos, y al tenderlas aceptaba la comparacion entre Jesucristo y él.

—Beberé el cáliz hasta las heces, exclamó.

Para subir las escaleras tuvo que apoyarse en el confesor, porque eran muy pendientes para que pudiera subirlas sin apoyo.

En el último escalon se apoderó de él una especie de vértigo; se lanzó al extremo de la plataforma y gritó:

—Franceses, muero inocente del crimen que se me imputa. Perdono.....

En aquel momento Henriot hizo una seña, y los veinte tambores tocaron á la par, ahogando con su redoble la voz del rey.

Luis XVI se puso rojo, dió con el pié en el suelo, y gritó con voz terrible:

—¡Callad!

Pero los tambores continuaron redoblando.

—¡Soy perdido, repuso el rey, soy perdido!

Y se entregó al verdugo.

Pero ínterin le ponian las cinchas, continuó diciendo:

—Muero inocente; perdono á mis enemigos. Deseo que mi sangre apague la cólera de Dios.

Los tambores seguian redoblando y ahogando la voz del rey, hasta que cayó su cabeza.

El criado del verdugo la tomó y se la enseñó al pueblo. Sanson, apoyado en la guillotina, estaba medio desmayado.

Durante los cortos segundos que el verdugo sostuvo la cabeza y la enseñó al pueblo, el pintor Greuze, que estaba allí y que con frecuencia habia visto al rey, sacó un terrible retrato de aquella cabeza separada del tronco.

El cuerpo fué trasportado en un cesto al cementerio de la Magdalena y sumergido en cal viva.

Entre tanto los federales habian roto las filas para empapar en la sangre sus bayonetas.

El pueblo se precipitó á su vez, acabó de dispersarlos, y entonces, fuera odio, fuera sentimiento, cada cual quiso poseer sangre del rey; unos empaparon sus pañuelos, otros las mangas de las camisas, y algunos, por último, pedazos de papel.

Se escucharon algunos gritos de perdon.

Para muchas personas fué terrible la sensacion que les produjo aquella muerte; para otras fué mortal.

Un peluquero se degolló con una navaja de afeitar; una mujer se arrojó al Sena; un oficial retirado murió de repente, y un librero se volvió loco.

La agitacion que causó en Paris aquella ejecucion se aumentó con un doble asesinato, el que hacia temer otros.

No en vano se temió una conspiracion en favor del rey. Quinientos realistas se habian comprometido y solo asistieron veinticinco; hasta la tentativa fracasó.

Pero uno de ellos quiso vengar en parte la muerte del rey.

Era un antiguo guardia de Corps, nombrado Panis.

Estaba oculto en París y rondaba el palacio real para asesinar al duque de Orleans.

Era el amante de una perfumista, que tenia su tienda en la galería de madera.

Despues de la votacion y de haber leído los nombres de aquellos que habian votado, fué á comer á uno de los *restaurants* subterráneos que habia en el palacio real.

Era de los más nombrados, y se llamaba Febrero.

Vió á un convencional que pagaba el gasto, y oyó decir á uno que pasaba á su lado:

—¡Calla! ¿ese es San-Fargeau!

Entonces recordó que era uno de los que habian votado la muerte del rey, y acercándose á él preguntó:

—¿Sois San-Fargeau?

—Sí; contestó.

—Y á pesar de eso pareceis hombre de bien.

—Como efectivamente lo soy.

—Si fuera así, no hubiérais votado la muerte del rey.

—He obedecido á mi conciencia.

—Toma, yo obedezco á la mía; dijo el guardia atravesándole con el sable.

Jacobo Meroy comia casualmente en la mesa inmediata, de modo que recibió al herido en sus brazos.

Se le trasladó á las habitaciones de los dueños del *restaurant*, pero espiró al ponerle sobre la cama.

—Muerte feliz, exclamó Danton al tener noticia del acontecimiento. ¡Ah! ¡si yo pudiera morir así!

En la narracion de la ejecucion del rey rectifico un error y doy una explicacion.

El famoso redoble de tambor ha sido atribuido á Santerre, pero

no fué así, puesto que salió con el Ayuntamiento del 10 de Agosto, y Henriot le reemplazó con el Ayuntamiento revolucionario.

El hijo de Santerre se ha presentado á mí con las pruebas para esta rectificacion, y yo debo descargar la memoria de Santerre de ese peso.

La explicacion es con respecto á la lucha que sostuvo el rey al pié del cadalso con los ayudantes del verdugo.

El rey no luchó por desesperacion ni deseo de prolongar un momento más su vida: luchó porque no queria tener las manos atadas con cuerdas.

Cuando se le ofreció un pañuelo no puso dificultad.

Sanson, el penúltimo verdugo de este nombre, me ha dado este curioso detalle.

En casa de Danton.

En la misma noche del día en que murió el rey se encontraban dos hombres á la cabecera del lecho de una mujer, la cual, si no moribunda, estaba gravemente enferma.

Uno de pié, pensativo, la tomaba el pulso contando sus latidos y permanecía tranquilo é impassible como la ciencia, de la que era representante.

El otro, con los dedos entre sus cabellos, se oprimía la cabeza con violencia mientras que abundante llanto bañaba su rostro y su boca dejaba escapar roncós gemidos, indicio más bien de cólera que de dolor.

Aquellos dos hombres eran Jacobo Merey y Danton.

La moribunda era la esposa de Danton.

Cuando Jorge volvió á su casa aquel día la encontró en tal estado que creyó preciso llamar inmediatamente á Jacobo Merey, y mientras llegaba aquel hombre impetuoso quiso estrechar contra su corazón á la querida enferma, pero esta le había rechazado suavemente.

Aquel movimiento débil de una moribunda era el que había desgarrado el corazón del hombre que se creía lo tenía de bronce.

En aquel movimiento se encerraba la separación eterna de dos almas.

Danton había ofrecido á su mujer, en un momento de debilidad; que no votaría la muerte del rey.

Y no solamente la había votado sin apelación, sin próroga, sino que la había provocado con violencia.

El rey fué ejecutado á las diez y media de la mañana.

Al salir de la Convencion, al entrar en su casa encontró á su esposa peor, la quiso abrazar y ella le rechazó.

Ni aun se atrevia á interrogar si en los ojos del médico se leía la muerte ó la vida.

Si vivia, moria para él. Aquella mujer, á quien amaba con la impetuosidad propia de su carácter; aquella esposa, que siempre había participado de sus caricias, cuando ella misma no las solicitaba, le había rechazado.

La madre de sus hijos le separaba de ella.

En el corazón de aquella esposa se había extinguido algo antes que la vida: su amor hacía él.

—Amigo mio, le dijo Jacobo; ¿quieres dejarme un momento solo con tu esposa?

Danton se levantó tambaleándose, entró en una pieza inmediata y cerró la puerta, y á pesar de esta precaucion se oyó un sollozo terminado en una imprecacion.

La enferma se estremeció, pero permaneció callada.

Jacobo Merey se sentó muy cerca, y conservando su mano entre las suyas, la preguntó:

—¿Habeis tenido hoy alguna emocion violenta?

—¿No ha sido hoy á las diez cuando han ejecutado al rey?

—Sí, señora.

—Al oír publicar *la muerte* me acometió un vómito de sangre.

—¿Y es posible, señora, repuso Jacobo Merey, que una cosa extraña para vos, cuál es la muerte del rey, os haya producido ese efecto, á vos, á la esposa de Danton?

—Precisamente porque soy la mujer de Danton no podía serme indiferente la muerte del rey. ¿No estoy casada con el hombre que ha votado su muerte sin apelación, sin próroga, sin recurso?

—Con él han votado trescientos ochenta y seis representantes, replicó Jacobo.

—¡Vos no la habeis votado! exclamó con acento profundamente doloroso.

—No ha sido porque el rey no lo mereciera, señora, sino porque,

como médico, y no teniendo grandes creencias con respecto á la otra vida, es obligacion mia combatir en donde la encuentre á la muerte.

Ambos guardaron silencio por un instante.

—¿Cuánto tiempo creéis que podré vivir aun? preguntó de repente la enferma.

Jacobo la contempló y se estremeció.

—Todavía no hemos llegado á ese caso, dijo.

—Escuchadme, prosiguió la señora de Danton estrechando débilmente sus manos; he recibido tres golpes que me han herido profundamente, y de los que uno solo seria suficiente para causar la muerte.

El 10 de Agosto, el 2 de Setiembre, el 21 de Enero. Cuando entré en el sombrío palacio del ministerio de Justicia me pareció entraba en la tumba, y sonriendo tristemente, le dije á Jorge:—No saldré viva. Poco me equivoqué, pues he salido moribunda.

—¿Y por qué os causaba miedo aquel palacio?

La enferma se encogió de hombros imperceptiblemente.

—Los hombres han nacido para la revolucion: Dios, al crearlos fuertes, les ha dicho: «Luchad y combatid;» pero las mujeres han nacido para el hogar y el amor; al crearlas débiles, dijo Dios: «Sed esposas, sed madres.» Hija de un pobre cafetero del Puente Nuevo, cifraba toda mi ambicion en poseer, como mi padre, una casita en Fontenay ó en Vincennes. Me casé con Danton, pobre y oscuro; tenia fé en el talento del abogado, pero no en la tempestuosa fortuna del hombre político; la encina ha crecido rápidamente y ha hecho sucumbir á la pobre hiedra.

Al concluir estas palabras se abrió la puerta, y Danton, loco por el dolor, fué á caer de rodillas delante del lecho de su mujer y cubrió sus manos de besos.

—No, gritó, no, no morirás; ¿no es cierto que todavía se la podrá salvar? ¿Qué seria de mí si tú faltaras? ¿Qué seria de nuestros pobres hijos?

—En nombre de los pobres niños del Temple, te habia pedido que no votaras la muerte del infeliz rey.

—¡Oh! exclamó Danton; las mujeres jamás comprenden nada. ¿Soy dueño de mí mismo? Lo mismo que el patron de un barco lo es de su falucho en una tempestad; una ola me levanta, otra me sumerge.

La mujer que me amara realmente no deberia juzgarme, sino contentarse con compadecerme y curar mis frecuentes heridas. Los hombres que, como yo, dedican su existencia al público; los tribunos que alimentan á los pueblos con su palabra, con el aliento de su pecho, con la sangre de su corazon, necesitan el hogar doméstico.

En ese hogar, un sér que le renueve el corazon con sus caricias, le infunda benéfico aliento y lo purifique la sangre. Si encuentra luchas, discordias y lágrimas, está perdido. No, continuó, no; no tienes derecho para estar enferma; no tienes derecho para morir. Enferma entre dos niños que duermen en sus cunas, moribunda y deseando morir; esto es lo más doloroso, y cada vez que vuelvo á mi casa destrozado y con más heridas que Régulo; cada vez que dejo en la puerta la armadura del hombre político y la máscara de acero, encuentro aquí otra llaga más terrible y sangrienta. La mujer que amo, no más que á la Francia, puesto que la sacrifico por mi patria, pero sí más que á mi vida; esa mujer me dice que dentro de quince dias, de ocho tal vez, me destrozará, desgarrará mi corazon. ¿Es posible, Jacobo, que exista otro sér más desgraciado que yo?

Y se incorporó levantando los puños al cielo, terrible y amenazador como Ajax.

—Amigo mio, Jorge mio, dijo Mad. Danton, eres injusto; no quiero nada, ni puedo nada. Siento que me resbalo por una pendiente, la de la muerte, y nada más. Cada dia soy menos mujer y me convierto más en sombra. Me consumo, huyo, desaparezco cada vez que procuras estrecharme contra tu corazon. ¡Oh! Dios mio, tambien yo quisiera vivir; ¡hé sido tan feliz en otro tiempo! añadió en voz baja.

—Lo más triste es, replicó Danton, que veo que es verdad lo que dice, y que no podré estar á su lado hasta lo último; que no

tendré el consuelo de recibir su adios postrero; que debo abandonar este lecho de muerte.

—¿Por qué? ¿Por qué? exclamó la infeliz esposa, quien no había previsto aquel supremo dolor y que soñaba con morir en los brazos del hombre á quien adoraba.

—Porque lo contradictorio de mi situacion va á revelarse, porque el rey ha muerto y me será imposible poner á Danton de acuerdo con Danton: porque la Francia, porque el mundo han fijado los ojos en mí con motivo de esa causa fatal. Mi esposa me acusa de haber votado la muerte del rey, y yo he sido quien ha indicado el único medio de salvar á Luis XVI.

Yo he dicho para acercarme á la Gironda, que no ha tenido la inteligencia de tenderme la mano para formar una mayoría con el Ayuntamiento y los franciscanos; he dicho, repito: *¿La pena impuesta debe de ser aplazada para despues de la guerra?* Si la Gironda hubiera dicho que *sí*, la proposicion se hubiera votado.

Era una tabla de salvacion sobre un abismo. La Gironda debía haber tomado la iniciativa dando el ejemplo al centro, quien la hubiera seguido. La Montaña permaneció muda de asombro. Robespierre me miró, y sus ojos brillaron de júbilo. «¡Se pierde, decia, se pierde! Avanza hacia la Gironda, es decir, al abismo.» Vergniaud creyó que era una astucia, como si Danton acostumbrara á usarla.

En lugar de salir la Gironda á mi encuentro, fué hacia la Montaña: no queria sino abolir la dignidad real y su mayoría votó la muerte del rey.

La derecha dividida era nula, y era fácil prever que el centro, débil y vacilante, se inclinaria á la izquierda. Veamos; ¿podia yo hacer más? El 15 de Diciembre, dia en que se votó la culpabilidad, permanecí aquí á su lado. Dije que su salud me alarmaba y arriesgué mi cabeza; mi acusacion empezará con estas palabras: «¿En dónde estabas el 15 de Diciembre?» Cuando asistí el 16 ya no había Ayuntamiento, no había Gironda; solo la Montaña existia poderosa y terrible.

Pero la Montaña no es libre, es el génio jacobino, la presion jacobina, la policia, la Inquisicion, la tiranía. Volviéndose jacobina

la revolucion, perderá todo lo que encierra de grande, generoso y humanitario. Ví que la derecha estaba perdida y con ella la Convencion. Me ví, yo, Danton, con mi energía y mi ánimo, sojuzgado á la mediania jacobina. Tenia que adquirir nueva fuerza ó dejarme devorar por Robespierre. Por eso vuelvo á ser terrible y fuerte, determinado á ser de nuevo la cabeza de la revolucion. ¿No era yo el más enérgico de ellos? Los del municipio son franciscanos que se darán por muy contentos con unirse á mí.

Me era preciso volver á ser, y he vuelto á ser el Danton del 92 y seré ahora el Danton del 93.

Escucha, esposa mia, muy amada; continuó Danton. Comprendo el sacrificio, comprendo la abnegacion cuando, al arrojarle como Cárcio en el abismo, se cree salvar á la patria; pero hoy no solo se trata de salvar á la Francia, sino al mundo entero. Sucumbir ¿qué importa sucumbir? un hombre es una enemistad ménos, un nadie, un cero; pero la Francia, la Francia es hoy el apóstol, el depositario de los derechos y las libertades del género humano. Conduce á través de las tempestades el arca santa, las leyes inmortales y la luz, esperada largo tiempo hace, encendida por el génio despues de muchos siglos.

Es preciso impedir que el arca se hunda, que se apague la luz antes que ilumine á la Francia, antes que esparza por el mundo sus rayos.

Tal vez llegue un dia en que se debilite ó desaparezca como desaparecen los volcanes; pero entonces, si no se sabe en dónde encontrarla, se encontrará en los sepulcros. La llama de una antorcha no es ménos radiante por haberla encendido en la lámpara de una tumba.

La esposa de Danton dió un suspiro y tendió la mano á su marido, diciendo:

—Tienes razon: haz lo que gustes, pero continúa siendo Danton.

La Gironda y la Montaña.

Lo había dicho Danton: en la mujer estaba la piedra de toque de la revolución.

Lo que pasaba en su casa se reproducía á cada instante y en todas partes.

Desde el palacio real, en donde se levantan numerosas y apiñadas casas, hasta las soledades de Bretaña, en las que apenas se encuentra una cabaña de legua en legua, la mujer debilitaba la resolución del hombre.

Si bien pueden citarse algunas mujeres vehementes é intrépidas, como Olimpia de Gouges y Théroigne de Méricourt; matronas nobles y animadas por el patriotismo, como Mad. Roland y madame de Condorcet; amantes y fieles hasta la abnegación, como Lucila y Mad. Kéralio, en cambio hubo inmemorables que fueron el reverso de la medalla.

Las emociones políticas demasiado vivas, las alternativas de la vida y la muerte impulsaban al hombre hácia los placeres sensuales.

Decían que Danton conspiraba.

—¿Acaso tengo tiempo? decía; de día defendiendo mi cabeza ó pido la de otros; por la noche me entrego encariñadamente al amor.

Temiendo morir, se tomaba el amor como una diversión.

Cansados de la vida, recurrían á los placeres como á un suicidio.

Cuando un partido decaía, lejos de rehacerse y defenderse, no pensaba más que en coronarse de rosas y morir, como aquellos señadores de Cápua que se envenenaron al final de la comida.

Así murió el constitucional Mirabeau: así morirá el girondino Vergniaud y el franciscano Danton; ¿y quién sabe si el amor del espartano Robespierre por Cornelia la lacedemonia no animara los últimos momentos del jefe de los jacobinos?

Cada temperamento buscaba una distracción.

Existía el palacio real resplandeciente de oro y lujo, en donde las cortesanas *reglamentadas* se acercaban y ofrecían placeres comprados.

Había los salones de Mad. Staël y de Mad. Bouffon, en los que se permitía ser feliz.

Las desgraciadas cortesanas y las damas que acabamos de nombrar, sin que hagamos ni pueda hacerse ninguna comparación, eran los dos extremos de la escala social y tenían tendencias á la reacción; es decir, el primero y último escalon, y en los de intermedio, toda la clase media paralizada por el miedo desde el 2 de Setiembre.

La inercia entre dos fuerzas atractivas.

En el centro de aquellos dos elementos que influían en la culta y baja clase se debilitaban los hombres políticos y se resignaban.

Al resignarse un político se pierde.

Todos aquellos que, henchidos de entusiasmo, se habían presentado creyendo en la igualdad, la unidad y la fraternidad, y que desde luego presenciaban aquellas terribles disensiones de una Asamblea que debía durar tres ó cuatro años, daban un salto hácia atrás y se inclinaban hácia uno de los extremos indicados, y poco á poco perdían, no el valor para morir, sino el de vencer.

Mad. Staël jamás había sido verdaderamente republicana; pero desde que se trató de defender á su padre, Necker, había hecho viva oposición.

Primero, apóstol de Rousseau, se hizo después de la fuga de su padre discípulo de Montesquieu.

Era ambiciosa, y no pudiendo figurar por sí sola, ni tampoco por su marido, honrado y demasiado apático, quiso conseguirlo por su amante.

Un día se la vió perdidamente enamorada de un jóven fátuo, so-

bre el nacimiento del cual corrian rumores extraños. El señor de Narbonne fué nombrado ministro de la Guerra: ella puso en sus manos la espada de la revolucion.

Pero su mano era demasiado débil para sostenerla, y pasó á la de Dumuriez.

Se creía que Mad. Staël apoyaba á los girondinos y Robespierre tambien, pero era una desgracia para ellos.

Los girondinos no se volvian realistas, pero estos se tornaban girondinos.

El salon de Mad. Bouffon, á pesar de estar cobijado por el *pabellon del príncipe Igualdad*, no dejaba de ser tenido por reaccionario, y estamos seguros que su reputacion era merecida.

Los Laelos, los Sillery y los San Jorge se esforzaron por aparecer demócratas; pero si el último no era un gran señor, era por lo ménos bastardo de un gran señor.

Cuando engañados por el título de la Gironda, se procura encontrar en ese desgraciado partido hombres de Burdeos ó de su provincia, el asombro es grande al no encontrar sino tres; los otros son marseleses, provenzales, parisienses, normandos, lioneses y hasta genoveses.

Esta variedad de origen, ¿no influiria en su destruccion?

Los hombres nacidos en el mismo país tienen siempre algunos puntos de homogeneidad, por los cuales se unen unos á los otros; pero ¿qué lazo puede existir entre el marsellés Barbaroux, el picardo Condorcet y el parisiense Locwe, etc.?

El primer resultado de esta disonancia territorial fué la ligereza.

La Montaña llegó á tener dos jefes, y los girondinos, en lugar de dejarla que se dividiera por esto mismo, se propuso derribar primero uno y despues otro.

Cuando presentó Danton su dimision del ministerio de Justicia, le pidieron sus cuentas los girondinos.

¡Cuentas á Danton, que volvía á su modesta casa de la Travesía del Comercio tan pobre como habia salido!

Preciso era presentar las cuentas, pues ínterin no fuese así, se acusaba á Danton: se resguardó bajo el pabellon de la Montaña;

aquel pabellon estaba en manos de Robespierre; era pues, necesario atacar á Robespierre, el que avanzaba por medio de su impasibilidad: sus adversarios no le abrian camino para lanzarse al encuentro de los acontecimientos, pero sí allanaba á estos los obstáculos para llegar hasta Robespierre.

Vergniaud no habia querido se atacara á Danton, á quien consideraba como el alma de la Montaña.

Brissot rechazaba la idea de acusar á Robespierre porque no se estaba seguro de derribarlo.

Mad. Roland odiaba á Danton y á Robespierre. Era rencorosa como todos los séres austeros; encerrada en una especie de templo, tenia su iglesia, sus fieles y sus devotos; la obedecian como á la virtud y á la libertad misma.

Aquellos homenajes casi divinos la habian lisonjeado demasiado. Dió dos pasos hácia Robespierre, pero nada consiguió, porque él estaba entregado á los Duplay.

El 91 le escribió para atraerlo al partido que despues fué la Gironda; se contentó con ser atento y rehusó.

Le escribió en 92; no contestó.

Era la guerra.

Ya hemos visto cómo le fué declarada á Danton.

Se decidieron, pues, á combatir á Robespierre.

Pero en lugar de encargar á un hombre como Condorcet, como Roland ó como Rabaut-San-Etienne, el ataque fué encomendado á un jóven impetuoso, entusiasta, sí, pero que nada podia contra un hombre moderado como Escipion, incorruptible como Cincinato.

Le hicieron atacar por Loret de Coupvrai, el autor de una novela, si no obscena, por lo ménos silenciosa: *El baroncito de Foblas*.

Un jóven risueño, delicado, rubio, aparentando diez años ménos de los que tenia, traficante de escándalos y héroe, segun dicen, de su novela, atacó al rostro pálido, á la figura austera, al alma íntegra.

Cuando subió á la tribuna solo se oyó un grito general.

—Es Foblas.

La acusacion fracasó.

Desde entonces el rompimiento fué completo entre Robespierre y Roland, la Montaña y la Gironda.

Volvamos á lo que habíamos dicho al principio de este capítulo; que desde el palacio real, centro de casas de juego y de albergues de cortesanos, hasta las soledades de la Bretaña, en donde de legua en legua se ve una cabaña, la mujer debilitaba al hombre.

La revolucion, generosa contra ella misma, abolió en uno de sus primeros decretos el diezmo, y de ese modo hizo entrar al sacerdote en las familias como un amigo, el que hasta entonces se miraba como enemigo.

Introducir al sacerdote en el interior de las familias era preparar á la revolucion su enemigo más peligroso.

La mujer.

¿Quién hizo la sangrienta contra-revolucion de la Vendia? La aldeana, la gran señora, el sacerdote.

Esa mujer arrodillada y que pasa las cuentas de su rosario, ¿qué hace? ¿Reza? No; conspira.

Aquella mujer sentada en su puerta con la rueca á un lado y el huso en la mano, ¿hila? No; conspira.

Esa aldeana que lleva una cesta en el brazo llena de huevos y un cántaro en la cabeza lleno de leche, ¿á dónde va? ¿Al mercado? No; á conspirar.

Esa señora á caballo que huye de los caminos reales y busca los caminos desiertos y senderos extraviados, ¿qué hace? Conspira.

La hermana de Caridad, que parece caminar apresuradamente y deseosa de llegar, y reza su rosario, ¿va al hospital cercano? No; conspira.

¡Ah! esto desesperaba á esos hombres de la revolucion que se han bañado en sangre; esto era lo que les hacia herir á tuestas, matar á la casualidad.

Adivinaban que estaban envueltos por la triple conspiracion de la aldeana, la gran señora y el sacerdote; pero no la descubrian.

Pues bien; todo salia de la Iglesia, de ese sombrío armario de roble, llamado el confesonario.

Leed la carta del armario de hierro, la carta de los sacerdotes re-

beldes reunidos en Angeres el 9 de Febrero de 1792. ¿Cuál era el grito del sacerdote? No pedia le separasen de Dios, sino de sus penitentes. *Se atreven á romper esas comunicaciones que la Iglesia permite y autoriza.*

¿El corazon del sacerdote está en su pecho? No, no está en donde late, en donde ama; está en el confesonario.

Si nos fuese permitido comparar las cosas sagradas y las profanas, describiríamos ese actor ó actriz. Sublimes por el sentimiento de pasion y poesia, ¿por qué tienden á la perfeccion? Por un sér ideal que se han creado, que está en la sala que les mira, que les aplaude.

Supongamos que el sacerdote es casto; entre sus penitentes hay siempre una jóven casada, con la cual es más extenso el campo de las investigaciones, y cuyo rostro, visto á través del enrejado de madera, le ilumina hasta deslumbrarle, y cuya voz se apodera de sus sentidos y penetra hasta su corazon.

Al prohibir al sacerdote el casamiento carnal, le han dejado el matrimonio espiritual, el único del cual se debe desconfiar.

Para la Iglesia no es San José el verdadero esposo de la Virgen, sino el Espíritu-Santo.

Pues bien: en los terribles años 92, 93 y 94, todo hombre cuya esposa se confesaba tenia en su casa un Espíritu-Santo oculto.

Cien mil confesonarios esparcian la reaccion en el hogar doméstico é inspiraban la piedad por el sacerdote refractario, el ódio contra la nacion, como si la patria no se compusiera del hombre, de la mujer y de los hijos.

Inspiraban la duda contra los bienes nacionales, contra la prosperidad, el bienestar y la felicidad del porvenir.

Tal era el estado de la provincia, sobre todo en la Vendia y Bretaña. En Paris, la leyenda del Temple.

El rey y su familia hambrientos, ó poco menos.

El rey tenia tres criados, trece reposteros y cinco cocineros.

Su servicio se componia de cuatro entradas, dos asados, cuatro entreplatos, tres compotas, tres platos de fruta, un garrafon de vino de Burdeos, otro de Malvasia y otro de Madera.

En los cuatro meses que permaneció el rey en el Temple, su gasto de mesa fueron 40.000 francos; 10.000 por mes, 333 por día.

Se sabe que el rey era gloton, puesto que *comió* en la Asamblea interin mataban á los defensores del palacio que acababa de abandonar; pero de todos modos, con 333 francos diarios no pueden morir de hambre cinco personas.

Los presos que se encontraron en la Bastilla, locos ó idiotas, no recordando ni aun su nombre, estarían peor alimentados.

El paseo destinado para el rey eran unos terrenos áridos y secos, con algun césped marchito y árboles abrasados por el sol del estío, ó deshojados por el viento de otoño: allí se paseaba con su hermana, su mujer y sus hijos.

Pero Latude, que estuvo treinta años en la Bastilla, hubiera mirado aquel paseo cada ocho días como un favor especial.

Pellisson, que en los mismos calabozos no tenía más distracción que una araña, á la que mató su carcelero, que le quitaron la tinta y la pluma, que escribió en el margen de sus libros con el plomo de los cristales; Pellisson, á quien tuvo el gran rey cinco años en la cárcel, no tenía la mesa de Luis XVI.

Silvio Pellico, abrasado por los plomos y devorado por los mosquitos de Venecia; Andryane, que dejaba en las cadenas de su calabozo una de sus piernas gangrenadas, ¿tenían para satisfacer su apetito una comida con tres servicios, ni una vara en cuadro de tierra para pasearse?

Yo sé que no eran reyes, pero sí hombres; hoy, que no se ignora que un rey es un hombre, pido la justicia para ellos, la cadena para sus verdugos, como si fueran soberanos.

Este capítulo lo hemos empleado en trazar lo mucho que se trabajaba sordamente, no solo en toda la Francia, sino también en París, para separar la inexorable Montaña de la misericordiosa Gironda. Solo que la reacción, en lugar de dar por resultado la piedad, dió el terror.

¿Desean los lectores saber hasta dónde llegó la reacción?

Leamos las siguientes líneas de Michelet, y que ellas despierten el deseo de leer las demás:

«En San Estéban del Monte tuvo lugar en la Noche-Buena del 92 un espectáculo asombroso.

»La multitud fué tan numerosa que más de mil personas se quedaron á la puerta sin poder entrar.

»Triste cosa que el resultado de la revolución fuera llenar las Iglesias.

»Desiertas en 88, estaban llenas en 92 por una multitud que rezaba é imploraba contra la revolución; es decir, contra la victoria del pueblo.»

Esto fué lo que determinó á Danton á hacer una tentativa suprema para reconciliar á la Montaña con la Gironda.

Le Pelletier San-Fargeau.

Lo que Danton queria evitar era esto.

La epilepsia fanática, la cual, al ver la sangre de Luis XVI, fundaria enfrente del altar de la patria otro para rendir culto al rey-mártir.

Hé aquí por qué Danton habia preguntado:

—¿La pena impuesta, sea la que quisiera, se aplazará para despues de la guerra?

Si hubiera obtenido aquella próroga la sentencia, la piedad, la misericordia, la generosidad del pueblo francés hubiese hecho el resto, pues la guerra no concluyó sino cuatro años despues, en 1797, con la paz de Campo-Formio.

Luis XVI estaba juzgado y condenado; era un ejemplo grande y solemne, pero más sublime y grandioso hubiera sido no haberle ejecutado.

Fonfréde no lo comprendió; se separó de Danton, habló en nombre de la Gironda y redujo la cuestion á tres preguntas terribles.

—¿Es culpable Luis?

—¿Será aprobada nuestra decision?

—¿Qué pena se le impondrá?

Obtuvo tres contestaciones, más lacónicas aun.

—¿Es culpable?—Sí.

—¿Será aprobada, nuestra decision?—No.

—¿Qué pena debe imponerse?—La muerte.

La salvacion de la Francia consistia en la unidad.

¿Por quién y con qué motivo se debia predicar en favor de la unidad?

Se presentó la ocasion; los funerales de San-Fargeau.

Solo quedaba encontrar al orador.

Era preciso un hombre en cuyo pasado no existiera ningun pensamiento contrario á la unidad.

Existia uno que se habia presentado dos veces en la Cámara para anunciar dos victorias, y que habia sido acogido por los aplausos más vivos.

Otra vez habia subido á la tribuna para dar su voto, y á pesar de ser un voto de clemencia, al expresarlo, fué con voz tan firme que nadie se atrevió á murmurar.

Dijo:

—Voto por la prision perpétua, porque mi profesion de médico me ordena combatir á la muerte en donde quiera que se presente.

Algunas voces aplaudieron.

Aquel hombre se sentaba en los bancos de la Gironda.

Se habian informado de quién era aquel hombre, y supieron era médico y se llamaba Jacobo Merey, representante de Argenton.

A consecuencia de la conversacion que tuvo á la cabecera de la cama de la esposa de Danton con este, decidió Jorge que Jacobo, con motivo de la muerte de Le Pelletier San-Fargeau, fuera el elegido para abogar por la unidad.

El Dr. Merey aceptó el papel activo que hasta entonces habia representado en la revolucion.

Todavía no se le habia juzgado como orador.

¿Lo era? Ni aun lo sabia, y deseaba asegurarse.

El elogio era interesante. Para inaugurar aquella senda de unidad, tan necesaria para la república, habia hecho San-Fargeau un plan de educacion que era bastante para su gloria.

Le Pelletier tenia una hija; fué solemnemente adoptada por la Francia y recibió el sagrado nombre de *hija de la república*.

Ella, cubierta con velo negro y acompañada por otras doce niñas, presidia el duelo.

A nadie mejor le correspondia presidir el duelo que á los niños, para los que habia consagrado este gran pensamiento: *Dar una educacion descansada á una infancia dichosa.*

El cuerpo estaba expuesto en medio de la plaza Vendome, en el sitio en donde se levanta hoy la columna.

El pecho del cadáver estaba descubierto, con el objeto de que todos vieran la herida, y el arma homicida, enrojecida por la sangre, estaba á su lado.

Toda la concurrencia rodeaba el cenotafio; á los acordes de una música fúnebre levantó el presidente la cabeza del muerto y le puso una corona de encina y de flores.

Entonces salió Jacobo Merey de entre los representantes; sacudiendo su hermosa cabellera negra, subió los escalones, puso un pié en el tercero, se inclinó ante el cadáver, y con voz sonora, que fué oída no solo por todos los que llenaban la plaza, sino tambien por aquellos que ocupaban las ventanas, como las gradas de un inmenso circo, pronunció las siguientes palabras:

«Ciudadanos representantes:

»Permitidme que en primer lugar os felicite por la unanimidad que ha reinado entre vosotros al día siguiente de la muerte de Capeto y que ha brillado á los ojos de la Europa, que estaban fijos en la Francia. Un rey egoísta pudo decir un día: *El Estado soy yo*. La Convencion, consagrada al gran principio de la unidad, puede decir desde hace ocho días: *La Francia respira en mí*.

»Todas las medidas de importancia que habeis tomado han sido por unanimidad.

»Unánime fué el voto del 21 de Enero para anunciar á los departamentos la muerte del tirano; redactado el manifiesto por la Convencion, nos concede parte á cada cual en esa muerte que ha devuelto á Francia su libertad.

»Unanimidad tambien para el voto de 900 millones de papel-monedas (*assignats*); unanimidad para la leva de trescientos mil hombres, y unanimidad, por último, para declarar la guerra á la orgullosa Inglaterra, que ha osado dar los pasaportes á nuestro embajador.

»Ahora ha comprendido la Francia la grandeza de su mision; no solo tiene que defenderse contra la alianza de los reyes, sino tam-

bien fundar la unidad de la patria, la de la república. Sin union no hay vida; dividirse es morir.»

Lo que acababa de decir Jacobo Merey, respondia de tal modo al pensamiento general, que ruidosos aplausos le interrumpieron.

«Francia ha sufrido largo tiempo con estas divisiones bajo la llamada unidad real, por creer en la unidad de una monarquía; por esto ha votado la abolicion de la dignidad real, la fundacion de la república y la muerte del tirano.

»Francia no puede tampoco aplicar á su sistema de gobierno ni la union federativa de los Estados-Unidos, ni de la Holanda, ni de la Suiza.

»Tal vez hubiera sido posible estando Francia dividida en provincias, pero es imposible dividida en departamentos.

»Realismo y federalismo son dos palabras sacrílegas; solo puede pronunciarlas un asesino de la humanidad.

»Hay que fijarse en que jamás este problema de unidad se ha propuesto á una gran nacion.

»En 89 no se pensaba en 93, todos respondemos.

»En la Plaza de la Revolucion está el esfinge: adivina ó muere.

»Unidad hemos contestado arrojándole la cabeza de un rey; sin embargo, nada nos guiaba sino el génio de la Francia.

»Rousseau, luz opaca. En su *Cont. ato social* dice: *Unidad para un Estado pequeño*.

»Y en su *Gobierno de la Polonia: Federalismo para uno grande*.

»¿Qué era la antigua Francia? Un reino federativo, y hasta Luis XI no empezó la unidad.

»Si Luis XI hubiera existido en esta época, hubiese sido republicano y miembro de la Convencion.

»¿Quién proclamó primero la union indisoluble de la Francia el 9 de Agosto del 91?

»Nuestro ilustre colega Rabaut de San Etienne; inclinémonos delante del precursor.

»La Gironda, á la que tengo el honor de pertenecer, quiso en 92 abandonar Paris, amenazado por los prusianos (en aquellos días de luto no es de extrañar un momento de desfallecimiento), y habia

conseguido que casi toda la Asamblea participase de su opinion. El arca de la Francia, el foco de sus libertades, iba á buscar refugio en esas hermosas y leales provincias del Centro que sirvieron de abrigo y de asilo á Carlos VII contra los ingleses.

»Un hombre, uno solo, dijo que no: verdad es que ese hombre es un gigante.

»El nombre de Danton bastó para que Paris se tranquilizara y permaneciera impávido. El cañon de Valmy hizo el resto.

»El cristianismo, á pesar de tener medios tan poderosos para la unidad, no ha llegado á conseguirla.

»Ha hecho un pueblo de reyes, de príncipes, de aristócratas, de ricos, de privilegiados, de sábios, de letrados, de poetas, los personajes de Luis XIV, de Racine, de Boileau, de Corneille, de Moliere, de Voltaire, y como contraste de esa gente que ocupa la primera escala social, ha formado un pueblo de esclavos, de siervos, de desgraciados; el pueblo pobre abandonado, sin instruccion, que no sabe ni leer ni escribir, que no conoce bien ni su propio idioma, y que no comprende la lengua que debe hablar para pedir á Dios su pan cotidiano.

»Sé que todavía cubre un velo esta gran cuestion de la unidad; caminamos hácia el ideal, pero antes de llegar tenemos que atravesar una tenebrosa selva, defendida por los mónstruos de la ignorancia, region desconocida, que solo la educacion esparcida por todas las clases puede iluminar.

»Hemos levantado una punta del velo, y vemos la civilizacion flotando en la superficie y una luz que no penetra hasta las esferas subalternas de la sociedad.

»Hemos inventado el teatro popular, hemos decretado las fiestas nacionales; pero el que ha muerto cobardemente asesinado pensaba darnos la enseñanza pública, la educacion primaria para la vida comun del pueblo.

¿Era su talento, era su corazon quien le habia revelado el sublime secreto del porvenir?

»No vacilo en afirmar que era el corazon quien le elevaba, basado en su bondadosa naturaleza: el asesino realista adivinó que ese

corazon encerraba los más generosos sentimientos y el pensamiento más fecundo para el porvenir, y le hirió en el corazon.

»Pero era tarde: el proyecto de Le Pelletier no muere con él; nos le ha legado. Responderemos á la confianza que depositó en nosotros.

»Ciudadanos, notad que el proyecto de Pelletier no es una teoría; es un método positivo y que puede aplicarse mañana, hoy, ahora mismo.

No existirá verdadera igualdad y fraternidad mientras la sociedad no tenga una educacion nacional y general. El Estado debe hacer dar esta educacion por cada Ayuntamiento; de ese modo los padres vigilarán y no perderán á su hijo de vista.

»El que está tendido delante de nosotros y nos escucha, si algo sobrevive en él, habia visto el triste espectáculo del niño pobre, tiritando, hambriento, al que le estaba vedada la entrada de la escuela y que se veia privado del alimento intelectual porque no tenia con qué pagar el pan para sustentarse.

—»Más que todos necesitas instruccion, gritaba la tiranía, puesto que eres más pobre que todos: pides educacion para hacerte hombre honrado y útil ciudadano; toma un puñal y hazte bandido.

»No: si el niño es pobre, será alimentado, vestido, instruido en la escuela pública: sabemos que en la tierra la miseria es la herencia del hombre, que le perseguirá, le alcanzará, pero cuando tenga fuerza para luchar. La miseria ensañándose contra la infancia es una impiedad.

»El hombre tiene que expiar sus faltas; para él, pues, la desgracia; pero se debe, por su inocencia, preservar de la desventura á un niño.

Los griegos tenian dos palabras para expresar la misma idea: patria para los hombres, *matia* para los niños; es decir, madre.

»La educacion se llamaba en la Edad media *castigo*; para nosotros se llamará *maternidad*.

»Bendigamos al hombre bueno y honrado que ha hecho descender la revolucion hasta las manos de los niños, que les hace mamar la justicia con la leche, que les asegura no tendrán al separarse del

seno materno ni hambre ni sed, y que al alejarlos de la madre de la naturaleza les da dos madres adoptivas: la patria y la Providencia.»

El discurso de Jacobo Merey, humanitario y tan poco de acuerdo con los que en aquella época se pronunciaban, produjo gran efecto.

Danton le abrazó, Vergniaud le estrechó la mano, Robespierre le sonrió.

El cortejo fúnebre, que se extendía desde un extremo á otro de la calle de San Honorato, causaba un luto general.

Efectivamente, todos aquellos cuya vista profundizaba en el porvenir, sabían que aquella union cuyo elogio habia hecho Jacobo Merey no era más que momentánea.

Vergniaud habia dicho: *La revolucion es como Saturno, que devorará á sus hijos.*

Y todos, los primeros los girondinos, esperaban que la revolucion los devoraria, y tenían el presentimiento de su muerte.

Aquel duelo, aquellos funerales eran los suyos, era el luto por ellos; ¿pero seria fecunda la tierra que regasen con su sangre?

Nada de extraño tenia se preguntasen esto con inquietud, puesto que hoy, setenta y cinco años despues que esa sangre fué deramada, nos hacemos, con desesperacion, esa misma pregunta.

Le Pelletier gozaba de los honores del Panteon.

En las gradas, el hermano de Pelletier pronunció para eterna despedida esta palabra: ¡Adios!

Y sobre el cuerpo del mártir, sobre la herida abierta aun, sobre el arma que le habia herido, hicieron montañeses y girondinos la promesa de aumentar su odio, y en nombre de la unidad de la patria se juraron union y fraternidad.

XXIV.

La traicion.

Pasó un mes, durante el cual lealmente fueron sostenidas las promesas hechas sobre el cadáver de Le Pelletier San-Fargeau. La Gironda tenia todavía mayoría moral. A pesar de que Robespierre gozase ya de la influencia revolucionaria, Danton y sus franciscanos tenían la mayoría numérica, ya se inclinaban á la derecha, ya á la Montaña.

Pero en medio de aquella aparente calma se veia brillar de repente el relámpago, ó se escuchaba el estallido del trueno; no caia el rayo, pero se adivinaba que estaba suspendido sobre Francia.

Cinco ó seis dias despues de la ejecucion del rey se supo que Basville, embajador francés en Roma, habia sido asesinado en un motin que el Papa no trató de evitar.

Un barbero le habia herido con una navaja de afeitar.

La noticia coincidió con la llegada á Roma de las princesas Victoria y Adelaida, hijas de Luis XV y tias de Luis XVI.

El Papa Pio VI se lavó las manos como Pilatos, pero no se castigó la muerte.

Largo tiempo hacia que Francia tenia motivos de queja de aquel hermoso Pontífice, que se pintaba como los cortesanos, que llevaba el cabello rizado como los niños, á pesar de que el rubio se habia vuelto ya blanco y que adorador de su propia belleza, la cual le favoreció para adelantar en su escandalosa juventud, quiso al subir al trono pontificio tomar el nombre de Formoso, desistiendo de este propósito por la cruel reputacion que gozó el primero de aquel nombre, que fué desenterrado por Estéban VI para formarle causa.

seno materno ni hambre ni sed, y que al alejarlos de la madre de la naturaleza les da dos madres adoptivas: la patria y la Providencia.»

El discurso de Jacobo Merey, humanitario y tan poco de acuerdo con los que en aquella época se pronunciaban, produjo gran efecto.

Danton le abrazó, Vergniaud le estrechó la mano, Robespierre le sonrió.

El cortejo fúnebre, que se extendía desde un extremo á otro de la calle de San Honorato, causaba un luto general.

Efectivamente, todos aquellos cuya vista profundizaba en el porvenir, sabían que aquella union cuyo elogio habia hecho Jacobo Merey no era más que momentánea.

Vergniaud habia dicho: *La revolucion es como Saturno, que devorará á sus hijos.*

Y todos, los primeros los girondinos, esperaban que la revolucion los devoraria, y tenían el presentimiento de su muerte.

Aquel duelo, aquellos funerales eran los suyos, era el luto por ellos; ¿pero seria fecunda la tierra que regasen con su sangre?

Nada de extraño tenia se preguntasen esto con inquietud, puesto que hoy, setenta y cinco años despues que esa sangre fué deramada, nos hacemos, con desesperacion, esa misma pregunta.

Le Pelletier gozaba de los honores del Panteon.

En las gradas, el hermano de Pelletier pronunció para eterna despedida esta palabra: ¡Adios!

Y sobre el cuerpo del mártir, sobre la herida abierta aun, sobre el arma que le habia herido, hicieron montañeses y girondinos la promesa de aumentar su odio, y en nombre de la unidad de la patria se juraron union y fraternidad.

XXIV.

La traicion.

Pasó un mes, durante el cual lealmente fueron sostenidas las promesas hechas sobre el cadáver de Le Pelletier San-Fargeau. La Gironda tenia todavía mayoría moral. A pesar de que Robespierre gozase ya de la influencia revolucionaria, Danton y sus franciscanos tenían la mayoría numérica, ya se inclinaban á la derecha, ya á la Montaña.

Pero en medio de aquella aparente calma se veia brillar de repente el relámpago, ó se escuchaba el estallido del trueno; no caía el rayo, pero se adivinaba que estaba suspendido sobre Francia.

Cinco ó seis dias despues de la ejecucion del rey se supo que Basville, embajador francés en Roma, habia sido asesinado en un motin que el Papa no trató de evitar.

Un barbero le habia herido con una navaja de afeitar.

La noticia coincidió con la llegada á Roma de las princesas Victoria y Adelaida, hijas de Luis XV y tias de Luis XVI.

El Papa Pio VI se lavó las manos como Pilatos, pero no se castigó la muerte.

Largo tiempo hacia que Francia tenia motivos de queja de aquel hermoso Pontífice, que se pintaba como los cortesanos, que llevaba el cabello rizado como los niños, á pesar de que el rubio se habia vuelto ya blanco y que adorador de su propia belleza, la cual le favoreció para adelantar en su escandalosa juventud, quiso al subir al trono pontificio tomar el nombre de Formoso, desistiendo de este propósito por la cruel reputacion que gozó el primero de aquel nombre, que fué desenterrado por Estéban VI para formarle causa.

Singular Papa, quien más colérico que Juan II, dando de bastonazos á sus cardenales, abofeteaba á su sastre porque le hacian un pliegue sus pantalones.

Mucho habia contribuido el Papa Pio VI á la muerte de Luis XVI, animándole para la resistencia, que le pintaba como un deber.

El dia en que murió en Valence, en la tierra francesa que sus consejos habian ensangrentado, tuvo que responder del medio millon de hombres que sucumbieron en la guerra de la Vendia.

La muerte de Basville hizo mucho ruido en la Convencion.

Kellermann, resplandeciente todavia por los rayos de Valmy, fué enviado al ejército de Italia, y al despedirse de la Convencion, dijo en medio de los más frenéticos aplausos:

—Voy á Roma.

Despues, á fin de Febrero, hubo rumores en Paris por la creacion de un nuevo millar de papel-moneda.

Este bajó y subió el precio de todo. El obrero no ganaba; al contrario, ménos; pero el panadero y el tendero le exigian mayores precios.

En vano pidió Paris el *máximum*; pero el 28 de Febrero decia Marat:

—El saqueo de los almacenes, á cuyas puertas se ahorcariá á los monopolistas, pondria término á estas malversaciones.

Al dia siguiente saquearon las tiendas, y sin que interviniesen los confederados de Brest, ahorcaron á los tenderos.

La Gironda, despues de una sesion tempestuosa, obtuvo que se persiguiese por los tribunales á los autores é instigadores del saqueo.

Pero el golpe más terrible y simultáneo fué la insurreccion vendéana y la traicion de Dumuriez.

En el Este, el sable austriaco; en el Oeste, el puñal de la Vendia; al Norte, la Inglaterra, y al Sur, la España.

Al salir de Paris, dijo Dumuriez:

—El 15 estaré en Bruselas; el 30 en Lieja.

Se equivocó; ya lo hemos repetido, y antes lo han dicho otros más autorizados; Dumuriez se engañaba.

El 14 estaba en Bruselas; el 18 en Lieja.

Las instrucciones de Dumuriez eran:

Invadir la Bélgica y unirla á la Francia.

Pero la revolucion caminaba muy de prisa, y la cuestion era ya demasiado sencilla.

Los belgas, comprendiendo que estaban en manos de Francia, y que esta mano era amiga, ofrecieron á Dumuriez las llaves de Bruselas.

—Guardadlas, contestó el general, y *no consentais más extranjeros en vuestro país.*

Palabras con sentido doble, dichas contra los austriacos, fueron y debian ser interpretadas contra la Francia.

Los franceses, por más que fuesen como libertadores, ¿no eran *extranjeros*?

Allí empezaba la traicion de Dumuriez; quince dias despues recibió la Convencion una exposicion con más de treinta mil firmas.

¿Qué pedian? Que se conservasen los privilegios; es decir, hemos tenido siempre la desigualdad, y la queremos todavia.

La lectura de esta peticion produjo en la Cámara la primera tempestad seria desde la muerte del rey.

Los girondinos apoyaron la exposicion belga, é invocaron el respeto por los principios de la soberanía de los pueblos.

Danton se levantó.

Danton hizo seña de que deseaba hablar. Dió tres pasos, subió á la tribuna, y su rostro apareció enérgico, burlon, amenazador.

—¡Oh Gironda, Gironda! exclamó; ¿has de ser siempre esclava de principios mezquinos y que no pertenecen á nuestra época? ¿No ves que la revolucion marcha á paso de gigante? ¿Que el 93 ha dejado atrás al 92? ¿Que el 91 es ya casi invisible para nosotros, oculto por las nieblas del pasado? ¿Que el 90 se pierde en la noche del tiempo y el 89 pertenece á la antigüedad?

Olvidas que las cuatro ó cinco mil leyes que han aparecido durante ese período han sido hechas bajo el punto de vista de la monarquía constitucional, y no bajo el régimen republicano. Desde hace tres meses somos republicanos; somos libres desde hace seis

semanas; ya es tiempo que entremos en un período nuevo, que seamos revolucionarios.

—El principio de la soberanía de los pueblos, dices honrada pero ciega Gironda; ¿pero acaso los belgas son un pueblo? La Bélgica, reino independiente, es invención inglesa. La Inglaterra no quiere la independencia de Bélgica; tiene miedo de la Francia en Amberes y en el Escaut. Bélgica no ha existido y no existirá jamás: siempre ha sido y será los Países-Bajos. ¿El pueblo belga no es soberano, soberano independiente y libre? ¿Y reclamas para él la libertad, Gironda? Eso es suicidarlo.

El pueblo belga, continuó Danton; ¿en qué reconocéis que allí hay un pueblo? ¿En la confusa mezcla de las poblaciones?

¿Y no veis de dónde viene el golpe?

De ese enemigo eterno, que la religión encontrará siempre delante de ella; del clero.

Clero en la Vendía, clero en Bélgica, clero en Paris, contra-revolucion por todas partes.

El clero de los Países-Bajos, guiado por Cupen y Vandernot, ha sido quien armó al pueblo contra José II, quien, más belga que los mismos belgas, quería librarlos de los frailes.

¿Qué deseaba José II? Hacer el Escaut navegable. Pero la Europa, Inglaterra á la cabeza, se declaró con él.

Entonces trató de hacer dos grandes puertos de Ostende y Amberes; mas no habia contado con las rivalidades municipales del Brabante, de Malinas y de Bruselas. Los belgas divididos quisieron permanecer divididos. Del mismo modo sucumbió la Italia por los celos, la desunion, el odio.

Además, ¿qué valen noventa mil firmas entre tres millones de habitantes? ¿No reconocéis en esta exposicion el *credo* de los jesuitas? Oís al jesuita Feller, que, no solo exclama, sino que imprime: «Mil muertes antes que prestar ese juramento execrable: *Igualdad, libertad, soberanía del pueblo.*

»*Igualdad*, reprobada por Dios, contraria á la autoridad legítima.

»*Libertad*, es decir, libertinaje, licencia, mónstruo de desorden.

»*Soberanía del pueblo*, seductora invención del génio del mal.»

¿Y es la misma poblacion fanática que invadia Santa Gudula en Octubre para pedir la destruccion de la casa de Austria, y subia de rodillas el camino del Santo Sacramento, la que hoy vocifera contra Francia?

¡Oh belgas! Desgraciados de vosotros, desgraciados de aquellos que os engañan. Los gritos de vuestros nietos maldecirán algun dia vuestra memoria.

Pues bien; repito que son esas apreciaciones falsas de nuestro derecho revolucionario las que nos pierden.

Demos la mano á los pueblos, que están cansados de la tiranía, y la Francia se salvará y el mundo se verá libre: que salgan esta misma noche vuestros comisionados y que digan á la clase opulenta: «El pueblo no tiene más que su sangre y la prodiga: vosotros, miserables, prodigad vuestras riquezas.» ¿Cómo, tenemos por palanca una patria como Francia, la razon como punto de apoyo y todavía no hemos trastornado el mundo? Carezco de hiel, no por virtud, sino por temperamento;—y al decir estas palabras, sus ojos, iluminados por un relámpago, se fijaron en Robespierre—el odio no está de acuerdo con mi carácter, continuó Danton, y no lo necesito. Mi fuerza no estriba en el odio; no tengo más interés que el del bien nacional.

Existe un enemigo, batámosle: me cansais con vuestras disensiones. Os repudio como traidores: ¿qué me importa que me llameis sanguinario? Conquistemos ante todo la libertad, no solo para nosotros, sino para todos. Espantemos á los rebeldes con leyes creadas fuera del orden general. El pueblo desea medidas enérgicas, terribles, sea; pero con inteligencia, para que el pueblo no camine á ciegas por la senda del terror.

Organizad sin levantar la sesion el tribunal revolucionario: que salgan al momento los comisionados. Que Francia en masa tome las armas: que se invada la Holanda, y que Bélgica sea libre, aun á pesar suyo, si es preciso. Arruinemos el comercio de Inglaterra y vengamos al universo.

Vergniaud quiso contestar para defender el derecho, pero cayó

sobre su banco anonadado por la tempestad de aplausos que estalló, no solo en el salon, sino tambien en las tribunas.

Parecia que Danton tenia algo más que decir. Efectivamente, se habia quedado con las dos manos apoyadas en la tribuna y la cabeza inclinada sobre el pecho, del que se escapaban hondos suspiros.

Cuando levantó la cabeza habia cambiado por completo la expresion de su fisonomía.

Un abatimiento profundo se habia apoderado de él.

—Ciudadanos representantes, dijo: no os admireis de mi tristeza; no es por la patria; Francia se salvará aunque para ello debamos perecer todos; pero mientras os pido la vida para los pueblos, la muerte se alberga en mi casa; la muerte inflexible, inexorable, la cual ha marcado ya en el reloj de la vida las horas que debe permanecer en la tierra la persona que amo sobre todo. Tal vez á ninguno de entre vosotros me atreveria á decirle en tal momento:

—Abandona el lecho de agonía de tu esposa, y marcha á donde la patria te llama, con la seguridad de que á tu regreso habrá muerto.

Y gruesas lágrimas empañaron los ojos de Danton.

—Pues bien, continuó con voz ronca y alterada por los sollozos, mandadme á Bélgica, estoy pronto; yo solo puedo algo con ese hombre que nos vende, con el pueblo á quien engañan.

Multiplicados gritos resonaron por todas partes.

—¡Marcha! ¡marcha! castiga á Dumuriez, y salva á Bélgica.

Danton hizo una seña á Jacobo Merey, y se lanzó fuera de la Cámara.

Jacobo le encontró en el corredor, y Jorge le condujo rápidamente al despacho de uno de los secretarios.

Estaban solos.

Danton se arrojó en brazos de su amigo; solo con él, no trató de ocultarle sus lágrimas.

—¡Ah! exclamó; á tí era á quien debia haber enviado á Bélgica, pero soy un egoista y te necesito.

—¡Pobre amigo mio! exclamó Jacobo estrechándole la mano.

—¿Ayer has visto á mi mujer? interrogó Danton.

—Sí.

—¿Cómo está?

Merey se encogió de hombros.

—Debilitándose de dia en dia.

—¿No tienes ninguna esperanza de salvarla?

Jacobo Merey vaciló.

—Háblame como á un hombre; añadió Jorge.

—Ninguna esperanza; contestó Jacobo.

Danton lanzó un profundo suspiro.

—¿Cuántos dias crees que pueda vivir todavía?

—Ocho, diez, doce tal vez, pero cuando ménos se crea puede arrebatarla una hemorragia.

—Amigo mio, has escuchado todo. Para salvar á la Bélgica, que me inspira compasion, y á Dumuriez, á quien amo á pesar de todo, me es preciso partir. Cuantos recursos encierra la ciencia, empléalos para salvarla, y si no, para prolongar su vida al ménos. No me escribas; ó habrá muerto ó morirá; nada, déjame en la incertidumbre, porque dudando se espera.

Jacobo hizo un signo de asentimiento.

—Si muere, continuó Danton con voz ahogada, embalsama el cuerpo y deposítalo en un ataud de roble, que pueda abrirse con una llave, y despues la depositarás en un panteon provisional. Cuando yo vuelva, la compraré un terreno; pero antes de entregarla para siempre á la tierra, quiero... deseo verla.

Jacobo le estrechó la mano y volvió la cabeza; lloraba á su vez.

—¿Prometes hacer lo que te digo? preguntó Danton.

—Te lo juro.

—Escúchame todavía.

Jacobo prestó atencion.

—Somos hombres alimentados con la varonil razon; al combatir las preocupaciones políticas y religiosas, las hemos podido apreciar y vencerlas; pero ella es mujer, ha permanecido humilde y creyente; no debemos ni despreciarla ni reprochárselo: yo la he matado con mis ímpetus violentos.

Danton vaciló.

—Continúa; dijo Jacobo.

—Tal vez pedirá un sacerdote, es seguro; si no lo pide será por cortedad; ofréceselo tú mismo, y deja que le escoja, juramentado ó no. Sea el que quiera, puedes protegerle. Además, en todas esas piadosas diligencias, su madre la ayudará y recibirá sus confidencias. Los dos niños son demasiado pequeños para comprender su desgracia; pueden estar á su lado hasta el último momento, si la enfermedad no es contagiosa.

—Serás obedecido puntualmente.

—Te guardaré un reconocimiento eterno.

—¿Te acompañaré á tu casa?

—No; voy á partir, deseo ver á solas á mi esposa; ¡quiero decirle adios! También tú, añadió mirando á Jacobo, tienes un profundo pesar.

Merey sonrió tristemente.

—¿Tu corazón conserva alguna esperanza?

—Muy poca.

—Pues bien, á mi regreso me lo referirás, y el inconsolable te consolará.

—Hasta la vista: ¡ay! á ella tengo que decirle adios.

Y ambos amigos se abrazaron estrechamente.

Después Danton se dirigió á su casa con la desesperación pintada en el rostro.

Jacobo le vió alejarse con profunda tristeza, y cuando la puerta se cerró, dijo:

—Felices los humildes en la ciencia y los pobres de espíritu; creen en algo más allá de la vida; pero nosotros...

Y á su vez salió desesperado.

XXV.

La comunión de la tierra.

Lieja no siguió el ejemplo de Bruselas: se entregó por completo á la revolución.

De diez mil votantes, solo cuarenta rehusaron entregarse en manos de Francia, y en toda la provincia, que reunía veinte mil votantes, no hubo sino noventa y dos contra la Francia.

Hace tres ó cuatro años que, encontrándome momentáneamente en Lieja, escribí desgraciadamente estas palabras: *Lieja es una pequeña Francia extraviada en Bélgica.*

Esta frase, aunque histórica, provocó sin embargo un torrente de maldiciones contra mí.

—¡Ay! Precisamente la desgracia de Lieja fué ser demasiado francesa.

Después de haber creído en la monarquía, en el reinado de Luis XI, creyó en la república bajo la Convención.

Se perdió dos veces por tener demasiadas simpatías por los franceses.

Los lijenses tenían que echarme en cara la ingratitude de Francia, y negaron la abnegación de Lieja.

Desgraciadamente ignoraba la población quién era aquel hombre de doble faz, llamado Dumuriez.

No sabía que es muy difícil sostener la espada leal del soldado después de haber manejado la antigua pluma de los secretos diplomáticos de Luis XV.

No vió en el general sino al defensor del Argonne, al vencedor

—Continúa; dijo Jacobo.

—Tal vez pedirá un sacerdote, es seguro; si no lo pide será por cortedad; ofréceselo tú mismo, y deja que le escoja, juramentado ó no. Sea el que quiera, puedes protegerle. Además, en todas esas piadosas diligencias, su madre la ayudará y recibirá sus confidencias. Los dos niños son demasiado pequeños para comprender su desgracia; pueden estar á su lado hasta el último momento, si la enfermedad no es contagiosa.

—Serás obedecido puntualmente.

—Te guardaré un reconocimiento eterno.

—¿Te acompañaré á tu casa?

—No; voy á partir, deseo ver á solas á mi esposa; ¡quiero decirle adios! También tú, añadió mirando á Jacobo, tienes un profundo pesar.

Merey sonrió tristemente.

—¿Tu corazón conserva alguna esperanza?

—Muy poca.

—Pues bien, á mi regreso me lo referirás, y el inconsolable te consolará.

—Hasta la vista: ¡ay! á ella tengo que decirle adios.

Y ambos amigos se abrazaron estrechamente.

Después Danton se dirigió á su casa con la desesperación pintada en el rostro.

Jacobo le vió alejarse con profunda tristeza, y cuando la puerta se cerró, dijo:

—Felices los humildes en la ciencia y los pobres de espíritu; creen en algo más allá de la vida; pero nosotros...

Y á su vez salió desesperado.

XXV.

La comunión de la tierra.

Lieja no siguió el ejemplo de Bruselas: se entregó por completo á la revolución.

De diez mil votantes, solo cuarenta rehusaron entregarse en manos de Francia, y en toda la provincia, que reunía veinte mil votantes, no hubo sino noventa y dos contra la Francia.

Hace tres ó cuatro años que, encontrándome momentáneamente en Lieja, escribí desgraciadamente estas palabras: *Lieja es una pequeña Francia extraviada en Bélgica.*

Esta frase, aunque histórica, provocó sin embargo un torrente de maldiciones contra mí.

—¡Ay! Precisamente la desgracia de Lieja fué ser demasiado francesa.

Después de haber creído en la monarquía, en el reinado de Luis XI, creyó en la república bajo la Convención.

Se perdió dos veces por tener demasiadas simpatías por los franceses.

Los lijenses tenían que echarme en cara la ingratitude de Francia, y negaron la abnegación de Lieja.

Desgraciadamente ignoraba la población quién era aquel hombre de doble faz, llamado Dumuriez.

No sabía que es muy difícil sostener la espada leal del soldado después de haber manejado la antigua pluma de los secretos diplomáticos de Luis XV.

No vió en el general sino al defensor del Argonne, al vencedor

de Jemmapes, y no al hombre que se habia creado una posicion para venderla.

No pensaba que le era imposible dejar de escribir, de adelantarse, de ofrecerse, ni que despues de la batalla de Valmy habia escrito al rey de Prusia, y despues de Jemmapes á Metternich, y que antes de entrar en Holanda se dirigió al Sr. de Talleyrand, á Lóndres.

Todas aquellas contestaciones no llegaban, y Dumuriez las esperaba, cuando llegó Danton.

Le encontró entre Lieja y Aix-la-Chapelle, detrás de un riachuelo que no podia servir de defensa.

Curiosa debió de ser la entrevista entre aquellos dos hombres.

Danton, es incontestable, era materialista en todo; pero tenia un amor inmenso por su patria.

Dumuriez, tan material como él, pero hipócrita, tenia formado su propósito de sacrificar á su ambicion todo, hasta la Francia.

Cuando vió á Danton se admiró; pero reponiéndose, dijo:

—¡Ah! ¿sois vos?

—Sí, yo soy.

—¿Venís á buscarme?

—Sí.

—¿De parte de la Convencion ó vuestra?

—De los dos. Yo propuse enviaros un comisionado, y al mismo tiempo me indiqué á mí mismo.

—¿Y qué idea os trae aquí?

—Ver si, como dicen, nos vendeis.

Dumuriez se encogió de hombros.

—La Convencion ve traidores por todas partes.

—Está en un error, dijo Danton; no hay tantos traidores como cree, y además que no siempre puede ser traidor el que quiere serlo.

—¿Qué quereis decir?

—Que sois demasiado caro para que os compren, Dumuriez; por esto no os habeis vendido todavía.

—¡Danton! exclamó levantándose el general.

—No nos enfademos y dejadme hacer de vos, si puedo, el hombre que he creído encontrar, ó el que podeis ser.

—Ante todo, en donde esté Danton, ¿quedará un sitio que pueda convenir á Dumuriez?

—Si otro pudiera ocupar el puesto de Danton, creed que se le cederia; pero no hay nadie más que yo que pueda abofetear con una mano á ese miserablé que se llama Marat y arrancar con la otra la máscara al hipócrita Robespierre. Mi porvenir es la lucha contra la calumnia, contra el ódio, contra la desconfianza y la estupidez.

Me veo en la precision algunas veces, como lo he hecho en la última sesion, de reunirme con personas á quienes desprecio y ódio, en contra de las que estimo y amo. ¿Crees que no estimo más á Condorcet que á Robespierre, y que no amo á Vergniaud más que á San Justo? Pues bien; si continúa la Gironda marchando por el mal camino, me veré obligado á destruir á la Gironda, aun cuando no sea ni falsa, ni traidora, sino solamente torpe y ciega. ¿Crees que no será un dia triste para mí aquel en que tenga que pedir en la tribuna la muerte ó el destierro de hombres como Roland, Brissot, Guadet, Barbaroux, Valaze, Pethion?... Pero ya ves, Dumuriez, esos hombres no son más que republicanos.

—¿Pues qué habian de ser?

—Revolucionarios.

Dumuriez sacudió la cabeza.

—Entonces, dijo, no soy el hombre que te conviene, porque no soy ni republicano, ni revolucionario.

Danton se encogió de hombros, y replicó:

—¿Qué importa; eres ambicioso.

—Y segun tu opinion, ¿cuál es mi ambicion?

—Por desgracia, no es ni la de Temístocles, ni la de Washington: eres ambicioso como Monck. Brillante celebridad para el porvenir la de haber colocado en el trono á Cárlos II.

—Los Temístocles no son de nuestra época.

—¿Serias tú un Washington?

—Ya lo he dicho.

—Sí; pero cuando estuviera hecha la revolucion.

—¿No tienes bastante con la de la Francia?

—Las tempestades verdaderas no son las que agitan un extremo del Océano, sino las que le conmueven de polo á polo, y ahí tienes en lo que no has comprendido tu mision, Dumuriez. En lugar de formar en Bélgica la tempestad, y á ello te impulsaban los vientos de nuestras gloriosas jornadas, que soplarían desde el Atlántico hasta el mar del Norte, has procurado calmarla. En lugar de reunir la Bélgica á la Francia, la has dejado dueña de sí misma.

—¿Y qué debía hacer?

—Debias haber caido sobre Bélgica con mano firme y servirte de ella para dar libertad á la Alemania: la Bélgica debía ser para tí un instrumento y nada más. Debias haber impulsado al valiente pueblo flamenco, quien lo deseaba, y hacer de él la espada contra el Austria. Entre tanto debias haber organizado el Brabante y Flándes; hubieras decretado por todas partes la revolucion, confiscado los bienes de los emigrados, de las hechuras del Austria; hubieras sido la hipoteca y la garantía del millon en papel que acabamos de lanzar á la circulacion. Por último, no debias pedir nada á Francia, ni pan, ni sueldos, ni vestidos, ni forraje. Todo debía dártelo Bélgica.

—¿Y con qué derecho disponia yo de los bienes de los belgas?

—¿Me haces formalmente esa pregunta? Con el derecho de la sangre derramada por ellos en Jemmapes; con el derecho de haber abierto el Escaut para la navegacion; el Escaut, que nos costará una guerra interminable y ruinoso con la Inglaterra. Cuando emprendemos por Bélgica y por el universo una lucha en la cual sucumbirá tal vez un millon de franceses; cuando Francia derramara bastante sangre para que desborden el Meusa y el Rhin, ¿vacilaria Bélgica en dar veinte, treinta ó cuarenta millones? Imposible.

En 89, cuando Francia hizo su levantamiento, dijo: *Todo privilegio es una usurpacion. Anulo todo lo que se ha hecho bajo el despotismo.* Pues bien, habiendo proclamado esos principios, Francia no puede retroceder. En donde penetre tiene que declararse *poder revolucionario* y tocar á somaten; si no lo hace, si se contenta con

palabras y no con obras, entregados á sí mismos los pueblos no tendrán energía para romper sus cadenas.

Nuestros generales deben dar seguridad y garantía á las personas y propiedades; pero las del Estado, las de los príncipes, las de sus favoritos, de sus satélites, de las comunidades láicas ó eclesiásticas, esas son las arras para los gastos de la guerra. Tranquilizar á los pueblos, invadirlos, darles una solemne declaracion de que jamás se contemporizará con sus tiranos. Si se encontraran cobardes que negociaran con la tiranía, diria Francia: Desde este momento sois mis enemigos, y los trataria como tales. ¡Oh! Cuando en las revoluciones se profundiza es preciso que sea lo más hondo posible, sin lo cual se abren su propia tumba.

—Pero entonces, replicó Dumuriez, quien habia escuchado con la más profunda atencion, ¿quereis que sean miserables y pobres como nosotros?

—Eso es, contestó Danton; es preciso que sean pobres como nosotros: nos buscarán y nosotros les acogeremos.

—¿Y despues?

—Haremos lo mismo en Holanda.

—¿Y despues?

—Iremos más lejos, siempre más lejos, hasta que el mundo se haya formado á imagen nuestra.

Dumuriez se levantó.

—Estais loco, dijo.

Y se dirigió á una ventana y se apoyó contra un cristal: le ardia la cabeza.

—Sois vos el loco, repuso Danton sin alterarse; vos, que buscais el medio de refrescar vuestra cabeza.

—¿Habeis olvidado, añadió, lo que al nombraros general del ejército y mandaros á Bélgica dijisteis á Cambon?

—Yo he dicho muchas cosas, replicó Dumuriez con el acento de un hombre que no se cree obligado á recordar lo que ha dicho.

—Pues habeis dicho: enviadme á Bélgica y me encargo de hacer pasar el papel-moneda.

—Haced que no pierda, y entonces le haré pasar.

—Gran mérito; os pertenece á vosotros, generales de la revolucion, conquistarnos paises para que no pierda el papel. La revolucion francesa no solo es una revolucion de ideas, sino tambien de intereses. Si no teneis más que un *assignat* de veinte francos, os damos por veinte francos de tierra y entonces deseareis cuarenta. Existe lo mismo entre nuestros aldeanos aun en los de la Vendía, como en los belgas ó los del mundo entero, una religion más arraigada que la religion católica, apostólica, romana: la de la propiedad. Cuando esos aldeanos han sido pobres, que han sufrido con la servidumbre, que han fecundizado la tierra para los extraños con el sudor de su frente, llamadlos para esa comunión y dadles el papel-moneda como hostia, y entonces podeis decir á todos los reyes: ¡Oh! soberanos de la tierra, somos más ricos que vosotros.

—Y entonces, ¿me permitiriais ser Washington? preguntó Dumuriez sonriéndose.

—Entonces podeis ser lo que gustéis, porque la Francia seria bastante poderosa para no temer á ningun César.

—Pero hasta entonces...

—Hasta entonces, si pensais venderla, darnos un rey ó haceros dictador, guerra á muerte.

—¡Oh! mi cabeza está segura sobre mis hombros; la sostienen veinticinco mil soldados.

—Y la mia veinticinco millones de franceses, contestó Danton.

Y aquellos dos hombres se separaron considerando cada cual cómo se atacaria.

XXVI.

Lieja.

Dos horas despues estaba Danton en Lieja examinando en persona el estado de los ánimos.

La noticia de la llegada del célebre tribuno causó en los lijenses diversas impresiones, pero justo es decir que el sentimiento más general fué el temor.

Desde que Danton habia visto la cobardía con la que Marat, Robespierre y Panis renegaban del 2 de Setiembre, que era su obra, habia cargado con la responsabilidad de aquellas jornadas terribles y aparecia á las poblaciones ignorantes de su abnegacion como el fantasma del terror.

Al mirar aquel rostro surcado por la viruela, trastornado por las pasiones; al escuchar aquella voz poderosa que tenia algo del rugido del leon, la primera impresion era el terror.

Solo sabian lo que encerraba de fraternidad para el género humano y de amor para la Francia los que habian visto aquel semblante terrible dulcificarse por el dolor, aquellos ojos ardientes humedecerse por lágrimas de piedad, y los que habian sentido penetrar hasta su corazon aquella voz, cuyas dulces inflexiones transmitian una tierna emocion.

Apenas llegó á Lieja se dirigió al ayuntamiento, y allí convocó, como en las solemnes Asambleas nacionales, á los *notables* y al pueblo.

Subió á la tribuna y expuso el plan de Francia, su amor por los pueblos oprimidos y la buena fé de sus intenciones. Hizo alusion de Valmy, de Jemmapes, y explicó la necesidad que habia habido

para ejecutar al rey, deplorando que Francia hubiera juzgado solo á un individuo en lugar de toda la raza.

Les mostró, llamados á la barra de la Convencion, acusados en rebeldía y juzgados, á Federico Guillermo, con sus queridas; á Gustavo de Suecia, con sus favoritas; Catalina de Rusia, con sus amantes; Leopoldo, extenuado á los cuarenta años, y ocupándose en componer las drogas que debian devolverle la virilidad; Fernando, nuevo Claudio, en manos de una mesalina; y por último, á Carlos IV de España dando el pienso á sus caballos, ínterin su favorito Manuel Godoy, príncipe de la Paz, y la reina María Luisa, conducian el reino á la guerra civil y á la miseria.

La revolucion, juzgando entonces á los monarcas, empezaba la conquista del mundo.

Despues, encomiando la abnegacion de Lieja y el valor y patriotismo que habia demostrado, dividió Bélgica en verdaderos y falsos belgas.

Demostró que los verdaderos belgas eran los que deseaban la vida para su patria, es decir, que respirase por Ostende y por el Escant el aire puro del mar, que se llama el comercio: los que renegaban de la tiranía de los Países-Bajos, de la superioridad de las ciudades sobre las aldeas; los que querian la libertad y la igualdad para los aldeanos lo mismo que para los ciudadanos ricos é influyentes y que luchaban abiertamente contra los malos belgas, quienes anhelaban que el país continuase cautivo y sofocado, y que cerraban su patria en cofradías y corporaciones.

Todo esto lo habian pensado los lijeses; pero nadie se lo habia dicho todavía: además, ya se sabe que en tales momentos se trasfiguraba Danton por su grandeza. ¡Hombre extraño, que tenia entusiasmo y carecia de fé!

De repente, una inquietud vaga se apodera del auditorio: algunas personas entran y salen azoradas, y tres ó cuatro voces dejan oír estas terribles palabras: «¡Los franceses vienen en retirada!... ¡Dentro de una hora estarán en Lieja los austriacos!»

—Un caballo y veinticinco hombres de buena voluntad para hacer un reconocimiento, exclamó Danton.

Los veinticinco hombres se presentaron, y diez minutos despues estaban á caballo.

A los cinco minutos llevaron un caballo ensillado para Danton.

Se lanzó sobre él, corrió á casa de un armero, compró un par de pistolas, las cargó, las puso en las pistoleras, tomó un sable que fuera á propósito para su ancha mano, pagó en oro, puso en la punta de su sable su sombrero con plumas, y gritó:

—¡A mí los voluntarios! Y uniéndose á ellos salió por el camino de Maestricht.

Quince dias antes, Miranda, bajo la palabra de Dumuriez de que á la primera bomba se rendiria, lanzó cinco mil sobre Maestricht, sin que se rindiese.

Antes de llegar á las puertas de Lieja, encontró Danton los fugitivos. Pertenecian al cuerpo de ejército de Miaczinsky, quien despues de un combate mortífero para los austriacos, mandados por el príncipe de Coburgo, combate en el cual defendió una por una las calles de Aix-la-Chapelle, se vió obligado á retirarse sobre Lieja.

Entonces Danton tomó otro camino, y en lugar de adelantarse hácia Maestricht, efectuó su reconocimiento por el lado de Aix-la-Chapelle.

Interrogó á los fugitivos, y supo que además del príncipe de Coburgo y los austriacos que estaban enfrente de él, el príncipe Carlos se dirigia con los imperiales á Tongres.

Pero esto no le satisfacía: queria presenciarlo, y se adelantó hasta Saumaque, en donde vió la cabeza de las columnas austriacas, que desembocaban de Henry Capelle. No podia hacer otra cosa que proteger la retirada de los nobles habitantes de Lieja.

Entró en la poblacion: esperaba encontrar en ella á Miranda, del que le habian elogiado la serenidad y el valor. Pero solo encontró á Valence, Dampierre y Miaczinsky, los cuales, juzgándose demasiado débiles para presentar batalla, querian retirarse inmediatamente á San Trond, en donde se reunirían con Miranda y esperarían á Dumuriez. No habia que perder un momento. Danton hizo tocar la campana de concejo y reunió de nuevo á los lijeses en el palacio consistorial.

Expuso la situación, sin ocultar nada á la desgraciada población, y les ofreció hospitalidad en nombre de Francia; que él mismo, añadió, les acompañaría, pero que les aguardaba la muerte si no huían.

Eran las cinco de la tarde: la nieve caía con tanta abundancia, que los austriacos determinaron no arriesgarse en las tres leguas que les faltaban hasta Lieja.

Esta feliz tregua salvó á la población, pues si hubieran continuado su marcha sorprendían á los lijenses antes que estos hubiesen tenido tiempo de evacuar la población.

Allí desplegó Danton aquella maravillosa actividad con que le había dotado la naturaleza en momentos de prueba.

Va en casa de los ricos pidiendo dinero para los pobres; todos los carruajes, todos los caballos, todas las carretas las hace poner á su disposición; manda hacer pan en Landen y en Lonvain, avisa á Bruselas la emigración, cubre el fondo de las carretas con paja y heno, y coloca las mujeres y los niños: los enfermos van en carruajes más cómodos, y forma un cuerpo de caballería con los cuatrocientos caballos que encuentra en la población, un cuerpo de infantería con los vecinos útiles, da su caballo al burgomaestre, y él se coloca á retaguardia, á pié y con el fusil al hombro.

La lúgubre procesion se puso en marcha en la noche del 4 de Marzo, con un tiempo espantoso, más frío que el rigor del invierno y cayendo el granizo sin cesar: parecían esas antiguas poblaciones arrojadas por los bárbaros, que ignoraban en dónde se detendrían y que buscaban otra patria nueva.

De Lieja á Landen hay ocho leguas. El llanto de los niños, los gemidos de las mujeres, las quejas de los enfermos y de los heridos formaban en aquella retirada un conjunto desgarrador que destruía el corazón de Danton, tan compasivo para los lijenses.

Unid á este dolor profundo la separación de Paris, su esposa adorada moribunda en la triste casa de la calle del Comercio, la cual estaría vacía á su regreso.

Y sin embargo, ni por un momento pensó en abandonar como un mal pastor el doloroso rebaño que conducía. Su deber le encadenaba á la triste emigración más que una cadena.

Cerca de las ocho llegaron á Landen los primeros carruajes. Danton entonces se puso á la cabeza de la columna. Hizo abrir las puertas, encender fuego delante de todas las casas, y formar barricadas en la calle de Maestricht con los coches vacíos.

En el camino real fueron puestos centinelas á caballo. Si había que temer un ataque del enemigo era por el lado de San Trond, abandonado por nuestras tropas durante la noche.

Cerca de las doce se retiraron los centinelas: se escuchaban las pisadas de varios caballos.

Danton colocó unos veinte arcabuceros y sesenta ginetes en las dos primeras casas detrás de las carretas, y recomendó á cada uno que apuntasen á los soldados, procurando librar á los caballos, porque se necesitaban para los enfermos y para las carretas que se encontrasen en Landen.

Los ginetes, cuyos caballos se habían oído, era un escuadrón de hulanos que iba en descubierta.

La nieve caía en abundancia y no se veía á cincuenta pasos, de modo que los austriacos llegaron sin desconfianza á treinta pasos de la barricada.

De repente se escuchó un tiroteo terrible y sesenta hombres cayeron de los caballos, los que asustados se lanzaron por varias direcciones.

Los hulanos se retiraron en desorden, y á media legua se formaron de nuevo, volviendo á galope sobre la barricada.

Pero al llegar á la pila de muertos que habían dejado cayó por segunda vez sobre ellos una lluvia de balas que segó otros treinta hombres.

Entonces volvieron bridas, pero para no volver á aparecer.

Cada cual corrió en busca de un caballo sin dueño, ínterin varios voluntarios, atraídos por el ruido, despojaban á los hulanos de sus capotes y de los *colbacks*.

Todas las casas de la calle de San Trond se abrieron para recibir á los lijenses fugitivos, y en todas las chimeneas ardía un buen fuego. El pan y la cerveza abundaba, y Danton pagó con bonos sobre el Tesoro general.

A las dos volvieron á emprender el camino. Desde Landen á Lonvain no habia más que seis leguas.

Los caballos de los hulanos y los capotes y *colbacks* habian mejorado la retirada, tanto más, cuanto que los franceses no habian tenido ni muertos ni heridos.

A las nueve de la noche llegaron á Lonvain.

Toda la poblacion estaba iluminada para facilitar se formasen vivaques en las calles. En las casas recibieron á las mujeres y á los niños, y los hombres quedaron fuera.

Danton no aceptó ni la cama ni el alojamiento que le ofrecian: se arrojó sobre un monton de paja y se durmió.

A media noche se despertó sombrío y calenturiento. Habia visto en sueños á su esposa. Estaba convencido que en aquella hora habria muerto; y que se le habia aparecido para darle el último adios.

Era en la noche del 6 al 7 de Marzo.

A la mañana siguiente quiso despedirse de los fugitivos: ya nada tenian que temer del enemigo. Las filas francesas se habian replegado detrás de San Trond. Todo el cuerpo del ejército de Miranda vivaqueaba entre Landen y Lonvain.

Pero para aquellas pobres gentes, Danton, el temible tribuno, el hombre sanguinario, era su paladin, su escudo. Las mujeres se arrodillaron á su paso, y los niños le imploraban con las manos juntas.

Pensó en sus hijos, en su mujer, lanzó un suspiro... pero se quedó.

XXVII.

La agonía.

Interin sucedia lo referido, fiel á su promesa, luchaba Jacobo Merey contra la enfermedad con toda la energía de la ciencia.

Cuando le dejó Danton en una de las secretarías de la Convencion, permaneció dos horas sin presentarse en casa de su amigo, para darle tiempo para despedirse de su esposa; pero las despedidas del impetuoso tribuno no eran de las que deben hacerse á una moribunda; Merey encontró á la mujer de Jorge risueña, y al mismo tiempo muy quebrantada.

En aquella época en que no se habia llegado á los adelantos químicos del siglo XIX, y en la cual se ignoraban los elementos y composicion de la sangre, la enfermedad de Mad. Danton era apenas conocida con el nombre de anemia, y se la confundia con la neurisma.

Toda excitacion exagerada y persistente del sistema nervioso puede causar la anemia, es decir, el empobrecimiento de la sangre, su disminucion.

Los pesares y el abatimiento moral producen sobre todo ese resultado fatal: entonces los glóbulos sanguíneos de que se compone la sangre disminuyen de una manera considerable, y efecto de lo acuoso de la sangre se presentan frecuentes hemorragias.

Se comprende perfectamente que en una mujer tranquila, religiosa, sensible, como la esposa de Danton, hubieran influido tanto los acontecimientos, en los que tanta parte habia tomado su mari-

do y de los que habia sido el héroe, causándole aquel terrible cambio en su salud.

Jacobo Merey la examinó con la mayor atención; pero el doctor, tan adelantado en la ciencia, y comprendiendo aun más allá en fuerza de estudios y de talento, no podia ver otra cosa sino la que era clara para cualquiera otro médico de los más entendidos.

La enferma estaba acostada en un camapé: su rostro estaba pálido, los labios blanquecinos, las mejillas descoloridas. Descubrió los brazos y el pecho y notó el mismo color que en el rostro. La lengua participaba también de aquella palidez; la pulsó: los golpes eran lentos, intermitentes, flojos; el calor de la piel disminuía algunas veces. La pobre mujer miró tristemente á Jacobo.

—¿Quereis explicarme lo que sentís? la preguntó.

—Gran dificultad para vivir: que me ahogo al menor movimiento que hago.

—¿Palpitaciones?

—Sí; aturdimiento, sofocación, desvanecimientos y zumbido de oídos.

—¿Hace mucho que habeis tenido alguna pérdida de sangre?

—Esta mañana; como una copa, poco más ó ménos.

—¿Por la boca, ó por la nariz?

—Por la nariz.

—¿La han guardado?

—Sí; mi suegra debe haberla conservado.

Jacobo llamó á la madre de Danton, quien presentó al doctor en un plato hondo la sangre.

La fibrina casi no existía; todo se habia vuelto serosidad.

Jacobo Merey pidió papel y pluma y recetó una decocción de quina, y una especie de opiata con limaduras de hierro y miel.

La enferma debía tomar tres copas pequeñas por día de la quina, y cada hora una cucharadita de la preparación de hierro con miel.

Cuando tuviera sed bebería una tisana amarga.

Jacobo se despidió de la esposa de su amigo.

La enferma le siguió con la vista, y cuando llegó á la puerta él volvió la cabeza y sus miradas se encontraron.

—¿Deseais decirme algo? preguntó Jacobo Merey recordando las confidencias que le habia hecho Danton, relativas á las tendencias religiosas de su mujer.

—Sí, contestó.

Jacobo se volvió á acercar.

La moribunda le tomó la mano y le miró.

—Soy mujer, fiel á las creencias de mis padres, y no quisiera morir fuera de la Iglesia. ¿Me ofreceis advertirme á tiempo para buscar un sacerdote?

—No hay prisa todavía, señora, contestó Merey.

—Por temor de impresionarme demasiado, no me expongais á faltar á mis deberes religiosos. Mi muerte sería fatal. Además, añadió, necesito algun tiempo para encontrar un confesor.

—¿Deseais un sacerdote que no esté juramentado?

—Sí, dijo bajando los ojos.

—Tened cuidado; esos hombres son fanáticos, no comprenden la palabra de Dios, y serán implacables.

—Siempre he sido buena madre y esposa casta.

—Sí; pero se trata de vuestro marido.

Permaneció pensativa un instante.

—Probaré con un sacerdote no juramentado, dijo; si es demasiado severo, me buscareis otro que sea de vuestro agrado.

Jacobo se inclinó.

—¿El pensamiento de la confesion os atormenta? preguntó el doctor.

—Sí; os lo confieso.

—Pues bien, cuando crea que es tiempo prevendré á vuestra madre y buscará al confesor.

La enferma sonrió, dejó caer su cabeza sobre el respaldo del camapé y lanzó un suspiro de satisfacción.

Durante uno ó dos días operaron con eficacia las medicinas; pero al tercero se reprodujeron los síntomas alarmantes. La vista se turbó, algunos lunares negros se dibujaban en los objetos en donde se fijaba, y fué en aumento la susceptibilidad nerviosa.

Jacobo Merey observó y ordenó los tónicos más eficaces, pero

al salir del cuarto de la enferma le dijo á la madre de Danton:

—Id mañana en busca del sacerdote.

No contaba el doctor con visitar á la enferma al dia siguiente hasta la salida de la sesion para dejarla tiempo de cumplir con sus deberes religiosos; pero á eso de las dos de la tarde Camilo Desmoulins, corrió en su busca y le dijo que la esposa de Danton estaba muy grave, y rogó á Jacobo dejase todo y volase á socorrerla.

El doctor se admiró; conocia la marcha de la enfermedad y calculaba que aun podia vivir cuatro ó cinco dias.

Interrogó á Camilo, pero este solo pudo decirle que la madre de Jorge habia estado en su casa para avisar que su hija estaba peor.

Jacobo tomó un carruaje, el que le condujo hasta la travesía del Comercio.

La abuela y los niños lloraban; la moribunda rezaba con los ojos cerrados y las manos juntas; pero las lágrimas se deslizaban por entre sus pestañas.

Jacobo preguntó qué habia sucedido.

La madre sacudió la cabeza.

—¡El confesor, exclamó, oh, el confesor!

—¿Rehusó darla absolucion?

—¡La ha maldecido!

—¿Por qué le habeis dicho en casa de quién estaba? El nombre de los que mueren no es un pecado, y el confesor no necesita saberlo.

—¡Oh! no se lo habia dicho, contestó la madre; recordaba vuestra advertencia; pero al entrar aquí vió el retrato de mi hijo, hecho por David; lo reconoció, su pecho se agitó de cólera, sus ojos se irritaron y extendió el brazo hácia la pintura.

—¿Por qué teneis aquí, dijo, el retrato de ese réprobo?

Ni una ni otra contestamos.

—Interin permanezca ahí esa pintura, no entrará Dios.

Entonces Jorge, el mayor de mis nietos, se adelantó al confesor y le dijo:

—¿Por qué amenazais á mi padre?

—¿Ese hombre es tu padre? gritó el sacerdote.

—Sí; ese hombre es mi padre, respondió el niño.

—¡Atrás, reptil!

—¡Señor! dijo mi hija extendiendo hácia él los brazos.

—¡Ah! vos sois su madre, la mujer de ese hombre; ¡ah! habeis vivido con ese Satán, con ese réprobo, con ese Antecristo, y espe-rais el perdon del Señor. ¡Jamás, jamás, jamás! Morid como impenitente. Os maldigo, y que mi maldicion caiga sobre él, sobre vos y sobre vuestros hijos hasta la tercera y cuarta generacion.

Y salió: mi hija se desmayó; los niños lloraban. Corrí á casa de Camilo y le rogué os buscara. Esto es lo sucedido.

—¡El miserable! exclamó Jacobo: yo lo habia previsto.

Despues, dirigiéndose á la enferma, que permanecia muda é inmóvil, la dijo:

—Voy á buscaros un confesor que no os maldiga.

Y salió; volvió á subir al carruaje, corrió á la Convencion y regresó con el obispo de Blois, Gregorio.

Este entró con la sonrisa en los labios y la bendicion en el corazon.

—No os haré más que una pregunta, señora.

—La esposa de Danton abrió sus ojos llenos de lágrimas, y al ver el traje episcopal del recién llegado, contestó:

—¿Cuál, monseñor?

—¿Amáis á vuestro esposo?

—Le adoro.

—Pues bien; en ese caso habeis sufrido más que habeis pecado. Yo os absuelvo.

Entonces se sentó al lado de ella, la habló de Dios, de su infinita bondad, buscó las más delicadas fibras, las más secretas del corazon de la madre y de la esposa, y viendo que si bien estaba tranquila con respecto á sí misma, temblaba por la salvacion de su marido, le mostró á Dios, creando, con conocimiento del porvenir, cada hombre para la época en que debe vivir, y midiendo su misericordia segun la terrible mision que les está encomendada á los titanes revolucionarios.

La encontró anegada en llanto y rebelde para la muerte: la dejó llena de esperanza y tendiendo los brazos á la consoladora de todos los pesares.

Desde aquel momento Jacobo trató solo de dulcificar lo más posible el terrible paso de la vida á la eternidad.

La enfermedad habia hecho al dia siguiente rápidos progresos y los sintomas más alarmantes.

Por momentos perdía la vista, y durante algunos intervalos, que cada vez eran más largos, subía la inflamacion de las piernas: tenia síncope y se creía que en uno de ellos sucumbiría la enferma: recobraba la palabra, pero lenta é ininteligible.

Así pasó el dia y la noche del 4 al 5.

Los dias 5 y 6 no fueron sino una larga agonía.

De vez en cuando abría la enferma los ojos y los fijaba en el retrato de su marido, al que veía como á través de un velo. Quería hablar, pero no podía articular más que una especie de soplo, en el que apenas se percibía el nombre de Jorge.

En la tarde del 6 se apoderó de ella el amodorramiento: á media noche hizo algunos movimientos efecto de la convulsion, y entre doce y una de la madrugada pronunció clara y distinta la palabra «adios,» y espiró. Jacobo Merey fué á la chimenea y paró la péndola á las doce y treinta y siete minutos.

Era á la misma hora en que Danton habia dicho haberla visto.

Jacobo cumplió en todas las instrucciones de su amigo: sumergió al cadáver en una disolucion de sublimado corrosivo, y la puso en un ataúd de roble, con cerradura, cuya llave guardó, y despues de las ceremonias religiosas, despues de la misa mortuoria, que celebró el obispo de Blois, fué depositado el cadáver de la digna criatura en el cementerio Montparnase.

El que la conducía á la última morada no adivinaba que en aquel pais en donde habia contribuido á destruir la monarquía y la supersticion en el reinado del hijo de Felipe Igualdad, el arzobispo de Paris, monseñor de Quélen, rehusaría una misa á su cadáver y que le conducirían á la postrer morada sin sacerdote, sin preces y en medio de un concurso vengador de veinte mil ciudadanos.

XXVIII.

Regreso de Danton.

Durante la ausencia de Danton se habia formado una tempestad temible contra la Gironda,

Hemos explicado lo más breve posible cuáles eran los motivos de su impopularidad.

Los girondinos no se habian vuelto realistas, como decian, sino que los realistas, por lo ménos en el nombre, se habian hecho girondinos.

Se sabe habian gozado de mucha popularidad: la revolucion en el 20 de Junio y en el 10 de Agosto habia estado identificada con ellos.

Por su parte, los jacobinos no habian cometido excesos sino cuando, con razon ó sin ella, los habian creído necesarios á la revolucion.

Ellos habian hecho las jornadas de Setiembre.

Los girondinos miraban los actos del 2 y 3 de Setiembre como crímenes, y habian pedido se persiguiese á los autores de ellos.

Hicieron acusar en la tribuna á Robespierre, como ya hemos dicho: ¿por quién? ¿Por Roland, que representaba la integridad; por Condorcet, que era la ciencia; por Brissot, que simbolizaba la fidelidad; por Vergniaud, que era la elocuencia? No. Por Louvet, el autor del *Foblás*, es decir, por la frivolidad.

Robespierre contestó con dos falsedades.

Dijo que jamás habia estado relacionado con el comité de vigi-

La encontró anegada en llanto y rebelde para la muerte: la dejó llena de esperanza y tendiendo los brazos á la consoladora de todos los pesares.

Desde aquel momento Jacobo trató solo de dulcificar lo más posible el terrible paso de la vida á la eternidad.

La enfermedad habia hecho al dia siguiente rápidos progresos y los sintomas más alarmantes.

Por momentos perdía la vista, y durante algunos intervalos, que cada vez eran más largos, subía la inflamacion de las piernas: tenia síncope y se creía que en uno de ellos sucumbiría la enferma: recobraba la palabra, pero lenta é ininteligible.

Así pasó el dia y la noche del 4 al 5.

Los dias 5 y 6 no fueron sino una larga agonía.

De vez en cuando abría la enferma los ojos y los fijaba en el retrato de su marido, al que veía como á través de un velo. Quería hablar, pero no podía articular más que una especie de soplo, en el que apenas se percibía el nombre de Jorge.

En la tarde del 6 se apoderó de ella el amodorramiento: á media noche hizo algunos movimientos efecto de la convulsion, y entre doce y una de la madrugada pronunció clara y distinta la palabra «adios,» y espiró. Jacobo Merey fué á la chimenea y paró la péndola á las doce y treinta y siete minutos.

Era á la misma hora en que Danton habia dicho haberla visto.

Jacobo cumplió en todas las instrucciones de su amigo: sumergió al cadáver en una disolucion de sublimado corrosivo, y la puso en un ataúd de roble, con cerradura, cuya llave guardó, y despues de las ceremonias religiosas, despues de la misa mortuoria, que celebró el obispo de Blois, fué depositado el cadáver de la digna criatura en el cementerio Montparnase.

El que la conducía á la última morada no adivinaba que en aquel país en donde habia contribuido á destruir la monarquía y la supersticion en el reinado del hijo de Felipe Igualdad, el arzobispo de Paris, monseñor de Quélen, rehusaría una misa á su cadáver y que le conducirían á la postrer morada sin sacerdote, sin preces y en medio de un concurso vengador de veinte mil ciudadanos.

XXVIII.

Regreso de Danton.

Durante la ausencia de Danton se habia formado una tempestad temible contra la Gironda,

Hemos explicado lo más breve posible cuáles eran los motivos de su impopularidad.

Los girondinos no se habian vuelto realistas, como decian, sino que los realistas, por lo ménos en el nombre, se habian hecho girondinos.

Se sabe habian gozado de mucha popularidad: la revolucion en el 20 de Junio y en el 10 de Agosto habia estado identificada con ellos.

Por su parte, los jacobinos no habian cometido excesos sino cuando, con razon ó sin ella, los habian creído necesarios á la revolucion.

Ellos habian hecho las jornadas de Setiembre.

Los girondinos miraban los actos del 2 y 3 de Setiembre como crímenes, y habian pedido se persiguiese á los autores de ellos.

Hicieron acusar en la tribuna á Robespierre, como ya hemos dicho: ¿por quién? ¿Por Roland, que representaba la integridad; por Condorcet, que era la ciencia; por Brissot, que simbolizaba la fidelidad; por Vergniaud, que era la elocuencia? No. Por Louvet, el autor del *Foblás*, es decir, por la frivolidad.

Robespierre contestó con dos falsedades.

Dijo que jamás habia estado relacionado con el comité de vigi-

lancia del municipio, y que habia dejado de asistir al Ayuntamiento antes de las ejecuciones.

Los honores de la sesion fueron para Robespierre. Aquel dia se formó la primera nube que oscureció la popularidad de la Gironda.

Se trataba de elegir nuevo alcalde; durante tres dias un zapatero de la calle Mancouseil, llamado Lhuillier, luchó con ventaja con el candidato girondino Chambon, el que fué nombrado con bastantes esfuerzos.

Señal siniestra y grave; la mayoría vacilaba entre la Gironda y los jacobinos.

Los jacobinos y la Montaña, creyendo indispensable la muerte del rey, la habian votado por unanimidad, sin próroga ni apelacion.

Pero los girondinos, al caer el rey, tuvieron la imprudencia de escribirle; despues, al llegar el momento de la votacion, habian votado sin unidad, unos la muerte, otros la muerte con apelacion y algunos la muerte con próroga.

Los girondinos estaban divididos, y habian dado motivo para que los jacobinos y los montañeses les echasen en cara su debilidad política.

Hemos dicho que Danton habia dado un paso hácia la Gironda, pero que esta se alejó.

Guadet le llamó setembrino.

Danton sacudió tristemente la cabeza, diciendo:

—Haces mal, Guadet; no sabes perdonar, no sabes sacrificar una idea á tu patria, eres porfiado; sucumbirás.

Y Danton dejó que la Gironda se precipitara.

Los girondinos habian tenido un ministerio puramente girondino; Rolland, Lariviere y Servan.

Este ministerio no habia sabido sostenerse.

Habian tenido un general girondino; Dumuriez.

Pero despues de haber ganado dos batallas, despues de haber salvado la Francia en Valmy y en Jemmapes, fué acusado de haberla salvado en favor del duque de Chartres.

Un viaje que hizo á Paris y algunas confidencias habian acrecen-

tado aquellos rumores, que no se atrevieron á desmentir los girondinos. Solo que Dumuriez tenia suerte, y por consiguiente era indispensable.

Pero de repente una granizada de noticias, á cual más pavorosas, cayó sobre Paris.

La primera, la sublevacion de Lyon.

Lyon, con sus casas de diez pisos, con sus sombrías bodegas; Lyon era el asilo de los agentes de la emigracion, de los sacerdotes refractarios y de los religiosos exaltados.

Los comerciantes ricos que no fabricaban, y los mercaderes que no vendian, se unian con los nobles y mercaderes; negociantes y nobles eran realistas y se apellidaban girondinos, pero habian armado un batallon de confederados que asaltaban á los municipales, destruian la estatua de la libertad y los bustos de Juan Jacobo Rousseau.

Otra acusacion que caia sobre los girondinos; pero todavía hubo más. Lo mismo que en el pánico de Valmy, habian huido quinientos hombres gritando por todas partes que el ejército estaba derrotado. Los fugitivos atravesaron la Bélgica, unos á pié y otros á caballo, diciendo que Dumuriez hacia traicion y que habia vendido á su patria.

¡Dumuriez, el general girondino!

Dumuriez habia cometido crímenes más graves aun que el de ser derrotado. Al pasar por Brujas le habian dado un baile.

Un jóven, al concluir una contradanza, se presentó á él diciendo que era comisionado del Cuerpo ejecutivo, y que se dirigia á Ostende y á Nieuport para hacer montar las baterías y poner las dos plazas en estado de defensa.

El general le miró de reojo, y le dijo:

—Podeis concretaros á vuestras atribuciones civiles; ejecutadlas moderadamente y no os mezcleis en la militar; esa me concierne.

Otro comisionado, llamado Lintaud, le escribió una carta, en la que le tuteaba y le ordenaba marchase inmediatamente al socorro de Buremonde.

Dumuriez envió la carta al ministro de la Guerra con esta postdata:

«Esta carta debía estar fechada en Charenton (1).»

Y por último, un tercer comisionado, cuyo nombre era Cochelet, escribió al general Miranda, lugar-teniente de Dumuriez, ordenándole que tomara á Maestricht antes del 20 de Febrero, sin lo cual sería denunciado como traidor.

Fácilmente se comprende que aquellas querellas de Dumuriez con los agentes de la Convencion no le reconciliaban con los jacobinos.

Estas noticias causaron un gran tumulto en Paris, no solo en las calles, sino en la Convencion.

Una multitud inmensa se precipitó en la sala, invadiendo las tribunas y gritando desaforadamente:

—¡Abajo los traidores! ¡Abajo los contrarrevolucionarios!

Y en medio de aquel alboroto, varias voces exclamaron: ¡Danton! ¡Danton!

El tribuno, cuyo carruaje se habia hecho pedazos, y que habia andado treinta leguas á caballo, entró en la Asamblea cubierto de lodo.

Reinó un profundo silencio.

Entonces exclamó con voz de trueno:

—Ciudadanos representantes: el ministro de la Guerra no os dice la verdad; llevo de Bélgica; he visto todo; ¿quereis pormenores?

Setecientas voces gritaron: Hablad.

Entonces Danton, con la energía que le era propia, refirió lo que hemos relatado en el precedente capítulo.

Pintó á la honrada poblacion de Lieja; hombres, mujeres y niños abandonando sus casas, muertos de frio y de hambre por los caminos, refugiándose en Bruselas y cifrando toda su esperanza en Francia.

Pero ¿en dónde buscará Francia la esperanza para sí misma? Dumuriez marcha en retirada y parte del ejército está derrotado.

(1) La casa de locos de Paris.

—La ley de reclutamiento es demasiado lenta; es preciso que Paris ayude, añadió Danton.

Entonces de todas las tribunas, de todos los bancos se elevó un solo grito.

—¡Dumuriez á la barra! ¡Muerte á Dumuriez! ¡Muerte á los traidores!

Pero Danton exclamó:

—Dumuriez no es tan culpable como se cree. Se le ofrecieron treinta mil hombres de refuerzo y no se le han enviado. Es preciso que los comisionados recorran las secciones, llamen á los ciudadanos á las armas y les requiera cumplan sus juramentos. Es preciso dirigir una proclama á los parisienses: si se retrasan, todo se ha perdido; invadirian la Bélgica: armémonos, defendámonos, salvemos á nuestras esposas é hijos; que flote en el palacio del Ayuntamiento el pabellon nacional anunciando que la patria está en peligro, y que en las torres de Nuestra Señora ondee la bandera negra.

En medio de los aplausos y de los bravos bajó Danton de su puesto, pálido como un espectro, sombrío como la noche, y se dirigió al banco que ocupaba Jacobo Merey, no ménos sombrío y trastornado que su amigo.

Dos únicas palabras se cruzaron entre ellos.

—¿Muerta? preguntó Danton.

—Sí, contestó Jacobo.

—¿Y la llave?

—Aquí está.

Danton la tomó y salió de Tullerías como un loco. Subió á un carruaje de los que estacionaban durante las sesiones á las puertas de Tullerías, puso un *assignat* de diez francos en manos del cochero, y dijo:

—¡A escape! Travesía del Comercio.

El cochero arreó los caballos, los que partieron con la mayor rapidez que les fué posible.

En el puente Nuevo se detuvo porque otros carruajes le impedían continuar: Danton sacó la cabeza por la ventanilla y gritó:

—¡Paso!

Un cabriolé tenía enganchada una rueda con una carreta.

El cochero y el carretero pugnaban por remediar el mal.

—¡Paso! Eso se dice muy bien; dijo el cochero.

—Si puedes hacerte paso, hazlo; dijo el carretero.

El conductor del carro tiraba con esa mala voluntad y terquedad propia de los que conducen carros pesados, porque saben que un carruaje no puede con ellos. Sus dos corpulentos caballos continuaban andando y arrastraban al cabriolé y á su caballo.

Danton vió en la fisonomía socarrona de aquel hombre que era inútil pedirle nada. Abrió la portezuela, saltó al suelo, se acercó, y empujando vigorosamente con un hombro, hizo caer de lado á la carreta, y volviendo á subir rápidamente en su vehículo, gritó:

—Ahora, pasa.

Desde luego creyó Danton que con aquella prueba de fuerza y energía nadie se atrevería á disputarle el paso. Así sucedió: los carruajes que estaban detenidos le dejaron el camino franco, y cinco minutos despues llegaba á la puerta de la triste morada.

Subió rápidamente; pero al llegar al segundo piso se detuvo temblando: no se atrevía á llamar.

Por fin tiró del cordón de la campanilla.

Se oyeron pasos lentos que se acercaban.

—Esa es mi madre, murmuró Jorge.

Efectivamente, se abrió la puerta y apareció Mad. Danton.

Los dos niños habian salido á ver quién era por curiosidad: estaban vestidos de luto.

—¡Hijo mio! murmuró la anciana.

—¡Papá! exclamaron los niños.

Pero Danton pasó como si no los hubiera visto, entró sin decir nada y abrió todas las puertas como si pensara encontrar á la que habia perdido.

Al llegar á la última pieza entró como un loco en el dormitorio, abrazó las dos almohadas en que ella habia exhalado el último suspiro, y las besó convulsivamente lanzando gritos y derramando lágrimas.

La anciana se aprovechó de aquel momento de dolor para que sus hijos se arrojaran en sus brazos.

Danton los estrechó contra su corazón.

—¡Ah, dijo, cuánto habré sufrido al dejaros!

Despues tendió la mano á su madre, la acercó á sí y la besó en las dos mejillas, surcadas por las arrugas.

—Ahora, dijo, que me dejen solo.

—¿Cómo solo? preguntó la anciana.

—Madre mia, abajo hay un carruaje, subid dentro con los niños, conducidles en casa de Camilo, dejadlos allí y vos tambien quedaos al lado de Lucila, y decid á Camilo que venga; me precisa hablarle al momento: tomad otro *assignat* de diez francos para que permanezca el cochero á mi disposicion.

Diez minutos despues estaba Camilo en brazos de Danton.

—Es necesario que te des á conocer al comisario del distrito y que vayas con él al cementerio de Montparnase. El cuerpo de mi mujer está depositado en una bóveda provisional; el comisario de policia te autorizará para que pongan la caja en el carruaje, y la conducirás aquí. Deseo ver una vez más á la que tanto he amado.

Camilo no hizo observacion ninguna, y obedeció.

Se dió á conocer; nombró á Danton, cuyo nombre causaba tal terror que el comisario no se atrevió á discutir. Subió en el simon con Camilo, dirigiéndose al cementerio Montparnase; se hizo entregar la caja, que fué llevada por dos sepultureros hasta el carruaje.

Danton oyó rodar el coche y detenerse en la puerta: bajó, ó más bien se precipitó por la escalera, y dió las gracias á Camilo Desmoulins y al comisario, el que habia querido asegurarse si efectivamente era enviado por Danton.

Camilo quiso llamar á dos mozos de cuerda, pero Danton le detuvo, y cargando la caja sobre sus hombros, la subió al segundo piso.

En el dormitorio de su esposa habia preparado una mesa, y sobre ella colocó la caja.

Despues se volvió á Camilo, le tendió la mano y le dijo:

—¡Deseo estar solo!

—¿Y si yo no quiero dejarte solo?

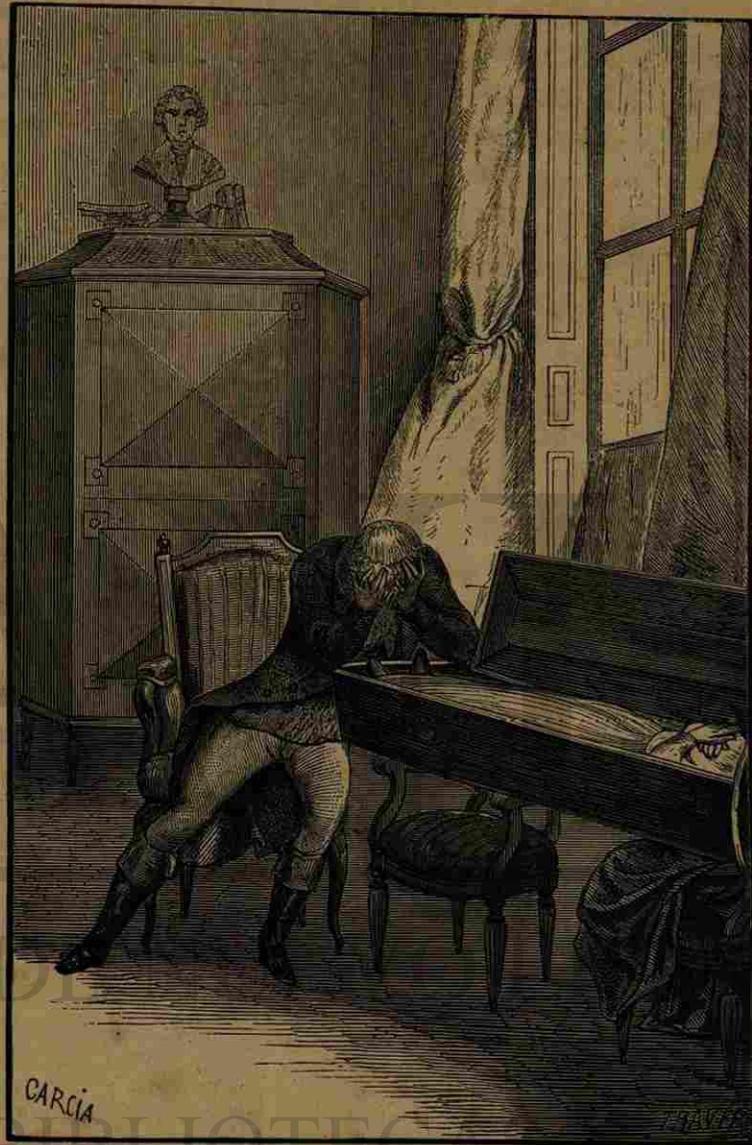
—Te volveré á repetir: ¡Deseo estar solo!

Y pronunció tan enérgicamente estas palabras, que Camilo comprendió nada adelantaria con observaciones, y salió.

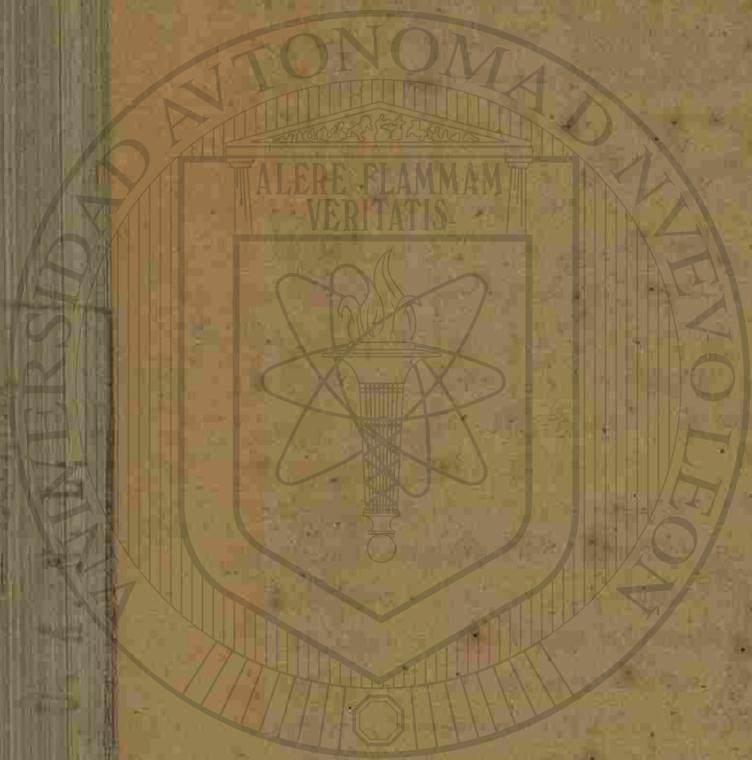
Frente á frente con el ataúd, sacó Danton la llave que le habia entregado el doctor, la dió dos vueltas en la cerradura y esperó un momento antes de alzar la tapa.

La muerta estaba envuelta en un sudario, que Danton desplegó.

Cuentan que entonces rodeó el cadáver con sus robustos brazos, lo arrancó del ataúd, y conduciéndole al lecho, trató de hacerle volver á la vida con un fúebre y sacrílego abrazo.



Danton, llorando sobre el cadáver de su esposa.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXIX.

Surge carnifex.

Paris se encontraba, despues de siete meses de lucha y despues de haber ganado dos batallas, en la misma situacion que en Agosto de 1792.

Lo mismo que en Abril de 1792, habia apelado Danton al patriotismo de los habitantes de Paris, y Marat, como en 1792, vociferaba, encontrando eco en la Montaña, que era preciso derrocar la contra-revolucion, y sobre todo no dejar enemigos detras de sí.

Paris fué digno de admiracion, tanto más cuanto que entonces no existia entusiasmo; no, el entusiasmo se ahogó en la sangre de Setiembre; pero tuvo abnegacion.

El arrabal mandó una guardia á la Convencion, y en dos dias armó y equipó tres ó cuatro mil voluntarios.

Los mercados á su vez no dejaron nada que desear: solo el mercado de trigo dió mil voluntarios. Desfilaron delante de la Asamblea muchos, sombríos, con la cabeza inclinada por la costumbre de cargar los sacos en la espalda.

Todo lo abandonaban, mujer é hijos, y merecian por su corazon y por el vigor de su cuerpo el nombre que ellos mismos se daban: *Fuertes para la patria.*

Por la tarde hubo una comida espartana en los mercados.

Cada cual llevó lo que tenia: estos el pan, aquellos el vino, otros la carne y el pescado; los que llegaban con las manos vacías se sentaban á las mesas y comian como los demás.

El unánime grito de «¡viva la nación!» se dejó oír: despues se separaron: todos tenian que despedirse: partian al dia siguiente.

Todas aquellas noticias que abrumaban á los girondinos, puesto que el ministerio girondino habia sido la causa; los errores de un general girondino y la sublevacion de una ciudad girondina, daban pábulo á los ataques de todos sus enemigos; la Montaña, el municipio, los jacobinos, los franciscanos y los arrabales.

Casi todos los girondinos eran abogados, y ya hemos dicho que predicaban la sumision á la ley, y decian: caigamos legalmente.

Olvidaban que las leyes por las que deseaban ser víctimas estaban hechas en 91 y 92, es decir, en una época de monarquía constitucional, y no en plena revolucion.

La ley que invocaban era el suicidio de la república.

Habia un medio de allanar todo; sacar del seno de la Convencion un tribunal que reconcentrase en sus manos el poder, y el que llevaria el nombre de *Tribunal revolucionario*.

Para él no existiria más ley que la de la salvacion pública.

La influencia de los girondinos, que se apoyaba en la *antigua ley*, se neutralizaria; ellos tenian que someterse á las nuevas leyes, y si resistian, se les destruiria.

Pero esto no lo deseaba todavía la Convencion.

Conocia cuánto la debilitaria la muerte de hombres elocuentes, honrados, fieles á la república; que tenian un partido inmenso, y cuyo solo crimen era la vacilacion para empapar sus manos en sangre. Pero en todos los partidos hay individuos que á toda costa quieren que triunfe su idea.

Estos individuos se reunian en el obispado, formando una sociedad que no reconocia el club de los jacobinos.

Esta sociedad tenia tres jefes: Guzman, el español; Tallien, antiguo escribiente de procurador, y Collot de Herbois, ex-cómico.

Los jefes subalternos eran: un jóven llamado Varlet, quien deseaba matar; Fournier, célebre en los asesinatos de Aviñon, y que no conocia más ley que el látigo y el palo, y el polonés Lazouski, héroe del 10 de Agosto, y que era el ídolo del arrabal de San Antonio.

Los seis conjurados, porque conjuracion debe llamarse, se reunieron en el café Corazza y decidieron aprovecharse de la turbacion que reinaba en Paris para promover un levantamiento. Se trataba sencillamente de que en medio del alboroto marchase una seccion contra los jacobinos y otra contra el municipio.

Esta última acusaria á la Convencion por su debilidad y obligaria al Ayuntamiento á tomar de sus manos el poder.

El municipio, teniendo atribuciones dictatoriales, haria expulsar á los girondinos por la Convencion; y si rehusaba, se les asesinaría en medio del tumulto.

Preocupado Danton con la muerte de su esposa, tal vez no pondría obstáculo, y Robespierre, que aprovechaba siempre la ocasion para lanzar invecivas á la Gironda, les dejaria en libertad.

Los mismos girondinos daban armas contra ellos.

Con la mejor buena fé, y para tranquilizar á Paris, decian sus órganos en la prensa, dirigidos por Gorsas y Flevé, que Lieja habia sido evacuada, pero no tomada, y que de todos modos no se atreveria el enemigo á adelantarse en Bélgica.

Al mismo tiempo daban un desmentís real los lijenses, que llegaban medio desnudos, con los piés destrozados por la marcha, llevando del brazo á sus mujeres y á sus hijos sobre los hombros, muertos de hambre, invocando la lealtad de la Francia, y á falta de esta, la venganza del cielo.

El primer alcalde y su relator, preveyendo lo que iba á suceder, y deseando librar al Ayuntamiento de aquella responsabilidad de que estaban amenazados, se presentaron en la Asamblea el 10 por la mañana.

Pidieron socorros para las familias de los que marchaban á la guerra, y sobre todo, pidieron que se formase, para juzgar á los malos ciudadanos, un tribunal revolucionario.

Casi al mismo tiempo se presentaron algunos voluntarios para despedirse de la Convencion.

—Padres de la patria, decian, no olvideis que vamos á morir y que os confiamos nuestros hijos.

Esta arenga era corta y digna de los espartanos, pero reclamaba

implícitamente, por la salvacion de aquellos hijos confiados á la Convencion, el tribunal revolucionario.

Entonces se levantó Carnot, al que llamaron despues el organizador de la victoria.

—Ciudadanos, dijo á los voluntarios, no ireis solos á la frontera; nosotros os acompañaremos, venceremos con vosotros ó moriremos.

Y la Asamblea decidió por unanimidad que ochenta y dos miembros de ella se trasladasen al ejército.

Algunos diputados habian sido encargados de visitar las secciones, y regresaron diciendo que todas insistian porque se crease el tribunal revolucionario.

Juan Bon San Andre se levantó apoyando la peticion, que parecia ser la voluntad general.

Entre tanto Levasseur redactaba el proyecto.

Dos hombres buenos y sencillos que ignoraban estaban construyendo un instrumento mortal.

Juan Bon San Andre, sacerdote protestante, que nos improvisó la marina y la botó al mar, que se volvió marino, y que nos legó despues del fatal combate del 1.º de Junio de 1794 la leyenda consoladora del *Vengador*, que si hasta ahora no, más tarde pertenecerá á la historia.

Levasseur, un médico que, enviado á un ejército sublevado, lo sometió con una palabra.

El tribunal revolucionario se votó, pero dejando para más tarde su organizacion.

En aquel momento y en medio de aquel alboroto apareció Danton, quien hacia tres dias no asistia.

Danton, es decir, su sombra; Danton, tembloroso, delgado, con los ojos enrojecidos por las lágrimas, los cabellos blancos hacia las sienes, y lívido aun por su contacto con la muerte, subió lentamente á la tribuna cuando de costumbre se lanzaba precipitadamente: parecia que sentia pesar sobre él, sobre su dolor y sobre las consecuencias que habia tenido, las miradas de toda la Asamblea.

Sobre todo las miradas de la Gironda.

Aquel gran partido y todos los que á él pertenecian comprendieron que aquel hombre, al que habian deshonrado con el nombre de setembrista, cuya alianza habian rechazado, podia salvarles ó matarles.

Se adivinaba que Danton llevaba un suplemento de terror sobre el que ya pesaba sobre la Asamblea.

—Habeis votado, dijo con voz ronca, solo como *principio* la futura existencia del tribunal revolucionario; pero no habeis decretado la organizacion. ¿Cuándo se organizará? ¿Y cuándo se dará satisfaccion al pueblo contra los traidores? Nadie lo sabe, por los obstáculos que se encuentran en la misma Asamblea.

Y Danton añadió con terrible sonrisa:

—Hablemos de otra cosa.

La atencion pública redobló, porque ya conocia aquellas sonrisas de Danton.

Os recordaré que en Setiembre salvaron á los presos por deudas, abriéndoles las puertas de las prisiones la víspera de la matanza: pues bien; no digo que hoy las circunstancias sean las mismas; pero siempre se está á tiempo de llevar á efecto una obra justa. Consagrado el principio de que nadie puede verse privado de la libertad sino habiendo sido criminal, ¡abajo las prisiones por deudas! ¡Abajo los arrestos! Es preciso abolir los restos de la ley romana de las Doce Tablas y del cautiverio de la Edad Media: es preciso abolir la tiranía de la riqueza sobre la miseria; que no se alarmen los propietarios, nada tienen que temer. Respetad á la miseria, ella respetará á la opulencia.

La Asamblea tembló.

¿El hombre del 2 de Setiembre anunciaba un 12 de Marzo?

De todos modos, comprendió el sentido y la extension de la ley que se le pedia; se levantó como movida por un resorte y votó la abolicion de la prision por deudas.

—Eso no es bastante, continuó Danton; es preciso mandar que suelten al momento á los presos de esa categoría.

La libertad fué votada.

Hecho esto, Danton cayó en su banco silencioso y sombrío.

En aquel momento, un hombre sentado en el banco de los girondinos rompió una hoja de su libro de memoria, y escribió estas dos palabras de Mecena á Octavio:

Surge carnifex: ¡Levántate, verdugo!

Y firmó JACOBO MEREY.

Danton, á quien un portero entregó la hoja del doctor, la leyó y le miró atónito. Jacobo Merrey se levantó, y como el comendador á D. Juan, hizo seña á Danton para que saliera. Danton salió.

Jacobo Merrey siguió por el corredor, abrió la puerta del despacho en donde habia tenido otra conferencia con Danton, y aguardó á este. Un instante despues entró el tribuno.

—Cierra la puerta y escucha, le dijo Jacobo.

Danton obedeció.

—En nombre del último suspiro que exhaló tu esposa y que yo recogí, dime: ¿á dónde vas á parar, desgraciado?

—A salvaros á todos, contestó Danton con voz sorda, á pesar vuestro, que correis á vuestra perdicion.

—¡Extraño modo! dijo Jacobo Merrey irónicamente.

—Se ve que no has sido ministro de Justicia y que no sabes lo que pasa. Voy á explicártelo en dos palabras, y despues volveré á la tribuna para hacer un supremo esfuerzo en favor vuestro. Aprovechaos de él.

—Habla, replicó Jacobo.

—Empecemos por las provincias y concluyamos por Paris. Descuida, que no seré muy extenso. Sabes que Lyon se ha sublevado y que la Convencion no tiene un ejército para enviarlo al lá. La Convencion ha hecho lo que hubiese hecho Esparta: ha enviado un ciudadano heróico, un corazon intrépido, un hombre que no se asusta con la sangre, porque desde hace veinte años se lava las manos con sangre diariamente: el carnicero Legendre. Ha hablado como si llevara á retaguardia un ejército de cien mil hombres. Le han presentado una peticion facciosa y la ha hecho pedazos, lanzándolos á la cara de los que se la presentaban.

—¿Y si hacemos contigo lo que tú has hecho con nuestra peticion? le preguntó uno de los facciosos.

—Hacedlo, contestó. Despedazad mi cuerpo en ochenta y cuatro pedazos, y enviad uno á cada departamento: en todos me erigirán una tumba y condenarán á mis asesinos á la infamia.

¿Qué ha sido de Legendre? Nada sabemos; lo habrán asesinado probablemente. ¿Sabes con qué nombre y con qué bandera se han pronunciado los lioneses? Con el nombre de *girondinos* y con la bandera de la *Gironda*. El batallon de los hijos de familia, *todos girondinos*, se ha apoderado del arsenal, de la pólvora, de los cañones: tal vez á estas horas ocupan los sardos la segunda capital de Francia y flota la bandera blanca en la plaza de Terrams.

¿Sabes lo que pasa en la Vendía, en Bretaña? Que están en plena rebellion; y mientras los austriacos nos ponen al pecho la punta de sus espadas, la Vendía nos amenaza con el puñal por la espalda. Allí, por lo ménos, no se ocultan ni se hacen pasar por girondinos. Pero vuestro general nos vende en Bélgica, y tenemos que temer, no solo la retirada, sino la completa destruccion del ejército; no tendríamos ni un solo hombre, ni una poblacion, si Coburgo hubiera lanzado los húsares y hubiese sabido aprovecharse de la irritacion de los belgas, quienes hubieran caido sobre nuestros fugitivos, concluyendo con ellos. A pesar de esto, es preciso conservar á Dumuriez hasta que nos pierda ó hasta que nos salvemos perdiéndole.

En Paris pasa lo siguiente: Los miembros del club del Obispado han decretado la muerte de veintidos de los vuestros: estos veintidos los asesinarán en sus bancos, en la Cámara, y los demás del partido serán conducidos á la *Abadía*, ejerciendo con ellos la justicia de Setiembre. ¿Quieres saber lo que dijo Marat esta mañana antes de venir á la Convencion?

«Nos llaman bebedores de sangre; pues bien; merezcamos este nombre bebiendo la sangre de nuestros enemigos. La muerte de los tiranos es la última razon de los esclavos. César fué asesinado en el Senado: hagamos lo mismo con los infieles representantes de la patria, é inmolémosles en sus bancos, teatro de sus crímenes.»

Entonces Mamin, el que durante todo un dia paseó la cabeza de la princesa de Lamballe en la punta de una pica, Mamin ha ofre-

cido que él y cuarenta de los suyos os asesinarían esta noche en vuestros domicilios.

Hébert lo ha apoyado.

«La muerte sin estrépito, dada en las tinieblas, dijo, vengaría de los traidores á la patria, y mostraria la mano del pueblo suspendida á todas horas sobre la cabeza de los conspiradores.»

Esto es lo que se ha decidido; el asesinato en la Convencion á la luz del dia, ó de noche en vuestras casas, como en la noche de San Bartolomé. ¿Adivinas ahora lo que me he propuesto hacer por vosotros? Al proponer la libertad de los presos por deudas he querido haceros comprender que estaba la muerte suspendida sobre vuestras cabezas; he querido daros un postrer aviso.

Has interpretado mal mis palabras; mejor: me obligas á explicarme con claridad. No deseo vuestra muerte. No os amo, pero admiro vuestro talento, vuestro patriotismo, por más que sea mal entendido; vuestra honradez, aunque es antipolítica. Vuelve á la sala y siéntate con tus amigos: diles como cosa tuya, ó mia (pero de mí desconfiarán); diles que se deben armar esta noche ó no dormir en sus casas. ¡Mañana, mañana será de día! Mañana estará organizado el tribunal revolucionario, y si efectivamente sois traidores, tendreis que responder de esa traicion al tribunal.

Merey tendió la mano á Danton.

—No te incomodes conmigo, porque las apariencias me han engañado.

—¿Incomodarme? replicó Danton encogiéndose de hombros; ¿por qué? El odio se reserva para Robespierre ó Marat, y no se necesita odiar para ser Danton.

Jacobo Merey se dirigió á la puerta, pero Jorge se lanzó hácia él.

—¡Ah! exclamó abrazándole y estrechándole contra su corazón: olvidaba lo que has hecho por mí, amigo mio. No sé lo que sucederá; pero siempre tendrás un lugar en mi corazón. Si te ves obligado á huir, ven á mi casa y respondo de tu vida, aunque fuera preciso encerrarte en la bóveda en donde *ella* reposa.

Y agobiado por el recuerdo de su mujer, como un niño al que ahogan las lágrimas, rompió en sollozos en los brazos de su amigo.

XXX.

El tribunal revolucionario.

Danton estaba bien instruido. A la misma hora en que él descubria á su amigo Jacobo la conspiracion, esta se ponía en ejecucion.

Aquellos hombres cuya mision era la de encontrarse á la cabeza de todos los hechos sanguinarios, aquella oleada revolucionaria que desbordaba sin cesar, y á quien era insoportable todo lo que tendiera á fijar la revolucion; todos los hombres que estaban cansados del nombre de asesinos, que les prodigaban desde la tribuna Vergniaud y sus amigos, se habian puesto en movimiento, dirigiéndose á la seccion de Gravilliers: era poco numerosa; los que se encontraban reunidos dormian, estenuados por el cansancio.

—Nosotros venimos, dijeron los conspiradores, en nombre de los jacobinos: los jacobinos quieren una insurreccion para que el municipio tome las riendas del gobierno y que purifique la Convencion.

Pero la seccion de Gravilliers estaba en manos del sacerdote juramentado Jacobo Roms, el que habia sido presentado á Luis XVI para acompañarlo al patíbulo y que el rey no habia aceptado.

En aquella proposicion adivinó el crimen; contestó que el pueblo estaba reunido en un banquete cívico y que á él debian dirigirse.

Se alejaron con direccion á la seccion de las Cuatro Naciones, reunida en la Abadía.

Allí repitieron las mismas palabras, encontraron algunos miembros que se adhiriesen á ellos y fueron al banquete cívico, que ocupaba desde la casa de Ayuntamiento hasta el mercado central.

cido que él y cuarenta de los suyos os asesinarían esta noche en vuestros domicilios.

Hébert lo ha apoyado.

«La muerte sin estrépito, dada en las tinieblas, dijo, vengaría de los traidores á la patria, y mostraria la mano del pueblo suspendida á todas horas sobre la cabeza de los conspiradores.»

Esto es lo que se ha decidido; el asesinato en la Convencion á la luz del dia, ó de noche en vuestras casas, como en la noche de San Bartolomé. ¿Adivinas ahora lo que me he propuesto hacer por vosotros? Al proponer la libertad de los presos por deudas he querido haceros comprender que estaba la muerte suspendida sobre vuestras cabezas; he querido daros un postrer aviso.

Has interpretado mal mis palabras; mejor: me obligas á explicarme con claridad. No deseo vuestra muerte. No os amo, pero admiro vuestro talento, vuestro patriotismo, por más que sea mal entendido; vuestra honradez, aunque es antipolítica. Vuelve á la sala y siéntate con tus amigos: diles como cosa tuya, ó mia (pero de mí desconfiarán); diles que se deben armar esta noche ó no dormir en sus casas. ¡Mañana, mañana será de día! Mañana estará organizado el tribunal revolucionario, y si efectivamente sois traidores, tendreis que responder de esa traicion al tribunal.

Merey tendió la mano á Danton.

—No te incomodes conmigo, porque las apariencias me han engañado.

—¿Incomodarme? replicó Danton encogiéndose de hombros; ¿por qué? El odio se reserva para Robespierre ó Marat, y no se necesita odiar para ser Danton.

Jacobo Merey se dirigió á la puerta, pero Jorge se lanzó hácia él.

—¡Ah! exclamó abrazándole y estrechándole contra su corazón: olvidaba lo que has hecho por mí, amigo mio. No sé lo que sucederá; pero siempre tendrás un lugar en mi corazón. Si te ves obligado á huir, ven á mi casa y respondo de tu vida, aunque fuera preciso encerrarte en la bóveda en donde *ella* reposa.

Y agobiado por el recuerdo de su mujer, como un niño al que ahogan las lágrimas, rompió en sollozos en los brazos de su amigo.

XXX.

El tribunal revolucionario.

Danton estaba bien instruido. A la misma hora en que él descubria á su amigo Jacobo la conspiracion, esta se ponía en ejecucion.

Aquellos hombres cuya mision era la de encontrarse á la cabeza de todos los hechos sanguinarios, aquella oleada revolucionaria que desbordaba sin cesar, y á quien era insoportable todo lo que tendiera á fijar la revolucion; todos los hombres que estaban cansados del nombre de asesinos, que les prodigaban desde la tribuna Vergniaud y sus amigos, se habian puesto en movimiento, dirigiéndose á la seccion de Gravilliers: era poco numerosa; los que se encontraban reunidos dormian, estenuados por el cansancio.

—Nosotros venimos, dijeron los conspiradores, en nombre de los jacobinos: los jacobinos quieren una insurreccion para que el municipio tome las riendas del gobierno y que purifique la Convencion.

Pero la seccion de Gravilliers estaba en manos del sacerdote juramentado Jacobo Roms, el que habia sido presentado á Luis XVI para acompañarlo al patíbulo y que el rey no habia aceptado.

En aquella proposicion adivinó el crimen; contestó que el pueblo estaba reunido en un banquete cívico y que á él debian dirigirse.

Se alejaron con direccion á la seccion de las Cuatro Naciones, reunida en la Abadía.

Allí repitieron las mismas palabras, encontraron algunos miembros que se adhiriesen á ellos y fueron al banquete cívico, que ocupaba desde la casa de Ayuntamiento hasta el mercado central.

Propusieron á los convidados que fueran á fraternizar con los jacobinos, y como estaban algo acalorados por el vino, aceptaron.

Interin se ponian en marcha, volvia á entrar en la sala Jacobo Merey, dejando tiempo á Danton para tranquilizarse.

Vergniaud estaba á su izquierda y le comunicó el aviso de Danton, aconsejándole que abandonase la sala.

Vergniaud se lo comunicó á otros girondinos; ninguno se movió.

Danton volvió á entrar: aquel semblante descompuesto era como el huracan. Cada cual interpretó á su antojo el trastorno de su fisonomía, su mortal palidez, sus profundos suspiros, que parecian desgarrarle el pecho.

Acababan de leer la carta de Dumuriez: Robespierre estaba en la tribuna, y contra todo lo que se podia esperar, dijo:

—No respondo de él, pero todavía tengo confianza.

Despues, como no podia subir á la tribuna sin acusar, añadió que las circunstancias pedian un poder único, secreto, rápido, una accion vigorosa y gubernamental.

Acusó como siempre á la Gironda, volviendo á repetir que hacia tres meses que Dumuriez pedia le dejasen invadir la Holanda y que se lo impedian los girondinos.

Danton permanecia de pié junto á la puerta, con la vista fija en los girondinos, quienes, á pesar del aviso, permanecian impasibles en sus bancos mirando á la muerte frente á frente.

Al escuchar la nueva acusacion de Robespierre, se estremeció Danton.

—Pido la palabra despues de tí, le gritó á Robespierre.

—¡Al momento, porque he concluido!

Y bajó las escaleras de la tribuna por un lado, interin Danton las subia por el otro.

Siguió con la vista á Robespierre, hasta que le vió ocupar su sitio entre Cambon y San Justo.

—Todo lo que acabas de decir es verdad, dijo; pero no se trata de examinar la causa de los desastres, sino de poner remedio á ellos. Cuando arde el edificio no me ocupo de los pillos que me ro-

ban, sino que apago el incendio. Para salvar la república no hay que perder un momento; queremos ser libres, ¿sí ó nó? Si no queremos, perezcamos; lo hemos jurado; pero no, acabaremos lo que hemos empezado. ¡Marchemos! Tomemos la Holanda, y está perdida Cartago. La Inglaterra no existirá sino con la libertad: el partido liberal no ha muerto en Inglaterra. Tended la mano á todos aquellos que desean la libertad. La patria está salvada y el mundo es libre. Que partan los comisionados, que partan esta tarde, que partan esta noche, que digan á la clase opulenta:

—Es preciso que la aristocracia de Europa sucumba por nuestros esfuerzos, pague nuestra deuda y que vos la pagueis; el pueblo no tiene más que sangre, y la prodiga. Vamos, ricos despreciables, derramad las riquezas.

Vivos aplausos, á los que se mezclaron, á pesar de ellos, algunos de los girondinos, le interrumpieron.

Danton hizo un movimiento de impaciencia para contener los aplausos que le impedian continuar, y como si adivinara el porvenir, continuó con el rostro resplandeciente:

—Mirad, ciudadanos, el hermoso destino que os aguarda; ¿cómo tenéis por palanca una nacion entera, el horizonte por apoyo y no habeis trastornado aun el universo?

De nuevo le interrumpieron los aplausos.

Pero impaciente porque le detenian en su camino, sin dar tiempo á que se extinguieran, dijo:

—Sé que para esto es preciso carácter, el que os falta á todos: pongo á un lado todas las pasiones; para mí son completamente extrañas, excepto la del bien público. En circunstancias más difíciles, cuando el enemigo estaba á las puertas de Paris, he dicho á los gobernantes de entonces:

«Vuestras discusiones son despreciables: yo no veo más que al enemigo; batámosle. En lugar de ocuparos de la salvacion pública, me fatigais con vuestras rencillas particulares: os repudio como traidores á la patria y os colocó á todos en la misma línea. Podeis á vuestro turno atacarme: ¿qué me importa mi reputacion? Que Francia sea libre, aunque mi nombre sea deshonorado.»

Una exclamacion de asombro acogió aquel grito, que revelaba el pensamiento de Danton, que explicaba Setiembre y la sangrienta carga que pesaba sobre él.

Lo natural en Danton era excitar todos los sentimientos hasta el extremo, odio, terror, entusiasmo.

Y sin embargo, vacilaba aun la Convencion; pero un lejista de Montpellier, que más tarde fué relator de *El Código civil*, despues segundo cónsul y por último archicanciller del imperio, el tranquilo y suave Cambaceres, se levantó, y desde su banco dijo sin cólera:

—Es preciso que durante la sesion se decrete la organizacion de un tribunal revolucionario; es preciso que se os confieran todas las atribuciones, ciudadanos representantes, porque debeis ejercerlas todas; que no exista separacion entre el Cuerpo deliberante y el que ejecuta.

En aquel momento se acercó un hombre á Danton y le habló algunas palabras en voz baja, y como el tribuno veia que muchos miembros encontraban demasiado larga la sesion y se levantaban para diferir hasta la noche la votacion del tribunal revolucionario, exclamó desde la tribuna con voz de trueno:

—Requiero á los buenos ciudadanos que no abandonen su puesto.

Cada cual se detuvo, y los que habian dado ya algunos pasos volvieron á sus bancos, y los que se habian levantado se volvieron á sentar.

Danton recorrió con la vista la Asamblea y vió que todos estaban en su puesto.

—Ciudadanos: exclamó, ¿os vais á separar otra vez sin tomar las medidas que exige la salvacion pública? ¿No sabeis cuán importante es tomar las decisiones judiciales que castigan á los contrarrevolucionarios? Para ellos es necesario el tribunal que reclamamos, porque este tribunal debe suplir al Tribunal Supremo de la venganza del pueblo. Impedid esa venganza, ciega muchas veces, y que puede herir al inocente por el culpable, al bueno por el malo. La humanidad os ordena que seais terribles para que el pueblo no sea cruel. Organicémosle hoy, sin tardanza, al momento, no bueno, porque

eso seria imposible, pero lo ménos malo que se pueda, para que la espada de la justicia caiga sobre la cabeza de sus enemigos y no el puñal de los asesinos; terminada esta obra grandiosa, os recuerdo las armas; los comisionados que deben partir al ministerio que debeis organizar. Ha llegado el momento; prodiguemos hombres y dinero. Teded cuidado, ciudadanos; respondeis al pueblo del ejército, de su sangre y de su fortuna.

Pido que sea organizado el tribunal sin suspender la sesion; pido que la Convencion juzgue mis razones y desprecie las calificaciones imperiosas que se atreven á darme; esta tarde, creacion del tribunal revolucionario, organizacion del poder ejecutivo, marcha de los comisionados; que se levante toda la Francia y marche contra el enemigo; que se invada la Holanda y que Bélgica sea libre; que se arruine el comercio inglés y que nuestros ejércitos victoriosos lleven á los pueblos la libertad y la felicidad que desde hace tres mil años esperan en vano para vengar al mundo.

En aquel momento era el corazon de la Francia el que latia en el de Danton.

Sus palabras resonaban como los redobles de tambor: era el paso de carga de la libertad lanzándose á la conquista del mundo.

Bajó de la tribuna en brazos de sus amigos; despues encargó á Cambaceres, al que hablaba por primera vez, y el cual le habia prestado una ayuda tan útil, que velase por la pronta ejecucion de las disposiciones que se habian votado.

Salió de la Convencion: el deber que en aquella jornada se habia impuesto le llamaba á otra parte.

Aquel hombre que le habló en voz baja, le dijo:

—En este momento proponen á los jacobinos el asesinato de los girondinos.

Veamos lo que sucedia.

Hemos dejado á los conspiradores del Obispado despues de haber llevado en pos de ellos algunos miembros de la seccion de las Cuatro Naciones, y proponiendo á los convidados del banquete cívico fueran á fraternizar con los jacobinos.

Una vez aceptada la proposicion siguieron la calle de San Hono-

rato con cantos patrióticos y los gritos de «vencer ó morir.»

De ese modo entraron en los jacobinos, algunos medio ébrios, otros con el sable en la mano.

Un voluntario del Mediodía se adelantó hácia el centro de la sala, y en un dialecto casi ininteligible, dijo:

—Ciudadanos, la patria no puede salvarse sino asesinando á los traidores. Ahora es preciso dejar la casa limpia: matar los ministros pérfidos, los infieles representantes.

Una mujer que estaba en las tribunas, al escuchar estas palabras bajó rápidamente la escalera que conducía á la puerta del club, y al llegar al último escalon chocó con un hombre que entraba precipitadamente.

Se oyeron dos nombres.

—¡Danton! exclamó ella.

—¡Lodoiska! murmuró el tribuno.

Pero ni se detuvo ni la dirigió la palabra: ella huyó más espantada que antes.

Danton comprendió por qué huía.

Era la querida de Louvet; era aquella cuyo retrato figuraba en su novela el *Foblás*; era aquella, en fin, que, compañera de su destierro y de su fuga, y deseando seguirle hasta la tumba, bebió las seis tomas de ópio que debía tomar el enfermo en seis noches.

La dosis era demasiado fuerte, y el estómago de aquella fiel criatura no pudo soportarlo; lo arrojó y se salvó.

Danton comprendió todo: se decretaba la muerte de los girondinos: Lodoiska corria á prevenir á su amante y á sus amigos, y á revelarles la conspiracion que Jorge habia revelado á Jacobo.

Al verle aumentó el terror de la infeliz mujer: creia á Danton enemigo de la Gironda.

Era al contrario: hacia todo lo posible por reconciliarse y por salvar á los girondinos.

Se precipitó en la sala. Un grito de asombro salió de todos los lábios.

¡El franciscano Danton, en la sesion del jacobino Robespierre! El cazador en el antro del tigre.

Pero el atleta de brazo poderoso y de voz de trueno separó á los que se oponian á su entrada, é hizo guardar silencio á los que no querian que hablase.

Si subia á la tribuna era dueño de la Asamblea.

Entonces explicó á todos que, al querer salvar la patria, la perdian: que no era por asesinatos ni crímenes por lo que se restablecía la tranquilidad y la confianza pública. Que no se debian hacer mártires, sino herir á culpables. Les anunció que se habia votado un tribunal revolucionario, y que solo á él pertenecia desde entonces la informacion de los delitos políticos.

Despues, el sagaz orador dirigió algunos elogios á su patriotismo y les impulsó á reunirse con el ejército, puesto que él y los patriotas habian jurado velar por la república. Les invitó á ir á los franciscanos para fraternizar, y les dijo que Camilo Desmoullins les esperaba.

Cambiaron por completo.

—Tiene razon, dijeron; ¡viva la nacion!

Y salieron para ir á fraternizar con los franciscanos.

De un salto salvó Danton el espacio que mediaba de los jacobinos á la Convencion, de la calle de San Honorato á Tullerías.

Nadie habia notado su ausencia; ni un solo girondino habia abandonado su puesto.

Se votaba la organizacion del tribunal revolucionario.

Hé aquí lo que decretaban los mismos girondinos, quienes forjaban el hacha que debía cercenar sus cabezas.

«Nueve jueces nombrados por la Convencion juzgarán á todos aquellos que la Asamblea haya decretado; nada de fórmulas de instruccion: nada de jurados: solo los medios para probar la conviccion.

»Se perseguirá, no solo á los que malversen, sino tambien á los que deserten ó descuiden sus empleos; á los que por sus escritos extravíen al pueblo, ó á los que por la antigüedad de sus puestos recuerden las prerogativas de los déspotas.

»En la sala del tribunal permanecerá siempre un miembro de él para recibir las denuncias.»

Los girondinos habian votado el tribunal revolucionario, pero no

con aquellas cláusulas, á las cuales se hubiera opuesto Danton, si no hubiese estado ausente, porque Danton y ellos debían ser condenados por el tribunal.

Votaron contra aquella organizacion; pero la mayoría ganó.

—Es una inquisicion, exclamó Vergniaud; pero una inquisicion peor que la de Venecia.

Y se lanzó fuera de la Convencion seguido por sus amigos, los que por primera vez entreveían el profundo abismo hácia el cual les impulsaban.

Después, el saqueo de la Convencion, el despojo de los departamentos, el impío y renuente con el espíritu de la Convencion, que las habian jurado velar por la república. Los jacobinos se habian desentendido para exterminar, y los otros para destruir la república.

Y salieron para ir á fraternizar con los jacobinos. De un salto salvó Danton el espíritu que llevaba á los jacobinos á la Convencion, de la calle de San Honorato, á la Convencion. Nadie habia notado su ausencia; ni un solo jacobino habia sido llamado al puesto.

Se votaba la organizacion del tribunal revolucionario. El espíritu que desvelaban las mismas inquisiciones, que se habian jurado velar por la república, se habian desentendido para exterminar, y los otros para destruir la república.

Los jacobinos habian jurado velar por la república, y los otros para destruir la república. Nadie habia notado su ausencia; ni un solo jacobino habia sido llamado al puesto.

Hemos visto cómo salía de la sala y cómo se dirigía al tribunal revolucionario. El espíritu que desvelaban las mismas inquisiciones, que se habian jurado velar por la república, se habian desentendido para exterminar, y los otros para destruir la república.

XXXI.

Lodoiska.
Louvet, al que hemos visto elevado por sus amigos imprudentemente, vivía en la calle de San Honorato, á corta distancia del club de los jacobinos.

Su atrevimiento en acusar al hombre popular por excelencia, al huésped del carpintero Duplay, al incorruptible Robespierre, como le llamaban, le habia granjeado el odio del pueblo y sabia que en un levantamiento seria la primera víctima. De modo que, de antemano, vivía como un proscrito.

No salía sino para ir á la Convencion, y armado con un puñal y dos pistolas. Por la noche pedía asilo á algun amigo, y no volvía á su casa sino furtivamente para visitar á la joven y hermosa criatura que se habia consagrado á él.

Aquella mujer, cuya vista inquieta espiaba sin cesar, oyó pasar con vociferaciones y cantos patrióticos á la diputacion que se dirigía á los jacobinos; en medio de los gritos escuchó las palabras ¡muerte á los girondinos! y fuera preocupacion, fuera realidad, le pareció que decían: ¡muera Louvet!

Entonces bajó, se mezcló á los grupos, penetró con ellos en la sala, subió á las tribunas para disimular, y allí escuchó la propuesta de *asesinar á los traidores, á los ministros pérfidos y á los representantes infieles.*

No dudó ya: lo que pedía aquella voz era la muerte de su amante y de todo el partido, del que era uno de los jefes.

con aquellas cláusulas, á las cuales se hubiera opuesto Danton, si no hubiese estado ausente, porque Danton y ellos debían ser condenados por el tribunal.

Votaron contra aquella organizacion; pero la mayoría ganó.

—Es una inquisicion, exclamó Vergniaud; pero una inquisicion peor que la de Venecia.

Y se lanzó fuera de la Convencion seguido por sus amigos, los que por primera vez entreveían el profundo abismo hácia el cual les impulsaban.



Hemos visto cómo salía de la sala y echándose a trotar hacia Louvet y cómo le seguía el resto de la comitiva prescrito en la ley. La multitud iba hacia el salón de Robespierre. Louvet, á donde llevaba la multitud, se apartó de Robespierre y se echó a correr hacia el salón de Robespierre, tras de él. XXXI.

Los hombres de la revolución se habían dividido en dos facciones: los hombres de la revolución y los hombres de la revolución. Louvet, al que hemos visto elevado por sus amigos imprudentemente, vivía en la calle de San Honorato, á corta distancia del club de los jacobinos.

Su atrevimiento en acusar al hombre popular por excelencia, al huésped del carpintero Duplay, al incorruptible Robespierre, como le llamaban, le había granjeado el odio del pueblo y sabía que en un levantamiento sería la primera víctima. De modo que, de antemano, vivía como un proscrito.

No salía sino para ir á la Convencion, y armado con un puñal y dos pistolas. Por la noche pedía asilo á algun amigo, y no volvía á su casa sino furtivamente para visitar á la joven y hermosa criatura que se había consagrado á él.

Aquella mujer, cuya vista inquieta espiaba sin cesar, oyó pasar con vociferaciones y cantos patrióticos á la diputacion que se dirigía á los jacobinos; en medio de los gritos escuchó las palabras ¡muerte á los girondinos! y fuera preocupacion, fuera realidad, le pareció que decían: ¡muera Louvet!

Entonces bajó, se mezcló á los grupos, penetró con ellos en la sala, subió á las tribunas para disimular, y allí escuchó la propuesta de *asesinar á los traidores, á los ministros pérfidos y á los representantes infieles.*

No dudó ya: lo que pedía aquella voz era la muerte de su amante y de todo el partido, del que era uno de los jefes.

Hemos visto cómo salió de la sala y encontró á Danton á la puerta, y cómo ignorando lo que allí le conducía precipitó su fuga.

¿A dónde iba? Ni ella misma lo sabia: ese dia no tenia cita con Louvet. ¿A dónde llevaria la noticia? En casa de Roland, porque era el alma de la Gironda. Pero la severa esposa de Roland, inspiradora de su marido, ¿consentiria, aunque fuera por un peligro mortal, recibir en su casa á la querida del autor de *Foblás*? No.

¿En casa de Vergniaud? Jamás estaba en ella.

Los hombres de la revolucion, sabiendo que les quedaba poco tiempo que vivir, trataban de que el amor les hiciera la existencia doble. Vergniaud no estaria en su casa; estaria con la señorita Candelle, la encantadora actriz, quien no permitiria saliera su amante, temiendo le sucediera alguna desgracia.

¿En busca de Kervélagan? Sin duda estaria en el arrabal San Marcelo, en medio de los confederados bretones, si aun permanecia en Paris.

¿Y no era consumir la pérdida de los girondinos haciéndoles buscar un refugio en las filas bretonas en el momento que Bretaña se sublevaba?

En el instante en que Lodoiska se detenia en la esquina de la calle del Arbol Seco y vacilaba entre continuar su camino ó atravesar el puente Nuevo, vió pasar á su lado á un hombre que le pareció no le era desconocido.

Caminaba tranquilo y con la indiferencia propia de un hombre que desconoce el peligro ó le desprecia.

Se dirigió hácia él.

—Ciudadano, le dijo, soy Lodoiska, la querida de Louvet: creo reconocer en vos á un girondino, ó por lo ménos á un amigo de la Gironda.

El interpelado la saludó respetuosamente.

—No os equivocais, la dijo; sin participar por completo de sus opiniones, participaré probablemente de su suerte. Lanzado en Paris por un inmenso amor y un odio inextinguible, me he sentado en el banco de vuestros amigos, esperando haria la guerra á la nobleza

y á sus privilegios, de los que he sido víctima; pero me he equivocado. Sin duda la república es muy fuerte, puesto que se dividen sus hijos, y que solo escucho recriminaciones de partido, acusaciones de traicion ó de debilidad. Podeis fiar en mí: mi nombre es Jacobo Meréy.

Lodoiska habia oido pronunciar aquel nombre como el de un médico sábio, humanitario y fiel á la causa de la república.

Se asió de su brazo.

—Ayudadme á salvarlos y á salvaros.

Jacobo Meréy sacudió la cabeza.

—Creo que estamos perdidos; poco me importa: yo no deseaba la vida sino por mi amor; á vos, que vivís solo por el vuestro, puedo deciros esto; de todos modos estoy á vuestra disposicion si puedo seros útil en algo.

—¿Pero no sabeis lo que pasa?

—¡Oh! Sí, salgo ahora de la Convencion y estoy al corriente de todo.

—Pero no salís como yo de los jacobinos. No sabeis que la seccion de las Cuatro Naciones y los voluntarios del mercado, en número de mil, han venido con cántos frenéticos y gritos feroces pidiendo la muerte de los girondinos. ¡Mirad, añadió mostrándole una multitud de hombres del pueblo que adelantaba por la calle de San Honorato armados la mayor parte con sables y picas, mirad los verdugos!

Efectivamente, al pasar aquellos hombres por delante de Lodoiska y de Jacobo Meréy dejaron escapar imprecaciones de cólera y amenazas de muerte.

—Vamos en casa de Pethion, dijo Jacobo; allí es en donde se han citado todos nuestros amigos.

Pethion vivia en la calle de Montorgueil. Meréy y Lodoiska atravesaron el mercado central en medio de los gritos y del alboroto. Las mujeres, que creian los alistamientos voluntarios necesarios solo por la traicion del ministro Beurnonville, del general en jefe Dumuriez y de los girondinos, estaban armadas con cuchillos, y sin nombrar á nadie pedian la muerte de los traidores.

Algunos tenían picas y pedían marchar contra la Convencion.

—¡Ah! murmuraba Lodoiska: cuando se reflexiona que esos reproches se dirigen contra los hombres de la revolucion, los del 20 de Junio, los del 10 de Agosto y los del 21 de Setiembre, ¿no es bastante para desanimar á los mártires del pueblo á que mueran por él?

Atravesaron los mercados, en donde sobre las mesas manchadas de vino se veían aun las copas, y llegaron á casa de Pethion.

Allí estaba reunido todo el partido de la Gironda, pues antes de separarse en la Convencion se habian dado la consigna.

Al entrar en la sala vió Lodoiska á Louvet, corrió hácia él y le abrazó, exclamando:

—Te he encontrado; ya no te dejo.

Y llevando á su amado á un extremo de la sala dejó á Jacobo Merey que explicara lo que sucedía.

El doctor refirió todo, ménos su conversacion con Danton, y añadió su encuentro con Lodoiska.

Entonces decidió la mayoría de los girondinos que era inútil desafiar á la muerte en la Convencion.

Una sesion nocturna era aun más peligrosa en aquellas circunstancias que una de día, y se ha visto cuán tumultuosas eran.

Cada cual pensó en el asilo en donde podría pasar la noche.

Vergniaud y Jacobo Merey declararon que nada les impediría asistir á la Convencion. Pethion, en lugar de buscar fuera un albergue, despues de escuchar á Lodoiska y á Louvet, fué á la ventana, la abrió, extendió la mano y dijo:

—Está lloviendo; no habrá nada.

Y á pesar de todos los ruegos rehusó salir de su casa.

Jacobo Merey, que era ménos conocido y más popular, porque habia sido portador de la noticia de la batalla de Valmy y la de Jemmapes, ofreció su habitacion á Louvet y á Lodoiska, seguro de que su alojamiento, en donde no recibía cartas ni visitas, era desconocido para los asesinos.

Cuando los dejó instalados se fué directamente á la Convencion, en donde encontró á Vergniaud sentado en su banco.

Aquel grupo que habian encontrado Lodoiska y Jacobo, aquella

multitud que avanzaba lanzando insultos y amenazas á los girondinos, se dirigía á la imprenta de Gorsas, redactor principal de *La Crónica de Paris*.

Este periódico habia anunciado que Lieja no habia sido tomada por los austriacos, casi en el instante en que los lijenses fugitivos y proscritos se esparcian por las calles de Paris, aumentando con su presencia el odio contra los girondinos.

Los alborotadores rompieron las hojas, destrozaron las prensas, arrojaron los caracteres y saquearon los talleres.

Gorsas, con una pistola en cada mano, pasó sin ser conocido por en medio de los asesinos que pedían su cabeza, enarbolando sus pistolas y gritando:

—¡Muera Gorsas!

A la puertá se encontró con una oleada de pueblo tan fuerte que temió le conocieran los impresores de otra imprenta; entró en un patio por una puerta entreabierta, la cual cerró detrás de él. Despues saltó la tapia y fué directo á la seccion de la cual era miembro.

Resolvieron ir á quejarse á la Convencion. Interin, los alborotadores decidieron hacer otro tanto en casa de Fievé, que publicaba un periódico girondino, como Gorsas.

Allí todo lo quemaron, lo saquearon, lo arrojaron á la calle.

No contaba limitarse á esto la columna devastadora. Se dirigió á la Convencion para pedir la muerte de los trescientos diputados.

Pero al mismo tiempo que entraban los amotinados por un lado, Gorsas lo verificaba por otro, acompañado por su seccion, como acusadores.

Gorsas, con sus dos pistolas en la mano, se lanzó á la tribuna. Doblemente inviolable como periodista y como miembro de la Convencion, se presentaba á pedir justicia contra los que habian hecho pedazos sus prensas.

Los sublevados se detuvieron asombrados; iban como acusadores de los girondinos y les acusaban á ellos por asesinos, ladrones pillos.

Un diputado subió á la tribuna; era Barrere.

Se volvió á los alborotadores.

—No sé, dijo, lo que venís á buscar aquí; solo sé que se ha hablado esta noche de cortar algunas cabezas de los diputados. Ciudadanos, añadió extendiendo la mano en actitud amenazadora; os prevengo que están seguras; no solo las cabezas de los diputados descansan sobre sus hombros, sino sobre todos los departamentos de Francia, de la república. ¿Quién se atrevería á decapitar un departamento francés? El día en que tal crimen se cometiera, se disolvería la república. Marchad, malos ciudadanos, continuó, y no volvais jamás con esas intenciones.

Los revoltosos deliberaron un momento; despues, uno de sus jefes se adelantó y aseguró su abnegacion á la república y la de sus hombres, y pidió los dejaran desfilar ante los representantes al grito de ¡Viva la nacion!

Les fué concedido.

Al pasar por delante de los bancos de la Gironda, ocupados solo por Vergniaud y por Jacobo Merey, ambos se levantaron y cruzaron los brazos en señal de reto.

Aquella noche, la noche del 10 al 11 de Marzo, la Convencion, sin ejército, ni dinero, ni fuerza moral, ni unidad para asegurar su existencia, creó ese fantasma sangriento que espanta á la Europa desde hace un siglo, y que ha hecho no se comprenda la revolucion.

¡El terror!

Se le habia invocado armado con una cuchilla contra Paris; Paris lo devolvió al mundo armado con una hacha.

El ejército, vencido, no por la lucha ni los combates, sino por la duda y el cansancio; el ejército, desmoralizado y huyendo ante el enemigo, volvió á Francia para entregar á Francia.

Vió el terror en la frontera, se detuvo é hizo frente al enemigo. Aquel ejército era lo que quedaba de la república. Nada podia enviar á Lyon, nada á Nantes.

Apenas eran suficientes los voluntarios para contener á Bélgica, que se escapaba.

Enviaron á Bélgica los voluntarios.

Collot d'Herbois á Lyon, Carrier á Nantes.

Es decir, el terror.

XXXII.

Dos hombres de Estado.

La sesion duró hasta el amanecer; Danton, estenuado de fatiga, se habia dormido en su banco, sin que nadie se ocupase en despertarle.

Se hubiera dicho que era un leon dormido á quien nadie osaba acercarse.

Jacobo Merey aguardó á que abandonaran la sala, dió un apretón de manos y se sonrió encogiéndose de hombros con Vergniaud, y despues se dirigió á Danton y le puso una sobre el brazo.

Danton se despertó bruscamente y llevó la mano á su seno, en donde guardaba un puñal.

Aquellos hombres se dormian libres, pero ignoraban si se despertarian prisioneros. Bastaron algunos momentos de reposo para devolver al coloso la fuerza y la confianza.

En cuanto á Jacobo, tenia esa fuerza de los sábios acostumbrados á luchar con el sueño.

Merey tomó el brazo de Danton y salió con él de la Convencion.

En el corredor encontraron á Marat, quien hablaba con Panis.

Al ver á Danton, se dirigió hácia él, lanzó una mirada de odio sobre Jacobo Merey, dijo algunas palabras al oido de Danton y se alejó.

—¡Uf! hizo Danton con profunda repugnancia. ¡Sangre! ¡Miserable! ¡Siempre sangre! ¡Sólo necesita sangre! Salgamos de aquí; la mayor parte de esos hombres me causan lástima ó bien horror; tengo necesidad de respirar un aire más puro.

Y condujo á Jacobo al jardin de Tullerías.

—No sé, dijo, lo que venís á buscar aquí; solo sé que se ha hablado esta noche de cortar algunas cabezas de los diputados. Ciudadanos, añadió extendiendo la mano en actitud amenazadora; os prevengo que están seguras; no solo las cabezas de los diputados descansan sobre sus hombros, sino sobre todos los departamentos de Francia, de la república. ¿Quién se atrevería á decapitar un departamento francés? El día en que tal crimen se cometiera, se disolvería la república. Marchad, malos ciudadanos, continuó, y no volvais jamás con esas intenciones.

Los revoltosos deliberaron un momento; despues, uno de sus jefes se adelantó y aseguró su abnegacion á la república y la de sus hombres, y pidió los dejaran desfilar ante los representantes al grito de ¡Viva la nacion!

Les fué concedido.

Al pasar por delante de los bancos de la Gironda, ocupados solo por Vergniaud y por Jacobo Merey, ambos se levantaron y cruzaron los brazos en señal de reto.

Aquella noche, la noche del 10 al 11 de Marzo, la Convencion, sin ejército, ni dinero, ni fuerza moral, ni unidad para asegurar su existencia, creó ese fantasma sangriento que espanta á la Europa desde hace un siglo, y que ha hecho no se comprenda la revolucion.

¡El terror!

Se le habia invocado armado con una cuchilla contra Paris; Paris lo devolvió al mundo armado con una hacha.

El ejército, vencido, no por la lucha ni los combates, sino por la duda y el cansancio; el ejército, desmoralizado y huyendo ante el enemigo, volvió á Francia para entregar á Francia.

Vió el terror en la frontera, se detuvo é hizo frente al enemigo. Aquel ejército era lo que quedaba de la república. Nada podia enviar á Lyon, nada á Nantes.

Apenas eran suficientes los voluntarios para contener á Bélgica, que se escapaba.

Enviaron á Bélgica los voluntarios.

Collot d'Herbois á Lyon, Carrier á Nantes.

Es decir, el terror.

XXXII.

Dos hombres de Estado.

La sesion duró hasta el amanecer; Danton, estenuado de fatiga, se habia dormido en su banco, sin que nadie se ocupase en despertarle.

Se hubiera dicho que era un leon dormido á quien nadie osaba acercarse.

Jacobo Merey aguardó á que abandonaran la sala, dió un apretón de manos y se sonrió encogiéndose de hombros con Vergniaud, y despues se dirigió á Danton y le puso una sobre el brazo.

Danton se despertó bruscamente y llevó la mano á su seno, en donde guardaba un puñal.

Aquellos hombres se dormian libres, pero ignoraban si se despertarian prisioneros. Bastaron algunos momentos de reposo para devolver al coloso la fuerza y la confianza.

En cuanto á Jacobo, tenia esa fuerza de los sábios acostumbrados á luchar con el sueño.

Merey tomó el brazo de Danton y salió con él de la Convencion.

En el corredor encontraron á Marat, quien hablaba con Panis.

Al ver á Danton, se dirigió hácia él, lanzó una mirada de odio sobre Jacobo Merey, dijo algunas palabras al oido de Danton y se alejó.

—¡Uf! hizo Danton con profunda repugnancia. ¡Sangre! ¡Miserable! ¡Siempre sangre! ¡Sólo necesita sangre! Salgamos de aquí; la mayor parte de esos hombres me causan lástima ó bien horror; tengo necesidad de respirar un aire más puro.

Y condujo á Jacobo al jardin de Tullerías.

Era la mañana del 11 de Marzo; habia helado, y la tierra estaba cubierta con una delgada capa de nieve; estalactitas de hielo, en las que se reflejaba el sol radiante, pendian de los árboles, y se adivinaba que aquella capa de invierno cubria los hombros del risueño Abril.

Las palomas torcaces volaban de árbol en árbol arrullando amorosamente, haciendo caer de las ramas una lluvia de diamantes, ínterin los gorriones, ménos sensibles al frio, empezaban á reaparecer y á saltar entre las lilas y las flores.

Danton respiró fuertemente aspirando aquel aire primaveral y pareciéndole que se rejuvenecía y adquiría nueva vida.

—Hé aquí árboles, palomas y pájaros que mirarán con fatal indiferencia nuestros debates y que no conocen ni montañeses ni girondinos, ni jacobinos ni franciscanos.

—Añade ni Rosbepierre ni Marat, sin los cuales son dichosos, dijo Jacobo Merrey.

—Admira, filósofo, cómo la naturaleza continúa su marcha; añadió Danton; dentro de un mes los capullos brotarán en los árboles, los pájaros se amarán, las flores se abrirán; un canto de amor resonará por la creacion, los nidos estarán suspendidos de las ramas, el pólen fecundante flotará en el aire hasta las ventanas de la Convencion y las golondrinas gorgearán con dulce cadencia.

—Ya hemos regresado para llevar á cabo la obra del Señor; la obra que, encadenando la vida con la muerte, forma la eternidad. ¿Qué haceis, reyes de la creacion, amais como nosotros?

Dos voces contestaron:

La una, como la del zorro, dijo: ¡Odio!

—¡Desconfiad, ciudadanos! Desconfiad de vuestros padres, de vuestras madres, de vuestros hermanos, de vuestros amigos y de vuestros hijos. Estamos rodeados de traidores; Dumuriez nos vende; Valence nos vende; Custine nos vende; la derecha, la llanura y la Gironda nos venden; nos envuelve una cadena de traiciones y Pitt tiene un extremo; aquí veo quién tiene el otro, y los anillos de la cadena son de oro.

La otra es la de un sapo, y dice:

—¡Sangre, sangre, sangre!

—Y tendrás sangre, repuso melancólicamente Danton; cuántos de nosotros que vemos esta primavera no veremos la próxima.

—Hoy tienes siniestros presentimientos.

Danton se encogió de hombros.

—Soy como ese hombre del que habla José el historiador, que durante siete dias estuvo dando vueltas en torno de la ciudad santa, gritando: ¡Desgraciada Jerusalem! ¡Desgraciada Jerusalem! y al sétimo gritó. ¡Desgraciado de mí! Una piedra arrojada desde las murallas le habia roto la cabeza.

—Nosotros, los girondinos, somos Jerusalem, ¿no es cierto? dijo Jacobo; y tú el hombre que profetizaba.

—¿Qué quieres! Dios nos ha cegado.

—Pero si tú ves con claridad; si tú, en medio de esa multitud de insensatos conoces el camino, por qué no te alejas de esos dos hombres, Marat, que deshonra la política, y Robespierre, que acaba con tu popularidad, la que una vez gastada amenaza tu vida?

—¿Qué quieres! contestó Danton con indiferencia; la primavera vuelve, no soy un leproso como Marat, ni un hipócrita como Robespierre; soy un hombre de carne y hueso, y deseo vivir lo que me reste.

—Danton, ten cuidado en la situacion en que se encuentra la Francia, en la situacion de la república; con el puesto que ocupas en la Convencion; esa indiferencia, ese desaliento es un crimen. ¿No ves que la nave por tener muchos pilotos no cuenta con ninguno? No dejes que tome el timon ni un hipócrita ni un loco; empuña con tu mano poderosa las riendas del gobierno; pon freno al populacho; anima al público; dirige la Asamblea; aplasta como si fueran reptiles venenosos á Marat y á Robespierre. Solo tú puedes hacer en la Convencion lo que quieras. Sé el hombre que te digo; apoya con tu fuerza á los débiles de la Asamblea, pero honrados; olvidaremos el pasado y te seguiremos; tu ambicion será la salvacion de la patria.

Danton fijó sus ojos en los de Merrey, y como si quisiera leer en el fondo de su alma,

—¿En nombre de quién me hablas? le preguntó.

—En nombre de aquellos, contestó el girondino, que desprecian á Marat y que detestan á Robespierre.

—Mas bien en el de tu interés político, y si no, por el instinto de conservacion. Robespierre ha pronunciado contra tí siniestras palabras, y si no te adelantas, te alcanzará.

—¿Estás encargado de una orden?

—No, pero estoy pronto á aceptar una tuya, y tú me responderías de tus girondinos.

—No respondo más que de una cosa, del deseo de tenerte por jefe. Te conceptúo á la vez hombre para derribar y para construir.

—Tú lo crees porque hace tiempo que me conoces, pero tus amigos no tienen confianza en mí: me perderé por ellos, y despoblado, me entregarán á mis enemigos. No: *jalea jacta est!* que decida la muerte.

—¡Danton!...

—Entre vosotros y yo hay un abismo insondable, la sangre de Setiembre, aunque no fui yo quien la hizo derramar. Un dia que tenga tiempo te referiré esto; entre tanto escucha, Merey: te quiero hacer mucho tiempo: tú has hecho por mí últimamente todo lo que podria haber hecho un amigo, un hermano. Pues bien, intérrin valgo algo, pídemelo lo que quieras.

Jacobo miró á Danton.

—¿Qué quieres que te pida? Soy un sábio, y más rico de lo que son generalmente los sábios. Poseo en Champaña y más allá del Argonne bienes considerables, y si quisiera ejercer mi profesion ganaria montes de oro. Me he hecho nombrar diputado, ó más bien me han nombrado diputado á pesar mio. He aceptado por odio á privilegios que deseaba combatir. He votado por la prision perpétua en la causa de Luis XVI, porque siendo médico no podia votar la muerte; pero despues mi voto ha precedido siempre á los más ardientes de la nacion; ¿qué quieres hacer por mí? No deseo nada, y lo que he perdido no puedes devolvérmelo tú.

—¿Quién sabe? Reflexiona; mañana tal vez nos alejarán uno del otro las tempestades de la tribuna. Pídemelo lo que quieras y con asombro tuyo podré servirte segun desees.

—¡Oh! Es una historia muy larga, contestó Jacobo.

—Escucha, continuó Danton; he comprado y amueblado en las colinas de Sevres una casa de campo. Subamos á un carruaje y vienes á almorzar conmigo. Nadie te espera, no necesitas volver á tu casa.

—¡Al contrario, cuanto más tarde en volver, más me lo agradecerán los que están allí!

—Pues bien; justamente hé aquí un carruaje; ven, subamos y me contarás tu historia durante el camino.

Ambos subieron en el carruaje.

—A Sevres; dijo Danton.

El carruaje partió.

Entonces Jacobo Merey, que desde hacia seis meses tenia oprimido el corazon, contó su historia á Danton, y con gran admiracion suya, aquel hombre de bronce le escuchó sin perder una sílaba y reflejándose en su semblante las emociones de su corazon.

Por último, Jacobo llegó al verdadero objeto de su confidencia. Cuando le refirió la fuga, ó más bien el rapto de Eva, por la señorita de Charelet; cuando le dijo que en Maguncia habia perdido sus huellas y que no habia podido seguir las hasta el centro de Alemania, le preguntó vacilando, pregunta difícil, porque tocaba á la acusacion de traicion suspendida siempre sobre la cabeza de Danton por Robespierre:

—Tú que tantas relaciones tienes en el extranjero, ¿no podrias decirme en donde está?

Danton le miró sin pestañear.

—Allí está mi vida, repuso Jacobo Merey; y si pierdo la esperanza de encontrarla, no creyendo en nada, y cuando Francia no tenga necesidad de mí, me suicidaré.

Y estrechó la mano de Jorge.

Habian llegado á la puerta de la casa de campo.

El carruaje se detuvo, bajaron los dos hombres sin decir una palabra y subieron hasta un comedor lindísimo, situado en el primer piso. En la chimenea ardia un buen fuego y la mesa estaba servida con varios cubiertos.

—¿Esperas gente para almorzar? preguntó Jacobo.

—No; pero rara vez vuelvo solo; mi criado lo sabe y siempre está todo preparado.

Después se acercó á la ventana mientras se calentaba los pies Jacobo, y apoyó su ardorosa frente contra los cristales, permaneciendo inmóvil.

Merey comprendió que aguardaba alguna aparición.

Pocos minutos después hizo Danton un movimiento, y volviendo la cabeza dijo:

—Ven y verás.

—¿Qué?

—¡Mira!

Y acercó la cabeza de Merey al cristal más cercano de aquel por el cual miraba.

Jacobo vió al otro lado del jardín, que tendría treinta ó cuarenta pasos de largo, asomada á una ventana, una cabecita rubia, medio oculta entre lo que entonces se llamaba paletina.

Podría tener diez y seis años.

—¿Qué te parece? preguntó Danton.

—Es una criatura encantadora; contestó Merey.

—¿Se parece á tu Eva?

—Todas las mujeres rubias se parecen, exceptuando para aquel que ama.

—Déjame abrir la ventana y hablar con ella un instante.

—¿La conoces?

—Sí.

—¿Y hablas con ella?

—Sin duda; es preciso que se vaya acostumbrando á mi fealdad.

—¿Y después?

—La haré mi esposa.

—¿Tu esposa? exclamó el doctor estupefacto: si apenas hace ocho días que ha muerto la primera.

—Sí, pero estaba convenido con la bondadosa criatura que he perdido. Luisa Gely ha sido ahijada suya y me la designó para que sirviera de madre á sus hijos.

Danton abrió la ventana.

Jacobo Merey se retiró.

Entonces aquel á quien se llamaba sanguinario entabló un idilio de Gesner con la jóven, la habló de la primavera, del amor, de las flores, de la vida tranquila, de la felicidad conyugal: se tornó jóven, tierno, enamorado, poético. Jacobo, con la cabeza apoyada en su mano, miraba y escuchaba con asombro. Comprendía la fascinación de aquel hombre sobre la mujer, como la de la serpiente sobre el pájaro. Danton fué el primero que se manifestó cuidadoso por la temperatura demasiado fresca y por el cierzo helado que subía desde el Gena hasta la cima de las colinas, temiendo pudiera perjudicar á la jóven. Dejó cerrar la ventana de Luisa, y Danton, radiante, cerró la suya.

Con la punta de los dedos Luisa le había mandado un beso.

—Ciertamente me confundo contigo, dijo Jacobo viéndole cerrar la ventana, pedir el almuerzo y sentarse á la mesa.

—¿Por qué, preguntó el tribuno, por qué delante de tí, filósofo y médico, soy hombre? ¿Qué te dije esta mañana? Que probablemente no verías las flores del 94 ni yo las del 95. Pues hasta entonces deseo vivir.

—¿De modo que piensas te amaré esa jóven?

—¿Acaso lo sé? He hecho grandes servicios á la familia: el padre era portero de estrados en el Parlamento: le he conseguido un destino lucrativo en el ministerio de Marina. Ya le han hablado algo de matrimonio; el padre es realista, la madre es beata. Ayer les hice una visita: el padre me ha reprochado Setiembre y la madre me dijo que el hombre que se casara con su hija cumpliría antes con los deberes religiosos.

—¿Y lo harás?

—Haré todo lo que quieran para ver cumplidos mis deseos. Soy el tribuno de la libertad, pero soy el esclavo de la naturaleza. En todo esto hay una intriga inventada por la santa criatura que ha muerto y que era realista: volviéndome á casar con una jóven realista, cree que desde la profundidad de la tumba me aparta de la revolución y da un defensor á la viuda y al huérfano del Temple.

—¿Piensas en semejantes utopias?

—Yo, añadió Danton encogiéndose de hombros, no pienso en nada; el niño del Temple, Igualdad, Chartres, Monsieur, el hermano del rey, como ellos le nombran, todos ellos, ¿no están heridos de muerte? Lo que deseo es doblar mis días con mis noches: en la noche encarnizarme con el amor; en el día, con la lucha y los combates: luchar, estenuarme, matarme, si es posible, antes que ellos me maten. ¿No me llaman el Mirabeau del 93?

Y al hablar de aquel modo, Danton devoraba viandas medio crudas y hebía á proporcion. Para sustentar aquella naturaleza terrible era preciso comida como para un león.

El almuerzo concluyó.

—¿Vuelves á Paris? le preguntó Jacobo.

—A fé mia, no, contestó Danton; estoy cansado y permaneceré aquí todo el día: me repondré un poco con la vista y tal vez con la palabra. Es la primera vez que me ha hecho una caricia la casta niña: voy á devolverle el beso que me envió hace un rato.

—¿Entonces puedo llevarme el simon?

—Desde luego, á no ser que prefieras quedarte conmigo.

—No: me precisa devolver la libertad á las dos tórtolas asustadas por la voz de mi amigo Danton.

—¡Bueno! Apuesto que son Louvet y Lodoiska.

—Justamente, contestó riendo Jacobo.

—Si puedo salvarlos lo haré, dijo Danton; se aman demasiado.

—¿Y si no puedes salvarlos? preguntó el doctor.

—Trataré de que mueran juntos.

Jacobo tendió la mano á Danton, quien la estrechó cordialmente y la contuvo cuando quiso retirarla.

—Jacobo, repuso, ¿fué en Majuncia en donde perdiste las huellas de Eva y de su tia la canonesa?

—Sí.

—Pues bien, tranquilízate, las encontraré; no te digo cómo ni por dónde recibirás noticias suyas.

Jacobo lanzó un grito y se arrojó en los brazos de Danton.

—¡Vaya, exclamó Danton, ya ves que tú también eres hombre!

Traicion de Dumuriez.

En la célebre sesion de la Convencion que hemos presentado al lector, habia dicho Robespierre las siguientes palabras:

—No respondo de Dumuriez, pero tengo confianza en él.

Si otra vez nos ocupamos de Dumuriez, es porque la suerte de los girondinos estaba ligada con la suya, y la de nuestro héroe Jacobo Merey unida á la de los girondinos.

Ciertamente hubiéramos podido pasar más rápidamente sobre los acontecimientos de aquella época terrible. ¿Pero quién es el hombre esforzado que con la pluma en la mano y tocando á los años 92 y 93, dos abismos, no siente el deseo de narrarlos?

Tal vez hubiera valido más para el interés de nuestro libro reconciliar los dos partidos y no escribir sino estas palabras:

«Nombrado Jacobo Merey diputado por la Convencion, adoptó el partido de los girondinos, y vencido como ellos, se vió proscrito con ellos.»

Pero cuanto más adelantamos en edad y más entramos en el terreno de la política y el arte, nos convencemos más que en días de lucha como los que atravesamos, y mientras que no sean la religion del mundo los principios proclamados por nuestros padres, cada cual debe ayudar á la rehabilitacion de esos hombres calumniados por los idilios realistas, por esa miel de *belladona* y de *acónito*, dulce para los lábios, mortal para la inteligencia y para el corazon.

Volvamos á Dumuriez y libremos, á la Montaña en la persona de Danton y á la Gironda en la de Guadet y de Gensonné, de toda complicidad con el traidor que ni aun tuvo el pretexto de la ingratitud del país para disculpar la traicion.

—¿Piensas en semejantes utopias?

—Yo, añadió Danton encogiéndose de hombros, no pienso en nada; el niño del Temple, Igualdad, Chartres, Monsieur, el hermano del rey, como ellos le nombran, todos ellos, ¿no están heridos de muerte? Lo que deseo es doblar mis días con mis noches: en la noche encarnizarme con el amor; en el día, con la lucha y los combates: luchar, estenuarme, matarme, si es posible, antes que ellos me maten. ¿No me llaman el Mirabeau del 93?

Y al hablar de aquel modo, Danton devoraba viandas medio crudas y hebía á proporcion. Para sustentar aquella naturaleza terrible era preciso comida como para un león.

El almuerzo concluyó.

—¿Vuelves á Paris? le preguntó Jacobo.

—A fé mia, no, contestó Danton; estoy cansado y permaneceré aquí todo el día: me repondré un poco con la vista y tal vez con la palabra. Es la primera vez que me ha hecho una caricia la casta niña: voy á devolverle el beso que me envió hace un rato.

—¿Entonces puedo llevarme el simon?

—Desde luego, á no ser que prefieras quedarte conmigo.

—No: me precisa devolver la libertad á las dos tórtolas asustadas por la voz de mi amigo Danton.

—¡Bueno! Apuesto que son Louvet y Lodoiska.

—Justamente, contestó riendo Jacobo.

—Si puedo salvarlos lo haré, dijo Danton; se aman demasiado.

—¿Y si no puedes salvarlos? preguntó el doctor.

—Trataré de que mueran juntos.

Jacobo tendió la mano á Danton, quien la estrechó cordialmente y la contuvo cuando quiso retirarla.

—Jacobo, repuso, ¿fué en Majuncia en donde perdiste las huellas de Eva y de su tia la canonesa?

—Sí.

—Pues bien, tranquilízate, las encontraré; no te digo cómo ni por dónde recibirás noticias suyas.

Jacobo lanzó un grito y se arrojó en los brazos de Danton.

—¡Vaya, exclamó Danton, ya ves que tú también eres hombre!

XXXIII.

Traicion de Dumuriez.

En la célebre sesion de la Convencion que hemos presentado al lector, habia dicho Robespierre las siguientes palabras:

—No respondo de Dumuriez, pero tengo confianza en él.

Si otra vez nos ocupamos de Dumuriez, es porque la suerte de los girondinos estaba ligada con la suya, y la de nuestro héroe Jacobo Merey unida á la de los girondinos.

Ciertamente hubiéramos podido pasar más rápidamente sobre los acontecimientos de aquella época terrible. ¿Pero quién es el hombre esforzado que con la pluma en la mano y tocando á los años 92 y 93, dos abismos, no siente el deseo de narrarlos?

Tal vez hubiera valido más para el interés de nuestro libro reconciliar los dos partidos y no escribir sino estas palabras:

«Nombrado Jacobo Merey diputado por la Convencion, adoptó el partido de los girondinos, y vencido como ellos, se vió proscrito con ellos.»

Pero cuanto más adelantamos en edad y más entramos en el terreno de la política y el arte, nos convencemos más que en días de lucha como los que atravesamos, y mientras que no sean la religion del mundo los principios proclamados por nuestros padres, cada cual debe ayudar á la rehabilitacion de esos hombres calumniados por los idilios realistas, por esa miel de *belladona* y de *acónito*, dulce para los lábios, mortal para la inteligencia y para el corazon.

Volvamos á Dumuriez y libremos, á la Montaña en la persona de Danton y á la Gironda en la de Guadet y de Gensonné, de toda complicidad con el traidor que ni aun tuvo el pretexto de la ingratitud del país para disculpar la traicion.

La traicion la llevaba ya en el corazon al salir de Paris en el mes de Enero. Se habia comprometido con la coalicion para salvar al rey, y la cabeza del rey habia caido.

Para probar que no era cómplice de la régia muerte, no tenia otro recurso que vender á la Francia.

Efectivamente, estaba mal con todos los partidos.

Con los jacobinos, que con razon le tenian por realista ó al ménos por orleanista.

Con los realistas, por haber salvado dos veces la Francia de la invasion, una en Valmy y otra en Jemmapes.

Con Danton, porque este deseaba la anexion de los Paisés-Bajos á la Francia, y Dumuriez la independéncia de Bélgica.

Y por último, mal con los girondinos, porque ínterin trataba con la Inglaterra, ellos habian declarado bruscamente la guerra á la Gran Bretaña.

Solo el ejército le queria.

Pero tres dias despues de aquel en que Robespierre, sin responder de él, aseguraba tener confianza, llegó una carta de Dumuriez para el presidente de la Convencion, el girondino Gensonné.

Era la segunda edicion del manifiesto de Lafayette.

Una separacion completa de los principios, una amenaza á la Convencion, un plan político opuesto al de la Asamblea.

Barrere queria comunicar inmediatamente la carta á la Convencion y pedir la prision y acusacion contra Dumuriez; pero un hombre se opuso á la proposicion.

El tribuno, con la fuerza física y moral, jamás se cuidaba del mal que podria resultarle una proposicion ó adhesion hecha por él.

Hasta el dia en que se vió obligado, para no caer con ellos y para defenderse, á declararse contra los girondinos, jamás salió una palabra de sus lábios que no fuera eco de su corazon.

Hablaba, y despues que sucediera lo que pluguiera á Dios.

Entonces, sin cuidarse de la impopularidad que sobre él recaia oponiéndose á la proposicion contra Dumuriez, dijo:

—¿Qué haceis? ¿Quereis decretar la prision de ese hombre? ¿Y no sabeis que es el ídolo del ejército? ¿No habeis visto como yo en las

revistas besar los soldados sus manos, su traje, sus botas? Es preciso por lo ménos aguardar á que efectúe su retirada. ¿Quién la hará y cómo sin él?

Y con una frase lanzó un rayo de luz sobre aquella dualidad extraña que cada cual pudo comprender.

—*Ha perdido la cabeza como político, dijo, pero no como general.*

El comité fué de la opinion de Danton.

Entonces se hizo esta pregunta:

—¿Qué se debe hacer?

—Mandar al general una comision para que se retracte de su carta.

—Y quién podrá exponerse á atacar al lobo en su cueva?

Danton cambió una mirada con su colega Lacroix.

—Lacroix y yo, en nombre de la Montaña, con tal que Gensonné y Guadet nos acompañen en nombre de la Gironda.

La proposicion se trasmitió á los dos girondinos, los que viéndose ya demasiado comprometidos, rehusaron.

Entonces Danton ofreció ir solo con Lacroix, y el comité prometió guardar la carta hasta que volvieran.

Efectivamente, era imposible prender á Dumuriez en medio de su ejército.

Los hombres que habia conducido á la victoria, los valientes que creian tenia un corazon francés y que ignoraban su traicion, le defenderian.

Únicamente los voluntarios, que al salir de Paris habian oido gritar contra la traicion de Dumuriez, y que habian pensado llegar hasta los bancos de la Convencion para asesinar como cómplices suyos á los girondinos, le podrían prender, pero los soldados le defenderian y la guerra civil hubiera estallado entre el ejército.

Hubiera sido preciso que los franceses le vieran en medio de los austriacos fraternizando con ellos para que se les cayeran las armas de sus manos y desapareciera la confianza de su corazon.

Pero antes que se comprendiera por completo aquel sér incomprendible, antes que Danton pudiera llegar, se vió obligado Dumu-

riez á batirse con el enemigo, que tenia cincuenta mil hombres, teniendo él solo treinta y cinco mil.

La batalla fué una derrota. La accion tomó el nombre del pueblecillo de Nervonde, y fué desastrosa.

Abandonado Nervonde por tres veces y vuelto á tomar, era un osario de carne humana, pues en sus calles se recogieron mil quinientos muertos.

La disposicion del terreno se parecia mucho á la de Jemmapes. El plan el mismo.

Miranda, un anciano general español, calumniado por Dumuriez, francés por amor á la libertad y que debia volver á ser español para ayudar á Bolívar á fundar las repúblicas de la América del Sur, mandaba la izquierda.

Era la posicion que Dampierre ocupaba en Jemmapes.

El duque de Chartres mandaba el centro, como en Jemmapes. El general Valence, el yerno de Sillery-Genlis, mandaba la derecha.

Lo mismo que habian dejado en Jemmapes cargar á Dampierre, hasta el momento en que el duque de Chartres decidiera el éxito de la batalla en Nervonde, dejaron á Miranda hasta que Valence, vencedor en el ala derecha, y el duque de Chartres vencedor en el centro, acudieron al socorro de Miranda.

Pero dió la casualidad que en el ejército enemigo tambien habia un príncipe.

Era el príncipe Carlos, hijo del emperador Leopoldo, el que tambien daba el primer paso en la carrera de las armas y que necesitaba una victoria para hacerse popular.

La superioridad de fuerzas la hacian segura.

Segun el plan debia Miranda ocupar Leave y Osmail: á las doce los ocupó; pero entonces Coburgo, para reservar la victoria al príncipe Carlos, envió columnas sobre columnas contra Miranda.

La mayor parte del ejército francés mandado por el general español se componia de voluntarios, que viendo venir hácia ellos aquellas masas compactas se desbandaron, llevando en pos de ellos al general hasta Tirlemon, á pesar de sus esfuerzos sobrehumanos para detenerlos.

Cerca de las doce habia sabido Dumuriez la victoria de Miranda, pero ninguna noticia tuvo de su derrota. El ruido de sus cañones le impedia calcular si el de los demás aumentaba ó disminuía.

Por último, al concluir la jornada, arrojado de Nervonde y no teniendo á su lado sino quince mil hombres, pensaba apoyarse en los siete ú ocho mil de Miranda.

Pero de aquellos no quedaban sino algunos cientos de fugitivos.

Al echar pié á tierra, y cuando creia concluida la jornada, supo Dumuriez la derrota de Miranda; vuelve á montar á caballo, y seguido por sus dos ayudantes, las señoritas de Fernig, y de algunos criados, sale á galope, escapa como por milagro á los hulanos y llega á media noche á Tirlemont, en donde encuentra á Miranda casi solo y estenuado por los esfuerzos que habia hecho.

Desde allí dió la órden de retirada.

Dumuriez operaba al dia siguiente el mismo movimiento, y en el *Boletín Oficial* confesó Coburgo justificando la frase de Danton, que si Dumuriez habia perdido la cabeza como político, no así como general; que aquella retirada fué una obra maestra de estrategia.

Pero no era ménos cierto que Dumuriez habia perdido el prestigio: el general feliz habia sido vencido.

Danton y Lacroix habian encontrado desde Bruselas sembrado el camino de fugitivos, y segun estos, ya no existia ejército y el enemigo podria sin obstáculo ninguno ir hasta Paris.

Aquellas noticias hacian encoger de hombros á Danton.

Ambos comisionados llegaron á Louvain.

Les dijeron que habiendo atacado el ejército imperial los dos puehlos de Op y de Neervoelpe, el general mismo habia corrido á los cañones.

Los comisionados tomaron caballos de posta, y dirigidos por el rumor de la artillería, llegaron hasta el centro de la batalla, en donde encontraron á Dumuriez rechazando al enemigo lo mejor posible.

Al verlos hizo un gesto de impaciencia.

Habian llegado al sitio más peligroso, y las balas y la metralla llovian sobre ellos.

—¿Para qué habeis venido? les gritó Dumuriez.

—A pediros cuenta de vuestra conducta; contestaron los dos diputados.

—¡Pardiez! mi conducta ya la estais viendo; contestó el general.

Y sacando el sable se puso á la cabeza de un regimiento de husares, cargó y se apoderó de dos piezas de artillería que le molestaban mucho.

Danton y Lacroix permanecieron impasibles.

Cuando Dumuriez volvió les encontró en el mismo sitio.

—¿Qué haceis ahí? exclamó.

—Os aguardábamos.

—Este no es vuestro puesto; si mataran á uno de vosotros no acusarian al enemigo, sino á mí; id á esperarme á Louvain; iré allí esta tarde.

Lo que decia era verdad; de modo que los comisionados volvieron al paso de sus caballos, no queriendo caminar más de prisa para que no creyeran que huían.

Dumuriez fué puntual á la cita.

Se comprende que desde las primeras palabras la conversacion tomó un giro ágrío, el que no era á propósito para reconciliar con la Montaña al general.

Estaban muy distantes unos de otros en sus opiniones.

Danton queria conservar Bélgica y hacer que aceptase el papel moneda (assignats), y Dumuriez deseaba que Bélgica fuese libre, de modo que no habia medio de entenderse.

Pasaron el tiempo en recriminaciones mútuas.

Dumuriez no quiso retractar la carta, y solo pudo conseguirse que escribiera las siguientes líneas:

«El general Dumuriez ruega á la Convencion que no juzgue su carta del 12 de Marzo hasta que envíe las explicaciones necesarias.»

A media noche partieron los diputados portadores de aquella carta insignificante.

Al dia siguiente hubo otro ataque por el ejército imperial; Bliedbeck fué tomado por una columna húngara.

Pero fué rechazada, perdiendo la mitad de sus hombres, por el regimiento de Auvornia, mandado por el coronel Dumas, quien tomó dos piezas de cañon.

Tuvieron lugar tres ataques, y los tres fueron rechazados. Los austriacos se retiraron algunas leguas bastante maltratados.

Pero al dia siguiente de la marcha de los comisionados, no temiendo que le importunasen ya, envió Dumuriez al cuartel general del príncipe Coburgo al coronel Montjoye, encargado de hablar con el coronel Mack, jefe de Estado mayor de la guardia imperial.

El pretexto, como siempre, era un armisticio para cangear los prisioneros y enterrar los muertos.

Mack dió á entender que tendria un placer en conferenciar con el general francés.

Al dia siguiente de esta conferencia volvió el coronel Montjoye al cuartel general para invitar á Mack, de parte de Dumuriez, á que se presentara en Louvain.

En sus Memorias ha dicho Dumuriez hablando del coronel: «Oficial de gran mérito.»

Efectivamente, entonces tenia Mack esa reputacion.

Era un hombre de cuarenta y un años, nacido en Franconia, de una familia pobre, y que entró al servicio del Austria en un regimiento de dragones, en el que pasó por todos los grados hasta llegar á coronel.

Habia hecho la guerra de Turquía á las órdenes del fedemariscal Landon, y la de los siete años al mando del conde de Lacy.

Enviado en 92 al príncipe de Coburgo, le hizo jefe de Estado mayor. No habiendo en aquella época sufrido ningun desastre de los que más tarde le dieron triste celebridad, tenia la reputacion de uno de los oficiales más distinguidos del ejército austriaco.

Hé aquí lo que se convino con él:

1.º Que existiria un armisticio tácito.

Que despues los franceses se retirarian lentamente hácia Bruselas sin ser molestados.

2.º Que los imperiales no atacarian, ni el general tampoco buscaria una batalla.

Que despues de la evacuacion de Bruselas, se volverian á ver para tratar de los hechos posteriores.

Lo demás de que se trató fué un secreto para Francia.

Estas condiciones se observaron escrupulosamente por ambas partes.

El 25 atravesó el ejército Bruselas, y con el mayor orden se retiró á Hall.

Rompimiento de Danton con la Gironda.

El 29 de Marzo, á las ocho de la noche, entraban en Paris Danton y Lacroix.

En lugar de dirigirse á su casa, Travesía del Comercio, ó á su casa de campo de Sevres, aprovechando las tinieblas y el capote que le cubria, fué á llamar en casa de Jacobo.

Al escuchar «adelante,» abrió la puerta y entró.

Jacobo le reconoció, y mientras que la mirada inquieta de Danton recorria la habitacion para saber si estaban solos, Merey salió á su encuentro y le tendió la mano.

—¿De dónde llegas?

—De Bruselas directamente, contestó Jorge.

Jacobo le acercó una silla.

Me dirijo á tí porque tú eres amigo mio, y deseo probarte que lo soy tuyo. No iré á la sesion ni esta noche ni mañana. Antes de ir necesito saber á qué altura se encuentra la opinion pública. Al rehusar Guadet y Gensonné acompañarme para hablar á Dumuriez, se han perdido y han perdido con ellos á la Gironda; si hubieran venido conmigo, si hubieran hablado á Dumuriez con la energía que yo, hubieran tenido que dar fé de ello, y esto era su defensa. ¿Cómo estamos por aquí?

—La exasperacion ha llegado á su colmo, contestó Jacobo. El comité de vigilancia ha dado la noche última orden para prender á Igualdad, padre é hijo, y ha ordenado que se pongan los sellos en los papeles de Roland.

Que despues de la evacuacion de Bruselas, se volverian á ver para tratar de los hechos posteriores.

Lo demás de que se trató fué un secreto para Francia.

Estas condiciones se observaron escrupulosamente por ambas partes.

El 25 atravesó el ejército Bruselas, y con el mayor orden se retiró á Hall.

Rompimiento de Danton con la Gironda.

El 29 de Marzo, á las ocho de la noche, entraban en Paris Danton y Lacroix.

En lugar de dirigirse á su casa, Travesía del Comercio, ó á su casa de campo de Sevres, aprovechando las tinieblas y el capote que le cubria, fué á llamar en casa de Jacobo.

Al escuchar «adelante,» abrió la puerta y entró.

Jacobo le reconoció, y mientras que la mirada inquieta de Danton recorria la habitacion para saber si estaban solos, Merey salió á su encuentro y le tendió la mano.

—¿De dónde llegas?

—De Bruselas directamente, contestó Jorge.

Jacobo le acercó una silla.

Me dirijo á tí porque tú eres amigo mio, y deseo probarte que lo soy tuyo. No iré á la sesion ni esta noche ni mañana. Antes de ir necesito saber á qué altura se encuentra la opinion pública. Al rehusar Guadet y Gensonné acompañarme para hablar á Dumuriez, se han perdido y han perdido con ellos á la Gironda; si hubieran venido conmigo, si hubieran hablado á Dumuriez con la energía que yo, hubieran tenido que dar fé de ello, y esto era su defensa. ¿Cómo estamos por aquí?

—La exasperacion ha llegado á su colmo, contestó Jacobo. El comité de vigilancia ha dado la noche última orden para prender á Igualdad, padre é hijo, y ha ordenado que se pongan los sellos en los papeles de Roland.

—Ya lo ves, dijo Danton tornándose sombrío; es la declaración de guerra; alguno de los vuestros cometerá la imprudencia mañana de atacarme; será preciso que le conteste, y os destruiré á todos, incluso tú desgraciadamente. Ahora, escucha; tenemos esta noche y mañana. Tengo bastante influencia para enviarte con una comisión al Norte, al Mediodía, á los ejércitos del Pirineo, por ejemplo; allí estarías seguro; tú no tienes ningun compromiso con los girondinos.

Jacobo interrumpió á Danton y le puso la mano sobre el brazo.

—Basta, le dijo; ¿no comprendes que tu amistad hácia mí es casi un insulto? Ningun compromiso me liga con los girondinos, pero no habiendo votado la muerte del rey, hubiera sido rechazado por la Montaña; me he sentado en sus filas y me acogieron desconocido aun; no son mis amigos, son mis hermanos.

—Pues bien, repuso Danton; preven á los que quieras para que busquen los medios de evadirse cuando llegue el momento. No me he mezclado en el embargo de los papeles de Roland, pero según costumbre, me lo atribuirán. Si no me atacan, callaré; he hecho, á Dios gracias, bastante para contraer una alianza con tus amigos; siempre he sido rechazado desdeñosamente; pues ahora no es una alianza, es la neutralidad la que propongo.

—No dudarás, dijo Jacobo, que sufro verdadero dolor cuando te veo luchando por un lado con los girondinos y por el otro expuesto á las injurias de los montañeses. Sabes que llega un momento en que es imposible separar al río de su cáuce. Una fuerza irresistible nos impulsa hácia un abismo y nada podrá salvarnos. Ahora me disponia á cenar; cena conmigo.

Danton se quitó el capote y se sentó á la mesa.

—En cuanto á tí, sabes que no tienes que buscar asilo, porque tienes uno en mi casa; no te irán á buscar, y si así fuese, interin yo viva no te tocarian á un cabello.

—Sí, dijo Jacobo, sirviendo á Danton con la misma tranquilidad que si se hubiera tratado de cosas indiferentes; sí, pero caerá tu cabeza; no estamos en Roma en aquellos tiempos en que bastó con Decio para cerrar el abismo. Nuestras veintidos cabezas caerán, y

creo que ya las habrá contado el verdugo, y el abismo permanecerá abierto para la tuya y para la de tus amigos. Me sucede como al anciano Carotte; tengo momentos en que adivino el porvenir. Amigo mio, con frecuencia he pensado en lo que hace pocos dias dijiste, que los que han visto esta primavera no verán la próxima, y los que vean la venidera será la última. He visto en mis sueños muchas tumbas sin nombre, en cuya profundidad reconocia á los difuntos; entre ellas no he visto la mia. No me refugiare en tu casa, porque te perjudicaria. Tengo un amigo ménos querido que tú, y al que no he visto más que una vez; pero su albergue es más seguro que el tuyo.

—No te pregunto su nombre, dijo Danton indiferente; si estás seguro de él, basta. Buen vino de Borgoña tienes, es el que más me gusta; el Burdeos no es para los hombres; bien se conoce que se han nutrido con él los girondinos: elocuentes, y despues nada, vacíos; ¿sabes á los que temo más de ellos? No á los oradores como Vergniaud, ni Guadet, sino á los que os arrojan una injuria grosera al rostro, y á la cual no se sabe qué contestar. Felizmente, estoy preparado á todo. Tanto me han calumniado, que no me admiraré el dia en que digan que he levantado las torres de Nuestra Señora sobre mis hombros.

—¿Qué harás esta noche? preguntó Meroy; ¿te quedas aquí? ¿Quieres que haga te preparen cama?

—No, contestó Danton; he querido saber tu opinion y darte á conocer la mia: he deseado prepararte para lo que sucederá; es decir, la caída del partido del que eres aliado. Como no eres ambicioso, no sentirás tus esperanzas perdidas; yo he sido ambicioso.

Y Danton lanzó un suspiro.

—Pero te juro que si no estuviera tan comprometido, si no creyera que Francia tiene necesidad de mi brazo, de mi corazón y de mis miradas, tomaria á Luisa en mis brazos, la jóven que viste el otro dia y que yo veré esta noche; pondria en sus bolsillos y los míos los treinta ó cuarenta mil francos en papel que me restan, y la llevaria al cabo del mundo, dejando que se exterminasen á su antojo los girondinos y los montañeses.

Jorge se levantó y tomó su capote.

—¿De modo que será pasado mañana? preguntó Jacobo.

—Sí, si tus amigos me provocan: si no, será dentro de ocho días, de quince ó de un mes, pero no más. Piensa en lo que te he dicho: no te dejes prender, huye; y si ese amigo con quien cuentas te falta, piensa en Danton.

Ambos amigos se estrecharon la mano: Danton habia hecho que le esperase el carruaje. Jacobo se asomó á la ventana y le siguió con la vista.

Le oyó dar la orden al cochero para que le condujera á Sevres, y mirando al carruaje que se alejaba, exclamó:

—Es feliz; va á ver á su Eva.

Era cierto lo que habia dicho Jacobo Merey.

La Convencion estaba más tumultuosa que nunca. Danton partió el 16 y regresó el 29. Durante este tiempo penetró en ella la luz; nadie dudaba de la traicion de Dumuriez.

La carta no habia sido leida, no se habia recibido ninguna prueba; sus conferencias con Mack eran secretas; pero esa voz, que es la del buen sentido público, decia sin rebozo:

—Dumuriez nos vende.

El 1.º de Abril llegaron furiosos á la Cámara los amigos de Roland, los que se inspiraban más bien con su esposa que con él. Habian sabido que los papeles del ex-ministro estaban embargados.

Habia ¡cosa extraña! tanto en la derecha como en la izquierda, dos diputados enviados por el Languedoc; dos ministros protestantes, tan ágricos, tan violento el uno como el otro.

A la derecha Lasource, un girondino.

A la izquierda Juan Bautista San Andrés, un montañés.

Cuando entró Danton estaba Lasource en la tribuna, y anunciaba que, á pesar de que Danton y Lacroix habian llegado la antevispera, todavía no se habian presentado en la Cámara. ¿Qué hacian? ¿Por qué aquella ausencia de veinticuatro horas en aquellos momentos?

Debia existir un secreto.

—Esa es la nube que es preciso aclarar, decia.

En aquel momento, repetimos, entraba Danton; pero al llegar á su puesto, en lugar de sentarse, permaneció de pié, adivinando que se ocupaban de él. De pié queria el titan que le derribaran.

Lasource le vió delante de él como una amenaza; pero lejos de retroceder, hizo un gesto como señalándole.

—Pido, dijo, que se nombre una comision para descubrir y herir al culpable. Bastante tiempo hace que el pueblo ve el trono y el capitolio; ahora desea ver el cadalso y la roca Tarpeya.

La derecha aplaudió.

La Montaña y la izquierda guardaron silencio.

—Pido además, continuó Lasource, la prision de Igualdad y la de Sillery. Pido, para dar una prueba al país de que jamás transigiremos con el tirano, que cada uno de nosotros se comprometa solemnemente á dar la muerte al que quisiera ser rey ó dictador.

Y entonces la Asamblea en masa se levantó.

Gironda y jacobinos, llanura y Montaña, derecha é izquierda, repitieron con gesto amenazador el juramento pedido por Lasource.

Durante el discurso, todas las miradas estaban fijas en Danton. Tal vez nunca su fisonomía trastornada habia cambiado en pocos minutos de un modo más rápido. Primero se leyó en ella el asombro del orgullo, que aun cuando preveia aquel ataque, lo miraba como imposible: la cólera que le impulsaba á arrojarse sobre el enemigo, que era un insecto comparado con él. Despues el desden de una popularidad que podia arrostrar todo. El ánimo se turbaba contemplándole, como al mirar la profundidad de un abismo.

Cuando concluyó Lasource, se inclinó hácia la Montaña, y dijo á media voz:

—¡Los pérfidos! Ellos defendieron al rey y nos acusan de realismo á nosotros.

Un diputado llamado Delmas lo oyó.

—No vayamos más allá, dijo; la explicacion que se busca puede perder á la república: pido que se imponga silencio.

La Convencion votó el silencio; Danton comprendió que le perdian bajo la apariencia de evitarle un disgusto.

De un salto se encontró en la tribuna, derribando á los que se

oponian á su paso, y una vez allí, en aquel púlpito en donde acababa de ser tan cruelmente atacado,

—Y yo, dijo, no quiero callarme; quiero hablar.

La Convencion entera se sometió á su influencia, y á pesar del voto que acababa de dar, escuchó.

Entonces, volviéndose á la Montaña é indicando que solo se dirigia á los montañeses, exclamó:

—Ciudadanos, debo empezar por rendiros homenaje, á vosotros los que os sentais en la Montaña, porque habeis juzgado mejor que yo.

Largo tiempo he creido que debia moderar la impetuosidad de mi carácter, para emplear, en las dificiles circunstancias en que me ha colocado mi cargo, la moderacion que los acontecimientos imponian. Me acusábais de débil; teniais razon, lo reconozco ante la Francia entera. Nos acusan á nosotros, creados para denunciar la impostura y la perfidia, y los hombres á quienes contemplábamos, toman hoy la insolente actitud de los denunciadores. ¿Y por qué la toman? ¿Quién les da esa audacia? Yo, yo mismo debo confesarlo.

Sí, yo, porque he sido demasiado juicioso, demasiado circunspecto: porque han tenido la astucia de espacir que era jefe de partido y que queria hacerme dictador, porque no he querido responder á mis adversarios, provocar rudas luchas, ni causar trastornos en la Asamblea. ¿Por qué hoy abandono este sistema de silencio y de moderacion?

Porque hay límite para la prudencia; porque atacado por aquellos que debian aplaudirse de mi circunspeccion, es permitido atacar á su vez y salir de los límites de la paciencia.

¡Queremos un rey! Solo aquellos que han tenido la cobardía de querer salvar al tirano, apelando al pueblo, pueden ser sospechosos de querer un rey; solo aquellos que han querido castigar á Paris por su heroismo, sublevando contra él los departamentos; solo aquellos que han tenido con Dumuriez durante su estancia en Paris cena clandestina, solo aquellos son los cómplices de esa conspiracion.

Y á cada período del discurso se oian los pataleos de la Montaña y la voz ágría de Marat, que decia á cada insinuacion:

—¿Oyes Vergniaud? ¿Oyes Barbaroux? ¿Oyes Brissot?

—Pero nombrad á los aludidos; gritaron Gensonné y Guadet.

—Sí, y nombraré primero á los que rehusaron venir conmigo para hablar á Dumuriez, porque se hubieran ruborizado delante de su cómplice; nombraré á Gensonné, nombraré á Guadet, puesto que desean que hable.

—Escuchad, repitió Marat con su voz ágría y chillona; vais á oir los nombres de aquellos que quieren degollar á su patria.

—No necesito nombrarlos, continuó Danton; ya sabeis á los que me dirijo; terminaré con una palabra que encierra todo. Digo que no es posible una trégua entre la Montaña, entre los patriotas que han votado la muerte del tirano y los cobardes, que deseando salvarlo, nos han calumniado en toda Francia.

Era lo que esperaba con impaciencia la Montaña hacia tiempo.

Se levantó como un solo hombre y lanzó una exclamacion de júbilo la Convencion de los girondinos, de aquellos que siempre reprobaron el derramamiento de sangre; fué hecha por el que tantas veces habia tratado de reconciliar la Montaña y la Gironda. Entonces Danton reflexionó como si buscara nuevos medios de ataque.

—Hace mucho tiempo, continuó, que vivo con la calumnia; sin miramiento se ha esparcido y se ha desmentido por sus contradicciones. Sublevé al pueblo al principio de la revolucion, y he sido calumniado por los aristócratas; hice el 10 de Agosto y los moderados me calumniaron.

Impulsé á la Francia hácia la frontera y á Dumuriez á la victoria, y fuí calumniado por los malos patriotas. Hoy las homilias mezquinas de un anciano cauteloso, Roland, son la base para nuevos cargos; lo habia previsto. Me acusan del secuestro de sus papeles, ¿no es cierto? Me encontraba á ochenta leguas de aquí cuando se ha efectuado. El colmo de su delirio es tal y la cabeza de ese anciano está tan trastornada, que solo vé la muerte, imaginándose que están prontos á herirle todos los ciudadanos. Él y sus amigos sueñan con la destruccion de Paris.

Con respecto á mí, probaré que soy un revolucionario fiel á mi bandera, y os ruego, ciudadanos, que deis fé á estas palabras.

—¡Cronwell! gritó una voz de la derecha.

Danton irguió la cabeza.

—¿Quién es el infame que se atreve á llamarme Cronwell? Pido que el vil calumniador sea preso, juzgado y condenado. ¿Yo Cronwell? ¿Yo aliado de los reyes? El que como yo hiera á un rey, se hace odioso á los reyes.

Y volviéndose de nuevo á la Montaña, añadió:

—Uníos, vosotros que habeis pronunciado la sentencia del tirano; uníos contra los cobardes que quisieron salvarle; reconcentraos y llamad al pueblo para destruir á los enemigos interiores. Confundid con el vigor y la imperturbabilidad de vuestro carácter á los pérfidos, á los aristócratas, á los moderados, á todos aquellos que nos han calumniado en las provincias; no haya paz, no haya tregua, nada de transaccion con ellos.

A su discurso contestó un rugido de la Montaña.

—Por la situacion en que me encuentro, continuó Danton, comprendereis la necesidad de ser firmes y de declarar la guerra á nuestros enemigos, sean los que quieran. Es preciso formar una indomable falange. Lasource ha pedido una comision para descubrir á los culpables y hacer ver al pueblo la roca Tarpeya y el cadalso; yo tambien pido lo mismo; pero añado que despues de haber examinado nuestra conducta, examine la de los hombres que nos han calumniado, que han conspirado contra la indivisibilidad de la república y que han tratado de salvar al tirano.

Danton bajó de la tribuna en brazos de los montañeses. El odio llegó á su colmo entre girondinos y jacobinos. Los girondinos habian durado tanto tiempo porque Danton los habia librado. Su discurso rompía el dique existente entre los dos partidos: le tocaba el turno á la sangre y á la cólera.

Durante la sesion y en medio de la turbacion que en la derecha causó el discurso de Danton, decretó la Convencion: «Que serian nombrados cuatro comisionados para intimar á Dumuriez que compareciese á la barra; si rehusara, llevarian orden de prenderle.

»Los cuatro comisionados serian: el anciano constituyente Camus; dos diputados de la derecha, Bancal y Quinette, y un montañés, Lamarque.

»Les acompañaria el general Beurnonville, al que llamaba Dumuriez su discípulo, y á quien amaba tiernamente, para que empleara todos los medios de conciliacion antes de romper con aquel general, necesario á pesar de sus derrotas, y cuyas victorias le habian hecho popular.»

Prision de los comisionados de la Convencion.

Dumuriez, cuyo proyecto era sorprender Valenciennes, habia trasladado á la aldea de San Amand su cuartel general, en donde estaba acantonada su caballería de confianza.

El general Neuille mandaba en Valenciennes, y creyendo sin razon poder continuar siendo dueño de la plaza, escribió á Dumuriez que podia contar con su apoyo y con el de la poblacion.

Sin embargo, empezaba á dudar: á cada instante se veia obligado á *purificar* el ejército, haciendo prender á algun jacobino.

El primero fué un capitán del batallon de Sena y Oise, llamado Lecointre, hijo del diputado por Versalles del mismo nombre, y uno de los montañeses más impetuosos que declamaba contra los constitucionales.

En el mismo dia tuvo lugar otro arresto, el de un teniente coronel, oficial del Estado mayor del ejército, llamado De-Pile, el que hablaba contra el general en jefe.

La víspera se presentó á Dumuriez el general Leveneur, compañero en su fuga del general Lafayette, y que Dumuriez habia agregado al cuartel general; pedia retirarse del ejército con pretexto de su mala salud, lo que le fué concedido.

El mismo permiso se le concedió al general Stetenhoffen.

Supo por último que Dampierre, el general Chamel y los generales Rosiere y Kermowant habian dado palabra á los comisionados de permanecer fieles á la Convencion.

Aquellas noticias, sabiendo cuáles eran los proyectos de Dumuriez, eran alarmantes.

El proyecto suyo no se encuentra en ningun historiador; pero era el siguiente:

Hacia largo tiempo que Dumuriez pensaba marchar contra Paris, suponiendo que los soldados hubieran querido seguirle, de lo cual empezaba á dudar; pero se habia detenido temiendo perjudicar á los restos de la familia real, encerrada en el Temple.

Hé aquí lo que se habia convenido en Tournay entre él y los generales Valence, Chartres y Thouvenot.

Bajo pretexto de contener la fuga de los desertores del ejército, mandarian á Francia á los coroneles Mantjoie y Nordmann, los que llevarian despachos para el ministro de la Guerra Beurnonville, anunciando su estancia en Paris por dos ó tres dias. La víspera de su partida mandarian á Bondy sus trescientos hombres, y á la noche siguiente entrarian por el *boulevard* del Temple, forzarian la guardia de la régia prision apoderándose de los cuatro prisioneros, los que en la selva de Bondy encontrarian un carruaje que debia conducirlos á galope hasta Pont-Sant-Mayence, y allí un cuerpo de caballería les escoltaria hasta Valenciennes y Lila.

Pero para esto era preciso estar seguro de estas dos poblaciones, y Dumuriez acababa de saber que se sostendrian en favor de la revolucion.

Entonces fué cuando pensó en coger rehenes importantes que le respondieran de la vida de los prisioneros, y mientras podia tener otros más ilustres, entregó al general Clerfait los dos jacobinos Lecointre y Pile.

El 2 de Abril, por un capitán de cazadores de caballería que tenia apostados en Pont-á-Marck, recibió el aviso de que el general Beurnonville, ministro de la Guerra, habia pasado dirigiéndose á Lila y diciendo que iba al encuentro de su amigo el general Dumuriez.

Aquella noticia le admiró. ¿Cómo no le habian prevenido?

Cerca de las tres de la tarde, dos correos, con los caballos cubiertos de espuma, anunciaron al general que precedian solo algunos minutos á los comisionados de la Convencion nacional y al ministro de la Guerra. Los correos no dudaban que los cuatro comi-

sionados y el ministro de la Guerra tenían la intención de prender á Dumuriez.

Tan corta era la distancia que les separaba de los enviados de la Convencion, que llegaron estos cuando los correos acababan de anunciarles.

Primero entró Beurnonville; Camus, Lamarque, Bancal y Quinette le seguian.

El ministro abrazó á Dumuriez, con el que habia servido, y á quien amaba mucho; despues le mostró á los comisionados con la mano, y le dijo:

—Mi querido general, estos señores vienen á notificaros un decreto de la Convencion nacional.

Al saber la llegada del ministro y de los cuatro diputados, todo el Estado mayor habia rodeado al general. Allí estaba Valence, Thouvenet, que acababa de ascender, el duque de Chartres y las señoritas de Fernig con su uniforme de húsares.

Camus le dirigió la palabra, indicándole con voz firme que pasara á una pieza inmediata para escuchar el decreto.

—¡Oh! dijo Dumuriez, conozco de antemano el decreto. Venís á echarme en cara haber sido demasiado honrado en Bélgica, de haber hecho que devolvieran á los ingleses sus alhajas y de no haber querido emponzoñar al pobre pueblo con vuestro papel-moneda. Verdaderamente, Camus, vos que sois tan devoto, me admira, os lo confieso, que un hombre que hace alarde de religioso y que permanece horas enteras delante de un crucifijo en su habitacion, defiende el robo de vasos sagrados y de los objetos del culto de un pueblo amigo.

Id á Santa Gudula y vereis las hostias pisoteadas y dispersas sobre el pavimento, los tabernáculos y confesonarios rotos, los cuadros hechos pedazos; buscad un medio para justificar esas profanaciones, y ved si no se debia restituir la plata y castigar severamente á los miserables que han ejecutado vuestras órdenes.

Si la Convencion aplaude tales crímenes, si no se ofende, si no los castiga, peor para ella y para mi desgraciada patria. Sabed que si para salvarla se necesitara un crimen, no le cometeria. Los terri-

bles atentados que se han cometido en nombre de la Francia caen sobre ella, y yo la sirvo tratando de borrarlos.

—General, contestó Camus, no nos compete escuchar vuestra justificacion ni contestar á vuestros supuestos agravios; estamos aquí para notificaros un decreto de la Convencion.

—¡La Convencion! repuso Dumuriez; ¿quereis que os diga lo que es vuestra Convencion? Es una reunion de quinientos imbéciles y doscientos infames. Yo me propongo marchar contra ella; soy bastante fuerte para batirme al frente y por la espalda. La Francia necesita un rey, me importa poco que se llame Luis ó Jacobo.

—O Felipe, ¿no es cierto? preguntó Bancal.

Dumuriez se estremeció. Le habian herido en el corazon de sus proyectos.

—Por tercera vez, replicó Camus, ¿quereis pasar al aposento inmediato para escuchar la notificacion del decreto?

—Todas mis acciones han sido siempre públicas, contestó el general, y continuarán siéndolo hasta lo último. Un decreto dado por setecientas personas no puede ser un misterio. Mis compañeros deben ser testigos de todo lo que suceda en esta entrevista.

—Pero entonces se adelantó Beurnonville.

—No te damos una orden, es una súplica mia; que te acompañe uno de estos caballeros; eso te lo concedemos.

—Sea; dijo Dumuriez. Venid, Valence.

—Solo que la puerta quedará abierta; observó Thouvenot.

—Que esté abierta; sea, respondió Camus.

Entonces presentó al general el decreto de la Convencion que le ordenaba presentarse en Paris.

Dumuriez se encogió de hombros y le devolvió.

—Ese decreto es absurdo, dijo; ¿puedo acaso dejar el ejército desorganizado como está y descontento? Si os siguiera, dentro de ocho dias no tendriais un solo hombre fiel á sus banderas. Cuando haya terminado la organizacion y cuando no se encuentre el enemigo á un cuarto de legua, entonces iré á Paris solo y sin escolta. Además, veo en ese decreto que en caso de desobediencia deis suspender mis atribuciones y nombrar otro general. No desobe-

dezcó; solo pido una próroga. Ahora decidme lo que vais á hacer; suspendedme si gustais; desde hace tres meses he ofrecido diez veces mi dimision y ahora la presento de nuevo.

—Somos competentes para suspenderos, y no para aceptar vuestra dimision.

—Y si dais la dimision, ¿qué pensais hacer despues? preguntó Beurnonville.

—Al quedarme libre de mis acciones haré lo que me convenga, contestó Dumuriez; pero os confieso, querido amigo, que no regresaré á Paris para verme envilecido por los jacobinos y condenado por el tribunal revolucionario.

—¿No reconocéis ese tribunal? preguntó Camus.

—Sí; le reconozco como un tribunal de sangre y de crímenes, y mientras yo tenga una espada al costado, os declaro que no me someteré á él; añadiendo que le miro como el oprobio de una nacion libre y que seria abolido si estuviera en mi mano.

—Ciudadano general, dijo Quinette, no se trata de tomar con vos ninguna medida funesta; la Francia os debe mucho, y vuestra presencia hará disipar todas las calumnias; vuestro viaje será corto, y si lo exigis, los comisionados y el ministro quedarán entre vuestros soldados durante vuestra ausencia.

—Y si los húsares y los dragones llamados de la república que andan diseminados por el camino me asesinan, sea en Gournay, Roge ó Senlís, en donde me esperan, ni el general Beurnonville tendrá la culpa, ni vosotros, señores comisionados, pero yo quedaré asesinado.

—Ciudadano general, me comprometo á acompañaros todo el camino, dijo Quinette, y á cubriros con mi cuerpo si hubiera peligro. Ofrezco volveros á poner aquí sano y salvo.

—Ciudadano general, dijo Bancal, recordad á los generales de Grecia y Roma, los que apenas eran llamados por el areópago ó por el consulado, se presentaban á dar cuenta de su conducta.

—Sr. Bancal, replicó Dumuriez, siempre nos equivocamos y desfiguramos la historia romana, disculpando nuestros crímenes con el ejemplo de sus virtudes, que desconocemos. Los romanos no

mataron á Tarquino como vosotros á Luis XVI. Los romanos tenían una república bien organizada: no tenían ni club de jacobinos, ni tribunal revolucionario. Estamos en una verdadera anarquía. Los tigres quieren mi cabeza; pues no se la daré.

Puedo hacer esa confesion sin temor de ser tachado de cobarde: puesto que buskais vuestros ejemplos en los romanos, os diré que bastante tiempo he representado el papel de Decio para que me libre del de Curcio.

Bancal volvió á tomar la palabra: era girondino.

—Nada teneis que ver con los jacobinos, ni con el tribunal revolucionario; no os llaman más que para comparecer en la barra de la Convencion y regresar á vuestro ejército.

El general movió la cabeza.

—Pasé en Paris el mes de Enero, y estoy seguro que hoy no estará más tranquilo que entonces. Sé por los periódicos que la Convencion está dominada por Marat, por los jacobinos y por las tribunas. La Convencion seria impotente para salvarme de su furor, y si mi orgullo me permitiera presentarme delante de tales jueces, mi aspecto me acarrearía la muerte.

—Basta, dijo Camus; estamos perdiendo el tiempo con palabras inútiles. ¿No quereis obedecer al decreto de la Convencion?

—No, contestó Dumuriez.

—Pues bien, os suspendo y os arresto.

Durante la discusion habian ido entrando uno á uno los íntimos de Dumuriez.

—¿Qué gente es esa? preguntó el intrépido anciano, mirando particularmente á las señoritas de Fernig, cuyo sexo, á pesar del uniforme, se reconocia fácilmente; vamos, entregadme vuestros papeles.

—¡Ah! esto es demasiado, exclamó el general en idioma francés; y despues añadió en alemán:

—Prended á esos cuatro hombres.

Los húsares alemanes, que estaban en la pieza próxima, se precipitaron en la habitacion y se apoderaron de los cuatro diputados.

—¡Cuando yo aseguraba que nos las habíamos con un traidor!... dijo Camus. Prisionero como estoy te declaro traidor á la patria; ya no eres general y ordeno que no te obedezcan.

Entonces Beurnonville se colocó al lado de los comisionados.

—Y yo, dijo á su vez, te ordeno que me prendas con mis compañeros para que no crean que hago pacto contigo ni vendo á la nacion como tú.

—Bien; replicó Dumuriez, prendedle con los otros; solo tened miramiento con él y dejadle sus armas.

Los cuatro comisionados y el ministro fueron conducidos á la cámara vecina.

Allí les sirvieron la comida interin enganchaban el carruaje que debía conducirlos presos á Tournai.

Dumuriez recomendó de nuevo los mayores miramientos hácia el general Beurnonville, y despues escribió una carta al general Clairfayt, diciéndole le enviaba rehenes para que respondieran de los excesos que se cometieran en Paris.

Una hora despues partió el carruaje escoltado por los mismos húsares de Berchiny, que habian dado una carga el 13 de Julio del 89 en el jardin de Tullerías.

Al mismo tiempo que salian para Tournai los comisionados de la Convencion, Dumuriez mandaba al coronel Motjoye para avisar á Mack de lo que sucedia y para rogarle que dispusiera una entrevista entre el príncipe de Coburgo, él y el príncipe Cárlos.

El dia siguiente se pasó sin que el acontecimiento del 2 hiciera mucho ruido ni fuese sabido por el ejército. Sin embargo, en la mañana del 3 empezó á circular la palabra *traidor*. Dumuriez queria apoderarse de Condé para purificar la guarnicion, reunir en aquella poblacion todo el ejército, soldados y generales que desearan seguir su suerte, y salir de Condé con un ejército mitad austriaco, mitad francés, y marchar contra Paris.

El general Mack contestó que el 4 por la mañana se encontrarían entre Boussu y Condé el príncipe de Coburgo, el archiduque Cárlos y él, y que allí convendrían el movimiento que debía efectuar el ejército.

El 4 por la mañana salieron de San Amand, Dumuriez, el duque de Chartres, Thouvenot, Montjoye y algunos ayudantes.

Llevaban por escolta ocho húsares, los que con los asistentes formaban un grupo de treinta caballos.

Dumuriez habia pedido una escolta de cincuenta húsares, pero como se retrasaba y la hora de la cita habia llegado, dejó encargado á uno de sus ayudantes que se pusiera á la cabeza de la escolta é indicase el camino que debia seguir.

Cuando llegó á una media legua de Condé, entre Fresnes y Doumet, vió llegar á rienda suelta á un ayudante del general Neuilly, el que le avisaba que la guarnicion estaba muy alarmada y que seria una imprudencia que entrase en la poblacion.

El oficial fué enviado de nuevo con orden de decir al general Neuilly que enviase á su encuentro al regimiento 18 de caballería, del que creia poder estar seguro.

Esperaria en Doumet su llegada.

En aquel momento se le reunió en el camino una columna con tres batallones de voluntarios que se dirigian á Condé con sus bagajes y artillería. Admirado de aquella marcha que no habia ordenado, llamó á los oficiales y les preguntó á dónde iban.

Le contestaron que á Valenciennes.

—¿Qué estais hablando? exclamó el general; si volveis la espalda á Valenciennes.

Les ordenó que hicieran alto, y se alejó cien pasos del camino real para entrar en una casa y dar por escrito la orden á los tres batallones para que regresasen á Bruille, de donde habian partido.

Ya se habia apeado del caballo, cuando la columna volvió hacia atrás y se dirigió á él.

Saltó á la silla, y se alejó al trote hasta un canal que orillaba un terreno pantanoso.

Los gritos, las injurias, la palabra *¡detente!* y la marcha rápida de los voluntarios, que parecia una persecucion, le obligaron á pasar el canal. Pero el caballo no lo consintió, y viendo no queria atravesarlo, se apeó y lo pasó á pié.

Pero entonces, á los gritos de *¡detente! ¡detente!* se siguieron los

tiros. No habia medio de hacer frente al peligro, era preciso huir; pero Dumuriez no podia huir á pié.

Su sobrino, el baron de Schömberg, que habia llegado la víspera despues de correr mil peligros por reunirse con él, saltó del caballo y se le ofreció; Dumuriez rehusó obstinadamente, pero tomó el de un criado del duque de Chartres, el que era muy diestro y ligero y decia podia correr y huir.

Los tiros continuaban. Fueron muertos dos húsares y dos criados del general, uno de los cuales llevaba su abrigo.

A Thouvenot le mataron dos caballos y se escapó á la grupa de aquel Bautista Renard que reorganizó en Jemmapes un regimiento y fué nombrado por la Convencion capitán.

El mismo general dice en sus Memorias que tiraron sobre él más de diez mil tiros. Cogieron á Quentin, su secretario, y el caballo del general, que habia quedado del otro lado, fué conducido en triunfo á Valenciennes.

Dumuriez no podia regresar al campamento; los voluntarios le cortaban el camino y parecian decididos á no tener miramientos.

Costeó el Escaut, y siempre perseguido de cerca, llegó á una barca más allá del pueblecito de Mihers.

Fué el sexto que pasó el rio.

Se encontraba en territorio imperial, traidor y emigrado.

Con él estaban el general Valence, el duque de Chartres, Thouvenot, Schomberg y Montjoye.

Y sin embargo, al dia siguiente determinó Dumuriez perecer si era preciso para rehabilitarse, pues de tal modo es sagrada la patria y tan pesado es el nombre de *traidor*. Dumuriez anunció al general Mack que habia determinado volver al campo francés y verlo que podia esperar del ejército; pero quiso exponerse solo.

Mack no permitió que partiera sin escolta y le dió doce dragones austriacos.

Esto le perdió; las capas blancas, aborrecidas por nuestros soldados, gritaban *traicion*; sin esa circunstancia tal vez no hubiera fracasado. Corria en el ejército el rumor de que Dumuriez habia sido asesinado, y le creian muerto.

Los soldados se regocijaron al verle; á su vista se enternecieron y gritaron: ¡Viva Dumuriez!

Solo los voluntarios permanecian amenazadores.

—Amigos míos, dijo Dumuriez recorriendo las filas; acabo de tratar la paz; iremos á Paris á impedir se derrame más sangre.

Cuando hay paz pide el soldado guerra; pero se cansa cuando la guerra es desgraciada, y pide entonces la paz.

Aquella noticia de que la paz estaba hecha causó gran impresion.

Se encontraba enfrente del regimiento de la Corona abrazando á un oficial que se habia distinguido en la batalla de Nervonde.

Un furriel, llamado Fichet, salió de las filas, se puso delante del caballo de Dumuriez, y señalando á los austriacos que le acompañaban,

—¿Qué quiere esa gente? ¿Qué quieren decir esos laureles que ostentan en sus gorras? ¿Han venido para insultarnos?

—Estos señores son nuestros amigos, contestó Dumuriez; forman nuestra retaguardia.

—¡Nuestra retaguardia! replicó el joven furriel. ¿Van á entrar en Francia á hollar el suelo francés? Somos treinta millones de franceses y no necesitamos quien nos espie. Es una vergüenza; los austriacos en tierra de la república es una traicion. ¡Vais á entregarles Lila y Valenciennes! ¡Vergüenza y traicion! repitió en voz alta.

Aquellas dos palabras vergüenza y traicion corrieron como un rayo por toda la línea. Apuntaron á Dumuriez: separado el fusil, salió el tiro, y todo el batallon le apuntó.

Dumuriez comprendió que estaba perdido; espoleó á su caballo y se alejó á galope. Los austriacos le siguieron: habian abierto entre él y Francia un abismo que jamás pudo salvarse.

En vano llegó la restauracion: viendo que los Borbones volvian al trono, contaba con el baston de mariscal de Francia; pero le señalaron desdeñosamente una pension de 20.000 francos, y olvidado, ignorado de sus contemporáneos, deshonorado en la historia, tal vez demasiado severa para él, murió el 14 de Marzo de 1823 en Turville-Park. Habia pasado cincuenta años intrigando, tres años en un teatro digno de él y treinta años en el destierro.

XXXVI.

El 2 de Junio.

Desde el momento en que se supo la traición de Dumuriez, llevada al extremo con la prisión de los comisionados de la Convención, se consumó la pérdida de los girondinos, y los dos meses que pasaron desde el 2 de Abril hasta el 2 de Junio no fueron para ellos sino una agonía lenta.

Jacobo Merrey, unido á los girondinos más bien por el voto contra la muerte del rey que por el todo de sus ideas, que eran jacobinas, habia seguido su suerte, aun cuando comprendia que caminaban hácia un precipicio.

La sesión que entregó en manos de sus verdugos á los girondinos, fué terrible; duró tres dias, desde el 31 de Mayo hasta el 2 de Junio; durante los tres dias, la artillería de Henriot cercó la Convención; durante tres dias, Paris sublevado gritaba alrededor de Tullerías: ¡Muerte á los girondinos! y hasta las tribunas se hicieron eco de aquellas sangrientas vociferaciones.

Hubiéramos deseado hacer asistir á nuestros lectores á esas horrosas sesiones, en las que la Convención, viéndose oprimida y no queriendo votar contra su voluntad la muerte de veintidos miembros, salió con su presidente á la cabeza para abrirse paso, pero fué rechazada, tanto en la plaza del Carrousel como en el puente giratorio.

Hubiéramos deseado mostraros á esos hombres que lucharon mal, pero que murieron bien, esperando á cada instante á los asesinos ó á los gendarmes, y no viendo aparecer ni á unos ni á otros, porque habian querido respetar en el recinto de la Cámara la in-

violabilidad del diputado, lanzándose despues por las tumultuosas calles, en las que iba á empezar una caza de hombres, recorrer la Normandía, la Bretaña, y deteniéndose en los campos de Burdeos sobre el cadáver de Pethion.

En medio de la turbacion que reinaba en la Asamblea, le pareció á Jacobo Merrey que le hacia señas Danton para que saliera.

Se levantó de su banco, y Danton hizo lo mismo. Dió un paso hácia la puerta, y Jorge tambien; no podia dudarle; Danton queria hablarle.

Jacobo bajó sin apresurarse, mirando en torno suyo para dar tiempo á sus enemigos de prenderle si era esa su intencion.

Llegó á la puerta; el alboroto era tal, que nadie se habia fijado en sus movimientos. En el corredor encontró á Danton.

—Huye, le dijo; no tienes un instante que perder.

Y al tenderle la mano, dejó en la del doctor un papel.

—¿Qué papel es este? preguntó Jacobo deteniéndole.

—Lo que me habias pedido; sus señas.

Jacobo lanzó un grito de asombro, de alegría, y se acercó á un quinqué para leer.

Entre tanto desapareció Danton.

Jacobo desdobló el papel y leyó:

«La señorita de Charelet, Josephplatz, núm. 11, Viena.»

Un cambio instantáneo, un trastorno completo se operó en el doctor.

La indiferencia de la vida desapareció como por encanto. El golpe que acababa de herir á sus compañeros y á él le pareció un beneficio, y efectivamente, su proscripción le devolvía la libertad personal abriéndole las puertas del extranjero; ciudadano francés protegido por la república, no podia atravesar el Rhin; emigrado proscripito por la república, podia recorrer toda la Alemania impunemente.

Pero para esto era preciso salir de Francia, y antes de salir de Francia, lo más difícil todavía era salir de Paris.

La sesión habia concluido: una oleada de gente salia de las tribunas y se esparcia por la calle.

Jacobo se mezcló en ella y se dejó llevar.

La oleada le condujo hasta la calle de San Honorato por el postigo de la Escala.

Daban las nueve en el reloj del palacio real, cuyas ventanas estaban cerradas desde la prision de su ilustre propietario; el palacio, falto de luz de dia y de noche, tenia la apariencia de una tumba.

Jacobo Merey no necesitaba volver á la fonda de Nantes. Desde que estaban amenazados los girondinos y no sabian si pasaria la sesion sin tener necesidad de huir, Jacobo pagaba al dia su habitacion y llevaba en un cinturon quinientos luises en oro.

Además, en su cartera tenia dos ó tres mil francos en papel.

El peligro seria mayor al dia siguiente, porque todavía Paris no sabia la noticia de la proscripcion de los girondinos; pero sin embargo, ya se podia formar idea de la exasperacion que reinaba en Paris.

Numerosos grupos lanzados á la calle por Hébert, Chaumette, Guzman y Varlet, unos armados con picas, otros con sables y algunos con hachas, y todos llevando antorchas, pasaban gritando: ¡Muerte á los traidores! ¡Muerte á los girondinos! ¡Muerte á los cómplices de Dumuriez!

En la plaza de las Victorias encontró uno de aquellos grupos, y no tuvo más que el tiempo preciso para lanzarse por la calle Bourbon-Villeneuve; pero al llegar á la calle Montmartre vió otro con antorchas que bajaba por la calle de las Hijas-de-Dios; entró por la de Clery, pero apenas llegó á la esquina de la de Poissonnière, apareció otro que le cerró el paso.

Todos se encaminaban á la Convencion.

Este último grupo se componia de maratistas, que gritaban: ¡Viva el amigo del pueblo! Ser girondino y caer en manos de los maratistas era ser destrozado, y Jacobo Merey, desde que sabia el paradero de Eva, no queria morir.

Tratar de atravesar sin ser reconocido era imposible; retroceder era muy peligroso.

Una de esas criaturas desgraciadas que se ven por la noche en el dintel de las puertas, y que sin ser como la Galatea de Virgilio hu-

yen, sin embargo, para que procuren alcanzarlas, desapareció por un pasadizo. Jacobo se lanzó en pos de ella; pero en lugar de subir la tortuosa escalera, cerró la puerta de la calle.

Entonces aquella mujer se acercó á él.

—¡Ah! ¡Ah! ciudadano, parece que no eres de la opinion de esos alborotadores que impiden á las pobres muchachas como yo ejercer su oficio.

—¡Silencio! dijo Jacobo sacando de su bolsillo un *assignat* de cien francos y poniéndolo en la mano de la muchacha, ínterin con la otra se enjugaba el sudor.

La cortesana vió aquella fisonomía noble é inteligente, y como la belleza tiene influencia, le dijo:

—A mí no me pagan sino cuando me deben; pero cuando hago un favor es de balde.

Y levantando el sombrero de Jacobo para verle mejor, le limpió el sudor con su pañuelo.

—¡A fé mial tienes razon, jóven, en no permitir que te corten la cabeza. Vamos, toma tu *assignat*.

Durante este diálogo pasaba el grupo vociferando y aullando.

La muchacha puso la mano sobre el corazon de Jacobo.

—¡Además, valiente! Su corazon late tranquilo.

El grupo pasó.

Jacobo procuró que la jóven tomara el papel-moneda.

—Es inútil; cuando digo que no, es no.

—Quisiera dejarte algun recuerdo, dijo Jacobo; una sortija, ó cadena...

—¿De veras?

—Palabra de honor.

—Pues bien; dame un beso en la frente; nadie sino mi madre ha pensado en eso.

Admirado Merey de encontrar una perla en un lupanar, se quitó el sombrero, y levantando los ojos al cielo, la besó en la frente como si fuera una vírgen.

—¡Ah! exclamó, qué bueno es un beso así.

Y abriendo la puerta vió la calle desierta.

—Ahora puedes partir.

Jacobo Merey llevaba en la mano izquierda un anillo muy en moda entonces, y que se llamaba *junco*; era un aro de oro con un diamante, y que costaban trescientos ó cuatrocientos francos. Se lo puso en el dedo á la muchacha y se lanzó á la calle.

—Sea, puesto que lo deseas, dijo; pero en realidad mi satisfaccion es menor. De todos modos, buen viaje y buena suerte; ¡mi paseo por esta noche ha concluido! ¡Adios!

Y cerró la puerta.

Jacobo continuó su camino y llegó al *boulevard*. Pero allí cerraba el paso Santerre, á la cabeza de los del arrabal de San Antonio.

En la calle de San Dionisio y en la de Bondy habian puesto centinelas, y Santerre á caballo ocupaba el *boulevard* vacío.

No podía retroceder; Jacobo Merey sabia que Santerre era un patriota vehemente, pero al mismo tiempo hombre honrado.

Se dirigió á él, y puso la mano en el cuello del caballo.

Santerre se inclinó comprendiendo que aquel desconocido tenia algo que decirle.

—Ciudadano Santerre, soy el representante que notició á la Asamblea las victorias de Valmy y de Jemmapes.

—Es cierto; te reconozco.

—Me llamo Jacobo Merey, soy amigo de Danton, quien me ha ofrecido un asilo en su casa, que yo no he aceptado por no comprometerlo. Me sentaba en el banco de los girondinos y estoy proscrito como ellos; baja del caballo, dame el brazo y condúceme hasta la calle de Lancry; mañana le dices á Danton lo que has hecho por mí, y te estrechará la mano.

Santerre no contestó; se apeó, dió el brazo á Jacobo y le condujo hasta la calle de Lancry.

—¿Necesitas que vaya más allá? preguntó.

—No; dentro de cinco minutos llegaré á donde voy.

—Que Dios te acompañe; dijo Santerre olvidándose que Dios estaba abolido.

—Gracias, dijo Jacobo; hubiera hecho lo mismo por tí.

—Ya lo sé, contestó el honrado cervecero.

Se estrecharon la mano y se separaron.

Jacobo subió por la calle de Lancry hasta la de la Grange-aux-Belles; despues tomó la del Marais, la siguió hasta el número 33, y allí se detuvo delante de una casa baja y sombría, y miró en derredor suyo para asegurarse que no le seguian.

Vaciló un momento entre dos campanillas, una á la izquierda, cerca de una caja cerrada con candado, y otra á la derecha pendiente de la pared. De esta última tiró.

Casi enseguida se abrió la puerta y apareció un hombre vestido de negro, con corbata blanca y calzon corto, el que sin duda reconociendo á Jacobo le hizo seña que entrara; cerró la puerta, y saludándole respetuosamente pasó delante, diciendo:

—Por aquí, caballero.

Jacobo Merey le siguió. El hombre vestido de negro fué conduciéndole por un corredor alumbrado hasta el comedor, cuya puerta al abrirse dejó escapar un torrente de luz.

Efectivamente, estaba iluminado como para una fiesta; seis cubiertos estaban puestos alrededor de una mesa elegantemente servida: cinco personas, incluso el hombre vestido de negro, aguardaban sin duda al sexto convidado. Estas cinco personas eran una mujer de treinta y seis á treinta y ocho años, hermosa aun; dos jóvenes de diez y seis á diez y ocho, y un muchacho de trece.

El hombre de la corbata blanca era el quinto.

Cuando entró Jacobo se levantaron todos.

—Esposa, y vosotros, hijos míos, ¿veis este hombre? añadió señalando á Jacobo Merey, es aquel que no se desdenó de socorrer sobre el cadalso á nuestro...

La mujer se acercó á Jacobo y le besó la mano, y las dos jóvenes y el niño hicieron lo mismo.

—Espero que jamás olvidareis, continuó el hombre vestido de negro, en quien habrán reconocido nuestros lectores al señor de Paris, que el ciudadano Jacoco Merey, injustamente proscrito, ha venido á buscar asilo bajo nuestro techo.

Y mostrando el sexto cubierto, le dijo á Jacobo:

—Ya veis que os esperábamos.

Los voluntarios del 93.

Al día siguiente, es decir, el 4 de Junio, salían de París por la Villette dos carruajes de posta, uno con cuatro caballos, y otro con dos.

Era un lujo extraordinario para los tiempos que corrían, y no podían salir de París dos coches de posta sin informaciones.

De modo que del segundo carruaje, que era una carretela descubierta, lo que indicaba que nada tenían que temer los que iban dentro, bajó un hombre de cuarenta y cinco á cuarenta y seis años, vestido de negro, y llevando, cosa extraña en aquel tiempo, calzon corto y corbata blanca.

Por eso su presencia excitó la curiosidad del puesto de guardia cercándolo y sin ocuparse de los otros dos viajeros que permanecían en la carretela, el uno con el traje de sargento de voluntarios, el otro con el de hombre del pueblo, gorro frigio y escarapela.

Pero apenas mostró sus papeles el que había bajado, se abrió el círculo que se había formado, y echando una rápida ojeada en el segundo carruaje, se les dió permiso para continuar su camino.

En aquel hombre vestido de negro habremos conocido al señor de París, que se dirigía á Chalons con uno de sus ayudantes, Legros, y el hijo de uno de sus amigos llamado Leon Milcent, sargento de voluntarios, para estrenar una guillotina nueva que pedían los maratistas del Marne y que el verdugo de París debía poder en movimiento.

Su ayudante se quedaria en Chalons hasta que el verdugo estuviera al corriente.

Con respecto al hijo de su amigo, iba destinado á Sarre-Louis, en donde reforzaban la guarnicion porque los reveses de Bélgica hacían temer una invasion en Champaña.

Debía recoger en el camino unos veinte voluntarios y conducirlos á Sarre-Louis.

Aquellos papeles y aquellas órdenes emanaban del municipio, poder soberano, y estaban firmadas «Pache, alcalde, y Hénriot general.»

El señor de París había pedido la víspera una licencia, dejando en su lugar á su primer ayudante, y nadie le hizo la menor objecion.

Además, le habían dado una hoja de ruta para el ciudadano Leon Milcent, que había hecho la primera campaña de 1792, despues de la cual regresó á sus hogares, pero que al nuevo llamamiento de la Francia corría á la frontera.

Todo era verdad ménos la identidad de Leon Milcent, el que, como habrán adivinado mis lectores, no era otro que Jacobo Merey.

El señor de París se había encargado no solo de hacerle salir de la capital, sino de conducirlo á Chalons, desde donde le sería fácil, conociendo como conocía las localidades, llegar á la frontera.

Al día siguiente, cerca de las doce, entraban en Chalons los dos carruajes.

Allí concluían las relaciones de Jacobo con el señor de París, y este exigió que el doctor se presentara al momento en la municipalidad para preguntar si había en las cercanías algunos voluntarios destinados á Sarre-Louis.

En Chalons había once, y siete ú ocho en los alrededores.

Jacobo Merey era demasiado despreocupado y debía demasiado al señor de París para no manifestarle al despedirse su gratitud y sincero reconocimiento.

La marcha de los voluntarios se fijó para dos días despues, y se dió la orden á los que habitaban las cercanías que se encontraran en la plaza á las nueve de la mañana, y despues de fraternizar en una comida con la Guardia nacional, se pondrían en camino los diez y ocho voluntarios.

Jacobo Merey fué el primero que estuvo preparado. Su grado de sargento le imponía la exactitud.

La Guardia nacional, que se componía de unos sesenta hombres, había cuidado de los preparativos de la comida.

En la plaza de la Libertad se extendía una gran mesa, que podía servir para cien convidados.

Los cubiertos restantes eran para la municipalidad, que hacía el honor á los voluntarios y á la Guardia nacional de participar de su almuerzo.

A las diez estaban en la mesa.

El almuerzo fué ruidoso y alegre; en Chalons, es decir, en la capital de Champaña, cuando llegan las comidas á su término se parecen á un fuego de peloton, solo que los fusiles son las botellas de Sillery y los muertos y heridos se sanan con algunas horas de sueño, ocupándose despues en sus quehaceres como si nada hubiera sucedido.

En medio del fuego de la mosquetería champañesa fueron pronunciados varios brindis, contestados hasta por Jacobo Merey. Primero los brindis á la nacion, á la república y á la Convencion fueron acogidos con grandes aplausos; despues á Danton, á Robespierre y á San Justo.

Todos aplaudieron, hasta Jacobo, porque era demasiado inteligente para no comprender á través de las nubes que los ódios políticos esparcen sobre las reputaciones que Robespierre y San Justo eran sublimes ciudadanos y buenos patriotas.

En cuanto á Danton, si no hubieran brindado por él, lo hubiera hecho Jacobo Merey. Un entusiasta brindó por Marat; todos se levantaron y aplaudieron moderadamente.

Jacobo Merey se levantó tambien, pero no tendió su vaso para chocarlo con los de los demás, ni bebió.

Un fanático advirtió la frialdad del sargento y brindó por la muerte de los girondinos.

Los convidados se estremecieron; se levantaron, pero no aplaudieron.

Jacobo Merey permaneció sentado.

—¡Eh! sargento, exclamó el que había brindado; ¿estais clavado en la silla?

Jacobo se levantó.

—Ciudadanos, dijo; combatiendo por la libertad desde hace cinco años, creía haber conquistado la de permanecer sentado cuando me pareciera.

—Pero ¿por qué te quedas sentado? ¿Por qué no bebes á la muerte de los traidores?

—Porque he salido de Paris cansado de ver á los ciudadanos degollarse unos á otros, y voy á la frontera para matar cuantos prusianos pueda. En lugar de tu brindis propongo el siguiente:

«A la vida, á la fraternidad de todos los hombres de gran corazón y buena voluntad, y á la muerte de los enemigos franceses ó extranjeros que tomen las armas contra Francia.»

El brindis fué acogido con unánimes aplausos, y Jacobo Merey se aprovechó de aquel entusiasmo para hacer seña que deseaba hablar.

Todos callaron.

—Despues de mi brindis y viendo cómo ha sido acogido, no puedo ménos de proponer otro.

«A nuestra próxima marcha y al rápido y victorioso encuentro con el enemigo. Toca tambores.»

En tiempo de revolucion debe notarse que toda reunion de gente armada tiene un tambor.

Los voluntarios llevaban el suyo, el que se puso á tocar marcha; los guardias nacionales y los voluntarios se abrazaron, y la tropa se puso en marcha tocando la *Marsellesa*, al grito de ¡Viva la nacion!

Al salir de Chalons, tuvo Leon Milcent la satisfaccion de hacer un signo postrero de gratitud y de despedida á un hombre que estaba solo en la ventana de una casa aislada.

Era el habitante de la calle del Marais.

Como el dia ya estaba algo adelantado, no anduvieron más que cinco leguas, deteniéndose en Somme-Vesle, es decir, en la primera parada despues de Chalons.

Allí recibió el sargento Milcent sinceras felicitaciones de todos los soldados por el brindis del almuerzo.

La generalidad de los voluntarios no eran ni fanáticos, ni energúmenos; eran verdaderos patriotas, que probaban su patriotismo de distinto modo.

Leon Milcent fué presentado, segun hemos dicho, como habiendo hecho la campaña del 92; así es que los soldados que por primera vez servian le rogaron que se detuviera en el sitio mejor para ver el campo de batalla de Valmy.

El sargento postizo se lo ofreció, y nada más fácil.

La campaña empezaba en Pont-Somme-Vesle, porque en la aldea no habia sino dos ó tres casas y hubo que formar un vivac.

Felizmente en los sacos de los voluntarios habian puesto toda clase de provisiones los guardias nacionales.

Unos sacaron un pollo, otros una empanada; este una botella de vino, aquel un salchichon; de modo que la comida participó de la prodigalidad del almuerzo.

Era el 5 de Junio y la temperatura era muy templada; así es que pasaron la noche al raso bajo los magníficos árboles que están á la izquierda del camino de Santa Menehould.

Los voluntarios que eran naturales de aquellos contornos refirieron á los otros que en Pont-Somme-Vesle era en donde el rey tuvo la primera decepcion en su fuga, porque no encontró á los húsares que debian esperarle y que los aldeanos dispersaron.

La narracion de lo sucedido á Luis XVI en Varennes está aun muy reciente y todos lo saben.

Por la noche pasó un postillon de Santa Menehould, llevando caballos de la posta de Drouet.

Jacobo Merey le detuvo y le dió un *assignat* de cinco francos con tal que se encargara de decir al posadero de la posada de la Luna que mandase al encuentro de los voluntarios un asno cargado con pan, vino y carne asada.

Encargaba tambien al posadero que tuviera preparada para las cuatro del otro dia comida para veinte personas.

El postillon ofreció cumplir su cometido.

Al dia siguiente el tambor despertó á los que dormian. Se sacudieron, bebieron lo que quedaba de aguardiente en sus frascos, y

se pusieron en marcha algo inquietos. Habia seis leguas Pont-Somme-Vesle hasta Santa Menehould, y no sabian las precauciones que se habian tomado.

La hora primera de marcha se pasó alegremente, pero al concluir la segunda el desaliento llegó á su colmo. El sargento Leon Milcent vió á la orilla del Aisne un asno conducido por un aldeano.

—Amigos míos, dijo; si yo fuese Moisés y vosotros fuérais hebreos en lugar de franceses, y que en vez de conducirnos al enemigo os llevara á la tierra prometida, tendria necesidad de un milagro para reanimar vuestro ánimo, y os diria que Jehová nos enviaba ese aldeano con el asno. Pero prefiero deciros que el posadero de la posada de la Luna lo manda con nuestro almuerzo; por consiguiente, como el sitio es á propósito os grito: ¡Alto! y os requiero á poner los fusiles en el suelo.

Nunca, por muy elocuente que haya sido una arenga, ha obtenido aprobacion más completa, ni jamás el conductor de una tribu, aunque fuera profeta, tendria una ovacion comparada con la que obtuvo el sargento.

Primero dudaron los voluntarios, pero el campesino detuvo al asno, y dijo:

—¿No sois vosotros quienes habeis pedido os enviaran almuerzo y prepararan comida para veinte personas?

—¡Desgraciado! Me quita el efecto de la sorpresa.

Despues, volviéndose á los voluntarios:

—Amigos míos, dijo; habeis tenido la bondad de aceptarme por jefe; yo debo ocuparme del alimento de mis soldados.

—¿De modo que es para vosotros? repitió el aldeano.

—Sí, idiota.

—Pero, mi sargento, dijo uno de los voluntarios despues de haber hablado con algunos compañeros; entre nosotros hay varios que no tienen dinero y que cuentan con el dinero del gobierno para costear los gastos del camino. Preferimos deciros esto con tiempo, sargento, para que no nos trateis como grandes señores, sino como pobres.

—No os apureis, mis buenos camaradas, contestó Jacobo, quien recobraba su alegría cuanto más cerca estaba de volver á ver á Eva: no solo estoy encargado de vuestro alimento, sino tambien de la paga. Cuando llegueis á vuestro puesto recibireis los atrasos y todo lo arreglaremos; entre tanto vamos á comer.

La mesa fué el verde césped, y cada cual se sentó para comer á la romana.

Como habia sido de improviso no sobraba, pero hubo suficiente, y el almuerzo fué alegre por lo mismo que era inesperado; cada cual tomó fuerzas para continuar el camino. Un cojo, que se habia torcido un pié aquella mañana, se subió en el asno y siguieron adelante.

Solo el muchacho estaba contrariado, porque decia que á él le correspondia el asno; pero una copa de vino y dos reales le devolvieron su buen humor.

A las cuatro llegaron á la posada de la Luna y encontraron la mesa puesta. Segun encargó Merey, estaba colocada en el extremo del jardin de la posada, desde donde se dominaba la llanura de Valmy.

Jacobo y sus voluntarios estaban justamente en el sitio en donde permaneció el rey de Prusia durante la batalla con Brunswick y su Estado mayor.

La llanura estaba cubierta de mieses.

Algunas ondulaciones del terreno indicaban los sitios en donde estaban enterrados los prusianos, y una vegetacion más vigorosa marcaba perfectamente el lugar en que el cuerpo del hombre servia de abono para la tierra.

Gracias á esto le era fácil á Jacobo la explicacion.

A un kilómetro y en el fondo de un vallecito que se parecia algo á Waterlío, concluian las ondulaciones.

Los prusianos no habian llegado ni aun al pié de la colina de Valmy.

En la cima se encontraba Kellermann con sus diez y seis mil hombres y su artillería.

Detrás de él, en el monte Ivron, los seis mil soldados que Dumu-

riez hizo pasar para impedir que su compañero fuese envuelto.

A la izquierda el molino de viento, detrás del que un obus prendió fuego á unos arcones, lo que esparció la turbacion en el campo francés.

—¿Y vos dónde os encontrabais? le preguntaron á Jacobo los voluntarios.

El sargento lanzó un suspiro y mostró con la mano el espacio comprendido entre Santa Menehould y Braux-Santa-Cubiere.

—Entonces, dijo uno de ellos, ¿estabas con Dumuriez?

—Sí, dijo Jacobo; soy de este país y le serví de guia en el Ar-gonne.

Jacobo dejó caer la cabeza entre sus manos.

Apenas habian pasado nueve meses desde Valmy, desde la auro-ra maravillosa de la libertad y de la república, y esta se destrozaba entre sí y estaba amenazada por el enemigo. El mismo Jacobo, que en medio de los aplausos de la Convencion de Paris, de la Francia, habia anunciado las dos victorias que se creia eran la salvacion de la patria, se veia obligado á huir, á salir de Paris acompañado por el verdugo y su criado como si caminara al cadalso, y atravesaba la Francia fugitivo, disfrazado, proscrito, volviendo á pasar oculto con el traje de voluntario por aquellos sitios por donde pasó triunfante nueve meses antes.

¿Y Dumuriez?

Aquel era el verdadero desgraciado.

Jacobo Merey, víctima de un cataclismo revolucionario, tal vez volveria á ver un dia á la Francia y se colocaria en el puesto que requería su mérito; pero Dumuriez, traidor á la madre patria, no volveria jamás.

Todo esto llamó una lágrima á los ojos del sargento.

—¿Lloras, ciudadano? le preguntó un voluntario.

Jacobo se encogió de hombros y señaló al campo de batalla.

—¡Ay! contestó; lloro, sí; lloro esos dias que, como los de la juventud, no vuelven jamás.

La familia Rivers.

Concluida la comida, y como aun quedaran dos horas de dia, no quisieron ir á Santa Menehould por la carretera, sino ir en peregrinacion á Valmy.

Llegarian un poco más tarde; importaba poco. Habian comido bien, el cansancio habia desaparecido, y cada voluntario admiraba aquel sargento que se cuidaba de las necesidades del cuerpo y que con sus recuerdos alimentaba el corazon y la inteligencia.

Le hubieran seguido al fin del mundo y se hubiesen hecho matar por él.

Y él, á pesar de su impaciencia por reunirse con el alma de su vida, con la estrella de su corazon, que se llamaba Eva, cumplia con paciencia la obligacion contraida para llegar á la frontera poco á poco.

Todavía caminaba por el suelo patrio, que abandonaria dentro de tres ó cuatro dias, tal vez para no volver jamás.

Algunas veces tenia intencion de arrojarse á tierra y besar aquella madre que besaba Bruto hace dos mil seiscientos años, como madre de las madres.

Todo le parecia bello, precioso. Se detenia para coger una flor, para oír cantar á un pájaro, para ver correr un arroyuelo, y para todo tenia un suspiro.

Pagó la cuenta al hostelero, y tomó un sendero entre un campo de cebada y centeno que conducia á Valmy, y por el cual solo cabian uno á uno.

Los habitantes del pueblo les vieron llegar y creyeron, como sucedia con frecuencia, que los enviaban para que se alojaran.

Salieron á su encuentro.

Pero cuando supieron que los llevaba solo la curiosidad, cada cual se apoderó de un voluntario para servirle de *cicerone*.

Jacobo Merey se sentó en el banco que estaba á la puerta del molino, y cuando uno de los criados del molinero le ofreció narrarle la batalla, le dijo:

—Es inútil, amigo mio; estaba yo en ella.

—¿De los de *aquí*? preguntó.

—No, de los de *allá*; contestó sonriendo Jacobo y señalando al campamento de Dumuriez.

Emprendieron de nuevo el camino por otro sendero que bajaba á Santa Menehould, en donde el 23 de Junio de 1791 fué muerto Dampierre.

Cosa extraña, aunque natural en las guerras civiles; el tio moria en la bajada de Santa Menehould gritando ¡Viva el rey! y el sobrino sucumbia en el bosque de Vicoigne gritando ¡Viva la república!

Llegaron de noche á Santa Menehould; los voluntarios recibieron del Ayuntamiento boletas de alojamiento y Jacobo prefirió dormir en la posada.

Antes de separarse de sus compañeros propuso Jacobo hacer al dia siguiente una gran marcha, una marcha de nueve leguas, para ir á dormir á Verdun.

Almorzarian en Clermont, y como algunos voluntarios tal vez tendrian miedo de hacer una marcha tan larga, Jacobo pensó en llevar una carreta con bastante paja, en la que pondrian los sacos, los fusiles y los cojos.

Tomando estas precauciones llegarian á Verdun á las ocho.

El sargento improvisado temia le reconocieran en Verdun; deseaba llegar de noche y salir antes que fuera de dia.

Almorzarian y harian alto algun tiempo bajo los hermosos árboles que están á orilla del Aire.

Entre tanto comerian un pedazo de pan y beberian un trago en las *Isletas*, risueño pueblecito situado en el centro de la Argonne.

Salieron con la aurora de Santa Menehould y llegaron á la cima de la montaña, detrás de la cual se oculta la selva, á esa hora deliciosa en que flota por cima de los árboles una nube azul y trasparente. De repente parece que la tierra huye bajo los piés y la vista se recrea en un Océano de follaje. El camino pasa entre ese Océano y las olas de follaje se cruzan algunas veces por encima de la cabeza del viajero.

Los fuertes de Dillon estaban aun intactos, como si acabaran de quitar los cañones.

Se sabe que Dillon se sostuvo hasta lo último y que Dumuriez se replegó hácia él.

El alto fué alegre. Las marchas en un principio, en que todos estan descansados y dispuestos, siempre son gozosas.

Pasó el dia segun el programa; se almorzó á orillas del Aire, descansaron, jugaron á los naipes y durmieron cuatro ó cinco horas sobre el césped.

A las ocho entraban en Verdun.

Verdun pagaba caro su debilidad. Todos los que habian tomado parte en la traicion de la ciudad habian sido presos. Se instruia la causa de las jóvenes que habian presentado flores y dulces al rey de Prusia.

El resto del camino ofrecia poco interés. La marcha de los prusianos al entrar en Francia no habia encontrado obstáculo sino más allá de la Argonne.

Durmieron en Briey y despues llegaron á Thionville.

No les faltaba más que una etapa para llegar al punto que les estaba designado.

Jacobo Merey citó á sus compañeros para el dia siguiente en Sarre-Louis, anunciándoles que iba á hacer una visita á uno de sus parientes que habitaba en un pueblecillo de las cercanías.

Antes de separarse de los voluntarios, el honrado Leon Milcent, que tan paternalmente habia velado por ellos, se cuidó de lo que necesitarian antes de su regreso.

Unos cien francos en papel asegurarian la manutencion de los más necesitados hasta que les pagaran el atraso en Sarre-Louis.

La Convencion señalaba la suma enorme de siete reales y medio por dia á cada voluntario.

Los del sargento Milcent se separaron de él, dándole repetidas gracias por el interés que habia tomado por ellos, ofreciéndole festejar su llegada á Sarre-Louis.

Pero inútilmente le aguardaron al dia siguiente ni al otro; y no sabiendo á dónde habia ido, no pudieron hacer investigaciones.

Sin embargo, continuaban aguardándole; pero pasó una semana, quince dias y un mes sin recibir noticias, y pasó tiempo sin que volvieran á oír hablar de él.

¿Qué le habia sucedido?

Jacobo Merey, que ya nada tenia que temer, tomó un carruaje en Thionville, y por un *assignat* de seis libras ofrecieron conducirle á la granja de las Tres-Encinas, una de las más bellas de la orilla derecha del Mosella y situada á legua y media de la frontera.

A las diez Jacobo Merey, con su uniforme de voluntarios bajó del carruaje en la puerta de la granja, y á la sombra de las tres encinas que la habian dado el nombre, pagó y despidió al carruaje como aquel que está seguro de ser bien recibido.

Despues miró con curiosidad el edificio, como deseando recordar el pasado.

Un perro se dirigió hácia él ladrando, pero extendió la mano y el animal se calló.

A los ladridos del perro salió un hermoso niño, rubio como un rayo de sol.

—Cuidado, caballero, dijo; Thor es malo.

—Pero no conmigo; ¿ves?

Y haciendo una seña al perro, este se acercó y le lamió las manos.

—¿Quién eres tú? preguntó el niño.

—A tí no hay necesidad de preguntarte quién eres. Tú serás nieto de Hans Rivers.

—Sí, señor.

—¿A dónde está tu abuelo?

—En el cortijo.

—Condúceme.

—Venid.

Jacobo tomó la mano del niño y se adelantó hasta la gradería exterior, en donde apareció un anciano de sesenta años.

—Abuelo, dijo el niño corriendo hácia él; aquí hay un caballero que os conoce.

El anciano se quitó el gorro de lana, saludó con la mano y trató de recordar.

—Caballero, dijo Jacobo; tendría yo la edad de este niño cuando vine por primera y única vez. Acompañaba á mi padre, Daniel Merey.

Entonces se hizo la escritura de arriendo de este cortijo, que yo he renovado hace tres años.

—¡Dios me bendiga! ¿Sois nuestro amo, Jacobo Merey?

Jacobo sonrió.

—No soy amo de nadie, dijo; porque el hombre no tiene más dueño que sí mismo. Soy solo el propietario de la granja.

—¡Juana, María, Thibaud, venid corriendo! exclamó el anciano; hoy es un día feliz para nosotros. Venid, venid.

Y los que él llamaba fueron llegando.

—Mirad á este caballero, miradle todos; añadió extendiendo la mano hácia los que le rodeaban, y además sobre dos criados, un pastor y una muchacha que guardaba pavos; á él le debemos todo; es nuestro bienhechor, Jacobo Merey.

Todos lanzaron un grito y se descubrieron la cabeza.

—Entrad en vuestra casa, dijo el anciano; desde el momento en que entráis en ella, todos somos vuestros servidores.

Jacobo entró.

—Buscad á Bernard y á Rosina en el establo... Hoy es fiesta; que no trabajen.

Bernard y Rosina eran el hijo mayor y la nuera, los padres del niño rubio.

Una hora despues todos estaban reunidos en la mesa: eran las doce, hora de la comida.

Hans era el abuelo, Juana la abuela, Bernard el hijo mayor, Ro-

sina su mujer, Thibaud el hijo segundo, de edad de veintidos años; María, una hija de diez y ocho, y Ricardo, el niño de diez años, hijo de Bernard y Rosina; tal era toda la familia.

El abuelo había cedido su sillón á Jacobo, quien presidía la mesa.

Llegaron á los postres.

—Hans Rivers, dijo Merey, ¿cuánto tiempo hace que sois arrendatario en nuestra familia?

—Hace... aguardad; fué entre el nacimiento de Thibaud y de María... Hace veintiun años.

—¿Cuántos años habeis pagado?

—Mientras vivió vuestro padre; quince años.

—¿De modo que me debeis siete?

—Es cierto; ha sido por orden vuestra, señor Jacobo.

—Yo os dije: Sois personas honradas; guardad lo devengado y comprad bienes; cuanto más ricos seais, más lo seré yo.

—Eso habeis dicho, palabra por palabra, y ha sido la base de nuestra fortuna.

—Y cuando han puesto en venta los bienes de los emigrados, es decir, de los que se baten contra la Francia, os he dicho: Debeis tener economías vuestras ó mias; lo mismo da. Comprad bienes, que se venderán á doscientos ó trescientos francos la fanega de tierra (1) y que valdrá seis ú ocho.

—Lo hemos hecho así, señor Jacobo, de modo que hoy tenemos trescientas fanegas nuestras.

Esto nos hace casi tan ricos como nuestro amo; verdad es que debemos con los intereses cerca de cuarenta mil francos. Pero estamos prontos á entregaros esa cantidad, no en papel, sino en buena moneda.

—No se trata de eso, amigos míos; no necesito ahora ese dinero, pero tal vez lo necesite más tarde.

—Sabeis que en cuanto lo deseéis lo decís, y ocho días despues, palabra de Hans Rivers, lo tendreis.

Jacobo se sonrió.

(1) La fanega de tierra en Francia equivale á media de Toledo.

—Teneis un medio de pagarme más rápido, y es denunciarme. Estoy proscripto; me cortarían la cabeza y ya no debiais nada.

El padre, la madre y los hijos lanzaron un grito y se levantaron. Hans levantó las manos al cielo.

—Estais proscripto vos, el derecho, la justicia y la bondad misma; ¿pues qué quieren?

—Quieren el bien, por lo ménos lo creen así. De modo que temiendo que salir de Francia, y temiendo ser preso en la frontera, he pensado en vos, Hans Rivers.

—¡Ah! habeis hecho bien, señor Jacobo.

—Tengo, añadió Merey, un cortijo á dos kilómetros de la frontera, que era de mi padre y que está situado á orillas del Mosella; ¿sois cazador?

—Ya no; pero lo son mis dos hijos, Bernard y Thibaud.

—Es lo mismo; ¿deben de tener su barca en el rio?

—Sí; y muy bonita, dijo Thibaud; soy yo quien cuida de ella. Ya la vereis.

—Pues bien; me pondré un traje de vuestro padre ó vuestro, y entramos en la barca como cazadores de aves acuáticas; en las orillas se caza siempre; dejamos ir la barca hasta Treves, y ya allí estoy fuera de Francia; estoy en salvo.

—Cuando os plazca; ahora mismo si quereis, dijo el anciano Hans.

—No; mañana, amigo mio; podriais creer que temia pasar la noche bajo vuestro techo.

Al dia siguiente, á la madrugada, tres hombres, vestidos de cazadores y acompañados por tres perros nadadores, desataban una barca amarrada con una cadena á un sáuce.

Entraron en la barca, y dos fueron á ponerse al timon, pero el tercero sonrió tristemente y les dijo:

—Dejadla; demasiado pronto irá.

Eran los dos hijos de Hans y Jacobo Merey, quien les habia indicado le avisaran exactamente en dónde concluia la frontera francesa. Al cabo de un cuarto de hora de navegacion le enseñaron un poste; era la frontera.

Por un lado el Luxemburgo, por el otro el Palatinado; más acá del poste la patria, más allá la tierra extranjera.

La barca se detuvo al pié del poste. Jacobo Merey deseaba poner otra vez el pié en el sagrado suelo de Francia.

Rodeó con sus brazos el poste, como si aquel pedazo de madera fuera un hombre, un compatriota, un hermano, y apoyó su cabeza sobre él como sobre el hombro de un amigo.

Su dolor era doble; dejar Francia y dejarla en aquel estado.

Un ejército entero, casi prisionero, sitiado en Maguncia. El enemigo en Valenciennes, última barrera; el ejército del Mediodia en retirada; el español desbordando en Francia y Saboya; nuestra hija adoptiva tornándose contra nosotros impulsada por los sacerdotes; nuestro ejército de los Alpes hambriento; Lyon sublevada y arrojando metralla sobre los diputados de la Convencion; los vendeanos victoriosos en Fontenay y dispuestos á marchar contra Paris.

Nunca una nacion estuvo tan próxima al precipicio. Ni Atenas arrojándose al mar para salvarse de Jerjes y llegando á nado á Salamina.

Jacobó Merey, por más que fuese materialista, comprendia que los acontecimientos que se sucedian sobre la tierra debian obedecer á un poder misterioso, oculto en las profundidades de la eternidad y que sin duda tenian un objeto humanitario é inteligente.

Merey levantó los ojos al cielo y murmuró:

—Tú, Jesús, Urames, Jehová, Dios, creador del mundo invisible y desconocido, esencia celeste ó materia inmortal, no creo que el hombre individualmente tenga derecho á una sola de tus miradas, pero creo que cubres al género humano con tu proteccion poderosa, y que lo mismo que las ondas obedecen al viento, así los grandes acontecimientos de los pueblos obedecen á tu poder. El hombre, creado de un modo ó de otro, proviene de tí, y si lo creaste pobre y desnudo, fué para darle el mérito y la experiencia de crear á su vez, primero la familia, despues la tribu, luego la sociedad.

Constituida esta, quedaba enriquecerla por el trabajo é iluminarla con la inteligencia. Hace seis mil años que cada cual coopera á

esto segun sus fuerzas y segun su talento. Ahora bien; ¿cuál es el resultado de esos esfuerzos? La felicidad posible, esparcida entre un gran número de individuos.

¿Quién ha hecho más para llevar á cabo esta obra inmensa, las monarquías que se se han sucedido desde hace mil años, desde la feudal de Hugo Capeto hasta la monarquía constitucional de Luis XVI, ó los cinco años de revolucion que acaban de pasar? ¿Quién ha dado iguales derechos á los hombres? ¿Quién les ha dado el pan de la inteligencia por la educacion y el pan corporal con la reparticion de tierras? Nuestra santa revolucion, nuestra amada república.

La Francia es tú elegida ¡Dios mio! tú la has escogido como víctima, puede decirse, y ofrecido al género humano como ejemplo. Pues que su sangre sea derramada, y la mia primero. Que sea el Cristo de las naciones, como Jesús fué el Cristo de los hombres, y que estas tres palabras, *Libertad, Igualdad, Fraternidad*, pronunciadas por él y adoptadas por él, se tornen en el sol luminoso del porvenir.

¡Adios, patria! ¡Adios, patria! ¡Adios, patria! Y ahora, añadió Jacobo Merey cayendo en la barca más bien que bajando, desembarcad donde querais; todo me es indiferente puesto que no es en Francia.

XXXIX.

Demasiado tarde.

Los dos hermanos Rivers desembarcaron á Jacobo como á un kilómetro, poco más ó menos, de Treves.

Jacobo les abrazó tiernamente; eran dos brazos de la Francia que le depositaban en suelo extranjero.

Jacobo, de pié, apoyado en el fusil, los miró alejarse tristemente, y despues, al volver el recodo del Mosella, le saludaron con los remos y con el sombrero; la barca desapareció.

Merey se puso el sombrero, saludó con un último adios, echó el fusil al hombro y siguió con la cabeza baja el camino trazado á orillas del Mosella y que conduce á Treves.

El doctor hablaba aleman perfectamente; llevaba suspendidos de su saco de caza algunos pajarillos que los hijos de Rivers le habian dado, de modo que no le hicieron ninguna pregunta.

En las puertas creyeron que era un habitante de la poblacion que volvia de un paseo.

Pero una vez que pasó la puerta, preguntó las señas del burgomaestre.

Cuando estuvo en casa del magistrado se nombró; se sabia la catástrofe del 31 de Mayo; sin haber tenido tiempo de hacerse célebre, era sin embargo conocido el nombre de Jacobo Merey. El burgomaestre se inclinó como todo hombre de corazon se inclina ante un proscrito.

En todos los paises del mundo civilizado, y en honor de la huma-

esto segun sus fuerzas y segun su talento. Ahora bien; ¿cuál es el resultado de esos esfuerzos? La felicidad posible, esparcida entre un gran número de individuos.

¿Quién ha hecho más para llevar á cabo esta obra inmensa, las monarquías que se se han sucedido desde hace mil años, desde la feudal de Hugo Capeto hasta la monarquía constitucional de Luis XVI, ó los cinco años de revolucion que acaban de pasar? ¿Quién ha dado iguales derechos á los hombres? ¿Quién les ha dado el pan de la inteligencia por la educacion y el pan corporal con la reparticion de tierras? Nuestra santa revolucion, nuestra amada república.

La Francia es tú elegida ¡Dios mio! tú la has escogido como víctima, puede decirse, y ofrecido al género humano como ejemplo. Pues que su sangre sea derramada, y la mia primero. Que sea el Cristo de las naciones, como Jesús fué el Cristo de los hombres, y que estas tres palabras, *Libertad, Igualdad, Fraternidad*, pronunciadas por él y adoptadas por él, se tornen en el sol luminoso del porvenir.

¡Adios, patria! ¡Adios, patria! ¡Adios, patria! Y ahora, añadió Jacobo Merrey cayendo en la barca más bien que bajando, desembarcad donde querais; todo me es indiferente puesto que no es en Francia.

XXXIX.

Demasiado tarde.

Los dos hermanos Rivers desembarcaron á Jacobo como á un kilómetro, poco más ó ménos, de Treves.

Jacobo les abrazó tiernamente; eran dos brazos de la Francia que le depositaban en suelo extranjero.

Jacobo, de pié, apoyado en el fusil, los miró alejarse tristemente, y despues, al volver el recodo del Mosella, le saludaron con los remos y con el sombrero; la barca desapareció.

Merey se puso el sombrero, saludó con un último adios, echó el fusil al hombro y siguió con la cabeza baja el camino trazado á orillas del Mosella y que conduce á Treves.

El doctor hablaba aleman perfectamente; llevaba suspendidos de su saco de caza algunos pajarillos que los hijos de Rivers le habian dado, de modo que no le hicieron ninguna pregunta.

En las puertas creyeron que era un habitante de la poblacion que volvia de un paseo.

Pero una vez que pasó la puerta, preguntó las señas del burgo-maestre.

Cuando estuvo en casa del magistrado se nombró; se sabia la catástrofe del 31 de Mayo; sin haber tenido tiempo de hacerse célebre, era sin embargo conocido el nombre de Jacobo Merrey. El burgomaestre se inclinó como todo hombre de corazon se inclina ante un proscrito.

En todos los paises del mundo civilizado, y en honor de la huma-

nidad, del progreso y para vergüenza de los gobiernos, la proscripción es venerada.

El burgomaestre, con toda la delicadeza de hombre de buena educación, preguntó á Jacobo si necesitaba esos socorros que los gobiernos extranjeros ponen á disposición de las autoridades para ayudar á los emigrados.

Pero Jacobo declaró que era proscripto, no emigrado: sus bienes no habian sido confiscados, y que además de diez ó doce mil francos que llevaba dejaba en Francia bastantes bienes.

Lo único que deseaba era un pasaporte para Viena.

Solo que, á causa de las circunstancias, tuvo que indicar el camino que deseaba seguir para ir á Viena.

Lo más directo era por Carlsruhe, Stuttgart, Augsburgo, Munich y Viena.

Cuando se encontró fuera de Francia y cuando solo quedaba en el corazón de Merey la sombra de su patria, volvió á posesionarse de él la imagen de Eva; su recuerdo, borrado momentáneamente por los acontecimientos, volvió á ser la aurora de su vida, así como el alba al aparecer por detrás de las montañas deja detrás la sombra árida y descarnada del pasado para alumbrar el porvenir.

Al encontrarse en suelo extranjero, no estampando ya la huella en tierra francesa, sobre la que Danton quiso morir no pudiendo llevarla en la suela de sus zapatos, sintió impregnarse su pensamiento en aquel amor y como la sávia bienhechora extenderse por todo su cuerpo.

No habia recibido carta de Eva, pero aquel silencio no le inquietaba; sabia que las cartas las interceptaban.

Pero lo que le alarmaba era que, no sospechando Eva de su doncella, debia estar admirada de su silencio. Sin duda ninguna en las cartas que la jóven escribia le indicaria las señas á donde debia contestar.

¿Cómo no respondia?

¿Creeria la habia olvidado, y creyéndose olvidada?...

No; el corazón de Eva no era un corazón vulgar; sabia el amor inmenso que la profesaba Merey; le habia visto renunciar á todo

por ella, á su ambición política y á la diputación, que despues aceptó por venganza, la cual pensó hacer su arma para defender la república y atacar á sus enemigos, lo que no habia podido llevar á cabo por impedirselo las divisiones intestinas.

Eva pensaria mejor de sí misma y de su amigo, y no se creeria olvidada.

Jacobo habia llevado siempre sobre su corazón la carta de Eva que habia extraido del protocolo del señor de Charelet y que le fué entregada por el ayudante del general Custine.

Sabia de memoria aquella carta.

Pero esto no era suficiente; la palabra era impalpable, y los objetos materiales tienen por la vista y por el tacto un poder de que carece aquella.

Esta carta la sacaba de un secreto de su cartera; la miraba, la tocaba, la besaba. Jacobo, á los treinta años, habia encontrado todas las ilusiones de un jóven por la vida que habia llevado anteriormente; jamás habia tenido sino dos amores; Eva y la ciencia, y el segundo lo consagró al primero.

Además, nada favorece tanto para el desvarío de la imaginación como viajar en carruaje.

El ruido monótono de las ruedas ahoga los demás rumores, y á medida que se adelanta nos aísla con nuestros pensamientos.

Y Jacobo repasaba en su imaginación aquella série de acontecimientos, á la que deberia la dicha de volver á ver á Eva y encontrarla libre.

No; Dios no es un Dios personal que se mezcla en la vida del hombre é influye sobre él; pero ya hemos dicho que Jacobo creia en la influencia y la voluntad del Creador sobre los grandes acontecimientos de las naciones, separándole de los insignificantes de la vida humana, y de este modo, por un hilo invisible que le ligaba con las creencias generales, atribuyendo realmente todo á Dios, pero sin imponer á esa majestad suprema, providencia, naturaleza, la responsabilidad de muerte ó vida.

De manera que, á pesar de todos los beneficios dispensados á Eva y al marqués de Charelet, desarrollando en su hija la inteli-

gencia y la salud, no podía colmar el abismo que le separaba de ella en aquella época de preocupaciones sociales, aunque arrojara sobre él los beneficios hechos. Pero si Jacobo hubiera sido uno de esos católicos egoistas que todo lo refunden en sí, se hacen el centro de todo y creen que Dios está pronto á dejar caer una estrella del firmamento para que enciendan su quinqué, se hubiera dicho:

Francia hizo la revolucion para que el marqués me arrebatase su hija, que sin ser poco delicado no podía ni tomar por querida ni por esposa en secreto; para que la pusiera bajo la guarda de su tia; para que se hiciera matar por servir á sus principios políticos y para que privada Eva, no solo de su padre, sino de su fortuna, pues que se confiscan los bienes del emigrado, dueña de sí misma, encontrase en mí el apoyo y la fortuna que habia perdido.

Y sin pensar precisamente esto mismo, Jacobo reflexionaba en esas extrañas ramificaciones que enlazan la vida del hombre, el que sin ver el árbol recoge los frutos.

Merey no salia de sus reflexiones, que pasaban de lo conocido á lo desconocido y subian de lo material á lo ideal, más que para gritar al postillon:

—¡Más pronto! ¡Más deprisa!

Cuando subió al carruaje, juró Jacobo no bajar de él y andar sin detenerse las ciento sesenta leguas que le separaban de Viena, pero no habia contado con las dificultades que á causa de los acontecimientos políticos encontraba el viajero francés en Alemania.

Para los príncipes alemanes, tan opuestos á nuestras ideas, el francés era un incendiario que podía prender fuego á sus Estados.

En cada frontera, por insignificante que fuera el lugar que ocupaba en el mapa el Principado, era preciso bajar del carruaje y sufrir un interrogatorio justificando la identidad de la persona.

Esto tenia que hacer Jacobo, lo cual le hacia perdiera tres ó cuatro horas por dia en aquellas formalidades.

Verdad es que al llegar á Salzburgo ya nada tuvo que hacer hasta Viena; el camino, pasada la frontera, estaba expedito.

Por último, apremiado con la voz al postillon y á los caballos, llegaron á las puertas de Viena á las cinco de la tarde.

Allí tuvo que sufrir nuevo interrogatorio y nueva revista de papeles; hecho esto le dieron una cédula para permanecer una semana, al cabo de la cual tendria que renovar la cédula y decir el tiempo que pensaba permanecer en la capital de Austria.

Cuando volvió á subir al carruaje le preguntó el postillon que á dónde iba.

Jacobo se decidió á ir derecho al asunto, y contestó:

—Josephplatz, núm. 11.

El postillon entró por una série de callejuelas y desembocó en frente de la estatua del emperador que ha dado su nombre á la plaza.

Jacobo sacó la cabeza por la portezuela, investigando todas las casas á ver cuál podía ser la de Eva.

Una entre todas tenia las puertas, las ventanas y contraventanas cerradas como una tumba.

Vió al postillon con indecible angustia, que degeneraba en terror, dirigirse hácia ella y detenerse á la puerta de aquella casa muda y sombría.

—¿Qué hay? preguntó.

—Que es aquí, caballero.

—¿Aquí el número 11?

—Sí, señor.

Jacobo saltó al suelo, retrocedió un poco para mirar el número, registró su bolsillo, y por la centésima vez leyó el apunte de Danton.

«Josephplatz, núm 11.»

Jacobo cogió como un loco la aldaba y la campanilla, llamando á la vez con las dos. Nadie contestó.

El sonido era sordo é indicaba que todo estaba cerrado dentro y fuera.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! murmuró Jacobo; ¿qué habrá sucedido?

Y cada vez llamaba con más violencia.

Los transeuntes se detenian.

Por último, se oyó un rechinamiento en la casa próxima, una ventana se abrió y una cabeza asomó por ella.

Era la de un hombre de unos sesenta años.

—Dispensad, caballero, dijo en buen francés y con la amabilidad vienesa; ¿por qué os empeñais en llamar en una casa en donde no hay nadie?

—¿Cómo nadie? gritó Merrey.

—Nadie, caballero, por lo ménos desde hace ocho dias.

—¿No estaba habitada esta casa por dos señoras?

—Sí, señor.

—¿Dos señoras francesas?

—Sí.

—¿Una anciana y una jóven?

—Eso es; una anciana y una jóven, eso es, segun creo, porque yo no salgo de mi biblioteca y no me ocupo de los vecinos.

—Dispensad, dispensad si abuso de vuestra bondad, exclamó Jacobo con voz ahogada... ¿Qué les ha sucedido á esas señoras?

—Creo haber oido decir que una de ellas ha muerto, sí, que era católica, porque recuerdo haber oido el canto de los sacerdotes, el que me distrajo de mis investigaciones.

—¿Cuál, caballero? preguntó Jacobo juntando las manos; ¿por amor de Dios, decidme cuál de ellas!

—¿Cómo cuál?

—Sí; cuál murió, si la jóven ó la anciana.

—¡Oh! eso no sé, contestó el anciano.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! murmuró Jacobo.

—Si eso os interesa, voy á preguntárselo á mi mujer; en todo lo que no la importa se mezcla; de modo que... debe saberlo.

—¡Oh! caballero, os suplico se lo pregunteis, dijo Jacobo.

Pocos instantes despues volvió el anciano; Jacobo le aguardaba con ansiedad.

—¡Cuál! ¡Cuál!

—La anciana.

Jacobo tuvo que apoyarse en el carruaje para no caer, y respiró lentamente.

—¿Y la otra? ¿Y la otra? preguntó con voz alterada.

—¿La otra?

—Sí, la otra señora, la jóven; ¿qué ha sido de ella?

—No lo sé; será preciso que le pregunte á mi mujer.

Y el anciano se dispuso á ir en busca de nuevas noticias.

—Caballero, caballero, le gritó Jacobo, ¿no podria hablar yo con vuestra esposa? Me parece seria mejor.

—Efectivamente, contestó el anciano; id hasta la tercera ventana; es la de la habitacion de la señora de Staall. Yo no la permito entrar en mi despacho.

Y desapareció. Jacobo anduvo hasta la ventana tercera.

Durante este diálogo se habia reunido un círculo de curiosos en torno del viajero, y como muchos hablaban el francés, explicaban lo que sucedia á los que no le hablaban.

La ventana se abrió y apareció la señora de Staall.

Era una viejecita coqueta y con el cabello blanco, que envió á su marido para su despacho y se puso con la mayor amabilidad á la disposicion de Jacobo.

Los que conozcan la bondad de los vieneses no se admirarán de estos detalles. Está en las costumbres de ese pueblo, uno de los más serviciales y amables del mundo.

Jacobo no dió lugar á la anciana para que hablase, y la dijo en excelente aleman:

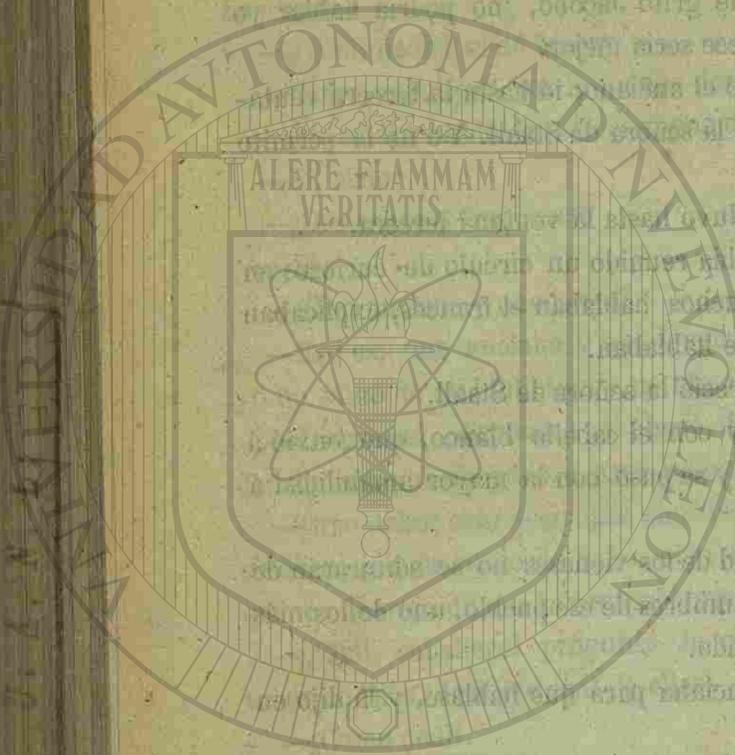
—Señora, tengo el mayor interés en saber lo más pronto lo que le ha sucedido á la más jóven de las dos señoras francesas que habitaban la casa inmediata á la vuestra.

—Caballero, contestó la señora de Staall, puedo satisfaceros perfectamente; la más jóven de las dos señoras, que se llamaba la señorita Eva de Charelet, despues de haber cumplido con sus últimos deberes para con su tia, marchó á Francia con el objeto de buscar al hombre á quien amaba.

—¡Oh! murmuró Jacobo Merrey; ¿por qué no me he quedado con mis amigos para morir con ellos y como ellos!

Y sin fijarse en la multitud que le rodeaba, rompió en sollozos sintiendo que se le desgarraba el corazon.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE Y DEL TOMO PRIMERO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

PARTE PRIMERA.

	Páginas.
Una ciudad del Berry.	1
El doctor Jacobo Mery.	8
El castillo de Charelay.	15
De cómo el perro no es solo amigo del hombre sino tambien de la mujer.	22
En que el doctor encuentra lo que buscaba.	29
Entre perro y gato.	34
Un alma en su infancia.	41
Prima che Spunti l'aura.	47
La niña se contempla, el perro bebe.	53
Buena y hermosa.	60
Eva y la manzana.	67
La varita mágica.	74
El anillo simpático.	81
¿Unde ortus?	86
En donde se ve que Eva no es hija del cazador furtivo, pero no se sabe quién es su padre.	92
En donde no es preciso abandonar la vida privada de nues- tros pergonajes para ocuparnos de los asuntos públicos.	99
El estado de la Francia.	106
El hombre propone.	114

PARTE SEGUNDA.

Una ejecucion en la plaza del Carrousell.	121
La señora de Jorge Danton y la señora de Camilo Desmoulins.	133
Los alistamientos voluntarios.	144

Bc

La obra de destrucción.....	152
Beaurepaire.....	160
Doumuriez.....	170
Las Termópilas de Francia.....	180
La cruz de los bosques.....	187
El príncipe de Ligne.....	195
Kellermann.....	202
Los hombres de la Convencion.....	210
La carta de Eva.....	231
Investigaciones inútiles.....	240
La casa vacía.....	246
Jacobo Merrey pierde la pista.....	252
La víspera de Jemmapes.....	257
Jemmapes.....	264
Juicio de Luis XVI.....	269
La ejecución.....	277
En casa de Danton.....	284
La Gironda y la Montaña.....	290
Le Pelletier San-Fargeau.....	298
La traicion.....	305
La comunión de la tierra.....	313
Lieja.....	319
La agonía.....	325
Regreso de Danton.....	332
Surge Carnifex.....	339
El tribunal revolucionario.....	347
Lodoiska.....	357
Dos hombres de Estado.....	261
Traicion de Doumuriez.....	369
Rompimiento de Danton con la Gironda.....	377
Prision de los comisionados de la Convencion.....	386
El 2 de Junio.....	396
Los voluntarios del 93.....	402
La familia Rivers.....	410
Demasiado tarde.....	419

8c

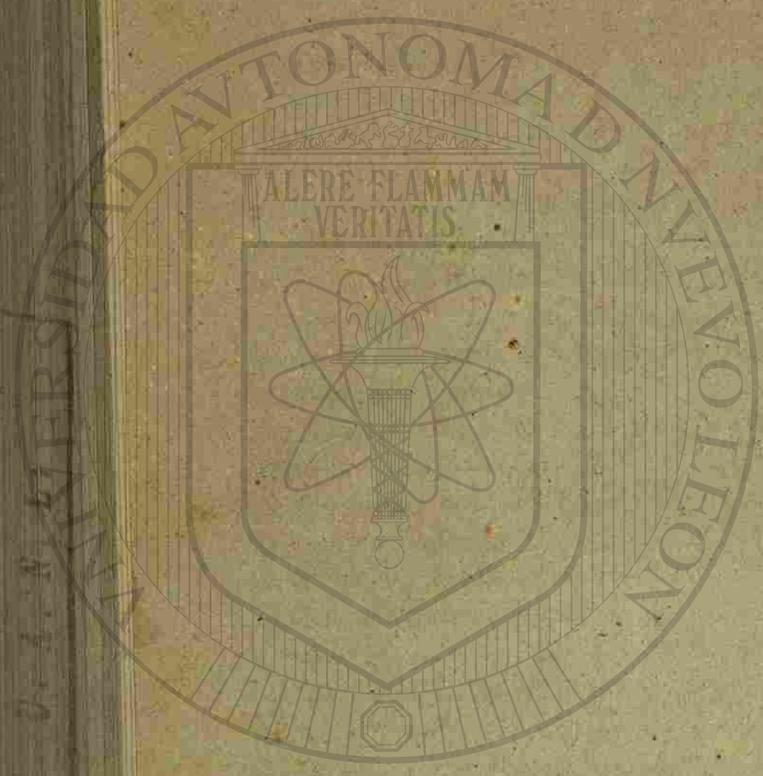
ANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

8c



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



